Una mañana perdida

Gabriela Adamesteanu



Índice

Una mañana perdida

Gabriela Adameşteanu

Traducción de
Susana Vásquez Alvear

Lumen

narrativa

PRIMERA PARTE

La calle Coriolan

En otras épocas, ¿habría estado ella así, días enteros sin moverse de casa, como ahora? ¡Ni muerta! Habría sentido que se le caía la casa encima. Se las arreglaba lo mejor que podía y, ¡hala!, a la calle. Hoy visitaba a uno, mañana a otro: iba de casa en casa; pero volver a la suya con las manos vacías, eso sí que nunca; andaba de palique con todo el mundo, se enteraba de todo; después de tanto estar con el mudo del marido, le entran a una ganas de salir pitando… Nunca tuvieron grandes temas de conversación, pues, al fin y al cabo, ¿de qué se puede hablar con los hombres?

—El marido, que sepa de ti solo de cintura para abajo… —dice, y la cuñada, al escucharla, se encrespa.

—Cállate, Vica, ¡qué bruta! Te está oyendo el chico… Ya estás vieja, y dale que dale con tus guarrerías…

—Y si me oye, ¿qué? Pues que oiga. ¿Acaso le queda mucho para seguir pegado a tus faldas? No te preocupes, que yo he estado en buenas casas y sé cómo hablan las señoras… Y en todas partes nos entendíamos muy bien, todos me tenían cariño y aprecio, madame Ioaniu, por ejemplo, cómo nos reíamos… con ella y con Ivona…

Una muda esa cuñada suya: ni con sacacorchos le arrancas una palabra. Pobre de su hermano, toda la vida siguiéndole la corriente, que así son los hombres, se dejan llevar por la mujer. Solo al testarudo de su hombretón ella nunca ha podido sacarle de lo suyo. De moza se amargaba con todo lo que le decía el fulano, cómo lloraba, cómo sufría, adelgazó tanto que, como quien dice, la levantaba el viento. Hasta que un buen día va a verla su madrina, que en paz descanse, y le dice:

—¿Qué tienes, Vica? ¿Qué te ha pasado, que estás como un fideo?

—Bueno, verá… me pasa esto y lo otro…

—Venga, mujer —le dijo—, no le hagas tanto caso…

Así era su marido: gruñón; lo que es ella, no, su carácter era distinto, había salido a mamá, alegre como ella; ¡ay!, cómo le hubiera gustado que le tocase una pareja igual, alguien a quien le gustara reír… Los hay también de esta laya, pero tienen otros defectos, en este mundo todos los hombres son iguales, ni pensar que haya unos mejores que otros…

Pero, quién iba a creerlo, ahora cada vez se le hace más duro salir de casa. Sin embargo, siquiera una o dos veces al mes, coge su talega de cuero (esa que le regaló madame Daniel), la llena con todo lo que encuentra a mano, se pone varios jerséis, se coloca la dentadura, se tapa la cabeza con dos pañolones, se calza la boina tiesa que se hizo con los restos de un gabán viejo (de eso ya van nueve años), la asegura atándola con una bufanda, y se las pira. O eso es lo que dice su marido:

—Conque otra vez te las piras, ¿eh?… —rezonga desde la cama, debajo de las mantas amontonadas sobre el edredón, donde yace con la cabeza envuelta en un jersey de ella, viejo y andrajoso, desde que se le ha perdido la gorra descolorida que se ponía siempre al acostarse. Habla jadeando entre palabra y palabra, es gordo y alto, pesa más de cien kilos. La piel del cuello le cuelga flácida, pero sus mejillas se ven rozagantes, casi sonrosadas, y en ellas la barba sin afeitar de varios días crece áspera y cana.

»… tú y tu maldita costumbre de no parar en casa… siempre volando a casas ajenas y no paras en la tuya.

—¡Déjame ya! —exclama ella.

Ni lo mira. Lista para salir, abrigada a más no poder, da vueltas por la sala hurgando entre los cachivaches para coger alguna que otra cosa, un bote de pepinillos, cebollas, pues ella tiene bastante para pasar este invierno, unas cabezas de ajo, un culín de aguardiente que escurre en un frasco vacío de jarabe para la tos. Lo amontona dentro de la talega, encima coloca unas bolsas de plástico. A ella no le gusta ir con las manos vacías, y unas cosillas no le van mal a nadie, ¿no?

—¡Déjame ya! —repite.

Tampoco hace caso de lo que le está diciendo él. Que siga refunfuñando cuanto quiera, pedazo de boquirrasgado, que hable solo, para sí mismo, palabra de varón es una sinrazón, como solía decirle a madame Ioaniu… y cómo le divertía esto a la vieja… Lo que es Vica, ya aprendió a apañárselas: apenas siente que el marido está a punto de desvariar y soltar su rollo, ella se mete en la sala, y que el diablo os lleve a ti, a tu madre y a tu padre, y a toda tu parentela, masculla entre dientes…

Rezongando entra y sale, de la sala a la tienda y de la tienda a la sala, sin parar de machacarle, pero él ni se entera; de un tiempo para acá se está quedando sordo de un oído, así que solo escucha lo que le conviene. Y ella habla que hablarás hasta quedarse tranquila. La tienda está a oscuras. Y en cuanto al calor, solo el que se cuela de la sala. Antes la calentaban con la estufa, ahora ya, para qué; ya van veinticinco años o más —¿cuántos serán?— desde que cerraron el negocio. Ahora usan la tienda para almacenar la leña y el carbón. ¿Cómo encender, pues, el fuego, si no hay ni por dónde dar un paso? Ahí están además el viejo aparador de puertas desvencijadas, los grandes tarros de salmuera, los costales de patatas, las cacerolas, el cubo de agua y la fregona… Da vueltas entre todos esos trastos y sigue haciendo sus cosas hasta que el otro se aburre de tanto hablar solo y se calla. Entonces vuelve a la habitación, se agacha suspirando y llena bien la estufa con carbón, cuidando de dejar abierta la portezuela de abajo, porque, ¿acaso puede confiar en él?, y al regresar por la noche, puede que se encuentre con la casa completamente fría.

—¡Anda!, crees que me quedaré yo aquí a empollar, como tú, contemplándote… No estaré harta a estas alturas, después de cuarenta años…

La respuesta ha tardado tanto que él la mira, con los ojos como platos, y no dice ni pío. Está callado, sin comprender qué mosca le ha picado de pronto… Ya me la pagarás —esto Vica no se lo suelta en voz alta— por lo endemoniado que has sido toda tu vida; por eso no lo quiso, aunque cuando lo vio por primera vez, la verdad es que le gustó. Ella estaba detrás del mostrador, en la tienducha de Iancului; fue una clienta quien lo trajo y los presentó. Tenía a la sazón

diecinueve años, era alegre y todos la querían. Lo que es él, era buen mozo, alto y fuerte, tenía la nariz recta y los labios delgados, el pelo liso peinado a un lado; mira, igual que en esta foto de la pared. Se la sacaron el día de la boda; por aquel entonces él estaba empleado en la fábrica de Zamfirescu… ¡Qué maravilla de confitería la de Zamfirescu! Estaba más o menos donde está hoy la estatua de Kogalniceanu. ¡Y la de cosas que le traía de la fábrica! Un día bombones, otro caramelos de todo tipo, otro pralinés. A todos sus trabajadores Zamfirescu les regalaba dulces, en navidades y en Semana Santa, ¡qué de huevos, qué de tabletas de chocolate, así de grandes! ¡Qué no daría ella por tener ahora un poquito de aquello! Y pensar que entonces le repugnaban, de tantos como había comido… A veces una no sabe valorar lo que tiene… Zamfirescu, ni que decir, ¡todo un señor! La prueba, que llegó a ser de los íntimos de la reina y a codearse con los Bratianu… Tres años trabajó su marido para Zamfirescu; lo que se llama culto no era, pero siempre tuvo buena letra; aún ahora, cuando firma, hay que ver qué caracolillo tan bonito le dibuja en cima…

Al fin y a la postre, con lo que ahorraron entre ambos y con lo que su señor padre le dio de dote, abrieron la tienda. Al contar el dinero de su dote, papá —¿quién iba a creerlo?— se equivocó. A él, que no soltaba un céntimo ni pidiéndoselo de rodillas, se le escurrieron por entre los dedos unos quince mil de más. Aun siendo un zorro, su marido se asustó como un tonto y le dijo:

—¿Qué hacemos? Mira que tu padre ha metido la pata con los billetes… ¿Qué vamos a hacer? —preguntó el tonto del higo—. ¿Devolverlos? Toma, corre y dáselos…

—¡Venga!, tráeme eso aquí —saltó ella— y chitón, que estos cuartos son míos. Que me haga con este dinerillo siquiera…

Dicho y hecho, y en buena hora, pues papá todo lo que tuvo lo dejó a los hermanastros, ¡que se les atragante en el gaznate…! Total, que con la dote de ella y con lo que juntó el marido mientras trabajaba en Zamfirescu, reunieron lo suficiente para abrir su tienda en Coriolan. Y luego, había que ver cómo el muy bestia se las daba de gran señor, apenas abierto el negocio… Llegaba en coche de alquiler de primera, no en cualquiera, y él sentado detrás, orondo, recostado sobre los

almohadones. Una vez le trajo una ajorca de oro; otra, un medallón de zafiro con su cadenita. Después dejó de hacerlo:

—¿Pa' qué? Si nunca los luces…

Cómo y dónde iba a lucirlos, si se pasaba el día entero pegada al mostrador… ¡Y a él, le importaba un bledo! Iba al cine, al fútbol, no se perdía un solo partido del Juventus. ¡Ni que fuera el jefe del club Venus…! Ahora, salir ya casi no sale, solo cuando hay sol le apetece dar una vuelta por el jardín de Cismigiu; va caminando bien tieso, sacando barriga, su tripa de mercader, que nunca llegó a tener el otro viejecito, su padre, quien, enclenque como todos los oltenios, siempre quiso ser barrigudo. Al envejecer se pasaba todo el tiempo quejándose, que qué clase de comerciante seré yo, si ni tripa tengo. El marido en cambio, alto y fornido, camina tieso, con fuertes pisadas, sacando la panza, echando miradas codiciosas hacia la tienducha de la esquina, donde venden empanadas de hojaldre y gaseosas. Ella le da algún billetito, aun sabiendo que no lo tocará para nada; sin embargo, le gusta saber que lleva algo en el bolsillo, que así son los hombres…

—Tú te vas y a mí me dejas aquí, solo… —se lamenta él.

Y sigue viendo la tele, incorporado a medias sobre las almohadas, está viendo la película de anoche, que repiten hoy, pero qué importa, él la ve por segunda vez. Y casi seguido, cambiando el tono de la voz, dice:

—Vica, ¿me traes un vaso de agua?…

—Levántate tú, o que los diablos te levanten; se diría que en tu pueblo te lo daban todo en la boca…

Pero deja su talega en el suelo, vuelve a la sala, le lleva un vaso lleno de agua y se lo pone en la mano. Abrigada como está, lista para salir desde hace una hora, permanece junto a él esperando a que beba, luego toma el vaso y lo deja sobre la mesa.

—¿Qué decías? —pregunta él y se acomoda de nuevo en la cama, bostezando. ¿Qué farfullabas hace un rato?… Bla, bla, bla…

—¡Déjame en paz! ¿Por qué no te callas? —le grita ella.

Agarra la talega y sale, dando un portazo que hace tintinear los cristales de las ventanas.

Camina con cuidado sobre el empedrado del patio, resbaladizo a causa de la escarcha matutina. Siente calambres en los pies hinchados, pese a que hace poco los ha frotado con vaselina y gasta medias gruesas de lana. Está claro que el tiempo va a cambiar. Se detiene un momento para tomar aliento, pues el aire frío la ha mareado; saca del bolsillo su mano encogida, metida en un guante de lana de puntas deshilachadas, y se arrima a un postigo cascado. Hará veinte años que cerró la tienda y todo está herrumbroso, lleno de polvo, y el portillo se confunde con la pared, VINOS DE DEALUL ZORILOR ponía con grandes letras, abajo, a la derecha, en un extremo de la contrapuerta; había además un peldaño que quitaron al liquidar el negocio. Tapiaron la entrada, sacaron el escalón, pues ¿qué falta hacía ya, si por delante no entraba nadie? «Estanco. Bebidas espirituosas.» ¡Y qué fiambres tenían! ¡Y qué ruedas de queso! Acudían clientes desde Coriolan y desde Sabinas… la gente llegaba, compraba, parloteaba un rato, les ofrecían una copilla, se servía alguna tapa. ¡Qué de quesos frescos!, ¡qué rimero de sardinas!, ¡qué infinidad de ultramarinos! ¡Cuántas exquisiteces traían! Y los vinos exclusivamente de Dealul Zorilor…

«Vaya, vaya, madame Delca —decía más de uno—, ¡aquí se está mejor que en Dragomir Niculescu!»

Y así, detrás de la barra húmeda de zinc pasaron los años mozos. Revoloteando todo el día, entre el tintineo de vasos y las voces impacientes desde las mesas.

«¡Misiá Vica!… ¡Oiga! ¡Misiá Viiicaaa!»

Su marido, impávido como hasta hoy, se quedaba tumbado en la cama, en la trastienda. Salía de vez en cuando, solo si había que echar fuera a algún borrachín, o a curiosear, no fuera que alguien se atreviera a tocar a la mujer. ¡En el momento menos pensado ya estaba detrás de ella! Todo un hombretón y no hacía el menor ruido. Entraba, husmeaba por todos lados; se daba el gusto de estar mano sobre mano, pero, meter sus narices en todo, eso sí. Además, cómo iba a percatarse ella de si venía, con el jaleo que armaban los clientes… pero, no bien aparecía él, chitón, que todos le tenían miedo.

—¡Venga aquí, don Delca! ¡Bébase un traguito con nosotros! —se oía a algún cliente novel, que no conocía sus manías.

Y él, apenas, en un hilo de voz:

—No gracias, no acostumbro…

Y seguía dando vueltas por ahí, el muy plomazo, para aguarles la fiesta y que se les atascara el trago. Al rato, desaparecía en la trastienda. Se vestía, se acicalaba y salía: al fútbol, al cine o simplemente a gandulear por el centro. Y ella quedaba a cargo de todo, de los proveedores, de la descarga de la mercancía, con el fardo a cuestas. Era, a la sazón, una mujer robusta, no como las de ahora, flacas y planas como tablas, sin culo ni agarraderas para la mano del hombre… Mujer rozagante, fornida y tetona, hacía vibrar el entablado bajo sus pies; con el cabello rizado y recogido en un pequeño moño sobre la nuca, la cara carnosa y la piel muy blanca… De haber querido se habría permitido algún desliz, pero ella no era de esa estofa, ¡qué va!, no era de esas… Había un tipejo… alto, de bigote fino y negro, de ojos maliciosos, si lo está viendo ahora. Trabajaba en la Prefectura de Policía, iba ahí, hacía la compra; eso sí, fíjate, que solo caviar, esturión ahumado, fiambres y vinos de lo más caros. Cargaba todo en un coche de alquiler y acarreaba provisiones para sus jolgorios. Otra cosa era ver cómo se la quedaba mirando, misiá Vica pa' arriba, misiá Vica pa' bajo… Y la de sortijas que llevaba… una en cada dedo y en el pequeño un anillo con una piedra grandísima…

—¿Le gusta? —le dijo un día—. Si le gusta, tómelo, es suyo.

—Guárdeselo y que le aproveche, la falta que me hace a mí, que no tendré yo marido…

Era muy apuesto, pero qué canalla debió de haber sido, se le notaba, cómo le bailaban los ojos… Cuando subieron al poder los comunistas, se marchó. Dejó mujer, casa, hijos y se esfumó. ¡Nadie supo nada más de él! Si lo hubieran cogido, se lo habrían comido vivo, pues seguro que andaba metido en asuntos oscuros, bastaba con ver el montón de anillos que usaba… ¡Y si hubiera sido el único! ¡Pero fueron tantos y tantos! Sea como fuere, ella no estaba para guarrerías, era de otra ralea y encima mujer de trabajo. Se lo había dicho una vez madame Ioaniu, mujer resabiada, que tuvo dos maridos.

«Vica, escucha bien lo que te digo ahora: hembra desgastada, esposa fracasada…»

Anda tan encorvada que parece gibosa, con el abrigo azul, descolorido, reventando de tanta ropa que lleva debajo, talega en mano. Anda con la cabeza gacha, sin mirar a ningún lado; habrán pasado quince años desde que fue por última vez al centro, qué sentido tenía, si todo lo necesario está a mano: la Caja de Ahorros, la peluquería en la esquina, la botica, la zapatería, el teléfono público junto a la verdulería, adonde va a hacer llamadas, con las fichas metálicas, si no está en casa la vecina. Pasa por el asador de albóndigas y cada vez hace un alto para paladear unas cuantas. Coloca la bandejita de cartón sobre una de las banquetas del mercado —a esa hora vacías—, moja la albóndiga en mostaza y se deleita. Siempre la misma duda, que si guarda una o no para llevársela al marido; no vale la pena, se decide al fin, mientras se limpia la boca con el pañuelo, no merece la pena, que está muy gordo y pese a todo no deja de embuchar sus empanadas de queso cuando va de paseo al parque Cismigiu…

Avanza doblada, ya ha dejado atrás el jardincillo donde los jubilados juegan al ajedrez en verano, unos cuervos graznan posados en la estatua de una mujer esmirriada; su hermano Ilie, que en paz descanse, sabía su nombre. Pasaban por ahí y la nombraba… A ver… ¿cómo la llamaba? Nifa… parece que Nifa. Aun con los ojos vendados podía ir de su casa al tranvía, de todo se acuerda, de cada vivienda, de cada hendidura del camino, aunque más allá de esas verjas ha venido a vivir gente nueva, pero los antiguos, todos sin excepción, la conocen.

«Beso su mano, madame Delca, ¿cómo está? Beso su mano, madame Delca», dicen gritando, apenas la ven pasar.

Todos le tienen cariño y aprecio. Y ella, no bien se topa con alguien, empieza el cotilleo: cada cual con sus dolencias, uno que el hígado, otro que la bilis, otro que la presión. A cuántos no fió ella, que, si no, hoy sería mujer pudiente y ahora nadie se priva de decirle:

«Tome, madame Vica, tenga cinco leis, que no le vendrán mal…».

Así es este mundo, mientras tienes para regalar eres bueno, de lo contrario, no vales ni una perra grande. No iba a saberlo ella, con tantas cosas por las que ha pasado, tantas, que podría dar lecciones a

los demás. La escuela de la vida, cursos nocturnos, eso le decía a madame Ioaniu, y había que ver cómo se partía de risa la vieja… La escuela de la vida; amén de eso, de qué más se iba a enterar ella, que sabe solo del trabajo sin descanso. Bregar y bregar y nada más…

Sube pesadamente la escalerilla del tranvía. Saca las monedas que tiene preparadas en el bolsillo y se abre camino, entre los cuerpos apretujados, hasta los asientos delanteros. Siempre al pie del cañón, eso ha sido su vida, desde los once años, cuando murió su mamá y ella quedó sola y desamparada, con un montón de hermanos, pues papá se había ido a la guerra y al año, hacia el verano, a mamá le dio la fiebre tifoidea, o el tifus, solo ella sabe qué le dio, y falleció, pobre mamita. También murió Sile, el menor, que siendo niño de pecho no tenía qué mamar y luego se murieron los gemelos. Pero Ilie, Niculae y ella se salvaron, que eran ya mayorcitos. Se quedaron abandonados en la vieja casa del barrio de Pantelimon, cerca de la Capra, la iglesia donde está enterrada mamá; ella con su ristra de hermanos menores; el que tenía que vivir, vivió y el que tenía que morir, murió, según estaba escrito… De tarde en tarde iba a visitarlos su abuela, la griega, que se las daba de gran dama. Parece que la está viendo con su vestido gris plateado, de otomana, cerrado hasta el cuello con botonadura, ribetes de encaje en las mangas y los hombros cubiertos con un manto de piel. La ve clarito, como si fuese hoy mismo: robusta, panzona, de tetas grandes, como todas las mujeres de su familia. Con razón se apretaba el corsé, tenía un corsé enorme con ballenas. Únicamente de la giba no recuerda nada: ¿sería acaso corcovada la abuela? Era toda una señorona su abuela la griega, dueña de un quiosco de periódicos, cercano a su casa. Una de esas de cuartos adosados y puerta vidriera en la entrada, quedaba por el barrio de Sfintii Apostoli. Era toda una señorona, pero ellos, los nietos, no la podían ver, porque a mamá la había entregado a gente ajena, en adopción; si no, si la hubiese criado con su hijo y su otra hija, ¿quién lo duda?, otra habría sido la vida de mamá. También ella habría estudiado en una escuela de pago y se habría criado como una señorita; no habría tenido que casarse con un oltenio mercachifle y consumir su vida detrás del mostrador. Vivir en el barrio de Pantelimon, con siete hijos colgados de sus faldas.

¡Pobrecita mamá! De no haberla abandonado su madre, la griega, distinta habría sido su vida y a lo mejor no se habría muerto a los treinta años, en la flor de la vida. En eso insistían las vecinas, cuando su abuela aparecía por Pantelimon, a ver a sus nietos. No la sufrían las vecinas, tampoco ellos, sus nietos, y cuando ella les rogaba que la llamasen «granmamá» los chicos le decían «granmamuerte»… Que en paz descanse también ella, la «gran ma muerte», que hace años y años estará convertida en polvo. Aún guarda en el cajón la foto de la abuela, que se sacó en el estudio de Federico Binder, hay que ver lo ufana que se ve la «granmamuerte», con una piel enroscada al cuello y botines de tacón. Botines elegantes, de cuero fino, crujiente, y cierre de corchete que ella solía untar con aceite de ricino para mantenerlos nuevos. Pues de siempre la «granmamuerte» cuidaba de su personita; por eso a una de sus hijas la entregó a otros, para que la criaran. Quería librarse de una boca que alimentar. Con sus nietos, igual, para el caso que les hacía, pobrecitos, que en cuanto tenían necesidad acudían al tío Lavaberzas. Él vivía enfrente de la iglesia, en un enorme caserón, con rejas altas, bodega de vino y unos perros como fieras. No era menos avaro, un duro era, un roñoso, por eso la gente le apodaba Lavaberzas.

—Retira el trasto ese a un lado, mujer, que desde que te has subido, el trasto y tú estáis bloqueando el paso y no dejáis pasar a la gente… —grita, junto a su oído, un tío achaparrado, ancho de espaldas.

El trasto es una espuerta, y dentro cacarean dos gallinas de cresta gacha. Hace dos paradas que se subió la campesina con su cesta, subió por la puerta delantera del tranvía, Vica sí lo vio.

—¿Y dónde quiere que lo ponga? —pregunta la mujercita.

Levanta del suelo su espuerta y empieza a arrastrarla entre las piernas de los de al lado, las gallinas agitan las alas y sacuden sus patas atadas.

—Así es en segunda clase, te vienen con cestos, con repollos, con todo lo que puedas imaginar… Hay algunos que traen hasta sus perros… —dice el achaparrado, dirigiéndose a un viejo escuálido, con boina, que está justo enfrente.

El viejo se queda callado, asiente con la cabeza y las venas

endurecidas del cuello se le hinchan bajo la piel flácida.

—Ponlo aquí, a mi lado… —se apresura a decir Vica.

Y empuja el cesto debajo del asiento.

—La gente se sube con lo que tiene, ¿acaso tendría que ir a pie solo porque a algunos les viene mal…? Paga su billete y sube al tranvía, por qué no iba a hacerlo… —le increpa ella, alzando la voz.

¡Toma! Que lo oigan todos, incluso los que fruncen la nariz y no soportan viajar más que en vagón de primera, que la segunda apesta. Ella, desde que cerró su tienda, se mueve así y no se ha muerto. Paga veinticinco céntimos y va en segunda, en una y otra clase hay gente igual… Que de no ser ella precavida, ahorrativa, con lo que aporta el marido no alcanzaría ni para una semana.

Levanta la talega del suelo y baja cuidadosamente por la escalerilla del tranvía.

El aire huele a humedad, a fin de invierno, pero se ven todavía algunos viandantes con bolsas de la compra en la mano y tirando de trineos, cargados con niños medio recostados, sobre la costra sucia de la nieve. Entre las grúas, se divisan edificios de viviendas aún sin enlucir, montículos de cascotes cubiertos de hojas de cartón alquitranado, también unas barracas de madera con las puertas cerradas. Ella cruza jadeante, arrastrando el paso más que de costumbre, por miedo a enredarse en cualquier alambre que esos albañiles hijos de puta dejaron esparcidos desde el otoño. Está impaciente por llegar, que de un tiempo a esta parte ya no está para trotes, no aguanta tantas caminatas… ¡Qué fea es la vejez!, y para colmo le está entrando un hambre, pese a que tomó una taza grande de té con pan remojado antes de ponerse en marcha. Sea como sea, antes que nada ella debe embuchar algo, no suele ocuparse de sus asuntos con el estómago vacío, si acaso se salta la rutina, le da una especie de desmayo y se siente mal, inservible para el resto del día. Lo que es su cuñada, pondría la mano en el fuego que a estas horas aún no ha preparado la olla… Eso no es una novedad, es así de toda la vida… si es una lela que se le va el día en la tarea más insignificante, y a quejica no hay quien la gane: antes de venirse a vivir a este barrio, al parecer, estaban apiñados, que ni por donde moverse tenían, y

ahora, que si está lejísimos, que si pierde horas enteras en los autobuses… Ya me gustaría verla viviendo como Vica, cuarenta años en esa chabola, calentándose con carbón, siempre pendiente de las bombonas de gas, entonces sí que tendría derecho a protestar… Cuando Vica llega donde vive su cuñada, se figura que ha llegado al paraíso, así piensa, que ya van tres años desde la mudanza y su cuñada no abandona su coplilla: que las ventanas no cierran bien, que las puertas tampoco, que esto es el culo del mundo.

«Cállate mejor —le soltó ella una vez—, cierra tu bocaza, no provoques la ira de Dios, que este lugar donde vivís no es otro que el paraíso terrenal…»

Y pasó, eso parece que fue de mal agüero, que ni apenas cumplido el año, el pobre Ilie sufrió el accidente y se mató… Entonces sí que empezó a pasarlas canutas la cuñada, a aprender lo que era ir tirando sola. Pobre Ilie, tan buenazo, toda su vida sin chistar, hasta el dinero de casa administraba ella, de modo que el hermano, cuando Vica ponía fin a la visita, le pasaba a escondidas unos cuartos:

«Venga, Vica, cógelos, que tengas para el tranvía cuando vuelvas por aquí…», le porfiaba, al despedirla en la puerta de calle.

Con su hijo Gelu, no se las apaña así de fácil la cuñada… Ese chaval tiene un genio de mil demonios, a ella ha salido y a la familia de ella, es igualito, sin más ni más, se convierte en una fiera con la madre. Y ella malcriándolo todo el día: Gelu, hijito, y patatín y patatán… Gelu ni caso, día y noche con la nariz metida en los libros, pero eso sí, bien servido a toda hora… Si ella hubiese tenido hijos, verían al mismísimo demonio, no otra cosa; mejor así, que quién sabe cómo le habrían salido, que hoy en día los chavales no saben de respeto, ni conocen la vergüenza.

Berceni

—Aquí en vuestra casa se está como en el paraíso… —exclama, dejándose caer en la silla de la cocina.

El calor le ha encendido la cara, y las manos y las piernas se le han relajado tanto en las articulaciones que lo único que le apetece es estarse quieta. Observa las tazas de té sin lavar en la pila, sobre la mesa cubierta con un hule hay migajas, y en un plato, un pedazo de queso blanco con una costra amarillenta.

—¿Y adónde se ha ido?

—Al trabajo, esta semana le toca el turno de mañana… ¿no lo sabías? —contesta Gelu pausadamente.

Está apoyado en la puerta. Es alto y delgado, con rasgos aún no definidos, como hinchados por el hervor que tiene dentro. La mira fijamente con una sonrisa en sus labios gruesos. Lleva pantalones de estar por casa, sin cinturón, que le resbalan por el cuerpo esmirriado, y una camisa de un verde descolorido.

—Si llego a saberlo, no hago el viaje en balde…

Se incorpora, se quita la boina e, inclinándose sobre la talega, saca el bote de encurtidos, la botellita, el ajo y la cebolla y los deja encima de la mesa. Está molesta por haber venido hasta aquí y no encontrarla, que si espera a que vayan ellos, ninguno aparece, y desde hace años es ella la que sigue llamando a puertas ajenas. Pues no le falta razón al marido… Ay, si hubiese vivido mamá, otro gallo le cantaría. Ella había terminado la primaria y su madre quería que estudiara bachillerato. Le había confeccionado el uniforme, con el bonete y todo, se acuerda como si fuese hoy; eso pasó en julio, y en agosto se decretó la movilización… Papá se fue al frente y al poco murió mamá; una mujer hecha y derecha, yacía en la cama delirando, y los labios se

le habían reventado por la fiebre altísima que sufría… Y ella, ¿qué entendía ella, una cría de once años? Se iba a jugar por los baldíos porque no le daban ganas de volver por casa…

Al poco tiempo empezó a pasarlas canutas, se vio obligada a cuidar de los hermanos menores, a hacer la cola del pan (un pan negruzco y poco cocido, con salvado en lugar de harina), pues, si no lo hacía ella, ¿quién iba a hacerlo? ¿No era acaso la mayor…? A sus once años andaba con la cartilla de racionamiento en el bolsillo, hasta hoy se acuerda de esos vales: «Válido para 800 gramos de pan. O 440 gramos de pan. O 300 gramos de pan. Entrega supeditada a la presentación de este vale. Los infractores serán castigados con hasta seis meses de prisión o con una multa de hasta 3.000 leis, o con ambas sanciones».

¡Eh!, era la segunda del curso, leía de corrido. Mientras hacía la cola, leía el vale del pan, por eso se le grabó en la mente, y no ha olvidado ni una coma, como el padrenuestro se lo aprendió…

—¡Qué vas a saber tú lo que es quedarse sin madre a los once años…! Apenas murió mamá, pasamos un sinfín de apuros… —dice royendo un mendrugo de pan.

Al cabo de tantos años sigue sintiéndose húerfana y desamparada.

—Por eso, escúchame bien, debes querer a tu madre…

Coloca meticulosamente las tazas lavadas en la alacena y, como está de espaldas al chico, corta un pedacito de queso y se lo lleva a la boca. Tapa el resto con un plástico y deja el plato fuera, en el alféizar, detrás de los cristales de la ventana. Mira qué bien queda aquí fuera, solo a su cuñada se le ocurre lamentarse: «De haber vivido el pobre Ilie, este año ya habríamos comprado la nevera».

«¡Al cuerno con la nevera! —la increpa ella—. ¡Dinero tirado! Le das un hervor a la comida todos los días, y ya verás como te dura…»

—Por eso debes querer a tu madre y obedecerla, que no tienes a nadie más en este mundo. Me has oído, que la quieras y os cuidéis el uno al otro —le sermonea a voz en grito.

Que me oiga el chaval y se le meta bien en la cabeza.

Gelu se ha alejado un poco de la puerta y cambia el peso de su cuerpo de un pie a otro mientras bosteza. Piensa en algún pretexto para largarse de la cocina, pues, si abre la boca y se pone a charlar

con ella, ya puede dar el día por perdido. De todos modos, desde que se ha levantado ha estado remoloneando y perdiendo el tiempo. Los libros, el tablero de dibujo, todo está aún tirado por el dormitorio, y encima…

¡Vaya con el chico!, dice ella para sus adentros, al tiempo que extiende una manta sobre la mesa, enchufa la plancha y se dispone a planchar la ropa arrugada que ha encontrado en el baño, que cuando vuelva la cuñada se lo agradecerá. Hay que ver, el chico está siempre de mal humor; su padre, que en paz descanse, era distinto; el menor de los hermanos: cuando murió mamá, apenas había dejado de gatear. Quien lo crió fue ella, Vica; una verdadera madre para él, y cómo se peleaba con su viejo para que lo mandase a la escuela…

«Si te digo que no hay con qué, es que no hay, ¿qué quieres que le haga?», alegaba el padre.

Como todos los de Oltenia, era un agarrado; había llegado a la ciudad, al parecer del pueblo de Carbunesti, o quién sabe de dónde. Acarreaba hasta el mercado cestos de verduras, pescado, gallinas, vinagre y carbón, corderos desollados, enteros, envueltos en tela, o solamente paletillas. De todo vendía papá, hasta que juntando monedita a monedita se hizo una casa de adobe en la barriada de Pantelimon, y al final a su caudal se sumó la dote de mamá, y con eso abrió la tienda. En los últimos tiempos vendía hilos, queroseno y pastillas de jabón; le iba bien, se había acostumbrado a vestir como los hombres de la ciudad, tenía un reloj de bolsillo con una cadena gruesa y gastaba bigotes de guías torcidas hacia arriba. El negocio le iba bien, pero aquel agosto repicaron las campanas durante toda la noche y se decretó la movilización. Cuando volvió de la guerra, no quedaba ni rastro de su local. Sin embargo papá, oltenio, como quien dice de veinticuatro muelas, que a los ochenta años cascaba las avellanas con los dientes, pues no le faltaba ni uno, papá, pues, volvió a empezar de cero. Iba de pueblo en pueblo con sus mercancías. Mamá ya había fallecido cuando él volvió del frente. Papá estaba todo el día fuera de casa, con su comercio. Luego se enredó con la Cateta, se fue a vivir a su casa y la dejó preñada varias veces.

«Si queréis, venid conmigo», nos dijo antes de juntarse con la

Cateta, pero nosotros preferimos quedarnos en la casa vieja de Pantelimon, cerca de la iglesia de la Capra, donde está enterrada mamá.

Desenchufa un momento la plancha, que está demasiado caliente. Abre la puerta de la despensa, pero solo encuentra unos bizcochos secos, coge uno y lo moja en el vaso de agua; una vez remojado, lo mamullea en la boca.

—Tía, me voy a la habitación, tengo un montón de cosas que hacer, no sé ni por dónde empezar.

Se va, tira las pantuflas en un rincón, se arrellana en una silla y apoya la mandíbula en la palma de la mano. Se palpa la mejilla con los dedos: afeitarse hoy o no afeitarse… Lo ha mareado la cháchara de la vieja, con sus historias de siempre: por un momento parece que va a parar, pero qué va, erre que erre, vuelve a empezar, desde el principio. De un tiempo a esta parte habla más que nunca, y además no para de comer…

Tampoco él puede estarse quieto hoy. Hojea los papeles con los cálculos, anota alguna que otra cosa al margen, bosteza, se levanta y se pone a mirar por la ventana. No hay nada que ver, la misma calle de siempre, bordeada de edificios, y justo delante de la ventana, un terreno baldío cercado con alambre de espino. Un cubículo destartalado de metal: es el refugio abandonado, pues han trasladado la terminal del tranvía. A través de las finas paredes del edificio se oye una radio a todo volumen y las voces airadas de unos vecinos que se llevan a matar. Se remanga maquinalmente la camisa y, con dos dedos, empieza a reventarse los granos que le han salido en el brazo. Hay días como este, en que uno está con el ánimo bajo, desalentado. Un cielo blanquecino, el lodazal delante del edificio, el temor a la vida incierta que le espera y que le hace sentirse indefenso y lleno de furia; los nervios de su madre, su timidez con las chicas y la falta de dinero; todo eso le pone tenso, le hace fruncir el ceño, le obliga a reventarse uno a uno los granos del brazo. ¿Cómo es la vida en realidad? ¿Cómo la ve él ahora? ¿O cómo se le aparece cuando está de mejor humor y se olvida de todo esto? Se tira en la cama, cierra los párpados y espera el recuerdo insoportable, rechina los dientes para ahuyentarlo, mas el

recuerdo persiste en su memoria haciéndole bullir la sangre. En el aire, el perfume intenso, estremecedor, de una primavera muy temprana; los montones de nieve ennegrecida que bordea la acera y chorrea hilos de agua. Y él, sabiéndose tan joven, corre, envuelto en una luz inesperada, cruzando todos los semáforos en rojo, por temor a llegar tarde.

La chica tenía los hombros frágiles y estrechos, los brazos delgados y cubiertos de un vello negruzco. Llevaba una media deshilachada sobre la rodilla, cosida de cualquier manera con hilo blanco. Él miraba de soslayo el zurcido, al tiempo que, con manos torpes, intentaba descorrer la cremallera. La sentía rígida y malhumorada entre sus brazos, sin su habitual locuacidad, pero la prisa y el temor le impedían detenerse. Los dedos se le atascaban en los botones, y de vez en cuando miraba de reojo el despertador, con su tictac vigilante, muy cerca de allí, sobre la mesa. Habían perdido la mayor parte del tiempo intercambiando frases banales, y ahora, en menos de una hora, regresaría el compañero que le había prestado su habitación. Algo, quizá la imagen de la media deshilachada, tal vez la torpeza de la muchacha, lo enterneció de súbito; intentó contener su febrilidad acariciándole el cabello, desde la coronilla brillante hasta la nuca, donde lo llevaba recogido con una cinta negra. Pero ella se apartó y lo miró de reojo, suspicaz y rencorosa. No, no tenía sentido intentar seducirla. De reojo, así lo había mirado ella durante todo el camino hasta allí, deslizando los dedos húmedos y suaves por las vallas de palos polvorientos, y luego por la pared amarillenta mientras subían por la escalera, hasta detenerse ante la puerta descascarillada, en cuya cerradura ennegrecida él había estado un buen rato tratando de hacer girar la llave, cada vez más nervioso. La cama crujía con cada movimiento, y él se protegió la frente para no chocar contra el cabezal, agobiado por la inmovilidad de aquel cuerpo rígido que se negaba a responderle; sin embargo, siguió adelante, observando casi aterrorizado sus propios gestos como si fueran los de otra persona. Como si todo lo que sucediera en adelante fuese algo que había que cumplir a toda costa; un deber del que no podía librarse. Y ella, que sin duda lo intuía, con los ojos clavados en el techo —un techo en el

que descubría las mínimas irregularidades— y los labios apretados sobre los dientes blancos, pequeños y afilados, pestañeaba rápida y rítmicamente, dejando escapar entre los párpados entreabiertos destellos de maldad; una mirada torva, alegrándose del fracaso de Gelu, que ella ya podía contemplar.

—¡No te hurgues tanto! ¡Mira cómo te has puesto! —le regaña Vica, señalando con su dedo grueso y retorcido las manchas amoratadas del brazo, que él sigue palpando, con los ojos cerrados, en busca de otras espinillas.

Empujando la puerta de la habitación con el hombro ha entrado sigilosamente, jorobada, trayendo un plato con rebanadas de pan con queso.

—¡Déjame en paz! —grita Gelu, furioso—. ¡Déjame en paz! —repite en voz más baja.

Avanza hacia la ventana, apoya la mano en el alféizar y mira hacia fuera.

«Perdóname —había murmurado a la chica, retirándose hacia el borde de la cama, hasta que el canto afilado y frío de madera se le clavó en las carnes—. Perdóname», balbuceó asqueado, con una desidia y una desesperación tan grandes que dejó de interesarle el reloj, tampoco intentó cubrirse. Ya podía suceder cualquier cosa. Reconocía en sí mismo todo el espanto de aquellas horas, como si hubiese sabido de antemano lo que iba a ocurrir. Así que pudo pronunciar esa palabra, la última que, según había creído hasta entonces, jamás hubiese proferido delante de cualquiera. Y más tarde, mucho más tarde, sintió el brazo delgado de ella, empeñado en meterse debajo de sus hombros estrechos, y el pelo suave flotando sobre su mejilla.

—… mira cómo estás, eres solo hueso y pellejo. Por eso estás siempre adormilado, sin vigor… En cambio yo me he cuidado toda la vida igual que mi marido. Ahora mismo estoy viendo cómo se prepara un plato de huevos fritos, moja migas de pan en las yemas y empieza a comer con la cuchara… Hombre, le digo yo cuando lo pillo, ni que fueras el viejo Mealache, el que mezcla todo lo que le sirve su nuera, la sopa con el segundo plato. Pa’ qué abrir la boca dos veces, si todo

va a parar al mismo sitio. Y él me responde: Pué ¿qué te crees?, ¿acaso no soy yo también un viejo? ¿Te parece que no soy viejo? Este verano cumplo los setenta y nueve…

—Pues sí que es viejo. Con esa edad, ¿cómo no va a serlo? —suelta el muchacho por encima del hombro.

Este chaval es un demonio… Igual que su marido, huraño y siempre malhumorado. Dios sabe a quién le hará este la vida imposible. Una buena zurra te daría yo, si fueses mi hijo para convertirte en un hombre hecho y derecho… A su edad es de esperar que tenga algo de sal en la mollera y que cuando hable, diga palabras juiciosas. La culpa la tiene la madre, que le ha dado alas y ahora es la primera en quejarse.

—No sé qué hacer con Gelu. No sé cómo ac-tu-ar; se pasa todo el día encerrado en la habitación, nunca me cuenta nada y, apenas le digo algo, lo más mínimo, me reprende. Cuando vivía su pobre padre, el chaval era distinto, y el aire que se respiraba en casa era también diferente. Bien sabes que Ilie era de carácter alegre, abierto —dice con un suspiro su cuñada.

—¿Qué quieres hacer? Déjalo a su aire —le aconseja Vica.

Pero para sus adentros: «¿Te asombras de que sea hosco y callado? Pues si ha salido a ti, si tú eres igual. ¿Acaso te has portado de otra manera conmigo y con todos los que se acercan de vez en cuando a esta casa?».

Se merece que se las cante claras, pero no vale la pena discutir. La suerte que tuvo su cuñada de conocer al pobre Ilie, que en paz descanse. Ilie era blando de carácter, durante toda la vida la mujer hizo de él lo que quiso; nunca se alegraba cuando Vica iba de visita, no la veía con buenos ojos; al parecer le disgustaba que Ilie le pasara a escondidas algún billete de veinticinco leis…

«Toma, Vica, para el tranvía cuando vuelvas por aquí…», le decía él en la puerta.

Ahora la cuñada ha cambiado al verse sola en el mundo.

«Pásate por aquí, Vica, ven a verme, para charlar un rato, que me zumba la cabeza de tanto silencio…»

Y ella va y le echa una mano, como hoy, zurce algo, plancha,

aunque empiezan a fallarle las fuerzas. Ojalá nunca llegue una a necesitar nada de nadie, ni de los parientes ni de nadie más, que te comen viva; esto solía decirle madame Ioaniu. Mujer sabia la Ioaniu, sabia y refinada: dos maridos tuvo y a los dos los enterró.

«Que no llegues a vieja, Vica, y te veas obligada a llamar a puertas ajenas…»

¡Cuántas veces no se lo habría repetido!

—Venga, cómetelo tú, que yo no tengo hambre. He puesto mis papeles sobre la mesa y esto más que nada me estorba…

Gelu acaba de traer el plato con pan y queso. Se ha quedado con él en la mano, apoyado a medias en el dintel de la puerta, como indeciso: ni entra ni sale.

—Cómetelo tú; total, no hay gran cosa para llevarse a la boca. Mamá no cobra hasta mañana…

—¡Te crees tú que voy a comer! Es lo último en lo que estoy pensando…

De todos modos, toma el plato, lo pone sobre el aparador y sigue ocupada con la cocina de gas: retira los fogones y los friega en la pila. Si se volviera ahora, el chico la vería reír con la boca desdentada; acaba de quitarse la dentadura, es que le aprieta y no la soporta durante mucho rato. Diablo de chaval, piensa riendo para sus adentros. ¿Ves como ahora se arrepiente de haberse ensañado con ella? Un poco más y la come viva, pero ella ¿qué culpa tiene? Le ha traído algo para embuchar… No es malo el chico, pero sí maleducado, porque su madre lo ha consentido desde crío. Gelu, m'hijito, y patatín y patatán. La verdad es que era muy mono de pequeño, gordito y guapo con el pelo ensortijado. Cuando era un bebé ella lo bañaba, le ponía aceite en las articulaciones, lo conjuraba contra el mal de ojo, le besaba las nalguitas y lo llevaba consigo a la tienda. Su lugar estaba detrás del mostrador, gateando y mirando la balanza. Y cuando hubo la reforma monetaria, su marido le dio un saco de billetes para que jugara…

—Cómetelo de una vez —le dice Gelu alzando la voz.

A saber qué mosca le ha picado ahora. Ha salido y seguro que va a

encerrarse en su habitación.

Así, sin ton ni son, le da la pataleta… Vica alarga la mano, coge un poco de miga de pan y un pedacito de queso y se los mete en la boca. Para qué volver a ponerse la dentadura si le aprieta. Quinientos le pidió el que se la hizo: dinero tirado, una chapuza, ¡mal rayo lo parta! Gelu no es malo, pero a veces tiene esas pataletas que dan miedo; qué se le va a hacer, es todo un hombre y seguro que le hace falta un culo de mujer…

De nuevo alarga la mano y coge con los dedos un trozo de queso que se lleva a la boca. Dios mío, cómo se abalanzó aquella vez sobre ella, diríase que iba a despedazarla; hace apenas un año, año y pico, cuando falleció su pobre padre Ilie, que en paz descanse. Pobrecito, difunto y tendido sobre la mesa para el velatorio, y la gente entraba y salía sin parar, sus compañeros de trabajo, la gente del edificio, los vecinos de donde vivían antes, cada cual con una flor, con una vela, como Dios manda…

Y ella, con el alma partida, loca de pena, que ni sabía lo que hacía… Y aun así se presentó con cinco kilos de carne de primera, limpia, sin grasa; había pedido prestado algo de dinero a su vecina Reli y desde las cinco de la madrugada había hecho cola para conseguirla, ay, con el alma partida… Corre, ponte a la cola porque hará falta carne para la comida del funeral… Y luego no sabía qué hacer con ella, porque ni nevera tenían, que no pudo el pobre Ilie comprar una, y al fin y al cabo, ¿a quién le importaba en esos momentos la carne? Su cuñada gemía y lloriqueaba entre dos vecinas que la sostenían, sin entender cómo le había ocurrido semejante desgracia. Así pues, ¿quién iba a ocuparse de la carne? Ella misma tuvo que ir a freírla, ¿iba a dejar acaso que se estropeara esa carne de primera…? Daba la vuelta a los trozos en la sartén con un tenedor, quizá probara alguno para ver si ya estaban listos, y se enjugaba el rostro con la mano. Hacía calor en la cocina, recuerda que las lágrimas le resbalaban por las mejillas mezcladas con el sudor, y cuando menos se lo esperaba apareció ese como un loco… Sí, como un demente apareció Gelu, el hijo.

—¿Y ahora te pones a hacer eso? —gritó.

Y corrió hacia la cocina para apagar los fogones.

—¿Y ahora te pones a hacer eso? No se te ha ocurrido pensar que no deja de venir gente y que te verán aquí friendo carne…

Ella dejó que apagara la cocina. Sabía que la carne ya estaba hecha, así que solo le dijo:

—¿Qué te ha dado para venir aquí como un loco? ¿Qué mosca te ha picado? ¿Por qué has apagado la cocina, mentecato? Y la gente, ¿qué te importa que me vea? ¿Quieres que se estropee esta carne? ¡Que a las cinco de la madrugada he ido a por ella! Con el alma partida hacía la cola de la carne para el velatorio de mi hermano. Habría preferido mil veces morirme yo y que él estuviera vivo, porque yo lo crié y fui como su madre. Pero con este calor en unas horas se estropea la carne si no la fríes. Y luego, ¿qué pondrás sobre la mesa cuando todo ese gentío regrese del cementerio? Porque volverán todos, y tu pobre madre ¿qué les dará de comer? ¿Quieres que se estropee esta carne tan buena, de primera? ¡Y tanto sacrificio y dinero para nada! Más vale que aprendas a respetar a tus mayores, que saben mejor que tú lo que hay que hacer.

Así lo increpó, y él se quedó callado. Rezongó algo y se largó. Desde entonces la miraba de reojo, pero hay que saber tratar a estos jovenzuelos. No hay que permitir que se propasen ni un poquito, pues al final terminan abusando. ¡Menos mal que ella no tuvo hijos! Porque hoy día no conocen el respeto ni la vergüenza. ¿Cómo no va a saber lo difícil que es criarlos? ¿Quién sino ella crió a Ilie? Lo bañaba, le daba de comer. Era solo una niña de once años y ya iba con Ilie en brazos a todas partes. Cuando apareció el zepelín ese sobre Bucarest y todos corrieron a verlo, ella también salió, pero con Ilie en brazos… Por aquel entonces todavía vivía mamá. Todo el mundo estaba a la puerta de su casa, algunos hasta habían subido a la azotea; la barriada entera estaba en la calle, deslumbrada por lo que veía; ¿cómo iban a imaginar que aquello iba cargado de bombas capaces de matarlos a todos? Salieron, unos con velas, otros con lamparillas, a mirar ese engendro. ¡Porque la verdad es que era bonito! Tanta gente junta y todo iluminado como en Pascua de Resurrección, y en el cielo, chorros de luz. Pero, mira por dónde, los nuestros también buscaban el zepelín para darle de cañonazos, y en un momento, con el retumbar de los

cañones, aquello se convirtió en un infierno, un verdadero infierno, te lo prometo. Y ella, chis, chitón, tratando de calmar al pobre Ilie. De tanto llorar se había puesto morado, el pobrecillo, y cómo pesaba, igual que una piedra. Al final ya estaban acostumbrados, y apenas repicaban las campanas de las iglesias, la grandota de la catedral y la de la iglesia de Capra, y no bien comenzaban a hacer sonar los policías sus silbatos, mamá, con Sile en brazos y los gemelos agarrados a sus faldas, apagaba volando todas las luces y huía a esconderse en la bodega de Lavaberzas. ¡Y qué bodega tenía Lavaberzas! ¡No había otra igual en el barrio! Sin embargo, cuando cayeron las bombas sobre el mercado de Obor y todo tembló como si aquello fuera el fin del mundo, le dijo Lavaberzas: «Maria, tus críos se han cagado de miedo». Estaban todos apiñados, los niños dando gritos, pero era a la vieja Anghelina a quien se le había soltado el vientre, no a los niños, y todo se llenó de hedor, y ni imaginar puedes cómo se sacudía la tierra… «Son criaturas, qué se le va a hacer, cuñado», dijo entonces la pobre mamá, y la vieja Anghelina, ni pío, solo le castañeteaban los dientes y caminaba con las piernas abiertas. Sí, era muy vieja, pero se moría de miedo al pensar en la muerte. Muy cerca de donde estaban, en Obor, los aviones habían dejado caer sus bombas en pleno día y matado a mucha gente pobre y a mujeres que iban a comprar leña. Ellos, quién sabe cómo, habían logrado guarecerse en la bodega de Lavaberzas.

—Bueno, ahora sí me voy… —dice Vica.

¿Para qué va a seguir aquí? Nadie con quien charlar, nada que comer; la chiflada de su cuñada, con un grandullón de hijo en casa —ya está hecho un hombre—, y na’ pa’ llevarse a la boca… Habría que cocinar un buen estofado de carne para que el chaval tuviera donde mojar el pan… No es de extrañar que esté tan nervioso y decaído…

Gelu se levanta de la mesa, sorprendido. Estaba seguro de que iba a tenerla encima todo el día, y ahora, al verla dispuesta a partir, caminando pesadamente hacia la puerta, talega en mano, querría decirle algo, pero no se le ocurre nada. Va tras ella en silencio, con aire malhumorado, clavándose los dedos en la palma de las manos: no le gusta enderezar entuertos, y a fin de cuentas, qué sentido tendría, si hoy no tiene tiempo para estar con ella… Si quiere quedarse, pues que

se quede, y si quiere irse, bien puede marcharse…

—Te pareces a Napoleón en Rusia, tía —le dice con los ojos fijos en su boina.

Una boina tiesa, hecha de restos de un abrigo, y sobre la boina y las orejas, una bufanda atada bajo el mentón.

—Napoleón en Rusia o donde tú digas, ¡ande yo caliente y ríase la gente! Por lo demás, a estas alturas, ¿a quién le preocupa ya mi persona? Solo al diablo… Solo a Satanás, el jefe de los demonios —asegura entre risas.

Gelu también ríe, y en su risa hay cierto dejo de maldad. La mira y observa sus cejas canas, porque, ahora se da cuenta, ya no se las tiñe, quién sabe desde cuándo… Y el cabello ralo, de hebras rojizas, blanquísimo en las raíces. De pronto, la recuerda peinándose delante del espejo del voluminoso tocador, ve la jarra alta y blanca de porcelana de la jofaina, que a él tanto le gustaba; colgadas de la pared, las fotografías en su marco ovalado, donde los rostros juveniles de los novios —de Vica y el tío Delca— se miran luciendo en la frente las coronas brillantes de la ceremonia nupcial. Su dormitorio, en el que no ha vuelto a poner el pie a causa del penetrante olor a queroseno y a moho que ha impregnado para siempre los muebles y la ropa.

¡Qué extraño el recuerdo de la tienda, que tan enorme le parecía entonces, con sus estanterías hasta el techo y el mostrador, detrás del cual le encantaba jugar y mirar fascinado, la imperceptible oscilación de la balanza! Y la tarde en que le dieron un saco de su mismo tamaño, repleto de billetes verdes…

«Juega con ellos, puedes romperlos, haz lo que quieras, que ha llegado la reforma monetaria…»

Y mientras los hombres cuchicheaban en un rincón, la tía Vica se peinaba la larga cabellera, que rebasaba el respaldo de la silla; una melena morena y rizada, que aún no había empezado a teñirse.

—Me he quitado la dentadura, por eso ceceo; no la aguanto mucho tiempo. La odio, me la pongo solo para salir; más que nada por el qué dirán: Mirad, ahí va la vieja desdentada…

—Si te quedas una hora más, quizá regrese mamá…

—Bah, ya volveré otro día… Apenas mejore el tiempo, vendré a veros… Ya que he salido hoy, tal vez me dé tiempo a visitar a Ivona…

¡Lo que faltaba…! Ahora empezará con las historias de sus señoras… Casi suelta una risotada, se le ha pasado el mosqueo de antes. Pero ella no continúa hablando, se sujeta firmemente a la barandilla y baja con cuidado los peldaños.

—Cuidaos mucho —le grita desde abajo—. Y come algo, de vez en cuando, que por falta de alimento estás tan enclenque y nervioso…

Parcul Domeniilor

Camina lentamente, con la mirada gacha, cuidando de no tropezar con alguno de los alambres que han dejado tirados por doquier los condenados albañiles este otoño. Anda encorvada, con la talega de piel en la mano; no había razón para quedarse más rato allí, total, ya les ha dejado los pepinillos, un culín de aguardiente, la cebolla, el ajo. En fin, unas cuantas cosillas que a nadie le vienen mal…

«Ay, ¿por qué te has molestado, Vica? No hacía falta —suelta su cuñada—. Si ya sabes que no pruebo gota de aguardiente ni pongo cebolla en la comida…»

Eso dice, sí, pero con la boca pequeña, pues enseguida lo coge todo y lo guarda en el aparador; así es ella, capaz de quitarte, como quien dice, el último mendrugo de la talega, y encima arruga la nariz. Ella ya les ha dejado lo que había traído, pero ¿qué provecho ha sacado? Y para qué esperarla, quién sabe a qué hora volverá su cuñada, y en casa ni una miga pa' comer… Lo que faltaba pa' el duro, estamos en vísperas del día de paga, como ha dicho el chico… Hace un año su cuñada le prometió:

—Vica, te pasaré unos veinticinco leis, de la pensión de Ilie. Te los daré todos los meses, que ese fue su último deseo… Pero, perdóname, precisamente este no puedo; el mes que viene te los daré, pierde cuidado…

—No te preocupes, mujer, que a vosotros tampoco os sobra —le respondió ella.

Siempre le dice lo mismo.

No se fía de las promesas de la cuñada, y con razón. ¿Qué se puede esperar de ella? Su cuñada es una manirrota, cuando tiene dinero,

¡hala!, a gastarlo se ha dicho. Ya le gustaría verla vivir como ella y su marido, dos almas con unos tristes seiscientos cincuenta al mes… Y con eso hay que pagar el alquiler, la luz, el televisor…

Camina despacio, con cuidado, dejando atrás las cabinas telefónicas. Hay dos en la terminal del tranvía, ambas con los cristales rotos, ambas con los cables arrancados. Es que Bucarest se ha llenado de golfos, está invadida de paletos y bribones. Menos mal que lleva vacía la talega, solo algunos pedazos de pan seco; claro, la manirrota de su cuñada, como siempre, compra más pan de la cuenta, y luego se seca y hay que tirarlo…

«Pero ¿para qué lo vas a tirar? —le reprocha ella—. ¡Venga!, dámelo, que yo soy el cubo de la basura…»

¡Hay que ver cómo se ríe Gelu cuando la oye! Ella se lleva el pan a casa, lo tuesta, lo remoja en la taza de té y se lo come con la cucharilla. Es el único provecho que saca de su cuñada. En vida del pobre Ilie, lo mismo, esa mujer despilfarraba el dinero en un santiamén.

«Vica, ven a vernos el día de cobro, que si no ya sabes que no queda ni un céntimo», se quejaba el pobre Ilie.

Y así era, una semana antes del día de la paga estaba a dos velas y tenía que ir de casa en casa pidiendo prestado. Dos sueldos y no les alcanzaban, ¡habrase visto! Y ella, ¿cómo se las apaña para llegar a fin de mes? Pues siendo ahorrativa, claro.

«Yo la admiro, madame Delca, tiene toda mi consideración por lo bien que sabe llevar su casa», le comentaba Ivona.

Cuando Ivona dice algo, puedes fiarte de su palabra; por ejemplo, cuando le envía una postal y escribe: «Querida madame Delca, hace tiempo que no la hemos visto por aquí; la esperamos tal día», puede estar segura de que ese día la esperará y no saldrá a callejear por la ciudad.

«¡Cómo la quería Muti,[1] madame Delca!», murmura Ivona.

Y acto seguido saca el pañuelo y se echa a llorar. Ya ha pasado el luto, pero sigue llorando a su madre, y motivos no le faltan: mientras tuvo fuerzas, fue la madre quien sacó adelante la casa de Ivona y encima le crió el hijo.

—Madame Delca —le dijo Ivona cuando falleció madame Ioaniu—, la verdad es que yo no sé preparar el pastel de muertos…

—Pa' qué lo quiere, Dios me perdone —le contestó Vica—, que a fin de cuentas, ¿qué provecho saca de eso el difunto? Una vez muerto, ¿de qué le sirve? Solo lo bailao no se lo quita nadie…

—Lo cierto es que a Muti no le agradaban las ceremonias de difuntos, así que mejor le pasaré cincuenta leis cada dos meses, para que la recuerde. Le mandaré una postal y usted vendrá a recogerlos y así aprovecharemos para charlar un poco, o le enviaré un giro postal, lo que mejor le convenga…

Dentro de una semana hará dos meses desde la última vez que cobró ese dinerillo. Una buena chica la pobre Ivona, la conoce de toda la vida: un puro nervio, delgada, delgadísima, con la nariz larga; se tiñe el pelo de rubio y lo lleva corto, está igual que cuando tenía veinte años, no ha cambiado. Ya hace muchos años que va cada dos meses a casa de Ivona; recibe la postal y de inmediato se pone en camino, ¡y hay que ver la alegría de Ivona al abrirle la puerta!

«¡Ay, madame Delca, qué bien que haya venido! Tengo tantas cosas por zurcir que no sé dónde meterlas… y para colmo no tengo nada que ponerme… Conque ando así, desnuuuda…»

¡Qué contenta se pone cuando la ve! Se le cuelga del cuello y la besa en ambas mejillas; y ella, lo mismo. Le tiene cariño a Ivona.

«Manitas de oro las suyas, madame Delca, de oro puro —le dice—. ¡Qué más quisiera yo que ser como Muti o como usted! Pero ni hablar, no tengo ninguna habilidad, ni una pizca… por eso mi marido me ha compuesto una poesía: "Mi mujer, lo que es coser, ni que viera a Lucifer…".»

Y a sus fulanas, a sus furcias, a las putas que frecuenta, ¿también les compone poemitas? Tendrían que cortarle los cojones, le dan ganas de decir. Pero prefiere callar, no desea amargar a Ivona, bien sabe Vica cuándo hay que abrir la boca y cuándo tenerla cerrada.

Se ha detenido en la parada y espera resignada la llegada del tranvía. Está lloviznando. Unas gotitas se le clavan en la cara, pero ella ni caso, que lleva prendas bien gruesas y encima el abrigo, un buen abrigo, lo volvió del revés, hará nueve años, hecho de un

cachemir resistente, de esos de los buenos tiempos, y de los retazos que sobraban se confeccionó ella misma la boina, forrada con dos tiras de entretela de algodón. La bufanda le resguarda las orejas del frío, y la boina la protege de la lluvia, se la ha calado sobre la frente y está como una reina. Porque la persona que vale, sabe velar por sí misma, y ella ¿no iba a saberlo?, por eso poco le importan hoy el frío y la lluvia…

Una anciana con mitones de lana pasa a su lado acarreando una bombona de gas sobre un carrito. Fíjate, se dice, ¿cuántos años tendrá la vieja esta? Dios no quiera que me vuelva así… ¿Será posible que no haya encontrado a nadie que le cargue la dichosa bombona por cuatro chavos?

Llega el tranvía y ella se acerca presurosa, de tan arropada como va, avanza a pasos cortos.

—¡Suba, abuela! ¡Suba rápido! —la anima un señor muy cortés.

Un señor de cierta edad, un hombre de bien, de los de antaño.

—Gracias —dice ella.

Pero pasa delante de él sin detenerse; el caballero se la queda mirando extrañado, vacila un instante junto al estribo y se encarama luego al tranvía. Ella sigue deprisa hacia el vagón de segunda, pues desde que cerraron la tienda solo va en segunda y, como se ve, no se ha muerto todavía.

«¡Bah! Menudo ahorro, cinco céntimos —dice la lista de su cuñada —. ¡Qué gran ahorro!» Pues claro que lo es. Unos céntimos por aquí, otros por allá, así se junta el dinero, que si ella no fuese precavida, con lo que traía a casa su marido no les llegaba ni para una semana.

Pero no logra llegar a la puerta trasera del tranvía y ella por la delantera no subirá, pase lo que pase; no es tan vieja como para subir por donde se baja, la puerta delantera es la de salida, eso cualquiera de Bucarest lo sabe.

Ella conoce las reglas, pues viaja en tranvía desde la época en que los había tirados por caballos, con vagones amarillos, y en verano colocaban cortinillas, y a los caballos, capuchones en la cabeza y anteojeras. ¡Qué caballos más enclenques los del tranvía! La línea atravesaba la plaza Sfântu Gheorghe, donde estaba la Loba,[2]

continuaba hacia el hospital Coltea por la avenida Dorobanti, torcía por Clopotarii Vechi y terminaba en Bonaparte, a veinte céntimos el trayecto. Y el diablillo de Niculae acechaba en la acera, junto a otros golfos como él, y cuando aparecía el tranvía saltaban a los topes y enseguida se encogían, porque si llegaba a verlos el cochero les arrebataba las gorras y les propinaba una soberana paliza. Lo mismo hacían con el tranvía eléctrico, el catorce, ¡ay, qué loco era Niculae!, ¡qué atolandrado y qué listo! Lástima, ¡poco provecho sacó de su buena cabeza! En la escuela siempre era el primero, y el hijo del director, su compañero de pupitre, el segundo. Listísimo, todo lo aprendía con solo atender en clase, y luego se iba a corretear por los baldíos. Listo pero requeteloco; todos los días papá le daba una tunda, ora por perder en las canicas (le parece verlo guardar sus bolitas de vidrio) y regresar casi en cueros, ora por perder la gorra, le había arrebatado el cochero del tranvía. Recuerda otros tranvías: el que recorría la calle de la iglesia Ienei, por Regala, por Câmpineanu; se detenía en las paradas, pero también si le hacían una señal con la mano, el bastón o el paraguas. Había además carromatos que no transitaban sobre rieles; era mejor no cogerlos, ya que pasaban por todos los baches y te quedabas sin respiración. ¡No iba a saber ella qué es un tranvía! Lo sabe muy bien, no en balde es bucarestina de pura cepa; en cambio esos advenedizos que han invadido la ciudad, ni idea. Repleta está Bucarest de paletos, y ellos, los nativos, bucarestinos de toda la vida, ya no tienen espacio. Los tiempos que corren son para los catetos: apiñados en los edificios y juntando dinero para comprarse un coche, como la chata de Oita, prima segunda de Delca.

Avanza entre los asientos balanceándose torpemente. El suelo de caucho está todo enlodado; Dios santo, que no vaya a caer de un resbalón y a romperse algo. ¡Por fin un asiento libre junto a la ventana!

Va casi corriendo a sentarse.

Hoy se ha levantado con el pie izquierdo, ojalá encuentre a Ivona en casa. A esta hora ¿dónde si no podría estar?; ya está jubilada, igual que su marido: cuatro mil, o a lo mejor más, ¿cuánto tendrán entre los dos? Unos cuatro mil, para gastarlos ellos solos, porque el hijo huyó

del país. Hará dos o tres años que Tudor se marchó, poco antes de la muerte de su abuela, madame Ioaniu. Ivona mantiene su habitación tal cual, nadie duerme en ella, tampoco la ha puesto en alquiler. El gran caserón, vacío. La habitación del chico, Ivona la conserva como una tumba, va colgando las fotos en color que él le envía de los sitios por donde viaja. Y a ellos ¿de qué les sirve que su hijo recorra tantos países…? ¿De qué? Ivona consiguió visitarlo hace un año, cuando le dieron el permiso de salida, y este verano lo ha obtenido su marido, y eso es todo. Tudor, por su parte, no puede volver; Dios guarde a Ivona de que le ocurra algo en la vejez. Sola en ese caserón desierto, pues su marido se pasa el día entero metido en casa de la fulana. ¡Apenas lo ves coger su chaqueta del perchero, y ya no está! Que el Señor proteja a Ivona, porque no hay nadie que le ofrezca siquiera un vaso de agua. Así son los jóvenes de ahora. Tú los crías y los alimentas, y cuando les toca a ellos cuidan de ti, ¡si te he visto, no me acuerdo! De todos modos, Ivona no es de las que se desviven por los demás, durante toda su vida solo se ha preocupado de su persona.

«Así soy yo, madame Delca, una mujer racional —le confesó una vez —. Y eso me ha servido de mucho en la vida.»

«¡De mucho te ha servido! Que si mi marido se comportara como el tuyo, montando mujeres todo el santo día, ya se las hubiese visto conmigo, al cuerno lo hubiese mandado.» Pero la bobalicona de Ivona… que si el trabajo, que si las amigas, fumando, tomando café. Ni se entera de lo que le hace Niki.

«Así es ella, que desde pequeña ha sido educada para no demostrar sus sentimientos», le explicaba madame Ioaniu.

La señora la tenía al tanto de todo.

«Contigo, Vica —le confesaba—, no tengo secretos… Quédate aquí, en mi habitación, quédate aquí a trabajar, así podremos charlar de nuestras cosas… Justamente el otro día estaba pensando: ¿qué habrá sido de Vica, que no ha dado señales de vida? Entonces pedí a Ivona que te mandara la postal.

De vez en cuando el cartero traía una postal de Ivona: «Querida madame Delca, hace mucho que no la vemos por aquí. La esperamos. Antes de venir, llame por teléfono. Por las mañanas Muti está siempre

en casa».

Sobre todo en verano, sin temor a las heladas, salía de casa, cogía el tranvía a las nueve y a las diez menos cuarto llamaba a la puerta de atrás. A veces le abría Leana, la lavandera. A madame Ioaniu la encontraba siempre en el piso de arriba, en su sillón de cuero. Un día el bendito cuero reventó y tuvo que remendarlo, pero, cosido y todo, volvió a rajarse; estaba ennegrecido y por eso lo habían cubierto con un tapiz, y allí se pasaba sentada horas enteras la señora. Por otro lado, había tapices por toda la habitación de madame Ioaniu: unos cubrían el sofá cama, otros decoraban las paredes, junto con algunos cuadros y un gran espejo que llegaba hasta el techo. Era un espejo veneciano, con marco de madera oscura e incrustaciones de marfil. El marfil amarilleaba y el polvo lo había deslustrado, pero hasta hacía unos treinta años lanzaba unos visos tornasolados. ¡Cuántos cachivaches había en la habitación! Sillas con el respaldo de cuero claveteado con tachuelas, antiguas sombrereras, baúles con vestidos viejos, pilas de libros en francés con las hojas amarillentas, que, apenas los tocabas, despedían polvo y un olor penetrante…

A madame Ioaniu la hallabas siempre en su poltrona, con un libro en la mano. ¡Diablo de mujer, toda su vida desenvuelta y culta! Sentada leyendo, con las gafas caladas en la nariz, la cara surcada de finas venillas rojizas. En su día había sido rubia y en su juventud se esforzó por ocultar las pecas del rostro; traía cremas de París y se embadurnaba con ellas, pero cuando envejeció se le borraron de la cara y le aparecieron en las manos. Era gruesa y pechugona, pero al parecer de joven era alta y esbelta, así se la ve en las fotos de los álbumes, y cuántos no tenía, una montaña. Se pasaba todo el día en su sillón, allí hacía la siesta. Detrás de ella, colgado de la pared, había un cuadro de un anciano pelando una manzana. ¡Cuántas veces había contemplado ella esa dichosa pintura!

—¿Por qué tiene ese adefesio ahí colgado? —le preguntaba Vica—. A mí me daría miedo toparme con sus ojos por la noche.

—No es un cuadro cualquiera, Vica, tiene mucho valor, es de un pintor de hace años —contestaba madame Ioaniu—. Venía todos los veranos a Balcic, y un buen día, al ver que me gustaba tanto, me lo

regaló.

Y venga a contar historias. Se aburría de estar sola en su sillón durante horas y horas: su hija, en la oficina, su yerno también, y el chico, en el colegio. ¡Cómo se le iluminaba la cara al oír sus pasos por las escaleras…!

—Quédate aquí, trabaja en mi habitación —insistía—, para que podamos charlar un poquitín…

Rebuscaba en los baúles y aparecía con un montón de telas colgadas del brazo: terciopelos antiguos, sedas naturales, sábanas finas de Holanda, lencería de lino y batista; lo que pasaba es que todo estaba podrido, con solo ponértelas una vez las prendas se deshilachaban… Blusas y vestidos, de moaré, de reps, de satén brillante, de crepé, y buenos trajes sastre de cachemir inglés de antes de la guerra, y gabanes de pelo de camello, pasamanería y encajes, una verdadera montaña de trapos. Vica los cosía, los remendaba, los volvía del revés, ¡qué buenas prendas salieron de sus manos…! Ropa a la medida para Tudor, camisones, delantales, bañadores; hubo un tiempo en que hizo hasta pantalones para Ivona; «pantalones pescadores», así los llamaban en esa época.

Dedicaba largas horas a las labores de costura, inclinada en la máquina de coser. Cosía sin patrones, sin nada; aunque Ivona le proporcionaba revistas de moda extranjeras, ella ni las hojeaba.

«Para la falta que me hacen… —murmuraba—, me las apaño mejor sin ellas…»

Entretanto la señora la ayudaba con los hilvanes. En el momento menos pensado se ponía en pie y caminaba despacito hacia la cocina; reaparecía con el cazo de café humeante y las tazas. ¡Ah, eso sí que era vida! Madame Ioaniu encendía un cigarrillo, mira, así, lo sostenía entre los dedos, las uñas corvas como garras de ave y pintadas de un rojo intenso. Desde siempre, desde su juventud, la recuerda con las uñas encarnadas.

«Demonio de mujer», pensaba ella mirándole las uñas.

Madame Ioaniu tenía las manos nudosas, con los nudillos abultados. Por eso, según ella, para disimular lo feas que eran, tenía que pintárselas de ese rojo vivo. Pero ¿y las mejillas?, ¿también por eso te

las pintarrajeas? La pregunta le bailaba en la punta de la lengua…

Era digno de ver cómo se acicalaba madame Ioaniu cuando iba al cine, a ver a alguna amiga o a jugar al póquer. Organizaban las partidas por turnos en casa de una u otra, y cuando le tocaba a ella, madame le advertía:

—Mañana jueves vendrán las chicas, así que será mejor que no te pases por aquí…

—¡Claro que sí! ¡Mañana vienen las chicas! —exclamaba con sorna el sinvergüenza del yerno. Se burlaba por lo de «chicas», que así se llamaban entre ellas, aunque ya eran más que maduritas. Pero a ellas les importaba un bledo, habían jugado toda la vida; ni siquiera cuando los comunistas les despojaron de sus pertenencias y enviaron a sus maridos a prisión, y unos murieron y otros se salvaron, según estuviera escrito, abandonaron la baraja, aunque a ninguna le sobraba el dinero y apostaban con judías.

Luego volvieron a jugar con dinero, cinco céntimos era la puesta inicial. Madame Ioaniu preparaba siempre una tarta de manzana para agasajar a las «chicas».

¡Qué mujer madame Ioaniu, hacía bien todo lo que se proponía! Una vez, muy tarde, hacia la madrugada, había que terminar un vestido para Ivona; Vica se lo pasó, como quien no quiere la cosa, para que lo sobrehilara. Si vieras tú qué bien le salió: cogió la aguja y se puso a dar puntadas muy diestra y esmerada. A partir de ese día el sobrehilado corrió a su cargo, mientras desde su sillón contaba capítulos de su vida. ¡La de cosas que le habían pasado! Dos maridos tuvo y a los dos enterró. El primero, todo un profesor universitario, a quien los alemanes metieron en el calabozo cuando la ocupación de Bucarest. Dios sabe dónde lo encerraron, aunque no por mucho tiempo, pero cuando regresó ya no era el mismo, estaba envejecido y padecía no sé qué enfermedad, de manera que al poco tiempo recibió la extremaunción.

—Tendrás hambre —decía la vieja interrumpiendo sus historias—. ¿Quieres picar algo?

—Mire usted, vaya pregunta…

Desde hacía un buen rato le gruñían las tripas, pero ¿quién se

atrevería a pedir en casa ajena?

La señora era quien mandaba en esa casa y lo tenía todo bajo llave. Sacaba las llaves del bolsillo del vestido, abría el aparador y cogía una bandeja con pastas. Mientras estuvo en sus cabales, siempre había allí algo de comer. Y cuando Vica se marchaba, la anciana le echaba en la talega lo que encontraba en la cocina, alguna lata de paté o de pescado, unos pastelillos algo secos, un pedazo de queso…

—Toma, Vica —le decía—, que puede que lo aproveches…

—Traiga, madame, ya sabe usted que yo soy el cubo de la basura, échelo aquí…

Hay que ver qué gracia le hacía eso a la señora…

¿Acaso iba ella a andarse con melindres, a despreciarlo? ¿Por qué? Al fin y al cabo, ¿quién saldría perdiendo? Pues ella. Además, con ese gesto madame Ioaniu le demostraba lo contenta que estaba de que fuera su costurera.

—Tiene unas manos de oro, madame Delca. ¡Qué haría yo sin usted! —la alababa Ivona cuando se probaba un vestido que estaba quedando muy bonito—. Manos de oro —le comentaba a su madre.

Y madame Ioaniu, sentada en su sillón, asentía con la cabeza y sonreía; le agradaba oírle decir eso, pues al fin y a la postre era ella quien había descubierto a Vica.

—No lo sabré yo, que la conozco desde hace años —decía—, de cuando Vica cosía en la casa de modas de mi hermana. ¿Qué edad tenías entonces, Vica?

—¿Cuando estaba con madame Geblescu? ¿Cuántos tendría? Unos dieciséis, a lo más dieciocho —contestaba ella.

Su padre en aquella época ya vivía con la Cateta, había tenido otros hijos con ella, y a los del primer matrimonio los repartió por donde pudo. A ella la metió de costurera, a Niculae lo mandó a aprender un oficio, pero ¡qué alocado era!, todas las tardes se escapaba del patrón y el padre lo molía a palos, y al día siguiente lo llevaba a otro. A ella, pues, la puso a trabajar con madame Margot Geblescu, hermana de madame Ioaniu; su casa de modas estaba en una esquina de la avenida Pache y sus empleadas la llamaban la Patrona. Un año entero estuvo de costurera, la de trapos que cosió; todavía hoy le parece percibir el

olor de la plancha de carbón, ¡cómo la agitaba hasta que se encendían los tizones! ¡Qué vestidos, qué capas aquellas! Como si los tuviera delante ahora mismo, expuestos en los maniquíes. En aquellos años conoció a señoras de alcurnia, las verdaderas señoras de Bucarest, a cual más perfumada y elegantona, así eran las clientas de la Patrona. Algunas la apreciaban mucho porque Vica era limpia, con la cara muy blanca y el pelo moreno y ensortijado como su abuela la griega.

«Que me haga la prueba Vica —pedían ellas—, que esta chica tiene gracia.»

Por aquel entonces conoció a señoras auténticas, como le contaba a su cuñada, que siempre se da muchos aires, como si tuviera motivo.

«Yo sí que he visto de cerca a grandes damas, no como tú… He tratado con señoras de alto copete y sé cómo hay que comportarse en sociedad.»

A ella no le gustaba trabajar entre telas, pero al menos había escapado del lodazal que era su barriada de Pantelimon. ¡Ay, si hubiese vivido mamá, otro gallo le cantara! Pero en agosto del dieciséis repicaron las campanas en plena noche, sonó la corneta en el ayuntamiento y el padre tuvo que marcharse al frente. Después, apenas se ponía el sol, llegaba el zepelín, y de día los aviones; pan no había, carne tampoco, ni polenta ni judías; aquel año el invierno se adelantó y la gente no tenía leña suficiente para encender el fuego… A ellos les quedaba algo de lo que había dejado papá antes de marcharse. Los cañonazos se oían cada vez más cerca, mientras veían pasar carretones con refugiados, cisternas con agua, carros con heridos tendidos sobre la paja, pero hacía mucho que ellos no corrían a verlos, pues se les habían pegado los piojos de los heridos y mamá tenía que quitarles las liendres. No recuerda en qué mes murió mamá, solo recuerda que ella y Niculae estaban jugando en el baldío y que la tía, la mujer de Lavaberzas, corrió a buscarlos para que volvieran a casa. Así quedó huérfana y pobre, con once años y una caterva de hermanos a los que cuidar…

Al poco de llegar, los alemanes empezaron a exigir pan de azúcar, queroseno, sartenes y calderos de cobre, se llevaron hasta la campana de la iglesia de Capra. En las casas donde había quien diera la cara no

se atrevían a entrar, pero a ellos, pobres desamparados, ¿quién iba a defenderlos? A veces acudían algunos vecinos a auxiliarlos, o los recogían en sus casas para que estuvieran más seguros. Al final se murieron los gemelos, uno detrás del otro; el entierro fue en Semana Santa, que, según se cree, quien fallece en esas fechas va al cielo… Ellos, los pobrecitos, ¿qué pecados iban a tener?, ¿adónde iban a ir si no? Las vecinas les echaron una mano, prepararon el pastel de muertos, acarrearon el agua, repartieron lo que había que repartir. Después los alemanes o quienes fueran se apropiaron de la campana de todas las iglesias de la ciudad; las partían en cuatro y las fundían para hacer balas. Por todas partes se oía el retumbar del metal cuando las troceaban, y la gente se quedaba mirando sin decir palabra, persignándose, incapaces de creer que les hubiera tocado vivir algo semejante. No faltaron los milagros. Se cuenta que los alemanes querían llevarse el relicario con los despojos de san Demetrio; en vano intentaron levantarlo del suelo, a pesar de que eran muchos y de la fuerza con que empujaron. El santo se había vuelto pesado como una mole. Furiosos, pusieron dinamita bajo el relicario y encendieron la mecha; un humo negruzco subió hasta las nubes y, cuando se esfumó, el relicario seguía allí, con los despojos del santo intactos, sin haber sufrido el menor daño. En cambio, todos los alemanes la habían diñado. Yacían en el suelo como moscas muertas, sin manos, sin cabeza ni pies, pues Dios no podía consentir semejante infamia, ¡y menos aún en plena Semana Santa! Esos fueron los tiempos que le tocaron vivir, menuda infancia la suya y la de sus hermanos, pobres criaturas indefensas desde pequeños… Y el que vivió, vivió, y el que no, se murió, cada cual según su suerte.

Lleva un rato mirando por la ventanilla, pero sin ver nada. Ni las casas distingue, ni las calles por las que pasa el tranvía. Está encorvada en su asiento, con las manos cruzadas en el regazo, sobre la talega de cuero, esa que le regaló madame Daniel. Su marido era un pez gordo en aquellos tiempos, un buen comunista, amigo de Zaharescu, los dos viajaban todo el tiempo por el extranjero; a sus mujeres las dejaban en casa, pero a la vuelta, ¡qué de cosas les traían de los sitios adonde habían ido! Pieles, botas, cajas de cosméticos;

poco trabajo tenía Vica con ellas, pues no les faltaba nada, y llevaban todo nuevo. La Zaharescu todavía le mandaba algo para zurcir, pero lo que es la otra, madame Daniel, enseguida tiraba las cosas. Fue ella quien le dio esta talega de cuero trenzado.

«Tenga, madame Delca —le dijo—, para que se acuerde de mí…»

También le regaló una alfombra persa grande, desgastada, con la que ahora cubre el suelo de su sala. Y le dio unas camisas viejas del esposo, que era gordo pero no tanto como el hombretón de su marido; Vica las agrandó y las remendó, y Delca pudo usarlas un tiempo, pero mucho no duraron pues estaban podridas; madame Daniel no le entregó nada más nuevo; ahora ella y su marido andan por Israel…

Sentada en el asiento, jorobada, con las manos cruzadas sobre la talega, sigue mirando hacia la calle. De pronto ve unas casas conocidas, se pone en pie de un salto, tantea con las manos alrededor, coge la talega de cuero y se encamina casi corriendo hacia la puerta. Va deprisa pero con cuidado, no vaya a caerse y a romperse algo, una pierna, Dios no quiera; los pies le resbalan sobre la película de barro que cubre el suelo de caucho del tranvía. ¡Qué malos tiempos corren! La gente ya no es la misma; todo está peor, ni siquiera el invierno es el de antes.

—Espere un momento —ruega al conductor del tranvía.

Se sujeta con fuerza a la barra de la puerta y, temerosa, baja un pie. No vaya a ocurrírsele al loco ese arrancar de golpe…

El conductor lanza un escupitajo, tiene la mano sobre la palanca, pero no la mueve.

—¿No sería mejor que te quedaras en casa? —le espeta.

Vica tal vez haya oído esta impertinencia, tal vez no; en todo caso, no dice nada. Baja con parsimonia el otro pie, todavía agarrada a la barra.

—¡Haberte quedado en casa! La muerte buscándote allí y tú de pingo por las calles —dice el conductor.

Es un chaval de tez aceitunada. Mira al frente, ni siquiera ha vuelto la cabeza. Tiene la nuca cubierta de pelo moreno y rizado, que le cae hasta los hombros: una melena grasienta y crespa, larga como la llevan los gitanos orfebres. Viste una camisa chillona y una zamarra.

—Sucio gitano, ¡mal rayo te parta! —le grita ella.

Demasiado tarde: él ya ha cerrado las puertas y el tranvía arranca.

—¡Que el diablo os lleve a ti y a toda tu tribu! Que habéis llenado el mundo y se os ve por todas partes —rezonga ella, furiosa.

Hace rato que el tranvía ha doblado la esquina, ella permanece en la acera, mascullando.

Entre la parada del tranvía y la acera de enfrente, la calzada le parece anchísima, los coches pasan y pasan sin descanso, ¿cómo podrá colarse entre ellos? Se diría que la calle se ha ensanchado; da unos pasos tímidos, pero los coches no cesan de pasar disparados, uno tras otro, y los automovilistas sonríen burlones tras las ventanillas mirando a las mozuelas.

—¡Si a estas de ahora se las puede llamar mozas…! Ni una moza encuentras entre todas ellas —murmura, con los ojos puestos en la costra de hielo sin derretir que hay entre los raíles del tranvía.

Da un paso y otro más, sin apartar la vista de los restos de nieve congelada. De pronto siente un estremecimiento en todo el cuerpo. Una especie de hormigueo que la recorre entera. Temblando de miedo ve el camión que inesperadamente ha doblado la esquina y que se acerca. Tanto pavor siente en su cuerpo viejo y torpe que se figura que está prisonera en sus propias ropas. Por puro instinto encuentra la forma de escapar y alcanzar el lejano extremo de la acera opuesta. Oye cerca, muy cerca, el ruido del motor, ensordecedor como el latido del corazón en su pecho. El camión se detiene haciendo rechinar los frenos; el chófer baja silbando, ni tan solo la mira, y echa a andar despreocupado, sin dejar de silbar.

—¡Que el diablo te lleve! —rezonga ella.

La sangre espesa, cansada, le palpita en las sienes, en la frente. Con las piernas temblorosas sigue caminando, con la vista clavada en la nieve que ha quedado sobre los raíles. Oye de nuevo al chófer, que pasa silbando a su lado; oye sus fuertes pisadas en el estribo y cómo cierra de un golpe la puerta del camión. Como si se hubiera acordado de algo, Vica se detiene en seco. Se queda inmóvil en la acera, con la mirada aguzada y fija. El chófer está sentado al volante, se le ve con claridad a través del cristal de la ventanilla…

—¡Mira tú! —dice Vica.

Junto al bordillo hay pedazos de hielo y trozos de papel de periódico que asoman, mojados, aquí y allá. Por lo demás, la acera está limpia, es un barrio señorial, así que puede caminar sin miedo hasta la casa de Ivona. Saca del bolsillo su mano encogida, enfundada en un guante de lana con los dedos deshilachados, y se apoya en la pared. Las piernas le siguen temblando.

—Mira tú —repite—, me parece que su cara me suena de algo, pero ¿de qué? Ah, sí, ahora caigo, es el yerno de Reli, el que trabaja en Pipera… Pero ¿qué se le habrá perdido por aquí?

—Por poco no me vuelve a ver, por los pelos acabo de escapar del loco ese…

—¡Por Dios, madame Delca! Tiene usted que andarse con más cuidado. A nuestra edad debemos ser más prudentes, como decía Muti. Cuánto la quería Muti a usted, madame Delca.

Entonces Ivona buscará su pañuelo en el bolso y romperá a llorar. Motivos no le faltan: su madre le llevaba la casa. A Ivona no le gustaban las tareas domésticas y además era una negada. A ella le bastaban su oficina, su café y su cigarrillo. No tuvo la suerte de parecerse a su madre, que todo lo hacía bien. Diablo de mujer, ¡cómo sabía salir adelante…!

Avanza encorvada, paso a paso, con la mirada clavada en el suelo; las piernas le flaquean, y si no se lleva deprisa algo a la boca seguro que se desmaya, pues ¿qué ha comido desde la mañana? Casi nada: una taza grande de té con pan remojado y, en casa de la cuñada, un mendrugo de pan con queso; eso no sostiene a nadie. Pues ella, si sale de casa sin probar bocado, con el estómago vacío, está mala todo el día. Suerte que hoy es sábado, ojalá Ivona la invite a quedarse a comer. Mañana es domingo, puede que tenga invitados, quizá haya guisado algo. Normalmente Ivona cocina el sábado para el domingo. De manera que almorzará allí, si la invita. Aunque desde que se marchó el chico, Tudor, la nevera está vacía; ¿de qué le sirve tener un hermoso frigorífico Zil,[3] sin nada dentro?

—Nosotros dos no necesitamos muchas provisiones… —se justifica

Ivona—. A nuestra edad, la comida, los dulces sobre todo y la carne son veneno, de veras…

—Si usted lo dice, así será —asiente ella sin convicción.

Pero para sus adentros: «A mí que me den carne a diario, dulces, que en la vida no me interesa nada más». Así es ella, y su marido, igual: siempre les han gustado la buena comida y el buen vivir. De jóvenes, recién casados, la de cosas que le traía su marido y cómo se regalaban en las mejores tabernas: higadillos de pollo, mondongos, setas en salsa blanca, no había nada que no probaran. Especialmente él, como mozo recién llegado del campo, tenía curiosidad por todo. Les gustaba más que nada, en septiembre, el día de la Santa Cruz, sentarse a la sombra y saborear un vinillo tempranero en copas de barro, acompañado de albóndigas de cordero, criadillas de carnero, un poquitín de *göden*,[4] otro poco de *pastrami* de cabra, mollejas; los dos solos a la mesa, bajo la bóveda de parra. Por la noche se encendían los faroles de petróleo y empezaban las canciones y la música. Su marido se pavoneaba cuando se acercaban a cantarle al oído. Al final tomaban una sopa agria de tripa, para recomponer el cuerpo, y ya de muy buen ánimo volvían a casa en coche de alquiler. Cuántas veces se regodearon así en la época de la vendimia: lo recuerda como si fuera ayer… Ya han envejecido los dos, pero sigue gustándoles freír en la sartén carne de cerdo y longanizas, y luego recoger la manteca con el pan… Y servir un plato grande de encurtidos y brindar con aguardiente de ciruela… El hombre que no come se vuelve lánguido, nervioso, se le pegan todas las enfermedades y todos los males de la tierra… Y los melindres de Ivona son pura palabrería. Palabras de una mujer a la que no le agradan las labores del hogar; toda la vida a régimen, mordisqueando solo frutas, ¿quién puede vivir solo de eso? En cambio ella, si fuera a comprar fruta y carne, en un par de días se le acabaría el dinero de todo el mes. Dos almas con solo seiscientos cincuenta, y la luz, y el alquiler, y las cuotas del televisor… Eso de Ivona es pura exageración, pues cuando Leana va a limpiar o a lavar, hay que ver cómo vuela con la fiambrera a la tienda de comidas preparadas, ¡pero incluso entonces compra solo tres o cuatro raciones!

Lo bueno de Ivona es que al menos es una mujer de palabra. Le dijo

que le pasaría cincuenta leis cada dos meses y nunca le ha fallado. Dentro de una semana hará dos meses que le entregó los últimos cincuenta, y si ella va a verla ahora a lo mejor le da los cincuenta para los dos meses que vienen. Bien puede dárselos, que dinero tiene de sobra, y lo mismo le da hoy o la semana próxima.

«Pasaba por aquí, de vuelta de casa de mi cuñada, y he pensado: Por qué no voy a ver cómo está madame Ivona, cómo está el señor Niki…», eso le diría.

Ivona se alegra cuando la ve, la quiere y la aprecia, y se aburre todo el santo día sola en casa, sobre todo desde que dejó de trabajar. Pues el granuja de su marido, cuando no está con su fulana, está a punto de largarse con ella. Se alegrará Ivona de verla, y a lo mejor le da hoy los cincuenta, ¿qué son cincuenta para ellos que tienen dinero de sobra? ¿Qué son cincuenta leis en un hogar como ese? Ivona es una buena chica, buena como el pan, solo que no ha tenido mucha suerte en la vida. La verdad es que está algo chiflada. No tuvo la suerte de salir a su madre; su madre era una mujer cabal y sabía muy bien qué le interesaba. ¿Le interesaba algo? Pues adelante. ¿No le interesaba? Pues no perdía el tiempo…

La pobre Ivona no ha tenido la suerte de parecerse a su madre en lo de atraer a los hombres, de ser más pizpireta… Ah, para madame Ioaniu los hombres eran títeres, tiraba de las cuerdas y los hacía bailar a su antojo. Solo había que ver cómo manejaba a su primer marido, todo un profesor, y con qué gente se codeaba, con abogados y ministros, y llegó a ser íntimo de la reina. Pero de nada le valió, pues en casa era ella quien mandaba, quien tenía la sartén por el mango… era ella la generala, y él bajaba la cabeza, hacía todo para complacerla. La señora había tenido algún galán antes de casarse, pero el pobre marido no sabía nada; algo comentaba madame Cristide, pero, aunque hubiese sido cierto, ¿quién puede creer a alguien con esa pinta? Basta verla cómo va, si parece un payaso. Puede ser que madame Ioaniu tuviera un amante antes de casarse, bien puede ser, pero después de la boda se dejó de amoríos. No era de mala calaña, ni una cabeza de chorlito. Era una mujer sensata, juiciosa, fue ella quien le aconsejó que metiera en el banco esos siete mil:

«Tengas o no tengas, Vica, no dejes de poner algún dinerillo aparte, aunque sea poco, que siempre te sentirás segura si tienes una reserva, para que no te veas obligada a mendigar en la vejez. No se puede contar con los amigos, ni siquiera con los parientes, ¡si lo sabré yo…!».

De modo que, ya ves tú, ese consejo ha sido una buena obra de madame Ioaniu.

Dobla la esquina y entra en la avenida, le quedan unas tres casas más para llegar; ya distingue la verja de hierro forjado, con las farolas negras a ambos lados de la puerta. Hará unos treinta años que nadie las enciende ni se ocupa de ellas. Había dos más en la puerta de la casa, pero los inquilinos se las cargaron. Les metieron a la fuerza inquilinos en el caserón cuando Ioaniu estaba preso, de forma que Ivona, madame Ioaniu y Tudor, el pequeño, tuvieron que apiñarse en el cuchitril de la buhardilla. Y el mal bicho de Niki no encontró mejor momento para largarse a casa de la fulana. Hubo un tiempo en que madame Ioaniu decía que iba a volver a colocar las farolas en la entrada principal apenas se librara de los inquilinos; al final todo quedó en agua de borrajas: ella se hizo vieja y luego se marchó Tudor, el muchacho. Ahora que en el caserón solo quedan Ivona y su marido, ¿para qué volver a ponerlas? Las paredes, por fuera, están descascarilladas, ¿se encargará alguien de volver a enlucirlas? Por lo demás, puede que parezca más ruinoso de lo que está a causa de ese edificio nuevo que hay al lado. Antes ese solar era un descampado. El 4 de abril[5] lanzaron allí mismo una bomba, al lado de la casa de madame Ioaniu: los cristales de las ventanas volaron en pedazos, hubo muchos daños, pero lo bueno es que la casa se salvó, lo mismo que sus propietarios. Por suerte no habían ido al refugio, sobre el que justamente cayó la bomba. Cien muertos hubo, o más —¿cuántos serían?—, pero madame Ioaniu, la muy afortunada, salió con vida. Él, Ioaniu, los sacó de Bucarest a ella, a Ivona y al sinvergüenza de Niki. El señor sabía de la llegada de los aeroplanos, que por algo era coronel o general, o algo por el estilo, y trabajaba con el teléfono y con el telégrafo; por eso lo metieron preso los comunistas, que nos les convenía que anduviera suelto uno que había visto lo que había visto. Pues mucho sería lo que había visto y lo que sabía.

Lo que es la vida: ahora les han colocado este edificio justo detrás. Un edificio nuevo, habrá costado un dineral, ¡la de pasta que deben de tener los que han venido a vivir aquí! Peces gordos han de ser, los nuevos señores: comunistas importantes, como los Daniel y los Zaharescu. Estos son los nuevos señores; lo que es los viejos, unos murieron, otros lograron escapar con vida, algunos huyeron al extranjero y otros siguen huyendo… Sus casas, como ellos, envejecidas, destartaladas…

Fíjate en la casa de madame Ioaniu, toda descascarillada por fuera. Se nos fue la pobre, y también su hermana, la Patrona, fallecieron sus maridos, y la casa ahora está en la ruina. Madame Ioaniu la heredó de Mironescu, su primer marido. No le duró mucho Mironescu, pero le dejó la casa, con la plata, la cristalería, con todo lo que había dentro. Ioaniu era íntimo amigo de Mironescu, y este, antes de entregar su alma, le pidió que la cuidara, que se casara con ella. Ioaniu, que hacía tiempo que la amaba sin esperanzas, cumplió con su promesa y la llevó al altar.

La misma señora Ioaniu se lo había contado, con todo lujo de detalles, y no una vez, sino muchas. Pero madame Cristide dice que no, que no fue así, que fue de otro modo: que la Mironescu, es decir, madame Ioaniu, se acostaba con Ioaniu desde mucho antes y que toda Bucarest estaba enterada. Al parecer se lo contó la madre de Cristide, su suegra. Algo sabrían esas señoras, que aquí todo acaba por saberse y nada se olvida. Por otro lado, ¿quien puede cerrar la boca a las cotillas? Viendo a madame Cristide, pintarrajeada como una mona, ¿quién puede fiarse de lo que dice semejante zorra? Lo que sí es cierto es que la señora Ioaniu apenas mencionaba a su primer marido, solo muy de vez en cuando… Pero un día se le escapó: «No gozaba con él en la cama, Vica, ¿me entiendes?».

Estaban las dos bebiendo café, y entonces lo soltó.

«La entiendo, cómo no la voy a entender… —le contestó ella—. A mí tampoco me gustaba tener trato carnal con mi marido, cuando veía que iba a ponerme la mano encima, me daban ganas de salir disparada. No sabía cómo tomarme, solo él sabía lo que me hacía, pero cuando al fin me dejó en paz, di gracias a Dios…»

Así cotilleaban las dos, entre mujeres, y cómo se reían, qué disparates soltaban… Venía la señora Ioaniu, despacito, despacito, con el cazo del café humeante y las tazas, traía también la botella de aguardiente. Era aguardiente del bueno, a la señora le gustaba beber y comer bien. De modo que un día se sinceró:

«No gozaba con él en la cama, Vica —dijo hablando de su primer marido—. Me llevaba muchos años, unos veinte. No le faltaba tino y era un caballero, pero cómo lloraba yo al principio… Al cabo de un tiempo, bueno, me acostumbré… No solíamos salir, pero nuestra casa estaba siempre abierta y nos frecuentaban algunos amigos fieles… Si hubiese vivido toda la vida con Stefan, nunca habría conocido el placer, hay algunas mujeres que cargan con esa cruz. O, quién sabe, puede que me hubiese buscado un amante, como tantas otras…».

Si se le venían esas ideas, puede que de veras hubiera tenido algún que otro desliz… Si le rondaban tales coqueterías… Pero quién podía saberlo a ciencia cierta, que sobre ese punto era como una tumba… Pobrecillo su primer marido, lo conocía de fotos, a él se parece Ivona, es clavada a su padre: era delgado y alto, de nariz larga, la señora casi nunca lo mencionaba. O le desagradaba hablar de él o lo había olvidado, que habían pasado ya veinte años… Solo hablaba del otro, de Ioaniu, hasta que te ponía la cabeza como un bombo.

Empuja el portalón, que está siempre abierto. Es alto, de hierro forjado; en el patio había antes una pérgola, en verano cubierto de enredaderas. Toda la casa estaba recubierta de hiedra, de glicina y de madreselva. Había también unas flores como campanillas, pero enormes, la propia señora las había encontrado en algún sitio y las sembró, solo ella sabía cómo se llamaban. En verano olía a azahar, a madreselva, a tilos, a rosas, y en toda la calle tan penetrante era el aroma que te adormecías y te entraba dolor de cabeza. Te transportaba a otro mundo. El jardín entero estaba lleno de rosas grandes, amarillas, y por la verja y el portalón trepaban las enredaderas de rosas rojas diminutas. La señora se ocupaba personalmente del jardín, durante un tiempo tuvieron un jardinero, y luego el soldadito, el ordenanza del marido, que se encargaba de casi todo. En junio comenzaban a florecer las rosas y, como las había de

distintos tipos, primero aparecían unas y después otras, así que el jardín estaba florido hasta avanzado el otoño, hasta noviembre. La señora cuidaba de las flores, parece que la está viendo salir a cortar las rosas, con sus tijeras y un cestito, también a ella le daba algunas cuando se iba, pero no cortaba cualquier flor, ¡qué va!, solo las que estaban a punto de marchitarse.

«Ay, madame, ¿por qué no para un poco? Descanse un rato, que está en pie desde el amanecer», así le decía Vica a madame Ioaniu.

Lo que es ella, también ha estado de pie toda su vida, detrás del mostrador. Pero sabe cómo tratar a la gente, para halagarlos, para congraciarse con ellos. Sabe cuándo hay que decir algo y cuándo hay que callar, por eso todo el mundo la quiere y la aprecia.

Y madame Ioaniu, a veces sin ton ni son, se ponía a hablar.

«¡Qué energía he tenido yo toda la vida, Vica, muchísima energía! Cinco horas de sueño para mí son suficientes… Me gustaba viajar, bailar, me encantaba ir a espectáculos. Con Lulu iba a todos los bailes del Club de Oficiales, bailaba toda la noche, y por la mañana, cuando volvíamos a casa en coche, estaba fresca como una rosa. ¿Y crees tú que me acostaba nada más llegar? Eso nunca, te lo juro, así como lo oyes. Llamaba el ordenanza para me que encendiera la estufa del baño y me daba una ducha; luego llamaba a la cocinera y decidíamos qué iba a preparar ese día; luego revisaba qué otras tareas había pendientes en casa… Después volvía a salir en un carruaje e iba al centro a hacer los pedidos para la semana, en Dinischiotu o en Dragomir Niculescu.[6] Por la tarde, otra vez visitas o algún espectáculo. Hubo veces en que pensé que mi vida tocaba a su fin, pues de todo he tenido, grandes penas y grandes alegrías. Y la vida me ha dado lo que más me gustaba. Por ejemplo, las flores y los perfumes, me han encantado de siempre…»

Así le hablaba madame Ioaniu: sentada en su gran poltrona, sobre la tapicería desgastada cubierta por el tapiz y los almohadones, y ella, dale que dale, como una cotorra… Cuando se ponía parlanchina, no había quien la parase. Más de una historia Vica la oyó varias veces, pero la dejaba seguir; lo malo era que le gruñían las tripas de hambre, pero en casa ajena, ¿podías hacer otra cosa?

Ahora también tiene un hambre de lobo. Está al borde del desmayo, siente que le va a dar algo, apenas le sostienen las piernas mientras camina sobre las baldosas desiguales del patio hacia la entrada trasera. Por allí, por detrás, entraba cuando ellas vivían en el cuchitril de la buhardilla, la señora hacía lo mismo y no decía esta boca es mía, ¿qué iba a decir? Antes bien, debía dar gracias, que otras habían acabado con sus huesos en la cárcel y otras, grandes princesas, vivían en sótanos y en cobertizos. Al menos ellas seguían en su casa, si bien apiñadas en el cuartucho de la buhardilla, pues en el resto de las habitaciones les habían metido arrendatarios.

Un bendito día los inquilinos se marcharon, pero ¿de qué servía? Puesto que Tudor huyó al extranjero, cuando mueran Ivona y su marido el Estado se quedará con todo. Esto lo oyó de labios de Ivona, cuando le confesó que Tudor se había marchado al extranjero. Madame Ioaniu, en cambio, ni se lo había mentado, que cuando algo no le convenía, no había quien le arrancara una sola palabra, era como una tumba.

Llama a la puerta. Toca el timbre con insistencia, se detiene un instante y vuelve a la carga. Mientras aprieta el botón amarillento, oye el eco del prolongado tintineo en las habitaciones de arriba; oye cómo resuena por la larga escalera de madera con refuerzo metálico en cada escalón. Se detiene e insiste de nuevo. Le parece distinguir un susurro, unos pasos dentro. Pero todo son chirridos en la vieja casona, crujen los muebles vetustos, todo… Cruje el parquet, sin que nadie se mueva, sin que nadie dé un paso…

Le cuesta creer que hoy tenga tan mala suerte… Hace una pausa y vuelve a llamar, espera, retrocede dos o tres pasos y alza la cabeza para mirar la puerta.

Habrá salido Ivona, pero ¿y si estuviera a punto de regresar?

Madame Ioaniu

Extiende sobre un escalón los periódicos que siempre lleva en la talega y encima pone las bolsas de plástico vacías. Se sienta. No vaya a pillar un resfriado, que siendo invierno seguro que la piedra está helada. Le duelen los pies, tiene punzadas y calambres y una sensación de vacío en la boca del estómago, que ya es más de mediodía y no ha probado bocado.

De todos modos puede que aparezca Ivona, ¡menuda pindonga está hecha! Así la crió su madre, vagabunda… Qué clase de mujer es esta que no le gusta parar en casa ni hacerse cargo del hogar como tantas otras. Ves, por eso su hijo se largó y estará ahora en Alemania o en América, él sabrá por dónde anda. Por eso su marido se pasa todo el día con la fulana, pues nadie huye de lo bueno. Es sabido que si se marcha el hombre, la culpable es siempre la mujer. ¿Iba a quedarse en casa? ¿Por qué? ¿Para ver todo el santo día a la delgaducha y alocada de Ivona, con sus dientes de caballo y su nariz larga, siempre con un cigarrillo en la boca y charlando por teléfono con las amigas? ¿A quién no le entran ganas de salir pitando?

Está sentada sobre los periódicos y las bolsas de plástico vacías, mamullando un mendrugo de pan duro de su cuñada; la dentadura la tiene guardada. Quinientos leis le pidió el pillo del técnico por hacérsela, y ahora le aprieta y le ha hecho llagas en toda la boca. ¡Ladrón hijo de puta! Se ha llenado Bucarest de ladrones, hay pillos y chorizos por todos lados, siempre con la mano extendida por si les cae algo. ¿De dónde va a sacar ella para darles? ¿De los seiscientos cincuenta al mes con que han de vivir dos almas? Sin contar la luz, y el alquiler, y la tele…

Está allí esperando, pero no puede quedarse mucho tiempo, solo

faltaría que se hiciera de noche y ella estuviera aún callejeando o en casas ajenas. A veces su marido tiene razón: lo que es los otros, jamás se pasan por su casa. ¡Ni que fueran apestados! Nadie asoma. Bien pudiera ir la cuñada, o Gelu, o Niculae con sus mujerzuelas. Solo el pobre Ilie, que Dios tenga en su gloria, solo él venía a verlos mientras estuvo vivo, pero siempre con prisas… Bien podrían ir a verlos, sentarse con ellos a ver la tele, picar alguna cosita juntos, pues nunca les ha faltado algo de comer, y al marcharse, meterle algún billetico en el bolsillo:

«Toma, Vica, que puede que te haga falta…».

Cuando tenían la tienda, no se los podía quitar de encima, y el que pasaba, salía de allí empachado: ella ponía la mesa y les servía lo mejor… Y no llegaban solos, sino cada uno con su prole. En cambio ahora nadie se acuerda de ellos. Así es el mundo: si tienes para regalar eres bueno, y si no tienes, vales menos que una perra gorda… Puede que de todos modos vuelva Ivona, habrá salido por aquí cerca, hasta el supermercado de la esquina… Con tal que no haya ido a alguno de esos tés de damas, donde se juntan un montón de mujeres; ella las ha visto una vez en casa de Ivona. Cuando no están los maridos, las amiguitas se reúnen, ahora en casa de esta, luego en la de la otra, y desde una semana antes cada cual se prepara de lo mejor para dejar boquiabiertas a las demás. Y se ponen moradas de dulces y cafés, y dale que dale al cotilleo. Mujeres ociosas, murmura, ¡bien empleado lo tuvisteis con los comunistas! A mí me quitaron la tienda, pero a vosotras mucho más. Míralas: la que antes lo pasaba bien, ni hablar de pasarlo mal ahora… Y cuando les venían mal dadas, algo tenían siempre para vender: alfombras, cristalerías, joyas… y aun así no lo perdieron todo, como madame Ioaniu, que todavía tiene la casa atiborrada de cristalerías y alfombras.

Madame Ioaniu era como los gatos, siempre caía de pie, ¡dos maridos tuvo y a los dos los enterró! Había que ver cómo se acicalaba la condenada a sus ochenta años, se repasaba las cejas y se iba al cine con su hija, a la Sala del Palacio; su yerno les compraba las entradas, una vez por semana, y él, pies para qué os quiero, se iba volando a ver a la fulana. Madame Ioaniu, condenada mujer, se levantaba muy

temprano, se preparaba su café e iba de inspección a la cocina; dejaba dicho lo que había que guisar, cuántas raciones, veía lo que hacía falta, todo lo calculaba; iba de un lado a otro, voluminosa y tetona, con el cigarrillo en la boca; de ahí debe de haber sacado el vicio su hija, lo mismo que la tacañería.

La señora era una roñosa, contaba las patatas que había que hervir para preparar la ensalada oriental, dos por persona, y después de dar órdenes seguía merodeando por la cocina, siempre con el cigarrillo en los labios, como una generala. Si alguna vez se presentaba alguien sin avisar, por fuerza otro se quedaba sin comer. Condenada mujer, cuanto más vieja, más agarrada, aunque en los buenos tiempos, cuando ella se iba por la tarde, algo le metía en la talega: una lata de paté u otra conserva, algún pedazo de pastel seco, un cacho de queso. Una vez, recuerda, le dio tres huevos y uno se le rompió antes de llegar a casa. Pero ella no se andaba con melindres ni remilgos, como su cuñada, ¿por qué iba a darse aires? ¿Qué ganaba con eso?

—Toma, Vica, que no te vendrá mal…

—Traiga aquí, señora —le decía—, démelo, que yo soy el cubo de la basura…

¡Hay que ver cómo se reía la vieja! Reía, se bebía su café, se tomaba su copita, y cómo embuchaba, cuanto más vieja se hacía, más glotona se volvía.

Se levanta entumecida, la piedra está helada, las punzadas que le dan en los pies son mucho peores que por la mañana, además tiene tantas ganas de orinar —¡cómo está envejeciendo una!— que apenas puede contenerse. Por eso no se decide a irse, tal vez de un momento a otro venga la loca y la invite a entrar. Da unos pasos y mira hacia el portalón por si aparece la pindonga de Ivona. Claro, por esa razón su madre se esforzó tanto por echar el guante a Niki y convertirlo en su yerno. Mucho tuvo que lidiar para que la chiflada de Ivona no se quedara para vestir santos, que bien se acuerda ella de cómo era antes del matrimonio… igual que ahora: delgada, delgadísima, con la nariz larga, dientes de caballo, que solo con verla dan ganas de echar a correr… ¿Cómo le iban a salir pretendientes?

Su madre, cuando Ivona era pequeña, no la podía ver ni en pintura.

¡Menuda vieja! Muy lista, madame Ioaniu, así fue mientras tuvo fuerzas y estuvo en sus cabales, no había quien le sonsacara nada. Era astuta como un zorro y callaba como un muerto. Pero a veces se iba de la lengua.

Estaban las dos sentadas, ella traqueteando a la máquina de coser y la vieja en su sillón, encorvada, sí, pero con tantas ínfulas que parecía un gitano en el trono, y dale que dale con sus historias. Con la vejez se volvió más parlanchina. Y siempre acordándose del segundo marido, de Ioaniu. Durante muchos años ni lo nombró, pero cuando empezó a cobrar la pensión por él, hasta al teléfono contestaba:

—¿Diga? Al habla Sofia, viuda del general Ioaniu…

—¡Vete a la mierda! —murmuraba Vica.

Y la muy astuta:

—¿Qué has dicho? ¿Qué estás diciendo, Vica?

—Nada, nada. Estaba maldiciendo esta bobina.

—Está bien, si no has dicho nada…

Y la vieja seguía con sus recuerdos: por qué Ioaniu había sido el preferido del mariscal Averescu, y cómo resultó herido en Predeal, en Marasti y Dios sabe dónde más, y qué condecoraciones había recibido, y cómo se reencontraron ellos dos cuando ella se hallaba desmejorada, amargada y de luto por su primer marido. Y cómo él volvió a enamorarse de ella, porque ya la había amado antes sin haberse atrevido a confesárselo. ¡Que no se atrevió!, eso se lo cuentas a tu madre. Muchos se habían atrevido, que con muchos se lió la vieja a lo largo de su vida, que cuando el río suena, agua lleva; pues si no, por qué iba a inventarlo la loca de Cristide, que por su suegra estaba enterada de to'. Pero a la señora no le gustaba contar por cuántos hombres había pasado. Iba a lo suyo, siempre con la misma cantinela: que si Ioaniu le traía cestos llenos de flores, perfumes, polvos de tocador franceses, abrigos de piel y trajes de París; que si se ponía celoso cuando la llevaba a los bailes del Club de Oficiales… Y ella, Lulu p'arriba y Lulu p'abajo; se llamaba Gheorghe, pero la vieja zalamera le llamaba Lulu. Lulu p'arriba, Lulu p'abajo, y patatín patatán.

—Pues sí —explicaba la vieja—, aquellos fueron los años más felices

de mi vida. Desde que me acuerdo me gustó la diversión, pero de joven, no sé cómo, no encontré muchas ocasiones… Ivona nació poco después de casarme; yo era muy niña, y el parto fue tan difícil que me quedó el miedo en el cuerpo para toda la vida… Cuánto insistió Stefan en que tuviéramos otro hijo, pero en vano. Nunca logró convencerme… Treinta horas me martirizó Ivona, que yo ya no sabía si era de día o de noche. Di a luz en mi cama, la partera me había hecho unas bridas para que las agarrara, y yo tiraba de ellas y gritaba… ¡Y en casa todo mundo andaba de puntillas! Era muy joven, qué espanto, no quise volver a oír hablar de tener más hijos…

—¡Hijos para qué! A mí de joven me pareció muy bien que no pudiera quedarme embarazada… Me alegraba de no tener ese quebradero de cabeza. ¿Qué necesidad tenía yo de niños? ¿No tenía hermanos de los que preocuparme? ¿No tenía sobrinos?

Pero la vieja ni la oía. Cuando hablaba no escuchaba a nadie, y seguía con sus historias, y así fue como un día soltó:

—Me encantaba salir, recibir gente, bailar… pero el pobre Stefan era de carácter más huraño, no le gustaba bailar, se pasaba las horas trabajando en la biblioteca… ¿Y sabes qué hacía yo? A veces, algunas mañanas, me encerraba en la habitación, ponía el gramófono y empezaba a bailar sola mirándome al espejo, y pensaba en cómo habría sido mi vida si tuviese otro marido, más afín a mi carácter; ya sabes, lo que dan en imaginar las mujeres jóvenes después de casadas… pero no estaba triste, porque soy alegre por naturaleza y me pasaba el día riendo. Más tarde esto era lo que atraía a Lulu, que solía decir: Solo tu risa cascabelera se oye en esta casa, así me decía. A Ivona me daba miedo incluso tocarla. Yo estaba tan débil después del parto, que no pude amamantarla, y luego la pobre cayó enferma… Era una niña tranquila, pero enfermiza, y así pasó toda su niñez…

No sentía mucho cariño por su hija, se parecía demasiado al marido. Y él era una buena persona, pero demasiado enclenque, algo vejete y de nariz muy larga, ella no sentía cariño por su hija, y a su pesar hubo de llevarla a cuestas toda su vida. Pero menudo demonio era la vieja, astuta y refinada, ni apártate de aquí le decía a Ivona, ni siquiera de vieja, que si le convenía no decía ni pío. Solo a ella se lo contaba todo,

solo a ella le confesó que no sentía ningún cariño por su hija.

—El aya me la traía, pero ¿qué se puede ver en un recién nacido? Un paquete de encajes blancos y dentro… No sabía ni envolverla en pañales, ni desenvolverla, era muy complicado, nunca llegué a aprender… Te digo la verdad, me daba miedo tocarla, no fuese a romperle algo. Tenía la cabeza pelada, alargada y deforme, y no paraba de llorar, y las mejillas llenas de manchas… El pobre Stefan estaba tan contento que la encontraba guapa… Ivona es interesante, agradable e inteligente, pero guapa no lo ha sido nunca… Ya de pequeña era muy madura, se comportaba como una persona mayor. Es posible que por eso, cuando pienso en ella, tengo la impresión de que nunca ha sido niña… Quererla, la quería, ¡cómo no la iba a querer! El instinto maternal existe, cómo no… Hasta los animales quieren a sus crías. Pero Ivona era una niña demasiado tranquila y un poco rara… y sin que me diera cuenta se hizo mayor…

Velay, tenía tan pocas ganas de cuidar de su hija como yo de ser obispo. Muchas ideas raras le rondaban por la cabeza a la Ioaniu, como a toda mujer ociosa. No estaba del todo cuerda, que si no para qué conservar todas esas cajitas y esos frasquitos. Era avara, eso es cierto, pero de ahí a guardar ese montón de frasquitos y otros trastos… ¿De qué le servían? ¿Por qué no se decidía a tirarlos de una vez por todas?

«Cómo me gustaban las flores, Vica —decía madame Ioaniu—. Me encantaba tener la casa llena de flores… Las flores, qué maravilla, pero mucho más los perfumes…»

En el momento menos pensado veías cómo se levantaba del sillón y se iba despacito con la joroba a cuestas, que cada día estaba más doblada. Aparecía de improviso con un montón de frascos en los brazos, los sacaba de los cajones del tocador o de vete tú a saber de dónde: frascos, frasquitos, algunos tan pequeños como un dedo, otros como botellas de agua, unos con tapones de oro y filigrana de plata, con etiquetas brillantes, qué tapones más impresionantes tenían. Botellitas de cristal esmerilado, azules, verdosas, no se animaba la vieja a tirarlas ni a sus ochenta años. Venía pesadamente, rechoncha, tetona, jorobada, con el paso de los años se encorvaba cada vez más, y

se le alargó la nariz, que se le volvió ganchuda. Dejaba los frascos sobre la mesa y se quedaba mirándolos…

«Este es de cuando…», empezaba.

Se acordaba de cuándo se lo habían regalado. ¡Diantre! ¡Qué memoria tenía!

«Este es de…», decía.

Sabía cómo se llamaba cada uno, mil veces me repitió los nombres, pero ¡caramba!, quién iba a recordar tantos…

—Este me lo regaló Lulu antes de casarnos, todos los días me mandaba un recadero con flores… cestos con flores y perfumes… Desde la ventana veía llegar al recadero. Y a Ivona le mandaba pastelillos, frutas escarchadas o bombones de la cafetería Capsa. Que a ella la malcriaron tanto su padre como Lulu.

»Este me lo regaló cuando tuve un aborto. Qué triste estaba el pobre Lulu cuando fue a buscarme. Me obligó a guardar cama una semana entera. Era el primer aborto que sufría estando con él, por eso estaba tan preocupado, pero yo tenía una doctora muy buena, y había tenido muchos, ¿no había estado casada tantos años? Pero él no tenía por qué enterarse. ¿Por qué tiene el marido que saberlo todo? Dime, Vica, ¿no tengo razón?

—El marido solo de cintura p'abajo debe conocerte —respondía ella.

Y la vieja reía a carcajadas, con los ojos clavados en sus frasquitos.

—Dinero tirado. —Vica torcía el gesto al verla contemplar los frascos—. Dinero desperdiciado, ¿qué necesidad había de comprar todas esas bagatelas? Mejor hubiese comprado un solar, que todo lo demás es tirar el dinero…

—Mmm, sí, la tierra parecía una inversión segura en Rumanía, pero ya viste que al final hasta la tierra perdió su valor… Deja, mejor así, pues al pobre Lulu le encantaba complacerme en todo…

Luego la vieja recogía sus frascos, el montón de frascos, y los colocaba cuidadosamente en los cajones del tocador; como si fueran de oro, ¡así los conservaba! ¿Para qué los guardaba? Conforme pasaban los años, iba perdiendo la razón, ¡y se volvía más roñosa! Y no regresaba a su sillón hasta haber puesto en orden todos los

frasquitos.

—Pobre Lulu, era un hombre hecho y derecho cuando nos casamos, todo un señor. Militar de carrera, muy correcto y muy severo, pero a solas conmigo era otra persona. ¡Cómo le gustaba consentirme, cedía ante cualquier capricho mío! Salíamos todas las noches, al Continental, al Mon Jardin, a los bailes del Club de Oficiales… Teníamos un grupo de amigos… Tenía un corazón de oro, pero había que andarse con mucho tiento con él, porque era colérico y se enfurecía fácilmente…

«¡Ay, ay, ay…! Que siempre fuiste muy ladina», le decía Vica para sus adentros. «¡Muy ladina y materialista! Solo pensabas en ti, siempre supiste caer de pie. ¡Qué suerte tienen algunas en la vida!», se quejaba para sí.

Algo se mueve a su espalda, de modo que da media vuelta, con el corazón a punto de salírsele por la boca.

—¡Diablos! —exclama—. ¡Gato de mierda! ¡Lárgate de aquí!

Un gato ceniciento, pelón, hecho una lástima, está bajando del peral. ¡Cómo era ese peral en otros tiempos, qué peras daba, grandes y jugosas! Ahora está seco y retorcido, que el verano pasado se lo comieron las orugas. Cómo no se va a secar todo, si nadie se cuida del jardín. No hay ni una flor, ni una mata de rosas desde que se marchó Tudor y se murió madame Ioaniu… Bueno, eso venía de antes, de cuando la señora empezó a chochear. Porque, mientras tuvo energías, ella se ocupaba de la casa, de las flores y de la pérgola del patio trasero. Era ella quien mandaba, nadie se atrevía a contradecirla. Eso lo tenían todos bien claro, empezando por la chiflada de Ivona y el granuja de su marido, sabían que la casa, las alfombras, la plata y las joyas que atesoraba la vieja estaban a su nombre, todo le pertenecía a ella, más la pensión de su marido, que murió en la cárcel, en Sighet, en Jilava o en Pitesti, vete tú a saber dónde, pero el caso es que la vieja empezó a cobrar la pensión por él. El marido había participado en la Primera Guerra Mundial, y la de condecoraciones que tenía. Lo habían herido en Predeal y la vieja misma lo tuvo escondido. La mismísima madame Ioaniu, que por aquel entonces se apellidaba Mironescu, lo escondió durante meses enteros, de común acuerdo con

su esposo, el profesor, porque los dos tenían una buena amistad. Más tarde los alemanes se llevaron al marido al campo de prisioneros, pero a Ioaniu no. Ioaniu se vistió de civil y se fue a Moldavia, solo él sabe cómo cruzó. Y luchó en Marasti[7] y de nuevo fue herido, y al final lo cubrieron de medallas: el rey, la reina y el mariscal Averescu. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, tuvo suerte de no estar en buenos términos con Antonescu, esa fue su buena estrella, así no lo enviaron al frente, a Rusia. Claro que no puede decirse que al final tuviera suerte, porque terminó sus días en chirona; en cambio la vieja sí fue afortunada. Aguantó lo que tuvo que aguantar, hizo de tripas corazón; puso una pensión, y además se recorría toda la ciudad dando clases de francés y de alemán. Del primer marido heredó la casona, con la cristalería, las alfombras y todo, y del segundo, después de muerto, hasta llegó a cobrar la pensión. Al final ella se aprovechó del dinero de él.

Por eso, después de años enteros sin pronunciar su nombre, la oías al teléfono:

—Dígame —decía—. Dígame, aquí Sofia, viuda del general Ioaniu.

—¡Vete a la mierda! —mascullaba ella.

Y la muy ladina hablaba por los codos, pero nunca contaba qué le pasó a su segundo marido ni dónde había muerto. Y con razón, que los comunistas les habían metido el miedo hasta la médula. Una día, sin embargo, se puso a hablar sobre la pensión.

—¡Qué delgada era yo de joven! ¿Te acuerdas, Vica?

Para qué negarlo, sí que había sido delgada: delgada, alta y de tetas grandes. No tuvo la suerte de parecérsele la sosa de Ivona, toda su vida sin pizca de salero, sin la picardía para atraer a los hombres.

—Mira, así de estrecha tenía la cintura —dijo la vieja—, una cinturita, porque, después de dar a luz, me fajé todo lo que pude aguantar. Me lo enseñó la partera, nadie podía creer que hubiera tenido un hijo; logré conservar un cuerpo de señorita bien plantada. Más tarde eché carnes, al cumplir los cuarenta. Empecé a cuidarme: que si solo una manzana, que si nada de pan. De todos modos, ¿te acuerdas de lo bien que me mantenía antes de la muerte de Lulu? Luego sobrevinieron todas las desgracias y ¡qué tiempo iba a tener yo

para ocuparme de mi persona!

—¿Y por qué iba a estar delgada? —preguntaba Vica—. La gordura es hermosura. A los enclenques se les pegan todas las enfermedades y todas las pestes de este mundo… Los delgados, ya lo habrá visto usted, son nerviosos y débiles…

—Mira —siguió diciendo la vieja—, yo empecé a engordar cuando regentaba la pensión, probando la comida para ver cómo había salido, calculando las raciones, pues ¿qué otro placer me quedaba por aquel entonces? Escúchame bien, Vica, que un día te acordarás de mis palabras: no es bueno vivir sin alegría… Se vuelve uno ceñudo y malhumorado, envenena su alma y la de los demás. Más vale darse algún gusto en la vida, que nadie sale perdiendo… De modo que, cuando tenía la pensión, dejé de controlarme con la comida. Porque algunos comen por nervios, otros por aburrimiento, pero más difícil es contenerse cuando se come por placer. Y el último placer que nos queda es la comida.

Esta fue la única vez que madame Ioaniu le habló de la pensión. Por lo demás, nada de nada, ni que Antonescu había sacado a su marido del servicio activo, ni que los comunistas lo llamaron más tarde a filas y luchó en occidente, ni que había llegado con las tropas hasta Checoslovaquia. De algo de eso se enteró gracias a Ivona, y también a la Zaharescu, que lo sabía por su marido, que era un pez gordo, todo un director. Aunque al cabo de un tiempo Zaharescu cayó en desgracia, dejó de ser un pez gordo, pues algunos le hicieron la cama, o quizá le llegó el turno de que lo cambiasen, que esto es ley para los comunistas: poner y quitar, cambiar de cargo a sus hombres, igual que cambian lo que dicen, de un día para otro. Pero ¿y quién la manda a ella preocuparse de los peces gordos? Que por mucho que los rebajen, nunca lo pasan mal. ¡Por qué va a compadecerse de ellos! De su pobre marido, eso sí, que ya está mayor, pronto cumplirá los setenta y nueve, y desde que se ha jubilado ni un céntimo pueden ahorrar. Lo único que les queda son esos siete mil, y ¡Dios los libre de algún imprevisto! Así que, no hay de qué dolerse de aquellos, que siguen viviendo igual de bien. La Zaharescu, ¡si la oyeras cómo se queja! Cualquiera diría que son víctimas del poder… Pero su casa está llena

de cosas buenas, traídas del extranjero, y su hija mayor se fue a Inglaterra y allí se quedó. Unos dicen que se quedó para dedicarse al espionaje; otros, que porque le iba bien allí, y hay quien dice que se quedó porque su padre había perdido su posición…

¡Que se vayan todos al infierno! Que algunos nacieron para caer siempre de pie. ¿Por qué va a compadecerse de ellos? Bastante tiene con preocuparse de sí misma y su marido, que deben vivir los dos con seiscientos cincuenta al mes, y pagar el alquiler, y la luz, y el televisor. Está agarrotada por el frío, de tanto esperar a la chiflada esa. Aguanta ahí por cincuenta leis, ojalá se le atravesaran en el gaznate sus malditos cincuenta, y está medio mareada de hambre. Hay algunos que ni caso hacen a los sinsabores, que pasan por ellos sin padecer, y las amarguras les resbalan como el agua sobre las plumas del pato. Por ejemplo, la Zaharescu, y la puta de madame Daniel. Y la turulata de Ivona, que otra en su lugar, sabiendo que el marido se pasa todo el día con la fulana, pondría el grito en el cielo.

En cambio a ella, la mar de tranquila, le importa un bledo. De tal palo tal astilla: no en balde es hija de su madre, y madame Ioaniu tuvo dos maridos y a los dos enterró, y siempre salió adelante, sin dejar de acicalarse, ni de jugar a póquer, ni de ver todas las películas que ponían en la Sala del Palacio.

De su segundo marido, Ioaniu, cualquiera habría dicho que también él fue afortunado, porque Antonescu lo pasó a la reserva y no lo mandó a luchar al frente ruso… ¡Cuántos dejaron sus huesos allí! Sí, cualquiera habría dicho que también tuvo suerte, porque los comunistas no tuvieron nada que echarle en cara, al contrario, lo llamaron al servicio activo, lo sacaron de la reserva, y por ellos fue a luchar a Tatra.[8] Pero ¡al final resultó tener mala estrella! ¡De nada le sirvió, murió en la cárcel, en el cincuenta, en el cincuenta y dos, vete tú a saber cuándo estiró la pata, pues la vieja sobre eso no decía palabra. Pero de poco le valió su silencio, que todo acaba por saberse. Vica se enteró por la Cristide, porque su marido también fue hecho prisionero… Le contó que allí murieron como moscas, antiguos ministros y abogados, todos los que habían tenido fortuna, incluso inocentes desafortunados, todos convertidos en cadáveres. ¡Si hasta

Bratianu[9] murió allí, en el calabozo, devorado por las ratas! Algunos dicen que le suplicaron que se escapara mientras todavía era posible… a ese Bratianu o a otro, a cualquiera de ellos, su sobrino, a su hermano, en fin, a uno de los Bratianu, y al parecer él respondió: «¡Un Bratianu nunca huye!». Y no escapó, se quedó allí y, ya ves, la diñó. También la diñaron Maniu,[10] y muchos otros… Pues de los cientos y miles que estaban allí, apenas si se libraron dos o tres.

Y ni la señora ni su hija supieron que al poco tiempo de caer preso también Ioaniu murió en chirona. Un día, era verano, recibieron el aviso de dónde estaba enterrado. Fueron para preparar su tumba, querían honrarlo como Dios manda, o lo que fuera, pues la vieja no sabía mucho de entierros y misas de difuntos. Una vez en el cementerio, imposible dar con el difunto, pues al parecer había hectáreas y hectáreas de cruces, solo de muertos recientes, de menos de un año, porque todas eran de madera… Solo Dios podía saber cual era la de Ioaniu… Alguien les explicó que el general había fallecido en la enfermería. Cayó enfermo y, como le trataban peor que a un perro, dejó de comer. El muy cabezota no probaba bocado con la esperanza de que lo llevaran a la enfermería, pero los otros, qué más querían, una ración menos; les importó un bledo, y lo trasladaron a la enfermería apenas unas dos horas antes de que falleciera… Al parecer, cuando estaba a punto de estirar la pata, habló, y alcanzó a oírlo uno que luego se lo contó a su mujer: que estaba en sus cabales y que sabía que se estaba muriendo. Pidió como último deseo que no le enterrasen con el traje de rayas de los presos, que él no era un ladrón, que era hombre de bien, soldado y general, que había sido condecorado y que no había hecho mal a nadie en su vida. Cuentan que tanto suplicó que no lo sepultaran con el traje de preso que uno de por allí aceptó cumplir su deseo. Así fue como la señora Ioaniu logró dar con su cadáver: un sepulturero se acordaba de que uno de los muertos había sido enterrado en pijama. Tanto le llamó la atención que el sepulturero se preguntó: ¿qué les habrá dado para traer a este finado en pijama, en plena tormenta, en pleno invierno? Pero al que muere le da igual, que ya no siente nada ni falta le hace la ropa.

Así encontró madame Ioaniu a su marido, celebró las honras

fúnebres y mandó colocar una cruz de mármol, y al cabo de siete años lo exhumaron y trasladaron sus restos al panteón del cementerio Belu. Para asegurarse, le había mirado los dientes: pues sí, era su marido.

Diablo de mujer, dura como el acero, nunca se la vio llorar por él. Ni siquiera cuando, de la noche a la mañana, le cayeron encima todas las desgracias, una tras otra: el marido muerto, la hermana en la cárcel, su hija sin trabajo, el yerno en casa de la fulana, la policía encima, y ella sin ingresos, sin nada. Y para colmo amenazaban con echar al nieto de la escuela.

«En la vida, Vica, hay que saber muy bien lo que se quiere, porque si se lucha con uñas y dientes, al final, créeme, se consigue…»

¡Quién sabe en qué estaría pensando la vieja cuando decía eso! Razón no le faltaba, pues sabía que el tiempo todo lo resuelve. Así que al final llegó a cobrar una pensión por su marido, Tudor pudo terminar los estudios y el vago de su yerno dejó a la fulana y volvió a casa. Ahora tiene otra, pero lo cierto es que volvió a casa, aunque siempre parece que tenga el demonio en el cuerpo. Solo hay que verlo: aguanta lo que aguanta, y en el momento menos pensado coge la chaqueta y se larga.

«Niki está jugando al tenis», dice la bobalicona de Ivona.

Todos saben dónde está, pero fingen creerla.

«¿Al tenis? A montar mujeres, ¡que habría que cortarle los cojones!», decía Vica por lo bajo.

¡Cómo se reía la vieja cuando la oía! Ninguna gracia le hacía su yerno, pero, mujer refinada como era, jamás le decía nada, pues mucho había bregado hasta casarlo con la badulaque de su hija… Ivona, menuda pindonga, ¡por dónde andará ahora! Tener un hermoso caserón, con todo lo necesario, y una pensión de cuatro mil por persona, e irse a corretear por la ciudad… Hipócrita y tacaña, que no hay quien le saque nada. ¿Pa’ qué guardar tanto, pedazo de roñosa? ¡Como si fuera a llevárselo todo a la tumba! Hipócrita y tacaña, por eso le pone los cuernos su marido, y cuanto más vieja se hace, más avara se vuelve.

—Me cago en tus cincuenta leis y en la madre que te parió…

Zapatea y da saltitos para entrar en calor, luego se agacha soltando un gemido, ¡parece mentira: apenas puede doblarse! En otros tiempos, la de suelos que fregaba, la de bultos que levantaba y cargaba; lo que es su marido, de un tiempo a esta parte ni atarse los cordones de los zapatos puede, con la tripa que tiene. Grandullón como es, pone un pie sobre la silla y comienza a gritar:

—¡Vica! ¡Vicaaaa! Ayúdame con los cordones…

—Cualquiera diría que en la aldea asquerosa donde naciste tu señora madre te lo servía todo en bandeja. Y tú con las patas sobre la mesa, como un animal…

Pero siempre va a ayudarle; toda la vida él se las ha dado de gran señor, y si ella no ha logrado cambiarle en cuarenta años, menos ahora. Siendo él como es, ni aunque se hubiera dado cabezazos contra la pared, ni aunque se hubiera tirado de los pelos, habría conseguido enderezarlo. Y con la tripa que tiene y con los ciento veinte kilos que pesa, si se agacha lo mismo se le revienta una vena de la cabeza y se queda patitieso, o muerto en el acto, y eso sí que sería una desgracia.

Así que, a regañadientes, refunfuñando, va y le ata los cordones.

Se inclina, recoge las bolsas de plástico, las dobla y las mete en la talega. Todo con movimientos pausados, que con los años ha perdido agilidad. Y pese a todo no se decide a marcharse. No se decide pensando en que ha hecho el viaje en vano. Cabeza hueca, cabeza hueca, se dice, pasa por encima del desagüe que hay junto a la escalera, dobla la esquina de la casa y se encamina con pasos cortos hacia el portalón. El patio desierto: él con su fulana, la Ivona, sabe Dios dónde andará, ni que le hubieran metido una zanahoria en el culo, que no puede estarse quieta en casa…

El patio vacío, ni huellas de pisadas, parece una casa deshabitada, así de solitaria está desde que se marchó el chico y la vieja cayó enferma. Madame Ioaniu estuvo bien hasta pasados los ochenta, en la calle nadie le habría echado más de sesenta y cinco; todo iba bien hasta que se marchó el muchacho. To' bien hasta que se largó Tudor y a madame Ioaniu se le llenaran de agua los pulmones; inflamación sería lo que tuvo. Que esos días dio la casualidad de que ella iba a menudo a la casa, a trabajar, y parece que la estuviera viendo: la vieja

en la cama y su yerno frotándose las manos en el salón.

«Se nos va —decía—, se nos va la pobre Muti…»

Se frotaba las manos y le brillaban los ojos de contento. Al que entraba en la casa enseguida le decía: «Que se nos va la pobre…». Hasta a Vica se lo dijo, y eso que antes apenas le dirigía la palabra…

«Se nos va —le dijo—. Dentro de un día, de dos, de una semana… más no. Se nos va la pobre Muti…»

Es que lo consumía la impaciencia; de tanto esperar a que reventara la suegra, ni contenerse podía. ¿Quién sabe qué se le había metido en la cabeza? Que también Ivona estiraría la pata y él se libraría de una vez por todas de la dos, y que su furcia sería la dueña y señora de la mansión, de las joyas, del dinero de la vieja. Esto debió de habérsele metido en la cabeza al yerno, que se paseaba de un lado a otro del salón frotándose las manos.

«¿Te das cuenta? Dentro de dos o tres días, no más, se nos va la pobre Muti…»

Y la vieja, nanay. Inflamados los pulmones, agua o vete tú a saber qué más tendría, pero de estirar la pata, nada. En vano se había restregado el yerno las manos en la sala. La vieja estuvo en cama lo que estuvo, pero sobrevivió al mes de marzo, que es el mes de mal agüero, que si tiene que ocurrirte algo, si tienes que morir, en marzo morirás, es bien sabido. Así que la vieja pasó marzo, y no bien empezó a calentar, un buen día se levantó de la cama. Caminaba, eso sí, despacito, arrastrando los pies. El médico dijo que ya había pasado el peligro; solo que no era la misma de antes. Después de la enfermedad ya se le notaban los años: flaquísima, la piel flácida, la cara caída, los ojos hinchados, y hablaba con una voz gangosa que apenas se la entendía… Habría sido la enfermedad, habría sido la marcha del chico… Porque a Tudor fue ella quien lo crió, quien lo consintió; desde que era una criatura hasta el día en que se fue, solo ella había cuidado del chico.

«¡No creo que vuelva a verlo nunca más, Vica! No volveré a verlo en esta vida, y otra no creo que haya… Envidio a los que creen en Dios y en la inmortalidad del alma, pero yo jamás he sido creyente…»

Eso le confesó una mañana, estaban solas las dos, la vieja recostada

en su sillón. Vica le había pasado algo para hilvanar, pero ella no tenía ánimos, hilvanó algo y muy pronto dejó la labor. Mejor así, porque ella tuvo que descoser todo lo que la vieja había cosido.

Sentada en su sillón, hablaba la vieja del muchacho, y las lágrimas le corrían por las mejillas.

«¿Sabes, Vica? Cuando Niki trajo a Ivona de la maternidad y vi al niño, fue como si por primera vez viera uno. Me dio tanta lástima, me pareció tan pequeño e indefenso… Y mientras lo miraba, no sé por qué, por la luz, por el viento, el caso es que estornudó… e hizo un gesto con las manos como de persona mayor… Y no sé por qué me admiró tanto que hiciera gestos de adulto… Tenía la cara de viejecito, como la mayoría de los bebés durante el primer mes, pero a mí me gustó, lo contemplaba cuando despertaba, cómo miraba con curiosidad a todos lados. Si creyera en Dios, diría que era un milagro. No podía comprender cómo había aparecido entre nosotros tan de repente…, me sentía intimidada, él miraba alrededor como si lo entendiera todo. Ivona guardó cama un buen tiempo porque le habían hecho la cesárea, y yo lo alimentaba, aprendí a envolverlo en los pañales, a bañarlo, no permitía que nadie más lo hiciera… Después Ivona se recuperó y empezó a acercarse a su hijo, y vi que no sabía qué hacer con él… Pobrecita, es una inútil para las tareas del hogar, más desmañada que un hombre… Tendrías que haber visto con qué torpeza lo cogía, qué poca paciencia tenía al darle de comer con la cucharilla, y un día, al bañarlo, casi lo quema con agua hirviendo. Y entonces, que Dios me perdone, llegué a tenerle poco menos que inquina. Inquina por ser ella su madre, por haberlo parido ella y no…»

Estaba sentada en su sillón preferido, con la tapicería reventada, sobre la que habían colocado almohadones y un tapiz. Se pasaba horas enteras sin moverse, hablando solo del muchacho. Fue entonces cuando se le escaparon ciertas cosas, cuando le contó cómo cayó preso su segundo marido, y entonces si lloró… Hablaba y hablaba, y las lágrimas se le deslizaban por las mejillas…

«Corrían tiempos difíciles… Pronto, muy pronto me tocará a mí, me dijo Lulu una tarde. Sabía cuándo vendrían a prenderlo. Por pura lógica lo sabía, pues seguía de cerca cómo iban las detenciones dentro

del ejército. Me lo advirtió con tiempo, y días enteros estuvimos rebuscando en la biblioteca y quemando documentos, cartas, actas, libros. Los polis no hallaron nada. Destriparon el sofá, levantaron el parquet, arrancaron hojas de los libros, pero nada comprometedor encontró la policía política, ninguna prueba para inculparlo. Bueno, no es que tuvieran ningún empacho en acusar a alguien aun sin pruebas, pero a él no le tocó su turno en los primeros lotes. Estuvieron al acecho, lo citaban continuamente a interrogatorios, como me enteré más tarde, lo presionaban… Pronto cayó enfermo. No lo juzgaron, así que no fue difícil que lo rehabilitasen más tarde…»

«Por eso te dieron la pensión de viudedad, je, je», pensó Vica. ¡Por fin lo confesaba! Porque ahora, ¿qué más daba? Había callado por el chico, hasta que él se colocara, pues durante mucho tiempo ellas se hicieron ilusiones, pensaban que le darían un buen cargo y lo meterían en el Partido, porque Tudor era listísimo y ambicioso. Doblado día y noche sobre sus libros. Todos esperaban que le fuera bien a él y a toda su familia. Por eso no se quedó en el extranjero la primera vez, cuando logró marcharse a Alemania, a Holanda, él sabrá por dónde anduvo, pero volvió. Y la víbora de la Cristide, su vecina, estaba segura de que se quedaría, pero la primera vez no fue así. Y ahora, como el chico ya estaba viviendo fuera del país, la vieja ya no tenía motivos para morderse la lengua.

«Cuando anochecía y oíamos que un coche se detenía frente a la casa, todos nos quedábamos paralizados y nos mirábamos, pálidos como muertos. ¡Hasta el fin de mis días recordaré aquel año! Los segundos se nos hacían eternos a la espera de que llamasen a la puerta… subiesen por la escalera… Ni nos atrevíamos a mirar por la ventana a ver si se trataba de la consabida furgoneta negra. ¿Te acuerdas del señor Romanescu? El pobre hombre estuvo diez años en prisión; siempre fue una persona fina y con sentido del humor ¿Sabes qué me dijo cuando lo soltaron? Por lo menos en la prisión vivía sin el temor a que vinieran a detenerme… Y sin embargo aun allí, cuando los oía caminar por los pasillos, se me encogía el corazón… Sabíamos que podían venir para interrogarnos, o para llevarnos a Jilava,[11] o al Canal…[12] Y mire usted, me contaba el señor Romanescu, hace ya diez

años que me soltaron y todavía hay veces en que, estando solo en casa, me parece oír pasos en las escaleras. ¿Recuerda usted cómo irrumpían, pistola en mano…? Ahora me visitan toda clase de mozalbetes que me miran con ojos de espanto y me preguntan cómo fue. Algunos tratan de sonsacarme con indirectas… Yo a vosotros no os explico nada, les digo. Esa es siempre mi respuesta. Por varias razones; la principal, que no comprenderíais nada… A mí, en cambio, el pobre Romanescu me hacía confidencias, pues sabía de sobra por lo que había pasado, me contó que vivía muerto de miedo antes de que lo detuvieran. Había muchos que, del miedo que tenían, no dormían en casa, vagaban por las calles, deambulaban por la ciudad, desaparecían en algún rincón del país. Me acuerdo de un pobre viejo que se pasaba todo el santo día en la cola del hielo, desde las cinco de la madrugada; no era corriente que detuvieran a alguien en una cola, así que el viejecito estuvo muchos días haciendo cola. Si los veía acercarse se escabullía de una a otra. ¡Pobre hombre! Por supuesto que al final lo prendieron. Unos meses después del arresto de Lulu, alguien denunció a Margot y la juzgaron… A Ivona la echaron de la facultad; la escuela italiana donde daba algunas clases cerró, y no encontraba trabajo en ninguna parte; para dar clases particulares se recorría toda la ciudad, por tres leis la hora, lo que no le llegaba ni para los zapatos que destrozaba. En esas circunstancias decidí montar la pensión, para poder estar en casa y cuidar de Tudor. Creo que no hubiese podido salir adelante ni aguantar tantas penalidades de no haber sido por Tudor…»

Así es la vida. Siempre había sido una mujer dura y apasionada. Se le notaba en la forma de reír, en cómo le brillaban los ojos al ver la comida y en la manera de chupar el cigarrillo…

«En esa época me di cuenta de cómo se sufre por los hijos y cómo padeces con ellos todas sus enfermedades. Sin embargo, algo me daba fuerzas, Vica, lo sentía cada amanecer, y si fuera creyente diría que era Dios. Algo me infundía valor en aquellos años, en los que no recuerdo haber llorado siquiera, para que no se percatase Ivona. Debía estar sana y tener entereza para que no me pesara todo lo ocurrido, no debía quejarme ni llorar por lo que había perdido, porque mi hija y

ese niño inocente estaban solos y desamparados…»

Al muchacho, madame Ioaniu lo había querido como a nadie en este mundo. ¿Ahora qué sentido tenía callar? Al chico, de todas maneras, el silencio de su abuela no podía serle útil, pues para que lo dejasen volver el país debía dar un vuelco. Así que a la vieja le dio por hablar. Pensaría que tampoco le quedaban muchos años de vida y que no vería nunca más al chico. Que solo su madre, Ivona, y el granuja de su padre, ellos sí, tendrían oportunidad de visitarlo en Alemania, en Austria, en América, dondequiera que estuviera.

Ella no, ya no tendría tiempo.

«Quisiera tener fe, Vica, pero, no sé por qué, me es imposible… Si yo fuera creyente, confiaría en que volveríamos a encontrarnos en algún lado, ¿quién sabe? Pero, como no lo soy, siento que no volveré a verlo nunca más…»

Y así fue, no llegó a verlo nunca más…

Camina despacio, con mucho cuidado, pues le flaquean las piernas por el hambre… y las ganas de orinar, apenas puede contenerse, está tentada de meterse en un patio o un zaguán para aliviarse. Pero ¿cómo va a hacerlo en pleno día? Lo bueno es que por aquí no resbala, ya se ha librado de la preocupación de esta mañana, que por lo menos el hielo se ha derretido. Aquí solo hay mansiones y casas de dos plantas, jardines, tilos en las aceras, un barrio rico, claro está. Barrio rico fue, barrio rico sigue siendo, solo que ahora los vecinos son otros… Ahora viven los nuevos señores, pues de los viejos, unos han muerto, otros lo han perdido todo o han huido al extranjero, y siguen huyendo, si pueden, uno tras otro… Nuevos o viejos, ¿por qué habían de importarle a ella los señores? A ella lo que le interesa es no resbalar y romperse una pierna, Dios no lo quiera. Ojo, que todavía queda hielo junto al bordillo de la acera y montones de nieve negruzca por el hollín.

Ha llegado a la parada, pero el tranvía no se ve por ningún lado. Es mejor tener a mano el dinero justo para el billete, sacar el monedero y preparar los veinticinco céntimos antes de subir… Rebusca en la talega, pero solo palpa las bolsas de plástico. ¡Malditas bolsas!, no hacen más que estorbar, el monedero es lo que necesito ahora…

¿Dónde estará? ¿Dónde se habrá metido?

Siente que las piernas le tiemblan aún más, que se le hiela la espalda, el corazón… El monedero, veinte leis traía, más la calderilla… Le palpitan las sienes, apoya en la pared la mano crispada, embutida en un guante negro deshilachado en los dedos. Su monedero… malditos sean Ivona y toda su parentela… Desde que salió de casa de Gelu no ha hurgado en la talega… ¿Dónde puede estar? ¿Dónde? Ni que se lo hubiera tragado la tierra…

La sangre le late en las sienes a martillazos y solo ve manchas rojas, negras, Dios mío, que no se quede tiesa aquí mismo, o paralítica…

Veinte de presión le encontró la doctora del ambulatorio cuando murió el pobre Ilie, y desde entonces siempre lleva consigo el hiposerpil y el carbaxin. Que si no se cuidase ella misma, hace mucho que estaría bajo tierra junto a mamá, en el cementerio de la iglesia de Capra. Con la mano apoyada en la pared, trata de recordar, y de pronto se le enciende una lucecita en la mente: solo donde la ociosa de Ivona puede estar, fue allí donde rebuscó en la talega para sacar las bolsas de plástico y ponerlas en el escalón, solo entonces pudo caérsele el monedero. Echa a andar deprisa, muy deprisa. Nuevamente dobla la esquina de la avenida, ¡qué día más desgraciado, un contratiempo tras otro! Después de recorrer un buen tramo se detiene y rebusca en la talega hasta hallar el papelito doblado con sus medicamentos. Lo despliega, coge una pastilla, solo una, y la engulle. Se desliza con dificultad por la garganta, a falta del agua, como cuando embutes al ganso granos en el buche. Vuelve a guardar el papelito y sigue su camino; ahora por lo menos está más tranquila.

«Evite las emociones fuertes y los disgustos, madame Delca», le dijo la doctora del ambulatorio.

Eso le dijo, y ella le hace caso. Ahora lleva siempre consigo el hiposerpil, el carbaxin y el diazepam, y si tiene un disgusto, ¡hala!, se traga la pastillita y en paz. Se queda más tranquila y se le pasa la angustia. Mientras se pueda, hay que cuidar de uno mismo, esforzarse solo dentro de lo que cabe y tirar de la cuerda solo hasta donde da… Que si no cuida ella de sí misma, ¿quién lo hará?

Al fin llega a la puerta de la verja, que continúa entreabierta, y el

gato pelón no se ha movido, sigue junto al peral seco.

—¡Apártate, Satanás! —masculla ella.

Pero el gato del demonio, flaco, encorvado y sin pelo —le habrán trasquilado otros más jóvenes—, el gato del demonio, no se asusta… Está mirándola impasible con sus ojos amarillos, Dios me ampare, que no parece un gato, sino más bien ese de los cuernos… ¡Quién sino él le habrá traído la mala suerte…!

Dobla la esquina de la casa; aquí está el desagüe, aquí las escaleras, y ahora siente como un hormigueo en el pecho, algo como un vacío o como un nudo, ahora es la hora de la verdad: ¿estará o no estará el monedero? Veinte leis tenía dentro, más la calderilla. Le late la sangre en las sienes a martillazos. Dios la libre de la mala hora, no vaya a quedarse allí patitiesa. Pobre de su marido, siempre le dice: «Tienes que vivir. Tienes que vivir para cuidarme, que te llevo ocho años y yo moriré primero».

«¡Anda, bestia vieja! —le increpa ella—. ¡Anda, que antes me enterrarás tú a mí! Con todo lo que me has hecho sufrir toda la vida, siempre queriéndote salir con la tuya, sin ceder un ápice…»

Camina despacio, encorvada, con pasitos pequeños, ¿para qué mirar allí delante, si apenas ve…? ¿Encontrará el monedero? Se detiene, apoya en la pared la mano cerrada, hurga en la talega hasta dar con el papelito doblado de las pastillas, lo desdobla y saca otro carbaxin, se lo mete en la boca y lo engulle. Este lo traga con mayor facilidad, que siempre la primera vez sirve para aprender. El carbaxin no es muy fuerte, el pobre Ilie bebía el café a tazones y fumaba un cigarrillo tras otro, y por la noche tomaba los carbaxines a puñados, que de otro modo no podía dormir. Pobre Ilie, pobre hermano, parece mentira que esté muerto, todas las noches sueña con él.

«Así es la vida, uno a uno nos iremos todos, uno a uno… —le dice ella a su cuñada cada vez que la ve lloriquear—. Como si llorando o dándote cabezazos contra la pared pudieras cambiar el destino, como si fueras a sacar algo. Nada consigues con eso, que todos nos iremos poco a poco, cada cual cuando le llegue la hora, y ninguno de nosotros se quedará aquí…»

¡Qué bueno que es el carbaxin! Mira, ya se ha tranquilizado, pero el

corazón sigue latiéndole deprisa. Observa la escalera… No ve nada en los peldaños. Ni rastro del monedero. No se lo puede creer; veinte leis, sin contar la calderilla, sin contar el monedero. Todo se le oscurece, extiende la mano para apoyarse en la pared. ¡No vaya a reventársele una vena en la cabeza, Dios santo! No puede ser, da vueltas alrededor de la escalera vacía, se agacha y tantea el suelo con las manos… El diablo, eso es cosa del diablo, que si no, ¿cómo iba a desaparecer el monedero? Y los ladrones de ahora, que te roban en tu propia cara, los chorizos que han llenado toda Bucarest… ¡Maldito día! Todo le ha salido al revés, y la chiflada de Ivona, vagabundeando por la ciudad… ¡Maldito día! ¡Ay, ay, ay!, que en vano da vueltas, que el dichoso monedero no aparece, ya ha visto que no está, pero no se decide a marcharse, mira de nuevo en la escalera, por si acaso, mira debajo, se inclina, palpa con la mano, que quizá no ha visto bien. Nada, que no está, y punto.

Sin pensar, vuelve los ojos hacia el desagüe. Y se echa a reír, con una risa que suena como un hipo.

¡El monedero!

Maldita sea, quien sino el diablo puede haberlo tirado ahí. Solo el demonio puede haberlo dejado ahí, al lado del desagüe. Se quitó la dentadura en casa de la cuñada, porque le apretaba, y ahora está desdentada, pero no le importa, puede reír a sus anchas, pues no se ve ni un alma. No hay quien se fije en ella. Y ella ríe a carcajadas y mete con cuidado el monedero en el fondo de la talega y lo tapa con las bolsas de plástico. Bendito sea Dios que se ha compadecido de su sufrimiento… Y eso que ella apenas pisa la iglesia; pues bien, este domingo irá, aunque solo sea a encender una vela. Hubo una época en que leía la Biblia; la abría y leía las historias, los consejos de cómo comportarse en la vida, que en la Biblia está todo escrito. Solía leerla hasta el día en que su marido compró el televisor, y ahora ve todas las películas, las que le gustan y las que no. A ella le gustan solo las de amor, esas donde una pareja se aman con pasión y luego se separan, o uno de los dos muere, o se vuelven a encontrar después de veinte años y ya es demasiado tarde.

Se está quieta en la cama y llora las penas de los personajes. Su

marido está todo el santo día delante del televisor y no lo apaga hasta que sale la señal de cierre.

¡Ay, alabado sea Dios…! Le ha dado una alegría como no recuerda desde hace años. ¡Hacía siglos que no estaba tan contenta y serena! Solo las ganas de orinar la atormentan, iría a aliviarse tras la esquina de la casa, pero solo hay pavimento y dejaría un charco… También podría aparecer alguien y sorprenderla en cuclillas. De todos modos, en el patio no hay ni un alma.

Qué silencio. Solo arriba, en la ventana de la buhardilla, se mueven algunas tórtolas renegridas. Allí vivía la vieja, con su hija, con su nieto, cuando estuvo preso Ioaniu y el canalla de Niki se mudó a casa de su fulana. Por esos años más o menos empezó ella a trabajar en casas de clientas, pues ya les habían cerrado el negocio y ¿qué otra cosa podía hacer? Claro, podía haberse metido en alguna cooperativa, pero a ella no le gustaba tener a ningún mandamás encima, así que prefirió ir a casa de sus clientas, un día a una, al siguiente, a otra; de ninguna salía con las manos vacías, además le daban conversación y se enteraba de todos los cotilleos. Y ellas se la disputaban. Habían sido señoras de categoría en su día, pero ahora les llovían los problemas: habían envejecido, las habían echado de sus propias casas y, de vivir en palacios, pasaron a malvivir en sótanos y buhardillas miserables. Sabía de una que antes era toda una princesa y que había acabado de lavandera: lava que te lava, en un garaje, fardos de ropa así de grandes que recogía de quién sabe cuántas casas. Además, tenía tres hijos agarrados a sus faldas, y mientras restregaba la ropa les hablaba en francés, en alemán. Y al cabo de un tiempo le cogió gusto a la cosa y tomó incluso a su cargo a niños del vecindario a los que, mientras lavaba, hablaba en las lenguas que sabía, por dos o tres leis la hora, y venga a hervir la ropa, a almidonarla y todo lo demás, y venga a hablar en francés, y el que quiso aprender, aprendió. ¡Caramba!, los condenados chiquillos empezaron a soltarse y luego a hablar sin tropiezos en alemán, en inglés, ¡solo el diablo sabe cómo!

Todo esto lo sabe por madame Ioaniu, que con sus propios ojos había visto a la vieja, una Cantacuzino, clavada a la artesa lavando la ropa. Dicen que la princesa era muy buena persona y gente de bien, y

seguía siendo toda una señora, pese a que ahora lavaba la ropa sucia de cualquier mugriento.

Y al marido de la princesa los comunistas quisieron fusilarlo, pero al final logró salir con vida de la prisión, al cabo de unos veinte años; pues si está escrito que has de vivir, vives. En cambio Ioaniu la palmó menos de dos años después del arresto, que ni siquiera tiempo de juzgarlo les dio. Y quien estaba escrito que saldría con vida, salió, pues ese estuvo veinte años en chirona, y se tragó cloruro de sodio del que echaban al inodoro, y así salvó el pellejo. Que había disentería en Jilava, en Sighet y dondequiera que los tuvieran encerrados, por eso se tomaban el cloruro: para no perecer por la diarrea. Sería cierto o no, ella así lo compró y así lo vende.

Antes todo eso salía en los periódicos; hoy no hay forma de enterarse de nada, pero siempre corren rumores: este dice una cosa; aquel, otra, que no se puede cerrar la boca con candado a todo el mundo… Solo los que de veras han pasado por las cárceles callan como los peces, pues no tienen ningunas ganas de volver por allí.

Así que murieron muchos, a centenares, a millares, ¡quién sabe cuántos serían! ¿Acaso había alguien para contarlos? El que estaba escrito que viviera, vivió, y el que estaba escrito que muriera, murió, cada cual con su sino. Y al fin y al cabo, ¿ella qué tiene que ver con ellos? ¿Acaso no tiene sus propias amarguras? ¿Para qué angustiarse por las desgracias ajenas? La cuestión ahora es qué hacer. ¿Ir detrás de la casa o no?

Se oyen los chillidos de unos niños muy cerca, en el vecindario. Esperará hasta que se vayan. ¡Qué griterío, se le van a romper los tímpanos! ¡Qué paliza les propinaría ella, para que aprendieran a comportarse! La culpa la tienen los padres, que los malcrían, todo el día enfrascados en sus asuntos, y los críos con la llave colgada al cuello, merodeando por las calles. Por eso hoy día no hay uno que sepa lo que es el temor o la vergüenza.

«La gente se ha maleado, y conforme pasa el tiempo, más se malea —decía madame Ioaniu—. También a mí, cuando era joven, me gustaba divertirme, pero ahora ves a los jóvenes besándose y sobándose en plena calle. ¿Había acaso en nuestra época un hijo que

se pusiera insolente con sus padres? Dime, Vica, ¿no tengo razón? Yo nunca he creído en profecías ni en cosas por el estilo, como eso que dicen algunos de que se acerca el fin del mundo… Ni aún viviendo en estos tiempos creo en tales cosas, pero ¿sabes lo que pienso? Que la humanidad está volviendo a la barbarie. Vendrán los bárbaros, bueno, qué digo yo que vendrán, si ya han venido, y salvajes como eran ellos, así nos volveremos también nosotros…»

¡Eeeeeh…! Qué culta, Dios bendito, culta sí que era la vieja. Muchísimos libros había leído en su vida, y se acordaba de todo. Instruida y también materialista, ella primero por encima de todo, y lo que se proponía lo conseguía. Más descocada había sido su hermana Margo, a ella debe de haber salido Ivona. En esa época las señoras de buena cuna no acostumbraban a trabajar, los maridos las mantenían. Solo la pindonga de Margo Geblescu viajaba a París: a buscar modelos, patrones, sepa el diablo —¡que Dios la perdone!— qué otras cosas más. Dos veces al año iba a París a traer patrones nuevos, que ese capricho tenía, la acompañaba su marido, muy guapo la verdad, pero terriblemente majareta. En Bucarest vivían cerca de Kiseleff, en el parque Bonaparte,[13] ahí tenían su casa, pero ambos eran unos chiflados y unos manirrotos. Por eso no anduvo bien su hogar. Un juerguista ese Geblescu, se iba de jarana noche tras noche, a jugar a cartas, con mujeres, él sabía adónde, al final quizá se lió con alguna y se esfumó. Madame Ioaniu nunca más volvió a hablar de él. Llegó la guerra, y después, los comunistas; ¿lo habrían cogido, habría ido a parar a la prisión, habría escapado, estaría vivo todavía? Solo él lo sabe, si vive o no…

Fue por esa época cuando Vica empezó a ir a casa de la señora Ioaniu. Ellas ya no tenían dinero, nada, estaban encerradas, y ella trabajaba más bien a crédito, ¿qué provecho iba a sacar de allí? Por aquel entonces también tenía otras clientas, la Zaharescu, con su marido, todo un director, y la señora Daniel. También a sus casas iba a trabajar. Pero no dejaba de ir a la de madame Ioaniu, pues la conocía desde que era joven y estaba de aprendiz en la casa de modas de su hermana, la Margo Geblescu.

Su hermana, la Margo, ya no estaba con su marido, tampoco tenía

ya la casa de modas en la avenida Pache, ni vivía en el parque Bonaparte. Le habían dejado una pequeña viña en Otopeni,[14] y allí se instaló, en un caserón algo destartalado.

«Vica —le dijo un día la señora Ioaniu—, ve a casa de mi hermana y tráete una damajuana de vino…»

Y cuando llegó, llamó a la puerta. Llamó una y otra vez, le parecía extraño que nadie respondiera. Madame Ioaniu había llamado por teléfono a su hermana para avisarle que Vica iría con las damajuanas…

—¿Quién es? —la oyó decir, justo cuando se disponía a mandarlo todo al diablo y a marcharse.

—Soy yo, Vica —le respondió.

Pero para sus adentros pensaba: «Vete a la mierda, que me tienes plantada aquí, en la puerta…».

—Enseguida, enseguida —dijo Margo.

Y dejó pasar otra media hora más antes de abrir. Le entregó el vino, y ella se fue. Por el camino pensaba todo el rato: «¿Por qué me habrá hecho esperar tanto la loca de Margo?».

Y figúrate, se lo contó todo madame Ioaniu después de la huida de Tudor. ¿Fue ella o la Cristide? Figúrate, Margo, después de separarse de su marido, se juntó con uno, y lo tenía escondido en su viña de Otopeni. Guapa había sido Margo, y se conservaba bien, menuda, no tan alta como su hermana, pero una señora bien, y elegante, calzaba un treinta y tres, tenía unos pies así de pequeñitos… Tuvo escondido al tipo, ella sabría durante cuánto tiempo, quizá años enteros. Salía de su escondrijo solo cuando Riri se iba a la escuela, porque Margo tenía una hija de su marido. Al novio solo lo dejaba salir cuando la chica estaba en la escuela, y también por las noches, para que regase la viña con la manguera. Así vivía el hombre, agazapado, como quien dice sin carraspear ni tirarse pedos, saliendo solo de noche a recorrer el viñedo y el jardín.

Pero al final todo se supo, se enteraron también los comunistas y lo agarraron.

Fue su esposa quien lo delató, que por lo visto estaba casado y tenía mujer, por la rabia de saberlo amparado por Geblescu. Así pues, él fue

a dar con sus huesos a la cárcel y a Margo le echaron cinco años, por complicidad. Cumplió la condena completa, y puede decirse que no salió demasiado mal parada. Pero Margo, al poco de quedar en libertad, falleció, y madame Ioaniu se hizo cargo de su hija, la Riri, y durante un tiempo vivieron todos amontonados en aquella buhardilla. A la muchacha la echaron de la escuela, y trabajó en una fábrica, pero al final se las apañó, debió de casarse, y ahora dicen que vive en Francia y tiene hijos ya creciditos. La señora Ioaniu le había enseñado algunas fotos de ella.

Pero solo después de la marcha de la sobrina se lo contó todo. ¿O fue la Cristide? A Dios gracias que no sabía nada cuando fue a la viña, que, si no, en un buen lío se habría metido… No tenía por qué estar enterada de los asuntos de los demás… Bastante tenía con los suyos. No tenía necesidad de estar al tanto de lo de Margo, allá ella con su vida, quién la había mandado amancebarse con un hombre casado y, para colmo, tenerlo escondido. Pero ¡qué vida habría sido la de ese hombre y qué peso llevaría en su corazón! Al parecer solo de noche salía a regar el jardín y la viña con la manguera, y a pasear entre las flores. Se paseaba en solitario, hasta muy tarde. Pero al fin y al cabo era asunto de ellos y cada cual es dueño de sus actos. Y madame Ioaniu mentía cuando decía que ni idea había tenido de que su hermana lo tuviera oculto: claro que lo sabía, pero calló como un muerto.

Vuelve a moverse, está agarrotada de tanto esperar, esos críos del demonio no piensan largarse. Da unos pasos, sube un peldaño, y súbitamente todas las tórtolas echan a volar y pasan por encima rozándole casi la cabeza. ¡Que se vayan al infierno las endemoniadas! Pajarracos descarados, se le vienen a una encima y, de lo insolentes que son, son capaces de sentarse en tu cabeza y cagársete en la coronilla. Le han pasado sobre los hombros, casi tocándole la mejilla, con un aleteo que aún resuena en sus oídos. Eran tantas que han invadido el patio. ¿Cuántas serían? Tantas que de solo verlas te mareas, como si fueran ropa tendida sobre el alambre cuando la agita el aire. ¡Alimañas del diablo! Ya le gustaría que ese gato sarnoso les pusiera las garras encima. Hacen sus nidos donde pueden, que ya

nadie les deja comida junto a las ventanas. Fue la señora Ioaniu quien las malacostumbró hace años. Les daba semillas, migas de pan.

«Muti parece santa Vener»,[15] decía Ivona, con su voz de gata remilgada.

Una mojigata, y avara como nadie. A ella no se le acerca ningún alma viva porque nunca da nada… Roñosa, cicatera y zascandil… ¿Por dónde andará? Su madre no era así, era una mujer racional y calculadora. Ella sabía lo que le interesaba; si le interesaba algo, pues adelante, y si no, adiós muy buenas.

Echa otra mirada alrededor: ni una señal de vida, el patio desierto, la calle desierta. Si viniera Ivona, le pediría por favor que la dejase entrar solo un minuto para aliviarse de sus aguas menores. Que estos malditos niños han trepado a la cerca y no piensan largarse. Ojalá se les metan esos palos por donde ella sabe, a ver si se están quietos. De todos modos, ya es hora de marcharse, que ha perdido demasiado tiempo, pero por lo menos ha encontrado el monedero…

Baja el escalón y camina con pasos menudos. Cuando se apee del tranvía, hará un alto en la plaza: comprará tres albóndigas de cordero, dos se las comerá ella y llevará la tercera al marido, esa bestia vieja, que alguna vez tendrá que complacer al pobre… Pobre hombre, malencarado, poco conversador, bocazas como es, la cosa es que han vivido juntos cuarenta años, y allí siguen. Le llevará también a él una albóndiga, a ver, primero hay que llegar a la plaza…

Ya queda poco. Mira, está doblando la esquina, y cuando salga del patio, la parada del tranvía está a dos pasos, y luego derechita a casa.

Pero de repente se detiene, boquiabierta.

—Diablos —dice. Se queda inmóvil. Está a dos metros del portalón, a dos metros, ni más ni menos. Cae con cierta intensidad la luz del mediodía, pero no la deslumbra, ella ve bien…, solo que no da crédito a sus ojos. No lo entiende. Y las tórtolas vuelan de vuelta a la buhardilla…

Mira tú, dice para sus adentros, no viene de la calle… no ha entrado por la puerta. ¡Habrase visto! Está saliendo de la casa, la muy zorra de la Ivona. Con su gorro gris, su abrigo verde y el cuello de zorro, esa piel medio pelada de zorro plateado, que quiso vendérsela a un

chamarilero y no se la aceptó… Solo ella sabe por qué no logró venderla, pues no hay que creer nada de lo que dice, es una mentirosa de tomo y lomo. Sí, es Ivona, con su nariz larga y el cuello de zorro. ¡Es la mismísima Ivona la que está cerrando la puerta! Mira cómo la cierra, dando dos vueltas con la llave, y cómo husmea; echa un vistazo a un lado y luego al otro, parece una zorra venteando, y de pronto mira la puerta de atrás y se queda también ella de piedra.

Se ha quedado helada al ver a Vica.

Te vas a enterar tú… pero no te da tiempo a abrir la boca, que la otra, la zorra, se le adelanta.

—¡Ay, madame Delca! ¡Es el colmo! ¿Cómo es que, estando aquí fuera, en el patio, no llama a la puerta, no grita, no dice nada…? O quizá el timbre no ha sonado… ¡Por favor! ¡Ni que fuera la primera vez que viene! Yo no me he movido de casa, ocupada en mis quehaceres… Que con la de cosas que hay que hacer, ya lo sabe usted, una no termina nunca; ahora que no trabajo, menos tiempo tengo que antes. Y hasta ahora no he podido salir, pese a que hace rato que debería haberme marchado…

¡Te vas a enterar tú!, dice Vica para sus adentros, pero no deja que se le note nada. No le dice ni una palabra, tampoco la mira de reojo, hace como si la creyera. Ella sabe lo que se merece Ivona: ¡complácela y luego sácale los cuartos! Lástima que se haya quitado los dientes en casa de Gelu, porque cuando abra la boca la verá desdentada. Desdentada o no, a quién demonios le importa. Solo al diablo, a Belcebú. De modo que se echa a reír a carcajadas.

—¡Bah!, no importa… Pasaba por aquí, de vuelta de casa de mi cuñada, y me he dicho: «¿Qué tal si voy a verlos. A ver cómo está madame Ivona, como está el señor Niki… Y si no los encuentro, ¿qué más da? ¿Acaso es asunto de vida o muerte? No pasa nada…».

Ivona

No se ha quitado el abrigo, solamente el cuello de piel de zorro, que ha dejado sobre el sillón. Y, al lado, su sombrerito gris de fieltro.

No se ha quitado el abrigo para que la vieja se dé cuenta de que tiene prisa: ha entrado en casa solo cinco minutos, que eso le ha pedido ella, solo cinco minutos. Es la enésima vez que le hace la misma jugarreta: cuando la espera, no viene, y cuando más ocupada o agobiada está, ahí la tienes. Y llama y llama al timbre, y no se mueve, como no se ha movido hoy… ¡Es de una astucia esta mujer…! Esta gente sencilla es de una astucia increíble, ¡y cómo saben lo que les interesa…! ¡Y son de un atrevimiento y de una insolencia! Claro, se han percatado de que ha llegado su turno. ¡Vayas donde vayas, en cualquier sitio, solo patanes! Y gente bien, cada día menos: a diario se oye que uno está enfermo, que otro se ha muerto, por no hablar de los que se han marchado del país…

La verdad es que hace veinte años era peor: en casa temblando por miedo a los arrestos, y en la calle tampoco podías sentirte segura, pues había tipejos capaces de increparte en público, de espetarte un «burguesa de mierda», de ponerte en una situación desagradable. No hacía falta que hablaras en francés con algún conocido para que te reconocieran, había otros indicios, los suficientes para que se dieran cuenta de que estaban ante una persona fina. Ahora nadie te suelta en la cara una palabra soez, pero basta toparte con ellos en la calle… ¡Hay que oírlos, con qué ordinariez hablan…! Han hecho desaparecer todo un mundo, a los que sabían qué eran las buenas maneras, los jóvenes de hoy han crecido en ese ambiente y el resultado a la vista está. Cada día que pasa, incluso los que sabían cuál era su lugar van

perdiendo la sombra de decencia que les quedaba. Como esta vieja desfachatada, que no hay quien la saque una vez que ha entrado. Llegar sin avisar, llamar durante una hora a la puerta, una hora entera llamando, hacer como que se marcha y volverse para espiar, escondida detrás de la esquina… es algo que una persona decente jamás haría…

Se pasea nerviosamente y golpea con el codo un álbum dejado con descuido sobre una esquina de la mesita. Anteayer le quitó el polvo y miró con atención la cubierta de piel *grenat*; ¡qué cosas más resistentes se fabricaban hace cien años! ¡La gente tenía tiempo y paciencia para hacerlo todo con esmero…! Alguien llamó justamente cuando estaba hojeando el álbum —sería la impertinente de madame Cristide— y tuvo que dejarlo a toda prisa sobre la esquina de la mesita. Ahora lo ha rozado sin darse cuenta: el álbum está a punto de caer al suelo, ella trata de cogerlo en el aire pero, de lo nerviosa que está, le resbala de los dedos. ¡Huy!, ahora se van a despegar las fotos y se esparcirán por todas partes. Maldita vieja, que por su culpa todo me sale mal hoy…

Gracias a Dios, no se ha desprendido ninguna fotografía, que están bien pegadas. ¡Gracias a Dios! Más tranquila, recoge del suelo el álbum y lo deja en su sitio. Se ha deslizado al suelo un cartoncito algo más grande que una tarjeta de visita. Una tarjeta de color sepia desteñido. Se agacha de nuevo y la coge.

CON LOS MEJORES DESEOS PARA ESTE NUEVO AÑO 1914

Sophie y…

La segunda firma es ilegible… Escrita en tinta negra y de trazos afilados, se adivina sin embargo que es una letra masculina, y en el mismo instante en que se pregunta de quién puede ser, la reconoce. Reconoce la firma tan conocida y tiene la misma reacción de siempre: una punzada en el pecho, una revelación dolorosa, una leve esperanza. Es su firma, sí, su letra… por lo tanto, puede ser que regrese. Y en ese mismo momento se sorprende, entristecida, de que semejante idea haya podido brotarle en la mente.

Solo esta perplejidad permanece en ella mientras da vueltas por el vestíbulo con pasos impacientes. ¿Cómo es posible que no persista

nada de un ser humano? Y ve la bolsita blanca, manchada de vino y de fango negro, y sus dedos alargados y secos metiéndola en el pequeño féretro con los restos mortales… ¿Cómo es posible que no haya quedado nada de un hombre y, sin embargo, tener delante los trazos de su mano sobre el papel, tan vivos bajo tu mirada como si los hubiese escrito hace una hora? Como si pudiese regresar…

Igual que a sus inocentes once años: esperaba verlo volver, y encendía velas y rezaba durante una hora a la *Sainte-Vierge*, patrona de Notre-Dame. Habían pasado muchos años, pero ella aún soñaba con él, noche tras noche: soñaba con la alcoba de madera maciza de nogal, y él, perdido delante de la alta cabecera de la cama, entre almohadas de generosos encajes. Jadeaba. Algunas veces se le aparecía con una herida abierta en la garganta; otras, con unas sospechosas manchas verdosas en las mejillas… ¿Será de estar tanto tiempo en el mausoleo familiar?, pensaba ella; pero nunca se lo decía en voz alta.

«Tú no estás muerto», le repetía cada vez en sus sueños.

Y se ponía de puntillas para que él pudiera besarla en la frente.

«Tú no estás muerto —le susurraba para tranquilizarlo—, nos hemos equivocado todos, Muti, tú y yo. Ahora todo va bien y tú te pondrás bueno…»

Él estaba incorporado a medias sobre las almohadas, para respirar mejor… Era él, oía de cerca su respiración silbante…

Sus dedos frágiles y secos, de uñas perfectamente ovaladas como en su juventud, solo que algo más opacas, estrujan la tarjeta amarillenta:

JULIETTA. *Photographe de la Cour Royale*. Guárdanse los clichés para ampliaciones y retratos.

Cuánto quiso al pobre papá, y ahora a duras penas ha reconocido su letra alargada y puntiaguda, y ya no se acuerda de su voz normal, sino de la voz sofocada, gangosa, con que le dijo: «Buen viaje…».

Estaba lista para ir de vacaciones a Sinaia, con *tante* Margot y con *oncle* Alexandre. Aquel verano, según le habían explicado, Muti debía quedarse con papá en Bucarest, por eso no habían tapado las ventanas con el consabido papel azul que a la vuelta encontraban descolorido

por el sol. Los baúles aguardaban en la escalera e Yvonne ya estaba vestida: con su sombrerito, la gabardina abotonada de arriba abajo, *son sac à main* colgado de la delgada muñeca. Estaba preparada para salir, y había apoyado el hombro contra la puerta alta, blanca, semiabierta, del dormitorio.

«¡Yvonne!» Se oyó desde abajo la voz de Muti.

Tal vez la llamaba desde el pie de la escalera.

«¡Yvonne! ¡Baja de una vez! Y tú, Maria, coge las sombrereras, que se te van a olvidar. Llévalas al automóvil y ponlas derechas para que no se estropeen las plumas… Y después sube a ver por qué tarda tanto la niña.»

No hubiese sido necesario que la mandara a buscar. Estaba lista, había oído el ruido del motor del automóvil bajo la ventana y la voz de *tante* Margot: «No importa, *ma chère*, que de todos modos ya se nos ha hecho tarde, pero ya conoces las manías de Alexandru…».

Lo había oído todo, pero no podía gritar «¡Sí!», ni salir a toda prisa de la habitación del enfermo, ni bajar corriendo por las escaleras. Seguía apoyada contra la puerta entreabierta, viendo cómo él se esforzaba en vano por incorporarse sobre las almohadas, cómo intentaba sonreír pero solo lograba esbozar una mueca en su cara de una palidez asombrosa. Desde la puerta lo vio bajar del lecho, con las piernas temblorosas (largas, delgadas, blanquísimas y lampiñas). Tantear con los pies en busca de las pantuflas, que no quería gastar las pocas fuerzas que le quedaban agachándose. Acercarse despacio a ella con la espalda encorvada bajo el batín echado sobre los hombros, acercarse lentamente, arrastrando los pies, enredándose en los largos faldones del camisón, apoyándose en los muebles, con la respiración entrecortada y la tez increíblemente amarillenta, tratando de sonreírle, con el pelo cano, suave y ralo, pegado a la frente y humedecido por el esfuerzo. Era él, pero no se atrevía a echársele al cuello, permanecía pegada a la puerta, con la mano cerrada sobre el picaporte labrado y dorado. Tampoco tenía ganas de besarlo. Hacía varios meses que Muti se lo había prohibido y, ya ves, ahora sentía cierta angustia al verlo tan de cerca; angustia, un ligero temor y hasta una inadmisible, vergonzosa aprensión de solo pensar en que iba a

tocarla.

«Buen viaje…», le susurró, al tiempo que se detenía inesperadamente, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que le faltaban las fuerzas para llegar hasta la puerta.

Au revoir, papa, le había contestado, y le pareció que su voz sonaba demasiado fuerte e impaciente.

Dio media vuelta enseguida, recogiéndose la falda *écossaise* de viaje que llevaba bajo la gabardina; aliviada y lista para descender a la carrera por la escalera de madera, pero seguía sujetando el picaporte labrado, recalentado bajo su mano, cuando oyó el silbido sordo de su voz: «Buen viaje… por la vida…».

Sí, claro que sí, cuando ella apartó la mirada, visiblemente deseosa de marcharse cuanto antes, él osó decirle jadeante su frase patética, de la que se avergonzaba, pero que ella aún recuerda después de cincuenta años. Fue tal vez la única frase patética pronunciada por aquel hombre distante, meticuloso, precavido, al que ella había querido tanto y del que más tarde solo le contarían cuatro cosas: ademanes y palabras convencionales. Desde cuándo tendría preparada esa frase patética, cuánto la aplazaría pensando que ya no sería necesario decírsela, en las noches en que respiraba con dificultad, esforzándose por incorporarse sobre las almohadas para escupir en la palangana de porcelana blanca, que nunca encontraba a mano. O alargando la mano cansada hacia el cordel, irritado, pues cuando peor se sentía no hallaba a nadie a su lado, que Sophie había ido de visita con Margot, que Maria parloteaba con el cochero en la cocina, que el ordenanza enviado por su amigo, el coronel Ioaniu, había salido de paseo con la sirvienta húngara, al parque Cismigiu, que su hermana había ido a la misa vespertina. Solo en una casa llena de gente, cuya puerta no se cerraba nunca desde que él iba de mal en peor, para recibir las frecuentes visitas del médico o del cura, que acudía una vez más a darle la comunión…

Durante cuánto tiempo prepararía esa frase patética, en sus largas noches, cuando su hermana, Maria o el ordenanza lo ayudaban a sentarse en el borde de la cama, única posición en la que respiraba mejor. En las interminables vigilias, inmóvil, con la bata echada sobre

los hombros encima del largo camisón, el cuerpo bañado en una transpiración pegajosa, las sienes palpitantes por la sangre agolpada… A la espera de la franja cenicienta del alba, cada vez más temprana por la paulatina cercanía del verano. Esperando oír los cascos del caballo en el empedrado y el chirriar de las ruedas del carro, o el ruido de los bidones de leche que chocaban entre sí. A esa hora se sentía siempre mejor, la luz ensangrentada del amanecer se volvía rosácea, el canto de los pájaros en el jardín era ensordecedor… Entonces se dejaba caer despacio en la cama, gimiendo levemente, y tendía la mano trémula hacia el cordel: Maria entraba a descorrer las cortinas gruesas, y él, con los ojos cerrados, aspiraba, con la respiración acompasada, el aire vivo de esa mañana de junio.

Cuánto tuvo que quererlo ella para que ahora, cincuenta años después de su muerte, todavía espere, confusa y absurdamente, el día de su retorno. Que en un santiamén el mundo pudiera dar marcha atrás, que todo volviera a ser como antaño.

Todo tal cual, exactamente igual, siempre el mismo día, víspera de San Constantino y Santa Elena. Bajo su sombrilla rosa, un tanto descolorida por el sol, Muti camina entre los rosales del patio, avanza unos pasos, se agacha y con los dedos enguantados intenta enderezar un botón de rosa golpeado por la lluvia de la noche. Mientras tanto ella, Yvonne, practica al piano y lanza hacia la ventana aquella mirada aguda e inquieta de siempre: ¿hasta dónde había llegado la línea de la sombra que dividía en dos el empedrado del patio? Se ha equivocado, nuevamente *da capo*; un organillero pasa justo en ese momento bajo la ventana, un viejo organillero que quién sabe cómo y por qué ha ido a parar a la avenida Kiseleff; su música cubre por un momento los sonidos del piano: «Y cuando aquella veeezzz». *Da capo*, de nuevo *da capo*. «Estábamos tú y yo solos en el mundo…»

Se oye el ruido de un carruaje… ¡Papá…!

Mais, voyons, Yvonne… Soyez attentive…

En la penumbra y la frescura de la casa hay un débil perfume de peonías. Ayer papá le colgó dos cerezas como pendientes.

Ça lui donne un drôle d'air…, dijo en tono desaprobatorio Muti.

Otra cosa quiso decir, algo que la niña había entendido: que Yvonne

se mancharía el vestido de organdí y que se sentaría detrás de la verja para mirar a Ionica, la hija del chantre de la iglesia, que también llevaba pendientes de cerezas. Lo cierto es que, si Muti sale de visita, si mademoiselle Lisette se va a casa de la modista, si madame Ana se queda dormida con la labor de ganchillo en la mano, ella podrá sentarse detrás de la verja para ver cómo juegan todos los niños del barrio que tienen derecho a colgarse de las orejas pendientes de cerezas y corretear a sus anchas por el descampado.

Mais, voyons —dice mademoiselle Lisette—. *Soyez attentive*…

Las ruedas de caucho del coche dejan atrás el portón. Que volvieran aquellos tiempos: Muti en la pérgola cubierta de hiedra y madreselva, con flores de dedos blancos, tranquilos, pegados tímidamente unos a otros, y con una lengua espigada, cargada de polen.

—¿Cómo se llama esta flor? —pregunta ella.

—*Chèvrefeuillie* —responde distraídamente Muti, ciñéndose la *liseuse* sobre los hombros.

»En Govora, donde estaba de vacaciones, comenzó el romance —continúa Muti mirando alrededor un tanto inquieta: ¿con la mirada de una madre que teme haber perdido de vista a su hijo? ¿Con la de una mujer que teme que la hayan oído?

Yvonne no le presta atención, entiende todo, pero le aburren las historias de Muti y de la tía Margot. Corre hacia la casa con los brazos abiertos como alas, vuela hacia la casa, oliendo el perfume del dondiego y de las rosas; pronto caerá la noche y el dondiego ha empezado a abrirse, pero papá no ha vuelto. Sin aliento, Yvonne se detiene en el vestíbulo y su cara se descompone en los mil cuadraditos de los espejos. Una cinta insoportable de tafetán, una rodilla magullada, la mitad de una mejilla pálida, el cuello torcido del vestidito marinero, mirad a Yvonne desgarrada en los cuadraditos plateados de los espejos. Espera a papá y mira impaciente desde el umbral el disco de esmalte azul del reloj. Mira con atención y echa cuentas, los números romanos la confunden, la lengua dorada del reloj se ha parado entre los dorados números romanos. Y en la luna de esmalte azul del reloj, rodeada de una guirnalda dorada, hay un pastor y una pastora —ella regordeta como un globo hinchado, con un

vestido rosa y una peluca rubia; él con medias blancas— que se miran, elegantes, ceremoniosos y apocados, cada uno a un lado del disco del reloj.

Se oyen de nuevo las ruedas en el empedrado, el resoplar de los caballos, unos pasos…

Las botas de charol de papá, sus guantes blancos *glacés.* Papá entrega a Grigore su sombrero y su bastón de mango de marfil, mientras Yvonne se pone de puntillas para que la bese en la frente.

—¿Tan temprano? —pregunta Muti asombrada.

Viene por el sendero con Margot, se inclina hacia ella de vez en cuando para murmurarle algo al oído y las dos estallan en riso tadas.

—Parecéis dos colegialas que se hacen confidencias —observa papá paternalmente.

—Exageras —replica Muti. Exageras es la palabra que más le gusta a Muti. Modérate, no te exaltes. Deja de exagerar —dice Muti—, esa ligera neurastenia te hace propenso a la exageración. —Muti sonríe, pero con la mirada exige a papá mayor tacto.

En ese momento se oye el motor del automóvil de Jean, un amigo incondicional, hombre cultísimo y distinguido, que había hecho una brillante carrera política. Papá juega con su boquilla de marfil, la hace girar entre sus dedos largos y huesudos, obedece a Muti y calla con un mohín de descontento, hasta que alguien —¿quién?— se cuela a su lado sin hacerse notar… Alguien mete la cabecita, con la crujiente cintita de tafetán, por el ángulo de su brazo doblado, papá se asusta y se sorprende, no sabe quién puede ser.

Tardó muchos años en comprender, *hélas*, que el mundo no vuelve atrás, que él no regresaría de aquel largo viaje del que habló Muti cuando, intempestivamente, se presentó en Sinaia, donde ella estaba de vacaciones, para llevarla a casa.

«¿Por qué huele así?», le preguntó ella apenas entraron en el vestíbulo.

Olía a algo desconocido en el vestíbulo y en toda la casa: una mezcla de aroma de flores, demasiadas flores, de cera e incienso, como el interior de una iglesia ortodoxa, y de algo más que le provocaba náuseas. Yvonne respiraba profundamente, de modo

ostensible, haciendo vibrar a intervalos las aletas de la nariz… como un caballito, pensaba ella que le diría papá.

«¿Por qué resoplas como un caballito?», acostumbraba a decirle, acariciándole la frente.

Su respiración ruidosa, sus movimientos bruscos, más bruscos que de costumbre, le salían muy bien al parecer, ya que todos la miraban con mucha atención. Eran todo ojos: mademoiselle Lisette, Muti, *tante* Margot y Maria. Al notarlo empezó a hacer más ruido, para seguir siendo el centro de atención. Los muebles, la escalera, toda la *boiserie* crujía, hacía frío y había humedad en la casa, y todos los espejos estaban cubiertos.

Recuerda con nitidez aquella mañana lluviosa, el ruido del agua en los canalones del alero, el tictac del reloj del pastor y la pastorcita detenidos sobre el esmalte azul, y las miradas curiosas, admirativas de todos; sí, ese día era ella, no Muti, la persona más importante de la casa. Oía la lluvia tambori lear sobre las ventanas y el empedrado, mientras subía por la escalera hacia su habitación. Asió el ornado picaporte, entró y arrastró un taburete para sentarse frente al espejo. Se sentó esperando encontrar a otra; siempre que se acercaba al espejo, esperaba eso, de la misma forma vaga y absurda: el verse a sí misma pero con un aspecto diferente del que conocía. Siempre había odiado su rostro, tal vez desde la primera vez que se miró en un espejo, o desde que los oyó comentar, sin que se diesen cuenta de que ella ya entendía el francés: *Dommage! Elle n'a rien de Sophie… Dommage qu'elle ressemble tant à son père… Mais elle fait de son mieux… elle est bien gentille…*

Sentada en el taburete, se miraba en el espejo. Había sido el tocador de *tante* Margot antes de casarse y Muti lo había dejado todo tal cual; hasta el cofrecito plateado de las joyas estaba igual, entreabierto con una negligencia buscada, y de él salían como antes ristras de corales y de ámbar. Muti no había cambiado nada porque Yvonne no era una niña traviesa y, si se le advertía de que no debía tocar algo, pues no lo tocaba. Se miraba en el espejo, un espejo tan alto que llegaba hasta el techo con el marco negro de ébano, y había incrustaciones de nácar en la mesa del tocador y alrededor de los cajones; vetas rosas, vetas *bleu-*

vert formaba el nácar en la penumbra de la habitación, mientras una luz difusa, levemente amarillenta, se filtraba por las ventanas. Yvonne había sido siempre una niña tranquila, nunca les había arrancado los ojos ni el pelo a las muñecas; ni siquiera ahora tocaba nada, solo estaba sentada en el taburete y se miraba en el espejo. No, decididamente aquel extraño suceso que había acontecido en su ausencia no le había cambiado el rostro…

Lástima, qué lástima, era la misma de siempre.

El vestidito de terciopelo negro no la favorecía, había dicho Muti; resaltaba aún más la palidez terrosa de su tez, y su pelo, su odiado pelo, demasiado fino, quebradizo, que crecía como una pelusilla descolorida en la línea de la frente, hoy le caía más lacio que nunca y sin gota de brillo. Estuvo largo rato ante el espejo, después cogió un espejo de mano, con marco y mango de plata. Le dio mil vueltas para verse de perfil, lo puso al sesgo, pero de perfil era todavía mucho peor que de frente. La llovizna se había transformado en un chaparrón, una neblina empañaba los cristales de las ventanas y ocultaba la pérgola del jardín con la hiedra y las madreselvas. Hacía frío, mucho frío, *oncle* Alexandre se había marchado en su automóvil, pero volvería y entonces Muti y *tante* Margot se irían con él de visita. Las mangas del vestido negro acentuaban la delgadez de sus manos, de dedos largos y delicados; fue entonces cuando las apretó con desesperación. ¿Hasta cuándo debería esperar el regreso de papá? ¿Cuándo volvería de su largo viaje? Se puso a llorar de un modo natural. Lloraba sin querer, sin hipidos ni suspiros, como lloran las señoritas, sin contraer el rostro; había cerrado la puerta tras de sí sin hacer el menor ruido.

—Solo hacen falta unos pequeños retoques —decía *tante* Margot—. Solo unos retoques… hay que meter un poco la cintura… Te mandaré a cualquiera de las chicas…

—¡No, a cualquiera no! Sabes muy bien lo que me pasó la última vez… —repuso Muti.

—Quiero decir que te enviaré a cualquiera que tú me pidas… Dime, ¿a quién?

—Qué sé yo —murmuró Muti, vacilante—. No te voy a pedir una costurera de primera para un detalle tan insignificante. Creo que Vica

lo hará bien, es hábil, nada insolente…

Siempre había bajado a la carrera por la escalera, trotaba como un caballito cuando iba al encuentro de papá con los brazos abiertos… Entonces, ¿por qué ahora caminaba tan despacio? Tenía los ojos velados por las lágrimas, que le rodaban cálidas por las mejillas, y enseguida llegaban otras para nublarle la vista, del mismo modo que la lluvia empañaba los cristales. Estaba tan afligida y se veía tan mal en el espejo… Notaba que se le había hinchado y enrojecido la nariz, pero en ese instante no le importaba nada.

Le habría gustado encontrar a papá en casa, habría entrado en su despacho del primer piso, revestido de madera de roble en tono ahumado, ese despacho donde Muti había instalado sus nuevas adquisiciones, los sillones y el sofá Club de cuero. Habría entrado despacio, de puntillas, y le habría tapado los ojos con las manos, o habría metido la cabeza por el ángulo de su brazo y él habría palpado los papeles de su escritorio, el secante, el *coupe-papier*, el enorme tintero de bronce, haciéndose el asustadizo, el sobresaltado, como si tardara en reconocerla.

«A ver, señorita, ¿cómo es posible?», le habría dicho, mirándola con severidad. Pero ella sabría que todo era parte de un juego…

«¿Cómo es posible que una señorita culta e inteligente no encuentre un modo agradable de ocupar su tiempo sin aburrirse? Podríamos ir los dos de paseo en carruaje hasta el hipódromo… O podríamos dejar el carruaje por el camino e ir a pie hasta la pastelería… ¿A cuál quieres ir, eh? ¿A Nestor o Angelescu? ¿Y qué bollos prefieres, indianas o carolinas?»

Bajó tan despacito por la escalera que ni Muti ni *tante* Margot oyeron sus pasos. Así que en la última vuelta de la escalera se escondió detrás de la balaustrada, se encogió y apoyó la cabeza sobre sus rodillas huesudas de muchacho, con la mirada clavada en el estuco dorado de las paredes. Las lágrimas han cesado tan de improviso como habían llegado, ahora aspira con avidez el nuevo olor de su cuerpo, un olor fuerte, un tanto ácido, que le sube de entre los muslos. Contiene la respiración y aguza el oído para escucharlas…

—… sabía que estaba demasiado unida a él, de una manera poco

natural. ¿Te acuerdas de las escenas de celos que me hacía ya de pequeña…? Recuerdo que una vez se puso rabiosa, igual que un perrito impotente y traicionero, y de repente sentí un dolor terrible en el dedo. Me mordió hasta hacerme sangre… Por eso he intentado protegerla, por eso he preferido que no esté conmigo durante estos días, aunque me haya criticado el resto de la familia, porque cuando estoy convencida de algo…

—He oído comentarios positivos sobre el entierro, te preocupabas en balde… —la interrumpe *tante* Margot.

Hablaba deprisa, pero con tono amable, cuando quería cambiar de tema.

—Como debía ser, con pompa pero con sobriedad, también los discursos, aunque no me agradó la intervención del representante de los estudiantes. Sabes que aquí no están muy bien vistos los estudiantes, porque fueron *in corpore* al hipódromo para la batalla de flores.[16] Alexandre me enseñó una nota que apareció en la prensa: «La juventud universitaria rumana se examinó en urbanidad y suspendió». Pobre, qué razón tenía cuando decía que en este país no hay más que ingratitud hacia sus benefactores. «El pueblo es ingrato», ¿te acuerdas?

»Siempre le reproché que no supiera poner límites entre la familia y los demás. ¡Qué se puede esperar de los extraños, cuando el primer deber de un padre de familia son los suyos, y después la comunidad… En fin… Cuando su propia hija…

—Pero *voyons*, Sophie, la pobre Yvonne es una niña…

—Será una niña, pero una niña *terriblement égoïste*, te aseguro que no me gusta hablar del tema, y delante de otra persona ni se me ocurriría mencionarlo… ¡Si al menos me hubiese preguntado algo! Sabe muy bien en qué estado lo dejó. Pues no, ni una sola pregunta… No le interesa más que su propia persona… Hay cosas que puedes intuir, sentir, aunque los mayores te las oculten para protegerte. Veo que no te apetece hacer ningún comentario, lo que significa que eres de otro parecer, ¿verdad? ¿Sabes lo que está haciendo tu protegida? Lleva una hora en su habitación, delante del espejo, acicalándose y contemplándose. Cuando he entreabierto la puerta para ver qué hacía, porque había demasiado silencio y temía que hubiese sufrido un *shock*,

temía que hubiese atado cabos: la enfermedad de Stefan, el hecho de que la hubiéramos mandado de vacaciones, los vestidos… Pues no. Entérate de que su retoño está frente al espejo y se admira… Sí, para él hubiese sido el golpe de gracia, que el Señor le ahorró. No sabes cómo me apena tener que confesarte estas cosas…

—Sí, bueno, eso de mirarse en el espejo es algo un poco…

Ante la evidencia, *tante* Margot se vio obligada a darle la razón *à contrecœur*; estaba sentada con las piernas cruzadas en un sillón, había sacado su boquilla y fumaba, mientras con la mano izquierda jugaba distraídamente con el largo collar de perlas, que empezaban a estar de moda, igual que las faldas muy cortas de talle bajo.

—Sin embargo a ti, como madre, no tendría por qué preocuparte… Cuando tienes un hijo, debes pensar en él, no en ti misma. *Tant mieux* si tiene un carácter más bien frío… *Tant mieux*, sufrirá menos en la vida…

¡Pobre *tante* Margot! Hablaba como si ya entonces hubiese conocido el sufrimiento… Con su estilo de vampiresa que se fabricó unos años después de su matrimonio: el pelo corto, la raya al lado, una cinta sobre la frente hasta las cejas, un pañuelo de seda anudado coquetamente a la espalda… Un vestido cortísimo que dejaba al descubierto sus rodillas bien torneadas, embutidas en medias de seda color humo.

Hablaba como si ya entonces hubiese conocido el sufrimiento. No, demasiado temprano, muy temprano para ella: las escapadas de Alexandru, su fama de *coureur* eran pamplinas… Faltaban aún quince años para que conociera el sabor amargo del miedo, de la soledad, de la pobreza, de la prisión, de la humillación.

—¡Qué sé yo…! —susurró Muti.

Su respuesta de siempre cuando estaba pensando en otra cosa. Tenía el sombrero puesto y comenzó a cubrirse la cara con el largo velo negro, totalmente distinto del velo de picos que solía llevar.

—¡Yvonne! —gritó de pronto con la voz cambiada—. ¡Yvonne!

Ella se escondió en la sombra de la balaustrada y comenzó a subir por las escaleras a gatas. Vio que tenía rayas de polvo en el vestido de terciopelo negro. Y enseguida, con la velocidad del rayo, pasó por su

cabeza la pregunta: «¿Por qué no han barrido la casa desde hace varios días?». Seguía subiendo por la escalera a gatas y el corazón le golpeaba con latidos sordos las costillas, el pecho. No fuera a ser que en ese mismo instante se abriese una puerta y apareciera Maria, o madame Ana, o mademoiselle Lisette, o quién sabía quién.

Despacio, de puntillas, entró en su habitación y se tendió en la cama. Se tapó los oídos con los dedos y dejó que Muti la llamara durante largo rato.

Está de espaldas al reloj de péndulo para no caer presa del pánico, pero cuenta mecánicamente las campanadas mientras aprieta nerviosa los labios y estruja el cartoncito con los dedos. Entre los monótonos golpes que se suceden con un ritmo insoportablemente uniforme, pausado, oye el leve resuello de su respiración.

Y al fin, de súbito, silencio. Tanto silencio que se oye el crujir de la madera de la casa, y también los ruidos que la caradura de la vieja hace en el baño. Las doce… si no se marcha dentro de diez minutos, será demasiado tarde.

Cuando llegue al centro ya estará todo cerrado. Mejor será que se acerque a la puerta y llame, no sea que le haya sucedido algo a la vieja. No sería de extrañar, a su edad y con esa gordura, es un milagro que hasta ahora se haya librado. A pesar de que Muti le advirtió tantas veces:

—Ten más cuidado, madame, con la alimentación… A partir de cierta edad no es aconsejable comer grasas ni dulces… Piensa en la presión, en el colesterol, que a partir de cierta edad no se puede comer carne de cerdo frita, como le gusta a tu marido…

—¿Carne de cerdo? Dios le dé tanta vida como tiempo llevo yo sin ver la carne de cerdo… Hará meses que ni siquiera la probamos…

Con eso la dejaba callada siempre.

Intenta reprimir el estremecimiento de asco que le recorre el cuerpo solo de imaginar lo que está sucediendo en el baño. Pasado mañana, cuando venga Leana, le mandará que lo friegue todo bien, que lo rocíe con alcohol para desinfectarlo. ¡Más le hubiera valido abrir la puerta desde el principio! ¡Le habría dado el dinero y se habría librado de

ella! Ahora, de todos modos, está obligada a dárselo, y encima ha perdido toda la mañana. Está obligada a dárselo… ¿obligada? Mira adónde hemos llegado. Quieres ayudar a alguien que te parece necesitado, a quien conoces de toda la vida, y terminas dependiendo tú de él. Llegas al extremo de darle cualquier cosa con tal de que te deje en paz de una vez por todas. Esa es la suerte de los generosos, dice Niki.

«Entiéndelo, eso es la filantropía —dice Niki entre risas—. *Tu te laisses faire…*»

Niki con su sentido práctico; Niki, que conoce tan bien la realidad… No hay duda de que de él ha aprendido a ver las cosas con mayor lucidez; con cierta dificultad, bastante tarde, pero al final ha aprendido. En cuanto a la vieja, ya no se hace las ilusiones de antaño. No son los sentimientos ni la gratitud lo que la hace venir siempre antes de la fecha convenida para cobrar el dinero. Por supuesto que no. Está clarísimo, lo tiene planeado: se presenta siempre diez días o una semana antes para cobrar el doble. No cincuenta, sino cien… No tiene escrúpulos, cuando cualquier persona correcta y bien educada los tendría. De una astucia increíble es esta gente simple, además de pícaros y atrevidos… Y saben muy bien lo que les conviene. No caen en la trampa de los sentimientos y los ideales, como nosotros, no han sido educados desde niños para eso. No, señor, ellos saben cuál es su interés y lo persiguen paso a paso. Claro, llegado el caso pueden fingir afecto, generosidad, para de este modo engañarte con mayor facilidad.

Así se lo explicaba a menudo Niki.

«Podría escribir toda una novela … ¡Qué digo! Veinte novelas podría escribir sobre todo lo que he visto y sufrido. Unas diez, veinte novelas por lo menos…»

Desde luego, las habría escrito si no hubiesen llegado los tiempos que llegaron. Con todo lo que ha leído, de historia, de filosofía; con todo lo que ha visto ejerciendo de abogado… Ella, demasiado emotiva e idealista, no habría sido capaz de pronunciar el más mediocre alegato… Pero por lo que le ha contado Niki se ha hecho una idea de qué significa ser abogado: conocer a la gente tal y como es en realidad, no como finge ser. La de abogado fue una verdadera

profesión, pero ya ha desaparecido, como tantas otras cosas. ¿Qué podía significar ser abogado cuando, después del cuarenta y seis, se entraba en la sala con la sentencia ya dictada y con testigos amañados? ¿Para qué servía el abogado cuando los juicios empezaron a celebrarse a puerta cerrada? De haber vivido tiempos normales, por supuesto que Niki habría escrito, pues ha visto muchas cosas y tiene mucho ta-len-to. Talento como escritor y como actor: siempre al día con los nuevos chistes, sabe adaptarlos a cualquier situación y contarlos con gracia… Allí adonde va, con su humor ameniza la tertulia. Siempre al tanto de los chismes que circulan por la ciudad, pues tiene un amplio círculo de amistades; de vez en cuando la sorprende, como en aquella ocasión en que la llevó de visita a una casa cerca de la iglesia armenia, y ¿con quién resultó que hacía buenas migas Niki? Con un asiduo de esa casa, un escritor de los nuevos, al que después ella veía a menudo en la tele o cuyos artículos políticamente correctos leía en *Scânteia*,[17] un escritor mimado por el régimen, bien enchufado, que ese día de la reunión hablaba de sus viajes al extranjero. Pero, por Dios, ¿cómo se llamaba? En fin, ahora no se acuerda. Niki también se co dea ba con pintores, y los visitaba en su talleres, no por casualidad tiene enrollados cuidadosamente algunos lienzos de Mirea.[18] «Aguarda un poco, ya verás qué precio alcanzan», le dijo una vez. Ella, discreta como ha sido toda su vida, no movía ni una aguja en el despacho de él. No solamente por buenos modales, sino porque no es una persona curiosa: ella se preocupa por su querido Tudor, se interesa por Niki, se interesaba por Muti mientras vivía, por alguna que otra amiga, y eso es todo. Para ella los demás apenas existen, pero le causa admiración que Niki conozca a tanta gente, a algunos por el tenis, a otros como abogado. Sin embargo Muti, especialmente cuando arrestaron a la *pauvre tante* Margot, recelaba sin motivos de él. Solo a ella le parecían sospechosas su curiosidad y la cantidad de conocidos que tenía por todas partes. Claro que sus recelos eran infundados. Hay que ver a qué extremos llegó la gente: a desconfiar de su propia familia.

«No es normal que un hombre de su condición busque con tanta insistencia a todos los patanes… Que acepte no solo su compañía, sino

que además vaya tras ellos… Perdona que te lo diga, Yvonne…»

¡Qué injusta fue Muti al decir eso! Si ya no confiamos ni en los más cercanos, ¿cómo seguir viviendo? La más maquiavélica invención de los comunistas ha sido convertir a cualquiera en un posible sospechoso, hacen que recelemos unos de otros, ¡ahí descansa de hecho todo su poder! Eso se lo ha oído decir a Niki, todo lo ha aprendido de él… Cuando lo ves tan interesado en lo que hacen «ellos», cuando lo oyes juzgarlos tan acertadamente, y lo juzga todo, ¿cómo sospechar que le esté haciendo el juego a la policía secreta? Pobre Niki, con su olfato debió de haber intuido las sospechas de Muti. Sobre todo en los últimos años, que, con su esclerosis ya avanzada, no podía controlarse y lanzaba indirectas a diestro y siniestro… ¡Dios mío, qué situación más penosa…! No me asombraría que le hubiese hablado de sus sospechas hasta a esta vieja, que no piensa salir del baño… Si nosotros no les diéramos tanta confianza, ¿sería esta gentuza tan desvergonzada como es? La pobre Muti ya no se controlaba en los últimos años, y es imposible que Niki, tan sensible en el fondo, con su olfato, no se diera cuenta de nada. Puede incluso que llegaran a sus oídos algunos chismes. Pero nunca lo demostró, nadie puede reprocharle ninguna salida de tono; de él Muti no oyó nunca una palabra más alta que otra. Tampoco trató nunca de dar explicaciones, pero ¿acaso lo ha hecho alguna vez? Niki nunca da explicaciones, así es su carácter, es discreto, pero no disimulado, y no hay persona más dispuesta que él a reconocer siempre sus propios fallos.

«Querida, yo soy el único culpable», suele decir con un suspiro.

Y no añade nada más. Sin embargo ella, como mujer, ha llegado a conocerlo bien; a pesar de las muchas cosas que han sucedido, no ha dejado de tener absoluta confianza en él. Muti, por ejemplo, no entendía que alguien pudiera ser curioso por naturaleza, que a alguien pudiera gustarle estar enterado de todo… un gusto que sin duda Niki desarrolló gracias a su profesión de abogado. Y en cuanto a sus pequeños devaneos, Muti siempre demostró ser la más intolerante de los mortales. Se negaba a entender que no todos somos iguales, que especialmente el varón tiene necesidad de vez en cuando de un

pequeño cambio, sin que por ello cambien sus sentimientos. Echar una cana al aire y luego regresar relajado, por lo general incluso más atento que de costumbre porque se siente culpable… No, repetía Muti, no es nada agradable que la gente vaya diciendo por ahí que tu marido es un *coureur*. Por más que poseyera un espíritu joven, lo más importante para Muti eran las apariencias.

«Para guardar las apariencias hay que hacer acopio de toda la energía, y así se logra incluso vivir como dios manda», solía decir.

Claro, pero ¡ay!, no todo mundo es igual. No se puede medir a todos los hombres con el mismo rasero que al tío Jorj, que consumió su energía en el trabajo, que poseía la rectitud de un militar y que, por lo demás, nunca dejó de ser un niño envejecido. La verdad es que es mucho más fácil manejar a un hombre como él que a uno temperamental, de carácter sociable y activo como Niki. Puede que a causa de su forma de ser nunca se haya puesto a escribir. ¿Se resignaría alguien tan dinámico y vivaz a llevar una vida sedentaria? La escritura no es el hobby adecuado para Niki, de eso está convencida, aunque no se lo comente. Por otro lado, si sabes de antemano que nada de lo que escribas se publicará nunca, entonces ¿para qué perder el tiempo? A este respecto ella nunca le ha llevado la contraria, más bien lo ha dejado soñar.

«Cuando me jubile —prometía Niki—, me sentaré a escribir… En cuanto a publicar, claro que no hallaré a ningún editor dispuesto, pues si no escribes según lo que impone la censura de "ellos", sobre el Partido, sobre la clase obrera, no hay forma de que te publiquen. ¡Pero me daré el gusto de escribir! Toda mi vida me ha faltado el tiempo y he tenido que aplazarlo, pero entonces sí que me pondré…»

Y ella, por supuesto, lo alentaba, es normal que te pongas a escribir, tienes talento, conoces bien el alma humana… Porque, por lo general, cuando se jubila la gente se deprime, les cambia el carácter, empiezan a rondarles pensamientos negros, en especial a los hombres. Pero no hay que abandonarse después de una vida de ajetreo, al menos entonces puedes respirar. Y debes aprender a ver las ventajas de cada situación. Mira qué difícil es para ella sin Tudor, ¡ay, pero qué difícil! Y no obstante se consuela pensando en lo positiva que es para él la

experiencia. Ha podido comprobar de lo que es capaz, medir sus propias fuerzas: ha logrado abrirse camino, alcanzar una posición, porque ni en Occidente son las cosas de color de rosa como las pintan algunos. Pero al menos allí solo tiene que dar cuenta de sus propios errores. Al menos sabe que es libre. Al menos puede viajar a donde quiera y cuando quiera. Al menos tiene lo que aquí ni en toda una vida habría conseguido. Al menos…

Con un movimiento brusco arroja en el cenicero el cartoncito que desde hace rato estruja en la mano como una tonta. Se vuelve y mira el reloj. Está casi segura de que hoy ya no tendrá tiempo de salir. No es que tenga nada importante que hacer, lo único previsto para hoy es la boda de Tutu, que es por la tarde, pero le saca de quicio perder el tiempo de esta manera, sin razón alguna.

Parece que se oye algo en el baño. Parece…

Se vuelve y coge el cenicero que está sobre la mesita. Es la mesita para el té, que permanece en un rincón oscuro del vestíbulo, está bien conservada, tiene sus ruedas, su bandeja para servir y su marquetería *vieil-or* que la hace parecer un tablero de ajedrez. ¡Pobre mesita! Habría que darle una mano de barniz y ponerle algunos tornillos que se le han caído, y quedaría como nueva. Un buen ebanista, serio, hábil, conocedor de su oficio, no tardaría mucho tiempo en arreglarla, pero ¿dónde encontrar hoy día a alguien así?

«Apenas se vaya Petruta, enseguida, al día siguiente —soñaba Muti — llamo al carpintero y arreglo los muebles. La mesita de servir el té, el *secrétaire*, el aparador, que está desconchado. Luego los muebles de la sala. Enseguida, apenas se vayan de aquí…»

¡Cuántos años desperdiciados esperando bajar de la buhardilla a su propia casa! ¡Cuántas vueltas dio Niki para hablar con todos sus conocidos! Solo una persona desconfiada como Muti podía sospechar de él… Solo Muti podía ser tan suspicaz: decía que cuando Niki iba a hablar con alguien, o a dejar una demanda sobre nuestro caso en manos de algún conocido, entraba en el edificio como Pedro por su casa, pasaba dándose aires de importancia ante el portero, mientras tú lo esperabas fuera, subía por la escalera, iba al lavabo, se paseaba por las salas y al final bajaba, muy seguro de sí mismo, para decirte que

acababa de hablar con un pez gordo, pero que no podía divulgar su nombre. Esta era la teoría de Muti, otra injusticia contra Niki. No, nunca recibimos respuesta a nuestras solicitudes, pero ¿y qué? ¿Cuántos pueden vanagloriarse de haber obtenido alguna respuesta en esos años? El pobre tío Jorj murió como murió, y ellos siguieron con sus súplicas para que les devolvieran la casa, y continuaron apiñados en la buhardilla, topándose en la escalera con los nuevos inquilinos, bajando al baño de las criadas, limpiando la suciedad que los otros dejaban en la escalera, en el patio. Caminando de puntillas, con recelo, hablando a media voz…

«Apagad de una vez esa radio —decía Muti, con la respiración entrecortada porque había subido corriendo—, que Petruta anda merodeando por nuestra puerta. Apagadla, ya os he dicho muchas veces que lo dejéis… No me cabe en la cabeza cómo gente hecha y derecha no puede entenderlo… ¿De qué sirve oír la radio? Sandu Geblescu tenía razón cuando decía que los americanos nos habían vendido, hacía tiempo.»

Muti, como casi todo el mundo, creyó durante algún tiempo que las cosas cambiarían; luego dejó de esperar nada, excepto que Tudor terminara los estudios, que se marcharan los patanes de los inquilinos, que el carpintero al que conocía de toda la vida le arreglara sus muebles antiguos.

«No puede ser, se han de marchar —decía Muti—, y enseguida llamaré a mi carpintero… Se irán, desde luego, porque están cada día más exigentes y a él lo siguen ascendiendo…»

Él tenía un pase, ¡pero hay que ver lo exigente que se volvió ella! No parecía la misma que se había presentado un buen día en la entrada de la casa con un baúl de madera y unas trencitas recogidas en la coronilla. Caminaba descalza por la casa con los talones cuarteados, y se sonaba la nariz con los dedos en el patio… Ahora era toda una directora y parecía agobiada por el trabajo. ¿Por eso no tenía tiempo de acordarse de que Muti le había enseñado para qué servían un pañuelo y un cepillo de dientes, y de que la había convencido de que dejara de frotarse el pelo con queroseno?

«Ya que la estás educando, enséñale por lo menos a no llamar al

lavamanos *guiveta* en vez de *cuvette*», chinchaba a veces Niki a Muti.

Niki y sus ironías infantiles… Sin embargo no dejaba de tener razón, porque esta vez fue Muti quien pecó de ingenua al pensar que se puede cambiar la idiosincrasia de semejante gentuza tratándolos de igual a igual. O abriéndoles el corazón. O humillándose delante de ellos. Es una ingenuidad creer que puedes ganarte su confianza o al menos su simpatía. ¡Qué va! Son tan taimados que no se creen nada; por eso mismo han llegado donde están: porque son más incrédulos que los demás. Están convencidos de que todo es mentira, de que todo el mundo miente. Son los primeros que no se hacen ilusiones sobre nada.

—No espero nada bueno de ellos —se quejaba a veces Muti—, pero ojalá no nos causen ningún daño… Estoy segura de que nos los han enviado para que nos vigilen. Si no, ¿cómo es que aparecieron aquí justo cuando cayó presa la pobre Margot?

—Eh, eso fue mucho antes, al principio. Hoy por hoy, ¿para qué vigilarnos? —decía Niki con un gesto de hastío—. ¿Qué daño pueden hacernos más?

—En los tiempos que vivimos, por muy inocente que te sientas, no puedes dejar de tener miedo. Así que no hay más remedio que aguantar y esperar…

Muti había intentado congraciarse con Petruta, tal vez porque a él lo veía de tarde en tarde. Los de su laya se pasan el día entero de reunión en reunión, ¡solo Dios sabe cómo aguantarán…! Él, lo que es cambiar, no había cambiado gran cosa desde que lo sacaron de la fábrica para que trabajara en la policía política, y después lo enviaron de propagandista del Partido, y luego le exigieron que se sacara a toda prisa un título universitario, y al fin lo nombraron director. Había cambiado mucho menos que ella: en lugar de gorra de visera, ahora llevaba sombrero, y siempre salía con traje y corbata. Pero la ropa se le arrugaba enseguida, quizá porque no dejaba de engordar: primero echó papada, después la grasa de la nuca empezó a desbordarle el cuello, caminaba pesadamente y ja dea ba al subir los escalones de la entrada. Era normal, porque una de las pruebas para el ascenso era la resistencia en sus bacanales, donde parece que se come y se bebe sin

límites. Y de hacer ejercicio, ni hablar, pues venían a recogerlo y lo traían de vuelta en coche.

Estos indicios hicieron pensar a Muti que muy pronto se mudarían. La suerte fue que se hartaron de la calefacción de leña. Primero les ofrecieron un piso en el barrio de Floreasca, pero Petruta lo rechazó porque, con el perro, no quería vivir en una planta alta. Pero cuando les ofrecieron otro en la calle de Roma, lo aceptaron. Y un día —¡increíble!— se hizo el silencio en la casa, que de pronto parecía inmensa y hasta daba miedo oír cómo crujían las *boiseries*.

Pero a veces quienes han tenido la fuerza suficiente para resistir no se dan la oportunidad de disfrutar de lo que tanto esperaban. No habían acabado aún de pintar y limpiar cuando Muti empezó a insistir en que debían ir a buscar al ebanista. ¿Así cómo iban a terminar de adecentar la casa? Los inquilinos lo habían dejado todo patas arriba, ¡un verdadero desastre! Niki volvió a la carga con la propuesta que había hecho en los tiempos difíciles: vender los muebles más valiosos. En este punto, para ser justos, no tenía razón, los muebles eran de gran valor y en aquellos días aciagos, cuando se planteó la idea de venderlos, tanto en la casa de empeños como en el rastro nos habrían dado una miseria por ellos. Así que bien había hecho Muti al negarse rotundamente a deshacerse de ellos. Para complacerla, la acompañó una tarde a buscar al carpintero por los alrededores del Mercado Central, cerca de la iglesia de Baratie. Muti no recordaba con exactitud dónde estaba el taller, así que anduvieron un largo trecho, cogidas del brazo.

«¡Señoronas de sombrero! ¡Señoronas de sombrero!», les gritaron unos tunantes.

Habían perdido toda esperanza, comenzaba a anochecer, cuando por pura casualidad dieron con la callejuela. Entraron en un zaguán que olía a miseria, con un hedor insoportable, llamaron a todas las puertas… para enterarse al final de que el carpintero de Muti había fallecido hacía una semana. Pobre Muti, se quedó de una pieza, desorientada… Como si ningún otro pudiera reemplazarlo… Porque durante años enteros había pensado únicamente en él. Y pesaba, además, esa desconfianza de los mayores respecto a los jóvenes, a los

que ni siquiera se les da la oportunidad de demostrar lo que valen. Cualquier otro que se le propusiera, respondía con evasivas, incluso lo rechazaba de plano: pobre mamá, se había desanimado por completo…

Se quita el abrigo y atraviesa el vestíbulo, entra en la antesala y lo cuelga en el perchero. Tan nerviosa se ha puesto que un tic hace que le palpite un músculo de la mejilla izquierda. Coge el sombrerito de fieltro y el cuello de zorro, sube por la escalera, abre la puerta del dormitorio, luego la del armario y los coloca cuidadosamente en el estante superior. Suspira. Al final, ya verás, acabará dándole el dinero. ¡Maldita bruja!

«Bueno, cincuenta leis, tampoco es una fortuna… Te ha costado cincuenta leis, pero te has divertido toda la mañana… Si lo piensas bien, la diversión te ha salido baratísima.»

Algo así le dirá Niki cuando le cuente lo que le ha pasado hoy.

«Vuestra madame es todo un personaje… He conocido a bastantes como ella. Si pudiera escribir sobre ellos…»

En su rostro saludablemente bronceado se dibujará una sonrisa conciliadora pero inquieta, y evitará su mirada. No habrá ningún motivo para que rehúse mirarla a la cara, ni para que hable tan rápido, como si temiera las preguntas que en realidad ella nunca hace. ¡Después de tantos años juntos ella barrunta tantas cosas en una sonrisa falsa! Y sin embargo, *pauvre* Niki, no tendría que estar tan inquieto, podría estar seguro de que no hay peligro de que ella le diga algo desagradable, ya que conoce de sobra sus convicciones y su comportamiento habitual. La buena educación la obliga a dominar sus impulsos y a hacer la vista gorda ante todo lo que pueda resultarle vergonzoso al otro. Y como así la educaron, si se dejara llevar por un arranque imprudente, ella sería la primera en disgustarse; le dejaría una sensación desagradable: de humillación, de irritación.

Cuando el bueno de Tudor, en su penúltima carta, pidió a su padre que pasara más tiempo en casa, que no saliera tan a menudo, Niki estuvo disgustado durante algunas semanas. Por supuesto, está convencido de que fue ella quien se quejó al hijo, y eso le duele más que nada: ¡después de toda una vida juntos, no sabe qué puede

esperar y qué no de ella! Desde entonces, siempre que están juntos se muestra aún más inseguro que de costumbre, no cabe duda de que así estará también hoy cuando regrese. Con una sonrisa aparentemente condescendiente (de hecho, cada vez más tranquilo a medida que intuye que ella no tiene intención de plantear el asunto espinoso), dejará cuidadosamente sobre el brazo del sillón su tacita de café vacía. Una vieja costumbre le hará ponerse enseguida de pie, y sin embargo intentará demostrar que no tiene prisa, que si se ha acercado a la puerta ha sido por casualidad.

Un movimiento contradictorio —irse, quedarse un rato más— que desde luego ella no comentará. Fingirá no notarlo siquiera.

«No me extraña lo que te ha pasado —seguirá diciendo él, pero esta vez paseándose a grandes zancadas, con las manos en la espalda, por la sala de estar—. Hasta cierto punto debería incluso alegrarme, porque solo así, solo dándote de narices contra la realidad, puede que por fin comprendas en qué mundo vives…, en qué mundo vivimos, aunque, después de todo lo que hemos pasado (y pensar que trabajaste durante tantos años y sin embargo viviste en las nubes), si no lo has comprendido hasta ahora, no creo que haya ninguna posibilidad de que te des cuenta. Porque, dime, ¿dónde has visto a alguien que aún esté dispuesto a ayudar al prójimo? ¿Cómo puedes seguir sin percatarte de lo mucho que han cambiado los tiempos, y con los tiempos, también la gente?»

Se acerca la hora de la tarde en que acostumbra a coger sus raquetas y esfumarse. Pero hoy falta desde la mañana, así que puede ser que renuncie a su salida. Sin pensar en qué lo ha retenido finalmente, ella sonreirá, halagada por el interés que demuestra por sus palabras. Después de tantos años, de tantas deserciones y retornos, ahora están hablando como en los primeros años. En la penumbra del vestíbulo su rostro bronceado parece tener la frescura de la juventud; casi juvenil parece su cuerpo vestido con elegancia, que ha logrado mantener en forma librándose de la panza. Su única preocupación son los ojos, que últimamente le lagrimean con la luz.

«… porque tú, a diferencia de mí, después de treinta años de régimen comunista, todavía quieres comportarte conforme a tu rango.

Sí, sí, no te rías, no te pongas a protestar, que de eso exactamente se trata. Tu padrastro acabó como acabó, tu tía salió moribunda de la cárcel, a todos los que te rodeaban y a quienes admirabas en tu primera juventud les ocurrió lo mismo, pero tú sigues como si no te hubieras dado cuenta de que algo ha cambiado. Ya sabes qué les pasó a los animales que no se adaptaron a los cambios radicales de clima. Pues bien, ¿no te parece que eres igual? ¿Por qué te sientes obligada a pagar pensiones a los antiguos sirvientes, a repartir ropa cada vez que se te presenta la oportunidad, a llevarle la bacinilla a madame Ana con tal de no enviarla a una residencia de ancianos? Bastante teníamos con vivir hacinados y aterrorizados, pero tú y sobre todo Muti considerasteis que era el momento propicio de andarse con semejantes finuras. También en la calle te he visto muchas veces abrir el monedero ante cada pordiosero. No me canso de repetirte que la mayoría son unos embusteros, que están más sanos que nosotros, pero de nada sirve, no escarmientas ni un ápice.»

Su tono es bastante agrio, pero quién espera declaraciones de amor después de toda una vida casados. Sin embargo, la halaga que hable tanto sobre ella, y en sus palabras irónicas (pero ¿cuándo no es irónico?) subyace el pequeño complejo de inferioridad que no lo abandona desde que la conoció. Por mucho que cambie el mundo alrededor de ellos, el *pauvre* Niki recordará siempre que es hijo de un mercachifle de Obor y que, gracias a su matrimonio, accedió a un mundo socialmente superior.

Eso es algo que ella ha acabado comprendiendo y que la enternece.

Pauvre Niki, esa pequeña herida, que solo ella en el mundo conoce, la ha llevado a hacer la vista gorda en infinidad de ocasiones… Ha sido tolerante con él por diversas razones, pero solo últimamente ha logrado comprenderlo… Recuerda con claridad aquella Nochebuena, la última Navidad con Muti todavía sana y el querido Tudor aún en el país. Tudor había ido con sus amigos, con la «pandilla», como decían ellos, a la montaña, a esquiar, y sin embargo ella insistió en que celebraran como siempre la Navidad en casa; incluso lograron tener una Navidad alegre, habían conseguido un abeto, que de hecho era un alerce, y discutió con Niki, una de esas discusiones suyas; porque

según él era mejor no tener árbol a poseer un triste alerce, pero todo salió como es debido y al final él reconoció que no llevaba razón… Una Nochebuena perfecta, acudieron todos: Lilly con Victor, Ortansa con Radu Priboianu, y también el sobrino del general Petrescu con su esposa, ambos jóvenes, de unos cuarenta años, pero ella no era nada del otro mundo.

Est-ce qu'elle est née?, solía preguntar Muti.

¡Cómo sufrió el pobre general cuando se celebró ese matrimonio! A ella se le nota incluso ahora su origen proletario, tanto en el porte como en la conducta, aún no ha aprendido qué hacer con las manos en público y, por mucho que uno se esfuerce, es imposible mantener con ella una conversación normal. Pero por lo menos no es insolente.

Pusieron un disco de música navideña, escucharon «Stille Nacht», cantaron a coro el villancico «Flores blancas», trataron de demostrar sus habilidades artísticas para merecer el regalo de Papá Noel. Ella había comprado para cada uno alguna baratija graciosa, y todos reconocieron que esa fue la parte más agradable de la velada. Por supuesto, fue Niki quien tuvo más éxito. Luego trajeron también a Muti y la sentaron en la *rocking chair*, y apagaron la luz; todavía le parece ver el brillo verde anaranjado de los globos en la oscuridad, las velas eléctricas con la punta roja como si fuera una mecha encendida, y después las bengalas; Niki se puso algo nervioso: «Cuidado, cuidado», decía, «tened en cuenta que no es un abeto de verdad, sino un alerce, que con una chispa se prende fuego en un santiamén».

Pero no hubo ningún incidente, y cuando ella miró por la ventana sintió un placer indescriptible, como en la infancia: caían copos tan grandes y esponjosos que en una hora la nieve había cubierto los edificios, los coches… Se quedó un rato mirando por la ventana, en la casa reinaba la alegría, reían, bromeaban, no había necesidad de su presencia como anfitriona, así que se permitió relajarse unos minutos contemplando la calle. Los momentos de la vida en que uno se siente inexplicablemente feliz quedan grabados en la memoria. Más tarde supo que ese momento de felicidad y paz precedería a las desgracias que al poco tiempo se desencadenaron. Por eso guarda un buen recuerdo de los instantes que pasó mirando por la ventana, aunque lo

que vio en la calle no tuviera nada de particular: parejas presurosas que salían temprano de las casas donde habían estado invitadas, unos pocos grupos de niños que pedían el aguinaldo. Ya no queda nadie que recuerde los villancicos de antaño, la gente solo sabe ese horroroso y absurdo del conejito y el príncipe Esteban o Miguel, que no tiene ningún sentido y con el que te machacan en los tranvías desde noviembre. Sin embargo aquella noche, mientras miraba a ratos la habitación y a ratos por la ventana, fue tan feliz como en los viejos tiempos, como cuando era niña y papá vivía y *tante* Margot acudía todas las navidades con *oncle* Alexandre… Los invitados se retiraron a una hora razonable; Muti estaba un tanto agitada, quién sabe qué recuerdos había despertado un momento como ese en su mente confusa, y hubo un pequeño problema hasta que consiguieron hacerla dormir, lo cual puso histérico a Niki. Por cierto, debe de estar estresado, a veces se irrita por nada. Desde luego, la buena educación le hace dominarse, pero ella con su intuición nota cuando algo le pone nervioso. Volvieron al salón. Niki, presa de la agitación infantil que lo invade cuando bebe una copa de más, colocó en el árbol todas las bengalas, y al entrar ella las encendió.

«Hasta hoy nunca me había sentido a gusto contigo», le dijo cuando el último estallido de luz blanca se apagó.

¡Ella enmudeció por la impresión! Y como por arte de magia todo el rencor que había alimentado por su mal comportamiento durante años se esfumó… Lo sustituyó algo extraño: un sentimiento casi halagador para ella y una especie de compasión hacia él. Un hombre orgulloso a duras penas aguanta la superioridad de su mujer; esta era más o menos la idea que se desprendía de sus frases deslavazadas. Seguía bebiendo, emborrachándose cada vez más, sus palabras eran algo incoherentes y las articulaba con dificultad.

«La culpa es solo mía, tú no tienes nada que reprocharte…», repetía.

Por primera vez, se disculpaba ante ella por las aventuras que había tenido durante toda la vida, por sus ausencias, hasta por su frialdad hacia Tudor; sí, incluso eso reconoció entonces, que no siempre había cumplido con su deber de padre.

Durante mucho tiempo ella creyó que aquella Nochebuena había

traído de nuevo el equilibrio a su matrimonio, pero desgraciadamente no puede decirse que nada cambiara. Antes al contrario, a juzgar por sus retrasos y ausencias, cada vez más frecuentes.

«¿Dónde has visto tú… —seguiría Niki, sentándose otra vez en el sillón—, dónde has visto tú que alguien esté dispuesto a echar una mano a otro gratis? Devolver un favor, eso sí… corresponder a una buena acción, regalar algo a cambio del servicio prestado, esta es la única ley que nadie infringe… Pero nadie te recogerá ni una paja del suelo si no le das antes algo a cambio. Me dirás que no es ninguna novedad, que siempre ha sido así en este país: corrupción, fanariotas,[19] los usos y costumbres del lugar… Que desde hace dos mil años así va el mundo… En efecto, no lo niego, así es el mundo que nos rodea, y ni tú, ni yo ni nadie podemos cambiarlo… Lo único que digo es que deberías cambiar para no sufrir tantos desengaños…»

Este sería más o menos el final… Le parece oír su voz irónica, con aquella vieja, muy vieja sombra de ternura. Sí, pese a todo, ternura. Por muy escurridizo que sea Niki, en este punto ella no se equivoca. Es algo que no podría llamarse sino ternura…

Ella lo escuchará, como siempre, con un sentimiento de triunfo, pues habrá logrado llevarlo a este terreno conocido que solo les pertenece a ellos dos. Está convencida de que es un terreno que no tiene que compartir con ninguna de las mujeres que le han amargado la existencia. Igual que hace treinta años, él le abre los ojos sobre la vida y ella lo escucha con una expresión atenta; a veces piensa en otra cosa, pero asiente con la mirada a intervalos regulares, de vez en cuando le hace alguna pregunta. Es como el perrito de Tudor, que traía siempre la pelota en la boca para que el muchacho la lanzase lejos, y que entonces echaba a correr tras ella dando grandes saltos, se detenía a medio metro un momento y olía el asfalto, luego cogía la pelota en la boca y la llevaba de vuelta para dejarla a los pies de Tudor. Cuando el muchacho lo acariciaba, el perrito daba un bote, y soltando pequeños ladridos de alegría le ponía las patitas delanteras en el pecho.

—Sepa usted que hoy ya ha hecho su buena obra, Dios se lo pague… Que tenga salud y felicidad con su marido… Que tiene usted

un marido guapo y bueno.

¡Ay, Dios, qué susto le ha dado! ¡No es poca cosa que la vieja bruja aparezca de pronto por detrás! Si ahora la viera montada sobre una escoba no se extrañaría. Está claro que no piensa irse. Qué falta de educación y qué desvergüenza. Y mira cómo se ríe a mandíbula batiente mostrando su dentadura… Ahora ya sé por qué ha tardado tanto: por coquetería, para colocarse la dentadura postiza. Hace media hora, cuando me di de narices con ella en el patio, estaba desdentada y apenas se entendía lo que decía. ¡Cómo se reirá Niki cuando se lo cuente…!

«No me extraña lo que te ha pasado —le dirá—, pero nunca escarmentarás, seguirás como siempre, sin aprender de la experiencia.»

Y así es: debido a su naturaleza delicada e indecisa, a su incapacidad para decir a las claras lo que piensa, se mete en cada enredo… ¡Pero esta vez se acabó! Pondrá de patitas en la calle a esta insolente ¡y de los cincuenta leis, ni hablar! Y que desaparezca antes de que llegue Niki para el almuerzo, que a él no le hace ninguna gracia verla.

—Madame, no tiene por qué darme las gracias… Yo también me alegro de que nos hayamos encontrado, me habría sabido mal que hubiese hecho usted todo el camino en balde… Ya sé lo difícil que es desplazarse a nuestra edad…

Hay que ver lo agarrada que es, que vive a oscuras, mientras que su madre tenía todas las luces encendidas. Ni cuando ha sonado el teléfono y ha corrido a cogerlo, ni siquiera entonces se ha tomado la molestia de encender la lámpara. Ni de decir al menos:

«Siéntese, madame, que estará cansada… Espere, que vuelvo en un momento para que charlemos».

¡Claro! Ni caso me ha hecho, solo corre que te corre al teléfono, que de no ser por eso ya me habría puesto de patitas en la calle. Me ha dejado plantada y a oscuras, que casi me rompo una pierna hasta dar con el sillón. El sillón con el cuero reventado al que pusieron encima un tapiz y almohadas. El de madame Ioaniu… Con lo grandota que

soy, en este sillón enorme desaparezco…

Estira sus piernas hinchadas —las punzadas hacen que se le salten las lágrimas—, suspira y apoya la cabeza en el respaldo.

Con razón hizo aquí su nido la vieja. Después de enfermar, cuando ya apenas se movía por la casa, no había quien la levantara del sillón, y al entrar en su habitación te mareaba el olor a libros viejos y a humedad y a carne vieja. Había adelgazado mucho la señora Ioaniu y tenía los ojos vidriosos, y caminaba tem blequean do y había empezado a caérsele el pelo, ya todo blanco. Antes lo tenía tan espeso que debía cepillárselo a cada momento, pero entonces solo le quedaban unas hebras tan ralas que se le veía el cráneo. Pero la vieja seguía haciéndose una trenza delgada, y con el paso del tiempo más delgada era la trenza, como un dedo de la mano, y al final como la cola de un ratón. Y solo en el sillón la encontrabas, y siempre parando el oído. Estaría aburrida de pasar tantas horas sola, pues si oía pasos en la escalera resucitaba de inmediato.

«¿Quién es? —preguntaba—. ¿Quién anda ahí?», decía con aquella voz ronca.

«Soy yo. ¿Es que no me conoce usted?», decía yo al llegar arriba.

Que eso me había dicho que le preguntase la zorra de Ivona, quería saber si su madre estaba en sus cabales, porque se pasaba todo el día mirando la pared con los ojos como platos y sin decir ni pío. La astuta de Ivona quería saber si podía sacar del banco el dinero de la vieja y ponerlo a nombre de ella y de su marido; en eso sí que se entendían los dos, si son de la misma calaña, con lo avariciosa que es Ivona, avariciosa y roñosa. Así que me pidió que le preguntara eso a la vieja. Y yo, apenas me acercaba a su sillón, le preguntaba:

«¿Es que ya no me conoce usted?».

Y madame Ioaniu me miraba fijamente, con sus ojos vidriosos. Los había tenido muy azules, pero con el tiempo también sus ojos perdieron el color. Quizá no veía gran cosa, porque en algún momento se quejó de cataratas, y eso, como es sabido, si aparece ya no se va. Solo ella sabía qué enfermedades padecía. Por otro lado, vivió mucho la vieja, casi casi llega a los cien.

«Te reconozco —decía tras vacilar un momento, con aquella voz

cascada—. Te reconozco, eres la Vica.»

Se había secado como una pasa la señora Ioaniu, se había encorvado, menuda joroba le había salido en la espalda, y tenía la cara llena de arrugas. Y al cabo de un tiempo ya no sabía quién entraba y quién salía de la casa, solo miraba con los ojos como platos la pared y de vez en cuando se arrastraba de un sitio a otro. Toda su vida había sido avara, pero entonces, quién sabe qué le pasaría por la cabeza, le dio por recoger todo lo que encontraba en casa: pedacitos de pan, retazos de tela, papelitos, tapones de botellas, mondadientes… Todo lo que uno puede imaginar, lo recogía y lo metía en su atado. Se había hecho un atado y lo escondía. Solo ella sabía dónde lo guardaba para que no lo descubrieran los otros. Por lo visto aún le quedaba algo de memoria y recordaba su atadillo.

«Estoy preocupada por Muti, mucho me temo que ya está esclerótica —se quejaba la chiflada de Ivona—. Estoy triste, Dios mío, ¡ay qué año! Hay años que empiezan mal y continúan con un disgusto tras otro.»

Decía que estaba triste por la huida de su hijo Tudor. ¡Como si alguien fuera a creer que no se alegraba de que el muchacho hubiera escapado a Occidente!

«Estoy preocupada por Muti y temo que en el estado en que se encuentra pueda hacer alguna locura: dejar un grifo abierto, prender fuego, irse de casa…»

De esto se me quejaba cuando tropezaba con el atadillo de la vieja.

Y un día de verdad pasó eso, un día de verdad desapareció madame Ioaniu. Cuando llegaron a casa encontraron la puerta abierta de par en par. Menos mal que la Cristide, como siempre mete la nariz en todo, cuando bajó a la tienda se percató de que algo andaba mal al ver abierta la puerta de madame Ioaniu. Y llamó por teléfono a la zorra de Ivona a su trabajo.

Y entonces la zorra de Ivona y el loco de su marido se pusieron a peinar el barrio, fueron a la comisaría y a los hospitales. ¡Dónde no la buscarían, si incluso a la morgue fue el tuno de Niki! Estuvo corriendo por todas partes. No porque se desviviera por su suegra, sino por el qué dirán…

Porque la gente comentaría que, al faltar su hijo, él había empezado a martirizar a la suegra, hasta el punto de que ella tuvo que salir corriendo. Pues madame Ioaniu se había marchado tal como estaba, con una bata de estar por casa que le había confeccionado yo misma, cerrada por delante con botones. Y sin su bolso se había ido, sin un documento, sin nada…

Menos mal que hacía calor, era verano. ¿Sería mayo, sería junio? Y suerte tuvo madame Ioaniu que dio con ella un señor que por lo visto la conocía, un hombre de cierta edad, decente, de los de antaño. Se conocían de vista y, cuando él la reconoció, la hizo entrar en razón y en un par de horas la convenció de que volviera a casa.

Desde entonces la zorra estaba siempre pendiente de su madre. Cerraba la puerta con llave y la escondía. Pero, por si acaso, le había prendido en el bolsillo con un imperdible una nota que ponía: ME LLAMO SOFIA DENISA IOANIU Y VIVO EN LA CALLE TAL, NÚMERO TAL, TELÉFONO…

Parece que estoy viendo a madame Ioaniu sentada en el sillón sobre el forro, sobre el tapiz, como un gitano en el trono, y con el papel prendido al pecho, para que se supiera quién era… Se había hecho pequeña, pequeñísima, con la joroba en la espalda y esa trenza blanca tan fina como la cola de un ratón. Estaba la señora Ioaniu con los ojos clavados en la pared y sin decir palabra; si alguien entraba o salía, ella ni se enteraba; podía entrar cualquiera y vaciarle la casa.

No se enteraba de nada la vieja. Por eso le puso su hija el papelito en el pecho. Por eso escribió en el papel, porque solo el diablo sabría cómo, perdóname Dios mío, de vez en cuando la vieja seguía escapándose. O era mucho más astuta que ellos, pues ya se sabe que los guillados son de una astucia increíble, o bien le abría la puerta a escondidas el hijo de puta del yerno para librarse de ella de una vez por todas: a ver si la atropellaba un tranvía, a ver si se moría de frío, porque de hecho a medio vestir era como se escapaba de casa su suegra… Estaría harto de ver a la momia en el sillón, pequeña, pequeñísima, con la joroba y los ojos como platos. Por aquel entonces Ivona le ponía además un hule sobre el sillón; por lo visto la Ioaniu no podía contener las aguas menores y se mojaba como una criatura. Así que puede que él le abriera de vez en cuando la puerta a la chita

callando, que de uno de su calaña se puede esperar lo peor…

Pero la suegra bien sabía cómo era él, y por eso nunca le cayó en gracia. Por eso había puesto todas sus libretas de ahorro a nombre de Tudor y por eso quería dejarle solo a él su fortuna. Después de la huida de Tudor, después de que la vieja se recuperara de su pulmonía, el yerno empezó a rondarla, que si patatín, que si patatán, dale que dale: querida Muti, piénseselo bien, no creerá que este Estado merece quedarse con su dinero, y no le quepa duda de que se lo quedarán si llega a suceder alguna desgracia… Pero la vieja, nanay, de lo lista que era se hacía la desentendida, como si no comprendiera lo que le pedía él. El otro, por supuesto, insistía: lo que quería era que pusiera las libretas de ahorros a nombre de él y de la boba de Ivona, en vez de Tudor.

Bien sabía él lo que quería, pero no era capaz de decirlo sin tapujos y solo lanzaba indirectas. Delante de su suegra se acobardaba; mientras vivía madame Ioaniu, nunca se atrevió a discutir con ella, pues cuando su marido el general y su hermana Margo fueron a parar a la cárcel el calavera de Niki se largó. Dejó a la zorra con el hijo pequeño y se mudó a casa de la fulana. Al cabo de algunos años regresó: no le habría dado ella el divorcio, se habría cansado él de la fulana, quién sabe. El caso es que volvió con el rabo entre las piernas y la señora nunca se lo echó en cara, no le dijo nada, pero a veces le recordaba que ella había mantenido la casa durante su ausencia. Que había tenido que vender alfombras y joyas, abrir una pensión. Por eso él no podía decir ni pío delante de la suegra. Ni pedirle abiertamente que pusiera la libreta a su nombre porque cualquier día ella estiraría la pata. La vieja, avispada, se hacía la desentendida. Aún no había perdido del todo el juicio, todavía le funcionaba la mollera, y un día me soltó que hubiera querido poner las libretas también a nombre de Ivona, para asegurar la vejez de su hija y así quedarse tranquila. Se lo dijo una vez que estaban las dos solas. De hecho tranquila no se habría quedado, pues sabía que no podía confiar en Ivona. Sabía que la boba se lo contaría todo al marido. Él hacía con ella lo que quería. Ivona habría ido volando a decirle al marido que su madre había puesto las libretas a su nombre. No era capaz de tener secretos con

Niki. A nombre de ella o a nombre de él, daba igual. Exactamente igual.

Así pues, cuando la vieja se vio sin su nieto, de la pena comenzó a cho chear, también por la contrariedad de saberse a merced de su yerno. Porque, si no, qué podría haberle pasado por la cabeza para recoger todo lo que encontraba: retazos de tela, palillos de dientes, corchos, huesos, restos de la comida. Con todo ello hacía un atado, preparada para irse por el mundo… Podía haberse vuelto esclerótica, pero seguro que sabía que había caído en manos de su yerno, y sabía también que de alguien de esa calaña no podía esperar otra cosa que maldad.

Hacía mucho que la vieja lo conocía muy bien, lo tenía calado. Pero la chiflada de la hija no la creía. En cambio, todo lo que decía Niki se lo creía a pies juntillas, y si él le hubiera pedido que comiera brasas, sin duda lo habría hecho con tal de complacerlo. Mira cómo se hace la mimosita al teléfono, y cómo él se burla de ella, y ella siguiéndole la corriente…

—Niki, ¿estás seguro de que no podrás venir antes? Bien, no voy a insistir, solo quería saber si te espero o no… No, ya sabes que para mí la mesa es pura formalidad. Eso es… sí, bien, sí, claro, algo picaré por ahí… Como habías dicho que llegarías temprano… Sí, hoy mismo, por la mañana, me lo has dicho antes de salir, que sí que lo has dicho…

Je, je, bien merecido lo tienes. Ya no estás como hace un rato, tiesa como un guardia en la puerta del excusado, con el abrigo y el sombrero puestos, lista para salir pitando apenas acabara yo. Claro que sí, salir pitando sin darme mis cincuenta leis. ¡Ah, zorra, zorra, en las mañas y en lo agarrada no hay quien te gane! Mira ahora cómo baila al son que él le toca, como un oso de gitanos sobre brasas… Mira cómo gangosea, cuando lo que debía hacer es tirarle el teléfono a la cabeza y decirle vete a la mierda, vete con tus fulanas y vuelve cuando vuelva tu mamá de la tumba. Si fuera una mujer con coraje, eso tendría que decirle, y tirarle el teléfono a la cabeza; ya vería entonces cómo vendría corriendo, corriendo y con el rabo entre las piernas…

A uno de su calaña ni gota de confianza le puedes tener. Uno de su

calaña mejor que se vaya y no vuelva nunca más. ¡Que se vaya con viento fresco! Como que iba a aguantar la fulana al vejestorio si no fuera por su pensión de jubilado… Que no será tonta la meretriz esa, no por su cara bonita le estará esperando, no en balde le acecha como la araña desde hace diez o quince años. No va tras el vejete, va tras la casa de la vieja Ioaniu, tras su plata, sus alfombras, su dinero de la cuenta corriente. Desde hace diez, quince años, cuántos serán, desde cuándo se revuelca como una perra con él; para que veas cómo son esas mujeres del demonio, que se pegan al macho igual que la sarna. ¿Acaso vivirá Ivona por los siglos de los siglos? Si hasta a madame Ioaniu, que tenía siete vidas como el gato, le llegó su fin, Ivona, chiflada como es, que se está envenenando todo el día con el cigarrillo en la boca y bebiendo café, que nunca ha sido muy cuerda que digamos, ¡qué va a durar Ivona…! ¡Menuda loca! Dime tú si es cosa de cuerdos estar escondida detrás de la cortina y luego aparecer como una chiflada, con el sombrero y ese cuello de zorro comido por las polillas. ¡Que no y que no, que ella tiene que ir al centro! ¡Ya le diría yo adónde tiene que ir! Hay que ver lo nerviosa que se ha puesto mirando el reloj. ¿Y a mí qué? ¡Que se dé contra las paredes si no sabe calmar sus demonios sola! Si no, quien se los va a calmar, que el canalla de Niki hace años que es su marido solo de nombre… Y pensar que hay unas desvergonzadas que parecen yeguas, siempre necesitadas de un macho que las cubra. Lo que es yo…, menuda pérdida. Antes bien di gracias al cielo cuando por fin me libré, aunque el mío hasta hace pocos años todavía lo hubiera intentado… ¿No te da vergüenza, le dije, a tu edad? Y di gracias a Dios cuando me dejó en paz. Pero este de Ivona, que el diablo le ate los huevos, este solo sirve para holgazanear y para cabalgar mujeres, amén de tirar el dinero… Dale a él dinero a manos llenas, para que se lo gaste en el póquer, en francachelas y con las fulanas. Y la lerda de Ivona solo sabe llevarlo en palmitas, ¡oye cómo maúlla al teléfono! ¡Pues sigue maullando cuanto quieras, que es la fulana quien tiene a Niki cogido por las pelotas! La fulana es la generala y el canalla de Niki la obedece ciegamente. Será una paleta de mierda, pero ¡qué bien cogido lo tiene!

—No te olvides de que hoy es la boda de Tutu… Sí, a las siete, pero

habrá que llegar con tiempo, no esperar hasta el último momento, cuando en la iglesia no cabrá una aguja. Clementa estará de cancerbero… Pero, querido, ¿cómo podía imaginarme que no llegarías antes de las siete…? ¿Soy yo el tipo de mujer que hace reproches sin motivo…? Si vas a sacarle punta a cada palabra que dijo, mejor me callo… No, me callo y te espero; no, ¿por qué voy a enfadarme? Entonces, ¿me llamarás de nuevo? Como quieras… Lo que te parezca… Pero ¿qué necesidad tienes de volver a llamar si ya no vas a tardar mucho? Oh, no, mira, no, ahora que me has llamado, ya no tengo de qué preocuparme.

¡Que se vayan al diablo todos los hombres! Tú siempre diciendo amén para contentarlo, y él que te pierda cualquier miedo.

Que a veces el mío tiene razón cuando me dice: «Tú andas quejándote de mí todo el tiempo, pero ya me gustaría saber qué dirías de haber caído con algún otro…».

Pobrecito, huraño, callado y cascarrabias como es, pero llevamos juntos cuarenta y nueve años, sí señor. Huraño, callado y cascarrabias, pero después de que nos cerraran la tienda se metió a trabajar en la fábrica para que tuviéramos una jubilación en la vejez. Cuando lo veía yo volver al mediodía, todo un hombretón, vestido con ese mono azul, rascándose las manos sin parar, que le había dado urticaria por esas porquerías químicas, ¡malditas sean! Y no se le pasó durante años por mucha leche que bebiera y remedios que tomara. Cuando lo veía aparecer por la bocacalle y acercarse caminando como un oso, me daba, solo el diablo sabe qué me daba, que me entraban ganas de llorar. Será huraño, poco conversador y cascarrabias, pero el día de cobro sacaba el dinero del bolsillo y me lo ponía en la mano. Yo lo contaba y lo repartía: tanto para el alquiler, tanto para la tele, tanto para el carbón y la leña. Pobrecito, no guardaba nada para él, solo lo que yo le pasaba. De vez en cuando le metía en el bolsillo un billete de veinticinco, pero estaba tranquila porque sabía que no los iba a gastar. A él le gusta saberse con dinero en el bolsillo, que así es el varón. Es un hombre como Dios manda y puedo confiar en él. Si yo fuera Ivona, si supiera que ese puede retirar en cualquier momento el dinero del banco, no pegaría ojo por las noches por miedo a que fuera al banco y

luego se largara con los cuartos a casa la fulana. Pero Ivona, con lo astuta que es, de él no sospecha nada. Mira cómo lo adula. ¡Habrase visto! Por eso se burla de ti. Has llegado a vieja y todavía no sabes cómo hablarle a un hombre. Está maullando al teléfono y ni caso de la visita que tiene en casa, ni se le ocurre que estoy a punto de desvanecerme de hambre, me viene un sudor frío, ¡maldito día! Más tonta soy yo que, en vez de quedarme en mi casita, donde no me falta nada, he salido a la calle nada más que para llenarme de rabia. Solo de pensar en el camino de regreso, me dan ganas de no moverme de este sillón. ¡Pero sí me moveré! Aunque solo sea para comer un trozo de pan. La chiflada tiene tanta cara que se desentiende; pues bien, ya me atenderé yo misma. Voy a echar un vistazo en la cocina, a ver qué hay para comer, y si me sorprende la zorra le diré que he ido a buscar un vaso de agua, pues quien no es idiota sabe cuidar de sí mismo.

Pero en la cocina, mira tú, nada, ni una miga, dos panecillos tan duros que si te los tiran a la cabeza te la parten, y un queso que ha formado una costra al secarse, y nada más. Para qué va a volver, pues, el loco de su marido a casa, sería más loco todavía si viniera a romperse los dientes con estos panes; ni siquiera una olla de estofado, ni siquiera un frasquito de berenjenas en escabeche. ¡Ay, ay!, que no daría yo por unas berenjenas y una copita de aguardiente…

Chirría la puerta, pero mejor no vuelvo la cabeza; no la vuelvo, que estoy masticando un pedacito de queso. Un trocito del tamaño de una nuez, solo eso he cogido para engañar el hambre, y luego vuelvo la cabeza porque oigo pasos sobre las baldosas de la cocina justo a mi lado. Mírala qué alicaída vuelve del teléfono, con el rabo entre las piernas, y qué amarillenta y flaca está, que se le ven los huesos en la piel. Y el pelo, dos o tres hebras, no más, y los dientes de caballo, la miras y parece que ves al diablo. Mírala qué alicaída viene, pues Dios lo castiga todo y todavía hay justicia en el cielo. El buen Dios ha visto cómo me ha tenido esperando de pie en la puerta con el estómago vacío después de darme el tute de venir hasta aquí. Me ha tenido esperando en la puerta todo el tiempo que yo llamaba al timbre, ojalá se le seque la mollera, y me temblaban las piernas de hambre y me subía un desmayo de la boca del estómago… como también ahora me

está subiendo…

—¿Se le ofrece algo, madame? Si se le ofrece algo, dígamelo…

¡Mírala qué cursi y malencarada se ha puesto! Y cómo frunce la nariz. ¡Ah, no!, ya está bien, que a mí nadie me encontró en la calle. ¡Que no me mire así, como a una sirvienta! Al diablo tú y tu cuello de zorro, que no te mandé yo a espiar escondida tras las cortinas. Ya está bien, no vengas a desahogarte conmigo; si tu marido está con su puta, no te metas conmigo, porque yo ya he aguantado bastante por hoy. Ni un minuto más me quedo en esta casa, así me lo pidieras de rodillas; sí, sí, como lo oyes: así me lo pidieras de rodillas. Seré yo buena, pero, cuando el vaso se desborda, entonces no dejo pasar ni una. Tanto va el cántaro a la fuente…, y nadie tiene la culpa de que a ti te dé la pataleta por cualquier cosa. Qué pecados tengo yo que expiar para andar de puerta en puerta, y el uno está malhumorado, y el otro no me abre, y el tercero no me da ni un vaso de agua. ¿Es que no soy persona? No he tenido yo tienda en la calle Coriolan, y venía la clientela de todos lados, hasta de la calle Sabinelor y de más allá de las líneas de ferrocarril, y todos salían cargados. Y a cuántos fié; si les hubiera cobrado ahora sería rica. Y a mis hermanos les compré muebles y cada cierto tiempo les mandaba paquetes, queso y embutidos finos y vinos de Dealul Zorilor… ahora ni uno aparece, ¿es que somos apestados, que nadie viene a vernos?

—Eh, ¿qué está haciendo? ¿Qué se le ha perdido en el perchero, madame?

El diablo, es lo que se me ha perdido. Mírala, qué cara: hasta ahora ni puñetero caso me ha hecho, y de repente hace como que no entiende… ¡Maldito sea el que vuelva a poner los pies en esta casa! Y maldita seas tú, zorra, que me has tenido de pie y sin comer, ¡mal rayo te parta! Ojalá llegue el día en que te den de comer con la cucharilla en la boca como a tu madre…

—Vamos, madame, ¿qué está haciendo? Deje el abrigo… déjelo, no querrá marcharse ya, que ni tiempo hemos tenido de charlar. Vamos, espero que no se me haya enfadado, que nos conocemos desde hace mucho tiempo… Deje el abrigo en el perchero, y el sombrero… Por cierto, ¿no querría uno de los sombreros de Muti? Con lo habilidosa

que es, lo arreglará para que le sirva.

—Pues sí, madame, el miércoles fue el funeral y la misa se celebró en la iglesia Blanca. La mujer del general Pantazi, seguro que oyó usted hablar de él en la época de nuestra juventud… ¡Qué rápido pasa la juventud, madame! Y parece, no sé, como que por dentro una no siente que haya cambiado, ¿verdad? Solo cuando se mira en el espejo… Pues sí, madame, él murió hace mucho, y ella era una mujer fina… muy fina… Cerca de cien personas acudieron, quizá más, la iglesia estaba llena. Y yo miraba, madame, y pensaba en lo importante que es la educación: en qué significa ser una persona educada. La misa era a la una y nadie se retrasó ni siquiera un minuto, casi cien personas aguantaron sin moverse una hora y pico, o más, porque los curas se retrasaron… Esperaron a que llegara el archimandrita. ¿Y quiere saber cómo esperamos todos, madame? Ab-solu-ta-men-te inmóviles, no hubo nadie que se pusiera a deam bu lar por la iglesia, a besar los iconos, a cu rio sear o a hablar. Esperaron todos sin mo-ver-se hasta que llegaron los sacerdotes y el archimandrita. Sírvase un poco de requesón con nata, me lo trajo Florica, a saber hasta cuándo podrá venir también ella a verme, que ya no es joven y ya sabe usted que cada día que pasa todo va peor. Y el archimandrita cantó la misa larga, como para príncipes, y la gente permaneció en la misma posición: sin moverse… ¡Créame que fue un placer para mí! Después de tantas y tantas desgracias, quedan todavía cien personas que saben comportarse… Y al final habló un coronel en la reserva, antiguo compañero del general, una persona si quiere un poco más sencilla, pero habló de corazón. Una estirpe de señores, dijo, vivieron como señores y también como señores sobrellevaron la miseria y la vulgaridad de la vida… Esposa y madre entregada, dijo, aun habiendo sufrido lo que sufrió, aun cuando quedó sola, educó a sus hijas como es debido… En el entierro estaba una de las hijas, la que vive en el extranjero desde hace más tiempo; a la más joven consiguió sacarla su marido hace solo un año, de modo que era un poco pronto para volver, no ha obtenido aún la ciudadanía allí. Vino sin los hijos, todavía pequeños, ni a sus hijos pudo traer. De todos modos, ¿para

qué traer a los críos a tal ceremonia? De haber vivido más, supongo que también habrían sacado del país a la señora Pantazi, pero ella era, ya me entiende usted, una persona digna, no hubiese consentido convertirse en una carga para sus hijos… Porque, por muy bien que se lleven hijos y padres, hay que pensar que tampoco es fácil para los que se marchan a Occidente, que deben empezar de cero y bregar para adaptarse a su nueva situación… Y en vez de ayudarlos, como todos los padres sienten la necesidad de hacer, puedes acabar haciendo lo contrario. ¿Marcharte así, sin una jubilación, sin nada…? ¿Volverte una carga para los hijos…?

—¡De viejo uno debe tener su propio dinero! No llegar a viejo como un pordiosero, esperando la caridad de los demás, como bien decía madame Ioaniu, que en paz descanse…

Una cortinita amarillenta, salpicada de aceite y con las orillas descosidas, cubre la ventana de la cocina, protegida por barrotes de metal ennegrecido. La cortina la confeccionó madame Ioaniu y los barrotes los colocó el mismísimo general cuando el último ladrón se coló por esa ventana tras encaramarse al tejado del cobertizo de la leña. En esa época ya no tenían ordenanza, y a los tres meses arrestaron al general. Por fuera los cristales están sucios de polvo y hollín. Los limpiará Leana, cuando la llamen, como todos los años, para la limpieza de primavera.

Si tienen, como de costumbre, invitados por Semana Santa.

Una luz cenicienta se filtra por la ventana. La mañana ha pasado y en el cielo marfileño un sol invisible empezará a declinar. Ivona se levanta para buscar algo más en la despensa y echa una mirada por la ventana, pero no alcanza a ver más que la brea del tejado del cobertizo, ondulado y descascarillado, y más allá el quiosco negro y húmedo. Restos de nieve congelada, endurecida como costra de azúcar, salpican como gallinazas la cubierta del quiosco.

—Si no me equivoco, quedaba un poco de berenjena en escabeche… ¡Ay, qué desorden! No puedo entender cómo incluso estando en casa falta tiempo para hacerlo todo… Será que las fuerzas nos van abandonando. Tal vez sea la edad… ¿Le gusta la berenjena? Dígame la verdad, madame, ¿le gusta o no? Como no es vegetariana, me parece

normal preguntárselo. No me extrañaría nada que me dijera que no le gusta la berenjena en escabeche…

En la pared, detrás de la cocina de gas, el azulejo amarillento, salpicado de gotas brillantes de aceite solidificado. Cuando se marcharon los inquilinos, la señora Ioaniu puso la baldosa, que entonces era blanca, y pintó del mismo color el fregadero y la tubería del agua. La pintura se ha descascarillado y se ven trozos de metal negro, como agujeros en una media. En la parte superior de esa pared, huellas de humedad, como lentejas de agua, y un poco más abajo manchas de un verde oscuro porque la pared rezuma, o llora gotas gruesas de agua limpia. En el rincón, delante de la alacena, unas largas telarañas tiemblan bajo el techo ahumado.

—¿Qué le iba a preguntar, madame? Oh, la vejez y sus lapsus de memoria… Como dice el pueblo, se me ha ido el santo al cielo… Bueno, ya me acordaré. Pero, por favor, coma. Han pasado muchas horas desde el desayuno, debe de tener hambre…

Mira cómo ha cambiado… Que ya no frunce la nariz. Le he pegado un buen susto… Se ha dado cuenta de que conmigo no se juega y ha dejado de darse el tono. De pronto ha entrado en razón y ha empezado con su ¡ay, madame!, nosotras que hemos sido tan buenas amigas, y dale que dale y patatín y patatán, que cómo se va a ir así y que no nos volvamos a ver más, y a llorar con lágrimas de cocodrilo, que si se va qué será de mí, que soy capaz de caerme, como quien dice, de culo en el hielo. Si me lo hubiese tomado a pecho, ya hace rato que me habría ido. Otra en mi lugar no lo habría pasado por alto… Pero yo sé cómo comportarme, que por eso allí adonde voy todos me quieren, todos me tienen aprecio… Por eso la chiflada de Ivona se ha dado cuenta… y en un dos por tres ha cambiado de trato.

—Madame, le frío unos huevos, ¿qué le parece?

No lo puedo creer, estará enferma, que no para quieta un minuto y sigue hurgando en la alacena y sacando cosas… No, la Ivona no tiene mal corazón, pero, pobrecilla, no está del todo en sus cabales. Y qué sermón me ha soltado sobre lo quietos que estaban todos en la iglesia… ¡Bonito negocio! ¿Quién no quisiera estar sin mover un dedo, sabiendo que te lo dan todo hecho?

—Deje, madame, que ya me ocupo yo de los huevos fritos…

No tiene mal corazón, pero mírala qué torpe… Dios mío, qué torpe es, que ni siquiera dos huevos sabe freír… Mueve el tenedor como si fuera a metérselo por donde ella sabe, y si te descuidas, es capaz de achicharrar los huevos, ¡sería una pena…! Eh, será una mujer culta, pero en la cocina es una inútil, y tampoco sabe tratar con la gente… Que lo que ha hecho hoy, a su madre no se le hubiera ocurrido, ni que la quemaran viva. Sí señor, su madre era una mujer cabal, y muy juiciosa. Tendría sus pecadillos, y bastantes, que no hay quien no tenga los suyos, como dice el pope en la iglesia, con más razón quien ha vivido tanto como ella, que por poco llega a cien… ¡Eeeh!, pero tampoco eso, vivir un montón de años tampoco es bueno. ¿Qué sabía ella ya, sentada en el sillón sobre el hule? Por aquel entonces, en balde le preguntaba yo: «¿No me conoce? Soy yo».

Y la vieja Ioaniu, nada, me miraba con los ojos como platos y callaba. De nada se enteraba, pero de su atadillo, eso sí, no se olvidaba. Y siempre mirando la puerta, no fuera a ser que alguien la hubiera dejado abierta, y en el momento menos pensado te dabas cuenta de que había desaparecido. Y entonces Ivona pegada otra vez al teléfono, y vuelta a buscar por las calles y a preguntar a diestro y siniestro… Y cuando pensaba que ya estaba, que se había acabado su madre, justo entonces alguien la llamaba para que fuera a recogerla. Una vez la llamaron ni más ni menos que de la Bariera Vergului, otra de Brâncoveneasa…

Y claro, cómo me mimaba entonces Ivona, ¡más que hoy!

«Venga más a menudo, madame —me pedía—. Venga más a menudo, que estoy muy preocupada por Muti…! Es como tener una criatura en casa, no puedo dejarla sola ni un minuto…»

Eso sí que no ¡hasta ahí podíamos llegar! Ni aunque me pagaran en oro. Yo no he tenido nunca paciencia con las criaturas, menos con los viejos. Y no necesito dueño que me dé órdenes. Iba a estar yo aquí todo el santo día, en este caserón desierto, con las contraventanas cerradas y oscuridad por todos lados, que solo ardía la lamparilla de aceite en la habitación de madame Ioaniu. La lamparilla encendida como en los sepulcros, y a ratos algo crujía, y había que estar junto a

la momia sentada en el sillón, que ni se movía ni respiraba, solo con los ojos como platos mirando fijamente la pared… Y de vez en cuando se orinaba encima, y ¡hala!, arremángate y cámbiala. Y otra vez el crujido del parquet, Dios me perdone, como si de un momento a otro fuera a asomar un fantasma… De la impresión una podía quedar turulata…

Así que Ivona no pudo convencerme, ni, por lo visto, encontrar a nadie más. Y madame Ioaniu, quién sabe cómo, se las arreglaba para seguir desapareciendo… La última vez pasaron dos días sin saber dónde estaba.

Por dónde andaría nunca se enteraron. Estaba muy sucia, hecha una mugre cuando la trajeron de vuelta, con las chancletas llenas de lodo y sin el jersey de lana con el que había salido de casa. Hacía un tiempo como ahora, final de invierno, y era imposible imaginar dónde pudo haber estado metida durante dos días, sin morirse congelada. Le preguntaron una vez, la dejaron tranquila, le volvieron a preguntar; nada, no le sacaron nada. De algo debía de acordarse muy borrosamente, pues no dejaba de balbucear: «… estaba oscuro, oscuro, oscuro… y un pájaro blanco, grande…».

Al ver Ivona que no tenía más remedio, dejó el empleo. Se jubiló como pudo y se quedó en casa para cuidarla. No le convenía perder ese dinero, pero no dijo nada. Sin embargo, no duró mucho la vieja, al poco falleció. Se murió enseguida.

Luego, volver al empleo Ivona ya no podía, y pensar que nunca le gustaron las tareas del hogar. Lo que a ella le gustaba era su trabajo de profesora en la Escuela Italiana, tampoco eso duró mucho, que cuando detuvieron a su padrastro, el general, a ella enseguida la pusieron de patitas en la calle. O cerró la escuela. Ivona, siempre con su mala estrella…

«Lo que más siento —me dijo en el entierro de madame Ioaniu—, lo que más me remuerde la conciencia es que, ya que tuve que jubilarme, no lo hiciera hecho mucho antes, para que Muti no llegara a la calamidad que llegó, para que no sufriera de ese modo, que de tanto estar en el sillón, sin que nadie la cambiara, acabó llena de llagas… Ni fuerzas para quejarse tenía… Y cuando pienso en cómo debía de

sentirse cuando estaba sola, inmovilizada, que ni mover podía las manos…»

«¿Qué quería usted que hiciera? —le dije yo—. Que cuando alguien llega a ese estado, ni alma ni mente tiene, según dicen… Queramos o no queramos, todos pasaremos por lo mismo, que a cada uno le llega su hora… Nos iremos todos al otro lado cuando nos toque, y nadie quedará aquí…»

—En madame Ioaniu, que en paz descanse, en ella estaba pensando y en nadie más… Cuántos años hará, pensaba, que comíamos aquí los tres: ella, el muchacho y yo. ¡Eh! ¡Qué de macarrones no habré comido yo en esta cocina! Con macarrones criamos a Tudor, me dijo una vez la señora. Y cuando me siento en esta silla, es como si me sentara en mi casa, y como si viera al muchacho comiendo como un lobo, siempre con prisas: que si tenía que irse a la escuela, que si quería ir a jugar. Hazme caso, le decía yo, mastica bien, que si no se te va por el otro lado, pero él no hacía caso, seguía devorando la comida, siempre con prisas para no llegar tarde, ¡pobre chico!, no fuera que encontrasen algún pretexto para echarlo de la escuela.

Mírala cómo tuerce el gesto y continúa escarbando en la alacena… No les gusta que uno se entere de sus secretos, pero hoy día todo se sabe. A la misma madame Ioaniu se le escapó un día que había pedido una audiencia cuando quisieron expulsar a Tudor de la escuela. Y así logró que lo dejaran estudiar. Claro que durante algunos años siguieron temblando de miedo, no fueran a faltar a su promesa y se acordaran de la amenaza de echarlo de la escuela. Tudor era un chico aplicado y muy ambicioso, que si sacaba una nota baja, lloraba a escondidas por la noche, en su cama, y ellas no sabían qué le había pasado ni qué hacer para calmarlo. Se ve que no se parecía al tarambana de su padre, se ve que se parecía al padre de Ivona, que él sí fue alguien en su día. Fue o no fue, el caso es que a su nieto de poco o nada le sirvió. Su nieto tuvo que pagar los platos rotos: de su abuelo, de su abuelastro y de toda la parentela. Eso hasta que murió el general en chirona. Tantos murieron allí, todos los que antes habían sido alguien, ministros, generales, incluso los que tenían relaciones con ellos, y también los que no habían sido nada pero tuvieron mala

suerte y cayeron presos por casualidad. Y él, Ioaniu, llevaba algún tiempo muerto pero nadie vino a informar. ¿A quién le gusta entrar en la casa ajena como pájaro de mal agüero? Así que, a los dos años, recibieron el papel oficial y así se enteraron. Dejó el general sus huesos en la mazmorra, como un perro, pero el chico salió ganando: se libró de un pariente sospechoso, al que en adelante podía declarar «muerto», y así fue como el chico pudo educarse.

—¿Qué se pone en la cara, madame, que tiene esa piel tan bonita? A nuestra edad, una piel así, sin una arruga… ¿Cómo se la cuida? ¿Con qué se lava? ¿Qué crema usa? ¿O es un secreto? Si lo es, no me lo cuente, no importa…

—¡Menudo secreto…! ¿Que qué me pongo en la cara? Na' de na'. Toda la vida me la he lavado con lo que tuviera a mano, con jabón de ropa, por ejemplo. Con lo que hubiera en casa me he lavado, pero polvos, cremas o cosas por el estilo nunca he usado… pues esos polvos y esas cremas llevan venenos que te es tropean la cara…

De verdad, es increíble qué piel más fresca tiene y sin poros abiertos. Por la cara no le echarían más de cincuenta años. Ni siquiera eso. ¡La ventaja de la gordura! Con el tiempo los músculos pierden firmeza y solo la grasa puede mantener la piel tersa. Por esto es sabido que los obesos tienen buena piel; desgraciadamente no se puede tener todo, o cara o culo, como se dice… A algo hay que renunciar, que la vida es así.

—¡Deje esos platos, madame! Por favor, no friegue los platos, déjelos y vamos arriba…

¡Claro…! ¡Como que Vica iba a hacerme caso! Como que va a dejarlo todo tirado y seguirme. ¡Si llego yo a pedirle que los friegue, habría que ver qué cara hubiese puesto! Pues bien, si tiene ganas de fregarlos, que los friegue y en paz. El vestíbulo está en penumbra, pero la oscuridad no me molesta. ¡El mundo es tan feo a plena luz! Y más aquí, en la ciudad, con escaparates sin pizca de gusto, y gente mal vestida, y calles sucias, y parques y zonas verdes descuidados. Y si hay algún césped, pasan sobre él como animales, como rebaños… Y los árboles viejos, que refrescarían el aire cargado de polvo, sin motivo alguno se talan. Y si te fijas en la cara de la gente a plena luz, son

todos feos, pero a ellos parece importarles poco o nada. Una vez, quizá cuando estudiaba bachillerato, leí una historia en una revista. La acción se desarrollaba en Balcic, en la playa. Lo que se dice acción, en verdad, no tenía. Describía los estados de ánimo de un personaje. De hecho, ni de él me acuerdo bien. Lo que sí recuerdo es que el personaje tenía un ojo crítico, criticaba todo lo que veía alrededor. ¡Especialmente despiadado era al describir a las mujeres! Pero lo que mejor recuerdo es que el personaje, o el autor, en fin, el que describía, afirmaba que solo a las chicas de hasta veinte años debería permitírseles estar en bañador en la playa. La maternidad, decía, afea y deforma, y solo un cuerpo joven y virginal es hermoso… Me impresionó este autor, un tanto original, me impresionó, pero así es el arte: es precisamente lo que te turba y se te queda grabado.

Ivona sube lentamente por las escaleras, abre la primera puerta y avanza palpando las paredes con la yema de los dedos. Enciende la lámpara del techo —está en la recámara, la estancia más oscura—, se acerca al tocador, enciende los apliques y se mira en el espejo. Se mira fijamente, impaciente y ávida: que no termine la vieja con los trastos de la cocina y la pille de repente. ¡Oh, cómo la exaspera tener que verse cada año peor! Estos mechones blancos de dos dedos de grosor… torpemente tira de los bucles de su pelo ralo y sin brillo. Y la nariz larga, con la punta ensanchada, llena de poros abiertos, los labios descoloridos, que han adelgazado y se han encogido hacia dentro, y el blanco amarillento de los ojos, salpicado de venitas rojas.

Ivona junta sus cejas ralas y caídas y aparta la cara del espejo. Con el rabillo del ojo ve su silueta en movimiento, envuelta en un aire ligeramente neblinoso. En los extremos del tocador, dos candelabros de plata, ennegrecidos y cubiertos de polvo.

Cuando venga Leana, habrá que decirle que los abrillante.

Ivona apaga la lámpara y los apliques, y queda en la habitación solo un haz de luz que se cuela por las persianas cerradas. Es una dulce penumbra que ofrece serenidad. Regresa al espejo, busca febrilmente entre los objetos del tocador, aparta el cofre de plata, del que, con negligencia buscada, salen ristras de perlas y de ámbar, aparta la polvera, el pulverizador, saca del *étui* la barra de labios y se dibuja

una cruz en cada mejilla. Una cruz rojo oscuro en la mejilla derecha, una cruz rojo oscuro en la mejilla izquierda; después retrocede unos pasos. Qué extraña se ve… Cierra los párpados, para no ver nada más, y extiende maquinalmente el rojo sobre los pómulos.

Y retrocede un poco más.

Ah, sí, ahora está mejor. Un poco de colorete y ya parece otra. Claro, hay penumbra… Una mujer debe ser coqueta para sí misma en primer lugar… es algo que le levanta el ánimo. Y se alborota los bucles del cabello seco y ralo. Pero ¡qué rápido le ha crecido el pelo esta vez!

Gira bruscamente sobre los talones de los zapatos *trotteurs* y este movimiento inopinado y juvenil la complace. La dulce penumbra y el viejo olor fresco de lavanda, que impregna desde hace años la madera de rosal del armario. Un rayo inesperado, cegador, que ha entrado por la ventana, hace brillar las incrustaciones de nácar del marco negro del espejo, resbala y se extingue. Un solo pensamiento perturba a Ivona. Sale del dormitorio y busca con la mirada el reloj de péndulo del vestíbulo. Sobre esta hora ha dicho Niki que volvería, alrededor de esta hora. Añade una media hora más, su retraso de rigor; así pues, la vieja debería marcharse ya. A Niki, con razón o sin ella, la vieja no le cae bien… Así pues, tendría que irse la vieja, y ¿por qué habría de quedarse más? Ha descansado, ha comido. Solo falta que le dé el dinero, y listo. Podría dárselo, pues de todos modos dentro de una semana tendrá que enviárselo por correo. Pero no cobrará la pensión hasta mañana y ahora está sin blanca. ¿Y si lo cogiera del dinero de Niki? ¿O de los ahorros para la caldera? Si entrega su paga a la vieja ya no tendrá nada que reprocharse ¡Lo que es tener un carácter sensible y sentimental! ¡Un simple detalle es capaz de desconcertarte! Cuando la ha visto dirigirse arrastrando los pies hacia el perchero, sin atreverse a decir palabra, ella, que por lo general tiene tanto desparpajo… Con su graciosa boina, que no se quita desde hace treinta años y por la que Tudor pregunta en todas sus cartas: «Y madame, ¿cómo está? ¿Aparece todavía por ahí con su fantástica boina?». Y cómo le temblaban las manos cuando se ha estirado para coger el abrigo… No, nunca será ella la mujer práctica que Niki

hubiera querido tener a su lado. Cuando la ha visto así, se ha dicho: «No merece la pena portarse mal con alguien que siempre ha sido asiduo de esta casa. A su edad, ¿cuánto más durará?».

Al fin y al cabo no es más que una pobre vieja a quien los comunistas despojaron de todo cuanto tenía, y el futuro nada puede ofrecerle, aparte de pesares. Dejarla irse así, para que luego llegara a sus oídos que, Dios nos libre, le ha pasado quién sabe qué por el camino, eso la hubiese llenado de remordimientos. Pobre vieja, ¡se ha avergonzado tanto al verse puesta en su sitio que ni ha chistado! Y luego intenta por todos los medios congraciarse contigo…

—Tantas veces como he estado en esta habitación y este cuadro no lo había visto… Pensaba que conocía todo lo que hay en esta casa…

—No podía haberlo visto, madame, porque es una foto vieja que encontré por casualidad hará unos meses, y no puede imaginar qué alegría me dio. Está aquí toda la familia. ¡Dios santo!, mire qué jóvenes eran todos. *Tante* Margot era entonces alumna de la Escuela Central de Señoritas. Creo que Muti no quiso colocar la foto demasiado a la vista por delicadeza hacia el tío Jorj, porque, mire, aquí está papá… ¡Su primer marido! Papá y tío Jorj se conocían, se tenían mutua estima, pero no era muy prudente, entiende, que la colgara en un lugar visible. Sí, papá es el señor que lee junto a la mesita, seguro que me parezco a él, y el otro, el más joven, con sombrero de paja y bigote rubio, es Titi Ialomiteanu… Buen amigo de la familia y conocido de Muti desde Buzau, su ciudad natal; mis abuelos maternos y los padres de ese señor se frecuentaban en Buzau. Mis dos abuelos murieron en un terrible accidente de trenes. El convoy en que viajaban se estrelló contra otro tren que transportaba petróleo; se le rompieron los frenos y descarriló, y por el impacto algunos vagones se incendiaron… ¡Qué desgracia! Las puertas quedaron blo quea das… Muti y *tante* Margot quedaron huérfanas. Muti se casó con papá y a Margot la pusieron interna en la Escuela Central de Señoritas, pero los domingos y en vacaciones venía a casa. Después, como usted todavía recordará (yo no), llegó la guerra.

Las paredes revestidas de madera de nogal nueva y brillante. A la derecha, dos puertas: entre ellas, una mesita de patas altas y tablero

en forma de corazón; encima, sobre una base de mármol, un reloj de mesa, de péndulo, con la esfera redonda y blanca, donde se distinguen desde lejos los números romanos.

Las cinco de la tarde.

En la pared de la izquierda, bajo el espejo, un sofá de caoba. El respaldo, compuesto por tres semióvalos, está rematado en madera tallada como una guirnalda. Sobre el sofá, una chica joven con flequillo y rizos que le cubren las orejas apoya el codo sobre un cojín, en una postura de letargo, de abandono. Bajo la falda se ven los tobillos finos y unos botines de charol, con tacón bajo y hebillas plateadas.

Hay una silla junto al sofá. Sentado de lado, con las piernas cruzadas, las manos inmóviles sobre el respaldo redondeado, un joven que apenas un minuto antes hacía compañía a la muchacha. En el rostro sonrosado, su mirada soñadora ha quedado congelada. Tiene los ojos algo oblicuos, o al menos eso parece debido a sus pómulos altos, las orejas un tanto grandes, el pelo engominado, bien peinado, con la raya justo en el medio. Viste de etiqueta: traje color arena, cuello rígido.

A la derecha del sofá, otra mesita alta con tres patas. Sobre ella, en un marco ancho, la foto de una pareja joven. Él, delgado y menudo, embutido en su uniforme de oficial prusiano, apoya el codo en una mesa baja.

Son el rey Carlos y la reina Isabel.

Una consola detrás del sofá, bajo el espejo, y sobre la consola, una estatua de bronce: Apolo con su lira. El espejo ofrece una imagen de la parte opuesta del salón: el busto de una mujer joven. Un moño inmenso con dos grandes bucles, los ojos algo saltones. Da una impresión de altivez y de paz interior, que acrecienta (o incluso crea) el azogue nebuloso del espejo. Porque con solo acercar el ojo a la lupa y escudriñar cada detalle de la cara, se descubre que la frente, por ejemplo, es muy baja, que los labios finos están apretados con porfía, que la nariz… Y así sucesivamente… Pero si se deja a un lado la lupa, la mirada de la joven señora vuelve a ser soñadora y serena. Está envuelta en un inmenso chal de seda que deja ver el cuello negro

levantado de la blusa de encaje.

En medio del salón, un velador cubierto con un tapete *gris-vert* de terciopelo, con lotos o nenúfares en botón bordados en *dégradé*, bordeado de un ribete de seda retorcida, con cintas anchas anudadas en cada esquina y borlas blancas y doradas que llegan hasta la alfombra.

Una sola persona junto al velador, un hombre de mediana edad, con la frente y las sienes despejadas a causa de la calvicie, embebido en la lectura de una revista.

Por la forma en que la sostiene entre sus dedos descarnados, pareciera que solo intentaba hojearla, pero ha quedado atrapado en la lectura. De rostro enjuto, con ojeras, la vista baja, las mejillas bien afeitadas, el bigote con las puntas retorcidas según la moda antigua: un bigote sorprendentemente espeso comparado con la pelusilla endeble —quizá rubia, quizá encanecida— que le cubre la frente calva. La cadena del reloj le cruza el chaleco de un bolsillo a otro, donde aparece la punta de una estilográfica. La levita es impecable, pero no lleva ni cuello ni corbata.

Sobre el velador, a su derecha, una tabaquera, una boquilla con incrustaciones de marfil, un *coupe-papier* también de marfil, minuciosamente labrado; un *Papierkorb* y una escudilla de bronce con la base y dos asas pequeñas retorcidas. Sobre la escudilla, papeles, sobres, recortes, revistas. Es la hora de la correspondencia.

Cuelga del techo, sobre el velador, el tallo y las lágrimas traslúcidas de una lámpara holandesa, el único vestigio de luz, pues el resto está en solemne penumbra: los revestimientos oscuros, brillantes, los muebles voluminosos, la postura crispada de todos ellos. Es un momento especial para el que posan, captados en una conversación trivial; un instante en que la cámara fotográfica con el diafragma abierto empieza a registrarlo todo en su placa de vidrio y en que las caras se esfuerzan por mantener la solemnidad.

Parte segunda

La hora del té

—...Un momento difícil..., recuerdo que eso dijo usted entonces, profesor, estamos atravesando un momento difícil y no hay que descartar que acabáramos en una catástrofe...

Como suele pasarle cuando habla en público, el invitado se ha ruborizado y tiene unas manchas rojas en el cuello, de piel blanca y fina, como de señorita. Se dirige al anfitrión en su tono habitual —de afectada gentileza—, con los hombros inclinados en actitud deferente y clavando en él su mirada inocentemente azul e interrogante. Para reparar en ella no ha sido necesario que el profesor Mironescu levante los ojos de la separata que está leyendo, pues conoce el afecto respetuoso que le profesa el joven, y también conoce su inseguridad. Sabe que no son los bellos ojos de las damas los que estimulan la elocuencia esmirriada del recatado mozo, sino la severa pero benevolente comprensión del maestro.

—... me llamaron la atención sus palabras porque constituían una excepción respecto de la opinión general.

¿Queda acaso algo tras rechazar la inoportuna lisonja con un gesto de la cabeza que la pone en entredicho? Sí, queda un regusto de complacencia un tanto embarazosa (como al contraer una deuda), una sensación desagradable, como si el otro le hubiera arrancado a uno las prendas de vestir y ahora le contemplase en su indecente desnudez...

El profesor tiende la mano hacia la escudilla para coger otro sobre; en el borde del cenicero, el cigarrillo arde solo, y un hilo de humo azul grisáceo ondula sobre el velador.

—No me extraña que en un primer momento la opinión pública rumana no se preocupara... En política no puede hacer previsiones cualquiera... No es de la opinión pública rumana de la que tendríamos que esperar tal cosa, sino del político... A él le corresponde ir por

delante, sin dejarse llevar ni arrastrar por la opinión pública, sino encauzarla, aunque sea en dirección opuesta a sus inclinaciones…

—¿En dirección opuesta a sus deseos quiere que la guíen?

Por encima de la montura dorada de las gafas, el anfitrión le lanza una mirada socarrona: la mirada irónica del profesor que ha descubierto el punto débil del alumno, la mirada alentadora del educador que lo incita a contestar, pues aquello no es sino un ejercicio de retórica. ¿Capta acaso el joven todo lo que le transmite esa mirada verde acuosa, ese mohín que cambia las arrugas en su cara enjuta?

Sin palabras, incluso aquellos que simpatizan se entienden solo de forma parcial o equivocada.

—De hecho, por lo que a mí se refiere…, ni hablar… El autócrata jamás ha sido santo de mi devoción… Lejos de mí cualquier ambición o afán de poder…

Ruborizándose aún más, el invitado mira desconcertado hacia la mesita. Suele mirar así cuando siente que alguno de sus pequeños secretos ha sido desvelado. Toda nuestra vida secreta aflora bajo la mirada vigilante de unos ojos extraños; sin embargo, la suya es aún más secreta que la de cualquier otro, pues así ha querido mantenerla. En tales instantes desagradables, cuando algún pensamiento o acto que guardaba celosamente se descubre por casualidad, el joven lanza alrededor miradas desconcertadas. Al escrutar el entorno como quien acaba de despertar, se esfuerza de hecho por defender su posición y deducir cuanto antes qué secretos sobre su persona han salido a la luz. ¿Cuán lejos ha avanzado el enemigo tras haber roto sus líneas de defensa?

Esto es lo que en realidad indaga su mirada traslúcida e inquieta.

El profesor Mironescu sonríe animando a su antiguo alumno, tratando de defenderle de su excesiva emotividad, como antaño, en los exámenes que siempre aprobaba con *magna cum laude, summa cum laude.* Absolutamente enternecedora es la modestia de este funcionario de ministerio, que nunca resalta sus méritos y rechaza cualquier alabanza con un ademán torpe. Se le conoce, no obstante, una única debilidad humana: a la hora del té parece despertársele el apetito de conversar sobre temas políticos.

—De hecho no quería contradecirle.

Deja en la mesita la hoja que sostenía en la mano, se quita parsimoniosamente las gafas de montura dorada y las deposita con delicadeza sobre la mesita, mientras se frota el caballete dolorido de la nariz con la yema de sus dedos secos.

—No quería contradecirle, porque todos sabemos que la opinión pública rumana sería, por desgracia, excesivamente maleable en manos de un político autoritario… Al que no le resultaría difícil llevarla en dirección contraria a sus deseos… La causa la conocemos todos muy bien: a nuestras masas les falta, en un grado verdaderamente inquietante, el ejercicio de la democracia, y una tradición como esa no se crea en solo una o dos generaciones. Por esta razón no saben mantener sus reivindicaciones, se desalientan ante el menor contratiempo, se contentan, como quien ha padecido mucho en la vida, con poco… Y sobre todo no son solidarios, eso es algo evidente en todos los estamentos sociales. Lo repito y espero que le haya quedado claro. Mi intención no ha sido rebatir su opinión. Es más, estoy convencido de que en nuestro país la mayoría se dejaría arrastrar en dirección contraria a sus propios deseos…

—Quizá ya haya empezado la manipulación.

En el rostro del joven Ialomiteanu se dibuja una sonrisa dulce, insinuante.

—Je, je. —El profesor se echa a reír y vuelve a ponerse las gafas—. Je, je… No se lo tome así… ¡No era una alusión a Bratianu![20] No, créame, no era una alusión al momento actual, y me cuido de hacer pronósticos para dentro de cincuenta años… Estaba hablando en teoría, *in abstracto*… Como ya he dicho, sin demasiado esfuerzo se puede arrastrar a este pueblo, conducirlo por un camino nefasto y hundirlo cada vez más en la pobreza y la corrupción, nuestras taras ancestrales…

Moviendo su mano huesuda en un ademán de descontento, el profesor coge de la mesita el papel, lo alisa distraídamente y vuelve a dejarlo en la escudilla. ¡Por favor, a qué especulaciones banales se ha dejado llevar! Coge otro sobre, lo abre y se pone a leer con atención la carta, mientras la rodilla le tiembla mecánicamente y el ojo izquierdo

se le abre y cierra en un parpadeo nervioso; es un tic reciente: cuando está tenso, la mitad de la cara se le contrae en una mueca involuntaria. El mango liso del *coupe-papier* en la palma de la mano un tanto húmeda por la fiebre; el crujido del papel cortado por el filo de marfil. Su iris de un verde desvaído corre de un lado al otro del ojo, sobre la esclerótica con manchas amarillentas y estrías de venitas rotas ensangrentadas. En la comisura del ojo, una verruga blanquecina, como una mancha en una ciruela que empieza a pudrirse, le estorba un poco la vista, e inútil y maquinalmente el profesor se reacomoda las gafas en el cabellete de la nariz. Con la mano que le queda libre palpa el velador cubierto con un pequeño tapete en busca de la vieja cigarrera con mechero.

Un movimiento inseguro, furtivo y culpable…

—Haz lo que quieras, pero te advierto de que con la primera bocanada de humo empezarás a toser…

La voz fría de Sophie es la de su propia inquietud, de modo que no levanta la mirada hacia el otro extremo del salón, donde ella está sentada en el sillón italiano de respaldo alto, con su eterno chal blanco de seda. Sobre el terciopelo del velador, la mano huesuda aún se mueve indecisa y, como si tratase de ganar tiempo, su uña seca araña sin hacer ruido el borde de un nenúfar bordado.

Por un complejo de culpa antiguo e injustificado, al joven Titi Ialomiteanu le pesa el silencio. Es su falta de conocimiento mundano lo que ha hecho que el profesor vuelva a su correspondencia. El joven difícilmente soporta un momento como ese, en que, con las manos a la espalda, examina una figurita de porcelana que descansa en la repisa de la chimenea: una pastorcita soñadora, con la mano en la sien, el cabello primorosamente peinado y un vestido de amplio escote, el consabido perro y la consabida roca a su lado. Los piececillos calzados con zapatos *Louis Quinze*, y un pastorcito que avanza hacia ella con un paso lleno de gracia ofreciéndole un cesto de flores.

Se oye un crujido: el profesor ha hecho una bola con el papel que estaba leyendo y lo estruja en la mano. Quien observara el salón diría que los anfitriones están desatendiendo a su invitado. En el mejor de los casos les concederían ciertas circunstancias atenuantes, como el

estado especial en que ahora mismo se encuentra Sophie, o el carácter excéntrico y las maneras poco protocolarias del profesor, quien, por ejemplo, de un tiempo a esta parte recibe a Titi Ialomiteanu sin el cuello tieso que se estila, con el pretexto de que le provoca sofocos y accesos de tos; el joven no sabe si interpretar esta familiaridad como una muestra de afecto o como una leve falta de consideración.

En todo caso, el delicado joven se cree el único culpable de este engorroso silencio. Mal que bien, ha adquirido cierto *usage du monde*, de modo que, después de observar la porcelana de Frankenthal, se siente capaz de enderezar la situación. Han pasado muchos años desde que empezó a frecuentar la alta sociedad en este mismo salón, al que sigue siendo fiel debido a su naturaleza conservadora. Pero cuán distinto lo percibe ahora: ¡demasiado sosegado y burgués! Hace años que dejó su tarjeta de visita junto a un ramo de flores con el propósito de recordar a Sophie de Mironescu la infancia que ambos habían pasado en la patriarcal ciudad de Buzau; lo acogieron amablemente y lo invitaron a entrar, pues era *jour-fixe*. En aquel entonces tanto su aspecto como sus modales dejaban bastante que desear: bailar era un verdadero martirio para él y llamar por teléfono, una catástrofe que le torturaba con antelación durante semanas enteras. No era de extrañar que un salón tan común como aquel lo hubiera dejado pasmado. En honor a la verdad hay que decir que estaba lleno de gente… Personas a las que no se tiene la oportunidad de ver todos los días. Recién casados —acaban de regresar de su luna de miel en Italia—, los Mironescu tenían entonces otro estado de ánimo y otra *Weltanschauung*: eran entusiastas y afectuosos, estaban llenos de proyectos, direcciones, intenciones, agasajaban a sus amistades y familiares, cultivaban las relaciones influyentes… ¡Qué maravilla fue para el joven Ialomiteanu el salón de los Mironescu! Después de tantos paseos solitarios por la avenida Kisselef,[21] con los zapatos agujereados, el abrigo demasiado ancho de su tío y los bajos de los pantalones deshilachados, mirando con envidia los elegantes carruajes y los automóviles rebosantes de claveles y rosas para la batalla de flores, ¡qué maravilla encontrarse de pronto entre toda aquella gente! Aun cuando, como bien sabía, era improbable que le hicieran el

menor caso…

Con las manos a la espalda, cruzadas sobre los faldones de la levita, el joven Ialomiteanu empieza a pasearse por el salón. Da unos pasos y se detiene de nuevo, esta vez ante la foto del rey Carlos y la reina Isabel. Podría abordar ese tema tan candente y censurar al que, después de cuarenta años de feliz reinado en el trono de los príncipes moldovalacos, ante la primera prueba del destino demuestra seguir siendo el que era al llegar desde Sigmaringen: un oficial prusiano mediocre y obediente. O, al contrario, compadecer al desgraciado monarca, quien, en vez de gozar de la paz interior que le correspondería por su venerable edad, se ve de pronto ante el dilema de tener que verter la sangre de sus antepasados o la de sus súbditos, a quienes ha gobernado con rectitud durante casi medio siglo. A este redivivo rey Lear, como lo llama cierta prensa, que de un día para otro se ha encontrado en un país ajeno y hostil, con discordias en su familia, abandonado y traicionado por aquellos a quienes durante años ha agasajado con su confianza, hasta invitado sin miramientos a abdicar y a marcharse de su tierra de adopción…

Pero ¿para qué sacar a colación un tema sobre el que ya se han pronunciado tantos discursos y formulado tantos juicios solemnes? ¡No será él quien cometa semejante indiscreción! Y muchísimo menos en esta casa, cuyo dueño hace cada vez más hincapié en su vieja amistad con el ministro Athanasiu. ¡Sería una gran imprudencia! Pese a que, por la misma razón, podría enterarse de algunos detalles desconocidos. Puesto que las ganas de hablar del profesor aumentan en proporción inversa al quebrantamiento de su salud, Titi sabe que Mironescu contestará a todas sus preguntas con el mismo discurso teórico y demostrará profusamente la necesidad de que el estudioso se mantenga alejado del gobierno, del bullicio político, pues quien se acerca demasiado a él corre el riesgo de salpicarse de fango.

¿Y entonces? Entonces un hombre de mundo saldría al encuentro del discurso favorito de su anfitrión para captar su benevolencia y allanar el terreno a las respuestas concretas que vendrían más tarde.

Deteniéndose en seco (sus gestos y movimientos son siempre bruscos, pues se los dicta la razón, no la espontaneidad), el joven se

sienta de lado en una silla y enlaza las manos sobre el respaldo.

Primero, pues, planteará una pregunta un tanto banal: ¿cree en verdad el profesor que alguien puede sustraerse a la política del momento, a las presiones y a los vínculos con la colectividad?

Ya ha inclinado los hombros con actitud deferente y solo un asomo de socarronería parece brillar en su mirada inocente.

El profesor levanta los ojos con expresión interrogante. Se halla a mil leguas de distancia, es como si acabaran de despertarlo de golpe, pero la sensación dura solo unos segundos. De hecho, las buenas maneras y la simpatía que le inspira su joven interlocutor borran de inmediato la irritación que le ha provocado su torpeza.

Es simpatía lo que le inspira, quizá más que simpatía. Tal vez incluso afecto, nacido de modo imperceptible en respuesta a las atenciones que el otro le prodiga. Quien oye constantemente elogios de boca de otro se acostumbra, y si deja de recibirlos, los echa en falta. La fidelidad es una de las cualidades del joven. El profesor puede ser caprichoso, de ánimo inestable, y Sophie no está exenta de las excentricidades femeninas, pero este joven siempre se anticipa a los deseos de sus anfitriones, presto a ofrecer sus servicios. Forma parte de esa rara especie de seres humanos cuya mayor felicidad en este mundo es ser útiles a aquellos a quienes quieren. ¿Cómo no apreciar semejante generosidad? ¿Y cómo no sentir una creciente benevolencia hacia quien te la ofrece?

Viéndolo día a día se le enternece imperceptiblemente la mirada: allí donde antes solo veía banales defectos, empieza a vislumbrar algunas pequeñas coincidencias consigo mismo. Y sin darse cuenta, con un cariño no carente de cierto desprecio, ha adoptado a Titi Ialomiteanu, lo que en absoluto le hubiese parecido factible cuando lo vio por primera vez en aquel té de las cinco de la tarde que ofreció Sophie. Lo vio amedrentado ante la puerta, como un provinciano, hasta el punto de que el *valet* hubo de quitarle a la fuerza los guantes y el sombrero. Entonces distinguió una franja de suciedad en el cuello de su camisa, las mangas desgastadas y los pantalones salpicados de lodo… ¡por no hablar del corte de su traje! ¡Y qué decir de las insignificantes flores de jardín con que se presentaba cuando venía a

pedir con insistencia que lo recibiera Sophie! Mucho tuvo que abogar por él hasta convencer a Sophie de que debía superar la natural repulsión que le inspiraba el jovenzuelo. La repulsión natural de las mujeres ante la pobreza y el infortunio, su espontáneo esnobismo, tan similar al esnobismo de los perros. ¡Qué se le va a hacer! Aun cuando Sophie es una mujer con clase, no puede desoír las leyes de su sexo, y a los ojos de una mujer de mundo, los pequeños defectos en el vestir son verdaderos delitos. Tras mucha insistencia por tu parte, ella podría pasarlos por alto, pero no los perdonaría nunca… Pese a que la inteligencia natural del pobre joven le ha llevado —a la vista está— a enmendar bastante su indumentaria, Sophie seguramente no ha de olvidar nunca qué aspecto tenía cuando lo recibió en casa por primera vez. En cambio tú, que recuerdas tu primera juventud, los primeros bailes a los que te negabas a no asistir pretextando en el último momento que no te quedaban bien la chaqueta o los pantalones, y que si el baile se celebraba en tu casa te encerrabas en tu estudio, y solo aparecías, a instancias de tus pobres hermanas, cuando faltaba uno para completar las parejas, tú, pues, que eres más tolerante y tienes menos prejuicios, puedes no tomarte tan a pecho semejantes detalles…

Más bien al contrario: al sentir permanentemente una admiración tan sumisa, llegarás incluso a incorporar al pobre joven en un retrato de familia…

¡Oh, nuestros sólidos, mediocres sentimientos familiares, nacidos de la costumbre, de la confianza, de la tolerancia! ¡Nuestros mediocres y profundos sentimientos familiares, que otorgan a la vida el necesario equilibrio, que liberan nuestro espíritu y así le permiten dedicarse a fines superiores!

Con las gafas calzadas en la nariz y el cordel colgándole tras las orejas, el profesor estira en la silla su cuerpo enclenque y desliza su mansa mirada por los ventanales limpios que dan a la terraza con las clemátides. Un cielo limpísimo, de un azul exagerado, demasiado intenso para ser otoño, una luz meliflua y suave que de vez en cuando destella con un brillo metálico en la copa dorada de los árboles del jardín. El calor perverso de un verano tardío ha hecho que durante

una semana todo el mundo vague con agobiada somnolencia, las mejillas hundidas, la mirada perdida. Esta mañana, en cambio, una fría neblina velaba el jardín; una neblina compacta, densa, como el vapor escapado por accidente de las entrañas de un barco. Al mediodía ha vuelto el calor, una luz exuberante, dorada, mas en un ángulo de este cielo de un azul inverosímil el profesor distingue unas nubecillas blancas. ¿Será un signo de que el tiempo va a cambiar?

Dirige una mirada enternecida al joven. Reconocerá ante él que sí, que así es, que mientras la vida política y social transcurre normalmente y tú mismo eres un ser corriente, falto de idealismo, puedes albergar la ilusión de llevar una vida aislada. De hecho, se trata de una mera ilusión que raras veces engaña a quienes se ponen al servicio de la cultura de una nación. Porque el primer efecto de la cultura consiste en cimentar las relaciones de solidaridad, en sentido horizontal con tus contemporáneos, y en sentido vertical con las generaciones anteriores. De modo que quienes trabajan sinceramente por la cultura de una nación, aunque piensen en sí mismos como individuos autónomos, como un punto ¡sí, sí!, como un punto central del universo, no pueden dejar de sentir siquiera de vez en cuando, que forman parte de un organismo unitario. Sin embargo, en momentos como al parecer es el actual, en que los intereses colectivos pasan a primer plano, en semejantes momentos difíciles, si eres hombre de buena fe, descubrirás que es imposible separar tu destino del destino de los demás… Y si tratas de hacerlo por medios lícitos, impulsado por el egoísmo necesario de defender tus propios intereses, entonces tu ser se plegará de cierta manera: adquirirá una forma determinada, condicionada por la atmósfera de tu época. Por supuesto, en tiempos aciagos solo de ti dependerá si te inclinas mínimamente o llegas a arrastrarte en el polvo. Sin embargo, aun cuando movilices todos tus recursos de dignidad (la dificultad de esta prueba radica sobre todo en las consecuencias a largo plazo), aun cuando movilices, pues, todos tus recursos de dignidad, incluso entonces puede ser que el resultado en sí no sea del todo satisfactorio. Igual sucede en un recinto mal iluminado, donde las plantas crecen torcidas, adquieren una inverosímil posición oblicua, reforzando con su savia y la celulosa un

equilibrio precario: no están rectas ni se arrastran por la tierra…

El largo parlamento lo ha dejado casi sin aliento y siente una emoción injustificada, como la que cada Diez de Mayo le provocan los primeros acordes de la fanfarria,[22] que para su vergüenza le llenan los ojos de lágrimas. La misma injustificada emoción, nacida, al parecer, simplemente del agotamiento nervioso, que le ha hecho un nudo en la garganta. Sin embargo, su mano derecha se desliza hacia el otro lado del velador, con un gesto decidido, sin pensar siquiera en si sería necesaria la aprobación de Sophie. Con movimientos ágiles y seguros se coloca el cigarrillo en la boca y toma el mechero. En tales momentos reaparece su ascendiente sobre las mujeres, sobre Sophie, que escucha inmóvil, su blanca silueta envuelta en el chal con borlas de seda; sin duda se da cuenta de que algo ha hecho mermar su poder, pero espera, paciente y llena de confianza en sí misma, pues está convencida de que espontáneamente le será restituido.

Con el cigarrillo entre los dedos huesudos, la frente pálida y muy ancha por la calvicie, el profesor fuma, indiferente a la leve fiebre de primera hora de la tarde, dejándose llevar por un minúsculo, infantil, sentimiento de victoria.

¿Sobre quién, sobre qué ha sido su victoria?

En el pequeño sofá, Margot bosteza con disimulo y examina al mismo tiempo sus botines. Todavía están en buen estado, aunque hace ya tres meses que su cuñado Stefan se los trajo de Viena. En esa misma ocasión le regaló también una muñeca de porcelana con los ojos azules y cabello de verdad, que cuando la inclinabas decía «ma-mma-ma-mma…».

—¿Una muñeca? ¿Qué crees que puede hacer a esta edad con una muñeca? —preguntó Sophie sin el menor tacto.

—¿Por qué no? Todavía es una niña, ¿no? —preguntó Stefan, no del todo convencido.

Como de costumbre, las opiniones de Sophie tenían gran influencia sobre él. Movió la cabeza de un lado a otro. Quiso acariciarle el cabello como un padre a su hija, pero, distraído como siempre, apenas le rozó la oreja con la yema de los dedos.

—Ya vendrá alguien que jugará con la muñeca —insinuó madame

Ana.

Aparentando discreción, aprovechaba la menor ocasión para meter baza.

Et ils ont pris un drôle d'air: Sophie, Stefan, madame Ana.

Vaya… ¡Se imaginan que ella no entiende semejantes indirectas! Como el día en que fueron a la finca de los Filipescu en el automóvil del tío Jorj. Apenas llegaron, se quitaron las batas de dril, los cascos y las gafas, y entonces salieron a su encuentro los dueños de la casa, que ya estaban avisados: primero aparecieron Miza y Radu, seguidos de una señorita algo mayor, de unos veintinueve años, y ¡qué nariz tenía!, y su silueta dejaba mucho que desear, ¡y vaya forma de vestir! Para colmo, un collar espléndido al cuello, dos serpientes de oro enroscadas, con ojos de rubí, pero ¿tenía que lucirlo en aquella ocasión? Debería haberse puesto un traje de viaje o quizá un vestido campestre, pero en ningún caso lo que llevaba…

Fue Sophie quién profirió tales comentarios.

—Pero ¿quién es esa mujer? —preguntó a Jorj Ioaníu, que estaba en ese momento a su lado…

—*C'est la seule amie de Miza avec qui Radou n'a pas couché*…

Y Sophie, incapaz de contenerse, repuso:

—*Dommage*!

Y Stefan les hizo señas con disimulo: ¡la niña! ¡Que os está oyendo Margot! Y Sophie le respondió con un guiño discreto: es una niña, no comprende…

«… mi niña, es un milagro de Dios cómo se abre el cuerpo de la mujer para que salga el bebé…, cómo se separan los huesos. Es un milagro divino», le había explicado madame Ana.

(Y Sophie, le dijo un día a Miza: imagínate, *ma chère*, que no se atrevió a preguntar a madame Ana cómo sale el bebé y por dónde.)

Ella sabe perfectamente qué se abre y por dónde… No son pocas las ocasiones en las que aquí, por ejemplo, en el salón, los mira y está segura de comprenderlo todo mejor que los demás. Ellos, por el contrario, no la entienden ni la conocen bien, como tampoco ninguna de sus compañeras de curso. ¡Qué terrible es sentirse sola e incomprendida en este mundo! Anoche estuvo largas horas tocando el

piano y se puso a llorar, seguro que se morirá muy joven, después de su primer baile y su primer beso. La vestirán de blanco y se oficiará una misa católica porque esa será su última voluntad.

Será una tarde lluviosa, los coches negros, brillantes; bajo la sombra de los arcos, los acordes solemnes del órgano y el intenso aroma de los lirios y los nardos. Sophie cubierta con un velo tupido, para que no se sepa si está llorando, el *pauvre* Stefan, él sí llorará de verdad, pero le dirigirá alguna que otra mirada para ver si ella lo aprueba… madame Ana, medio desfallecida, bañada en lágrimas… En la penumbra de la catedral, la marcha fúnebre de la *Parisiana* y el «Allegro con fuoco» de *Dolore*, de Senna. Y apenas un mes después irán todos al teatro a ver *La telaraña*, que a ella le han prohibido ver, y Sophie, entusiasmada con la actuación de Tony Bulandra, propondrá ir a merendar al Café de París y allí bailará el tango con Titi Ialomiteanu… ¿Cómo imaginar olvido más negro e ingrato?

Margot tiene un nudo en la garganta. ¡Qué terrible vivir tan poco y saberse *seule et incomprise*! Sin embargo, ¡mejor morir joven, para no ver cómo se te marchitan las mejillas y se te cae el pelo! Así pues morirá muy joven, quizá incluso virgen, antes de ser madre, porque detesta la idea de hincharse; aunque se tape una con un chal de seda, igualmente se nota. Pero ¿quién le llevará nardos a la tumba? Stefan está bajo la influencia de Sophie, Titi, otro tanto; Miti Popazu se ha marchado a Viena, es decir, ¡ni siquiera una flor! Una tumba abandonada… ¡Qué lástima, tan joven, encantadora y graciosa! Y si se lo propusiera podría dirigir la casa en lugar de Sophie y madame Ana. Quién si no ella comprueba noche tras noche si la vaga de Nela ha limpiado los zapatos de charol y los ha frotado con aceite de ricino como es debido. Podría servir el té y mantener una conversación. En ese mismo momento, por ejemplo, incluso de política puede hablar, sabe cuál es tema candente: «¿Qué va a hacer nuestro pequeño reino cuando llegue el momento? ¿Vamos a marchar junto a Francia y Rusia para liberar a nuestros hermanos que están en la primera línea de fuegomás-allá-de-los-montes antes de que sean diezmados? ¿Vamos a marchar junto a las potencias centrales de la Triple Alianza para liberar Besarabia, perdida injustamente en una guerra en la que

fuimos vencedores? He aquí el dilema al que se enfrenta el pequeño Estado rumano».

De eso se habla en todos los salones, incluso en los dormitorios de la Escuela Central de Señoritas. Si ella fuese la anfitriona, con este tema ya habría animado el ambiente.

—Por otra parte, si se mira todo desde una determinada altura, un país como este, hostigado por la historia, es un campo lleno de posibilidades para el hombre emprendedor, mucho más que cualquier otro… —Margot oye la voz del profesor, que viene de lejos—. Si nuestra ambición es noble, si deseamos la prosperidad general y no solo la de nuestra persona, entonces accederemos a someternos, como individuos, a la totalidad… Entenderemos como le he dicho, que no somos el centro del mundo, sino solo un punto; que no somos el corazón ni el cerebro, sino solo un músculo que palpita dentro de un inmenso organismo… No llegaremos a ser hombres maduros, si no…

También el té de ayer fue aburrido, vinieron tres damas de la Sociedad Ortodoxa y, como Sophie no había terminado de acicalarse, la envió a darles conversación. Estaban las tres tiesas como un palo, y apesadumbradas como en un velatorio, y no fue fácil arrancarles algo más que un «sí» y un «vaya, vaya». Al final logró distender el ambiente, después apareció Sophie, que, asumiendo su papel de anfitriona, les dio la bienvenida; apareció también Stefan, pero cuando se dio cuenta de quiénes eran se retiró rápidamente a su despacho para ocuparse de su correspondencia. Apareció también Titi Ialomiteanu, que vino en la carroza con el cochero Misa para llevarlos a la avenida Kisselef como habían acordado; al final lo acompañó solo ella, y ni siquiera entraron al tenis…

Mais qui sont ces dames?, preguntó Titi en el coche.

«Son las Vaya-madames», le explicó ella, repitiendo la conocida expresión de la reina.

Y Titi: ¿cómo, cómo? ¡Cómo iba a entenderlo! Así que tuvo que explicarle que esas damas consideran de buen tono mantener una conversación como esta:

«¡Vaya, vaya, qué tiempo más lluvioso!».

«¡Vaya, qué engarce tiene ese anillo! ¿Me permite verlo un

momento?»

«¡Vaya, claro que sí! ¡Vaya, no faltaba más!»

—De hecho, esa es, para cada uno de nosotros, la prueba de que hemos alcanzado la madurez… No una madurez biológica, sino espiritual y se comprende. Que para cada uno de nosotros tendrá unas consecuencias tan profundas que…

Con un leve mohín de disgusto, el profesor se levanta de la silla.

Mira, se ha puesto de pie.

La levita corrige su porte, le endereza los hombros caídos, le redondea el cuerpo, que ha adelgazado últimamente. Por encima de la montura dorada de las gafas lanza miradas verdes, afectuosas; no se le ocurrirá abandonar el salón a esta hora y dejar su correspondencia y a los seres a quienes estima; solo desea acercar la silla al velador.

—Por favor, queridos, por favor, no os molestéis…

Su mano derecha esboza un ademán inseguro, de director de orquesta señalando un *pianissimo*; la izquierda, torpe y sin fuerza, empuja el respaldo de la silla, cuyas patas, arrastradas por la espesa alfombra persa, trastocan sus colores y sus líneas.

Se vuelve a sentar, pero de forma distinta: en el canto de la silla, apoyando apenas la mitad de las nalgas —dentro del pantalón, que le queda ancho, sus posaderas enflaquecidas son un simple apéndice de sus muslos descarnados—, como si de un momento a otro fuera a levantarse otra vez.

Pero no piensa hacerlo.

Se trata solo de una excesiva febrilidad, secuela de un momento de entusiasmo, al que sin duda sucederá otro de desconfianza y escepticismo. Tiene, según él mismo reconoce, una naturaleza ciclotímica.

Mira de nuevo por el ventanal. En ese brevísimo lapso el aire se ha ensombrecido y refrescado, como recorrido por invisibles corrientes de agua fría. A lo largo de los senderos de guijarros dorados del jardín, en los cuidados parterres de rosas de Sophie, se abren aquí y allá engañosas corolas de un amarillo pajizo, seguramente sin perfume y con los pétalos aterciopelados rígidos por la escarcha otoñal. De la bóveda compacta de hiedra, glicinas y clemátides pende una rama,

cuyas hojas de un rojo vivo y brillante atraen la mirada.

—Me perdonará usted, profesor, esta falta de modestia —dice con tono vacilante el joven—, puesto que hasta ahora rara vez he pecado de vanidad. Lejos de atribuirme el papel de juez de los acontecimientos políticos, con toda humildad le diré sin embargo que me he permitido sentirme desengañado. ¿Acaso no piensa también usted, profesor, que nuestros políticos no han intuido la situación…? Era de esperar que la opinión pública no estuviese a la altura de las circunstancias. Pero ¿es igualmente natural que tampoco lo estén los más lúcidos? O tal vez ellos sí estaban al corriente, ya preparados, iba a decir comprados, pero no me atrevería…

—De sobra conozco ese estado de ánimo. —El profesor sonríe—. También yo me siento a veces desengañado y desconfío de ellos. Pues bien, en tales momentos intento recordar que todo lo que ven nuestros ojos se ha hecho en este país en tan solo cincuenta años. Y sobre todo trato de repetirme mi refrán favorito: *Calomniez, calomniez, il restera toujours quelque chose*… Desgraciadamente, apenas dentro de cincuenta o setenta años se sabrá cuál es la verdadera índole de nuestros estadistas. Qué habrán conseguido hacer en un contexto histórico que, como siempre, no les es favorable… Como usted sabe, soy partidario del sufragio universal, para ser consecuente con todo mi sistema de pensamiento; sin embargo, en ocasiones me pregunto qué clase de políticos surgirán cuando abramos las puertas al voto democrático y cuando la palabra de Carp o Bratianu valga tanto como la de sus cocheros a la hora de decidir el destino del país… Porque las cualidades, si se las empuja un poco más allá de cierto límite, se convierten en defectos, y un mundo en que todos fuéramos iguales, por fuerza y en todos los campos, sería una cárcel asfixiante… Pero tengo la impresión de que estoy traicionando su idea…

—No, no —se apresura a decir el joven—, pero me estaba acordando de lo tranquilo que partió el rey hacia su castillo de Sinaia y de cómo el gobierno ha empezado también a hacer sus preparativos para las vacaciones… Estábamos todos en este mismo salón cuando sonó el teléfono. Era el tío y hablaron con él… Lo recuerda, ¿verdad? —añade dirigiéndose a Sophie.

Su mirada azul se desliza temerosa, hacia el rincón del salón donde, aún más ausente y desdeñosa que de costumbre, Sophie ciñe con el chal su cuerpo abultado. Tras la excesiva cortesía del joven debe de ocultarse una malicia ambigua: una mezcla de admiración, desconfianza, temor y (sobre todo) curiosidad; esa es la combinación de sentimientos que Sophie ha suscitado siempre en su pecho. Siempre, desde aquel primer encuentro, siendo ambos niños, cuando él, al verla, se soltó de la mano de su madre y echó a correr por la escalera de madera, asustando a todos cuantos lo rodeaban, padres y sirvientes, que salieron corriendo tras el pequeño fugitivo antes de que se rompiese la crisma rodando escaleras abajo. ¿Por qué escapó tan asustado? Ni ahora acierta a explicárselo. Recuerda sin embargo muy bien el terror que se apoderó de él al mirarla: ¡una niña tan guapa, de largos bucles rubios bajo el enorme sombrero adornado de flores! ¡Una niña de una belleza deslumbrante, vestida con volantes vaporosos y cintas susurrantes! Admiración y temor, desconfianza y curiosidad… Este es el recuerdo más antiguo que guarda de ambos, pero hasta ahora no había tenido la feliz ocasión de evocarlo.

—¿Verdad que lo recuerda, señora Mironescu? El tío quiso convencerlos de que a pesar de todo fueran de veraneo también este año… Propuso, si no me equivoco, una excursión a Maldaresti, pero a usted en ese momento no le apetecía viajar en automóvil…

—Imposible que usted se equivoque cuando de recordar se trata. A este respecto, no hay nada que temer. ¡Hace mucho que nos ha convencido de su excelente memoria!

—En cambio la tuya, querida… Desgraciadamente… —interviene el profesor, sonriendo.

Está tratando de quitar hierro a la réplica cortante de su esposa: desde luego, hay que comprenderla, el estado en que se encuentra predispone a las mujeres muy jóvenes, más sensibles e idealistas, a caprichos y enfermizos cambios de humor. Sería una lástima, sin embargo, que el joven visitante viera en sus palabras una falta de consideración e incluso desprecio. No es la primera vez que ella manifiesta cierta impaciencia con el pobre Titi Ialomiteanu, y él siempre ha intentado equilibrar las cosas para que el joven no se

sintiera herido en su amor propio.

Anfitrión atento y delicado, el profesor dirige sucesivamente su sonrisa conciliadora a ambos. Una sonrisa tan bondadosa que parece casi fingida, que estira sus labios carnosos, ahora ligeramente marchitos, sobre los dientes amarillentos y fuertes. A continuación las cosas parecen arreglarse por sí solas. Ruborizado, Titi Ialomiteanu asegura a la señora que no se atrevería a atribuirse cualidad alguna, salvo una buena memoria. En efecto, tiene una memoria fiel, que se vuelve tanto más fiel cuando algo o alguien le interesa… Por eso podría perdonársele el gran interés que muestra por todo cuanto sucede en este hogar, que considera tan cercano como si fuera el suyo propio.

—… estos han sido unos recuerdos íntimos —dice el joven con una sonrisa, resucitando como un ave fénix de su propia humillación.

De este modo salda el pequeño incidente con frívola rapidez, piensa el profesor, que disimula generosamente una sombra de descontento. ¿Por qué descontento? Porque el joven ya ha reanudado la conversación sin el menor rastro de rencor en la voz e incluso con acrecentada amabilidad hacia la señora de la casa. Como si él hubiera sido el agresor y ella la víctima. Una verdadera inversión de papeles, que en parte resta valor a la acertada intervención del marido, la cual, vista con ojos críticos podría parecer inútil y ridícula. ¡Oooh!, insignificantes bagatelas de una naturaleza susceptible, se reprende a sí mismo el profesor, quien por fortuna suple los defectos de su carácter excesivamente sensible por un sano anhelo de simplificar las cosas, de mirar a sus semejantes con magnánima condescendencia.

Tanto mejor, pues, si el tímido Titi, aprovechando la protección de su maduro amigo, osa ahora dirigir el destello luminoso y risueño de sus ojos —como una propuesta para reanudar la amistad— hacia la joven señora, sentada con aire malhumorado al otro lado del salón.

Tanto mejor, por cuanto ella parece no haber notado su mirada…

Absorta en sus pensamientos, Sophie se estremece bajo su chal blanco de seda. A pesar de sus ojos saltones y de los labios más bien delgados, a pesar de muchas imperfecciones e incluso de su avanzado embarazo, es atractiva. Y sintiéndose observada, como toda mujer, se

vuelve y mira al joven. Sí, en verdad tiene los ojos algo saltones, pero las pestañas largas que sombrean su mirada la hacen misteriosa y enigmática. Tampoco en este instante sabe el joven cómo lo observa ella: ¿con desdén? ¿Con cordialidad? ¿Con complicidad? ¿Con indiferencia y aburrimiento? ¿Con…?

Sobre el jardín se arquea un cielo blanco, marfileño, aplastando el aire sombreado; se presiente ya la cercanía de la noche. Normalmente a esta hora ya se ha servido el té, pero qué mal se comportan todos cuando saben que nadie los vigila. Sophie quiere levantarse del sillón, hoy se siente más pesada que de costumbre y desde hace unos días arrastra la pierna izquierda.

«Paciencia, niña, paciencia. Dentro de unos días darás a luz… Y volverás a caminar como antes», le ha dicho su madrina, Fanica Filipescu.

¿Por qué la vida, que durante mucho tiempo sigue su curso lógico y tranquilo, te lleva inadvertidamente a un punto en el que ya no es posible retroceder: como un niño que busca refugio en las faldas de su madre después de dar unos pasos solo en la oscuridad? ¿Y por qué el parto, algo tan natural, ya que por él se renueva la vida, debe ser tan repugnante y doloroso? ¿Y qué le pasa hoy a madame Ana, que no aparece de una vez?

A esta hora normalmente se abren las hojas de la puerta y madame Ana entra empujando la mesita con el servicio de té. Oh, una no puede quitarles el ojo de encima ni un instante, debe recordarles siempre sus obligaciones, aunque cojee del pie izquierdo o de pronto comience a dolerle el vientre. A veces siente unas punzadas molestas, como retortijones, e iría a refugiarse en su *boudoir* si el té estuviera ya servido. Podría dejar que los hombres prosiguieran su fútil conversación, que una tolera con una sonrisa indulgente, tal como tolerará los juegos de su criatura.

—Por ejemplo, Take Ionescu ahora defiende la intervención inmediata en la guerra, cuando no hace mucho estaba completamente desalentado: presagiaba un desastre. *Finis Romaniæ*… ¿Cómo explica usted su cambio de postura?

—¡Ah, Take Ionescu! —dice el profesor agitando la mano—. Mire,

haciendo caso omiso de sus carteles electorales…, demasiados, amén de sorprendentes… Si lo examinamos solo como persona, si me lo permite… Sus habituales cambios de opinión, su capacidad para construir un discurso bonito sobre cualquier tema…, «boquita de oro», como lo llama la gente… No quiero acusarlo de excesiva versatilidad…, lo que no sería nada nuevo, la acusación se le ha hecho varias veces, no es el momento de juzgar si con razón o sin ella… En todo caso creo que sin duda es un individuo temperamental… Para ser más explícito: entre sus íntimos sostiene con vehemencia cierta postura y luego oficialmente se manifiesta como un hombre contemporizador, se deja influir enseguida, ya calle o dé su voto… Esa actitud traiciona su incapacidad para resistirse a ciertos impulsos externos… demuestra una suerte de fragilidad.

Se está alejando del tema. Sabe que ya no está hablando del líder de los conservadores demócratas, sino verbalizando los reproches que se ha hecho a sí mismo durante toda la vida. Su irreprimible sinceridad está a punto de llevarlo a reconocer públicamente que es a él, en primer lugar, a quien pertenecen esos molestos defectos. Sin embargo Sophie no lo aprobaría: su sentido común la hace cuidarse instintivamente de tan sospechosa mezcla de humildad y orgullo, opina que semejante espectáculo es una pequeña fanfarronería, un penoso histrionismo. Desde luego, Sophie piensa de este modo a causa del conocido convencionalismo femenino, pero también debido a su característica falta de sentido del humor. No obstante, él sabe que podría ser ella quien tuviera razón, como en tantas otras ocasiones. Es una niña Sophie, una niña comparada con él; lo está mirando fijamente, con sus ojos juiciosos, sabedores, grandes y azules. Una niña comparada con él, pero conoce la vida de manera instintiva sin necesidad de comprenderla. Es la intuición femenina, oculta y astuta, lo que domina el mundo. Mientras que él no tiene otra opción que inclinar obediente la frente alta y calva.

—Sin embargo, ¿no cree usted…? ¿No le parece…? —insiste el joven.

—Sí, querido, está muy claro, lo entiendo… Lo entiendo.

Agitando las manos huesudas, el profesor indica a su joven amigo

que no siga, que tenga paciencia, para que él pueda plantear lo que su interlocutor intenta expresar desde hace rato, con la habitual agudeza del educador que comprende mejor que nadie qué preocupa a su discípulo.

—Ya sé qué quiere preguntar… Si estamos fatalmente sujetos a los tiempos que vivimos, si somos del todo impotentes, perdidos bajo el fardo de la época, y si nuestra voluntad (aun la colectiva, si hay tal, una e indivisible, no fragmentada como aparece en este momento), si acaso nuestra voluntad no tiene siquiera el peso de un grano de arena…

En algún rincón de la casa se oye el timbre todavía poco familiar del teléfono recién instalado. Sophie debe de estar cerca, pues hace solo un momento ha salido para ocuparse del té, y él está expresando en términos claros y exactos lo que el joven no logra —como siempre— sacar del fondo de su alma inquieta más que bajo la forma de preguntas convencionales.

—O si, pese a todo, estos políticos que luchan entre sí por gobernarnos (y que nos gobiernan por turnos, pues por turnos los lleva al gobierno la mano conciliadora del rey), si estas personas tienen las cualidades necesarias, es decir, cierta capacidad de adivinar qué saldrá de la mezcla perpetua de cálculo y azar que constituye la vida histórica y política… ¿Hay, pues, una ley inexorable del progreso que nos protege o giramos sin cesar en un círculo vicioso? ¿Realmente tenemos la oportunidad de progresar, de aproximarnos al nivel de las naciones occidentales, civilizadas, ese sueño que acariciamos desde hace más de un siglo, o acaso todo no es más que un espejismo, un esfuerzo inútil, puesto que esas naciones avanzan mucho más rápido que nosotros y la distancia que nos separa de ellas no mengua, sino que, antes bien, aumenta sin medida cada vez que tropezamos? ¿Es posible, si nos concentramos, si lo calculamos todo con lucidez y a la vez usando la intuición, es posible adivinar el curso de la guerra e intervenir en su etapa más ventajosa? ¿O todo este esfuerzo es vano y carente de sentido puesto que el curso futuro de la historia no puede vislumbrarse, del mismo modo que en invierno no podemos ver dos pasos más allá por la tormenta de nieve?

Por las exclamaciones de asentimiento del joven constata satisfecho que ha sido comprendido. Y por fin oyen abrirse las hojas de la puerta, de pronto llega hasta el salón el rumor lejano de la casa, el arrullo de Sophie (en el teléfono del pasillo), una exclamación de asombro, pero Titi Ialomiteanu no les presta atención; no por un exceso de buenas maneras, sino porque los ruidos cercanos lo alegran cada vez más. El leve chirrido familiar de la mesita de servir el té, el tintineo de las cucharillas y las tenacillas para el azúcar, un fino rumor como el escurrir de la arena, las frutas confitadas, las pastas, los *five o'clock* que resbalan sobre las bandejas de porcelana debido a un movimiento algo torpe de madame Ana. El joven tiene hambre, pero justamente por eso se resiste con tenacidad a volver la cabeza.

—¿La neutralidad definitiva no le parece una solución? —susurra heroicamente Titi Ialomiteanu.

—¡Stefan! —se oye la voz metálica de Sophie.

Tal vez quiere controlar desde el umbral si el té se está sirviendo como es debido, del mismo modo que el general vigila con su binóculo desde el altozano lo que sucede en el campo de batalla. Sin embargo, tiene el pelo algo desordenado, el chal le cuelga descuidadamente de un hombro, el rostro algo hinchado ha perdido su gracia. En contra de su costumbre, se ha detenido entre las dos hojas de la puerta, frente al reloj de péndulo, y espera, en lugar de enviar a Nela a buscar al anfitrión. Con una tenue satisfacción —¿debido a qué?—, Titi Ialomiteanu observa cómo ha roto la etiqueta. Algo fuera de lo común debe de haber sucedido, de modo que, confusa, la joven señora ha vuelto a las usanzas de su modesta casa paterna en Buzau, igual que los transilvanos que, incluso después de vivir muchos años en el Reino de Rumanía y de haber moldeado su acento según las reglas del rumano literario, en momentos de emoción vuelven a su dialecto como si nunca hubiesen hablado de otra manera.

Sin embargo, no queriendo dejar nada inacabado, acostumbrado de toda la vida al trabajo ordenado y riguroso, el profesor continúa hablando mientras se levanta lentamente de la silla.

—Sí, querida… Sí, *chérie*… Me ha parecido oír hace un momento el teléfono… Por favor, ten un poco de paciencia, solo un minuto… —

dice entre distraído y tierno a Sophie.

»Por consiguiente, considerando que la forja de una tradición, la continuidad de las instituciones es lo mejor que puede desear para sí este país…, que no ha conocido muchos momentos de tranquilidad… Sí, *mon petit*… Sí, ya voy… Pues bien, ya sé qué quiere preguntarme: si confiaría en el primer ministro Bratianu, a pesar de ser un hombre independiente, porque mi opinión es sincera aunque ingenua…, o si la cuestión misma es ociosa y solo el azar o la suerte podrían crear la Gran Rumanía. Sí, querida… ¿quién dices que ha muerto?

»Señores. —El profesor se vuelve—. Señores —dice con voz grave, que suena tan extraña como solemne—. Señores, ha muerto el rey Carlos…

Y como un gong pausado, empieza a sonar el reloj de péndulo.

—*Voilà* —añade el profesor un poco sorprendido, y con un gesto de su mano huesuda da a entender que la casualidad misma inunda el salón de estos sonidos redondos, metálicos, rítmicos—. *Voilà*…

Y sin prestar atención a las preguntas atropelladas del joven, a los lamentos de madame Ana, se acerca preocupado a aquella que, con dulce sometimiento femenino, ha esperado a darle a él primero la luctuosa noticia. Probablemente Sophie tiene otra vez migraña, de nuevo deberá ponerse sobre la frente un paño mojado en vinagre aromático. Sin embargo, la sonrisa del profesor se apaga a medida que escucha lo que ella le susurra y siente de nuevo la emoción inexplicable que el Diez de Mayo, al oír los acordes de la fanfarria, provoca en este hombre maduro un nudo en la garganta… Alguien está llorando dentro de él, bajo los inútiles golpes del gong, que no anuncian más que las seis de la tarde.

Inclinándose ceremoniosamente, el profesor Mironescu pide a los presentes que les disculpen por su ausencia.

Vanas excusas. Mientras muerde un bizcochuelo y aspira el aroma del té de la taza que sostiene en la mano, Titi Ialomiteanu ha acercado su silla al pequeño sofá para hacer compañía a la señorita, como debe ser. Acto seguido tiende de nuevo la mano hacia la bandeja con los *five o'clock*. El decoro le obliga a veces a saltarse un almuerzo, e incluso aquí, en este salón tan familiar, a menudo tiene que luchar

contra la gula de su cuerpo joven a la hora del té.

Pero hoy, debido al acontecimiento imprevisto, podrá comer a sus anchas, sin necesidad de controlarse. Por eso mira con deleite a la joven cuñada, que saborea también un trozo de pastel de chocolate. En este momento está más relajado que nunca, con la serena alegría del alumno que ha oído la campanilla del recreo. Ya no está obligado a mantener conversación alguna y esperará pacientemente a que el profesor arregle sus asuntos con la esposa…

—Sophie… lo ha oído, ¿verdad? Sophie no le ha dicho solamente que el rey ha muerto… —susurra la jovencita.

Sophie ha dicho algo más que su agudo oído ha percibido o que su mirada penetrante ha entendido, incluso sin oírlo. Titi Ialomiteanu será su confidente y su galán, pacientemente ella lo librará de la influencia de Sophie. Pero lo otro que ha dicho Sophie es algo que una señorita bien no puede repetir. No es correcto que ellos dos hablen sobre lo que comienza a suceder en el piso de arriba, pese a que al otro lado de la puerta se oyen voces apagadas y pasos, y en la calle se oyen las ruedas del coche con el que el mismo Stefan ha ido a buscar al tocólogo que se halla, como siempre, en el hospital Coltea.

No es correcto que le cuente tal cosa, pero, como se quedarán bastante rato *tête-à-tête* en ese salón, ya encontrará la manera de insinuárselo.

Una tarde en el jardín de las rosas

Margot

—¡Vamos, señorita! Quítese de ahí, que una señorita bien no se deja ver por la ventana en cueros… Vamos, que hoy tenemos tanto que hacer que no damos abasto… ¿Y por qué corre a cada rato para mirar? Si las visitas no llegarán hasta la noche. Venga, señorita, que voy a arreglarle el pelo…

En primer lugar, desnuda no está, pues lleva camisola y pololos, y tampoco está junto a la ventana, sino ante el espejo ensayando un paso de vals boston. ¡Cómo le gusta este baile tan moderno, sentimental, sensual! ¡Cómo lo adora! ¿Qué quiere madame Ana? *Savez-vous planter les choux, savez-vous planter les choux*, pero ella está harta de oír eso y de pasearse por el patio de la escuela del brazo de Coralie y Sévastie, con su uniforme de color ceniza sobre la blusa de percal. Solo para los exámenes se puede llevar un vestido blanco de muselina y una banda con los colores de la clase. La de la tuya es rosa desde hace treinta años en la Escuela Central de Señoritas. Si madame Ana supiera qué otras reglas terribles hay en esa escuela. Después de las diez, nadie de fuera, ni siquiera la directora, tiene derecho a entrar. ¡Nadie! ¡Te encierran como si estuvieras en una fortaleza sitiada! ¡Como en un monasterio! Únicamente quien lo ha vivido puede comprender qué significa el permiso de salida, solo dos veces al mes, y eso si no estás castigada. O si tu hermana, quizá en connivencia con la directora, quizá por sí sola, no se olvida de que existes, justo un domingo de salida y luego se disculpa diciendo que ha confundido los días. ¿Entenderá acaso madame Ana qué amarga es la suerte de una huérfana?

Ciertamente, hay muchas cosas que madame Ana no comprende o

finge no comprender, pero si en alguna ocasión le hablas de la desdicha de ser huérfana, suelta el rizador del pelo y te aprieta contra su pecho, que huele a cocina y a lavanda… que no, que tú eres la niñita de madame Ana, te susurra con su voz cascada, ¿acaso no he sido yo tu nodriza? Y mi Spiridon, ¿no es tu hermano de leche? ¡Mientras viva madame Ana no estarás sola en este mundo! Y además tienes una hermana que te quiere y te cuida, y tienes al señor Stefan. ¡Qué hombre más bueno y más culto, el señor Stefan! Y un día de estos te casarás, niña mía, encontrarás un buen partido…

—Pues mira lo bien que se casó la señorita Sofita. ¡Requetebien! Se lo decía vuestra madrina, Fanica Filipescu: cásate, niña, tienes que casarte, y mira con qué marido tan maravilloso se topó. Qué se le va a hacer si Dios, que está en los cielos, quiso que vuestros padres subieran a ese maldito tren y estuvieran justamente en uno de los siete vagones que se incendiaron… ¡Y qué fuego! La pobre gente quería huir por los campos envuelta en llamas, que parecía el mismísimo infierno, señorita. Ay, y qué voces daban todos. Y los que lograban apearse se arrastraban por el suelo y seguían quemándose, y los de dentro cómo aullaban, encerrados como en alcuzas, gritaban desesperados ¡socorro! Pero ¿quién iba a socorrerlos? Nadie podía salvarlos, pues habría que haber estado loco para lanzarse al fuego. Todo el campo ardía, y los vagones, como velas de Resurrección; cuentan que había en ellos un mercader gordo con un abrigo de pieles que mostraba a los de fuera los saquitos de oro que llevaba y pedía a gritos que alguien corriera a sacarlo. Y al parecer unos más lanzados, vaya usté a saber cómo, lograron acercársele y le quitaron el oro y el abrigo, y a él lo dejaron quemarse… Ay, señorita, ¡aquello fue ni más ni menos que el fin del mundo! ¡Es el Juicio Final, me dije entonces para mis adentros, Dios me castiga por mis muchos pecados! Entonces, ¿cómo se apiadó y me dejó con vida? No lo sé… ¿Cómo fue que me encontré de pronto tirada en el suelo, nada más que con la falda levantada y una pierna torcida? ¡Solo el buen Dios lo sabe, pues Él hizo el milagro! Debió de pensar: déjala que expíe en la tierra parte de sus pecados, que son muchísimos… O puede que se compadeciera de mi pobre Spiridon, pues Él sabía que sin mí mi pobre hijo se quedaría

solito en este mundo. Esa fue Su santa voluntad, que el mío fue el único vagón de tercera que no se incendió, y yo pensé: Grande es Tu poder, Señor, besárate la planta de los pies que no puedo creer de qué peligro me has sacado y cómo me has librado del mal… ¿Y cómo es que no me quedé tiesa del susto? ¡Hala! ¡Estese quieta! Pórtese bien, señorita, y deje de mirar por la ventana. ¿Qué se le ha perdido ahí fuera? Si ya le he dicho que los invitados llegarán por la noche.

Los invitados llegarán por la noche, pero un coche se acerca desde la esquina opuesta traqueteando, sorteando los montones de adoquines verde grisáceo, que dejaron hace algún tiempo para empedrar la calzada. ¿Por qué le diría Sophie a Titi Ialomiteanu «ven mañana más temprano»? ¿Y por qué está Sophie tan irritable y se desahoga con ella?

«¿Cómo puedes estar aquí encerrada, con este aire pestilente? Cuando fuera… Cuando a tu edad… ¡Y qué desorden…! ¿Es que en el colegio de monjas va Maria a ordenarte la ropa interior?»

Que la deje en paz. Se tapa los oídos con los dedos, pero aun así sigue oyendo el sermón: una-señorita-bien-educada-se-levantatemprano-cuando-hace-fresco-ama-las-traducciones-de-Plutarcosu-habitación-bien-ventilada-y-los-ejercicios-de-piano-el-caballete-y-el-bordado…

J'en ai assez —le grita fuera de sí y, roja hasta la raíz del cabello, se abalanza para arrancar de su mano despiadada la braga de seda con una mancha negra y áspera que Sophie agita bajo su nariz—. *J'en ai assez… J'en ai assez…* —vocifera—. *J'en ai assez…*

Le dio entonces la espalda para que Sophie no tuviera la satisfacción de verla llorar. ¡No, ella no se convertirá en una neurótica insoportable como su hermana! Ella no gritará por todo y a todo el mundo con cualquier pretexto, ella ni de la sangre se asusta, ella no se desmaya, pues así son las jóvenes modernas. Ella ni el frasquito de sales necesita, ni agua con azúcar, y si comienza la guerra será enfermera de la Cruz Roja y aliviará a los que sufren…

—… Dios se apiade de nosotros, señorita, que llegan tiempos difíciles y se nos viene la guerra encima, me lo dijo ayer doña Sofita y yo le dije que estaría bien que soltaran a mi pobre Spiridon… que le

dieran permiso pa' estar un poco en casa, como al señorito Titi, que estaba movilizado en el mismo lugar y vea usté, qué suerte la suya, que ya hace tres meses y pico que lo dieron de baja… Ten paciencia, me dijo la doña Sofita, no es fácil, pero ya veremos qué se puede hacer. Eso me prometió la señorita Sofita… Señorita, cuántas veces le tengo que decir que no se mueva tanto, menos mal que el rizador está frío, que, si no, habría podido quemarla, ¡Dios bendito…!

Ufff, al fin ha salido, gracias a Dios, se ha ido a recalentar el rizador. Ahora puede correr nuevamente a la ventana, ahí está el coche, pero ha pasado de largo, de modo que no es Titi, pero ¿por qué le diría Sophie «ven mañana más temprano»? ¡Qué maravilla estar de vacaciones, sin mademoiselle Bastien, quien-reprende-toda-tendencia-al-lujo-de-las-alumnas-y-vigila-sus-contactos-con-laservidumbre-de-la-escuela… Eso es: la espalda recta y las caderas estrechas como de muchacho, ceñidas en sus pololos, si comienza la guerra podría incluso disfrazarse de jinete o de cazador alpino y alistarse; nadie en este mundo se enteraría. Nadie se enteraría hasta después de que ella hubiera-dado-su-vida-por-la-patria-y-por-el-rey, así, un movimiento de piernas en el aire, como en el picante *french cancan*, de noche en el dormitorio antes de que aparezca mademoiselle Bastien, ¿quién es la gran maestra del baile? ¿Quién ondea la sábana en el aire? ¡Margot! Todas la aclaman, ¿y qué más da si te quedas siete domingos sin salir? ¿Quién la delataría? De modo que otro movimiento de piernas en el aire, los pololos no tienen botones delante, sino que se cierran con tapa, Coralie le mostró sus nuevos pololos que acababan de traerle de París, y Sophie, a pesar de ser una harpía, le ha prometido que encargará uno para ella, quién sabe cómo y a través de quién. Ella es capaz de resolver cualquier cosa en un santiamén, si le conviene; por ejemplo, la semana pasada, cuando, después de almorzar, salieron todos a tomar el café en el quiosco, *et soudain Sophie la regarda dans le blanc des yeux, elle s'entendirent du regard…*

«Venga, Stefan, solo este verano —empezó Margot—. Al menos este verano salgamos de vacaciones, que el próximo quién sabe qué nos reserva…»

Apenas si podía contener la risa. Stefan se había acercado con la

servilleta colgada del cuello y ella no le había dicho palabra, para seguir divirtiéndose con su descuido. Como de costumbre, él le ofreció el brazo, galante, y así avanzaron hasta el quiosco, ja, ja, ja, ¡qué buena pareja hacían! Él alto y delgado, de piernas largas, con la servilleta de Holanda al cuello, y ella… Ella no se lo advirtió para seguir tomándole el pelo, pero Sophie ¿por qué no se lo dijo? Hasta que de pronto exclamó:

—Por Dios, ¡quítatela de una vez! ¡Somos el hazmerreír de la servidumbre!

¡La verdad es que Sophie no está nunca para bromas!

—Venga, Stefan —decía mimosa Margot—, al menos a Sinaia, aunque sea una semana…

—Por favor —masculló él—. Ya he dicho que este verano ni hablar de ir de vacaciones…

Y empezó a desatar el nudo de la servilleta.

—Venga, Stefan, no seas malo —insistió ella.

Era la única que insistía. Sophie permanecía en silencio, abanicándose, con cara de mártir y de imparcialidad.

—Dale que dale con lo mismo… Ya os he dicho que si para alguien las vacaciones son una necesidad vital y urgente, ese soy yo, no cabe duda… Soy el primero en lamentar que se hayan cerrado las fronteras… Por otro lado, ¿adónde vamos a ir, con los problemas de abastecimiento que hay, cuando nadie sabe qué sucederá mañana? ¿Adónde queréis arriesgaros a viajar cargados de maletas, con niñeras, sombreros, bacinillas…?

—Sabes muy bien que Jean pondría su automóvil a nuestra disposición en cualquier momento…

Esto fue lo único que dijo Sophie.

—Sabes muy bien que, en caso de movilización general, si te encuentras en una zona de peligro, requisan cualquier vehículo: carrozas, automóviles…

—Como siempre, exageras…

No se le pudo arrancar nada más que la promesa de esta velada: recibirían invitados en casa, como en los viejos tiempos. ¡Así que rápido a la ventana, antes de que vuelva madame Ana! Qué raro, otra

carroza, pero ¿por qué viene del otro extremo de la calle? Si su casa es la única de la calle adonde llegan coches, ¿qué pueden significar estas idas y venidas? La carroza pasa bajo la ventana; divisa un sombrero de panamá bajo el capó cerrado. ¿Por qué le diría Sophie al querido Titi «ven mañana, más temprano»? Rápido al espejo, a peinar estas cejas, a reventar una espinilla del mentón, ahora unos pasos hacia atrás y por último un beso casto y luego otro apasionado dirigidos a ella misma. A continuación, busca febrilmente en el joyero de plata, no, diamantes no, ni perlas, no son adecuadas a esta edad ni para esta hora. ¿Mejor el collar de coral? ¿O quizá el de ámbar? Sigue escarbando febrilmente en el joyero de plata, con las prisas se le enredan los dedos en las cuentas y en las cadenitas, ah, un medallón, esto quedaría bien. Un medallón donde colocar el rostro de un ser querido o un mechón de pelo rubio, ¿por qué necesariamente rubio? ¿Por qué todos los medallones han de tener un mechón rubio? Sophie tiene el pelo rubio, pero ¡qué ojos más saltones! ¡Y qué pliegues le cuelgan en la barriga desde que dio a luz! Dos pliegues de grasa le salen en el vientre cuando se afloja el corsé, mira, así, que puedes agarrarlos con la mano. A mí me parece que no se quita nunca el camisón y que tampoco se suelta las trenzas bajo el gorro de dormir. Aquí está el medallón, se mira una vez más, soñadora, en el agua plateada, suspira, *les rêveries d'une jeune fille*, ah, mira, otro granito escondido en la nariz, ¡atención!; la cara se le ha enrojecido por la concentración, los dedos aprietan, se oye el reventar de la piel, salta una gota de líquido lechoso, receta contra los puntos negros: después de ex traerlos, habiendo bañado previamente el rostro en vapor, aplíquese con un pincel la siguiente solución: azufre 5 g, alcohol alcanforado 20 g, glicerina 5 g, agua de rosas. Masajear el rostro. Déjese esta máscara una media hora la primera noche, después, poco a poco, dos horas, tres horas, cuatro horas, toda la noche si no se constata irritación… ¡Atención! ¡Pasos en la escalera! *Les belles se rendent dans le jardin, cueillir des roses soir et matin*! Qué baile más divino el vals boston, así, uno-dos-tres, uno-dos-tres, venga a bailar, madame Ana, ja, ja, ja, qué torpe es, y qué gorda está, qué gracia y cómo intenta escapar…

—¡Déjeme, señorita! ¡Déjeme, porque yo nada tengo que ver con sus

juegos! ¡Hala, señorita Marguita! ¡Tranquila, señorita! ¿Por qué corre a la ventana cada dos por tres y se muestra? ¿Qué se le ha perdido ahí fuera? ¡Ya le he dicho yo que no hay nada que ver! ¡Venga, acabemos de una vez! Que en el momento menos pensado aparecerá la señora Sofita, enseguida bajará de la buhardilla, que ha subido otra vez a darle las medicinas al inútil de Grigore y ha dicho que si tampoco hoy quiere tomarlas, que vaya yo a reventarle las paperas hinchadas y a frotárselas con sal. Venga, señorita, venga, deje de mirar por la ventana, que no nos queda más que el flequillo, no sea que de un momento a otro vuelva la señora, y ¡ay de nosotras si ve otra vez sus bragas tiradas en cualquier lado y esos papeles, esas cartas, esos sobres, porque no puede ser señorita! ¡No puede ser! Tarde o temprano usté se casará, y entonces vendrá lo difícil, porque ¿quién va a perdonarle todo como en casa? Fíjese usté en el señor Stefan, que es un buen hombre, bueno como el pan, pero ya ha visto usté que tiene sus manías; así es, señorita, entonces empieza lo duro. Vuélvase un poco, así… No diga eso, no vuelva a repetirlo, ¡Dios nos ampare de la mala suerte! ¡Dios nos libre! ¿A qué viene eso de que no se casará? ¿Quién ha visto señorita que diga que no quiere casarse? Y aunque algunas lo digan, en el fondo todas quieren, ¡eeeh!, que no son tontas y saben dónde está su bien, fíjese en la señora Sofita, qué buen matrimonio ha hecho, mírela, dueña de su casa y feliz…

Les belles se rendent dans le jardin, cueillir des roses soir et matin, pero feliz no es en absoluto, en absoluto, en absoluto, *et mon beau-frère cloué au lit, cloué au lit, et il pâlit. Et elle se rende dans le jardin, cueillir des roses soir et matin, voilà les roses blanches, jaunes, grenat*, y un sombrero, un sombrero de panamá…

Ya está, eso es, que madame Ana le deje los bucles sueltos sobre la espalda, como los de una valquiria, así, ¿sabrá madame Ana qué es una valquiria? Ah, más rápido, más rápido… De perfil, en el espejo de mango de plata, se ve bien… ¡Muy bien incluso! En la calle, nada interesante de momento, los morales con las hojas secas y polvorientas, en una esquina, una apisonadora, un señor que se abanica con su sombrero de panamá y camina muy deprisa sin mirar más que al frente, no, de ninguna manera quiere llevar el pelo

recogido, con la trenza en la nuca, como en los tiempos de Maricastaña, por supuesto que no ha aprendido semejantes expresiones en la escuela, porque allí solo se habla francés.

«¿De dónde sacas tú esas palabras? —le preguntó un día Stefan—. ¿Cómo sabes qué significa ser floja de bragas?»

«¿De dónde va a sacarlas? De la cocina, del cuarto de las sirvientas», dijo con tono agrio Sophie.

Y Stefan, a pesar de lo serio que es, se echó a reír a carcajadas al oír que «floja de bragas» significa «floja de estómago».

«Tienes razón, *mon choux*», se disculpó de inmediato cuando Sophie le recriminó que tuviera tal conversación con una *jeune fille* y que se entusiasmara con las palabras vulgares que usa la gentuza, ¿acaso pensaba incorporar a su vocabulario hasta las palabrotas?

«La solidez del vocabulario se comprueba de muchas maneras», empezó a decir él, pero un acceso de tos le impidió continuar.

Por lo visto se había atragantado de tanto reír, y se cubrió la boca con el pañuelo.

—… pobre señor Stefan, se está quedando en los huesos y los doctores ni siquiera saben qué tiene. Que si tiene la tisis, que si no la tiene, que si debería hacer todo lo posible por ir al extranjero a tratarse. Y la señora Sofita que sí, que vámonos, y él porfiando, porque así son los enfermos, testarudos, que ahora no, que más tarde, que ahora no se puede. Y la señora Sofita que sí, que vámonos de una vez, que cómo es que otros pueden viajar y nosotros no, y don Stefan que no y que no; pues el hombre, señorita Marguita, por bueno que sea, es siempre un hombre y no se apea del burro fácilmente, solo hay que ver cuántos dolores de cabeza tiene la señora Sofita a cuenta del señor…

¿Parece que se oye algo? ¿Parece que alguien empuja el portalón? Alguien con un traje *écru* de franela y sombrero de panamá entra y hace girar el bastón veloz, velozmente, como suele hacer Titi. Mejor haría madame Ana en subir a la buhardilla a ver qué pasa con Grigore, que se vaya de una vez, que vaya a curarlo. Si no, ¿quién va a abrir la puerta a los invitados esta noche? Que no, que no, que ella no la necesita para nada, ella sola arreglará la habitación, pero ¡que vaya

arriba madame Ana enseguida, como le han mandado poco antes!

—Me voy, señorita, por mis pecados, mire, me voy ahora mismo, pero, como la señora Sofita me ha dicho que no me preocupe, que ella atenderá a Grigore, no quiero enojarla justamente hoy. Que me ha prometido que hoy hablará con el señorito Titi sobre mi pobre Spiridon, fácil no es, me ha dicho, por todos lados se dice que pronto estallará la guerra, pero que le den al menos un permiso un poco más largo…, que el señor Titi tiene conocidos en todas partes.

¡Uf, por fin!

Se dispone a bajar de puntillas por la escalera de madera y al poner el pie en el primer escalón se oye el leve sonido del timbre, ¿por qué le diría Sophie «ven mañana más temprano»? Y si Sophie está aún en la buhardilla, ¿quién le abrirá la puerta?

Baja a todo correr, de puntillas, y mirando a un lado y a otro atraviesa el vestíbulo. Por el cristal de la claraboya la luz abrasadora del exterior se filtra formando franjas cálidas y doradas en el aire sombrío de la estancia, donde revolotean motas de polvo. Parece que no hay nadie ante la puerta de entrada. No es necesario que la abra, pues desde el vestíbulo se ve con claridad que al otro lado, bajo las farolas de hierro forjado, no hay nadie.

Delante de la puerta no hay nadie.

En pleno día ha tenido una alucinación, o si no, ¿qué ha sido esto?

Vuelve a subir los escalones de madera con pasos lentos y pesados, entra desganada en su *boudoir*, un espacio de soledad atronadora, que huele a pelo quemado, a aire estancado, a sangre coagulada. ¡Qué recámara más fea! Y falta mucho para la noche, para la llegada de los invitados a la cena… ¡Qué temprano es todavía!, se dice mirando entristecida la luna redonda del espejo sobre la base de mármol blanco veteado de negro y rosa. A los lados, sendas estatuillas: a la derecha, un Apolo con su lira; a la izquierda, un Neptuno con su tridente…

No le apetece hacer nada hasta la noche. Se acerca a la ventana, desganada, arrastrando los pies; de todos modos, ¿qué se ve desde ahí? El quiosco con la hiedra, las sillas de mimbre bajo el nogal… ¡Aaah! ¿Y eso? ¿Cómo es que Sophie no está en la buhardilla cuidando las paperas de Grigore? ¿Cómo ha aparecido ahí? Se podría pensar

que está ocupándose de los rosales, pero ¿cómo imaginar semejante insensatez a la hora más calurosa de la canícula? ¡Y qué exageración vestirse de ese modo! Un rebuscado atuendo jardinero: el viejo sombrero de paja, la falda un tanto arremangada, ¿no calzará también zuecos? Podría creerse que va a regar las flores, pero… ¿con semejante bochorno? ¡Hasta un novato sabe que eso no se hace! Ha perdido la cabeza, no cabe duda; el agua que sale sin parar de la manguera ha inundado los senderos, nunca ha hecho el jardinero semejante lodazal. Pero ¿cómo ha tenido tiempo de bajar de la buhardilla? ¿Y por dónde habrá bajado? ¿Por la escalera de servicio? ¿Y cómo ha ido a parar el sombrero de panamá al centro del jardín? ¡Menuda combinación: un sombrero viejo de paja y un flamante sombrero de panamá! ¡Qué absurdo! Ríe a carcajadas, hasta que se le saltan las lágrimas. ¡Uf! ¡Está hasta la coronilla de estas vacaciones! Ojalá empezara ya la escuela, para pasear con Sévastie y Coralie por el patio, bajo los árboles, o amasar pan en la sala de tareas domésticas, o soñar bajo los arcos de piedra, decorados con azulejos naranja y verde azulado, hacer experimentos con las probetas, en la sala de química, podría hacer cualquier cosa, porque todo se le da bien… *Mais tu serais une brillante couturière*, le dijo mademoiselle Rancœur, no he encontrado gusto más refinado ni en los talleres de costura de la Reunión. Podría abrir una selecta casa de moda y así escapar de esta prisión húmeda y sin sol.

En adelante pasará las vacaciones en la escuela y se alojará en una pequeña celda de gobernanta, y si estalla la guerra atenderá a los heridos, aliviará su dolor, y un buen día uno de sus pacientes será ¡oh!, un príncipe, o un oficial francés…

Est-ce qu'elle est née?, preguntará con severidad la madre del príncipe al encontrarla a la cabecera de este cuidándolo devotamente.

Madame, contestará ella con dignidad, y un mechón de valquiria escapará de su cofia de enfermera.

Como no dirá ni una palabra más, pensarán que es una niña abandonada. Una niña abandonada en una cestita rosa, con un medallón muy valioso colgado al cuello y lloriqueando como un gatito desgraciado. Sufrirán los dos, se escaparán juntos, nadie podrá

separarlos y al final su unión será aceptada. Y Sophie jamás tendrá la oportunidad de poner los pies en el palacio de su hermana y del que será *son beau frère*.

O: si al final la guerra no estalla y no tiene ocasión de hacerse ni enfermera ni gobernanta, entonces adoptará una conducta abiertamente frívola; irá sola en su velocípedo, pero no al velódromo, donde una da vueltas y vueltas junto a tantas señoritas aburridas, sino por Bucarest.

Irá en su bici por las calles, como la moderna Lorette en bicicleta.

No quiere saber nada más de los hermanos Palade, con quienes coqueteó en la fiesta de compromiso de Sévastie, no quiere saber nada de nadie, ahogará su tristeza en las notas de su clavicordio Bechstein. De hecho, podría ponerse a tocar ahora, o bien bajar al salón de la chimenea para ver si Stefan está allí leyendo y contestando su correspondencia diaria. Desciende nuevamente por la escalera, estrechando su álbum contra el pecho. Llama a la puerta, gira el pomo con cautela y ¡ahí lo tienes! ¡Qué día más extraño! A causa de la sorpresa hace mal la reverencia.

—¿… sabe usted qué comentó Bratianu a Czernin, el embajador austríaco, a propósito de los rumores sobre la guerra? —pregunta Titi Ialomiteanu.

¡Qué moderno es ese bigote rubio con reflejos cobrizos! ¡Y qué bien le sienta! ¡Qué elegancia, qué porte! Pero ella lo saluda con frialdad, mientras él exclama:

—¡Ooooh, nuestra pequeña defensora de la Entente está aquí! ¡Ooooh…!

Inútilmente la mira como aquella noche en que pasearon por la avenida Kisselef con Misa, el cochero. ¡En vano, mil veces en vano! En la vida hay actos irreparables que no se pueden evitar, aun cuando dejen los corazones rotos e inconsolables…

Margot cruza el umbral y se dirige hacia su lugar habitual, el pequeño sofá, con pasos tan diminutos que, en el arranque de sus muslos pegados, nota una humedad cálida, viscosa, una sensación más bien desagradable, como todas las que te hacen recordar que tienes un cuerpo, cuando tú vives solo para el espíritu. Cuando para ti el alma

es lo que cuenta.

—Ah, confieso que no… No sé nada…

¡Pobre Stefan! Se nota que responde por mera cortesía, está claro que Titi lo ha importunado al llegar a la hora en que todo el mundo sabe que se entrega a su manía: contestar la correspondencia en el salón. ¡Pobre Stefan! Sin embargo, es tan gentil y delicado que hará cualquier cosa con tal de que su invitado no se sienta incómodo. Titi, que es igualmente educado y amable, intenta hacer olvidar la inoportunidad de llegar a una hora inconveniente con preguntas hechas al azar, pasando de una a otra con rapidez, como si la respuesta no le interesara en absoluto. Todo el mundo se encuentra en esta situación irremediable y difícil por culpa de Sophie, la única responsable, porque es ella quien ha atraído a Titi hasta la pérgola del fondo del jardín, entre los senderos encharcados de agua…

Por supuesto que le ha tendido una trampa solo para comprometerlo… Y ahora entra como si nada; eso sí, ha cambiado su falda arremangada y rústica por un vestido de tarde *vieil or*, y ni cuenta se da de lo mal que le sienta. Mira, cómo finge sorpresa al ver a Titi Ialomiteanu, y el desdichado se ha puesto colorado; ella, evidentemente, ríe, se abanica, se sienta en su butaca, y ahora solo falta que saque del cestillo su labor de punto. Pero no, enseguida se suma a la conversación, pues de un tiempo a esta parte está muy enterada de política. Si estuviera en el lugar de Sophie y hubiera sufrido semejante afrenta, porque Titi se ha refugiado en el salón, con Stefan, a esa hora poco conveniente solo para escapar de ella, Margot, de verse así de culpable y comprometida, se abriría las venas del brazo derecho en la tina del baño con una lanceta. O: si no tuviese una lanceta, entonces llenaría el dormitorio de lirios, sobre todo porque desde hace un tiempo Stefan duerme en una habitación aparte. O: si no pudiese conseguir tantos lirios, tomaría los hábitos. Pero, por supuesto, no en el monasterio de Pasarea (donde estuvo Sophie el domingo que no fue a recogerla a la escuela). Si cargase en el alma con tantos pecados como Sophie, se encerraría en una ermita del desierto…

Y lo peor, lo más terrible y estremecedor, es que la puerta que da a

la terraza con clemátides está abierta…

—Hace un calor terrible hoy, ¿verdad? ¿No les parece que los ánimos están más agitados de lo habitual? —pregunta Titi Ialomiteanu.

Titi Ialomiteanu

Un calor terrible, razón de más para que los ánimos estén agitados. La situación del país ha llegado a su punto más crítico, todos afirman que ya se ha firmado el decreto de movilización general; estamos pues en el umbral de la guerra. En días tan turbulentos, la honradez deja de ser moneda corriente. Son palabras del profesor Mironescu, quien, con su vanidad característica, seguramente piensa que es el único hombre honrado que queda en Rumanía. Todo el mundo hace predicciones sobre qué pasará, cómo terminará todo: mal, comenta la mayoría. Así pues, quien sabe desenvolverse sale adelante. Quien es capaz de amasar una fortuna lo hace —suministro de alimentos, especulación, permisos de exportación—; es una época en la que quien sabe cómo sacar provecho se enriquece.

Otro tema podría resultar aún más interesante: ¿queda acaso alguien por quien más de diez personas pondrían la mano en el fuego, convencidas de que es honrado y útil a la patria sin que le mueva el afán de lucro? Si preguntas a diez personas, oirás diez juicios desfavorables, aun cuando pertenezcan al mismo partido político, o incluso a una misma facción del mismo partido. De uno dirán que es un agente británico; de otro, que consta en la nómina del embajador de Alemania; del tercero, que no por casualidad acompañó a Filipescu a San Petesburgo; de Take, que defiende los intereses de Rusia; de otros, que son germanófilos, pero no por convencimiento, sino a sueldo; del gobierno despotrican todos sin distinción. Y en este frenético desbarajuste, ¿quién puede escapar sin mancha? *Calomniez, calomniez, il en restera toujours quelque chose*, como diría también el profesor, porque en nuestras tierras ya no queda gente de altura, de reputación intachable, y por lo tanto, ¿quién sería capaz de garantizar la honradez de otro? ¡El profesor Mironescu es un intelectual de

escritorio! Es una utopía hablar de honradez como hace él, una simple ceguera debida a su vanidad. Sin darse cuenta siquiera de que muchos interpretan su actitud como un alineamiento con el gobierno. No por soborno, pero sí, con toda seguridad, porque se ha halagado su vanidad, y además habrá sopesado las ventajas que le reportará para su ilusorio laboratorio de fonética… De modo que posiblemente no tardarás en oír de boca del profesor Mironescu las más espectaculares alabanzas a Ionel Bratianu. Carente del sentido de la realidad y de sentido político, se pasará a los liberales con armas y petates justo en el momento en que pierdan el poder. De manera que, para su satisfacción de profeta, verá cumplido aquello que fue uno de los primeros en vaticinar: se producirá tal desastre que no quedará piedra sobre piedra. Y en esas circunstancias la honradez no solo dejará de ser moneda corriente sino que por definición se hará imposible su existencia. En un mundo donde todos apuestan por el engaño, quien no guarda un as en la manga necesita al menos aguzar la vista. En semejantes circunstancias, ¿no es ridícula e insensata la pretensión de dedicarse a la investigación?

¿A la obra absoluta?

Cuando todo arde en llamas y se derrumba bajo la mirada impotente, ¿quién necesita tus garabatos pretenciosos? Solo el profesor Mironescu puede seguir creyendo en algo así, incapaz de comprender que los tiempos del intelectual de escritorio han quedado atrás. La verdad es que siempre ha sido una idea romántica, y en el presente, una idea trasnochada. En semejantes circunstancias, mantenerse a flote a toda costa es el único objetivo, el único logro. Lo mismo puede decirse de estos días confusos y cruciales, a los que hay que añadir la zozobra y el calor…

El coche traquetea sobre los baches, va de una acera a otra para no estrellarse contra una apisonadora o contra los montones de adoquines de color verde grisáceo que dejaron allí cuando se empezó a empedrar la calle. Él está sofocado bajo la sombra polvorienta, las gotas aceitosas de sudor le cosquillean bajo el cuello, bajo el cabello engominado, entre los pelos hirsutos del bigote rojizo, de modo que no deja de enjugarse con el pañuelo bordado con un monograma…

En un momento dado, agobiado por el calor y no queriendo estropear demasiado su pañuelo fino, comienza a secarse con la mano, como un patán cualquiera. Después se limpia la mano en el terciopelo rojo del asiento, pero está tan lleno de polvo que no vuelve a hacerlo. ¡Oh! ¡Qué día más agitado y desagradable! Un calor horrible, los ánimos caldeados, los diarios repletos de invectivas, de graves acusaciones de una parte y de otra… ¿es de extrañar que la gente se haya vuelto tan suspicaz? ¿Es de admirar que cada cierto tiempo te despiertes clasificado en un bando, justo el que, evidentemente, no te conviene? Así pues, por ejemplo, cada cierto tiempo te ves en la engorrosa situación de negar, por turnos, que en el ministerio hayas sido el hombre de confianza (como se suele decir) de tal o cual director… Vergonzosa situación tener que negar algo así, y además la manera en que intentas rechazar tales insinuaciones no resulta del todo convincente, pues no posees el don de la elocuencia. De todos modos, no nos hagamos ilusiones respecto a la gente: nadie te cree. Cuantas más explicaciones das, más intensamente te miran a los ojos, más te reprueban y más recelan de ti. Recuerda la lección de hoy, cuando te has justificado delante del amigo Badescu. Con mis actos —le has dicho— solo he intentado estar a bien con todo el mundo. Sin embargo, considero que he fracasado, porque he empezado a ser sospechoso de ser la mano derecha de fulano o zutano… Si me llevo bien con Vasiliu, el nuevo director, no es porque haya sobrepasado las relaciones corrientes de una colaboración profesional. El hecho de que se me haya aumentado el sueldo, de que vaya a realizar mis labores de inspección en automóvil, de que se me pida opinión mucho más que a otros… no demuestra absolutamente nada. ¿Y qué importancia tiene que ocupara el mismo cargo durante el mandato del director precedente, Grigore Zlatescu, adversario del actual director? Es absurdo sostener que usé todas mis energías para hacer una política conservadora con Zlatescu, quien, como es sabido, debido a su vinculación con la familia Racota tenía las mejores relaciones posibles con el gobierno conservador de entonces, mientras que ahora pienso acercarme a los liberales, como demostraría el hecho de que sea un asiduo de los Mironescu.

(No olvidar. Zlatescu, hoy, riendo: el profesor Mironescu quedaría bastante sorprendido de saber que se le incluye sin vacilar entre los liberales, él, que se cree independiente e ignora que es el único que lo cree. Que esconde la cabeza como el avestruz para no ver la verdad.)

Por supuesto, mientras hablabas con el amigo Badescu podrías haberle explicado que sigues cultivando tu relación con Grigore Zlatescu, tu antiguo director, que, si bien trabaja en otra sección, no ha quedado del todo marginado, como se cree en nuestro ministerio. O podrías haberle dicho la verdad al amigo Badescu: que una vez al mes (como, por ejemplo, hoy) visitas a Zlatescu, para el intercambio de informaciones, y en ciertas ocasiones le prestas algún servicio, y de esta manera le demuestras tu fidelidad. Sin embargo, has preferido callar, ya que tus arraigados principios políticos te recomiendan absoluta discreción.

(No olvidar. Zlatescu ha confirmado hoy el rumor de la renuncia de Bratianu, dato obtenido de la familia Racota, que confía en que se nombre primer ministro a su pariente, Maiorescu. Promesa a Zlatescu de sondear en este sentido el círculo pro liberal a través del profesor Mironescu.)

Todo lo anterior demuestra que este no es un país civilizado (en esto tiene razón el profesor Mironescu), pues no conoce la estabilidad de las personas en su cargo durante décadas, como ocurre en los países europeos civilizados, donde hay quienes sirven a una institución y quedan ligados a su historia de tal modo, que con el transcurrir del tiempo, ven su nombre convertido en sinónimo de dicha institución. En nuestro país no existe semejante estabilidad, y tú eres el primero que puede dar fe por lo que ves en el ministerio. Hace ya ocho años que eres jefe de ese departamento (ascenso que te permite abrigar la esperanza de seguir progresando), y el hecho de que durante estos ocho años los directores generales, los gobiernos y los ministros hayan cambiado no significa en absoluto que seas un Fouché, mote que te ha puesto un antiguo amigo, según ha llegado a tus oídos. Porque ¿quién más puede hablar peor de ti que los antiguos amigos, las antiguas amantes, dos categorías donde rigen la vanidad, la envidia y los celos?

En las situaciones desafortunadas existe una única solución, dado tu

carácter eminentemente pacífico por excelencia: desarmarlos con una sonrisa. Pocos tienen el valor de escupirte cuando les muestras la otra mejilla, pues por lo común a un ataque se responde con otro ataque. En cambio, si no replicas y te comportas como si nada hubiese sucedido, incluso con humor y cierta benevolencia, puedes desarmar a tu adversario.

Incluso confundirlo.

Esta actitud causa muy buena impresión sobre todo al bello sexo, tan propenso a ponerse del lado de la víctima. Por eso, aunque te has propuesto participar en las reuniones de las dos facciones conservadoras opuestas, no dejas de ser lo que eres: un hombre que sabe asumir sus responsabilidades esté donde esté, y además soltero, es decir con bastante tiempo a su disposición.

Por otro lado, aún no te has introducido lo bastante en la crema y nata de la sociedad para frecuentar el Jockey Club. Por supuesto, semejante oportunidad halagaría tu vanidad, como la de cualquiera, sobre todo porque, sabes muy bien lo que has padecido por las torpezas cometidas dentro de ese mundillo. No obstante, nadie puede afirmar haberte sorprendido en situaciones poco honrosas: no te contabas entre la turba que gritaba «Abajo el gobierno», ni entre la que rompió los cristales de la redacción del diario germanófilo *Steagul*. A pesar de los pesares, nada ni nadie te ha apartado jamás de tu principio fundamental: estar a bien con todo el mundo…

Los pensamientos seguían agolpándose en su cabeza igual de frenéticos, vívidos, pero en cierto momento dejaron de fluir como hasta entonces. Sin embargo, a él le parecían igual de lógicos, solo que se detenía más tiempo a examinarlos uno por uno; si hubiese tenido que describir lo que sucedía, con seguridad los hubiera comparado con el lento despliegue de un capullo, pétalo a pétalo.

Por supuesto que eso es solamente una metáfora poética, pues él nunca había visto tal cosa. Un botón que se abre, he aquí uno de los misterios de la naturaleza, como lo es el abrazo amoroso de los padres al hijo ante el que un buen día descorren la cortinita de encaje de una cuna para presentarte al hermanito menor. Lo mismo ocurre cuando un día, en lugar del capullo de la noche anterior, se descubre una

corola abierta, cuanto más con uno o dos pétalos arrugados y húmedos.

Sus pensamientos-imágenes se volvían cada vez más lentos, más confusos, mientras el coche traqueteaba por las calles polvorientas acercándose a la casa de sus amigos y se apoderaba de él una profunda inquietud: ¿por qué le habría dicho Sophie «ven mañana más temprano»?

Ya no se abanicaba con el sombrero de panamá ni hacía anotaciones en su inseparable cuaderno, donde a diario esboza o garabatea sus breves, secretísimos apuntes. En el coche de punto, cubierto pero no exento del polvo ni del bochorno, al parecer había empezado a adormilarse.

¿Acaso había echado incluso una cabezadita?

Porque en esos instantes su oído lo percibía todo de un modo diferente: el silencio de una calle adormecida, solitaria, el zangoloteo de las herraduras de los caballos, los crujidos del coche al pasar por los baches, el chirrido acelerado de la persiana metálica de una tienda que abría sus puertas, el salpicar del agua de una regadera en la ardiente acera que mojaba el dueño de un negocio bajo la sombra de un toldo de rayas, el explotar de las moras oscuras que estrellaban su cuerpo cálido y maduro contra el pavimento, donde derramaban una sangre dulce y pegajosa, el zumbido de las avispas.

Pero ¿por qué le habría dicho «ven mañana más temprano»?

Su naturaleza dócil lo obligaba a someterse a los mandatos, pero en esta ocasión lo hacía sin el menor placer, es más, con un sentimiento de desagrado. Otro bandazo, otra vez el regusto agrio de la comida tomada en una tabernucha; hacer un recorrido especial en este día en que se han sucedido tantos acontecimientos y en que arrecian los rumores sobre la intervención… Un bandazo, un vacío en el que resbala el corazón: podría ser que esta sea, sí, sí, sin exageraciones, tu última semana. Dentro de unos días, tal vez corras como un loco, con el fusil contra el pecho… ¿acaso serás tú inmune a las balas? Porque habrá heridas horrendas… En tu imaginación te ves correr, presa del pánico, con el vientre abierto por la metralla, ves cómo intentas arreglar las cosas: te acuclillas y, con las manos frías y pegajosas de

sangre, intentas recoger tus entrañas palpitantes, sanguinolentas; se te nubla la vista y tú, sin acabar de entender qué ha sucedido, sin sentir dolor, tratas a toda prisa de devolverlas a su lugar, mezcladas con terrones secos y briznas de hierba húmeda. Pero resbalan, se salen… ¡Oh, las malditas conversaciones en el comedor de oficiales!

Hace un esfuerzo por abrir los ojos, cierra cuidadosamente el cuaderno de notas secretas que tiene sobre las piernas, esta mañana ha anotado a toda prisa, usando incluso abreviaturas, las tareas del día. Primera prioridad: soluciones para no ser movilizado.

> 1. Redactar una lista de personas a las que pudieras apelar, incluso con hipotéticas posibilidades de éxito.
>
> 2. Primeras visitas a este fin. Primero a los más influyentes, no olvidar a Dumitriu, del Ministerio del Interior.
>
> Luego: 1. Ir a buscar el traje nuevo a la sastrería.
>
> 2. Encargar frutas confitadas en Capsa. Con dirección, familia Mir. y hora de invitación: «Voulez-vous nous faire l'honeur de venir dîner chez nous après-midi Vendredi 12 août, à 7 heures? Après dîner on fera un peu de musique, en petit Comité. Votre bien-dévouée, Sophie Mironesco…»

Y por si fuera poco, ¡qué ajetreo en el trabajo! ¡Cuántas tareas, la mayoría impuestas por tu excesiva amabilidad! Al final, los informes pendientes han quedado en un cajón bajo llave, donde corren el riesgo de permanecer *sine die*; para tu asombro, el orden y el desorden se entretejen de un modo inesperado. Existe el peligro de que, estando tan bien guardados en el cajón, permanezcan allí hasta que la casualidad te permita descubrirlos.

Has sido el último en salir de la oficina (como siempre, bien lo saben tus compañeros) y en la calle Sarindar te has dado de bruces con el amigo Badescu. Se ha empeñado en que fuerais a tomar el aperitivo en la tasca de Mircea. Y una vez allí, ha llegado a tus oídos cierta información al parecer de fuentes dignas de crédito: Czernin, visiblemente nervioso, preguntó de improviso a Bratianu si debía hacer caso de los rumores que circulan o podía mandar tranquilamente a su familia al balneario de Tekirghiol. Bratianu, impasible: su consejo era que no enviara a su familia de vacaciones ¡porque en Dobruja había brotes de enfermedades contagiosas!

(No olvidar. Badescu a propósito del primer ministro Bratianu: este hombre no es popular, pero a decir verdad no se esfuerza por serlo. Se deja vilipendiar e insultar en los periódicos, sin tomar ninguna medida para impedirlo. Al parecer nunca lee la prensa, que es el cerebro del mundo moderno. Así que Badescu: proliberal. En general bien informado. Puede que en las próximas elecciones se manifieste abiertamente a favor de los liberales.)

Badescu no negó lo que tú ya sabías por el señor Marghiloman: que el general Prezan había pasado a sus oficiales una lista de diarios cuya lectura está prohibida; en primer lugar figuraba *Steagul*. *À propos* de la señora Prezan, le tienen inquina dos personas de las más altas esferas; sobre sus nombres guardó silencio, como también haces tú, aunque en lo que se refiere al rey Fernando hay incluso pruebas. Por raro que parezca, no sabía nada sobre la explosión de Dudesti, o quizá no quiso hablar de ello.

Cuando te despediste de él ya era tarde, así que fuiste al sastre en un coche de alquiler. En la prueba resultó que una manga necesitaba unos retoques; quedaste en volver luego a por el traje y entretanto fuiste a almorzar. En la tasca, gente variopinta, más de la habitual, algunos recién llegados de las vacaciones. En las conversaciones nada nuevo. Otra vez se te clava en la mente, ¿por qué me diría «ven mañana más temprano»? De ella puedes esperar cualquier imprudencia, exaltaciones algo morbosas, incluso penosas, inimaginables hace unos años, cuando te parecía la encarnación misma de lo inaccesible.

¡Hay que ver cómo aparece el hombre, e incluso la mujer, cuando se los contempla de cerca! Hay una máxima francesa, quizá de La Rochefoucauld, que reza que incluso un genio, a ojos de su ayuda de cámara, no es tal, puesto que este ha tenido ocasión de verlo en posturas poco decorosas. El dicho (o la máxima) se limita a enunciar la idea, pero sin caer en detalles vulgares.

Así pues, almorzaste: el pescado, buenísimo, igual que el arroz con cangrejos, la col con carne poco recomendable con este calor. Te lo comiste todo aun sabiendo que luego tendrías pesadez de estómago. Después diste una vuelta por el café, todavía sin haber decidido si acudirías temprano.

Uno de tus principios (del que muy pocas veces te has apartado) te exige ser prudente con las mujeres en cualquier circunstancia, incluso

con aquellas a las que conoces bien. En realidad nunca has logrado conocerlas a fondo, ni siquiera a las más allegadas. Jamás adivinarás su reacción cuando ven perjudicado su interés o herida su vanidad. Uno de los rasgos peculiares de tu personalidad es el temor a los ardides femeninos, ya que la astucia de las mujeres es reconocida por todos; igual que la ceguera de los hombres, que se dejan llevar no solo por sus deseos, como sostienen ellos, sino también por el afán de alardear de tales deseos. En lo que a ti atañe, siendo la prudencia *ta qualité maîtresse*, ¿irás o no irás más temprano?

Sin haber tomado aún una decisión, has vuelto a la sastrería. La manga esta vez te quedaba bien y ya era hora de decidirse; te has puesto el traje nuevo y has dejado el viejo para que lo limpiaran y plancharan, pues no había tiempo de pasar por casa, por tu habitación amueblada. Así que ahí estás, en el coche, dando cabezadas, pero en todo momento desconcertado: ¿qué querrá ella de ti?

Tú siempre te dejas llevar por la razón, mas no puede decirse que poseas intuición para conocer a las personas, porque en más de una ocasión te han sorprendido. La misma Sophie, con los caprichos típicamente femeninos, ¡nunca habrías imaginado de lo que sería capaz por ti! Su inopinada visita el día de tu santo (debió de recordar la dirección de la vez que estuviste enfermo y el profesor, en un exceso de celo, envió a un mozo de la servidumbre para interesarse por tu suerte). Por fortuna ese día tenías la casa arreglada y limpia, y estabas vestido. ¡Emocionante la escapada de la joven señora Mironescu, que vino en secreto en coche de alquiler, con el rostro cubierto con un velo tupido; el orgullo de que los vecinos, al ver subir a tu habitación a una mujer tan elegante, imaginaran —razón no les faltaba— que se trataba de un *rendez-vous*, orgullo en gran parte mermado por el temor a que la casera lo descubriera, ya que, según lo establecido, no debías traer mujeres a tu habitación, en todo caso, no por el alquiler que pagas. Dado tu carácter sencillo y recatado, difícilmente podías imaginar la exaltación que provocaba en ella el crujir de la escalera de madera bajo sus pies; atravesó las dos amplias puertas cocheras que conducen al zaguán, según ella incitante por lo tenebroso, e hizo caso omiso de los olores, viviéndolo todo como una

sabrosa aventura. Todo le abría (como te confesaría) perspectivas de una vida nueva. Desoyendo tus consejos de discreción se apresuró a abrir la claraboya de la buhardilla, que según exclamó fascinada parecía el ojo de buey de un barco a vapor; la discreción y la prudencia en nada le importaban, se arriesgaba a que la vieran, a comprometerse. Todo le parecía emocionante, excepto el olor a moho, que le incomodó. ¿Qué se podía esperar de una habitación de alquiler amueblada?, le dijiste. Ella, por otra parte, se hallaba en un estado extraño, pues nunca había visto una habitación de soltero.

Al menos eso dijo.

Y más tarde, sentada en una silla de mimbre, dio rienda suelta a sus confidencias: que desde muy joven había vivido experiencias terribles, que hubo un tiempo en que pensó llevar una vida de estudio y ascetismo en su pequeña habitación de la calle Iosif, tener amigos que la acompañaran a bares y locales mundanos, leer y viajar mucho, deleitarse con el arrullo de las palomas sobre la bellísima cúpula de San Marco, oír embelesada el canto de los gondoleros, beber absenta en algún café de Montmartre… Había acariciado estas y otras fantasías durante un tiempo, hasta que comenzó a soñar con un hogar cálido y con los placeres luminosos de la vida social.

¿Quizá había cometido un error al escuchar esta llamada de su corazón?

Algunos recuerdos la hacían pensar en una flor que crece en un muladar, pero, *hélas*, de hecho hay flores que brotan en el estiércol.

Suspiró y por delicadeza abandonó su narración: ¿acaso las lágrimas empañaban sus ojos un tanto saltones? Sus largas pestañas hacían que sus ojos parecieran siempre húmedos y ella, consciente sin duda de ese encanto especial, parpadeaba a menudo, a buen seguro por ese motivo.

No supiste qué decir, ni cómo proceder, así que te quedaste en silencio, mirándola. Halagado por su visita pero inquieto, preguntándote qué perseguían sus palabras. Quisiste convencerla de que se levantara de la silla desvencijada, con una pata coja recién pegada. Ella ni se inmutó, manoseaba nerviosamente los guantes, no parecía asustada, pero la razón te decía que debería estarlo en

semejante situación. Probablemente había estado en otras habitaciones de soltero, no puede ser que la tuya fuera la primera. No nos hagamos ilusiones con la gente, y menos con las mujeres, porque las cosas son siempre peor de lo que uno imagina. Durante un tiempo circularon rumores de que Sophie había sido *au mieux* de Jorj Athanasiu; de lo contrario, ¿por qué se habría enemistado con ella Lisette, su mujer? Ella misma le había contado que hacía apenas dos años que se habían reconciliado.

Tras un largo silencio te eximió de la obligación de hablar, pues comenzó a explicar que se había dado cuenta de que últimamente te solicitaban como confesor por tu amabilidad, por parecer, a diferencia de otros, un hombre de buen corazón. Un papel insospechado apenas unos años atrás. De hecho te hacen muchas más confidencias de las que ella sospecha sin necesidad de que tú les des pie. Por lo demás, te hizo esta inopinada visita incitada por tu gesto, de una audacia loca —tú, que siempre te comportas *comme il faut*—, de besarla el día que os quedasteis a solas en el salón durante la primera enfermedad del profesor.

La acariciaste tímidamente y ella, al apartarse, se despeinó, dijo que debía marcharse, pero insististe en que se quedara un poco más prometiendo que te portarías bien; ella dio unos pasos por la habitación buscando un espejo, aunque fuera pequeño. No encontró ninguno y decidió arreglarse el peinado mirándose en el cristal de la ventana, tal como (dijo entre risas) hacen las sirvienticas. Se mostraba caprichosa y, seguramente, se sentía como en un *bal paré*, pasaba de la alegría a la melancolía, pero ninguno de esos estados de ánimo le sentaban bien. De pronto se quitó las horquillas del pelo; nunca habías visto una mujer de cabellera tan larga, rubia y frondosa; si estuviera desnuda podría envolverse en ella. Le hiciste este cumplido, pero no entonces, sino más tarde; entonces casi no hablabas, tanto por temor a asustarla como por haberte quedado sin voz; enterraste el rostro en su pelo de perfume embriagador, seducido por el roce de su vestido con *frou-frou*, la estrechaste entre tus brazos, tocaste estremecido su cálida ropa interior, y ella, retrocediendo, dijo con absoluto dominio de sí misma que la dejaras arreglarse el peinado.

Estabas muy intimidado, todo se desarrollaba con cierta dificultad; antes de que se marchara le preguntaste «¿volverás otra vez?», sin llegar a proponer, nada concreto, sin atreverte a hacerte ilusiones. Te habías esforzado por ser audaz para que ella, desenvuelta como es, no te despreciara; en cierto momento perdiste la cabeza (lo interesante, sin embargo, es que te diste cuenta de que la perdías, y, tras un momento de vacilación, te dijiste que bien podías hacerlo por una vez). Se vistió, disgustada por no tener a su disposición siquiera un bidet —menos aún algo parecido al lujoso baño de su casa—, y tú te quedaste meditando sobre lo ingratas que pueden resultar las victorias.

Ahora has recordado lo que le confesaste en aquel momento de abandono: que luchas contra tus defectos (por ejemplo, el miedo a hablar en público) porque aspiras a decicarte a la política o a la carrera diplomática. Quizá olvidó al instante tus palabras, siendo como es una mujer preocupada sobre todo de su propia persona. Sería poco conveniente, empero, que mencionara tu confidencia a su esposo, ya que el profesor Mironescu pretende que te dediques con él a la investigación filológica (que, a decir verdad, no te apasiona, pero no se lo dices para no herirle en su amor propio) y, de enterarse, podría cambiar de actitud respecto a ti. Sin duda para un hombre razonable no debería constituir un motivo de desavenencia el hecho de que no tengas intención de seguirle en sus trabajos, de que sueñas con la política y la diplomacia… Pero el profesor tiene un humor cada vez más sombrío y está claro que caerá víctima de la neurastenia. No conoces todos los detalles, pero los silencios de Sophie en ciertas conversaciones, algunas miradas, algunas exclamaciones dejan entrever algo. Por lo demás, *chapeau bas*, ella sabe bien lo que no es conveniente traer a colación y no le agrada hablar de cualquier tema. En lo que se refiere a la discreción de Sophie, *chapeau bas*. Así que no es probable que se apresurara a airear tus confesiones, especialmente las relativas a las esperanzas que has puesto en Marghiloman, partidario de la alianza con Alemania. Tampoco hay que olvidar que las relaciones con su esposo son más distantes que en otras épocas y que es posible que no tengan comercio carnal, pues la enfermedad que

padece él es potencialmente contagiosa. De todos modos, en tu última visita el profesor te dio la bienvenida con un cumplido algo dudoso *à propos* de tu elegancia.

«¡Llegarás a vestir —te dijo— solo trajes confeccionados en Viena y Berlín, y allí enviarás a lavar tu ropa interior, como nuestro famoso y prominente líder conservador!»

¿Cómo interpretar esta frase? ¿Acaso insinuaba que eres un hombre de la corte de Marghiloman?

¿Conclusión? Una sola: es bueno escuchar las confesiones de otros, pero más vale tener la boca cerrada con candado. Porque, cuanto menos sepan de ti, menos vulnerable eres. Lo cierto es que todo el mundo oculta los hechos que no considera conveniente que se conozcan. Por otra parte no puedes impedir que circulen rumores de poca monta sobre ti, cotilleos de toda índole, pues forma parte de nuestra idiosincrasia.

Bucarest, une potinière, como dice el profesor Mironescu.

Pero, siempre y cuando te abstengas de hacer confidencias y tengas la suerte de que no haya testigos, puedes desmentir los rumores que corren sobre ti. De esa manera será difícil que te tengan en sus manos.

Es así como hay que contemplar el tema de las confesiones si tienes un espíritu práctico. La prudencia te lleva a sopesar siempre las ventajas y los inconvenientes. Como en este mismo momento, cuando preguntas si arriesgarás más yendo a la cita o no yendo. ¿No sería mejor dar media vuelta ahora mismo?

De pronto, una ráfaga de aire caliente; el olor a madera, a carne descompuesta, a malas hierbas abrasadas por el sol, le hizo llevarse el pañuelo a la nariz.

Luego, nervioso, golpea con el bastón la espalda del cochero.

—¿Dónde tienes los ojos, mentecato? Da la vuelta, ¿me oyes? ¡Da la vuelta de una vez, pedazo de animal!

Habían pasado de largo, ante la casa y, de no ser por el hedor bien conocido del baldío, quién sabe adónde habrían llegado. Entre los cardos aplastados y los matorrales de mandrágora, yacía como siempre un perro muerto, con el pelo podrido, los dientes al aire, entre el zumbido de unas moscas cuyo cuerpo negro verdoso brillaba a la

luz del sol. ¡Menudo negocio había hecho Mironescu padre al construir su casa aquí, en el quinto pino, cerca de la avenida de Kisselef! Seguro que en invierno expiaba su tacañería al despertar con los lobos en el patio, y en verano al tener que quemar trapos para ahuyentar a los mosquitos.

Después de cuarenta años, el lugar aún no había salido de su estado selvático.

Por suerte (o por mala suerte) había despertado justo a tiempo para clavar la punta del bastón en la espalda del cochero. Este tiró entonces con fuerza de las riendas, y al girar el coche se metió en dos o tres hoyos del camino. Y ahora se acercaban a la casa de los Mironescu…

Alea jacta est! El regusto agrio en la boca se ha convertido en una sensación de ardor en el pecho, el bochorno va en aumento, sudas tanto que el traje ha empezado a arrugarse. Con un pie en el estribo del coche, tu cuerpo aún balanceándose, oyes que te interpelan:

—¡Hey! ¡Señor! ¡Señor!

El zopenco del cochero ha recobrado al fin la voz y, con la ruin astucia de los de su ralea, sabiendo que delante de la casa donde estás invitado (se huelen si vas a tu casa, de visita, o a una cita con una dama) no se estila regatear, exige una propina.

A causa del nerviosismo, no logras dar con las monedas. Buscas y rebuscas en los bolsillos unos instantes que te parecen interminables. Tú que por tu largueza te has ganado cierta fama entre los de tu nivel, ¿justamente tú vas a sufrir semejante afrenta? Sacas, pues, el billete de veinte y se lo tiendes, ¡y que se vaya para no volver! Si no estuvieses delante de la casa Mironescu, le habrías dado menos, pues tú no eres de los que viven en las nubes, como tu anfitrión el profesor Mironescu.

Le das bruscamente la espalda al cochero y echas a andar con pasos rápidos, abanicándote con el sombrero de panamá, haciendo girar nerviosamente el bastón y arrancando a cada paso las suelas de tus zapatos de cabritilla del asfalto reblandecido por el sol.

Como melaza.

Y tu temor va en aumento, lo notas como un ahogo, como la falta de aire. Prudente, echas una mirada hacia la casa para asegurarte de que no hay nadie asomado a las ventanas. Y de nuevo te preguntas:

¿cuánta verdad hay en las imágenes que utilizan los otros para describirnos, ya sea con dulzura o con despectiva ironía?

No nos hagamos ilusiones: ¡siempre se habla de nosotros! En las ávidas conversaciones de los amigos, en los chismorreos de los sirvientes, en la evaluación que de nosotros se hace como hombres de partido eficientes o no, en las *nouveautés* de los salones donde nunca hemos puesto los pies… De manera que una vez más te planteas la pregunta de siempre, una vieja obsesión tuya: ¿cuánta verdad hay en las imágenes que los demás recogen casualmente sobre nosotros? Descontento contigo por tu conducta, con el cochero, lanzas una mirada furtiva y temerosa hacia el patio de los Mironescu.

Ni un alma…

Por suerte, nadie; las persianas bajadas a la hora de la siesta, los senderos de piedrecillas doradas, vacíos, nadie en el quiosco ni en el jardín, donde bajo la sombra del viejo nogal hay algunas sillas de mimbre. No se mueven las cortinas del salón que da a la terraza con clemátides, donde el profesor lee su correspondencia y cuya puerta no se abre nunca. Podría estar sellada, remachada con clavos.

Nadie, pues. Y como vives para que todos tengan el mejor concepto de ti, te repites para tus adentros que este capítulo desagradable, por ser desconocido para los demás, puedes borrarlo de tu mente. Al fin y al cabo, la memoria de un hombre o de una mujer que ha pasado por la vida debería ser, más o menos, un cementerio de hechos inconfesables.

Consolándote a ti mismo, avanzas haciendo girar el bastón. El calor y la inquietud te embriagan, te han provocado una leve exaltación semejante a la producida por el alcohol. Aquí está el portalón con el arco de rosas trepadoras, notas en la frente la presión del sol radiante, y sobre el bosquecillo de lilas —la conocida alucinación del verano y del campo—, el aire licuado tiembla como una tela en el agua. ¡Qué hora más inoportuna y qué día más caluroso! Pero te esfuerzas en que nada te aprisione y lo consigues: la transpiración ya no te molesta y dejas que brote la secreción natural con una sensación placentera de alivio. Ojalá lograras también librarte de la garra que te oprime el corazón al empujar el portalón abierto como siempre. Porque ¿qué vas

a hacer? ¿Llamar? ¿Preguntar por quién al sirviente? Ah, ¿por qué Sophie no diría otra cosa aparte de «mañana ven más temprano»?

Empujas el portalón, las piedrecillas producen un sonido familiar bajo tus pasos. Delante, el medallón de yeso sobre el frontón tiene grabado un año muy lejano: 1879. Tu nerviosismo es tal que te sobresaltan hasta tus propios latidos. Vuelves la cabeza al oír un rumor y respiras aliviado. Un gato te observa con sus ojos redondos de color miel —una costra luminosa sin profundidad son sus ojos amarillos, que flotan en la cegadora luz blanca del día—, moviendo levemente la punta de la cola entre las hojas.

De súbito el gato salta del peral y desaparece entre la hierba alta. Todavía queda camino de acceso. Los tres escalones de la entrada. Los faroles de hierro forjado, a gusto de Sophie, quien dirigió la renovación, desentonan con el resto de la construcción, demasiado nuevos, demasiado brillantes, como en las casas de los nuevos ricos, comenta el profesor…

Esforzándote por mantener la mente en blanco, llamas al timbre, con una débil presión, el suave tintineo que se pierde en la penumbra amenazadora de la casa te crispa los músculos. Te alisas maquinalmente el traje. Estás erguido, con la barbilla alzada, preparado para hacer la reverencia a la primera señal, sonriente, con el bastón en una mano y el sombrero en la otra. Estás ante la puerta y esperas, sin atreverte a llamar por segunda vez. ¿Qué habrá traído a tu mente los ojos de un azul descolorido de tu madre? Conoces de memoria la red de arrugas que les rodean y los puntitos blancos que siembran los párpados hinchados, bordeados de ralas pestañas… Una mirada de reproche, inclinada como de costumbre sobre el bastidor de su bordado, hablando pero sin decir nada interesante: que ya ha pagado la deuda al tendero o al lechero, que el miércoles hará cinco semanas que no invitan a las pobres chicas a ninguna fiesta. Quizá sea mejor así, pues no tienen ropa adecuada para aparecer en público… Ni una palabra sobre las oraciones a la Virgen que piden al pope de la iglesia a fin de no quedarse para vestir santos en esa casita de un barrio popular, adonde les da vergüenza que las acompañen los galanes. En Buzau eran alguien, aunque todo el mundo sabía que

estaban en la ruina. Ni una palabra sobre tu sueldo, no puede calcular cuánto ganas sin más indicios que el hermoso *œuf de Pâques* de chocolate de Capsa, traído especialmente para ella, o los bombones más selectos que compraste en Angelescu porque después de una discusión con ella te remordía la conciencia. Ninguna alusión a los salones de Bucarest en los que al parecer eres siempre bien recibido por tus méritos, claro está (méritos en los que cree a pies juntillas una madre, que siempre siente debilidad por su primogénito). Por supuesto, de tus labios no sabe nada a ciencia cierta, pero se ha enterado de que te han visto en un automóvil, o en un carruaje, con tal o cual personalidad…

Estás paralizado junto a la puerta, avergonzado e impaciente ante sus ojos lacrimosos, reprobadores, su boca de labios mustios, apretados para impedir que salgan las palabras, su cuello endeble y arrugado, reclinado sobre su bordado. Empiezas a girar los talones sobre el entablado, listo para salir corriendo de ese lugar, el único del mundo donde no estás atento para aplicar a cada instante tus secretas convicciones políticas. Sin embargo, incluso aquí tus costumbres y tu carácter te impiden mostrarte abiertamente. Incluso aquí solo sabes luchar esquivando, turbado, la mirada y esbozando sonrisas forzadas. Haces girar lentamente el pomo. Una vez entreabierta la puerta, adelantas un pie para salir, y solo en ese momento te permites mencionar las joyas, las antiguas monedas de oro con gallos grabados y la plata, guardadas en un cofre, en el sótano. ¿Cómo tener la seguridad —le preguntas— de que no se lo llevarán todo los ladrones? Los objetos de valor, en tiempos de guerra, están a merced de saqueos, y antes de que eso suceda, ¿no sería mejor transformarlo todo en dinero, como tantas veces tú mismo has aconsejado? En estos tiempos, ¿no son acaso las rentas y las hipotecas una inversión más segura? Es necesario abordar este tema, ¿por qué tanto empecinamiento en dejarlo de lado? Por supuesto, es mamá quien tendrá la última palabra, pero, hay que hablar de ello aunque solo sea unos minutos: el oro no va a criar en la bodega, mientras que el dinero llama al dinero, y si al menos una de las chicas se casara bien…

Ella ha levantado la cabeza y de pronto te mira de un modo

extraño. «Ni siquiera oigo lo que dices», deja entrever su mirada obstinada. Y en sus ojos descoloridos se adivina la hostilidad. Si no temieras la fuerza de la palabra, dirías que incluso el odio. La puerta indecisa lanza un chirrido, que rompe el silencio que se ha hecho. De nuevo ha bajado la vista hacia el bordado. Sus dedos nudosos, un tanto trémulos, con las yemas endurecidas y llenas de costras negras, continúan su labor; por la noche, cuando haya terminado las tareas domésticas, los frotará con limón y los untará de pomada, después se aplicará la obligatoria compresa sobre las mejillas ajadas. Incluso en esta pobre barriada, incluso en los momentos más duros, debes seguir siendo el que fuiste, cuidar tu aspecto, mantener tus costumbres…

Carraspeas, molesto por su senil testarudez, quisieras decirle adiós nuevamente, te aflige dejarla apesadumbrada; el silencio, el chirrido de la puerta, en ese momento la hermana pequeña decide arremeter contra ti, llevada por su carácter pendenciero. ¡Qué idea más desafortunada hablarte de ese modo, como si no fueras lo que eres: el hermano mayor, alumno aventajado y brillante estudiante, funcionario modélico, la debilidad y el orgullo de la familia!

«… como si se pudiera encontrar un buen partido en Dealul Spirii y no hubiera necesidad de que nos introdujera en sociedad un hermano que bien podría hacerlo, pero a él ni se le ha pasado por la cabeza…»

No podía haber escogido peor momento, ¡qué ocurrencia!

Tú estás delante de la puerta de entrada y vociferas, fuera de ti. Te limitas a gritarle, no vas a ponerle la mano encima, aunque lo tendría bien merecido por su desfachatez y aunque estás en tu derecho por ser el mayor… Sin embargo, no olvidarás sus reproches ni su altanería, de modo que en adelante guardarás aún más las distancias con ella. Es normal, le gritas, cuidarse de salir en sociedad con tus hermanas, porque su mal gusto en el vestir y sus modales no te dejan otra opción; no es obligatorio, le increpas, no es necesario lucir siempre ropa nueva, lo importante es poseer una elegancia innata y no comprometerlo por aparecer rodeado de semejantes hermanas…

Corres por la calzada pavimentada con pedrejones como perseguido por las Erinias. Con rápidas zancadas, con gestos bruscos que pretenden dar la impresión de energía, el delicado corazón dolido y

afligido: porque lo que le has echado en cara a Lelia es verdad. Porque es cierto que desde que tienes uso de razón te sientes humillado por sus pobres vestimentas, los cotilleos que dejan caer en las conversaciones, sus manos de dedos cortos, sus gruesas pantorrillas, sus dientes desiguales y amarillos y tantos otros detalles en los que, avergonzado, has reparado, quizá más de la cuenta.

Humillado y abochornado, más de lo que merecerían las pobres hermanas…

El graznido de un pájaro desconocido te saca del corazón este recuerdo desagradable. Se desvanece tan raudo como ha venido. Das media vuelta y miras divertido el pájaro con el buche amarillento y la cola larga y negra que salta entre la hierba bajo el pequeño peral. ¿Habrá sido el sonido del pájaro o el gato, cuyo cuerpo arqueado se adivina tras un arbusto de majuelo? El sol le pone una mancha deslumbradora sobre el pelaje, que ya no parece atigrado —las rayas se han disuelto en la luz— y centella como la arena oscura, bella y viva. ¿Por qué no estarás ahora sentado tranquilamente en un banco de la avenida Kiseleff, oyendo el trino de los pájaros, buscando una mirada traviesa a través de los cristales de un coche simón que pasa veloz, esperando la hora a la que deben llegar todos los invitados? *Voulez-vouz nous faire l'honneur…* No hay nada más sencillo que retirarse en el último momento. No en balde le ha sido dado al hombre el uso de la razón. ¡Seguro que no tiene sentido llamar por segunda vez! Sin pensarlo dos veces, desciende los tres escalones de la entrada.

Le queda todavía el camino de acceso…

El pájaro salta por la hierba, de un lado a otro, mecánicamente, como un juguete de cuerda, y la cabeza del gato se mueve a su ritmo tras el arbusto de majuelo. Las piedrecillas suenan como siempre bajo tus pies, mira qué poco te intriga ahora la razón por la que te dijo «ven mañana más temprano…».

Te quedan solo unos pasos para alcanzar el portalón, de pronto un pensamiento desagradable pasa por tu mente: ¿qué ocurriría si el sirviente abriera la puerta y te viera abandonar el lugar? En tal caso, ¿qué dirías cuando volvieras dos horas después, al mismo tiempo que

el resto de los invitados? ¿Deberías comentar algo sobre esta visita temprana? ¿O sería más prudente pasarla por alto? ¡Qué locura haberte pedido que vinieras más temprano! Por tu modo de ser, a menudo te sientes culpable, ¡incluso sin motivo alguno, perseguido por una culpabilidad desconocida! Será mejor que vuelvas la cabeza para comprobar que no hay nadie en la puerta, en las ventanas, en el jardín…

—*Vous voilà, en fin! Mais c'était à prévoir que vous seriez en retard…*

Has mirado hacia atrás para asegurarte de que nadie te ha visto, para tomar todas las medidas de precaución… Si no lo hubieras hecho, ahora no estarías inclinándote, melancólico y cortés, ante la elegante señora Mironescu, que se acerca con un cesto de flores bajo el brazo. El sombrero de paja le cuelga descuidadamente a la espalda, atado a una cinta de terciopelo que le rodea el cuello, blanco y regordete, su blusa escotada de jardinera deja ver los hombros desnudos, *au diable*, cree que está en un *bal paré*. ¡Y qué sonrisa de complicidad! ¡No hay nada que te enerve más que las imprudencias inútiles! ¡Hay soluciones racionales para todo! Y en lugar de hacerte pasar al salón para conversar con su esposo, pretende que la acompañes al jardín, *soi-disant* para mostrarte una variedad de rosas… ¡Ay!, si no hubieses vuelto la cabeza… Estabas bastante lejos de ella, ¡a punto de abrir el portalón! Más tarde la habrías convencido de que habías acudido más temprano, como te pidió, pero ¡os habríais visto (¡mucho mejor!) dos horas después, en presencia del resto de invitados! No obstante, la sigues, saltando de piedra en piedra porque, sin que aciertes a adivinar la razón, el suelo está mojado.

Los senderos están enlodados.

¡Te molesta esta farsa! Su deseo de mostrarte una variedad de rosas es un puro pretexto, pues sabe de tu escaso interés por la jardinería.

—¿No podríamos detenernos aquí, estimada y distinguida señora? No es muy agradable, para la señora, quiero decir, caminar por semejente lodazal…

¡No has hablado con la claridad que exige la situación! Malhumorado, sacas el pañuelo para secarte la frente, ves que no está precisamente limpio. Turbado, vuelves a guardarlo, ella ríe, como si se

tratara de algo jocoso, y continúa guiándote. La sigues de mala gana, mirando febrilmente las ventanas bajo las cuales pasáis, preguntándote qué posibilidades hay de que os vean.

¿Qué probabilidades? ¡Infinitas! ¡Cómo cambian las cosas en este mundo! Han pasado casi tres años desde aquella cena interminable en la que te sentiste tan infeliz. Ella llevaba un vestido con encajes y su espléndida cabellera recogida en un complicado peinado; convencida de ser irresistible, se movía con un aire lánguido y seductor, se comportaba de manera insinuante… Al principio te embriagaste solo de verla, después, en la última parte de la velada, no hiciste otra cosa que beber.

El profesor Mironescu te lanzaba miradas desaprobadoras cada vez que te veía coger la copa, pero a ti te daba igual. En cierto momento intentaste proponer un brindis, pero tenías la lengua pastosa, de modo que hablabas despacio, con largas pausas para que no se notara cuánto te costaba articular las palabras. Al final recibiste dos o tres aplausos irónicos, hiciste un gesto de hastío con la mano, pasaste al salón pequeño y saliste al estrecho balcón; nevaba, se oía el tintinear de los trineos en esa noche extraña y abrumadora. Permaneciste allí hasta quedar congelado, pero ella no fue a tu encuentro ni envió a nadie en tu busca; te sentías tan infeliz y enamorado. Te iluminaba por dentro una llama cegadora, blanca, inexplicable, que te hacía creer que estabas despejado, y por un instante pensaste en apoyar el revólver en la sien y apretar el gatillo. Ese pensamiento te cruzó la mente aquella noche. Pero la borrachera no se te había pasado del todo, porque al entrar te sentiste mal a causa del calor, y también porque la viste en compañía de otro hombre, probablemente Jorj Ioaniu. Incapaz de contenerte, te marchaste a toda prisa, despidiéndote solo del profesor, y vomitaste en el carruaje.

Y gemiste largo rato, humillado e infeliz, junto a la cerca de tu casa.

Ahora comprendes por qué está mojado el suelo del sendero: Sophie, en un descuido imperdonable, ha dejado la manguera abierta. Mientras camina delante de ti observas que ya no es tan esbelta como antaño, aunque al parecer ella no se ha percatado, se comporta como si todavía fuera irresistible. Pero ¿cómo iba a serlo cuando se embarca

en estas aventuras peligrosas? Lances que no acarrearán más que disgustos y que amenazan con comprometerte a ti tanto como a ella.

Así pues, haces un último y desesperado intento por abrirle los ojos.

—Estimada y distinguida señora, ¿se acuerda usted del monasterio de Pasarea? ¿Se acuerda de las habitaciones para huéspedes, que suelen servir para *rendez-vous*? Gente bien informada me ha comentado que todos cuantos rondan ese paraíso, o sea, el monasterio de Pasarea, quedan automáticamente registrados por la beata abadesa… ¿Qué le hace pensar, estimada y distinguida señora, que es solo una calumnia contra los servidores de la Iglesia? De fuentes fidedignas he sabido que las autoridades utilizan la lista de la abadesa para comprar más fácilmente las conciencias… Incluso me han dicho que la policía secreta algunas veces facilita la visita a parejas no legítimas, para luego tener en su mano a personas importantes… ¿Qué le parece? ¿Recuerda cuánto insistía en que hiciéramos los dos una corta excursión hasta allí? ¿No cree que nos exponemos inútilmente? Porque no hay lugar en el mundo que esté a salvo de peligros y miradas indiscretas.

Irritado por sus impertinentes risotadas, te detienes bruscamente, balanceándote, en una pequeña porción de tierra seca. Todo está mojado, salvo este pequeño islote, que poco a poco devora el agua que corre arrastrando pétalos mustios, hojas, briznas de hierba, ramitas, pero tú esperas, inmóvil. Aguardas a que diga lo que tiene que decirte, para terminar con esta situación poco conveniente para todos. Para que te conduzca de una vez a la puerta delantera y puedas presentar tus respetos al profesor Mironescu y disculparte por lo temprano de tu llegada, y después relajarte conversando con él a la espera de que se presenten los otros invitados…

Continúas inmóvil, con impaciencia creciente, en este pequeño trozo de tierra seca, en precario equilibrio. ¡Pero ella sigue adelante! Con un gesto, ay, bien calculado, se arremanga la falda en el talle y se agacha para levantar con dos dedos el borde del vestido manchado de fango. Deja ver sus pantorrillas y sigue andando sin inmutarse, en tanto tú aguardas para ofrecerle una sonrisa nerviosa. La sonrisa de un aristócrata apocado que intenta dirigirse con dignidad al cadalso en

una fresca mañana de junio. Ella está de espaldas, no se molesta en volver la vista atrás. Los pies se te han entumecido plantado como estás en el pequeño islote. Intentas adivinar la disposición de las habitaciones en los pisos de arriba: qué ventanas dan al jardín. Los dormitorios, es decir, el vestidor de Margot, los baños, la parte delantera del estudio, ¿el piso de la buhardilla? ¿Las dependencias de los sirvientes? Tantas y tantas habitaciones, tantas y tantas ventanas brillando al sol ardiente del mediodía, ventanas ávidas, devoradoras, dirigidas hacia ti. Agotado, apoyas el hombro contra el viejo cerezo; desde todas las ventanas, infinitas miradas, infinitas espadas se clavan en tu cuerpo de efebo, de virginal san Sebastián… Entretanto, ella juzga oportuno decir algo, vociferando, con un timbre agudo, insoportable, que te desgarra los tímpanos. Te has quedado allí inútilmente, ¡ella no piensa detenerse, ni siquiera se vuelve para mirarte! Así pues, será mejor que sigas sus pasos, porque de otro modo parecerá que estáis jugando al *cache-cache*, ¡con gritos y carreras por el jardín!

Echas a andar tras ella, algo jadeante, reclamándole sin palabras que ponga fin al paseo ¡Oh!, si no hubieses vuelto la cabeza para cerciorarte de que nadie había reparado en tu temprana llegada, no estarías ahora resbalando en este lodazal, caramba, manchando tu pantalón *écru*. Trotando tras ella hasta llegar a tal estado de exasperación que estás dispuesto a abandonarlo todo, a ella con sus rosas y su misterio. Hacer de tripas corazón, llamar a la puerta e inventar una excusa por la imprudente hora de tu llegada, por interrumpir al profesor Mironescu. Ella te ha puesto entre la espada y la pared, y no hallas otra forma de salvarte.

Sientes bullir dentro de ti una furia verdadera, hay que acabar de una vez por todas con esta situación que se torna minuto a minuto más intolerable… Hay que actuar, cuanto antes, mejor en aquella pequeña encrucijada. Aligerando el paso enfilas el camino que lleva a la casa, ella sigue en dirección al viejo nogal, donde están las sillas de mimbre… Si es tan descocada como para comprometer su situación por nada, tú en cambio no puedes permitirte jugar con tu reputación, pues bien sabe ella cuánto te ha costado labrártela… Date prisa, pues,

plántate delante de ella y, aunque la voz se te quiebre por la emoción, dile las palabras que has preparado:

—… pese a todo, no veo por qué tenemos que dar esta vuelta por el jardín, estimada y distinguida señora… Hay momentos en que uno está poco inspirado para mantener conversaciones que… Por eso le propongo que otro día… O quizá dentro de unas horas, cuando los senderos se hayan secado… No, no es difícil localizarme… no me solicitan tanto como usted imagina, me reclaman solo las obligaciones… En estos días tan turbulentos y confusos… ¿Recuerda usted mis predicciones? Al fin y al cabo, tras tanta inestabilidad no sería de extrañar que un día despertáramos borrados del mapa de Europa… ¡No, no estoy contento por lo que pueda suceder! Me alegra simplemente, como a cualquier persona con algo de entendimiento, haber sabido prever hacia dónde nos dirigíamos… Hacia el desastre, como me he permitido decir tantas veces. No, no, no intento cambiar de tema, pero estará de acuerdo conmigo en que no es este el lugar más apropiado para una charla, ni la hora más oportuna. Por lo tanto, le propongo que dentro de un rato… dentro de unos días… en otro momento más propicio…

Tus pobres y sensibles nervios han alcanzado el límite de resistencia. Tus ojos miran furtivamente, con preocupación, hacia la terraza de clemátides a la que da el salón del profesor; al menos esa puerta no se abre nunca… Miras a todos lados, salvo a Sophie, de modo que eres incapaz de presentir su ademán. ¡Oh! ¡Qué falta de tacto! Tomarte de la mano y atraerte hacia sí. ¡Es la gota que colma el vaso!

Te has ruborizado, tienes las orejas amoratadas, la sangre te zumba en los oídos, no estás seguro de que lo que oyes sea su porfiada propuesta:

—No podemos regresar hasta que te haya dicho que…

¿Decirme qué? ¿Qué compromisos quiere arrancarte después de ciertos *rendez-vous*? Has recorrido ya más de la mitad del sendero a grandes y rápidas zancadas, sin importarte que se te manchen de lodo los pantalones —¡no tienes apego a la ropa, no tienes apego a nada!—, y con movimientos bruscos que quieren dar la impresión de energía te

estás encaminando hacia la puerta de la casa.

Queda todavía el camino de acceso.

Los tres escalones.

El timbre.

Con el rabillo del ojo, sin necesidad de volver la cabeza, has visto cómo se dirige por fin hacia la bomba de agua para cerrarla y detener la inundación del jardín. A continuación se agacha a recoger la manguera.

Stefan Mironescu

Tras un cosquilleo sofocante del que desde hace rato intenta hacer caso omiso, estalla en un acceso de tos. Lo primero que se le ocurre es culparse por su falta de atención. Tose apretando descuidadamente el pañuelo contra la boca y se esfuerza por releer el renglón. *Nous sommes très peu connus*… Una convulsión violenta y el pánico en todo su cuerpo. Tose de nuevo con la desesperación de la asfixia, los ojos desorbitados, las lágrimas y la saliva derramadas en el mentón y la camisa, y por enésima vez maldice su falta de prudencia, porque si hubiera estado atento habría escapado de la violencia de esta tos. Con manos temblorosas se desabotona la camisa, siente la garganta en carne viva; hostigado por este angustioso acceso que nunca calmará, protege con sus brazos impotentes el pecho hundido. Entretanto, una alucinación auditiva: el traqueteo de un carruaje.

¡En fin! Perdido, apoya la nuca contra el respaldo de la silla de caoba. *Nous sommes très peu connus et avons, par conséquent, besoin de publicité occidentale*, vuelve a leer mecánicamente, en el papel blanco que tiene delante, salpicado de lágrimas y saliva que han corrido la tinta en algunas partes; irritado, estruja en la mano la carta apenas empezada y la arroja al *Papierkorb*.

¿Quién sabe cómo reaccionará la *pauvre* Sophie cuando se entere de la verdadera gravedad de mi dolencia? Mostrar dignidad varonil, apartarme discretamente de ella para evitarle el peligro del contagio y no pensar en el futuro aterrador que me exigirá, quizá, seguir distante. No pensar en el amor cada vez más inútil, en ese deseo cada vez más

vehemente, azuzado por la enfermedad que, por otro lado, prohíbe rigurosamente cualquier contacto íntimo. Entretanto mi apego a ella se hace cada vez más posesivo, mal disfrazado de indiferencia e irritación injustificada. Por desgracia ella solo percibe esto, no mi admiración religiosa ante su más mínimo gesto, a pesar de conocer en detalle todos sus hábitos. La sonrisa de su mirada entusiasta y crédula, su modo socarrón de murmurar algo, escondiendo con gracioso mohín su rostro ruborizado detrás del abanico, sus ojos soñadores mirando al vacío. (Sería de una misoginia vulgar imaginarme que en tales momentos Sophie está pensando en un corsé o en cosas aún más profanas.)

De un tiempo a esta parte experimento, con frecuencia cada vez mayor, una extraña zozobra, una exaltación sin motivo; respiro cautelosamente para no despertar la tos escondida en mi cuerpo y pienso sobresaltado que Sophie no tiene idea de cómo la siento yo en mis fibras, que a medida que se desgastan se vuelven cada vez más sensibles… No sabe cómo la vivo yo desde fuera y desde dentro ni cómo, sin embargo, ella escapa a mi ávida atención permaneciendo igual de opaca, pese a ser traslúcida.

Igual de difícil de comprender, aunque previsible en sus más mínimas reacciones…

Un motif de plus que je sois très honoré d'écrire dans votre revue. ¡Cuánta sinceridad puede haber aun en la frase más convencional! Porque, en efecto, a nadie guardo yo mayor estima que a este colega desconocido, quien con su inteligencia y perseverancia sigue ocupándose de su valiosa revista de filología, mientras alrededor todo arde…

Redondeo cuidadosamente cada letra tratando de hacer caso omiso del ardor de los párpados, de la sequedad febril de la palma de las manos, de la continua falta de ánimo contra la que lucho desde hace tiempo.

El velador es demasiado bajo, de modo que escribo encorvado, en una postura poco saludable, pero nada me hará cambiar de habitación; desde hace diez años es aquí donde leo y contesto mi correspondencia, pues, como el aposento se encuentra cerca de la

entrada, puedo ir yo mismo a abrir la puerta si oigo un tímido timbrazo…

La misma mesita, la misma escudilla de bronce; de vez en cuando, en espera de que alguien llamase a la puerta, unos pasos hacia la chimenea, donde permanecía un momento apretando el mango ornamentado del atizador. Verdugo inflexible de los pobres papeles, acechaba yo, preparado para intervenir si el fuego mermaba, sofocado debajo de la parva del papel carbonizado. Observaba el infinito movimiento del ovillo rojo dorado, me abstenía de mi antigua manía infantil: tomar en la palma de la mano la sedosa caricia de las llamas con su núcleo blanco azulado como el alcohol.

En esos momentos aparecía Maria con la bandeja de dulces y café: en casa se conservaban las costumbres orientales. La única medida que había tomado para modernizarla desde que me había convertido en su dueño, hacía ya muchos años, fue instalar la luz eléctrica y reemplazar la vieja campanilla por un timbre… Por fin, el débil tintineo del timbre. Con un descontento celoso, Maria se perdía en la profundidad de las dependencias mal iluminadas, con el enlucido descascarillado y las puertas sin aceitar, mientras yo caminaba presuroso hacia la entrada para proteger de eventuales miradas indiscretas a la tímida estudiante de letras y bellas artes. Sabía que Sophie no se atrevería a llamar por segunda vez, incluso podía esperar que un imprevisible ataque de pudor la hiciera marcharse si tardaba demasiado en abrir, y entonces me preguntaría yo si no había sido una simple alucinación auditiva.

Empecinada en llevar su tenebrosa capa con capucha (que delataba su gusto romántico y trasnochado de muchachita de provincia), Sophie se instalaba en silencio en el sillón, en el rincón más alejado del velador, y en sus miradas ávidas y esquivas se adivinaban los deseos de aventura de su alma joven y obediente. Nada podía impedirle presentarse con timidez ante la puerta, siempre a la misma hora. Una pequeña fiera a la que no había más remedio que dejar a su aire si no querías ahuyentarla. Y eso es lo que yo hacía: tranquilamente, seguía hojeando las revistas y respondía las cartas, mientras ella se adormilaba, sosegada, ¿quizá esperando una casta

caricia? Llevado por mi sobria honestidad, continuaba sin hacerle el menor caso, oyendo a veces el leve crujir de sus huesos cuando bostezaba, los chasquidos de su lengua roja y húmeda en el paladar, el rumor de las hojas de los libros de poesía o novelas que leía sin demasiada atención.

De modo que comprendí entonces que los manes y lares de la chimenea, con su soplo delicado como un suspiro, estaban junto a mí para protegerme.

Más tarde Sophie bajaba siempre a la misma hora al salón de la chimenea de porcelana, donde yo seguía ocupándome de la correspondencia. ¿Acaso recordaba ya con nostalgia los torpes inicios de nuestro amor? ¿Tal vez para detenernos en esos inicios casuales, como casual es también, en la historia de un joven Estado, el día elegido —de hecho banal— para convertirlo en sacra fiesta nacional?

Fueran cuales fueran los motivos, que ni siquiera nosotros conocíamos, Sophie aparecía en el marco de la puerta con su vestido de tarde, envuelta en perfumados volantes y se instalaba en el sillón, sin otra preocupación que vigilar la quietud de su esposo y los preparativos para la hora del té.

¿Por qué no grité entonces *Verweile doch*?[23] ¿Me hubiese decidido acaso yo a detener el instante después de haber muerto y resucitado, justamente cuando la vida, con sus altibajos, empezaba a concederme satisfacciones inesperadas?

Grites o no, el tiempo, desgraciadamente, no se detiene. Así como la ley del progreso no parece que quiera verificarse en este siglo que ha depositado en él su esperanza, así como el bien no es reemplazado por un bien mayor, antes al contrario; así como las mujeres, aun las más recatadas, no pueden vivir sin compañía… Sin embargo, el mismo salón con la chimenea de porcelana, la misma hora, la misma escudilla de bronce cargada de cartas y recortes de diarios, el mismo *Papierkorb* repleto.

Y la engañosa sensación de que el mundo late normal y protector a nuestro alrededor, de que el tiempo avanza por nuestro bien, mientras nos ciñamos a nuestras costumbres. A nuestros hábitos…

Pero de veras parece que se acerca un coche…

Por desgracia, cualquiera que enfile nuestra calle (de no ser un coche de alquiler perdido, con su cochero achispado en el pescante, o una berlina que acoge una aventura galante) solo puede venir a nuestra casa. Y yo no estoy preparado, ni en cuanto a la indumentaria ni a la disposición de ánimo, para recibir una visita inopinada. Doy unos pasos hasta el centro del salón y me detengo para aguzar el oído. Todos los sentidos se concentran en uno, soy solo un pabellón auditivo. No, no es una alucinación, se distingue el traqueteo del coche. Un ruido inconfundible, sobre todo ahora que se está pavimentando la calle. Y yo que he luchado conmigo mismo para reducir a la mitad mi lánguida siesta y, después de un breve aseo, con el espíritu aún aturdido, he bajado despacio por la escalera de madera, mientras el resto de la casa continuaba en reposo, a fin de atender mi hábito. Dedicar unas horas a la soledad con el fin de fortalecer mi ánimo para la velada, como Anteo tocando la tierra…

¡Qué contratiempo!

¡Que al menos no sea un latoso! Que sea Marie-Liliane, por ejemplo… Pero lo normal en este caso sería que Sophie estuviera al corriente y preparada para esperar a su amiga. «¿Mi amiga? Solamente gracias a ti se digna mirarme.» Esa es la única vez que Sophie me ha hecho un reproche llevada por unos celos no del todo absurdos. No tan inmotivados como en otras ocasiones. Después, ya segura de las cartas que guardaba en la manga (incluso la confesión de mi viejo proyecto matrimonial con Marie-Liliane le hacía sentirse menos vulnerable), no consideró necesario esforzarse en fingir que veía en Marie-Liliane una rival…

Al lado de la ventana que da a la terraza con la hiedra y las clemátides, de pronto me animo pensando en que la visitante podría ser Marie-Liliane… Al fin y al cabo, ¿por qué no? Aunque al parecer Sophie no está enterada. A buen seguro Marie-Liliane no acudirá a nuestra velada, con gente tan variopinta, pero puede permitirse aparecer incluso sin avisar… Solamente para dejar un pequeño regalo junto con su tarjeta de visita, no es la primera vez que ha tenido tal gesto… Si reconociera su coche, sus caballos, estaría dispuesto a retenerla. Cambiaría el encanto de la soledad por el placer de una

conversación con ella, brillante y llena de humor, sobre cualquier tema: su crisis mística, el instituto masculino donde se educó y donde era la única mujer, las diez operaciones que ha sufrido, la lengua árabe que aprendió en el hospital, el bordado y el Corán… nunca se sabe qué rumbo puede tomar una conversación con Marie-Liliane. Una muchacha deliciosa, que a veces te hace olvidar que no se le ha concedido el don de la belleza. En ocasiones me entrego a vanas y culpables ensoñaciones y me pregunto (especialmente cuando me roe el descontento) cómo habría sido mi vida si el destino injusto no hubiese dictado que Marie-Liliane quedara célibe… Estos son los términos en que pienso en ella y los que me salvan de cualquier remordimiento… Y ahora, cuanto más lo pienso, más me convenzo de que el visitante solo puede ser ella… Por eso intento ver qué ocurre al otro lado de los cristales, pero cuanto más me acerco, menos cosas distingo.

¿Y si abriera la puerta?

Si hubiera reflexionado un poco, me habría acordado de que hace mucho tiempo que no se abre la puerta que da a la terraza. ¿Habrá ordenado Sophie que la sellen? Será mejor que renuncie, me parece ridícula e inútil mi actitud, porque, además, el ruido de las ruedas del coche se oye cada vez menos, como si se alejara.

Me domina de pronto una suerte de lasitud, crece mi sensación de desfallecimiento. ¿Para qué seguir luchando con la puerta atrancada? Mientras sigo forcejeando, recuerdo una escena de antaño: *maman* entre dos sirvientas revisando, un sábado al atardecer, la ropa recién lavada de la casa y escogiendo lo que zurcirá ella misma. Y otra, tal vez aún más antigua: *maman* removiendo con un cucharón el contenido de una enorme marmita con mermelada y explicando —¿a quién?—, con las mejillas enrojecidas bajo el turbante almidonado, que nadie es capaz de vigilarla como Dios manda.

¿Acaso me he vuelto tan endeble que no puedo abrir una puerta atrancada?

Mira, ya está, pese a todo he logrado abrirla.

El aire seco, ardiente, me azota la cara como un aliento febril, y siento cómo la blancura de la luz me quema los ojos. Parpadeo deprisa

tras los cristales de muchas dioptrías. No, el coche no ha sido una alucinación.

Ahí está.

Un coche de alquiler normal y corriente, cubierto, se dirige hacia el final de la calle pasando por los baches, sorteando la apisonadora y los hoyos, esquivando la máquina de hacer asfalto, los montones verde grisáceo de los adoquines. El pasajero clava la punta del bastón en la espalda del cochero, eso me parece al menos. No estoy seguro de los detalles, no estoy seguro de si las imágenes son exactas o están deformadas por unos ojos enfermos. O son pura imaginación. Como siempre, no estoy seguro de lo que perciben mis sentidos y, como ya he dicho, hago bien en dudar de ellos. Así debe ser, pues es sabido que los sentidos nos engañan.

De hecho, hasta la razón.

Lo importante es que no hay nadie en el camino de acceso. Ni rastro de Marie-Liliane, pero tampoco (me digo para consolarme) de ningún visitante inoportuno.

Desde el camino de acceso mi mirada se desliza hacia el jardín y de pronto no doy crédito a mis ojos, hago una mueca de desagrado. Pero si es Sophie, aunque está casi irreconocible. Parece disfrazada de jardinera. No puedo decir que su atuendo carnavalesco sea de mi agrado. En los primeros años estaba siempre alerta para averiguar lo que me desagradaba de su forma de vestir, de sus sombreros, hasta de su modo de hablar. «Los hombres no entienden de moda, a ellos solo les interesan ciertas cosas», suele repetirte últimamente con una sonrisa equívoca y ofendida.

Es banal observar que en otro tiempo era yo y ahora son «los hombres»… Pero qué vulgaridad se ha manifestado en ella, de manera tan natural, únicamente por su paso a otra etapa de la vida…

Más que su modo de vestir, lo que me molesta es verla con las herramientas de jardinería. ¿Agotarse con semejante tarea, cuando tenemos un jardinero, pagado de tu modesto sueldo de profesor universitario? Debería ir para hacerla desistir, pero no me decido al recordar que hoy está de muy mal humor. No sería del todo imposible que me culpara —con esa especial lógica femenina— de haberse

enredado en una tarea que normalmente corresponde a la servidumbre… De un tiempo a esta parte se enfada por nada, quizá le cuesta soportar mi enfermedad y le cansan las tareas domésticas; de ahí probablemente su impresión de que su esposo le crea toda clase de inconvenientes…

Déjala, me digo, con su manguera y sus rosas, haz como si no la hubieras visto… Deja que tu mirada se deslice de vuelta, por encima de la copa del nogal, bajo el cual están en desorden la mesita y las sillas de mimbre, y luego sobre los rosales. La luz cegadora del día, al incidir en un chorro de agua, crea un diminuto arco iris. Sophie ha dejado abierta, ahora lo veo, la manguera, y el sendero se inunda poco a poco; pero a ella le da igual, coge las rosas y las coloca cuidadosamente en el cesto de mimbre.

Retírate discretamente de la terraza, me insto. Al imponernos reglas estrictas de comportamiento, la buena educación protege a los otros de nuestra agresividad, y nos protege a nosotros de la de ellos y de nuestro propio desorden interior… Protégete, pues, tras estas normas, me digo: en la madurez, cuando se empieza a intuir de qué va el juego, es más fácil imponerte tales razonamientos civilizados y egoístas.

Deja, pues, la puerta entreabierta, corre la gruesa colgadura verde y la cortina transparente, que cae sobre el parquet brillante como un espejo…

Deja las cosas como están y vuelve a tu correspondencia…

Veuillez agréer, monsieur, no, realmente no debería pensar con inquietud y aburrimiento en lo que pasará dentro de un par de horas, cuando los invitados empiecen a bajar de la hilera de carruajes. Vendrán los que aún no se han ido de vacaciones y los que por precaución ya han regresado a causa de los inquietantes rumores o de su propio espíritu precavido. Porque no se trata solo de la subida de precios, de los días de ayuno que se han multiplicado, de las numerosas señales preocupantes de anormalidad; todos sabemos con certeza que la situación se agrava, por eso hasta la hora de la cena hablaremos sin descanso sobre la intervención en la guerra.

¿Es que queremos realmente intervenir en la guerra, corremos el peligro de ser invadidos si no lo hacemos?

¿Quién nos va a invadir? ¡Los rusos, por supuesto!

Lo cierto es que Bratianu ha recibido más de un ultimátum, y no solo de los rusos, sino también de los aliados, que confiábamos en que nos protegieran…

¿Protegernos de quién?

¿Qué pregunta es esta? ¿Acaso no lo sabemos todos?

¡No se sabe nada porque Bratianu se muestra más ambiguo que nunca!

¡Bratianu, con su silencio de esfinge, ha salvado hasta hoy a Rumanía!

Bratianu, más mudo que nunca, en cuanto tiene un momento libre se escapa a su finca de Florica…,[24] para tumbarse cómodamente en su sofá y tramar proyectos desastrosos. Y no dejará de hacerlo hasta que vea a Rumanía borrada del mapa de Europa.

Bratianu no dejará de hacerlo porque sabe muy bien que Inglaterra ya nos abandonó una vez, en el Congreso de Berlín.

Después de tanto tiempo, ¿no sabemos acaso hasta dónde llega la mezquindad de la dinastía de los Bratianu?

Bratianu sigue negociando como en el mercado, quiere intervenir en la guerra en el momento más propicio, sin ceder un ápice en sus pretensiones.

Bratianu teme que los aliados se confabulen con Rusia a sus espaldas…

Un Estado pequeño, señores, arrastrado a una conflagración, eso sí es una catástrofe…

¿Y quién cree usted que actuará a sus espaldas? ¿Quién nos venderá?

¿Cómo que quién, señor? ¿No lo sabemos acaso?

¿Cómo? ¿Inglaterra? ¿Justamente la defensora de los principios?

¡La pérfida Albión!

Risas.

Una inquietud general, el estallido de risotadas, chistes subidos de tono, noticias alarmantes, las carcajadas sonoras de los señores, el

tintineo de las voces de las señoras y señoritas, un futuro amenazante, una inaudita algarabía, animación inútil a propósito del ministro Athanasiu, ya que en los círculos gubernamentales se ha recomendado, más que nunca, absoluta discreción. Y más que nunca somos sarcásticos y suspicaces, sospechamos más que nunca unos de otros: de los que sopesan las posibilidades de victoria de cada bando y se apresuran a unirse a los vencedores; de los que ostentan por las calles su nacionalismo con el único objetivo de derrocar al gobierno; de los que defienden que nos arrimemos a los imperios predadores; de los que ofrecen con tanta generosidad verter la sangre de los rumanos por Francia y por Rusia… Todos esgrimimos argumentos convincentes: ¡solo usted y yo somos personas de buena fe, todos los demás, espías y vendidos!

No hay peligro de invasión, digan lo que digan algunos interesados.

Pensemos, señores, que un solo paso en falso es suficiente para que nuestro pequeño Estado desaparezca del mapa de Europa como si jamás…

La situación ha cambiado radicalmente respecto a los últimos meses. Si entonces San Petersburgo quería que interviniéramos lo más tarde posible para que no albergáramos demasiadas pretensiones, ahora plantea a Bratianu el ultimátum…

Francia, señores, Francia de nuevo, Francia, que…

Se sabe todo y, sin embargo, no se sabe nada por culpa del exasperante hermetismo de Bratianu.

¿Quién, según usted, se entenderá con los rusos a espaldas de Bratianu? ¿Quién, señor, se atreve a decir usted que nos venderá?

¿Francia, la hermana Francia, que tantas veces nos ha dado pruebas de…?

Francia no es capaz de cuidarse a sí misma.

Propongo que lo hagamos en el último momento, tenemos que hacerlo con rapidez, con la mayor rapidez y sin tantas cavilaciones, sin escuchar lo que dice este y aquel…

La política, a mi modo de ver, es racional, no entusiasmo…

Si no eres especialista en política, me digo, y si incluso te desagrada su juego, ¿por qué no te abstienes de intercalar de vez en cuando una

frase escéptica, una sonrisa dubitativa? Y la conversación deriva nuevamente hacia las garantías que nos ofrecerían los aliados, cómo y en qué medida nos protegerían, ¿serás capaz, al menos esta tarde, de no traer a colación tu parábola favorita? ¿Qué vanidad infantil me lleva a mencionarla, pese a que he comprobado en varias ocasiones que lo que a mí me parece lleno de sentido carece de interés para los otros?

«Una anécdota real —me veo aseverando con una sonrisa amable— de los tiempos en que el futuro de nuestro pequeño país parecía aún más incierto que hoy…»

Pero ¿ha habido alguna época en que nuestro futuro no pareciera incierto?

«Ocurrió en los primeros años del reinado del rey Carlos. De hecho no es más que un breve diálogo entre un diplomático y un político. Por discreción no revelaré el nombre del embajador alemán en Bucarest ni el del político rumano, quien todavía vive… Este último, queriendo arrancar algunas mínimas garantías para nuestro dudoso futuro, preguntó al diplomático alemán: “Mientras en el trono de Rumanía haya un Hohenzollern, ¿no consideraría Alemania un atentado a su prestigio de gran potencia cualquier eventual accidente que le ocurra al pequeño reino rumano?”. “La división de Rumanía (mitad para Rusia, mitad para Austria), o incluso su anexión, contará con el beneplácito del Reich si así lo dictaren los intereses alemanes y lo requiriere la coyuntura general”, respondió secamente el diplomático. Quizá su respuesta pueda parecer mordaz. Pues bien, ¡sepan que fue formulada con toda cordialidad!»

Como siempre, la mayoría seguirá conversando sin siquiera bajar el tono de voz, algunos intentarán escucharme, pero desistirán después de las primeras frases; en todo caso, nadie en medio de toda esa agitación captará la verdadera moraleja, evidente e irrebatible para mí, que me gustaría llamar «el triste sino de Rumanía»…

Aún más desagradable que la falta de atención a mi parábola favorita sería una posible réplica. Por ejemplo, una acotación del amigo Victor:

—*Mon cher*, ¿qué le vengo diciendo desde hace más de dos años?

¡Que intervengamos de una vez del lado de los aliados! Me alegro de que al fin se haya convencido de qué calaña son *les boches* pese a que en el pasado otras parecían ser sus inclinaciones…

—Pero, querido, no se trata necesariamente de Alemania, sino de cualquier gran potencia… Quizá no me he expresado con suficiente claridad…

—Por Dios, tío Victor, ¿así lo ha interpretado usted?

—¿Y cómo quería que lo interpretase, querida?

Al principio semejantes intervenciones de Sophie me molestaban sobremanera. Al fin y al cabo, pertenece a esta nueva generación que desprecia con desparpajo los privilegios de clase y de sexo (para ser más exactos, solo finge despreciarlos, faltaría más). Hoy día es común que las mujeres hablen de política más acaloradamente que los hombres. Puedo imaginármela como antaño, en los buenos tiempos, cuando al escucharla incómodo la veía como un fiel mastín, con el hocico sobre las patas, gruñendo amenazador antes de abalanzarse ladrando con los ojos inyectados de sangre. O escuchar con cierto recelo la inflexión levemente afectada de su voz, por la que me percato de que está coque tean do… ¿No sabe acaso todo el mundo que el amigo Victor siente debilidad por Sophie? «Si me he quedado soltero es porque no hay una segunda So phie.» En todas las reuniones, al alba, un tanto achispado, repite esta frase.

¡Y ella esboza una sonrisa complacida, sin el menor atisbo de sarcasmo! ¡Su femenina avidez la hace disfrutar sin empacho de esa galantería vetusta y lisonjera! Por otro lado, en nuestra primera conversación *tête-à-tête* renegará del amigo Victor con una risa burlona… Pero hasta entonces: «Vamos, tío Victor, ¡cómo simplifica usted las cosas! Nuestro político preguntó al embajador de Alemania si podíamos considerarnos a salvo por tener en el trono a un rey alemán… Él simplemente barajaba la hipótesis de un futuro aciago, y la sorpresa fue que Alemania, y de hecho no necesariamente Alemania…»

Hablará como un colegial preguntado por su profesor, repitiendo con sus propias palabras lo que yo le he explicado antes. El fervor enternecedor —diríase el fervor absoluto— del que es capaz cuando

ama, su encantadora porfía, la ciega hasta el punto de que solo ve lo que le conviene.

Y si ya no se adivinan tales señales, ¿puedes estar seguro de que ha dejado de amarte? Así que me mantendré al margen de la conversación general y me alegraré cuando el joven Ialomiteanu se acerque a mí con el propósito manifiesto de hacerme compañía. Me planteará de inmediato sus pequeñas preguntas, con su consabida timidez hábil, y yo me veré en la embarazosa postura de negar saber más de lo que sabe todo el mundo, lo siento, señor Ialomiteanu, no me he enterado de tal cosa… Mirando sus ojos inocentes me sentiré más incómodo de la cuenta y, como siempre al ocultar cualquier nimiedad, tendré la sensación de que el otro está leyendo la verdad en mis labios. Sin embargo, insistirá el amigo, ¿será verdad que Bratianu está preparando un gobierno de unión nacional, no solo con Take Ionescu, sino también con Marghiloman? Esquivaré la cuestión con un mohín y un guiño cómplice, sumándome así a la categoría más amplia de los señores «informados», que suelen poner énfasis en ciertas palabras y te dan palmaditas elocuentes en el hombro. Gesto nada elegante, por cierto, amén de que quiebra la consigna de silencio absoluto que deben observar los círculos liberales; eso me hará apartarme un tanto bruscamente del señor Ialomiteanu.

Me resulta cada vez más difícil soportar su descontento conmigo. ¡Y pensar que en mi juventud anhelaba con ardor gozar de esa paz espiritual semejante a los mares en calma, y fue ella quien trajo la zozobra a mi espíritu inquieto! ¡Ay, la tan soñada, la intangible *so phrosyne*! Qué lejos estaré de ella cuando vaya a comprobar la disposición de las mesas de *whist* y *écarté*. Mis deberes de dueño de la casa me obligarán a pasar por el saloncito donde se oyen unas voces jóvenes, los hermanos Pallade, por supuesto: el uno, agradable tenor, que suele acompañar a Sophie, y el otro, automovilista… *Lieder*… Ante el piano se instalará un joven teniente, muchacho de buena familia, apenas llegado de la Escuela de Oficiales de Inglaterra. ¿Su nombre? ¿Su nombre? Ah, sí, Alexandru Geblescu. Ejerciendo de anfitrión, el ubicuo señor Ialomiteanu entablará conversación con él,

cercándolo con sus inocentes preguntas: «¿Qué cabe pensar de los nuevos nombramientos? ¿Será verdad que no es Bratianu, sino el rey, quien apoya al general Crainiceanu?».

Tras estar con los jóvenes embebidos también en la política, me acercaré con agrado a las inseparables señoritas Nacu, la *pauvre* Ortense, la *pauvre* Lily. Otro verano que pasa sin que hayan logrado casarse. Y lo peor es que en adelante las oportunidades serán cada vez más escasas…

«Unos vestidos magníficos; diríase que han hipotecado casas por ellos —diré esta mentira piadosa y las saludaré con una inclinación de la cabeza—. ¡Por cierto, semejantes vestidos son tradición en su familia! ¡Su exquisita abuela podría hablarles de las pasiones que despertaba cuando asistía a las funciones de Sarah Bernhardt! No es broma, ¡en absoluto! Yo era estudiante de bachillerato cuando su refinada abuela estaba aún *en beauté*. Todos se quedaban impresionados cuando aparecía en el palco. Sí, ¿les parece increíble?»

Después de la cena los caballeros se retirarán al salón de fumadores, es el momento en que se cuentan las novedades picantes, los chistes subidos de tono. Pero pronto la conversación se centrará en los nuevos ricos. Los patanes que han llenado Bucarest. Los permisos de exportación… La especulación de alimentos… Los bribones que se meten hasta en los reservados del hotel Imperial se pelean con los camareros a la hora de pagar la cuenta y hasta tienen la desfachatez de desabotonarse los chalecos.

Risas y más risas, la sana guasa de los rumanos, que, como he observado a lo largo de la vida, acompaña a los desastres: los incendios, los terremotos, la guerra, el cólera, el desmembramiento del país…

El recuerdo de esa noche en el jardín-restaurante del teatro de variedades Fântâna Blanduziei, cuando yo, recién llegado del frente balcánico, de aquel infierno del cólera, gracias a la oportuna intervención del amigo Jorg Athanasiu, me sentía desazonado, sin poder escuchar siquiera una canción, ni disfrutar de las salchichas y los bollos calientes en medio de la sencilla fiesta popular. Sus razones tenía la pobre Sophie para hacerme ciertos reproches: amén de no

haber conseguido nada mejor que ese rincón donde se oía mal, amén de las escasas salidas en que podía divertirse, le estaba amargando, con mis manías, esas pocas horas en que toda Bucarest se divertía tratando de olvidar los males de la guerra.

Carcajadas sarcásticas, voces irascibles, voces que pontifican.

¡Cómo es posible, señores, arrojar a un pequeño pueblo en medio de una conflagración mundial!

La mauvaise humeur de la Russie hacia nosotros se manifiesta en estos días abiertamente y sin ambages.

La opinión pública, hay que reconocerlo, no se muestra muy entusiasmada con los rumores acerca de la intervención.

«Por eso os lo repito: quien ahora, en el último momento, se dispone, con criminal inconsciencia, a derramar tanta sangre es el carnicero de Bratianu…»

Aunque sea la voz del amigo Victor la que pronuncie estas palabras, sería insensato, me digo, que le preguntaras, con la falta de tacto característica de los neurasténicos: «Pero, señor mío, ¿no era usted quien, hará unos dos años, defendía nuestra inmediata entrada en la guerra? ¿No era usted quien, hace dos horas, aconsejaba que entráramos cuanto antes y sin pensarlo dos veces, sin tantas tretas mezquinas? ¿No han sido acaso estas sus propias palabras?».

«¡Increíble! —gritará el amigo Victor—: ¡Increíble! Dispense usted, querido, pero yo abogaba por otra cosa. En el momento de la invasión de Lemberg, sí. O en otro momento, cualquier otro de todos los que se han dado y de todos los que se darán, pero no este. ¡No con la criminal indiferencia con que asistimos al estrangulamiento de la inocente Serbia, sin mover un dedo, impasibles, anclados en nuestro propio destino de pequeña nación acogotada por unos, abandonada por otros; nos hemos limitado a contemplar el asesinato de Serbia sin intervenir! Yo abogaba por entrar en la guerra en otro momento, amigo mío, y con otra gente. No con Iliescu en el estado mayor, que día y noche anda de parranda, yo decía que en otro momento y con otras personas. No con los que han sacado provecho de la neutralidad, de las concesiones de vagones, de los permisos de exportación y de todo lo que bien conoce todo mundo…»

«Un momento, querido. —No darás tu brazo a torcer—. Un momento, estábamos hablando de entrar en la guerra. Puesto que hubiese preferido otro momento, ¿eso no significa que deberíamos haber intervenido hace un año o unos meses? ¿No es mejor que haberle ahorrado eso al país, al menos por un tiempo, ya que seguimos siendo escépticos y pesimistas?»

«Dispense usted, querido amigo, hace dos meses sí, pero no ahora… Por lo demás, ¿a qué viene tan cicatera suspicacia hacia nuestros grandes aliados? Bratianu es desconfiado como un campesino de Arges en el mercado…»

Él seguirá, por supuesto, su propia lógica, de modo que, mirando su mentón estrecho, que denota debilidad de carácter, y la mancha amarillenta en el iris, la calculada gesticulación de sus manos con que marca la cadencia de su exposición, así como los demás rasgos de su idiosincrasia, que conoces bien desde hace veinte años y que nada te dicen sobre él que ya no supieras, no te atreverás a suponerle ninguna mala fe. Ay, qué aburrido estarás y qué harto del encarnizamiento y la intolerancia de la buena fe con que hablamos, cada uno creyéndose en posesión de su propia verdad. Pero, de hecho, ¿cuál es la verdad que sale a relucir sobre cada uno de nosotros después de esta discusión apasionada, pegajosa e interminable, que acaba siempre en el punto de partida?

Agobiado por el tedio y el hartazgo, y ¡tan cansado!, pasarás por entre las mesas de juego. La seriedad de las caras, la autoestima, la seguridad de que hacen gala en el momento de pedir una carta.

Sin que nadie se dé cuenta, saldrás por esta misma puerta, dejada a propósito a medio abrir, para tomar una bocanada de aire y darás algunos pasos por la terraza, entre las corolas de las clemátides, agrandadas por su sombra aterciopelada. El olor de la tierra aún cálida, que ascenderá entre las hojas gruesas de los arbustos, entre los setos silvestres de las glicinas, entretejidas en otoño por las arañas, y el movimiento dialéctico y diluido de tu espíritu que hace flotar en tu mente las desventajas de cualquier solución.

Hasta que tu pensamiento logre navegar nuevamente en aguas tranquilas, hasta la gran quietud del mar espejo. ¡Oh, la tan soñada, la

intangible *sophrosyne*! Acodado sobre la balaustrada, entre las ramas nudosas de la madreselva, tratarás de recordar en qué mes florecen, ¿quizá en mayo, quizá en junio? En todo caso, su época de floración ya ha pasado: el insólito olor de la madreselva, como un mensaje de mundos celestes, hace mucho que se ha evaporado y han enrarecido sus flores delicadas en forma de mano piadosa con los dedos juntos y humildes… Es la última, la penúltima noche de polvo y calor del verano, porque después de la Asunción refrescará de pronto y la luz caerá de otro modo. Creerás, mientras estás acodado sobre la barandilla, repasando las palabras apasionadas que has oído y las palabras apasionadas que te brotan en respuesta y que te cos qui llean en la lengua, creerás que es una noche sofocante como cualquier otra de Bucarest: solo que tú eres de los pocos que conocen el estado real de las cosas. Y como cualquier hombre superior que ha llegado a la mitad de su vida, ante tus ojos, que se obligan a ver cada vez más y a entender mejor, lo que tienes es solo la oscuridad.

Oscuridad, oscuridad…

Pero tu naturaleza lógica, opaca y optimista no se va a resignar. Con una punzada de culpabilidad (porque has desertado de tus obligaciones de anfitrión), deberás reconocer que te has aburrido antes de lo que esperabas, mientras contemplas la poderosa luna rural que se levanta sobre los tilos de la vecina avenida Kiseleff y que, *hélas*!, presientes que ni dentro de cien años quedará eclipsada por las luces de una verdadera metrópoli…

¿Una alucinación auditiva, o ha sido de verdad el timbre? Arrancado de mis ensoñaciones, aguzo el oído, tenso. El silencio inofensivo de la casa se llena de rumores triviales: el chirrido de una puerta, el crujir del suelo en la planta de arriba, un paso tan ligero que parece el de un gato bajando por la escalera. No se oye, sin embargo, ningún otro timbrazo… Quizá haya sido un chico travieso que, atraído por el misterio del timbre eléctrico, después de cruzar sin obstáculos el portalón, siempre abierto, ha apretado una vez el timbre y ha echado a correr hacia el terreno vecino para vanagloriarse de su osadía ante sus compañeros de diabluras y continuar con sus juegos. Percibo de

nuevo el silencio susurrante de la casa que ha despertado mi oído crispado, del mismo modo que la lente del microscopio revela de improviso infinitos seres vivos, plácidas larvas, en una gota de agua.

Y muy cerca, cerquísima, escucho el sonido inesperado del reloj de péndulo.

Sí, no falta mucho para que el timbre empiece a sonar sin cesar; tiendo la mano hacia la escudilla de bronce y los sobres sedosos susurran bajo mis dedos. *Tavernier à Paris* está escrito en medio del recuadro del reloj; ¿cómo resignarse a la idea de que un viaje a París se haya convertido en una aventura imposible? ¿Cómo aceptar que una cortina de fuego me separa de la mano amiga que ha estampado su firma en el reverso de este sobre? Explosiones que hacen saltar por los aires manos, cabezas y piernas ensangrentadas, cañonazos que decapitan a inocentes escolares y a santos de grandes catedrales, todo el infierno que refieren los periódicos me resulta imposible imaginarlo… Veo que mi último viaje fue a Viena hace dos años, para escoger los gramófonos y otras piezas necesarias para grabaciones, además de otros aparatos útiles para el laboratorio de fonética que tengo la intención de instalar en el entresuelo de la universidad apenas recobre las fuerzas.

Nada debe impedirnos cumplir con nuestros deberes. No mirar a derecha ni a izquierda, sino hacia delante, siempre hacia delante, como los caballos con anteojeras. Aunque nos supure la piel, roída por las riendas, aunque su temblor y los coletazos no consigan ahuyentar las moscas verdinegras que se posan en racimos sobre las heridas, aunque el freno nos haga sangrar la boca, aunque tropecemos a menudo hostigados por el látigo, hay que seguir tirando del carro… Por negro que sea el futuro hacia el que nos encaminamos, debemos planear la creación del laboratorio de fonética, igual que en los buenos tiempos, buscando el consejo de los que ya hace mucho que lo tienen… De aquellos con quienes antaño yo paseaba, oh, esos paseos juveniles, por Hohenstrasse y Zülpicher, ¡oh, maravillosa Europa!

A tientas y sin mucho esmero busco sobre la mesa el *coupe-papier*, con la vista clavada en el sello del sobre que sostengo en la mano, el

matasellos ha ennegrecido el encaje del Domo, pero no tanto como para que no pueda reconocerlo con una emoción desgarradora. Deslizo con cuidado el *coupe-papier* en el sobre y la sonrisa se me va congelando: ¡qué extraña es la compasión que despierta en el hombre maduro su imagen de joven!

Un mozuelo de mejillas aún infantilmente sonrosadas sobre el humo del incipiente bigote, el cuerpo, hueso y pellejo, la voz, fuerte; simula torpemente un aire de hastío cuando pasa delante de la portera… Sin embargo, no bien entra en la habitación, corre hacia el espejo ennegrecido del armario, no le inquietan su aspecto filiforme, las cejas gruesas y la poderosa nariz, sino la levita azul marino, el *gilet* amarillo pajizo con florecillas en tono *foncée* y el pantalón color de huevo de pato… ¿qué parte de su indumentaria revelará señales del este de Europa? Aunque afligida por su inminente partida, la *pauvre maman* lo llevó antes del viaje a Aux Quatres Saisons, esa tienda de la calle de la Aduana, para vestirlo de pies a cabeza: un guardarropa como es debido, prendas de entretiempo y de verano. Entonces, ¿qué falla?

Una mirada interrogante desciende desde la corbata de seda negra, anudada en lazo, hasta los suaves botines con flecos de piel, de los que asoman unos calcetines amarillentos a juego con los guantes. ¿Qué le falta para parecerse a los otros jóvenes de aquí?, ¿Será que ya ha cambiado la moda? ¿Será el corte de su ropa? ¿O su cuerpo desmañado? ¿Cómo habrá adivinado la portera de qué región de Europa procede su último inquilino, estudiante de filología y epigrafía? Otra duda más, sin embargo, dejaron traslucir sus ojos: no, polaco no es, desgraciadamente, tampoco griego, serbio tampoco, ni húngaro, ni siquiera albanés… Pero a él no se le pasa por la cabeza aclararle la duda… Si ella no ha oído hablar del pequeño reino de los Balcanes, él no tiene la menor intención de contarle nada; tampoco enrojecerá como en los primeros días; a cualquier pregunta responderá con monosílabos, para que no se le noten la inseguridad y el ensimismamiento por ser un novato en París. En pocas semanas dejó de ser un niño y se empecinaba en convertirse en un hombre; no, no se aferraba a la infancia, tenía prisa, lo presionaban el dinero y el tiempo. Por eso, solo cuando empezaban a llorarle sus pobres ojos

miopes, dejaba a un lado los libros. Sentado a la turca sobre las sábanas frías, con el gorro insoportable del que escapaban los rizos y la lengua entre los dientes como un niño, comenzaba a escribir sus notas:

> Almuerzo: *Table d'hôtel, boeuf à la mode* con patatas fritas, *Schnitzel* con espinacas, 15 coronas.
>
> Dinero en préstamo: 85 coronas. Fecha de devolución: 26 de octubre.
>
> Anotaciones: Tengo la impresión de que está cambiando el meollo de la especialidad a la que pienso dedicarme, pero el cascarón permanece. En lo que se refiere a mis intentos, no me ofrecen seguridad alguna; por el contrario, la mayor parte del tiempo me avergüenzo de ellos, me parecen buenos solo para arrojarlos al cesto de la basura. Y esta reacción anímica mía me temo que demuestra, sin la menor posibilidad de error, mi natural mediocridad.

En algún cajón del viejo archivador de mi despacho, o en alguna de las mesitas desvencijadas de la buhardilla, estará el cuaderno sobre el que el pobre jovenzuelo se inclinaba para contemplar con inquietud la página inconclusa: ¿había logrado sacar provecho del poco tiempo y el poco dinero de que disponía? La nariz autoritaria, su sombra reflejada sobre la mejilla alargada, de ridícula y conmovedora seriedad; estaba solo, había vuelto a casa demasiado tarde, no podía permitirse caer en el desorden…

> Espectáculos vistos: Los hugonotes, La muerte de Wallenstein, Egmont.
>
> Encontrar otra vivienda con entrada separada. Muebles: mesita de escritorio, armario biblioteca con espejo, mesa de tocador, cama, un sillón, armario con lavabo y placa de mármol donde estará montado el grifo, alfombra y cortinas en las ventanas. Incluido en el precio: el café de la mañana, la luz encendida a toda hora, lavado de ropa de cama, limpieza y cuidado de la ropa.
>
> Para el examen: estudiar a Meyer-Lübke.
>
> Culpa imperdonable: haber tardado una semana en escribir a casa.

Bosteza, aparta el cuaderno de las rodillas, baja los pies al suelo, una extraña pereza roe su decisión espartana, le hace mover las manos negligentemente. Desiste de buscar las zapatillas, va descalzo hacia el modesto lavabo, extiende la mano para alcanzar la garrafa de agua y, por pereza, bebe a gollete. Vuelve a la cama y en su camino evita ver en el espejo ennegrecido del armario su rostro de Pierrot con el gorro, el bozo, las espinillas, ¡oh!, ¿si fuera de mejor ver?

¡Que compasión desconcertante me inspira ese joven, a quien, casi

sin importarme, dejo precipitarse —¡oh, ceguera!— hacia sus penas futuras. Sí, le dejo, con la absurda sensación de que está en mis manos hacer que las cosas vuelvan a su principio. Pero llevo el lápiz maquinalmente hacia el borrador, *Liebe Karl*, escribo. Escribo un borrador con sumo esmero, aquí se centra toda mi atención, no en el pobre joven extranjero que fui, quien puede que guarde un vago parecido conmigo. ¡Qué ralas se me han vuelto las cejas! ¡Cuán fino se me ha vuelto el pelo! Qué poco me parezco a él, excepto en este punto extraordinario: ¡que nadie, ni siquiera el Señor de los cielos, sabe más de él que yo!

Entonces daba clases de francés (aprendido en casa, y del que se había examinado en la asignatura de filología románica) a dos señoritas de la pensión, y el domingo, cuando la vida de la ciudad se recogía absorta en misteriosas profundidades y la fascinante lectura se tornaba una práctica tediosa, se concedía permiso para soñar con su tez de porcelana *vermeil*, con su inverosímil cabellera luminosa… Excepto la amistad entablada con el querido Karl, no se permitía cultivar otras; despreciaba el lustre frívolo de las conversaciones triviales y no perseguía la solidaridad amistosa de los demás ni el éxito galante y mundano… Y por la noche, por supuesto, continuaba escribiendo en su viejo cuaderno:

> Anotaciones. Kölnisch Anonim: Cristo en el jardín de Getsemaní. El autor desconoce no solo las leyes de la perspectiva y la anatomía, sino también las del dibujo, y por ello no acierto a entender de dónde proviene el efecto artístico, más aún cuando ni los colores le sirven, deteriorados como están por una mala conservación. Aunque podría afirmar lo contrario: que la degradación de los colores es en gran medida la responsable del efecto artístico. El dorado del cielo crepuscular se ha llenado (está claro que más tarde) de manchas oscuras que parecen simbólicas y agoreras. Pero ¿se puede calificar de artísticos los efectos no intencionados del artista, surgidos del juego de la casualidad? Personajes y ambiente: jardín, se podría decir un redil, porque es pequeño, con dos o tres árboles enanos rodeados de una vallita retorcida. Cristo: opulento e hidrocéfalo. Los soldados: caras inexpresivas, idiotas, alrededor de una cerca. De modo que hoy vemos el espectacular cielo dorado, surcado de franjas oscuras debidas a la alteración de la pintura y a la madera cuarteada a lo largo de quinientos años. El miedo sobrecoge a un Cristo arrodillado (es evidentemente un *pitoyable bonhomme* a quien la idea de sacrificarse por los otros se le aparece como una absurda injusticia), carente de toda majestad. Por su falta de belleza, la escena puede despertar casi el mismo efecto de repulsión y lástima que el cercano mal olor de unos viejos desaseados. En lo que se refiere a los soldadosverdugos, al temor de saberlos junto a los postes de la cerca, se mezclan la repulsión y la risa, porque son absolutamente

grotescos. El mal carece de la grandeza solemne que cabe esperar, y tampoco la tiene el bien… Y no obstante el pobre Cristo hace bien al orar de rodillas bajo este cielo que con los años se ha ido oscureciendo, porque las armaduras brillantes lo rodean por doquier, arriba flotan los penachos rojos y las alabardas relucen amenazadoras en la oscuridad…

Algunos apuntes inevitablemente le arrancan una sonrisa:

Tan pronto como entré percibí un soplo de encantamiento: farolillos de papel de colores y guirnaldas con fotografías colgaban de los árboles. Después quedé yo también sumergido en esa atmósfera, especialmente mientras duraron aquellos *tableaux vivants*, y luego traté de encontrar a la desconocida. No lo logré hasta que aparecieron las señoras, ataviadas con vestidos impresionantes, adornadas con flores naturales, como (según me explicó ella más tarde) exigía la moda de esa estación. Ella, más original y sincera, había renunciado a las aristocráticas orquídeas y a las burguesas rosas y adornaba su escote con un ramito de frescas violetas.

Con absoluta seguridad conozco todo lo referente a él, pero, con relación a ella, han pasado muchos años y, en este sentido, de nada han servido… He dejado de escribir y apoyo el mentón en la palma de la mano pensando, como otrora, en ella: ¿quién era? Una mujer atractiva y, aquella tarde, solicitada; ¿por qué aceptaría sin preámbulos al desgarbado estudiante? ¿Quién era ella? ¿A qué mundo pertenecía antes? ¿A qué mundo había logrado pertenecer? Sus modales eran irreprochables y sus dientes, blancos y sanos… ¿Y su vivienda, en la que había entrado, emocionado como un enamorado? Cuando no tienes un pasado sentimental, solo un cuerpo joven al que martirizan los sueños de lujuria y la atracción por hábitos insanos, aparecen, con la velocidad del rayo y en las más modestas circunstancias, las tensiones del amor.

O por lo menos a él así le sucedió.

La ventana del saloncito, siempre abierta, no logra eliminar el olor a humedad de las viejas paredes mal conservadas ni los olores demasiado humanos (comida, polvo, colonia rociada en abundancia para tapar el resto) que probablemente impregnan desde hace tiempo la alfombra desgastada, algún día, al parecer, *bluevert*, con flores y ramitas. Sin embargo, junto a estos signos de pobreza, en la vivienda se ven aquí y allá indicios de tiempos más prósperos: un hermoso plato japonés *cloisonnée* colgado de una pared, un bello reloj antiguo sobre el mármol de la estufa de azulejos blancos.

¿Cuánto tiempo estuvieron hablando en el saloncito, sentados en el pequeño sofá de muelles gastados? En su memoria solo ha quedado

grabada la escena siguiente, milagrosamente bien conservada, como si un ojo omnisciente y ajeno la hubiese observado desde fuera: él avanzando a grandes y silenciosos pasos hacia la cama, pisando fuerte como una cigüeña macho, cubriendo inútilmente con una mano su desnudez, con los ojos empañados y la respiración cada vez más acelerada. Hasta que, perdiendo de pronto la paciencia, corre para perderse en su cuerpo, con redondeces aún frescas: siente bajo la palma temblorosa el seno húmedo, que cuelga por su propia gravedad. ¡Qué milagro! ¡Qué milagro ha obrado ella mostrándole que su cuerpo, que hasta hoy había despreciado como a un animal sucio, peligroso, presto a importunarlo y humillarlo, este cuerpo que hasta hoy ha cuidado con negligencia, en habitaciones demasiado frías que convertían el aseo en una prueba espartana, este cuerpo es ahora capaz de hacerle feliz! ¿Sería demostrativo el desenfreno de ella en la vieja cama con baldaquín? ¿Una lección práctica? No, para él han dejado de ser los gestos que aprende avergonzado diariamente, como una lección de baile, con movimientos pesados por la excesiva atención que pone en ello: ¡pobre bailarina principiante, paralizada por los focos del escenario! Qué comienzo ávido e impetuoso, conduciéndolo por una senda que reconoce, por la que camina por vez primera, un distanciamiento supremo, él mismo, sin cuerpo, flotando, remando pausadamente, liberado de su propio peso… Y la que parecía ser su vida: ¿un fragmento sin importancia, iluminado por un rayo casual, un trozo de la gigantesca alfombra, por lo que debes retroceder para poder observar la totalidad? Una profunda lucidez, quizá definitiva, flota delante de sus párpados apretados, mientras se pierde en el espasmo del amor que lo arrojará a la orilla… ¡un ser terrestre, con los sentidos atrofiados!

Una espléndida mañana azul penetra por la ventana abierta, desciende sobre los tejados en forma de artesa de la vieja ciudad alemana. Nada logrará oscurecerla en los meses siguientes… Ella con la bata echada descuidadamente sobre los hombros y el pelo bien recogido en la red (respetaba el intervalo en que ella se lo alisaba con la plancha), él acariciándose, con un gesto que se ha tornado familiar, el bigote que se había dejado crecer, hundido en el sillón; como tantas

veces, presa de los recuerdos.

Un vértigo lascivo viene a nublarle la mente, un zumbido imparable en los oídos, una ola de sangre que hará que sus huesos se vuelvan cada vez más livianos, más esponjosos y, en el bajo vientre, el mismo clavo gigante, candente por el fuego del deseo…

Ahora estoy pasando a limpio el borrador de la carta, inclinado sobre el velador. De nuevo me veo como si un ojo ajeno y omnisciente me observara desde fuera, pero ¡qué diferente es todo! Los hombros estrechos y curvados forman una ligera joroba, el pecho es angosto, y las vísceras empujan hacia fuera un pequeño *embonpoint*; en la comisura de un ojo, una verruga blanquecina, el tic nervioso que hace temblar rítmicamente las piernas largas, descarnadas, en las que los ángulos de la rótula empujan la tela del pantalón… ¿Cómo es posible que él sea yo? Apenas un vago parecido, el que existe entre un padre y un hijo, menos que eso… ¿Podría sin embargo ser mi hijo?, ¿podría decir que lo es?

Si fuese mi hijo, cerraría los ojos aterrorizado… No, gritaría a Dios, ¡Te suplico que apartes de él este cáliz! No, Le gritaría arrastrándome a Sus pies… ¿Cómo dejarlo solo durante los dos días de viaje en tren, ojeroso y pálido, aterido y muerto de miedo junto a la ventanilla, mirando el paisaje sin ver nada?

La inquietud en el coche, las manos y los pies congelados, los dientes cas ta ñe teán do le, y él abriendo una y otra vez la ventanilla para sacar la cabeza y gritar al cochero: «¡Deprisa! ¡Más deprisa!». Y alguien dentro de su cabeza implorando secretamente que el viaje se alargase lo máximo posible, hasta el infinito, y sin embargo ahí está subiendo sin aliento los escalones de la entrada, y luego los incontables escalones de madera, respirando con dificultad creciente, subiendo con pasos titubeantes, y de pronto, el olor…

En el pasillo mal iluminado, donde la punta de los zapatos tropezaba en cada irregularidad del suelo de madera, el olor se volvía cada vez más fuerte, hasta que, empujando bruscamente la puerta entreabierta del dormitorio de mamá, pudo comprenderlo todo. En lugar del habitual aroma a lavanda y albahaca que emanaba

discretamente de las sábanas siempre limpias, de los cajones de la cómoda, un hedor vergonzoso a carne podrida y orines… Y su madre, tan ponderada, que en el momento de su partida, al oír el silbido del tren, escondió bajo el velo sus ojos desvalidos… ¿Cómo, Dios mío, cómo había llegado en tan poco tiempo a convertirse en este esperpento…? A la luz de la vela, una cabeza ennegrecida y pequeña como un puño —parecía aún más pequeña sobre la blanca inmensidad de la almohada—, los ojos con un brillo helado, los labios amoratados y secos. Inmóvil y con la respiración agitada, un extraño silbido del aire, como una lucha contra algo invisible en la que ella concentraba toda su atención. Soy yo, ¿lo sabes?, susurra tontamente ante ese rostro crispado e inmóvil, ante esos ojos que no distinguen a nadie, mas la pupila negra se contrae, lo que le hace pensar que ella sabe que está ahí. ¿De veras se ha contraído o solo ha sido una ilusión? Porque el extraño silbido que emite su boca no ha cesado ni un instante, y ella sigue con el mismo aire de concentración, como si un asunto muy importante requiriera toda su atención, un asunto que solo a ella atañe y del que se ocupa con el tesón que la ha caracterizado durante toda su vida. Ten un poco de paciencia, cuando acabe con ese asunto podréis charlar al fin, como siempre.

Soy yo, ¿lo sabes? El olor de la cera pura y el incienso que disimulaban la vergonzosa pestilencia de la carne, puertas que se abrían y cerraban a su espalda, llantos ahogados, pasos sobre la escalera interior, en la calle en mal estado, el traquetear de un coche, el ruido de un faetón con tinajas de leche vacías: el rumor habitual de la calle, de la casa, del mundo que, siendo el mismo de siempre, había dejado de ser acogedor y cálido; ¿dónde había escondido hasta entonces su semblante obsceno y aterrador?

Pasos alrededor y el extraño silbido del aire, al parecer más suave, entre los labios amoratados, y la expresión de la madre cada vez más concentrada, pero al mismo tiempo más indiferente, por increíble que pareciera, como si hubiese olvidado que debía acabar cuanto antes con aquel asunto que la mantenía ocupada para que ambos pudieran charlar. Como si, por sorprendente que pudiera parecer, no le importase en absoluto que él acabara de llegar tras una larga ausencia,

después de un largo viaje, y no encontrase necesario dirigirle siquiera una mirada…

Otra vez la campanilla de la entrada, otra vez ruido de pasos en la escalera, el grito del aguador, cubierto enseguida por el estruendo de su barril con ruedas en la calle pavimentada con guijarros de río, tú-que-antaño-estabas-tan-llena-de-vida, la voz de un viejo, seca y plañidera, cubierta pronto por la música de un organillo, una puerta abriéndose, un sollozo ahogado, él sin saber qué hacer, pasando el peso de su cuerpo de un pie al otro, con los ojos secos, cuando-en-este-mundo-tú-sola-y-yo-estábamos, una voz de viejo, insoportablemente seca y plañidera, y él esperando de pie, torpe e impaciente, sin siquiera darse cuenta de que toda su existencia había dejado de ser lo que solo él pensaba que podría ser: un ascenso normal y placentero hacia una holgura merecida y una dulce armonía… Porque, a despecho de cualquier sentido y de cualquier estímulo, en ella ya no cabía más que el profanador olor a carne podrida, el desatinado silbido del aire en los labios entreabiertos…

Igualmente natural le pareció que de pronto aquel silbido extraño cesara, que las mandíbulas entreabiertas se volviesen de piedra, y que ya solo se oyera el silencio, muelle y cotidiano…

Si de veras fuese mi hijo, después de recordar las pruebas que tuvo que soportar yo no sería capaz de apartar el sobre con mano decidida, mientras esta escena sigue desfilando ante los ojos de mi espíritu… No buscaría luego cuidadosamente, en todos los bolsillos, la cajita plana de Fructines-Vichy, *traitement rationnel de la constipation, migraines, dyspepsies, maladies du foie, de l'estomac, de l'intestin*, aquí está, por fin.

En la lengua, el conocido sabor agridulce, un suspiro de relajamiento y placer, afuera el cielo azul con algunos jirones de gasa blanca, un vientecillo inesperado —¡gracias a Dios!— que reaviva las copas de los álamos de enfrente… Su cuerpo verde brillante respira, y yo respiro al compás de ellos, mirándolos feliz…

Pero ¿será posible? ¡Habrase visto!

¿Cómo puede alguien llamar a la puerta a esta hora con tanta impertinencia? ¿Y cómo es posible que no haya nadie en casa que

vaya a ver quién es? ¿Cómo es posible? ¿A tal extremo se han trastocado las normas de esta casa que toda la servidumbre se ha esfumado y Sophie debe cuidar del jardín y yo acudir a la entrada haciendo las veces de Grigore…? No podré disponer de un solo minuto de soledad, para estar conmigo mismo, hasta la madrugada. Hasta que me acueste temblando de cansancio. Tendré que soportar desde ahora mismo su invasión indiscreta. Recibirlos con una sonrisa falsa y amable. ¡Es el colmo! ¡El colmo! ¡Es imperdonable! Cualquiera que pasa delante de la casa puede llamar a esta puerta. Sin enviar antes una tarjeta de presentación, sin telefonear, cualquiera puede llamar a la puerta y entrar en el vestíbulo. No pienso moverme de mi silla de caoba por el sonido del timbre, pero no servirá de nada. ¿Acaso ya no hay reglas en este mundo? Sigo sentado en silencio en mi silla, una emoción odiosa hace latir mi corazón con insoportable fuerza. ¿Habrase visto? Tres golpecitos y a continuación la puerta se abre despacio. ¡Mira! ¡Mira quién aparece en el umbral…!

—Por favor, señor Ioalomiteanu, pase y póngase cómodo. Ya hemos hablado muchas veces de que en estos tiempos el protocolo ya no se estila, todo se ha simplificado y sigue simplificándose… Así que tome asiento, o quédese de pie si lo prefiere. Por supuesto que no me incomoda, en absoluto, querido señor Ialomiteanu. ¡Al contrario, como bien sabe! Como bien sabe, siempre abro mi correo con público… Podría incluso decirse que forma parte de mis costumbres…

Sophie

No hacía nada. Simplemente estaba. El cielo era blanquecino, como de piedra, cortado en un extremo por una brecha azul. Miraba la rama de hiedra suspendida que dividía la ventana. Me hallaba en la habitación donde habíamos acordado que dormiría yo las más de las veces. La ventana de nuestro dormitorio estaba totalmente cubierta por la hiedra y a mí me gustaba la luz; esgrimí también este argumento al explicarle que ya no me agradaba que durmiéramos juntos… Había renunciado a subir de nuevo a la buhardilla en busca del inútil de Grigore y permanecía quieta, simplemente esperando a recuperarme

de este *malaise* pasajero para volver al jardín.

No se oía más que el zureo de las tórtolas y, muy a lo lejos, un tranvía. De pronto el sol asomó tras una nube blanca y dibujó en la pared el contorno preciso de la luz y la sombra; la sangre me bullía al recordar, me estremecía su torrente encabritado en las venas del pecho, de la frente; me ahogaba, veía, sentía el contacto crudo y aterciopelado de la piel, ¡oh!, la unión de los cuerpos en una única cadera. Al ocultarse el sol, desapareció aquella división precisa entre la luz y la sombra, y mi corazón seguía con sus latidos inquietos y temerosos. Se oía en la distancia el canto ronco de un gallo, la rama sobre la ventana ocultaba las semillas bajo las hojas y lo único que persistía era el miedo. Entonces percibí el ruido de un coche. No quería llegar tarde, me puse en pie, me arreglé el vestido; tras los cristales la hiedra seguía eterna e inmóvil.

«Rechazando los prejuicios, la mentalidad moderna acepta que la mujer desea al hombre en igual medida que el hombre a la mujer…»

Esa frase volvió a resonar en mis oídos mientras descendía de puntillas por los escalones de madera. Cogí el cestillo, los guantes y la podadera. El tono era el mismo que el de la primera vez, pero ahora yo veía las cosas de otro modo. Y con gran claridad, además. Me preguntaba sinceramente si también Lisette tenía semejantes fantasías, y varias veces al día. Su relación con Jorj había vuelto a la normalidad, pese a que hacía un mes que la sirvienta había dado a luz.

Al salir al jardín por la puerta trasera, oí nuevamente el traqueteo de un carruaje. ¡Menudo verano! Las hojas de los árboles habían perdido el verdor, estaban blanquecinas, cubiertas de sales y polvo, apergaminadas, como si fuese un mes más tarde. No quería pensar en lo que podía suceder un mes después, ¿qué iba a ser de mí?, ¿qué iba a ser de todos nosotros…? Intentaba apartar de la mente esa frase vergonzosa y persistente. No deseaba caer en esos delirios ni imaginar varias veces al día esas cosas de las que en general no se debe hablar. Y lo que menos me apetecía era ver los ojos de Stefan, bordeados de un cerco amoratado. He aprendido a temer esos ojos penetrantes, fijos en mi persona, endurecidos por el odio y la incomprensión.

La vida nos ha sido dada para el goce, no para ser un fardo; tan convencida estoy de eso que puedo alejar sin mayor esfuerzo cualquier pensamiento negro.

Las hojas de los árboles estaban cubiertas de polvo y necesitaban un chorro de agua, así que las mojé con la manguera; una verdadera locura regar los árboles en pleno sol, pero ¿a quién le importaba? La vida no tendría gracia sin la sal de las pequeñas locuras; sin el menor esfuerzo aparté de mí aquello que me incomodaba, incluso esa deshonrosa frase se desvaneció; apunté la manguera hacia un manzano y lo rocié rama por rama. Bajo las hojas de reverso blanquecino y aterciopelado brillaban escondidas las manzanas aún sin madurar; se me hizo agua la boca y no pude contenerme.

Poniéndome de puntillas traté de alcanzar la manzanita que colgaba sobre mi cabeza, no iba a ser fácil. La manguera se había doblado por la presión del agua y empezaba a borbotear en el sendero; la dejé tal cual porque quería atrapar la manzana. En ese instante pasó un coche. La vida no nos ha sido dada para ser un tormento, sino para el goce, de manera que, y si me lo proponía, ninguna contrariedad podía causarme pesar. Estaba a punto de agarrar la rama, pero al final no lo conseguí porque me volví a mirar el coche. No, no era el que yo esperaba, sino uno que se había extraviado quién sabe cómo y pasaba de largo por delante de nuestra casa. Así pues, ya más sosegada, conseguí agarrar la rama cargada de manzanitas. La primera era tan ácida que al morderla se me saltaron las lágrimas, igual que cuando alguien me saca de quicio; sus blancas semillas reventaron entre mis dientes y saboreé un rato su amargor, mirando hacia la terraza con clemátides. No me extrañó descubrir a Stefan allí, escondido tras el arco de las clemátides, examinándolo todo con sus ojos penetrantes: el patio, la calle, el jardín. Si pudiera, penetraría el sentido de cada uno de mis gestos, mis pensamientos, ¡una agresión vampiresca! Me pregunté de dónde habría sacado las fuerzas suficientes para abrir la puerta bloqueada que da a la terraza. Fingiendo no haberlo visto, me agaché junto a la manguera. De modo que hasta ese extremo había llegado: abrir la puerta que hacía siglos nadie franqueaba y plantarse allí al acecho. El remordimiento que a veces me perseguía al imaginar

que lo había herido desapareció en un instante: nadie en este mundo podía pretender conocer hasta nuestro último pensamiento. No era justo sentirse vigilada todo el tiempo, había que protegerse como fuera… Para empezar, no pensando más en ello. En el siglo XVIII, cuando alcanzó su perfección el arte del buen vivir, una aventura galante era un derecho. La vida requiere hacer compromisos con tacto y elegancia, porque es algo más que vivir conforme a los principios *sans queue ni tête*. Grave error, replicó Stefan cuando le recordé que esas palabras habían salido de sus labios hacía tiempo; añadió (de hecho, sin estar totalmente convencido) que esa forma frívola de pensar no podía ser suya, que tal vez en aquel entonces había deseado ponerme en guardia, para que no me enamorase de él. *Il ne désirait pas s'attirer des histories…*

Volví de nuevo los ojos hacia la terraza y estaba desierta. Tal vez seguía espiando detrás de la cortina o de la puerta entreabierta. Con la intención de tranquilizarlo para que dejara de perder el tiempo en vano, comencé a cortar las rosas mustias y a meterlas en el cesto. Si le apetece, que siga mirando. Las rosas no estaban tan secas como para que no se pudiese hacer mermelada, pero no se puede encomendar a los sirvientes la delicada tarea de cortarlas. ¡La pesada de Margot debería ocuparse al menos de esto, en vez de pasarse el día entero frente al espejo! De hecho su empeño más bien tendría que despertarme compasión, ya que haga lo que haga no deja de ser feílla. Y qué decir de su comportamiento, de inquietante ligereza, puesto en evidencia en su hoja de aprovechamiento escolar de este año. Se me ha quedado grabado aquel «grandes exigencias a los demás; dedicación al estudio: inconstante».

Bajo los volantes de la falda de jardinera había un bolsillo escondido del que de vez en cuando sacaba una manzanita para mordisquearla hasta que la acidez me producía dentera. Por si cupiera alguna duda, ese antojo se revelaba como una prueba concluyente. Además, en las dos últimas semanas la casa me parecía inundada de olores. Un poco antes, al ir al tocador de Margot, se me había revuelto el estómago al percibir el tufo a pelo quemado; madame Ana apestaba, como de costumbre, a cebolla frita y a sudor; debajo del

diván olía a pipí de cachorro —seguro que escondió al desgraciado de Piturca toda la noche allí— y luego, en el rincón, esas braguitas manchadas de Margot, ¡uf…! ¡Qué desagradables pueden ser las chicas! Ni la educación puede apartar la suciedad del sexo! Salí corriendo, presa de las náuseas, y esa fue una señal, la peor de todas; cerré tras de mí la puerta de mi habitación. Inclinada sobre el lavamanos, las arcadas dieron paso al vómito, y al final escupí hasta un hilo de sangre. Preferí que fuera Maria quien lo limpiara, pese a que me odiaba y espiaba todo el tiempo mis más mínimos movimientos. Por otro lado, Stefan ya estaba convencido de la ojeriza que me tenía, así que no creería ningún cotilleo de su parte.

«Límpialo bien», le dije, y me tendí en la cama.

Sabía que eso era suficiente para que me detestara con mayor encono. Apenas se retiró me levanté, me enjuagué la boca para quitarme el sabor amargo y me lavé las mejillas, pues había quedado algún resto seco, amarillento; volví a recostarme y, para no dormirme, clavé los ojos en el tallo de hiedra que dividía en dos la ven tana.

Tendida en mi lecho, pensé que todo habría podido evitarse si hubiésemos salido de vacaciones. ¿Y quién era el culpable de que estuviéramos muriéndonos de calor, como los menesterosos, en el mes más sofocante en Bucarest? Mientras había gente que, ante la amenaza de una guerra inminente, había descubierto que la playa de Constanta podía ser hasta agradable, ¿por culpa de quién nos habíamos quedado aquí, en esta ciudad insufrible en verano, asándonos como la chusma, entre el polvo y el humo de los asaderos de albóndigas de cordero? ¡Si al menos hubiese tenido una amiga del alma a quien confiar mis penas! Alguien con quien hablar de esta situación que se volvía día a día más inaguantable, las quejas y los caprichos cuando estaba *tête-à-tête* con él, sus groseras intervenciones en público, las réplicas que delataban su mal talante y desdecían su cortesía… ¡Hacer caso omiso de todo, olvidar a los que lo rodean y lanzarse a humillar a la persona más allegada! Y cuando había que demostrar hombría, asomaba el egoísta y el endeble. ¿Y si un buen día me faltaran las fuerzas *pour sauver les apparences*?, ¿las fuerzas y la voluntad?

¡Sentirte en plena juventud, con ansias de vivir, y no encontrar más

que obstáculos alrededor! Sin más futuro ni perspectiva que cuidar de un enfermo veleidoso y exagerado, una hermana egoísta y mimada, y para colmo una guerra al parecer en ciernes.

Y como habías querido olvidar y disfrutar de un natural momento de placer, impulsada por tu joven corazón, ahora tenías que afrontar las desgracias femeninas…

Mientras se agolpaban estos pensamientos, tuve la impresión de estar húmeda. Me levanté rápidamente de la cama, pero no, nada había ocurrido, todo seguía como antes; diez veces al día me parecía que ya sucedía y comprobaba al momento que me había engañado. Para esquivar la angustia, me puse a mirar de nuevo la rama que dividía en dos la ventana. De habernos marchado, no me habría sobrevenido esto, pues no habría habido oportunidad de ir a la habitación de Titi. En cambio, nos habíamos quedado solos en el tedio de un Bucarest vacío, y la única distracción que tenía yo era escuchar a Stefan, sus presagios sobre la guerra, sus planes para afrontar la situación: un día cavilaba sobre cómo convencer a su médico de que le redactara un informe que le permitiera alistarse; al siguiente lamentaba la mortandad y las desgracias que nos aguardan; otro día decía que, dado su mal estado de salud, con guerra o sin ella no lograría sobrevivir hasta el próximo verano, y al cabo de un rato se preguntaba qué pensaría la gente de él mientras crecía el número de reservistas movilizados. Cambiaba de opinión según el día de la semana, pero desde hacía tres meses tenía una idea fija: que no nos marcharíamos de Bucarest, que no iríamos de vaca ciones.

«¡No nombréis siquiera la palabra “vacaciones”!», vociferaba.

Y acto seguido soltaba su sermón favorito: que nos sorprendería la guerra con las maletas, la niña pequeña y la niñera, y madame Ana cargada con las sombrereras y la bacinilla… ¡Uf! Se volvía increíblemente vulgar, nunca hubiese sospechado qué mala jugada me depararía el destino…

«Bueno —me encaraba yo—, y todos nuestros amigos, ¿de dónde han sacado el coraje?»

«Ser inconsciente no significa ser valiente», replicaba él.

Tan obcecado lo había vuelto la enfermedad, con sus ideas fijas,

arrastrado día a día a la neurastenia, se irritaba por nada y largaba un discurso con todas las de ley. Debía de imaginarse de nuevo encaramado en la tribuna, cual conferenciante llegado desde Bucarest para impresionar a las damas sentadas en primera fila, que escrutaban atentas a través del *lorgnon*. Así, *sans perdre un instant, il saisit à pleins bras*, salía con el tema de siempre, dale que dale con la administración fanariota, con el desorden, la podredumbre y el primitivismo de Rumanía, país que era así y así seguiría siendo durante mucho tiempo. Y sin parar de hablar *à tort et à travers*, para al final, por supuesto, sacar a relucir su enfermedad y su torpeza para las cuestiones prácticas.

Defecto fundamental, que no admitía como tal ni, peor aún, se proponía enmendar.

«Enfermo y débil, ¿adónde querrías arrastrarme para no renunciar a tus distracciones?»

Con esos berridos acababan todas las discusiones, así que, al borde de una crisis nerviosa, prefería retirarme para evitar un circo mayor delante de la servidumbre. Al menos ahora sabía que me refugiaría en mi habitación y que al cabo de dos horas no vendría a importunarme con su insistencia, como si nada hubiese pasado. Él encontraba normal que hiciéramos las paces de una manera que me provocaba repugnancia. No en cualquier circunstancia podía aguantar yo que me sometiera a ciertas cosas. Por otro lado, él era apacible por naturaleza y muy tolerante, algo de lo que tanto los sirvientes como la sinvergüenza de Margot se aprovechaban.

Cuando hubo llegado, por milésima vez, a la misma conclusión de siempre, el cesto estaba lleno en sus tres cuartas partes de rosas marchitas. De pronto vi que me había alejado de la manguera, dejándola abierta. Observé que se había enroscado, como una serpiente en medio de un pequeño charco en el que flotaban varios pétalos con el borde rizado. Dudaba en ir a cerrarla, pues el sendero se había vuelto intransitable a causa del fango. No pierdo nunca el sentido del tiempo, ni siquiera en los momentos más dulces, ni en la oscuridad, por eso tenía la certidumbre de que pasaban quince minutos de la hora en que había citado a mi querido Titi. Si me

acercaba a la bomba de agua, me ensuciaría los zapatos. Seguía dudando cuando se oyó el ruido de un coche, y olvidé entonces, por segunda vez, la manguera. Hasta aquel momento me había mantenido serena, esa era siempre mi intención, no me inquietaba la reacción del querido Titi al oír lo que debía contarle, del mismo modo que no me había inquietado al reparar en que la puerta de la terraza con clemátides estaba abierta, pues no me importaba que Stefan nos viera juntos.

En ese instante, al oír el traqueteo de un coche, noté en el pecho un nudo que subió hasta atenazarme la garganta, con tal fuerza que temí volver a vomitar como antes. Tenía claro que solo uno era el motivo: esta vez el embarazo se presentaba más difícil de soportar que el anterior. Con razón mi madrina Fanica afirmaba que no hay dos iguales, que cada uno es distinto.

En el embarazo anterior no padecí apenas, fuera de las molestias del principio, y cuando comenzó a notarse me fajé el vientre. Fui a los bailes, a los picnics, de viaje y a todos los sitios a los que todavía acostumbrábamos a ir, y nadie sospechó que esperaba a Yvonne.

«Pero, bueno, *ma chère*, ¿donde la tenía escondida?», me preguntaba más tarde el viejo general Praporgescu.

Un hombre agradable y cortés, y ¡cómo se le conocían las buenas maneras de antaño!

Estaba tan admirado que, pese a su probada delicadeza, andaba comentando a diestro y siniestro lo delgada que estaba, como el tallo de una flor; *je l'écoutais sans mot dire*, pero solo yo sabía de los esfuerzos de madame Ana con las varillas del corsé. Doblada la pierna y el pie apoyado sobre mis riñones, empujaba y tiraba, empujaba y tiraba…

«¡Qué cargo de conciencia, doña Sofita! Esto es pecado», murmuraba.

Habitualmente así gimoteaba, porque esta gente tiene la impresión de que hablar con voz plañidera concede cierto refinamiento. La verdad es que el doctor Radulescu, al oír un día mis resoplidos y el tira y afloja de los cordeles del corsé, dijo: «¿Qué es eso que he oído sobre un corsé? ¿Cómo puede ser tan insensata?». «Muy poco —esto

me lo reprochó al final—, sepa que ha faltado muy poco para que asfixiara a la criatura, unos días más y…»

Ahora el malestar era mayor, y por eso me dije que sería un varón, y de súbito me asfixió un fuerte hedor a cadáver que provenía del otro lado de la verja, del baldío vecino. Comprendí que si tardaba un segundo más podría sobrevenir el desastre. Por fortuna no tenía que preocuparme de la indiscreción de la servidumbre, de que se complicaran las cosas si alguno salía a abrirle la puerta. Sin lugar a dudas madame Ana continuaría haciéndole los rizos a Margot, Maria estaría poniendo sola las cataplasmas al chiflado de Grigore. Y como no suelo titubear al tomar una decisión, imaginé que todo se arreglaría de alguna manera, pero antes que nada debía correr a vomitar.

Así lo hice.

Mi cara en el espejo era tan amarillenta que parecía de cera, y las piernas me temblaban como siempre después de vomitar. No me quedaba tiempo para retocarme el peinado y el maquillaje, de manera que semejaba una auténtica jardinera, en perfecta combinación con mi atuendo.

Volví a salir al jardín por la puerta trasera, de la manguera seguía fluyendo el agua; de todos modos ya había renunciado a cerrarla, pues el tiempo se me echaba encima. Si se le ocurría llamar al timbre de la puerta delantera, ¡quién sabe lo que podría suceder! Su mansedumbre y su torpeza con las mujeres (que me había enternecido en cierto momento) eran de hecho un grave defecto para un hombre. No estaba segura, aún no había decidido si me fugaría con Titi; en todo caso, debía esperar a ver qué proponía él. Por otro lado, la situación no era fácil de resolver, *sans tambour, ni trompette*, pero, dado mi carácter, me disgustaba profundamente la actitud de *s'arrêter à mi-chemin*. Estaba absorta en estas reflexiones cuando alcancé a ver a Titi antes de que él reparara en mi presencia.

Bajaba lentamente por las escaleras, con los ojos puestos en el maldito gato Piturca, al que hacía un rato yo había oído silbar para engatusar a los pájaros. Relajada y tranquila, como me gusta ser, me fui acercando a él sin hacer ninguna señal, segura de los sentimientos

que nos unían, convencida de que apenas le molestarían las condiciones desfavorables de nuestro encuentro. Su acostumbrado aire bondadoso serenaba mis pobres nervios; sabía que amaba en él exactamente el reverso de todo cuanto me mortificaba en el otro, que debo confesar cada día me exasperaba más. Su indulgencia era a mis ojos más bien un signo de debilidad, pues lo había visto incapaz de reaccionar incluso en los momentos en que enrojecía de ira. En semejantes circunstancias, lo normal hubiese sido que montara en cólera; en cambio su rostro apenas dejaba traslucir que había sido víctima de una agresión. Así pues, yo reconocía su enfado únicamente en su semblante apagado y en sus pasos vacilantes.

Siempre me desconcertó su manera de sobreponerse a lo que lo irritaba, porque yo busco (¡y no olvido!) al causante de las afrentas recibidas y mi única preocupación es que no me hagan mella. De modo que cualquier intención de provocarme un mal siempre fracasa, porque a mí solo me desvela lo que yo decido.

En cambio a Titi todo le conmovía. Yo le explicaba que la mayoría de las veces no me interesaba la opinión de los demás, y que no me inquietaba lo más mínimo si así lo decidía. Él, por el contrario, me confesó que le importaba, y mucho, lo que opinaran de él. Mira, reflexioné mientras lo escuchaba, mira cómo las cualidades pueden convertirse en defectos. Era lo mismo que había pensado con respecto a Stefan hasta que empezó a mortificarme. Más tarde tuve claro que en su caso eran verdaderos defectos, y al final todo lo relativo a Stefan me tenía sin cuidado.

Al principio, cuando vi a mi *cher* Titi bajar los peldaños, estaba segura de que iría a buscarme al jardín; pero no, me equivocaba. Se dirigía por el camino de acceso hacia el portalón. ¿Se había enfadado porque no había acudido a recibirlo? No dudaba de sus sentimientos y, conociéndolo, sabía que para él era una verdadera osadía haber venido dos horas antes que el resto de los invitados. Al verlo avanzar por el camino, a todas luces malhumorado, me enternecí de nuevo. Él había hecho que se abriera en mí la ternura, como una flor tardía. Dos veces repetí la frase, con estas mismas palabras. Estaba convencida de que estas palabras eran mías; pese a la inquietud por la visita de Titi,

las repetí porque me gustaban, pero me entró la duda: ¿cómo es que habían surgido tan espontáneas? ¿No las habría leído en alguna parte?

Las anotaré en mi diario más tarde, por la noche, cuando se hayan marchado los invitados, me dije. Me retiraré a mi nueva y agradable habitación, que hace que vuelva a sentirme una *jeune fille*, como, *hélas*!, diez años atrás; esperaré a que cesen los ruidos de la casa, limpiaré la mecha de la vela, y en mi diario, que empezaré hoy mismo, escribiré esas palabras. La vida me ha sido adversa desde el principio. La orfandad me arrebató como a nadie el disfrute de la juventud, y por eso deseo seguir siendo una jovencita, sentirme rodeada en los bailes, cortejada, e incluso coquetear, porque todo esto es natural si se está convencido de que la vida no es un peso ni un calvario.

La falta de experiencia de Titi con las mujeres era en verdad un defecto, pero precisamente eso me había rejuvenecido, mucho más de lo imaginable. Lo que me cautivaba era su pudor a hablar de su propia persona. Esa reticencia suya a hablar de sí mismo me enternecía, sobre todo porque estaba acostumbrada a la arrogante seguridad del otro, que se creía el ombligo del mundo.

Reconozco que fue eso en especial lo que me conmovió de él.

Sin duda a Titi le resultaba inaguantable que tuviéramos que vernos entre los invitados. Por eso, cuando estaba a unos pocos pasos del portalón, se volvió para comprobar si al fin había aparecido. *Évidemment il se donnait la peine* de no dejar transparentar en el rostro sus sentimientos al verme.

Porque al volverse vio que me aproximaba a él, sonriente y con paso garboso. No me había desilusionado al verlo caminar hacia el portalón, tan convencida estaba de que podía transmitirle, aun de lejos, la orden de mirar hacia atrás; en eso se concentraba mi voluntad, en que sintiese mi presencia. De haber fallado mi intento espiritualista, en el instante en que él hubiera abierto el portalón le habría gritado: «¿A qué se debe esta visita de incógnito, señor Ialomiteanu?».

Ensayé la entonación en mi mente, pero no fue necesario pronunciar la frase, con el poder de mi mirada bastó, lo que en mi opinión era

una prueba más de nuestra unión espiritual, más allá de las palabras. Volvió sobre sus pasos y, con la discreción que le caracterizaba, vino a mi encuentro. Resulta difícil describir la expresión de su rostro; en el traje que llevaba noté una imperfección en el hombro. No tenía intención de explicarle nada al principio, por eso lo invité a ver una nueva variedad de rosas del jardín. Percibí su decepción, pues sin duda esperaba otra reacción de mi parte, pero eché a andar delante de él, contoneándome ligeramente, como una jardinera. Sabía que al llevar el cabello recogido en una coleta, sería visible el *grain de beauté* que tenía en el cuello.

—Fíjate —dije, y me agaché para acariciar el lomo arqueado del gato, que se escabulló en el acto—. Fíjate en lo brillante que tiene el pelaje. Ya sabes que fue paciente de madame Ana. Un día apareció comido por la sarna, no sé dónde se metería, y madame Ana, que no es muy entendida en esos oficios, lo agarró y lo bañó en queroseno, y al salir de sus manos el pobre estaba horrible. ¡Ay!, pensarás que exagero, pero casi me desmayé al verlo. Entonces Jorj Ioaniu, que se hallaba por ahí cerca, propuso que lo matáramos de un tiro para que no sufriera, y nos ofreció los servicios de su ordenanza. Te aseguro que fue un espectáculo espeluznante: el pobre tenía unos pocos parches de pelo y el resto en carne viva, se arrastraba por el suelo del dolor… Menudo alboroto se armó en casa… Supongo que, con el aguzado instinto de los animales, al ver su suerte amenazada desapareció. Se marchó y todos nos quedamos afligidos… Pero bien, al cabo de un tiempo regresó, y estaba irreconocible: con el pelaje brillante, gordote, un príncipe azul de los gatos. Debió de pasarlo bien en el bosque, en Herastrau, y aprendió a silbar para engañar a los pájaros…

Estaba relajada y locuaz, como en las ocasiones en que debía distraer a los invitados. Me subían unos extraños efluvios por el cuerpo, pero las náuseas habían cesado, alejadas por una mano caritativa. A medida que recorríamos el senderillo, la tierra se humedecía cada vez más. Sospecho que esto lo incomodaba, parecía *mal à l’aise*, y no dejaba de secarse con un pañuelo bastante arrugado la frente, donde le habían brotado por la emoción unas manchas

rojizas, por lo que acabé creyendo que su piel era tan delicada como su espíritu. Me enternecí una vez más al ver ese pañuelo viejo y arrugado, que ponía en evidencia que no había nadie que cuidara de él, ya que su madre y sus hermanas no vivían en la ciudad, y seguro que no se preocupaban de él. Y también me enternecí al recordar que hubo un tiempo en que yo le hacía sentir culpable por sus pequeñas faltas. Lo que es la vida, pensé mientras caminaba delante de él por un sendero cada vez más mojado y resbaladizo, lo que es la vida, y lo que significa vivir. Lo que te gustaba ayer ya no te gustará mañana. Y a la inversa.

—¿No podríamos, estimada señora, detenernos aquí, donde se ha parado el príncipe azul de los gatos? Porque luego… —dijo él, cada vez más impaciente por lo que quizá consideraba una situación embarazosa.

Sabía de sobra que mi presencia lo turbaba, que no podía comportarse con naturalidad delante de mí en presencia de otros, pero había algo más. *Il se fait du souci* más que cualquier otro hombre que haya conocido, de modo que me obligué con mucha firmeza a dos cosas: a no dejar que me transmitiera su nerviosismo y a no verlo con los ojos de una mujer de pocas luces (porque de otro modo lo consideraría un blandengue y me inspiraría repugnancia). Sé bien que tengo presencia de espíritu, las señoras patrocinadoras de la sociedad Reina Isabel me habían hecho notar mucho tiempo atrás que yo era el alma de las fiestas escolares, de las ceremonias religiosas de Semana Santa ofrecidas especialmente para los huérfanos y necesitados: mientras que otras damas solo sabían desfilar con el traje nacional buscando figurar en algún *compte-rendu*, sin desaprovechar la ocasión de coquetear, yo había demostrado en toda ocasión ser la más entendida y útil, pero en aquel momento mi presencia de espíritu empezaba a debilitarse al intuir que no le hacía ninguna gracia caminar por los senderos cada vez más anegados. En cierto momento el lodo le manchó los pantalones y se agachó para limpiarlos con el pañuelo, como un niño criado por una nodriza desatenta. Tal vez porque no deseaba seguir el paseo me soltó, con una sonrisa que le conozco y me desagrada:

—¿Conoce usted el monasterio de Pasarea, estimada y distinguida señora? ¿Sabe que las habitaciones para huéspedes de los claustros de las monjas sirven para *rendez-vous*, donde se puede disfrutar de un par de días de vida galante? Sí, recuerdo que cuando se enteró usted se quedó sorprendida de que alguien fuera allí solo por unas horas… Sí, sí, se preguntaba si la belleza de la naturaleza compensaría la falta de comodidades y el ataque de los mosquitos… Y luego insistió en que fuéramos allí… Pues bien, sé por fuentes dignas de crédito que para ir a ese sitio se dan facilidades especiales a las personas de la buena sociedad, en complicidad con la policía secreta… Que existe una lista de quienes han pasado por allí… No, no entiendo qué pruebas palpables podrían encontrar, aparte de cajas de bombones y frasquitos de perfumes, que, como bien se acordará, alguien se había dejado en los cajones. No hay sitio en este mundo donde uno pueda sentirse protegido y a salvo… Sí, sí, sé que usted restará importancia a mis palabras, que todas las policías secretas no podrán contra usted, siempre tan ecuánime, tan dueña de la situación…

Esta manera de hablar de frivolidades, que me había resultado tantas veces fastidiosa, demostraba su falta de tacto e incluso de hombría, cualidades que bien podría afirmar que había echado en falta en él más de una vez. Fue en los minutos siguientes cuando más sentí esa falta, en el momento en que se paró, dudando de si seguir adelante.

—Creo, distinguida señora, que continuar sería como aventurarse en el desierto… En consecuencia, le propongo que dejemos para otro día las rosas, que no podrán ser más que espléndidas… Seguro que… De no haber semejante lodazal… Pero en estas condiciones…

Posiblemente al observar el descontento dibujado en mi cara se puso a divagar en ese estilo irritante. Por eso, sin escuchar lo que decía, decidí aclararle la situación.

Más tarde, al reflexionar sobre lo ocurrido, intuí que mi gesto lo había asustado más que mis palabras, sospeché incluso que ni había llegado a escucharlas, que no había tenido tiempo por lo brusco de su reacción. Mientras divagaba, se pasaba el pañuelo manchado por la mejilla, y al terminar de hablar se lo guardó en el bolsillo, dejándose

la mejilla embadurnada.

—No podemos regresar —murmuré— hasta que te haya dicho… —Y extendí la mano para limpiarle con mi pañuelo el churrete de la mejilla.

De pronto se estremeció como si mis palabras o mi mano quemaran. Apartó los ojos, que vi brillar turbios y porfiados, estaba rojo de vergüenza o por el sol, parecía tener todo el cuerpo contraído. Se hubiese encogido todo lo posible para esconderse, si hubiese hallado dónde. Al no encontrarlo, puso pies en polvorosa tras esbozar a medias una despedida. Echó a correr sobre las piedras que habíamos pisado antes. Una actitud que, más que salvarlo, lo habría delatado si alguien nos hubiera visto juntos en aquel momento. Pensé, pues, que no había corrido por cobardía, porque si hubiese reflexionado un momento no habría salido volando. ¡Él no era una persona que no meditara cada paso que daba! Esta reflexión mía en nada variaba las cosas: el resultado era que me había dejado sola buscando salvarse él solo lo antes posible. Me encaminé despacio hacia la bomba de agua del fondo del jardín y entonces me atacó de nuevo el hedor del baldío vecino; al otro lado de la verja vi los cardos llenos de polvo, un seto enorme de belladona que había crecido sobre un montículo de basura, un perro peludo que levantaba una pata, algunas estacas podridas e inútiles que apuntaban hacia un cielo descolorido.

Pero no estaba dolida y, si me empeñaba, ni siquiera preocupada. El sol calentaba tanto que me puse el sombrero de pastora, dejando la cinta floja bajo el mentón, para que no me volvieran las arcadas.

«… en un ambiente donde todo el mundo hace trampas, si no marcas las cartas, al menos has de mirar de reojo…»

Eso me había dicho en cierto momento de euforia, mientras yo estaba sentada en una silla de mimbre de la que él había insistido en que me levantara porque era demasiado insegura.

De repente me entraron unas ganas enormes de lanzar lejos el cesto con las rosas marchitas, de patalear, gritar y vociferar hasta caer sin sentido. Y despertar después de mucho, mucho tiempo, entre cortinas frescas, oliendo a meliloto, en una habitación con las persianas bajas, con una gasa humedecida en vinagre aromático sobre la frente y las

sienes.

Y junto a la cama, una copa de helado de café dentro de un cuenco lleno de hielo, para que metiera en él mi mano febril.

Miré el cielo, se había hecho tarde. Me flaqueaban las piernas y algo incierto y nauseabundo me flotaba en el pecho, pero no podía perder más tiempo. Necesitaba refrescarme un poco, acicalarme, ponerme un vestido de tarde y bajar por último al salón con chimenea de porcelana para allanar la situación, en caso necesario, y *last but not least*, como decía Jorj Ioaniu, calcular el número de invitados y las porciones de helado que hacían falta.

La terraza de las clemátides

—Mi enfermedad me ha obligado a apartarme del gobierno de la casa y, en consecuencia, muchas de mis antiguas atribuciones han caído sobre los hombros de Sophie…, llevándola, diría, al agotamiento —dice el profesor Mironescu—. Por eso los quehaceres domésticos van peor que antes; por añadidura, Grigore, el camarero, está ahora con paperas… Sin embargo, al mirar las cosas desde cerca y juzgarlas con su limitada lógica humana, tendemos a hacernos ilusiones, siguiendo el hilo de una causalidad engañosa. Más tarde, al echar una mirada atrás y contemplar el declive con la perspectiva que da el tiempo, nos percatamos de que las cosas han cambiado. El diseño de conjunto se nos muestra entonces muy distinto, y sobre él sentimos la terrible mirada divina. «Al que no tiene, aún lo que tiene se le quitará.»[25] ¿Cómo resignarse a atribuir tal significado al declinar? Pero tales divagaciones, tienes toda la razón, *ma chère*, están fuera de lugar… Sobre todo ahora, cuando los próximos meses se vislumbran tan sombríos…

—Ya habrá oído usted, ¿verdad?, que los rusos cruzaron la frontera por Isaccea… —le interrumpe el invitado.

—Querido amigo —dice con una sonrisa afable el profesor—, pese a que acaba de volver de su período de movilización, está al tanto de las últimas noticias mucho más que yo. ¡El interés por los problemas públicos! Le felicito con toda sinceridad, créame. Porque en mi caso, aun en tiempos mejores, tanto la curiosidad por tales asuntos como las fuerzas para seguirlos han sido mediocres… Peor ahora, que apenas me muevo de casa… En esta época del año, sin clases en la universidad y con parte de los amigos que se han arriesgado a salir de veraneo…

Al otro extremo del salón Sophie, irritada por la alusión a las vacaciones, ha cerrado su abanico con un golpe seco. Está muy erguida en el sillón de respaldo alto, con las fosas nasales dilatadas. Mientras tanto el profesor, con las gafas bajas sobre la nariz, tamborilea con el *coupe-papier* sobre la pila de papeles que tiene delante; no hace falta que vuelva la mirada hacia ella para saber de qué humor está en este momento. Lo mismo vale para su joven amigo: aun sin mirarlo, sabe que está sentado con las piernas cruzadas, dejando ver sus calcetines blancos de seda, como se estila entre los elegantes este verano; una oportuna nota de desaliño, que aligera su estilo de funcionario. Alguien debe de haberle hecho notar (el profesor sonríe con tierna ironía) que cierto descuido indumentario es un granito de pimienta, el toque adecuado a un atuendo formal. Que al auténtico patricio raras veces se le ve *tiré à quatre épingles*, sino más bien haciendo gala de una soberana indiferencia en el vestir.

El profesor se siente demasiado locuaz esta tarde. Lo impulsa a hablar sin parar una sensación turbia y levemente incómoda que experimenta de un tiempo a esta parte; podría, pues, examinarla más detenidamente…

Pero evita examinarla de cerca.

—Las dificultades que han surgido últimamente lo explican pero no lo excusan.

El profesor se interrumpe bruscamente y, con el rostro iluminado por una sonrisa y los brazos abiertos teatralmente, sale al encuentro de la pequeña Yvonne, a quien Nela empuja a través de la puerta entreabierta.

—Ven, *mon petit*, ven…

La pequeñina avanza unos pasos y a continuación, asustada al ver a tanta gente, lanza un gritito y vuelve a las faldas de Nela. Bajando los brazos lentamente, como las varillas de un paraguas que se cierra, el profesor Mironescu mira desconcertado hacia el sillón donde está su mujer. Sí, parece que la sabia Sophie tiene razón una vez más, habría que respetar los horarios de la niña, incluso en una noche como esta en que mademoiselle Lissette, atemorizada por los últimos rumores, está haciendo las maletas en el piso de arriba y llorando de emoción.

Por otro lado, no habría que hacer tanto caso a la servidumbre, si no queremos que aproveche nuestros sentimientos naturales para desatender sus obligaciones; si nos descuidamos, llegarán a decidir a qué hora podemos ver a la niña, lo cual hay que reconocer que está ocurriendo últimamente…

El profesor pasea su mirada indecisa por el rostro de los demás; menos propensos a la lógica y a las normas de educación, actitud por lo demás muy natural en los jóvenes, Titi y Margot se precipitan a pedir que se haga una excepción por esta noche. Y de este modo logra el profesor el consentimiento (dado *à contre-coeur*, como puede leerse en la expresión distante de Sophie) para que la pequeña siga en el salón. Por consiguiente, se sienta con su preciosa carga sobre las rodillas y acaricia con demasiado ahínco su cabello rubio y quebradizo.

—En cuanto al incidente de Mamornita, ¿hay novedades que expliquen mejor cómo se produjo?

Por favor, ¡qué pregunta más ociosa! Sin embargo, el joven Ialomiteanu goza de la indulgencia del profesor.

—¿Qué novedades puede haber después de tanto tiempo? —contesta, indulgente, el profesor.

Una indulgencia desatenta, dirigida hacia el menos brillante de sus hijos espirituales. Sí, otros muchos discípulos han frecuentado al profesor Mironescu en su larga carrera docente, cada uno dotado de un pensamiento propio y original, todos con vocaciones mejor definidas que el joven Ialomiteanu. Todavía hay varios a quienes envía sus libros o cartas de aliento, o para quienes intenta conseguir, en la medida de sus fuerzas, becas, cátedras o traslados. Sin embargo, hay momentos en que reconoce que la enfermedad, la edad, etcétera, han disminuido sus reservas de generosidad.

Al llegar a este punto, suele abrir siempre el mismo paréntesis. Cuán falsa ha demostrado ser la opinión, de raigambre cristiana o propia de un falaz optimismo humanista, de que la indigencia, la soledad, la infelicidad desarrollan en el ser humano aptitudes espirituales superiores. De que la conducta más magnánima e incluso el código moral del *honnête homme* se dan con mayor probabilidad en los

desfavorecidos, a quienes Dios, por amor, ha sometido a pruebas dignas de Job. Es este un prejuicio que ciega a los modernos. Cerrando el inevitable paréntesis, el profesor reconoce una vez más que las dolencias, los años, etcétera, van mermando su capacidad de aguantar la arrogancia, la altanería, la insoportable vanidad de los jóvenes inteligentes. Lo que ya no dice en público es que precisamente sus discípulos más dotados y brillantes han llegado a cuestionarle, que algunos han escrito reseñas negativas sobre sus estudios y que otros, según ha llegado a sus oídos, han pronunciado palabras nada halagadoras sobre su persona. En resumen, le han herido en su orgullo.

He aquí una de las razones por las que, en última instancia, a su lado no se quedaron esos tenebrosos Ivanes, sino este tierno Aliosha (para hacer referencia a una novela rusa muy en boga, de un tal Dostoievski, que no hace mucho ha leído en una mala traducción alemana).

¿Por qué el invitado habrá tenido a bien levantarse de la silla, e incluso adoptar la postura de un orador parlamentario? ¿Será cierto lo que Sophie le comentó un día: que el joven Ialomiteanu, si bien finge interés por la filología, en realidad sueña con la carrera diplomática? Debe de ser verdad, puesto que se lo ha confesado a ella… Pobres chichisbeos (el profesor sonríe con indulgencia), pobres chichisbeos que se sinceran con las damas casadas confiando en la discreción de una *donna angelicata*, cuando en realidad no existe tal… Pobres chichisbeos sin otra experiencia que la de la alcoba, donde los amantes, normalmente, no tienen ganas de hablar salvo de sí mismos… ¿Cómo van a imaginarse en esos momentos que la *donna angelicata*, por un irreprimible instinto, llevará toda noticia que le llegue del ancho mundo (las más de las veces solo a medias, o modificada hábilmente) a oídos de su dueño y señor? No hay mujer que no haya logrado con su inofensivo gorjeo, y basándose en hechos visibles solo para sus ojitos inocentes, alterar la opinión del marido sobre familiares o buenos amigos. Así crece la solidaridad de pareja, así se refresca el aire de la alcoba conyugal que, al disminuir los perfumes salvajes de los abrazos primerizos, corre el albur de

estancarse poco a poco y asfixiarlos…

Pero por qué (se pregunta el profesor) desea el amigo Ialomiteanu ingresar en el cuerpo diplomático, ejercer una profesión para la cual, a todas luces, no está dotado. ¿No es consciente de que le faltan la sangre fría y *l'esprit de repartie*, y que, por otro lado, no posee la fortuna ni las relaciones familiares que puedan suplir esas evidentes carencias? ¿Por qué, habiendo llegado a una edad en la que debería proponerse llevar a cabo con brío un doctorado, prepararse para una cátedra universitaria obtenida por méritos propios, malgasta su espíritu en conversaciones con figuras políticas de segunda categoría, frecuenta a la gente con el único propósito, diríase, de acumular informaciones irrisorias?

¿Y por qué, o mejor dicho, de dónde sale esta breve-alegría-vigorizante que refresca el enjuto rostro del profesor mientras enumera mentalmente los defectos de su invitado?

Dos almas tengo en mi pecho, dice, con justa razón, el poeta…

—Pues sí, eran los últimos días de su movilización. Una semana antes, un domingo, salió usted con permiso y nos avisó que le darían de baja…

Algo del álbum que Margot sostiene en su regazo debe de haber llamado la atención del invitado, que mira por encima del hombro de la muchachita. Y de este modo el joven, tan obsesionado con los usos mundanos, llega a cometer la descortesía de no prestar atención a las palabras que acaba de dirigirle Sophie, la señora de la casa.

El profesor no puede seguir reflexionando porque Yvonne intenta ponerse en pie sobre sus rodillas agarrándose a las solapas de su chaqueta. Ni siquiera cuando el paciente padre la deja en el suelo y la ayuda a caminar alrededor del velador, cogiéndola torpe y cuidadoso de la mano, la niña se digna comportarse con el debido decoro, como una persona que participa en una reunión. Es un espectáculo de mal gusto, observa malhumorada la joven madre, un espectáculo que convierte nuestro salón en algo similar a una fiesta de arrabal. Pero igual de arrabalero sería discutir en público con su esposo sobre este tema en que, como sobre tantos otros, tienen opiniones divergentes.

Sophie, que oculta su cara de descontento tras el abanico, prevé que

dentro de un rato la pequeña hará alguna trastada y todos se arrepentirán *énormément* del error de haberla admitido en el salón. En señal de desaprobación y no injerencia, despliega de nuevo su abanico y, agitándolo con un movimiento entre gracioso y perezoso, se levanta del sillón y se acerca lentamente al sofá. Ha decidido dedicarse tan solo a sus obligaciones de anfitriona, para lo cual retoma con habilidad el hilo perdido de la conversación.

—¿Sabe, señor Ialomiteanu, cómo pasaron *en grand* las cosas en Mamornita? El rey realizaba un crucero por el Danubio y, al enterarse de la entrada de los rusos, regresó alertado, pese a que la reina insistió en continuar el paseo… Por lo cual se la criticó…

La afabilidad con que se dirige a su invitado tiene el efecto de un mordaz reproche. Poniéndose de pronto carmesí, el joven Ialomiteanu cambia con celeridad marcial de postura para ofrecer a la señora una elegante venia de excusa. En cuanto al profesor, hace rato que observa la terraza de las clemátides. Por los cristales, transparentes como el agua cristalina, ve las aterciopeladas corolas azules, el dulce cielo, verde, rosa, opalino. E, igual que en las primeras horas de la mañana, escucha los trinos ensordecedores de los gorriones.

Esto es todo, ¿y no sería suficiente para sentir una felicidad impersonal que te protegiera de todas las mezquindades de la existencia? Conocido es el estado de gracia que nos brinda esta hora, cuando revolotea la sombra de una promesa: una eterna hermosura terrestre…

La mirada del profesor se ilumina de pronto al posarse en Yvonne, quien aprieta en su puñito el lápiz mecánico e intenta acercarlo al ojo, como papá le ha enseñado en otro momento, para mirar a través de la ventanita de cristal que hay en el otro extremo. No lo consigue, pues su brazo, inseguro, tiembla, pero papá logra el milagro al sostenerlo entre dos dedos largos y afiebrados. Entonces Yvonne lanza unos grititos de alegría al avistar la minúscula ciudad que hay detrás de la ventanilla, incrustada en la montura metálica del lápiz mecánico.

El profesor contempla durante un rato a su hijita con paciencia y ternura —una ternura mezclada con tristeza—. Luego se siente obligado a intervenir en la conversación.

—No es posible que el señor Ialomiteanu no se haya enterado de eso —dice a su esposa, contrariado y con cierta desgana—. No es posible que lo ignore, pues los periódicos lo divulgaron hasta la saciedad…

—Los periódicos, por supuesto, pero cuando se está en plena montaña, como yo durante la movilización… Amén de que el acceso a la información dependía de qué general le hubiera tocado a uno en suerte. Por ejemplo, no hace mucho el general Prezan prohibió a sus oficiales que leyeran la prensa germanófila, empezando por *Steagul*… ¿No lo sabían? ¿De veras que nadie se lo ha comentado?

El profesor guarda silencio, en señal de desconocimiento y por encima de las gafas lanza una mirada de descontento a su ex alumno.

Quizá ha sido solo su congénita ambiguëdad lo que ha empujado al joven a mezclarlo todo para disimular el arranque de caballerosidad con que se ha apresurado a defender a Sophie de la réplica irritada del marido. ¿Acaso no es la generosidad su rasgo más característico, ese afán de derrochar su energía por doquier? Está siempre ocupado, ora buscando un empleo para algún amigo, ora intercediendo por algún vecino funcionario cuyo puesto acaba de ser suprimido, ora recomendando como profesor particular a un estudiante que debe mantenerse por su cuenta, ora consiguiendo medicamentos para alguna solterona… No para el pobre muchacho, siempre tejiendo, con los contactos que tiene, una red de relaciones caritativas, provechosas para todo el mundo. Así es Titi Ialomiteanu, ayer un pobre provinciano y hoy capaz (aun cuando no conoce ni a la cuarta parte de personas que conoces tú) de ponerte en contacto, si es necesario, con alguien del Ministerio de Cultos, de Exteriores, del Interior, de Educación. Porque no se olvida de nadie e intuye (o sabe) cómo hay que abordar a cada uno: a este con un regalito, al otro a través de sus debilidades galantes, a aquel mediante un tercero… Un recetario sencillo que tú mismo podrías aplicar, si no fuera porque tu instintiva repugnancia hacia tales asuntos te impide tener tiempo suficiente para ocuparte de ellos. Por eso, a veces miras compasivamente al pobre Ialomiteanu, quien acepta asumir tareas tan incómodas por un amor al prójimo incomprensible para ti, que no puedes recompensar sino aguantando sus preguntas pueriles.

—Y aun cuando hubiese tenido acceso a un periódico, no habría sido suficiente —insistió el joven—. Porque nuestros periódicos hay que leerlos de dos en dos: por ejemplo, el germanófilo *Steagul* y el francófilo *L'Indépendance roumaine*…

—Nadie tiene toda la razón, querido —le dice el profesor con melancólica indulgencia.

Siente dentro de sí el balanceo de sus dos almas encontradas y, ahora que la benevolencia con el antiguo alumno parece dominar de nuevo, el profesor recuerda su vieja hipótesis de que el sensible joven disimula su alma demasiado vulnerable tras su trabajosa y estereotipada conversación. Es una hipótesis acorde con la generosidad con que el profesor suele mirar a sus semejantes y que la realidad, *hélas*, raras veces condesciende a confirmarle.

—A propósito del incidente de Mamornita, me han dicho que se criticó al gobierno por no haber exigido el desarme de los rusos. Y su respuesta fue que cómo iba a desarmar a nuestros futuros grandes aliados. Por eso les preguntaba si entretanto ha surgido algún dato nuevo que esclarezca esta actitud…

La locuacidad de Titi se nutre de fórmulas poco inspiradas que, con su naturaleza aplicada, se siente siempre obligado a corregir. Pensando en su generosa hipótesis sobre el alma vulnerable del invitado escondida tras su atormentada sintaxis, el profesor Mironescu se siente como un chiquillo impaciente por rasgar el envoltorio de la caja de bombones para ver su contenido.

Un demonio de la curiosidad, un geniecillo que escapa de una botella de cristal llena de humo. Una curiosidad irreprimible, que surge de un sentimiento confuso e inexplorado. Sonriendo, el profesor ofrece a su discípulo un semblante impenetrable, todavía relajado.

Todavía satisfecho.

Pero en ese momento Yvonne deja el lápiz mecánico y, con increíble velocidad, coge de la fuente un sobre abierto y lo estruja en su puñito. Susurrándole palabras tiernas al oído, papá intenta distraerla para quitárselo, pero la niña no hace caso de los mimos. Quizá lo único que le interesa es el agradable crujido del papel cuando lo aprieta. Tal vez también le guste ver que sus gestos llaman la atención de cuantos la

rodean. Por eso les muestra el sobre arrugado, con la carita iluminada de felicidad, como un verdugo que interrumpiera un momento la ejecución del suplicio para enseñar el cuerpo descuartizado a la multitud de creyentes y sentir cómo sus gritos indignados e impotentes embriagan todo su ser.

—*Mais, non, j'en ai assez…*

Espoleado por el murmullo de desaprobación de su esposa, o quizá perdiendo de súbito la paciencia, como nos ocurre hasta con los seres más queridos, el profesor intenta abrir de una vez el puñito apretado y descubre con asombro cuánta fuerza pueden hacer unos deditos pálidos y finos. Justamente porque sabe que nada malo puede llegarle de su indulgente papá, Yvonne empieza a chillar. Un chillido agudo y prolongado llena el salón como una sirena de alarma.

El señor Ialomiteanu ríe e intercambia miradas de complicidad con Margot. La señora Mironescu, con una expresión a medio camino entre el descontento y la victoria —¡he aquí la trastada vaticinada!—, se dirige hacia la campanilla: acudirá Nela, la niña volverá a su habitación y el salón, a la vida civilizada. Pero las otras voces se trenzan pidiendo el indulto de la culpable, y la anfitriona hace un gesto de renuncia que deja al descubierto, por una abertura del vestido, su brazo blanco y firme.

—Usted también alienta sus travesuras —dice con tono de reproche al invitado, amenazándole en broma con el dedo índice—. Todo el mundo lo hace, por comodidad e indiferencia, mientras yo me desgañito en vano advirtiendo que así echaremos a perder tanto la índole como el carácter de la niña…

—Soy mucho más inocente de lo que usted supone. Como siempre, de hecho… —protesta sonriente Titi.

Ha habido una confusión: el señor Ialomiteanu tiene la impresión de que el reproche va dirigido a la conversación aparte que ha entablado con la hermana; por eso una mirada socarrona ilumina sus ojos transparentes. En su alma se entretejen sentimientos contradictorios, que traicionan los rápidos latidos de su corazón. Arrebolado, con gentil cortesía, ofrece la silla más cercana a la distinguida señora, tras lo cual vuelve la mirada hacia el velador.

Evidentemente, la persona que acapara su atención en este salón es el profesor Mironescu.

Pero el interés del profesor se centra en la pequeña Yvonne, que ha encontrado al fin un entretenimiento más sosegado. Con el dedo extendido, Yvonne aprieta la nariz, la boca, los párpados de papá, que finge asustarse y aparta la cara.

—¿Inocente? *Pas du tout*… Habría mucho que reprocharle… —insiste Sophie—. Por ejemplo, observando su comportamiento me he preguntado a menudo: ¿por qué razón se esfuerza tanto este hombre por agradar a todos sus conocidos? ¿Qué sentido tiene asumir obligaciones hacia personas a las que no debe ningún favor? Y en cambio fallar a quienes…

Sophie se abanica y mira con el ceño ligeramente fruncido la lámina de Rubens con las hijas de Leucipo, como si allí se encontrara el misterio que quiere penetrar.

—Efectivamente, estoy fallando a quienes me son más cercanos. —El joven se inclina esbozando una sonrisa atrevida y satisfecha—. Cuanto más cercano me es alguien, mi comportamiento…, lamentablemente…

—Más deja que desear —dice Sophie, también sonriendo.

La sonrisa de ella, un tanto resignada, un tanto ácida, un tanto humillada, se cruza con la de él: juguetona y triunfante. De hecho no se cruzan, porque atraviesan a velocidades distintas la misma sustancia, que se halla en estados de agregación diferentes.

—Sin embargo, sigo sin entender por qué se empeña en congraciarse con todo el mundo. Con el portero de la casa Vanicu, con Marghiloman, con Nela, con Nicu Filipesu, con madame Ana… Con todos sin excepción… Con todas… ¿Qué clase de carácter tiene…? —susurra Sophie, dejando ver por encima del abanico solo su mirada de reproche.

—Son los principios de mi política, estimada señora. De mi política, no de mi carácter —recalca el joven, y tras esta confesión comprometedora se aleja con pasos vacilantes.

Al pasar tiende la mano para acariciar el bronce que está sobre la consola: el torso brillante de Apolo con la lira…

(Una pequeña vibración evoca el recuerdo inconfesable de aquella edad en la que su sangre alborotada y su recato natural no encontraron otra salida que el estudio atento de la cerámica griega donde se representaban estupros a punto de producirse, de las estatuas con o sin hojas de vid, de la desnudez que soñaba acariciar con su mano temblorosa. Símbolos primitivos, obscenos, que estudiaba *à bout des nerfs.* Y por encima flotaba, desgarrada, la reconfortante certeza de que siempre sería capaz de obedecer a los preceptos de la razón; de que nunca cometería una insensatez que sabía a ciencia cierta que le perjudicaría; de que el temor a una eventual enfermedad, al escándalo y a los disgustos le protegería de las tentaciones reales, que lo repelen y espantan…)

Dirige la mirada hacia el velador.

La pequeña Yvonne garabatea, mientras el profesor admira el vuelo de los vencejos, un zigzag de líneas negras que se cruzan en un cielo aterciopelado de color marfil, que el sol poniente ya ha empezado a teñir de rojo. Fuera irrumpe poco a poco una luz intensamente dorada que hace crecer la penumbra en el salón, así como sube y baja el nivel del agua en dos vasos comunicantes.

Saliendo de su ensimismamiento, el profesor oye la voz animada de su esposa, que continúa hablando del incidente de Mamornita.

—Por supuesto que el rey Fernando no ha dado el más mínimo crédito a la versión oficial de que los rusos franquearon la frontera por equivocación… ¿Una equivocación de sesenta kilómetros?, ha dicho el soberano. ¡No se puede inflingir a un general ruso la afrenta de pensar que es incapaz de leer un mapa!

¿Desde cuándo Sophie, quien antaño, envuelta en una capa tenebrosa, regaba con sus lágrimas las páginas de un folletín, o se adentraba en el jardín cargada de lienzos, caballete, bastidores, con su pintoresco sombrero resbalando descuidadamente sobre la espalda, desde cuándo es tan entendida en política? Con qué seguridad en sí misma habla… ¿Anima acaso su rostro joven una placentera vanidad? ¿O será la pequeña papada por ahora aún dulce y graciosa? La frente baja, la nariz aguileña, los labios alargados y finos ¿indican acaso un carácter egoísta e incluso mezquina?

¡Oh, nuestros sólidos, mediocres sentimientos familiares! ¡Oh, nuestra completa ignorancia de quien respira a nuestro lado, igual que de nuestro cuerpo desconocido, que cotidianamente usamos!

El señor Ialomiteanu formula una pregunta en voz tan baja que el profesor ni la oye. Pero sí oye la respuesta de su esposa:

—Por supuesto, todos hiceron desde el primer momento semejante suposición. ¿No le he dicho que Bratianu volvió alertado desde su finca? En cuanto al rey, ya a bordo del barco experimentó una profunda turbación. Quizá de rabia, quizá de miedo, estuvo temblando durante media hora…

—¡Vaya! —exclama el profesor en tono cortante—. ¡Vaya, vaya! El rey estuvo temblando durante media hora y todos nos enteramos de inmediato. ¡Qué gente, por Dios! ¡Qué gente y qué país!

Presa de la indignación, baja a la pequeña Yvonne de sus rodillas. No tiene necesidad de mirar a su esposa para saber cómo está: de perfil, con gesto dolido y la mirada de un niño acongojado que no sabe cómo defenderse. Una inocente sombra azul y sin embargo molesta sigue flotando un rato entre los muebles de caoba, mientras el profesor Mironescu calla con porfía.

—Pero si lo sabemos de boca de personas de su círculo más estrecho… De Jorj, ¿ya lo has olvidado? Estabas presente cuando lo dijo —observa con dulzura Sophie.

Una dulzura implorante que, por encima de todo, desata en él una rabia ciega. Dulzura que, de un tiempo a esta parte, ella tiene a bien exhibir en público.

Por supuesto que no se acuerda de que Jorj Athanasiu hiciera semejante afirmación; tampoco es el género de información que suele difundir. Él no es de esos.

Por lo demás, esta noche hace exactamente seis meses que no ve al amigo Athanasiu. ¿Quién puede llevar la cuenta mejor que él, tan abrumado por su soledad que incluso ha llegado a anhelar las visitas de Titi Ialomiteanu? Desde hace más de un año, las tarjetas de visita de quienes pasaban por la tarde, de vuelta de su paseo por la avenida Kiseleff, han ido escaseando hasta desaparecer por completo. Las visitas del amigo Jorj han dado últimamente paso a llamadas

telefónicas. Si Sophie no lo recuerda es —aparte de por su consabida mala memoria— porque no ha sufrido el mismo régimen de reclusión que él. Jamás se ha perdido Sophie una batalla de flores en la avenida o una noche en el Flora con Miza y Radu; Lisette Athanasiu la invita a menudo a tomar helado en el café Riegler (puede que de los cotilleos que oye allí saque esos chismes y cuentos políticos), más de una vez el chichisbeo de Titi Ialomiteanu la ha llevado al teatro, junto con Margot, y mañana mismo, al parecer, tienen de nuevo entradas para el Teatro Francés. (Aunque corre el rumor de que el siguiente espéctaculo será cancelado, pues la compañía francesa está haciendo las maletas).

Por consiguiente, desde que él está enfermo Sophie no ha sufrido tanto como afirma ante quien quiera escucharla, y si ha trastrocado los recuerdos no es solo por su profundo desprecio hacia el orden, sino también porque tiene demasiados. Por eso es capaz de sostener que el amigo Jorj ha lanzado semejante información, que él, su esposo, oye ahora por primera vez. Lo cual significa que la ha adquirido por su cuenta.

Imposible averiguar dónde, pues, aunque quisiera decir la verdad, es probable que ya no sea capaz de acordarse. De hecho, toda la sociedad rumana ha adoptado, hasta extremos nunca vistos, una mentalidad del café, puesto que los pueblos que acaban de salir de la barbarie no tienen mayor deseo que el de dotarse de lujos chabacanos y enterarse de los últimos rumores sórdidos. En la Liga de las Damas Ortodoxas, en la Sociedad de Fomento de la Jardinería, en la Cruz Roja las damas hablan actualmente de política con la misma pasión que los caballeros.

El profesor apoya la nuca en el respaldo de la silla y se quita de la nariz la montura cortante de las gafas para esconder el veloz parpadeo y la contracción de la mitad del rostro en una mueca.

Señal de nerviosismo mantenido a raya.

Hay ciertos momentos en que, al caminar por una habitación llena de gente, tienes la certeza de moverte entre corrientes psicoeléctricas. De ahí a las tan cacareadas teorías del doctor Charcot e incluso a las sesiones espiritistas no hay más que un paso. Pero la mente racional y

el pensamiento positivo en el que se ha formado llevan a Titi Ialomiteanu a desconfiar de estas hipótesis tan en boga. Hay motivos suficientes para explicar la tensión de la pareja: un día de bochorno, los rumores sobre la entrada del país en guerra, la enfermedad del profesor, la incertidumbre respecto a los meses venideros…

Buscando siempre cómo y a quién lanzar la pelota de la conversación, el señor Ialomiteanu se sienta en el sofá al lado de Margot. No se sabe por qué razón ella evita mirarle a los ojos y se queda tiesa con el álbum sobre el regazo. El joven permanece unos instantes, con las manos torpemente apoyadas en las rodillas. En su mirada azul traslúcida ha quedado enterrado el desconcierto, así como bajo cientos de metros de agua transparente se puede vislumbrar, en los días más claros, una sombra movediza, el casco oxidado de un barco hundido, incrustado de conchas petrificadas y rodeado de algas verdes.

Y de pronto se le escapa la más sincera de las exclamaciones.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué será de este país si un buen día las decisiones políticas pasan a manos de las mujeres!

Animada por la presencia de su acompañante, Margot interviene osadamente en la conversación. En su voz delgada tiene un deje mimoso, como en la mayoría de las chicas jóvenes que intuyen de pronto el poder de su feminidad y les parece que con melindres infantiles podrán dominar para siempre el mundo.

—Pero ¿y la reina Victoria? ¿E Isabel? ¿No eras tú, Stefan, quien decía que este era el siglo de la ciencia y el progreso, y que muy pronto conoceríamos otro tipo de mujer? ¿Te acuerdas, Stefan? Fue un sábado en que fuiste a buscarme a la Escuela Central en coche de alquiler y en el camino mandaste parar al cochero para recoger a una mujer vestida con pantalones. ¡Qué asustada estaba la pobre, asustada y pálida bajo el maquillaje! *Elle tremblait de peur*! ¡Adelante, cochero! ¡Deprisa! ¡Más deprisa!, gritabas tú, y ella se había encogido en la banqueta delantera, la capota estaba subida, pero daba igual, podían verla de todos modos. ¡Y cómo la amenazaban con los bastones en alto! ¡Adelante, cochero! ¡Deprisa! ¡Más deprisa!, gritabas tú, y ellos bramando… Incluso golpearon el coche con los bastones, por favor,

tápate los oídos, me dijiste, y en cierto momento algo muy pesado cayó sobre la capota y ¡cómo chillamos! *Soyez tranquille*, me dijiste, *il n'ya plus de danger*, y después comprendí que habían empezado a tirarnos todo lo que tenían a mano porque ya no había posibilidad de alcanzarnos… Es muy pronto para que los modistos franceses hagan pasear por nuestras calles a modelos vestidas con pantalones, dijiste cuando la dejamos en su casa de modas, pero ya verás, no pasará mucho tiempo antes de que andar vestida de ese modo se considere muy *chic*…

—¡Vaya aventura! Es la primera vez que os oigo hablar de ella…

—¿Cómo que la primera vez? Te lo comenté ese mismo día, te lo contamos los dos… —la contradice agriamente el profesor.

Sospecha que su esposa quiere darle una lección a su hermana menor. Pero a él la intervención de Margot no le ha parecido en absoluto impertinente. Como antiguo educador, no es partidario de la severidad a rajatabla; por otro lado, como varón, opina que un granito de atrevimiento frívolo no les va mal a las jovencitas, ya que se compadece con su ingenuidad y frescura… Por supuesto, no puede ponerse en duda la preocupación de Sophie por su hermanita, pero a veces da muestras de una rigidez excesiva.

Sigue otro rato de silencio, en que solo se oyen los silbidos del aire agitado por el abanico. Abriendo y cerrando los párpados en un gesto de desconcierto y atolondramiento, Sophie exclama conciliadora:

—Sí, sí, algo creo recordar… ¡Mi bendita memoria creo que me está jugando nuevamente una mala pasada!

Ríe. Con su conocida risa aljofarada, que bien podría no ser falsa, como le parece a su esposo.

—En cuanto a la política, no pretendo ser una entendida, sino que me limito a repetir lo que comenta la gente…

Sí, por supuesto, esta es la manera de hablar de una mujer simple y sana, papel que ella interpreta en rústicos *tableaux vivants* cuando le da por vestir el hermoso traje típico de la zona de Muscel. Y con qué dócil condescendencia contesta al invitado, pese a que él no le ha dado muestras de excesiva amabilidad, sino, más bien, todo lo contrario. Pero, de ahí a ver una coquetería fuera de lugar, ¿sería una

fantasía enfermiza del esposo? ¿Una prueba de neurastenia?

—… así que lo que es yo, dejo la política a las *suffragettes*…

La neurastenia, con toda seguridad, hace que cualquier cosa que imagine sea sentida como real en cada fibra de su cuerpo debilitado e irascible. De otro modo, ¿cómo explicarse este nuevo exabrupto, en el que deja salir de pronto toda su ira latente, a pesar de su decisión de tomarse las cosas con calma?

—Pues no me asombraría, querida Sophie, verte un buen día convertida en sufragista… Porque últimamente tus diversas sociedades te ocupan tanto tiempo, que muy poco te queda para las labores propias de tu sexo…

¡No han pasado ni cinco minutos y él ya está dudando de la veracidad de sus palabras! ¡Y qué decir de lo oportuno de hacer en público reproches a una joven consorte! Mas la furia que en la última media hora lo tentaba a correr tras ella para propinarle una paliza aunque se defendiera o intentara escapar súbitamente se ha disipado sin dejar huella.

Acostumbrada a sus excesos, Sophie se dirige en silencio hacia su sillón de respaldo alto, con la docilidad de un animal doméstico. En la comisura de sus labios temblorosos se esfuma discretamente, como un manso círculo en el agua, la aflicción de la criatura ingenua, que no acaba de comprender por qué ha sido golpeada injustamente…

Ante semejante imagen, ¿cómo no volver la cabeza, enternecido como un verdugo sentimental?

El profesor Mironescu sigue con un dedo el contorno de un nenúfar (o loto) bordado, Margot cuchichea con la pequeña Yvonne, el señor Ialomiteanu tose discretamente, preparándose para lanzar una nueva pregunta.

Pero, cuando él te mira con sus ojos graves, sumiso como un fiel soldado, ¿no se disipa cualquier sospecha que albergaras sobre su supuesta deslealtad…?

—A propósito de la explosión del polvorón de Dudesti… —empieza el señor Ialomiteanu.

En ese momento las hojas de la puerta se abren al fin y la cofia almidonada de madame Ana aparece sobre la mesita de servir el té.

Tintineo de plata y porcelana, deslizamiento discreto de las ruedecitas sobre la alfombra gruesa. Todas las cabezas se vuelven a la vez, y solo el profesor Mironescu, con el cuello apoyado rígidamente en el respaldo de la silla, espera con una expresión afable a que su discípulo termine de formular la pregunta.

La cofia almidonada de madame Ana se desplaza al centro del salón, luego hacia las mesitas de patas altas, junto a la chimenea. En cada una la mujer coloca un candelabro de cinco brazos y, tras un instante de vacilación, pues fuera todavía hay luz, enciende las velas de estearina.

Detrás del sillón de la señora Mironescu la trémula luz pone al descubierto un pedestal blanco, parecido a una columna, y sobre este, el busto de un dios antiguo. ¿Un Poseidón, un Júpiter *tonans*?

Nuevamente los pasos suaves de madame Ana, la grave parsimonia de las manos tendidas hacia bandejas y platitos y de las mandíbulas que mastican sin hambre, sin prisa, sin glotonería. La bendita fragancia del té.

Con un *frou-frou* incitante, con pasos ligeros, Sophie pasa de uno a otro. Su rostro serio e infantil flota en la penumbra del salón mientras sirve con elegancia las tazas humeantes. Tan precisa y discreta que, desde luego, en todo tiene siempre la razón.

Que, desde luego, no puede haber ningún error…

—¡Stefan! ¡Por favor…!

Ha arrancado las tenacillas de la mano febril del marido, irritada por la torpeza con que intentaba coger el terrón de azúcar. Bajo sus largas pestañas le dirige una mirada que muestra elocuentemente su cuidado posesivo y autoritario. Y con un gesto que no admite réplicas le señala la obligatoria porción de pastel.

Oh, nuestros estables, mediocres sentimientos familiares, de los que al parecer no eres digno porque no puedes dejar de ver a tu prójimo. Verlo y, por eso mismo, caer en la tentación pecaminosa de juzgarlo.

Pero ¡qué amargo está el té esta tarde! ¿O solo tiene la boca amarga?

—Quítese, señorita, que esto no es un juguete —dice madame Ana

apartando a la pequeña Yvonne, que intenta empujar la mesita de ruedas—. Cómase mejor su galletica…

Sin desviar la vista de la silueta de su esposa, el profesor engulle con una mueca infantil el último bocado de pastel. Miradla, qué carácter más dócil tiene y cómo cumple con su deber de anfitriona sin el menor asomo de disgusto. Y seguramente tampoco más tarde le recriminará que le haya alzado la voz; a lo sumo tendrá jaqueca o uno de esos achaques femeninos que la obligan a guardar cama. Yacerá horas y horas, con su pobre frente cubierta de gasas humedecidas en alcohol aromático, con una bolsa de agua caliente sobre los pies fríos, las mejillas lívidas y los labios pálidos. Será entonces cuando él se arrepentirá de haberla humillado en público. Se quedará solo en su despacho inhóspito trabajando en su proyecto del atlas dialectal sin el menor provecho, pues no podrá evitar que sus pensamientos vuelvan a ella. Con el triste consuelo de que solamente él logra hacerla sufrir, pues Sophie parece no oír siquiera las palabras impertinentes de quienes le son indiferentes. Por ejemplo, se diría que no le afecta el poco caso que le hace el invitado; de lo contrario (es decir, de tener algún fundamento las absurdas sospechas que a veces le aguijonean respecto a su esposa y el joven Ialomiteanu), qué gran golpe sufriría su corazón, tierno y sensible, al verlo cortejar asiduamente a su hermana.

En cuanto al joven, hay que ver con qué indiferencia recibe la taza humeante de manos de Sophie. ¿Una mano que desciende acariciadora por su cuerpo y se desliza aún más lejos, más abajo? ¡Qué suposición más absurda!

El sereno estremecimiento del aposento.

—La explosión del polvorín de Dudesti me obsesiona, pues las circunstancias me obligaron a asistir al entierro —prosigue el joven—. Figúrense, ¡cientos de ataúdes, uno tras otro! Lo cual causó una dolorosísima impresión a los asistentes, cada uno de los cuales, estoy convencido, pensaba que aquello había sido un ensayo a pequeña escala, de lo que sucedería en adelante. Por lo demás, un gentío tremendo, autoridades, discursos, calor. Y entonces, profesor, me asaltó una idea que, no me cabe duda, atormentaba en aquellos momentos a más de un rumano honrado: ¿sería acaso obra de una

mano criminal?

Dicho esto, el señor Ialomiteanu se inclina, a su manera exagerada, ante madame Ana, que le ofrece un platillo con frutas confitadas, su dulce preferido.

—¿Un atentado contra nuestros escasos recursos militares? —responde el profesor con una sonrisa—. Puesto que nuestro arsenal de artillería no ha aumentado lo suficiente, que los pedidos no se nos han entregado, etcétera, ¿por qué iba a ensañarse con nosotros el enemigo? Me abstendré de preguntarle, querido amigo, en qué enemigo pensaba, ya que hoy por hoy el hermetismo desesperante de Bratianu no nos permite barruntar si alguna vez saldremos de la neutralidad y, en tal caso, si iremos con los alemanes o con los franceses. Por otro lado, ya que hablamos de manos criminales y de enemigos peligrosos, ¿no sería más adecuado pensar acaso en nosotros mismos…?

Una gota de amistosa malicia se filtra en la cordialidad del profesor. Aunque tiene el semblante de color terroso, parece nuevamente de buen humor. ¿Quizá intenta compensar los pensamientos inconvenientes que ha tenido sobre su invitado hace media hora, cuando se ha ensañado con Sophie?

—Sin embargo —murmura el inocente invitado, ignorante de los complicados análisis de su maestro—, las investigaciones que se han hecho me parecen insuficientes… Como si la policía no se hubiese esforzado demasiado por descubrir la verdad… ¿De veras excluye usted la posibilidad del atentado?

—Tal vez quienes mataron al rey Carlos están también detrás de las explosiones —interviene Margot.

Titi la mira alzando las cejas en una expresión de asombro, pero sigue devorando frutas confitadas con su habitual avidez nerviosa.

—Recuerdo muy bien aquella tarde. Usted estaba aquí y Sophie cogió el teléfono; al enterarse de la muerte del rey Carlos, sufrió tal conmoción que dio a luz a Yvonne antes de tiempo. Y poco después de que usted se marchara llegó el tío Alecu en su automóvil con la madrina Fanica. Y al conocer la triste noticia sobre el rey, la madrina Fanica dio una palmada y dijo que esa no era una muerte natural. Que

había gato encerrado. Y el tío Alecu dijo que ya había apostado él que al final lo envenenarían por haber firmado un tratado secreto con los alemanes…

—Sandeces… *Tu prêtes comme d'habitude l'oreille à toutes les bêtises… Pauvre Alecu, il est bien gentil, il fait de son mieux, mais…* —dice la señora Mironescu, que se sienta también en el sofá, al otro lado del señor Ialomiteanu.

—¡Hala señorita, deje ya de jugar! Y no muerda todas las galletas, que una señorita debe comer como es debido, ¿y quién las querrá después, si están todas empezadas? ¡Hala, señorita, haga caso! Y no me mire así, como un lobo…

Los cuchicheos de madame Ana hacen reír a todos, salvo a la joven madre, que expresa su preocupación de que, en estos tiempos difíciles, cuando los extranjeros se preparan para abandonar el país, sea muy difícil encontrar a alguien conveniente para cuidar de la niña.

—Que en adelante resulte imposible conseguir una *fräulein* o una *mademoiselle* no es nada, estimada señora. También van a desaparecer los criados. Y el suministro de alimentos se convertirá en un problema tremendo, como ya lo es para los pobres, que se pasan todo el día en las colas, que no encuentran carne más que dos veces por semana, los días que ha establecido el Estado… Dentro de poco estaremos en la misma situación que Alemania, donde incluso la gente de buena condición se ve obligada a hacer colas… Sí, sí, estimada y distinguida señora, nos esperan días aún más duros.

La voz del joven profeta es risueña y un brillo de satisfacción ilumina sus ojos. Sin embargo, un silencio tenso se ha instalado en la penumbra del salón en esa hora inquietante del día, *entre chien et loup*. A quien más se le ha ensombrecido el rostro es al profesor Mironescu, que enjuga, preocupado, su frente calva: los párpados ardientes le hacen pensar que la fiebre le ha subido de repente, de que está peligrosamente alta. Se retirará al dormitorio a descansar y a cambiarse de ropa para la cena.

—¿Vio usted en el entierro a la joven viuda del coronel Albu, de la que tanto se ha hablado?

La señora Mironescu tiende hacia madame Ana la taza, en la que

aún queda un poco de té.

—En efecto, estimada señora, alguien me la señaló… Pero en circunstancias semejantes nadie se atreve a observar insistentemente a una dama y, por otro lado, aunque lo hubiese intentado, habría sido difícil, *parce qu'elle portait grand deuil.* Llevaba un velo tan tupido que solo se podía adivinar lo que había detrás, de modo que los que han loado su belleza no creo que pudieran verla mejor que yo… Por supuesto, se la notaba afligida por la pérdida, y algo así cómo no iba a impresionar a los presentes, solo que podría afirmar sin exageración que allá adonde miraras la conmoción era igual de fuerte… Tantas familias abatidas, cada una junto a un féretro. Y los ataúdes, figúrese, señora Mironescu, cerrados y sellados. Porque, ¿qué había en ellos? Si se me permite decirlo, nada más que jirones de cuerpos humanos, un hombro, un pie, y así sucesivamente… Tranquilícense, no entraré en detalles escabrosos, pero en aquella ocasión no se podía estar más que con la nariz tapada con el pañuelo. Sí, estoy cayendo otra vez en la exageración que usted me achaca, estimada y distinguida señora. En todo caso, alguien muy bien informado me dijo que a partir de esa tarde dejarían de circular los trenes de pasajeros hacia Sinaia; por otro lado, he oído que a los médicos de la provincia se les obliga a formarse para prestar servicios sanitarios en el ejército…

—Espero que lo que ha oído sea verdad, querido amigo… Dios permita que así sea, me refiero a la formación sanitaria… Confío en que se haya escarmentado con la guerra anterior, cuando la suciedad y la desorganización causaron tantas víctimas que de nada nos sirvió el hecho de que no se hubiera disparado ni una bala… Con mis propios ojos vi cómo se alegraban nuestros pobres soldados al recibir los uniformes búlgaros, sin sospechar que estaban a punto de vestir una túnica de Neso… Solo un joven estudiante de medicina, que acababa de regresar de Heidelberg, se desgañitaba diciendo que había que meter en agua hirviendo los pertrechos capturados al enemigo para desinfectarlos, pero su arenga solo suscitó comentarios irónicos: ¿para qué desinfectarlos? No carecía de fundamento la ironía, pero rezumaba la conocida desconsideración que nos caracteriza cuando rebatimos una opinión diferente. Por otro lado, el ardor juvenil del

estudiante le impedía ceder, de modo que al final incluso los que le creían dieron muestras de hartazgo: «¡Vamos, hombre, déjanos en paz! Abre los ojos, despierta y date cuenta de que estás en los Balcanes, no en Heidelberg», le espetaron al pobre joven, quien de hecho fue una de las primeras víctimas del cólera que nos contagiaron los uniformes arrebatados a los búlgaros…

Agarrado con las manos ardientes a los brazos de la silla, el profesor Mironescu menea la cabeza con una sonrisa de abatimiento. Y a él, ¿qué tardías ilusiones juveniles lo empujaron a alistarse voluntario en aquella guerra, a sus cuarenta años? Qué martirio fue soportar las botas que le laceraban los pies, las marchas agotadoras en plena canícula, el agua verdosa, el polvo que chirriaba entre los dientes cuando comía, el hedor de los excusados que llegaba hasta el comedor y, para colmo, la presencia continua de los otros. Conmovido por los recuerdos, saca del bolsillo sus inseparables *Fructines-Vichy, bonbons laxatifs purgatifs dépuratifs inoffensifs antiseptiques de l'intestin, A. Pointet, Pharmacien de 1ère classe*, abre la caja y hurga con los dedos temblorosos entre las pastillitas hasta coger una.

—¡Ande, señorita deje la mesita en paz, que no es un juguete…!

Madame Ana coge de la mano a la niña y logra arrastrarla unos pasos hacia la puerta, pero cuando se estira pesadamente para alcanzar el picaporte, Yvonne, insegura sobre sus piernecitas torcidas, pero con una astucia ágil, desaparece de pronto tras los muebles, para jolgorio del señor Ialomiteanu.

—¡Yvonne! ¡Sabes dónde deberías estar a esta hora! La gente extraña la altera y la cansa, y cuanto más cansada está, más difícil se pone…

Se ha crea do un breve intermedio: la señora Mironescu pide a Yvonne que se vaya inmediatamente a dormir, el señor Mironescu felicita a madame Ana por el pastel, la señorita Margot habla en susurros con el señor Ialomiteanu y él, tras reír con picardía, la anima a exponer sus dudas en voz alta.

—¿Puede que por eso el rey Carlos no quisiera entonces que hubiera guerra? ¿Puede que supiera que el país no estaba preparado y por eso se negó a firmar el decreto de movilización…? Todo esto me lo contó

usted mismo, señor Ialomiteanu. Me contó que desde la calle le gritaban que ordenara la movilización, y el rey se negaba, se negaba… Luego se plegó a la voluntad del pueblo: llamó a todos los ministros y firmó el decreto. ¡Lloraba mientras lo firmaba! Y al final dijo: *Armes Land*. Pero se sometió a la voluntad del pueblo…

—¡Del pueblo, sí! ¡Del pueblo, de la turba callejera, que sabe perfectamente lo que quiere! Por cierto, ¿recuerdan ustedes cuánto costaba un agente la última vez? Veinte leis… Un agente provocador de la guerra, o ¿cómo podría llamarlo? —dice entre risas el señor Ialomiteanu.

—¿Cómo puede decir algo así, cuando vio con sus propios ojos las calles llenas de manifestantes que pedían que entráramos en la guerra al lado de nuestra hermana Francia?

Una indignación mayor de la que merece la situación hace temblar la voz de la señora Mironescu. Y, como el señor Ialomiteanu se limita a reír, la anfitriona se pone en pie, irritada, coge una galleta de la mesita de servir el té y va a sentarse en su sillón de respaldo alto, en el otro extremo del salón.

—Quizá esta vez hayamos aprendido la lección. He oído que se han habilitado coches para servicios de ambulancia y de farmacia, que al fin se han traído esterilizadores y hornos de desinfección… E incluso tendremos trenes sanitarios, con baños, como es debido. Ya veremos, ya veremos… Porque la higiene popular es nuestro talón de Aquiles… —afirma con tierna porfía el profesor.

Cumple pacientemente con su deber de anfitrión: soslayar las controversias infantiles y traer nuevamente a colación un tema interesante y moralizador, de manera que la peligrosa electricidad acumulada en el ambiente se neutralice insensiblemente. Entonces él podrá retirarse tranquilo, pues dejará tras de sí una conversación agradable y una atmósfera aceptable.

—Porque ninguna de las medidas positivas que podrían tomarse para sanear el país, ninguna, queridos amigos, depende por desgracia de nosotros. Nosotros, personas bienintencionadas, generosas, idealistas, no disponemos ni dispondremos nunca más que de palabras. Así que muchas veces nos sentimos solos e impotentes, y es

sabido que la soledad trae consigo el afán egoísta de ahorrar esfuerzos, y el miedo…

Los momentos cada vez más frecuentes durante la otra guerra en que, como si despertara de un sueño profundo, se preguntaba qué le había llevado a agotar sus débiles pulmones en marchas bajo la canícula, entre moscas, polvo e incontables microbios, ambulancias atestadas y camillas tapadas con sábanas blancas… ¿A quién le habría importado si él hubiese exhalado su último suspiro de tan penosa manera, sin apenas ánimos para quejarse, con el cuerpo deshidratado, seco como una yesca, sin apenas fuerzas para expulsar unas deyecciones sanguinolentas? Providencial, sin duda, el encuentro con el amigo Jorj Athanasiu: «¿Cómo es posible que esté usted aquí? Por favor, déjese de tonterías. ¿No se da cuenta de dónde se ha metido? ¡Vuelva a sus grabaciones y sus atlas dialectales!».

—Tuve la oportunidad, durante la última guerra, de conocer de cerca la situación, y Dios me ayudó a salir con vida. Providencial fue el encuentro con Jorj Athanasiu, a caballo al lado de un voluntario mucho más importante que yo, Ionel Bratianu. Después de un viaje agotador en automóvil, llegué a una Bucarest normal, veraniega, con calor y proyectos de vacaciones. Sophie sigue reprochándome mi mal humor de aquella noche, en el jardín de Fuente Blandusia. Me irritaban las sanas ganas nacionales de reír que provocan nuestros desastres… Algunos sostienen que esa ha sido nuestra manera de resistir; yo, en cambio, me pregunto si acaso no será nuestra perdición…

Con mano temblorosa, el profesor ordena los papeles en la escudilla, mientras el invitado, según su vieja costumbre, empieza a pasearse por el salón con grandes zancadas. Por lo visto, se dice el maestro para sus adentros, está esperando a que yo haga aún más patente la exagerada, según ellos, severidad con la que juzgo el país y a su gente…

Pero ¿cómo saber qué piensan de nosotros los demás, incluso quienes, a fin de no herir nuestra susceptibilidad, aprueban todas y cada una de nuestras palabras? Por intuición, sostienen las teorías más modernas, que rebaten el todopoderoso positivismo. El profesor Mironescu lamenta cada vez más no haber encargado a tiempo los

libros de ese tal Bergson, tan *en vogue* actualmente.

La intuición, pues, le revela con exactitud el matiz peculiar de la condescendencia con que lo mira su antiguo estudiante. Es una sensación viva, como el palpitar de una luz… Pero, como al mismo tiempo se trata de una sensación desagradable, no permite que sus pensamientos vayan en esa dirección. Porque, de lo contrario, ¿cómo evitar esa forma benigna de indiscreción que se comete contra los otros?

—¡Cuidado! ¡Ay, señorita! ¡Cuidado!

Susurro de faldas, gritos, carreras, ruido de tazas dejadas presurosamente sobre los platos. Y he aquí que él, quien al parecer carece de reflejos, el despistado de las gafas, justo él llega el primero, de un solo salto. Es él quien aparta las manitas húmedas de Yvonne —¿cómo pueden ser tan minúsculas?— del borde de la mesita de ruedas y quien sonríe feliz cuando ella le clava sus uñitas, punzantes como navajas. Le acaricia el cabello suave y ralo, que deja entrever la cabeza rosada. Le aparta de los ojos los puñitos, que ella vuelve a subir con una fuerza inesperada.

—No ha pasado nada —explica pacientemente el profesor, saboreando su modesto triunfo—. No le ha pasado nada, solo se ha asustado con los gritos…

En efecto, la han asustado los gritos de todos, que se han abalanzado hacia ella. En cuanto al peligro, era en realidad inexistente, pues el té ya se había servido. Esa es la verdad, pero él aguardaba desde hacía mucho tiempo ese papel de salvador. De modo que alza su precioso trofeo, el cuerpecito que despide un olor embriagador a frescura y a leche, y le alisa la minúscula blusita de marinero…

¡Oh, nuestros estables y mediocres sentimientos familiares, que nos infunden la fuerza necesaria para volver a empezar día tras día, y para seguir aguantándolo todo noche tras noche…!

—Hubiese preferido que no se demostrara tan pronto que tenía razón… *Mais c’est une véritable folie de la faire confier à Nela… Cette fille trouve tout le temps des moyens pour se dérober… Et toi aussi, chéri, tu laisses aller les choses…*

El reproche de Sophie es amable, pero su mirada se ha clavado en él. De nuevo la sensación de que se ha vuelto transparente, la incomodidad que le causa la mentira. Porque, a fin de cuentas, no es sino mentir ocultar a Sophie los malos momentos, cuando ella sospecha que algo no va bien pero no logra entender qué puede ser. Seguramente eso la exaspera, e intenta convencerse de que la enfermedad del marido es en parte hipocondría, en parte neurastenia, ya que ni acude al médico ni toma medida alguna…

Sacudiéndose molesto, el profesor Mironescu sienta a la niña sobre sus rodillas. La fiebre alta parece haber remitido, porque se siente más animado. Y a medida que se va animando se vuelve más locuaz. Lo aguijonea el mismo sentimiento desagradable, pero su voz suena firme, los ojos le brillan y el verde del iris se ha avivado tras la fiebre.

—Porque entre nosotros, queridos amigos, la gente parece cansada de antemano, resignada de antemano, como si hubiese vivido ya quién sabe cuántas vidas difíciles y decepcionantes, de modo que hace mucho que ha desistido de luchar contra el omnipotente mal. En tanto que el desorden, lo provisional, el primitivismo se multiplican espontáneamente… Como los microbios en el polvo… Como si en el aire hubiese un fermento del desorden…

—Una enzima —apunta entre risas el invitado.

—Una enzima, si así lo quiere —concede el profesor—. O una bacteria todopoderosa de la corrupción, del caos, de las cosas hechas sin esmero… Los males que lamentaba mi padre y de los que tampoco nosotros hemos dejado de quejarnos… Y todo ello conforma esta formidable inercia en que las energías se encallan, se pervierten, se ahogan… Porque nuestros jóvenes, nuestros hijos, ¿habéis visto qué dotados son? ¡Qué maravillosos son nuestros jóvenes y qué frustrantes los mayores…!

Y el profesor Mironescu rodea con los brazos a la pequeña Yvonne, quien, sin darse cuenta de lo bien protegida que está en el regazo de papá, se mueve como un perrito nervioso queriendo escapar.

—Porque, querido amigo, ¿cómo se explica que desde hace tanto tiempo nos quejemos siempre de los mismos males? Si fuésemos tantos los descontentos y tan numerosos los honrados, ¿sería posible que el

mal siguiera multiplicándose…? Parece ser, sin embargo, que de generación en generación…

El profesor se interrumpe y baja a Yvonne de sus rodillas al sentir de pronto la mirada empecinadamente fija del invitado. Es probable que Titi tenga sus reservas sobre lo que acaba de oír. Invitemos pues al joven, en un gesto generoso, a desplegar las posibilidades originales de su espíritu. Es lo que el profesor Mironescu intenta hacer en este momento; para ayudarle, le plantea una pregunta: ¿cómo se explica él, como representante de una generación más joven, más exigente ante la vida, más cultivada, la permanencia de estos pecados nacionales? ¿Cómo es posible que transmitamos, junto con el mal, nuestra endeble indignación, que no excluye empero, en un futuro, las maniobras acomodaticias cada vez que se trata del interés propio? ¿Y cómo es que estamos dispuestos, siempre que se trate de otro, a despedazarlo y calumniarlo?

El joven se sonroja, las orejas se le han puesto moradas, como si la pregunta le hubiese sorprendido por su indiscreción. Él les responde como representante de una generación más joven, pero en ningún caso más cultivada… Más pretenciosa, ¡sí! Y no con mejor futuro, porque, si nos fijamos en lo que ocurre alrededor, podríamos llamarla una «generación sacrificada»… Y en vano es esta generación más pretenciosa, porque la suerte ya está echada y nos encontramos, por así decirlo, ante la primera «generación sacrificada», después de un lapso no muy largo de bienestar y paz… Ya se verá si el sacrificio ha valido la pena. De hecho él, como representante de esta generación más joven, es el primero en reconocer su superficialidad. Y eso no es nada: habrá que ver cuán acomodaticios y ávidos de beneficios son los que siguen.

El joven Ialomiteanu está ahora en aquel rincón del salón donde la chimenea de porcelana y la puerta que da a la terraza se encuentran frente a frente. Tamborilea con sus dedos de puntas finas sobre la repisa de la chimenea. Desde el otro extremo de la estancia es imposible que el profesor note la intensa emoción que se ha apoderado de él hace poco, cuando, mientras paseaba distraído por el

salón, ha observado que la puerta que da a la terraza con clématides está abierta.

¡Es asombroso! Los *habitués* de la casa saben que esa puerta está siempre cerrada, ¡pero ahora está abierta un palmo! Y si ahora está entreabierta, también lo estaba hace una hora. Y hace dos. Lo cual significa que alguien salió por ella para contemplar el jardín. Y ese alguien no puede ser sino el profesor, que suele leer su correspondencia en el salón.

La turbación le hace oír los latidos ensordecedores de su corazón. Aun así, el joven contesta a la pregunta tan absurda, que no puede tener respuesta. Él, por desgracia, nunca ha pensado en el asunto, pero en el futuro —si lo hay— le buscará una explicación pertinente. Ahora le gustaría plantear otra pregunta… A propósito de Stere…[26]

El profesor cierra, contrariado, los párpados sobre sus ojos febriles: así pues, se ha equivocado cuando, al sorprender la mirada inquieta del joven, ha pensado que estaba dispuesto a dialogar. ¿Un *malentendu*? Claro que sí, pero, a pesar de la explicación que se proporciona a sí mismo, la irritación persiste en su alma. He ahí un ejemplar (¡y no el peor!) de aquellos en cuyas manos dejaremos el mundo… O bien: he ahí la juventud, con su frivolidad y su egoísmo. Solo a su tierna edad cabe achacar la mediocridad de este mozalbete que le ofrece una compañía tan mediocre. Y quien, pese a que espera de una manera tímida, logra crisparlo. Este es (no vale engañarse) el verdadero motivo por el que ha alargado su presencia en el salón, con esta inútil conversación que va dejando en su ser un resabio de vacío y amargura…

—Sois demasiado jóvenes —dice el profesor sonriendo— para acordaros de cómo fue recibido el artículo de Maiorescu en *Deutsche Revue*, en el que propugnaba por vez primera la necesidad de que nos acercáramos a Alemania. Tampoco el viejo Bratianu fue aclamado cuando se reunió con Bismarck, aunque la presión de Rusia sobre nosotros era en aquel momento bastante fuerte… También en aquel entonces la opinión pública se mostraba reacia a semejante aproximación; sus recelos se dirigían hacia Austria, como de hecho era de esperar, dada la situación de nuestros hermanos de Transilvania…

Si no, ¿por qué mantuvo el rey en secreto durante treinta años el tratado con Alemania? Así que, a mi modo de ver, querido amigo, debería mirar a Stere también desde otro punto de vista…

La puerta está abierta un palmo y por eso la brisa ardiente agita la cortina transparente, de color crema, que se mueve sobre el parquet brillante como un espejo. Por más que reflexiona, el joven no encuentra ninguna explicación que lo sosiegue. Si el profesor abrió la puerta, es probable que saliera a la terraza y lo viera arrastrado por Sophie a ese desgraciado paseo… Pero Titi no se atreve a ir más allá en sus conjeturas…

Pese a que el desasosiego es su estado de ánimo permanente, ha aprendido a mantenerse alerta. Así que mira alrededor y se percata de que debería decir algo, pues lleva demasiado tiempo callado. Y aunque su voz alterada lo traiciona, Titi Ialomiteanu interviene en la conversación:

—No quisiera insistir, ni muchísimo menos, pero parece que hace dos años, en Constanza, hubo quienes se extrañaron de que Stere aceptara estar presente en la entrevista con el zar de Rusia. Puesto que Stere es una antigua víctima de Siberia, ¿piensa usted que era conveniente que se entrevistase con el zar?

—Oh, querido amigo, no me parece correcto opinar al respecto, ya que, gracias a Dios, no he estado preso ni tan solo un hora… ¿Quizá, precisamente como antigua víctima de Siberia, era conveniente que asistiese a la entrevista? ¡No lo sé! Como decía usted, no me había parado a pensar en el tema hasta ahora. En cambio, todos reflexionamos sobre cómo será ese mundo después de la guerra, dominado por una Rusia que se habrá hecho dueña de las desembocaduras del Danubio. ¡Una Rusia omnipotente!

El profesor oye que su voz vibra con una emoción que le da vergüenza. Vergüenza por profanar sus pensamientos haciendo demagogia de salón. Y por su irreprimible deseo de seguir hablando, impulsado por un sentimiento desconocido y desagradable. Como un cachorro de raposa, pegado al cuerpo, debajo de la camisa de cuello duro…

—Y bien, estoy convencido de que me dirá: *en ce qui concerne la politique*, ¿no se ve acaso *un pareil spectacle* también en los países europeos civilizados? No hasta tal punto, querido, no hasta tal punto. Todos estamos de acuerdo en que en Rumanía hay mayor falta de seriedad, mayor indiferencia, mayor inconstancia. Y menor cuidado en guardar las apariencias. Porque, ¿quién no sabe que la política se hace con talante práctico y componendas? Pero lavar la ropa sucia en público y luego pretender que te crean cuando ondeas la bandera de los ideales…

Una tos inesperada ahoga la voz del profesor, lucha contra ella un buen rato, habla sofocado y con el pañuelo sobre la boca. Después hace un ovillo con el pañuelo, con gesto culpable, y prosigue:

—Quizá sea la edad lo que haga que me inflame por cualquier cosa y tenga esta sensación de cansancio. Pese a que estaba usted fuera de la ciudad, sin duda habrá oído hablar del escándalo que estalló en el club, cuando personas de las más distinguidas, entre ellas algunas de venerable edad, se enzarzaron en un riña vergonzosa y salieron de allí con sombreros chafados, chichones, cuellos torcidos y bastones cambiados…

Habla cómodamente arrellanado en la silla. Grandes manchas de un rosado enfermizo han invadido su frente con profundas entradas, los pómulos, las mandíbulas.

La fiebre.

Habla sin apartar la vista ni un momento del invitado: una tensa atención que quiere y no quiere ver si entre el joven y Sophie hay algo culpable. Evidentemente, ahora no puede excusarse y salir del salón dejándolos sin vigilancia. Deberá continuar aquí, como si esperara que sucediera algo, pese a que sabe que nada sucederá. Y cuanto más le incomoda este sentimiento desagradable, mezclado con una ternura turbia hacia los dos, más afable se torna su voz. Tan afable que solo él puede identificar en ella ciertos falsetes.

¿Falsetes he dicho? ¡Error! Más bien las dos almas que lleva en su pecho, como con razón decía el poeta…

—La famosa carta en la que el rey Carlos se quejaba de nosotros contenía algunos pasajes dignos de interés… ¿Cómo negar que se

concedió demasiado pronto una Constitución demasiado democrática a un pueblo que aún no es capaz de entender qué significan la libertad y la democracia, y que abusa de ellas? Quien dentro de unos años investigue nuestra prensa, los libros de memorias, correrá el riesgo de quedarse sordo por el espantoso ruido de los incesantes escarnios y acusaciones. Un hormiguero de siluetas grotescas, como títeres de feria, movidos únicamente por los hilos de la ambición y la codicia. Somos nosotros mismos quienes nos describimos de tal manera cuando nos enzarzamos en apasionadas desavenencias, vociferando sin parar, interpelando con insolencia en la Cámara y boicoteando buenos proyectos de ley solo porque los ha propuesto el adversario, pronunciando admirables discursos sin una pizca de razón. ¡Qué abogados hemos formado, en solo unas décadas, y qué vida parlamentaria tan vivaz! ¡Una de las primeras de Europa! Por no hablar de los revolucionarios a los que dispersan unos cuantos gendarmes a caballo mandados por el alcalde y el polvo levantado por la escoba de los barrenderos. Y los mínimos pretextos que nos llevan a las puertas del palacio para gritar a todo pulmón: «¡Abajo Carlos I, vergüenza del trono de Rumanía! ¡Abajo el gobierno, caterva de asesinos!». Y los estudiantes que desgastan su entusiasmo juvenil levantando barricadas, pronunciado arengas incendiarias encaramados a la estatua de Miguel el Bravo…[27] Cómo no habría de perder de vista aquel sucesor interesado en nuestra época que todo cuanto aún le rodea (casas, leyes, avenidas, expresiones, compañías de seguros, convenciones, bancos, puentes, estaciones, carros alegóricos en los grandes desfiles, escuelas, etcétera) se creó a despecho de toda esta barahúnda, por obra de nuestro corazón y sobre todo de nuestras manos, que construyen con solidez burguesa…

Sí, el sentimiento desagradable que tiene en su interior le hace proclive a la verborrea. Sin embargo, su sonrisa ha permanecido tanto rato pegada a sus mejillas que ahora empieza a punzarle.

Y, de pronto, las profundas ojeras, de un violeta tirando a marrón, y el cabello ralo salpicado de canas.

—Y todo esto porque aquí nadie está dispuesto a reconocer a los demás un sentimiento generoso, una acción desinteresada, un esfuerzo

en aras del interés público... O quizá nada de esto exista, tal vez yo sea un iluso, empecinado contra viento y marea en embellecer el mundo. Pero ¿cuántos corazones generosos, cuántos intelectos sin par hay entre nosotros que puedan perdurar en la posteridad? Usted sin duda me dirá que nadie es profeta en su tierra y que el presente no sabe juzgar con ecuanimidad, o que el mundo ha sido así desde siempre y nada ni nadie podrá cambiarlo... Y entonces yo le diré que en cada uno de nosotros hay algo de ridículo y de repugnante, de manera que cada cual está a merced de quien lo observa. Somos solo aquello que retiene la mirada que nos observa. Pero ¿por qué nos fijamos en nuestros hermanos con semejante ironía? ¿Desde una altura tan abrumadora? ¿A qué obedece tan poca generosidad? ¿Por qué tan poca solidaridad y elegancia?

Fuera, detrás de los límpidos cristales, el terciopelo azul de las clemátides contra el cielo luminoso, *rose-pâle* tirando a dorado. Debajo, la frondosa glicina que serpentea entre los nudos del viejo nogal; alrededor, las escamas brillantes de la hiedra que cubren fastuosamente las paredes y solo por encima de la gárgola en forma de cabeza de león dejan aparecer, en su impúdica desnudez, la blancura de la pared. Y abajo, abajo, en la oscuridad, las losas incrustadas en la tierra mantecosa y cubiertas de un musgo verde negruzco.

Aquí, la dulce penumbra del salón, atrapada en la urdimbre del crepúsculo, los muebles de caoba que ya no tienen el lustre de lo nuevo, la conversación del profesor Mironescu, que infringe a propósito el código mundano que exige que el diálogo sea espumoso, agradable y superficial. Pero, tras la camisa de cuello duro, la raposa que se agita salvajemente en su seno le lacera las carnes con sus garras ensangrentadas.

Y sin embargo a él, al igual que al pequeño espartano, el temblor de la voz no le traicionará. Seguirá con su perorata, envolviéndose cada vez más estrechamente en la red de encaje que está tejiendo para su rival (pues esto es, de nada sirve seguir mintiéndose) a fin de acercarse a él... Acercarse hasta percibir la vibración de su alma.

—¡Porque ese es el trato insolidario que nuestra gente de bien se

dispensa mutuamente! ¡Cada día sale a la luz un nuevo escándalo! ¡Un nuevo negocio sucio en que andan involucradas personas por cuya honradez hubiéramos puesto la mano en el fuego! Constantemente se transmiten secretos que dentro de una hora se sabrán en toda la ciudad, y se habla sin cesar de venalidad, de fraudes, de corrupción, de cohechos y traición. Horas y horas de palique, de cotilleos de los que nadie sale libre, si no de afrentas y calumnias, al menos de una sutil indirecta. Porque de los enemigos pasamos a despotricar contra los amigos ausentes, pues el mal, por supuesto, no solo está entre los otros. No solo entre los otros. En cada uno de los nuestros hemos podido notar vergonzosas contradicciones entre palabras y hechos, bajezas, cobardías, pequeñas infamias, alianzas ignominiosas, ambiciones inconfesables. De cada uno de los nuestros tendríamos mucho que decir, e incluso lo decimos, pues los conocemos mejor…

Pero ¿por qué a esta edad, cuando ya debería estar de vuelta de las ilusiones, siguen atormentándolo las murmuraciones de la ciudad? ¿Por qué lo hostiga su congénita incapacidad para concebir el mal, al igual que su caráctrer, crédulo e influenciable? *Calomniez, calomniez*: así reta a los maldicientes, pero por otro lado sabe de sobra cuán pronto creerá lo que le cuentan. Su sonrisa desafiante es la de un rapaz esmirriado que teme que no lo tomen en serio, pues sabe que sus fuerzas son pocas…

Está tan absorto en sus propias frases que el cotidiano sonido del péndulo al dar la hora lo sobresalta. Los otros, que desde hace rato lanzaban miradas furtivas hacia la esfera del reloj, también se han sobresaltado. Sin embargo, no se vuelven a mirarlo antes de que la última campanada se disuelva en el aire.

—Hay entre nosotros quienes lamentan semejante derroche: la agudeza de las observaciones, el humor, los juicios memorables que caen en el olvido… Pero nadie parece preocuparse demasiado de que, de tanta maledicencia, *il restera toujours quelque chose*… ¡Nosotros no hemos crea do ese refrán, porque entre nosotros nunca se calumnia! A nosotros no nos cabe la menor duda de que conocemos toda verdad sobre los demás…

Un breve balbuceo confunde sus pensamientos, por un instante tiene

la impresión de que está haciendo el ridículo. ¡Qué falta de gusto, pontificar en su propio salón…! ¡Falta de gusto y hasta de educación!

El profesor Mironescu se quita las gafas empañadas y las limpia meticulosamente con el pañuelo. Luego prosigue en un tono más vacilante:

—De hecho también nosotros, gente honrada, que no está al tanto de todo, tendemos a pensar que lo que vemos en los demás no son más que intrigas y maquinaciones. No me refiero a usted, querido amigo, sino a toda la ciudad… Tenemos una forma sumamente escéptica y positiva de entender cuanto pasa en la tierra: el mundo es *un panier de crabes* y hay que abrirse paso a codazos, hacerse el desentendido, agachar a veces la cabeza, pactar con el diablo hasta salir del apuro… Así se malgasta la tan mentada inteligencia pasiva de los rumanos: desacreditando el empeño de cualquiera antes de que este pueda llevarlo a término. Pero si nos ensañamos contra los defectos humanos de nuestros semejantes, acabaremos por desdeñar también los ideales…

Repentinamente el señor Mironescu se interrumpe y mira con preocupación a la pequeña Yvonne, que desde hace unos minutos da vueltas sin ton ni son alrededor de la mesita con la fotografía, amenazando con derribar el candelabro con las velas encendidas. Al sentir la mirada reprobadora de papá la niña corre a meterse debajo del velador. Saca de vez en cuando su cabeza traviesa entre los flecos sedosos del tapete, esperando a que papá le haga ¡bu! En cuanto él frunce su ceño feroz, ella se esfuma bajo la mesita gateando con la velocidad de una pequeña fiera, riendo con una risita aguda hasta que le da hipo. Y así, hipando, aparece de nuevo y se queda de rodillas, ensuciando sus medias caladas y su faldita marinera.

Pero papá se ha olvidado de ella otra vez.

—Damos enseguida crédito a cualquier rumor malicioso porque no hace sino confirmar nuestra visión desengañada del mundo y porque sospechamos que hay un interés egoísta detrás de toda buena acción. ¿Y luego nos extraña que nos mostremos siempre escépticos, hastiados?

Pero ¿por qué, sin relación alguna con lo que está diciendo, le viene

ahora a la memoria ese viejo recuerdo? Se ve a sí mismo una mañana vidriosa, gris, de febrero bajando a pie hacia la calle Sfântul Ionica, pues en el bolsillo no le queda ni una moneda. Camina encogido en su abrigo ligero, y sus delicados zapatos de baile resbalan de vez en cuando sobre suelo helado. En su mano gélida aprieta el medallón antiguo y pesado, con rubíes y diamantes engarzados, que le dejó en herencia *maman*. Ha estado toda la noche jugando a las cartas, ha perdido, ha seguido jugando con dinero prestado, ¡y ahora, *au diable*! Se dirige presuroso al montepío para empeñar el medallón y solucionar de una vez el desagradable asunto y luego olvidarse de él. Se conoce lo bastante bien para saber que sepultará el recuerdo de esa pequeña calaverada, y nunca reincidirá. Temblando de frío bajo su elegante y delgado abrigo, haciendo utópicos cálculos sobre la cantidad de dinero que le permitirá comprarse el soñado abrigo de piel de marta (tan necesario para un friolero como él), sin dejar de apretar el medallón en su mano agarrotada, dobla la esquina en la mañana vidriosa de febrero hacia la calle Sfântul Ionica. El frío cortante se cuela por los orificios nasales, le enrojece la nariz, le pincha los ojos llorosos. Es joven y está vivo, de modo que no es de extrañar que vaya a empeñar el medallón que su madre le entregó en su lecho de muerte, para redimir una noche de perdición. Y ningún sentido malévolo puede alterar el dolor que tan hondamente lleva dentro de sí… El amor que le profesaba su madre está aún en él y lo protege, solo que ya no puede amonestarle, ni alabarlo, ni comprenderle…

—… Así que, en medio de tanto pragmatismo y tanta ironía, ¿no le parece, querido amigo, que a duras penas pueden nacer las ilusiones nacionales? Y, si a pesar de todo llegan a nacer, ¿no es de esperar que se esfumen en cuanto la historia nos someta a una prueba un tanto difícil? Apenas se ha despejado el cielo, el sol vuelve a desaparecer tras la primera nube. Una hermosa mañana arruinada… perdida…

Pese a que el joven Ialomiteanu masculla una frase incomprensible que parece de aprobación, el profesor está convencido de que, en su fuero interno, el invitado se pregunta qué decepción política habrá sufrido recientemente el maestro para lanzar semejante diatriba. Sí,

diatriba, o mejor dicho, ataque: sin duda es esta la palabra que el discípulo aplica a su discurso…

Pero ¿qué sentido tiene este agotador esfuerzo de acercamiento, si desde el principio se sabe que está condenado al fracaso? El prejuicio del acto de hablar, que le ocupa desde hace veinte años, pero sin poder retener lo esencial, como no se puede retener el agua en el cuenco de la mano. ¡Qué poco de nuestro acervo interior logramos transmitir en palabras, y qué poco de este poco es recibido! No obstante, seguimos hablando (he aquí la prueba), convencidos de que el sol de la razón ilumina nuestro espíritu… Por otro lado, ¿qué sería de nuestra vida si viéramos en el intercambio de palabras lo que en verdad es: un dificilísimo trasvase? Solo en los momentos de los grandes fracasos nace tal duda, que luego olvidamos a la primera oportunidad… Puede ser que, al dejar fluir inútilmente toda la sinceridad de nuestra pobre alma, sin que el otro se muestre capaz de acoger siquiera una palabra, vislumbremos al fin, resignados, las leyes ocultas que rigen la aproximación entre humanos…

En tales conjeturas está sumido el maestro cuando de pronto su mirada se cruza con la de su discípulo. El brillo que despiden los ojos de este es, inexplicablemente, titubeante, pegajoso, como de animal acorralado. Sin embargo, una vez más su vocación de educador, que obliga a la perseverancia, impide al señor Mironescu capitular, como de hecho estaría tentado de hacer.

—Por lo demás, poseemos suficiente espíritu crítico para ser conscientes también de este defecto. Hablamos con regocijada resignación sobre nuestra falta de solidaridad. Así son los rumanos, decimos, y así se comportan dondequiera que estén: dentro del país o en la emigración se pelean y se devoran entre sí, mostrándose más bien dispuestos a entregarse a los forasteros antes que a los de su propia nación… Tal vez la explicación radique en las secuelas de las épocas en que andaban delatándose los unos a los otros ante la Sublime Puerta. ¡Sí, querido, eso es! Porque, dígame, ¿le parece normal que hoy día uno esté más cerca de los representantes de las grandes potencias, de un Blondel, un Bussche, un Czernin o un Poklovski, que de su adversario político? Yo no lo sé, amigo, solo se lo

pregunto, no lo afirmo. Pero si insiste le diré que sí. Sí, esta es mi opinión. Sin embargo, creo que están equivocados los que han demostrado demasiado su inclinación por Francia, o por Alemania, o por Rusia, o por Austro-Hungría…

Los presentes vuelven con preocupación la mirada hacia esa mesita que se tambalea con el candelabro encendido encima. A grandes zancadas, ágilmente, el señor Ialomiteanu ha acudido al lugar. Apaga primero las velas y luego se agacha para descubrir a la culpable, acurrucada allí abajo, en la oscuridad…

—A esta hora los niños buenos se van a la cama… Pues ya viene el sueño y les cierra los ojitos, ¿verdad? —le pregunta con voz mimosa —. El sueño… —repite inclinándose aún más, pues, conforme él se acerca, la pequeña retrocede—, que te cierra los ojitos…

Al pensar que los demás le están oyendo hablar en este tono aniñado, proeza para la cual, harto es sabido, se requiere un talento especial, se quiebra su voz estridente.

—*Attendez-moi un tout petit moment, je viens vous porter secours*.

Con la majestad de las mujeres altas, la señora Mironescu se dirige también hacia la mesita. Una niña con un mohín de enfado que apenas se abstiene de agarrar a su muñeca de una pierna, tirarla en su cunita y correr las cortinillas de cuadros: eso parece Sophie cuando logra por fin tomar en sus brazos a la muñeca calva, de mejillas pálidas y nariz de anciana. La sienta sobre sus rodillas y espera con paciencia a que se sosiegue, hasta que, en efecto, Yvonne deja de manotear y patalear, en tanto que por su blusita marinera resbalan mezcladas las lágrimas y la baba.

Una vez restablecido el silencio en el salón, el profesor Mironescu esboza una turbada sonrisa de disculpa.

—… lejos de mí cualquier afán de difamar las luces de Occidente. Bien sabéis que yo no me encontraba entre aquellos que levantaron barricadas solo porque un grupo de aficionados representó en el Teatro Nacional una obrita en francés. Creo que os acordáis de lo que decíamos entonces, y de que yo taché de bagatela toda esa manifestación. Pero justamente porque llevo dentro de mí, como todo rumano, un amor filial por Francia, no puede sino dolerme a veces lo

que este amor tiene de ridículo… Por un lado, la veneración, la imitación de Occidente en todo lo que se tercie; por otro, una complaciente ignorancia. Una indiferencia hacia nosotros mismos. Es más, ¿diría desprecio? Tal verdad resultaría demasiado hiriente…

Está divagando y divagando, mientras el joven piensa que, cuando Sophie, poco inspirada, se le acercó para limpiarle la cara con su pañuelo, el profesor tal vez lo vio todo, escondido detrás de la bóveda de hiedra y clemátides de esta terraza a la que da la puerta entreabierta. Y que ahora está alargando la conversación en espera… ¿En espera de qué? ¡Evidentemente, del momento propicio para armar un escándalo público que arruine su futuro, su carrera, su entrada en sociedad! Con solo pensarlo Titi se siente enloquecer y a duras penas domina las ganas de despedirse, coger su abrigo, su bastón y su sombrero, bajar los pocos peldaños y llegar de un salto al portalón, salir corriendo y no volver a pisar esta casa… Huir, oh, huir cuanto antes…

—Un recuerdo me viene a la mente: la noche en que el general Pau, camino de Petersburgo, fue recibido en la estación de Bucarest por miles y miles de personas. Una inmensa multitud enfervorizada, con flores, con banderas, con la inevitable «Marsellesa», ovacionándolo, llorando… Yo estaba en el automóvil del amigo Jorj, y no negaré que también me sentía emocionado. La emoción colectiva nos atrapa, sin que podamos controlarlo en absoluto. No recobré mi espíritu crítico hasta la cena que ofreció Misu Cantacuzino, donde me sentaron justo delante del general Pau. La multitud seguía bajo las ventanas, con banderas, discursos, ovaciones, lágrimas… Esa vez la emoción no se apoderó de mí, pues tenía delante la figura desconcertada del general Pau. El protocolo exigía que también él pusiera de manifiesto sus sentimientos hacia Rumanía. Desgraciadamente no sabía gran cosa sobre nosotros, y ni siquiera nuestra ferviente demostración logró despertarle el interés. Como soldado, respetaba a los alemanes. Y, de hecho, sobre los alemanes habló más tarde. Espero sin embargo, querido amigo, que lo que he contado hasta el momento no le haga pensar que soy germanófilo. Mis simpatías coinciden con las de la mayoría, pero a mi edad quedaría en ridículo si saliese a la calle

agitando la bandera tricolor. ¿Acaso tengo yo el temperamento de su mentor, el señor Marghiloman? Por otro lado, mi carácter contemporizador me impidió estar entre los activos… Nunca me he sentido capaz de pedir, con mi propia voz, el doloroso sacrificio de la guerra. Así que, cuando oigo cómo se reprocha a Bratianu la mezquindad con que sopesa las ventajas y desventajas de la alianza, ora con unos, ora con otros… ¿Se puede hablar de mezquindad, en este caso? ¿Le parece una palabra adecuada en tales circunstancias?

La señora Mironescu oculta un bostezo detrás del abanico. Luego lo cierra, mira sin disimulo el reloj y a continuación a su marido. Ajustándose las gafas sobre la nariz, este le hace un guiño para tranquilizarla: que tenga un poco más de paciencia, solo un poquitín.

—Probablemente —prosigue sonriente el señor Mironescu—, os van a contrariar las razones por las que el libelo me agrada cada vez menos. Tengo colegas literatos que se dejan embelesar por la brillantez que se viene cultivado en nuestra joven literatura… Pues, mirad, yo he llegado a odiar la exageración pasional… Así que relaciono las excelencias del libelo entre nosotros con las señales de una civilización insuficiente. Una mirada atenta nos deja vislumbrar cómo las cosas más dispares están vinculadas entre sí…

Una luz dorada enciende el cielo y bordea de negro la cubierta de tejas rojas de la casa de enfrente: ¡cuán imperceptiblemente cambia y qué infinitos matices cobra el dulce aire del exterior! ¿Acaso el joven amigo tiene algún conocimiento secreto del movimiento de los astros, de la naturaleza? Porque desde hace rato está clavado junto a la puerta que da a la terraza, lanzando de vez en cuando miradas furtivas hacia fuera, ¿para ver qué? ¿El camino de acceso? ¿La calle? ¿El jardín?

—… Así que el bien conocido afecto que tengo al pueblo llano no puede cegarme hasta el extremo de imitar a los funcionarios de alto nivel, que, a los extranjeros de visita, no se les ocurre mostrarles otra cosa que los bailes folclóricos de siempre, como si Rumanía fuese solo eso… Cuando, en muchos casos, eso significa pobreza, primitivismo, provisionalidad anárquica… Mi conocido amor por el campesino rumano no me impide reconocer que están más atrasados que otros en

Europa. ¡Mírelos, querido amigo, obligados por la miseria a alimentarse de polenta con vinagre, a caminar con los zapatos en la mano para calzárselos solo al entrar en la ciudad! En este punto, defiendo como los liberales la necesidad imperiosa de una reforma.

Sophie suspira y continúa con Yvonne en el regazo, mientras se da unos toques con el pañuelo en las mejillas. ¡Qué tarde más irritante! Y el mareo la hace aguantar cada vez menos el bamboleo de la pequeña sobre sus rodillas.

A Yvonne no parece agradarle mucho estar con Muti. No debes pegar tu mejilla a la de Muti, porque le estropeas el maquillaje; no te está permitido cogerle la cabeza, porque enseguida la retira esbozando una mueca; no puedes quitarle las horquillas del pelo. Cuando Muti te tiene en brazos, en lugar de un pecho recto y protector, sientes unas redondeces blandas y desagradables bajo el tafetán, que todo el tiempo cruje, como si estuviera a punto de romperse.

—Si no quieres estarte quieta, bájate de inmediato —le dice Sophie perdiendo la paciencia.

E Yvonne no espera a que se lo repita. Papá tiende la mano y la niña corre con sus piernecitas delgadas para guarecerse bajo su brazo. Desde allí observa desafiante las lágrimas de cristal de las lámparas, el Apolo de bronce y el resto del salón. Respira encantada un olor tranquilizador y siente, con asombrosa seguridad y claridad que ella, y no Muti, es para papá la persona más importante.

—Si en su momento se hubiese llevado a cabo la reforma agraria, me atrevería a apuntar la hipótesis de que el país sería hoy diferente… Si el rey…

—¿El rey Carlos? —interviene Margot, pronta como siempre—. Pero ¿qué podía hacer el rey Carlos? ¿No ves, Stefan, que no podía hacer nada? Cuando quiso hacer algo no lo logró, y al final se suicidó…

—*Tu ne renonces pas à dire tes naïvetés*!

Las palabras de Sophie, pronunciadas con tono de aburrimiento, le producen un sentimiento de profunda injusticia.

—¡Sí que se suicidó! —replica Margot con los ojos relampagueantes—. ¡Seguro que se suicidó, porque se encontraba siempre presa de una terrible tensión y en su castillo de Sinaia lloraba sin parar! Y se

arrancó todas las condecoraciones del imperio, de modo que en el entierro le pusieron solo dos…

—Los misterios de la historia solo con posterioridad se revelan —afirma con su habitual ironía el señor Ialomiteanu—. Esperemos que la posteridad arroje luz sobre lo que nosotros no hemos podido vislumbrar, aunque a veces me pregunto si acaso ciertas cosas no pueden ocultarse tan bien que nunca se logre saber a ciencia cierta…

—Los misterios son misterios, pero en este caso se trata solo de un rumor malintencionado… —dice Sophie.

De pronto su tono de voz cambia.

—¡Yvonne! —grita—. ¡Yvonne! ¡Por favor, ponte derecha y no mires así! Cuando mira así me da la impresión de que bizquea —explica a los demás.

¿Habrá notado ella el azoramiento del joven invitado?

Para no verse obligado a seguir mirando hacia el velador del profesor, el joven ha cogido la nereida rosada, voluptuosamente recostada en el hueco de una caracola, con sus torneadas piernas un poco abiertas. Pese a que no es la primera vez que la examina, solo ahora se pregunta Titi cómo es posible elevar a categoría de objeto de arte y lujo un detalle de la vergonzosa vida animal. Lo natural, a su juicio, sería que hubiera una separación tajante entre, por un lado, las cosas poéticas y hermosas, con las que uno se topa muy rara vez en esta vida, y por otro lado la realidad pedestre, incluidos los grabados que adornan las paredes de los prostíbulos, o los dibujos obscenos mencionados en las conversaciones de tono subido.

Pero este no es más que un pensamiento fugaz, pues lo que le preocupa de veras es cómo poner término, con prontitud y decoro, a su visita de hoy.

—Al parecer en este difícil período… durante las discusiones, frecuentemente… en breves palabras, se le llenan los ojos de lágrimas.

Irritada, Sophie echa otra mirada al reloj, y luego a su marido, quien le hace el acostumbrado guiño: que tenga un poco más de paciencia, solo un poquitín.

—¿Estamos hablando del rey Fernando, querido amigo?

La atención con que el profesor se humilla escudriñando fijamente la figura del invitado, tratando de imaginar el encanto que puede ejercer sobre Sophie. La crueldad lenta con que se está irradiando a sí mismo, hasta que una ternura impura, una ternura indulgente, casi fraterna, se instala en él. Sí, lo perdona todo, incluso el hecho de que, pese a su molesta sinceridad, no haya logrado avanzar ni un paso hacia el alma del joven. Y como este no interviene en la conversación, se le ofrece la oportunidad de traer a colación una de sus anécdotas irrisorias, guardando prudentemente las apariencias, para proteger su… ¿Qué? ¿Una exagerada delicadeza anímica?, ¿un cinismo hipócrita?, ¿un apabullante vacío espiritual?

—¡Por supuesto, por supuesto! ¡Sí, claro, del rey Fernando estaba hablando! —responde con prontitud el señor Ialomiteanu—. Y esta información me la han hecho saber personas de su entorno más cercano…

«¡Qué difícil es ser tan joven!», piensa Margot. Y que ellos te arrollen con su estúpida arrogancia de personas maduras y se lancen unos a otros las réplicas como la pelota en un juego en el que tú, pobre *Cendrillon*, harapienta y con las manos cuarteadas y rojas, no puedes entrar, sino solo correr, grotescamente, alrededor. Tú no existes para nadie ni tienes derecho a enfadarte. Ni siquiera te dejan exponer hasta el final tus razones, con una voz en que se anuncian las lágrimas:

—… no recuerdo muy bien quién fue, pero sí recuerdo dónde y qué contaba: que se aprovecharon de la crisis nerviosa que estaba atravesando el rey Carlos y le empujaron al suicidio —susurra Margot con voz llorosa.

Mirando discretamente en otra dirección, como quienes ya han superado la edad difícil, los tres hacen caso omiso de la pequeña señorita, como de un niño que se está propasando.

—*Ah, j'en ai assez!* —exclama mortificada la señora Mironescu y, levántandose bruscamente, va a tirar del cordón de la campanilla—. Cógela y llévala a su habitación —le dice fríamente a Nela.

Roja, sudorosa y desgreñada, la niña se resiste a que la lleven hacia la puerta del salón y lanza su habitual gritito agudo y continuo.

Cae la tarde. Las lámparas de gas de la calle aún no se han encendido, mas el vuelo de los vencejos se ha intensificado: se acercan veloces en picado, como aviones fúnebres, y solo las ventanas dobles ahogan sus chillidos, impidiendo que penetren en el salón silencioso.

—Sin embargo, hay una explicación hasta para las cosas más… inesperadas…

El señor Ialomiteanu se interrumpe, algo turbado, y carraspea. Cortés, como se le conoce por doquier, el profesor Mironescu completa su frase:

—Sí, en efecto. ¡Ha de haber una explicación al hecho de que nos preocupe tanto lo que hacen los demás! Justamente por eso estaba a punto de preguntarle, querido amigo, si conoce otro pueblo que se desprecie tanto a sí mismo. Deje a un lado la demagogia o, por el contrario, téngala en cuenta, pues las cotas que alcanza entre nosotros justamente esto indica: un espantoso, sí, un espantoso auto desprecio… Somos nosotros mismos quienes, ante cualquier cosa mal hecha, solemos decir: claro, ¡trabajo de rumanos! Con aquel inconfundible tono de voz y aquella inimitable sonrisa de escarnio…

Haciendo crujir sus botines de charol, Margot se levanta del pequeño sofá. ¿Qué sentido tiene asistir a esta conversación, que se alarga como goma? *Blague ennuyeuse*! ¡Solo palabras hueras entre las que no tiene derecho a añadir ni una sola! *Sophie se conduit toujours comme en pays conquis*, y siempre tiene que salirse con la suya, pero ¡ánimo, *pauvre Cendrillon!* ¿Quién sabe quién encontrará tu zapatito esta noche? Retírate a la soledad de tu *boudoir* y desahógate en una carta larguísima a Coralie. Cuando hayas terminado de escribirla, vendrá madame Ana y empezará el placer agitado del acicalamiento. ¡Ay, y qué emoción cuando oigas traquetear sobre los baches de la calle el primer coche! Serena ya, bajarás por las escaleras de madera con pasos suaves, controlando en el espejo tus andares, tus bucles, tu garbo. A tu edad, *ma chère*, ¿por qué no los tendría yo? (había dicho la madrina Fanica), no habría derramado una sola lágrima de melancolía. El mundo, recuerda, no se acaba con un galán, ¡que desaparezca para siempre, pedazo de ciego, si no ha sabido fijarse a tiempo en nuestra mozuela! Todo lo sabe la madrina Fanica, así que el

mundo no se acaba con uno como Titi Ialomiteanu, que comenzó siendo un muerto de hambre y va camino de convertirse en solterón mustio de tanto revolotear como una mariposa gorda en torno a las señoras casadas. Porque, bien mirado, ¡ya verás que le acecha el *embonpoint*!

Margot atraviesa el salón de puntillas. Si le preguntan, dirá que va a arreglarse para la cena. Pero, por desgracia, abre la puerta y la cierra tras de sí sin que nadie le pregunte nada. ¿Incluso sin que nadie la observe?

Ha caído un silencio tan profundo que se oye claramente el tictac del reloj y luego el crujir de los zapatos del señor Ialomiteanu, quien ha dejado el rincón de la chimenea y, acercándose al velador, se dirige solo al profesor.

—Sin embargo, hay siempre una explicación, incluso para lo que se sale de lo común… Hasta para mi imperdonable visita, a una hora tan inconveniente… y, para colmo, sin previo aviso…

El señor Mironescu levanta las manos en un gesto de protesta.

—No, querido, por favor, no se disculpe por su singular visita. Usted ha actuado de la manera más natural, demostrando lo cercanos que estamos ya entre nosotros. ¡Usted es más que un amigo, más que un *habitué* de esta casa! Todos le tenemos un gran afecto…

Un sonido conocido —el fino golpeteo de las varillas de marfil—: la señora Mironescu se está abanicando, cada vez con mayor fuerza, es evidente que está crispada. ¿Es que no se acabará nunca esta irritante situación? ¡La de cosas desagradables y vulgares que ha tenido que aguantar! E igual de desagradable es este sudor que no cesa. Aunque ya ha caído la tarde, gotitas de sudor siguen manando en su frente, en la raíz del cabello rubio, en el hoyo del mentón; ocultándose tras el abanico se las enjuga con el pañuelo.

—Lo que quería decirle antes, esperando que me comprendiera, es que todo está desquiciado por el simple motivo de que el camarero tiene paperas.

El profesor sonríe con una leve mueca de culpabilidad. Siente la sombra sobre la figura de su esposa. No, a ella no puede engañarla con

su alegre verborrea ni ocultarle su inquietud más profunda. Mientras sigue hablando, empieza pausadamente a ordenar sus papeles en la escudilla. Puede confiar en su intuición, tal como confía en su sano sentido moral (pese a que, en sociedad, sabiendo que el flirteo se estila, ella se esfuerce por tener un galán para no parecer siempre una joven provinciana).

¿Qué sentido tiene que finja ignorar el motivo de su verborrea: la garra de la raposa, el tormento de los celos? Una cosa tan simple, que su ingenuidad complica. Porque es tan ingenua y tan poco observadora que ni siquiera la cobardía de su caballero es capaz de ver, para que sienta repugnancia. ¿Se la puede abandonar, pues, dejar sin vigilancia? Por cierto, qué no daría él a cambio de un mínimo hecho positivo, en vez de verse obligado a interpretar sin fin cada gesto y cada frase, tarea que tanto le cansa últimamente. Pero, a pesar de los humillantes sufrimientos que le provoca su frívolo discípulo, y a pesar de que le asalta la duda de si alguna vez ha sido su discípulo, la curiosidad lo mantiene alerta, aquí y ahora.

Ha de haber otras soluciones, aparte de ordenar con parsimonia sus papeles, para no salir de allí y dejarlos a solas. Ha de haber otras soluciones, más normales y más brutales, para poner fin a esta situación ultrajante y, *hélas*, tan banal… La curiosidad, empero, lo mantiene allí clavado, contemplando a este joven en quien cree ver moverse —infatigable, como bajo una maldición que le impide descansar— el mismísimo vacío.

—Su generosidad acentúa mi error.

—Querido, me parece que el tema ha quedado zanjado. ¿Por qué volver a lo mismo?

Stefan tendría que excusarse y ponerse en pie, él primero, para ir a arreglarse, de modo que ella pueda subir después. Pero se hace el remolón para no despegarse de ella ni un instante, como probablemente no se le despegará en toda la noche. Así que no tendrá la oportunidad de intercambiar siquiera una palabra con el blandengue de Titi para asegurarse de que ha entendido su problema, surgido como consecuencia de las horas de amor apasionado que han pasado juntos… *S’il ne veut pas assumer aucune responsabilité*…

Entonces ya pensará ella qué tiene que hacer; no vale la pena atormentarse antes de tiempo… Solo que, por este infeliz *tête-à-tête se* ha perdido la siesta y ahora corre el riesgo de no disfrutar el placer de la velada… Cómo si no bastara la lentitud con que Stefan recoge sus papeles, el otro intenta llevarlo hacia una nueva conversación … ¡Ay! ¿Cómo puede ser capaz Titi de sacrificarla en aras de la prudencia? Porque solo por prudencia puede haber entablado semejante conversación insípida que, a todas luces, no interesa a nadie. Si se volviera hacia ella, podría indicarle con una seña discreta que acabase de una vez.

—Un entierro que dejó una impresión lamentable, ¿no?

Puede que al profesor no le convenga escuchar semejante comentario sobre el entierro de la reina Isabel, pero por esto mismo lo hace el joven: para ver si le molestan los rumores negativos sobre sus liberales. Había prometido que sondearía al profesor para ver hasta qué punto era pro liberal. Mientras tanto, hurgando en su memoria, Titi se ha convencido de que Mironescu no ha presenciado la escena del jardín de esta tarde entre él y Sophie. ¿La prueba? La cara de asombro que puso cuando vio a Titi en el umbral de la puerta. Sonreía, aceptaba sus disculpas, pero lo miraba como a alguien salido de las entrañas de la tierra. No se mostraba hostil ni parecía tenerle ojeriza. A él se le nota enseguida, no es capaz de refrenarse cuando algo lo irrita. ¡ Peor aún si hubiera visto algo! Conclusión: nada vio y nada sospecha. Si ha alargado tanto la conversación es porque así es su modo de ser.

Esto, sin embargo, no ha de cambiar su decisión de marcharse antes de la reunión. ¡Solo así su visita sin anunciar tendría una explicación razonable!

Y si mañana Sophie llega inopinada e intempestivamente a su casa, en coche de alquiler, con la cara cubierta por un espeso velo y frunciendo un poco la nariz por los olores de la escalera, este asunto no importunará al comprensivo joven. Por el contrario. De modo que prosigue con desenvoltura la conversación.

—… dio la casualidad de que hacía calor, pero Bratianu llevaba su gorro de pieles. Hecho que no podía pasar inadvertido, porque era uno

de los sostenían las cintas del ataúd. Así pues, ver a los diplomáticos lucir vestimenta adecuada para la ocasión, en tanto que el primer ministro…

Por última vez echas una mirada al reloj y tu decisión ya está tomada: te levantarás cuando dé la hora. Tu carácter difícilmente se resigna a que pierdas esta última apuesta; sin embargo, estás decidida: estos son tus últimos momentos en el salón. ¡Ojalá esta criatura diabólicamente prudente no tratase de retener a toda costa a Stefan con sus historias estúpidas! Te levantarás, disculpándote, aunque tengas que renunciar para siempre a la esperanza (¿la esperanza?) de una conversación con él como ambicionabas. Una sola ambición, se podría decir, sin estar muy equivocada, pese a que en los ojos se le ha clavado un extraño sufrimiento, que ya había ahuyentado de su rostro, de su mente, de su alma… Apenas empiece a sonar el reloj de péndulo, se levantará aunque esto signifique renunciar a la esperanza (¿la esperanza?). ¿Has reflexionado acaso sobre lo poco conveniente que sería para ti la vida junto al pobre Ialomiteanu? ¿La aceptarías? En serio, ¿te has imaginado algún instante a ti misma al lado de alguien como él? ¿Sabes de veras qué responderías si él te propusiera…? Pero ¿qué puede proponer él? ¡Quizá solo que os escapéis por el ancho mundo! Cambiar, sin pensarlo dos veces, un mal por otro peor no se aviene con tu carácter. Y agitas el abanico con creciente nerviosismo. Sería más exacto decir que tan solo te retiene aún aquí la curiosidad de ver qué es capaz de hacer por ti. Únicamente entonces podrías juzgar si un hombre así te conviene como compañero… ¡Qué tarde se ha hecho, y cada vez te sientes peor! Faltan unos minutos para que el péndulo empiece sonar, unos pocos minutos que tú aguantarás, paciente, porque así lo quieres. ¡Qué paciente puedes ser si así te lo has propuesto, y de qué manera, como solo tú sabes, puedes en un segundo, dar la vuelta a la paciencia! Míralos, pues, pacientemente, como si estuvieras escuchando sus palabras.

—… conducidos de tal forma, los caballos del coche fúnebre subían tan deprisa por la cuesta, en Curtea de Arges, que algunos miembros del cortejo empezaron a correr y otros se quedaron rezagados. ¡Toda

solemnidad se fue al traste! El rey, con sus nervios sensibles, como se sabe, estaba visiblemente molesto. Y yo me pregunto si hechos como este pueden ser casuales.

¿Por qué ese tono zalamero, que parece parodiar la cortesía? A la memoria te vienen, sin embargo, otras veces en que has oído al joven hablarte exactamente en el mismo tono, que de hecho denota ironía. Lo interrumpes con un ademán de fastidio, y solo alguien desatento no advertiría lo que de hecho quiere decir tu voz hosca.

—Como no estuve en Curtea de Arges… —replica malhumorado el profesor Mironescu alzando las manos en un gesto de impotencia.

A saber: qué podría decir yo, que ni fui a Curtea de Arges ni al entierro asistí, ni al primer ministro Bratianu pude ver, con o sin gorro…

Pero ¿de veras había un matiz insolente en las palabras del invitado? Y en el espejo, ¿se ha reflejado de veras la sonrisa trémula y rápida de Sophie, dirigida expresamente a Titi, instándolo a callarse de una vez? ¿O instándolo a qué?, ¿a qué quería instarlo? Pero ¿de veras ha existido esa sonrisa de ella hacia él en el espejo?

Su embarazosa honradez no permite al profesor formarse una idea y, como siempre, el impacto de la primera sospecha se le pasa muy pronto, ahora mismo ya no sabe si lo que ha visto era verdad o el delirio de su cerebro neurástenico y suspicaz.

Mirando distraído hacia la terraza de clemátides, el profesor Mironescu abre y cierra con frecuencia sus ojos cansados; bajo el eje sereno de esta tarde, le parece que sombras confusas cada vez más espesas pasan sin tocar tierra.

—Por lo visto en este momento existe la certeza de que Rumanía declarará la guerra a las potencias centrales… Se puede barruntar cuán dueño de la situación será el actual primer ministro Bratianu después de una guerra gloriosa, de modo que estos ataques de última hora por parte de la oposición solo persiguen obligarle a formar un gobierno de coalición…, para que los laureles de la guerra sean compartidos y no se los adjudique solo el…

En vano has hecho al antipático de Titi esa seña discreta para que

ponga fin a su parloteo, y él dale que dale, ¡oh! qué tarde se ha hecho y tú te sientes cada vez peor, pero respira hondo y piensa en lo agradables que eran las mañanas de antaño, cuando todavía no tenías salón abierto y nadie acudía de visita, ni siquiera este pesado señor Ialomiteanu. Respira hondo y piensa en lo agradables que eran las mañanas hace unos pocos años, cuando acababais de volver de la maravillosa Italia, te levantabas temprano, tal como te gustaría hacer toda la vida: ¡oh!, el cielo *rose-pâle*, las siluetas de los álamos teñidos de un matiz rojizo al proyectarse sobre el cielo en llamas, ese paisaje que veías por la ventana de tu habitación, ese incendio que se desataba dentro de tu pecho con el presentimiento de un gran amor que llegaría alguna vez y que habrías de vivir tan intensamente que hasta la felicidad te resultaría dolorosa. Respira y recuerda el viaje en tílburi, sus sacudidas en los baches, su balanceo placentero cuando corría por un camino llano, la verde llanura abriéndose en abanico al infinito y las tejas rojas de la casa de campo alejándose detrás y el gorjeo ensordecedor de los pajarillos como si caminaras sobre vidrios rotos, o el aire fresco y vivo, y las moras verdes llenas de semillas y desabridas que cogías alzando la mano sin detenerte y las hojas ásperas que te azotaban la palma; dejas caer el abanico al lado del sillón y nadie parece reparar en el gesto con el que te excusas presurosa, has de ir a arrreglarte para la reunión, luego volverás… ¿volverás?

Caminas deprisa hacia la puerta, con los dientes apretados, los orificios nasales dilatados, los ojos en blanco y al tocar el picaporte oyes desgranarse a tus espaldas los golpes del péndulo…

Con la salida de Sophie, enfadada o no, el profesor se siente más relajado. Está mirando, pues, menos tenso a su nervioso invitado en quien la malicia se evidencia en forma de agitación continua… Míralo, todo lo elegante que puede ser uno de su clase, con este traje color arena que, como acaba de confesar, esta misma tarde se lo ha entregado el sastre, traje color arena, pues, corbata roja, calcetines blancos de seda, podría decirse que tiene un aire de petimetre, si no fuera porque ya da señales evidentes de empezar a engordar. Y esta

manera suya de mirar de reojo, furtivamente, como algunos de costumbres inconfesables.

Que, por otro lado, puede que no le sean muy ajenas.

Porque, a fin de cuentas, ¿qué otra cosa puede significar su incesante desasosiego? Y esa manera de cortejar platónicamente y sin compromiso a todas las señoras y señoritas de las casas respetables que frecuenta, ¿qué otra cosa puede ser sino un modo de disimular su falta de auténtico interés por ellas?

—Por favor, dispense solo un momento, querido amigo, solo un instante le dejaré sin mi compañía —dice el profesor, que se incorpora con un leve suspiro.

Con los hombros estrechos, vencidos bajo la chaqueta demasiado grande, se encamina hacia la puerta que da a la terraza.

—¡No faltaba más! Ya he abusado demasiado de su tiempo… Le aseguro que desde mi llegada he querido, aun culpable de haber llegado a destiempo…

—Por favor, déjelo… Me parece que ya hemos acordado renunciar entre nosotros a tantos remilgos y disculpas… Solo deseo tomar un poco el aire antes de que subamos ambos a refrescarnos para la velada…

El profesor deja caer la cortina de madreselva y clemátides que ha levantado para contestar al señor Ialomiteanu y se acoda en la balaustrada de la terraza.

Luego respira hondo. Mantiene el aire en su pecho, llenando su caja torácica, dentro de la cual, aplastados, se sofocan y enmohecen sus pulmones. Espira, da unos pasos en la terraza, se apoya nuevamente en la baranda. Hay un perfume embriagador a hierba, a heno, a tierra, a infancia lejana, y siente que ha llegado el verano.

Es verano, es verano, es verano…

El aire teñido de azul, la sombra aterciopelada de las clemátides, la fragancia de la nicociana y de las petunias. Los rosales de Sophie, luminosos en la penumbra, y más allá, en el jardín, dos sillas de mimbre, juntas. Es preocupante la cercanía de las sillas vacías, abandonadas como el esqueleto de una posible conversación

susurrada. Pero, dejando a un lado esta inquietud, el profesor vuelve a sentir, como un dulce remordimiento, con una dulce convulsión, que es verano…

Es verano, es verano, es verano…

¿Y cuántos veranos…? ¿Y qué clase de veranos habrá en adelante…?

Porque, bien mirados, hasta los vencejos son todo uñas y picos feroces, y su vuelo no es un flotar sin esfuerzo. Vistos de cerca, su vuelo se ha convertido en un forcejeo desesperado. De cerca, puedes ver la sañuda contracción de sus alas, su aleteo espasmódico para atravesar la materia transparente, y das unos pasos hacia un lado, temeroso de que te claven el pico al acercarse. Y al dar unos pasos hacia un lado compruebas cómo cambian las cosas… ¡Cuán pronto, cuán inesperadamente pronto, lo entiendes todo, y cómo miras con una atención cada vez mayor a tu alrededor, con una atención cada vez más ávida conforme avanzas en edad, y todavía lees, acumulas conocimientos, todavía los clasificas e intentas deducir de ellos otros nuevos, pero lo haces con desgana creciente, como si te abrumara un presentimiento. Quizá ya lo sabes, la enfermedad no te permitirá comunicar a los otros lo que estás descubriendo, ni siquiera te concederá el tiempo necesario para escribirlo… No tienes más remedio (así lo sientes) que mirarlo todo con una atención cada vez más intensa; y cuando la enfermedad te deja olvidarte de tu cuerpo, cuando este cuerpo no te aplasta como una prenda demasiado usada, demasiado vulnerable, entonces sientes que todo tú eres una ávida…

Una inmensa mirada, y nada más…

Y la luz del cielo, de un marfil aterciopelado, te hace abrigar por un instante la ilusión de que podría sanar la podredumbre de tus pulmones, y aquella herrumbre del alma que te produce la idea de haberte juntado con quien nunca hubieras debido hacerlo…

El profesor Mironescu vuelve al salón con un suspiro de felicidad…

—¿Cómo, querido? ¿Justo antes de la fiesta piensa marcharse? ¡Ni se le ocurra tal infamia! ¡Menos mal que ha tenido el tino de no declarar sus intenciones traicioneras ante las damas! ¡Se ha percatado

a tiempo de que tal cosa jamás se le perdonará! Así que, por favor, tenga la bondad de acompañarme al piso de arriba para que nos arreglemos el atuendo…

No te dejes desconcertar por esa conducta dulcificada sin motivo en el lapso de solo unos minutos. Así es él: tras comportarse de forma improcedente, recapacita y se muestra el hombre más gentil del mundo. Igual esta tarde: al percatarse de que te había recibido mal mostrándose demasiado sorprendido por tu llegada, ha tratado de enmendar su error y durante unas horas te ha abrumado con su parloteo. Y en este momento casi, casi te está cortejando. Lo cual, sin embargo, no debe hacerte desistir. Así pues, inclínate una vez más y explícale cortésmente la situación.

—Sin duda merecería ser castigado por la falta de tino con que… Pero ¿qué mayor castigo que verme privado de la brillante velada? Por desgracia, obligaciones apremiantes…

El profesor avanza por el salón. ¡Qué cortante sigue pareciéndole, aun al cabo de tantos años, esta luz eléctrica que blanquea las caras y las vuelve innaturales! Como un niño, se tapa los ojos cansados con el pañuelo y cuando los abre, la luz se le antoja aún más artificial. Y más inconveniente. Del todo inconveniente, del todo artificial le parece también la excusa del invitado, que, además, llega demasiado tarde. ¿Cómo? ¿Llevamos tres horas conversando y hasta ahora no lo dice?

De pronto el profesor apenas siente el cansancio. Casi comienza a esperar con agrado la velada. Un alivio tan brusco que parece incluso una verdadera alegría, que sin embargo debe intentar disimular.

—Si invoca obligaciones apremiantes —dice al invitado—, entonces, amigo, ¿qué más puedo decir? Tan solo que lo lamento…

Por miedo a que el invitado, a punto de retirarse, lea en sus ojos lo que está sintiendo, el profesor desvía la mirada hacia el traje color arena que pregona a gritos su novedad. Ve un hilo suelto, seguramente olvidado por el sastre, un calcetín torcido y —¡qué raro!— unas salpicaduras de lodo en el bajo del pantalón.

Salpicaduras de barro, frescas, seguramente frescas, ya que el traje se lo ha entregado hoy el sastre. Él mismo lo ha dicho: lo ha estrenado para venir aquí… Y sin embargo, salpicaduras de lodo en el bajo del

pantalón, en un día tan seco… Salpicaduras de barro en el bajo del pantalón, dos sillas de mimbre, una frente a otra bajo el nogal, los senderos que Sophie ha inundado regando sin ton ni son sus rosas, justo a la hora en que él ha oído el sonido inexplicable del timbre… ¡Dios mío, qué confusión! Había deseado, en vez de aquel acecho en pos de palabras, que se le presentase otra cosa, un detalle concreto, aunque mínimo, y ahí está el detalle, ante sus ojos, igual de incierto, a pesar de lo cual le ensombrece desde ese mismo momento la velada, tanto si el invitado se va como si se queda.

El profesor respira deprisa, su mano húmeda lleva a la frente el pañuelo hecho ovillo, en sus sienes empieza a martillear la sangre, mientras con pasos grandes y vacilantes acompaña al invitado hasta la puerta. ¿Cómo ha sido posible tal error: de Sophie, de él, de los dos? ¡Justo con este individuo que tanto les desagradó cuando lo vieron! ¿Será imposible volver a aquel momento en que, al verlo, les desagradó a ambos? Volver a aquel momento y luego observar cuidadosamente cómo y dónde se ha ido insinuando el error; el invitado coge sonriente su sombrero y su bastón, ¡cuánto lamenta cometer, yéndose así, otra descortesía: la de no despedirse de la señora, de la señorita!

El señor profesor transmitirá sus disculpas, por supuesto que las transmitirá, pero más tarde, cuando, con los pies doloridos y los ojos enrojecidos, inicie el interminable interrogatorio acusatorio, del que Sophie se escabullirá con solo una inquina, un enigmático descontento en los ojos, siempre muy azules bajo las largas pestañas, sin rizar. Unos pasos suaves, el crujir de la escalera de madera, puertas que se abren y se cierran en el piso de arriba, algunas notas ensayadas en el piano, un vestido flotando tras los barrotes esculpidos de la barandilla, el invitado deberá también darse prisa, no vayan a sorprenderlo los demás invitados, el jardín está mágicamente iluminado, adornado con el dudoso gusto de Sophie, con guirnaldas y farolillos de papel de colores colgados de los árboles. El profesor hace tintinear, nervioso, las pastillas en la cajita plana; salpicaduras de lodo en el bajo de unos pantalones entregados hoy mismo por el sastre, pero entonces, ¿por

qué una visita inopinada? ¿A una hora tan inadecuada? Pero cómo, pero cómo, el lento despliegue de cada hecho, el sonido dudoso de cada palabra, el profesor se lleva a la boca una pastilla agridulce, uno de aquellos comprimidos *inoffensifs antiseptiques de l'intestin*, para apaciguar el tic que, desde hace unos segundos, le contrae una mejilla en una mueca.

Señal, sin embargo, de nerviosismo controlado.

Todavía da vueltas a aquellas salpicaduras de lodo, humillado por la imposibilidad de quitárselas de la cabeza; el insoportable sufrimiento físico que le producen en todo su ser, un dolor que lo humilla y encoleriza, y al mismo tiempo la sensación tranquilizadora de que dos ojos traslúcidos lo miran amistosamente, con una atención cortés y tensa; puertas que se abren y cierran en el piso de arriba, y pasos suaves por la escalera de madera.

—¿Cómo, señor Ialomiteanu? ¿No se queda a cenar con nosotros? ¿Cómo es posible tal deserción? —pregunta la señora Mironescu, bajando por la escalera con pasos lentos y majestuosos.

El señor Ialomiteanu, harto es sabido, es un perfecto caballero. Pese a su timidez, le complace la compañía de las señoras, en verano llega en coche, en invierno, en trineo, para llevarlas de paseo, cuando fuera nieva sin parar, y tintinean los cascabelitos de los caballos. Las naricitas de Margot y Sophie asoman de las pieles con que se arropan, y qué risotadas durante el paseo por un Bucarest nevado, sobre el cual se arquea un cielo de marfil y, como en los grabados, se perfilan nítidamente paredes, tejados, chimeneas por donde sale un humo ondulante.

En efecto, nunca le han gustado mucho al profesor Mironescu los paseos en trineo, ni siquiera en coche, y menos las meriendas campestres, y menos aún las veladas con baile y las reuniones festivas… En los últimos años, simple y llanamente ha rehusado las salidas, tal vez también a causa de su enfermedad. En todo caso, el señor Ialomiteanu tiene un compromiso para esta noche, y precisamente por eso ha acudido a casa más temprano, y precisamente por eso no se ha atrevido a darnos la desagradable noticia hasta el

último momento, y ahora solo quiere despedirse de la señora y de la señorita.

Aquellas manchas de lodo siguen en el bajo de su pantalón, son incluso una enigmática certeza, pero el rostro del profesor sigue siendo impenetrable. El tic nervioso ha desaparecido, igual que, de hecho, su sonrisa serena. La luz eléctrica, poco favorecedora, y la enfermedad mal diagnosticada por los médicos explican de sobra el porqué de esas profundas arrugas que le surcan el rostro cuando tiende la mano para despedirse del invitado.

—¿Cómo? ¿No se queda a cenar con nosotros, señor Ialomiteanu? —pregunta la pequeña Margot—. Seguro que va de visita a otra casa, y esta de aquí ha sido solo la primera.

Las dos hermanas, de pronto al unísono, lanzan sus leves insinuaciones al desertor, quien se inclina reverentemente delante de la una y después de la otra; es posible que mañana por la noche vuelvan a hablar de él, azuzada la curiosidad de una por las palabras de la otra, y así se expliquen cada gesto suyo difícilmente explicable. Pero también es posible que la velada de hoy resulte tan emocionante, que les parezca que no hay en el señor Ialomiteanu nada que valga la pena explicar.

Justamente por haber sufrido tantos reveses, no hay quien sepa disimularlos mejor que el joven Ialomiteanu, que pone a mal tiempo buena cara. Multiplica sus profundas venias, incluso más de la cuenta, y se despide de sus amigos con una mirada afectuosa.

Bueno, se dice el profesor, sea como fuere, aun cuando (¡al cambiar de ánimo!) mis conjeturas de ahora me parezcan una vez más absurdas y exageradas, no puedo dejar de admirarme de cómo he podido ser tan negligente y no tomar en serio lo que en cada momento sentía: que nada en común tenemos nosotros dos, y que casi todo en él me desagrada…

Dentro de una media hora el señor y la señora Mironescu darán la bienvenida a los invitados en el vestíbulo. La cena se servirá más pronto de lo habitual, y el profesor tendrá su propio menú, austero y frugal: algunos aperitivos nada más, asado frío, *linzertorte*. En el salón

pequeño se alzará la voz grave de Sophie acompañada al piano por el sobrio Jorj Ioaniu, para emocionar a todos con un desgarrador *lied* de Verdi. Después del baile, el joven Geblescu explicará un nuevo juego de sociedad, que hará las delicias de la aniñada Margot.

«Atención, por favor, estimados caballeros, atención, gentiles damas y damitas —dirá el joven, recién llegado de Inglaterra, iniciando su nuevo juego de sociedad, de hecho un simple experimento de física—. Fíjense todos, por favor, estimada asistencia, miren con mucha atención este punto negro en el centro del círculo. Fíjense exclusivamente en el punto central y de inmediato verán, ya lo ven, ¿verdad?, que alrededor de él ya no hay uno sino diez círculos concéntricos, entre los cuales su ojo deslumbrado ha comenzado a deslizarse. Su ojo, pues, se ha cansado y ha modificado su visión mucho antes de que yo mueva el círculo, que, de hecho, ni he alcanzado a moverlo. Debido a la intensidad de la atención, la mirada percibe una imagen aberrante. Así, es inútil esforzarse por lograr una mayor concentración, pues cada segundo uno ve algo distinto de lo que veía el segundo precedente. Es harto sabido, estimada asistencia, que no nos bañamos dos veces en el mismo río. ¡Pues sepan que, además, nunca vemos dos veces con la misma mirada!»

Cuando los aplausos y las risas de la alegre asistencia hayan amainado, del pequeño salón contiguo, llegará una voz grave:

«Si somos capaces de mantener nuestra posición actual, sin arriesgar el futuro del país con quién sabe por qué imprudencia…».

Esa, por supuesto, no puerde ser sino la voz del amigo Victor.

Tercera parte

Diario del profesor Mironescu

27 de agosto de 1916

Los silbatos de los guardias municipales, las campanadas de las iglesias, las sirenas de las fábricas han dado la señal de alarma muchas veces durante esta noche. Poco después han empezado a tronar los cañones, alternando con ráfagas de ametralladoras. Andábamos a tientas, nerviosos y soñolientos, en una oscuridad sumamente molesta. Por supuesto, no fue fácil convencer a mi gente de que bajara al sótano (como exige la orden policial), pues la opinión general era que en realidad no había peligro. En efecto, al parecer las visitas del zepelín, que la gente llama el «cepelique», no han causado hasta ahora víctimas. Ya hacia el amanecer, muertos de cansancio, subimos a las habitaciones aprovechando el cese de los cañonazos, pero tras una breve pausa se desataron otra vez. Una noche como esa no podía sino perturbar los hábitos de la casa, de modo que a las once de la mañana, cuando se ha detenido un automóvil delante de la puerta, nosotros apenas acabábamos de desayunar.

Era la señora Nicolaid, una de las distinguidas damas que patrocinan la Sociedad Reina Isabel. Había planeado ir a la estación del Norte para ofrecer las vituallas a los soldados que partían al frente. En el último momento la avisaron de que las señoras que debían acompañarla habían desistido. Entonces subió al automóvil junto a su devoto esposo y a una sirvienta. Al poco de salir decidieron dar un rodeo por la avenida Bonaparte para pedir la ayuda de Sophie, contando con su carácter servicial y su escaso apego a la etiqueta. No disponían de mucho tiempo, pero sí el suficiente para disfrutar de un corto paseo por el jardín, mientras Sophie nos mostraba orgullosa sus nuevas variedades de rosa. Charlamos un rato en el quiosco saboreando un café auténtico, que en los últimos tiempos se ha

convertido en un lujo, intercambiamos impresiones sobre la agitada noche pasada y el zepelín fantasma al que hacían alusión los diarios de la mañana. Más de cien víctimas había dejado el terrible bombardeo sobre el puerto de Constanta; de esto se había enterado la señora Nicolaid por fuentes de la Cruz Roja… Les participé lo que ya no constituía un secreto para nadie: que Bratianu se había puesto personalmente en contacto con Bussche, el embajador de Alemania, para pedirle que cesaran los ataques aéreos contra la población civil, y que había recibido garantías en ese sentido. Como el tiempo apremiaba y los Nicolaid querían llegar puntuales a la estación, nos pusimos en pie y abandonamos el quiosco. Desgraciadamente, Sophie no estaba en condiciones de prestarles ayuda, pues padecía una migraña atroz, agravada por mareos y vómitos, pero Margot se ofreció con entusiasmo a reemplazarla y yo, por mi parte, tuve que ceder ante la insistencia del señor Nicolaid y acompañarles para ver cómo había cambiado la capital al cabo de solo cinco días de estado de sitio. Antes de salir tuve una discusión desagradable con Sophie, que se negaba categóricamente a ir al médico; con mi calma habitual, le hice saber que, lo quisiera o no, me vería obligado a llamar al doctor Fundeanu. No era el momento más adecuado, debo reconocerlo, dado su estado de nerviosismo. Reaccionó violentamente, por pudor y testarudez, y yo salí de casa bastante malhumorado por esa disputa que tuvo lugar (algo que ambos detestamos) *devant les domestiques*. Hay momentos en que todo me parece perdido y no espero la menor comprensión. En el automóvil, por discreción, traté de disimular mi estado de ánimo delante de los dos, que bromeaban e intercambiaban muestras de ternura. Por los comentarios que he oído, sé *qu'ils ont toujours été raisonnablement heureux en ménage*, de modo que, al verlos, sentí cierto resquemor…

De pronto fui consciente de que les tenía pura y simplemente envidia, un sentimiento (por suerte) casi desconocido en mi vida. La vergüenza de mí mísmo y sobre todo el espectáculo de la calle lograron calmarme. No, ¡falso! De hecho mi malestar cedió ante la preocupación, quizá más fácil de soportar, por ser legítima y general. Este desasosiego era totalmente distinto del sufrimiento por los celos y

la incomprensión, que te llena de oscuridad y te domina de forma total y humillante, igual que el hambre.

Desde los arrabales y más aún conforme avanzábamos hacia el centro, sobre los comercios ondeaba la bandera tricolor rumana junto a las de los aliados. En las paredes, las proclamas y los bandos, que había leído en la prensa. Cuando el gentío nos obligó a detenernos en la plaza Matache, alcancé a leer, al comienzo distraídamente, aquel SOLDADOS, y luego:

¡A TRAVÉS DE LOS SIGLOS UNA NACIÓN ENTERA OS ALABA Y ENSALZA!

No creo que el agotamiento nervioso fuera la causa de que se me saltaran las lágrimas. Sea como fuere, me sentí, como de costumbre, avergonzado de mi sentimentalismo, de ese idealismo que siempre algún allegado me reprocha. Incluso el atisbo de su manifestación, me provoca una sensación permanente de vergüenza y culpabilidad. En verdad, ¿cómo puede alguien llorar leyendo los decretos reales, que los espíritus lúcidos critican del derecho y del revés y de los que el pueblo hace caso omiso, pues cada cual corre atolondrado detrás de los mercaderes ambulantes de Oltenia o a ponerse en la cola del pan?

La ciudad tenía un aspecto bastante extraño, sin apenas transporte público. Solo al anochecer me di cuenta de qué suerte habíamos tenido, al saber de los innumerables automóviles, coches de punto y hasta taxis que habían sido requisados en la calle y enviados a Turtucaia. Señal de que las cosas no van bien por allí. En medio del silencio, el ruido de los vehículos militares se oía más estruendoso. Muy de tarde en tarde pasaba algún que otro tranvía, e iban tan atiborrados que había pasajeros hasta en los estribos. Las aceras estaban a rebosar de gente cargada de paquetes: el pánico por abastecerse, comprensible por otro lado, tanto más cuanto una serie de mercancías —la carne, los huevos, la leche e incluso el pan— ya escasean.

En este momento he dejado la pluma y, al reeler mis anotaciones, compruebo con desagrado que están escritas con la torpeza y la ingenuidad de un bachiller. El eterno drama: ¡una cosa es lo que se siente y otra lo que sale en el papel! Seguiré sin embargo, aunque soy consciente de que lo esencial se me escapa.

Por ejemplo, la perplejidad que transmitían los rostros que vi: perplejidad de que semejante mala suerte histórica nos haya tocado justo a nosotros. ¡De que seamos una generación sacrificada! ¡No son palabras altisonantes que, acostumbrados a ellas, apenas tomamos en consideración! ¡Igual estupefacción experimento yo, hora tras hora, desde la noche del 14 de agosto, cuando me estremecieron las campanadas de las iglesias anunciando la movilización general! Las palabras que tantas veces he pronunciado delante de los jóvenes —«destino colectivo», «suerte», «historia»— las percibo ahora de un modo totalmente distinto, diría religioso y oscuro. Y los pensamientos que se cruzan más veces por la mente no son solo míos: temiendo cada uno por su suerte y la de los suyos, anhelamos, aguardamos, esperamos todos lo mismo… Por eso creo haber leído algo semejante en los rostros que veía: el estupor de que eso ha llegado, la inquietud por el mal que nos espera, la incredulidad y el aguante, esa bien conocida capacidad nuestra para aguantarlo todo, que, al mismo tiempo, puede volverse contra nosotros.

Antes de caer en estas reflexiones banales, llegamos a la estación del Norte, donde otro tipo de exaltación se apoderó de mí. La solemnidad que siempre me ha sugerido esta construcción moderna, la sonoridad de nuestros pasos perdiéndose en la de otros pasos, la vibración anímica de la multitud agolpada allí me provocaron el conocido nudo en la garganta, pese a que apenas había alcanzado a divisar los uniformes verde azulados y los quepis de los soldados: unos de pie, otros sentados en el suelo de los vagones de mercancías con las puertas abiertas. Nosotros, que habíamos ido a despedirles, teníamos el convencimiento de asistir a un momento solemne, totalmente distinto de los ordinarios, de modo que el estado psicológico más común era olvidarse de uno mismo. En ese instante se me ocurrió que debía hacer diligencias especiales para alistarme, aun sabiendo que era del todo imposible. En todo caso, eso me demuestra que no he llegado aún a resignarme a la posición marginal que la vida me ha impuesto y que, en adelante, ha de imponerme cada vez más.

Alrededor se cantaba «A las armas» con lágrimas en los ojos, con audacia aquellos que creían poseer una voz poderosa, melodiosa, y

con un murmullo avergonzado los afónicos y tímidos, igual que en la misa nocturna de Pascua de Resurrección. Cantaba yo también, por cierto, en voz baja. Muchos llegaban con flores para ofrecerlas a estos hombres comunes, que nuestra imaginación libresca estaba sacralizando, al rodear sus cabezas morenas y sus caras sin afeitar con el nimbo de los ideales. Mientras cantaba, miraba con atención a quienes se encontraban a mi lado: un bachiller cuyos ojos limpios brillaban bajo las nutridas cejas, entre unas mejillas pobladas de espinillas; una dama corpulenta, con un mustio busto color escarlata, empujado hacia arriba por un corsé ajustado; un profesor de instituto (probablemente), con una calva rosácea, que miraba con afectación a través de un monóculo; una familia respetable con sus hijitos alrededor y, al fin, dos graciosas damiselas que cuchicheaban bajo sus sombrillas… Pero ¿de qué servía este fastidioso inventario humano en que se esparcía hasta el infinito mi mirada? ¿Cómo puede nacer un alma colectiva de cuerpos tan distintos? ¡He aquí mi asombro, el mismo que me producen las cosas más sencillas! Sin embargo, algo más que la casualidad nos unía a todos (lo sentí allí, en el andén): no solo el destino, sino también los resortes de una mentalidad palpitando en nosotros con la misma astucia discreta, con la misma fuerza que el hambre o el deseo de copular…

¡Dejémonos de divagaciones! Los trenes militares, los únicos en circulación, están repletos; en la terminal hay dos trenes sanitarios, con la cubierta pintada de blanco y una enorme cruz roja, probablemente para evitar los ataques aéreos. A lo largo del andén madame Nicolaid y Margot pasan bajo las ventanillas del tren repartiendo cigarrillos y paquetes con alimentos a los soldados; tras ellas, la sirvienta con los cestos, y nosotros, a cierta distancia. Acabados los paquetes antes de lo previsto, la señora Nicolaid empieza a entregar dinero y, al no tener suelto, crea cierto tumulto cuando saca un billete de veinte leis para que se lo repartan entre varios. Por supuesto, muchas manos se abalanzan a cogerlo y ella, intimidada por las peticiones cada vez más imperiosas, se lo deja a los más ágiles. Los comentarios soeces de los frustrados que me llegan a los oídos, pues camino detrás de la señora, me entristecen, incluso me indignan, como

suele indignarme la vida misma siempre que, bajando bruscamente de las nubes, me doy de bruces contra ella. Y justo entonces también Margot provocó un incidente lamentable. Pensando —como explicó después— que se había dado la señal de partida, lanzó hacia el tren las cajetillas de cigarrillos que le quedaban. La pobre gente saltó a cogerlos, empujándose, quitándoselos unos a otros de la boca, pisoteando manos y dedos con las botas. Un atropello que me entristeció, pues estropeaba lo mejor de antes al poner una vez más de relieve la pobreza y el primitivismo que nos dominan. Dada mi labilidad anímica y mi inclinación a la melancolía, de pronto vislumbro el heroico espectáculo de antes descompuesto en escenas cotidianas: uno hurgándose la nariz, otro jugando al cubilete, otro meando casi a la vista de todos, unos cuantos lanzando piropos subidos de tono a nuestras generosas damas y otro rondando a unas sirvienticas húngaras… Después, mi conocido desconcierto al comparar el espectáculo real de la vida con su imagen ideal. Y, enseguida, mi propia autocensura, impuesta casi al mismo tiempo que I. G. Duca, el ministro del Interior, decretó el estado de sitio: no tenía derecho a ver la menor bajeza en el comportamiento de estos hombres que iban a dar su vida por una idea, mientras yo volvía a subir al automóvil del señor Nicolaid, en el que daríamos nuestro paseo por la avenida de la Victoria, para luego tomar, como siempre, nuestro *café glacé* en el Riegler, dejando atrás el rumor de la estación del Norte y los vagones atiborrados sobre los que estas manos curtidas (se adivinaba por el trazo torpe de las letras) habían escrito: «¡Aquí van los tigres de los Cárpatos!», «¡Viva la Rumanía Grande!» y otras pintadas por el estilo.

No era, por lo visto, el único en mostrar un ánimo moralista, ya que, cuando nos acercamos al centro, al ver tanta gente que había salido de paseo, las terrazas con sus parasoles, los señores y las señoras haciéndose señas discretas de reconocimiento y lanzándose besos, saludándose con los sombreros, etcétera, y al oír los frecuentes comentarios de descontento en contra de la prohibición impuesta por el gobierno de vender bebidas espiritosas, al observar, pues, este frívolo espectáculo, el honesto señor Nicolaid (inválido desde la

anterior campaña bélica) se puso furioso. ¿Cómo?, dijo, el mismo día en que se anuncian las primeras pérdidas, más de quinientos heridos y muertos, seguro que más de los que se han comunicado, ¿cómo puede ser que aquí nada haya cambiado? ¡Este ambiente festivo es realmente abyecto! Tienes razón, dijo entre risas la graciosa señora Nicolaid, pero entonces, ¿qué estamos haciendo nosotros aquí, *mon chéri*?

A la vuelta, el señor Nicolaid me contó las tribulaciones de su hermana Nathalie (casada desde hace un mes con el magistrado Creteanu). Sorprendidos en Sinaia, donde pasaban su luna de miel en el hotel Caraiman, amén de la preocupación por la cercanía del frente (ay, qué conmoción percatarse de pronto de que en cualquier momento puede suceder cualquier cosa, a falta de leyes y costumbres que lo protejan a uno; y cómo lloró, *pauvre* Nathalie, pues con tanto hacinamiento hasta le habían arrebatado el sombrero), se encontraron con que el servicio de ferrocarril se había suspendido y solo circulaba un tren, al que esperaba subir un gentío indescriptible. El pobre Creteanu, muchacho de buena familia, a quien hasta entonces la vida había ahorrado golpes, movió cielo y tierra para colocar su equipaje en un vagón que estaba a rebosar. Viajaron hasta Ploiesti en un vagón de mercancías, donde un soldado desalmado los obligó a punta de fusil a sentarse en el suelo, sobre el estiércol de los caballos; gente de buena condición mezclada con gentuza, un aire irrespirable, oscuridad completa y el temor de acabar con piojos o la sarna por el contacto con todos esos guarros. Luego, una noche entera en la estación de Ploiesti, sin siquiera un banco donde sentarse. Cuando llegó el tren, era tal la desesperación por subir que por poco los aplastan. Pedí por favor a Nicolaid que repitiera la historia durante el almuerzo que tomamos todos juntos en casa, pero Sophie se hizo la desentendida y no demostró acordarse en absoluto del motivo de tantas agrias discusiones entre nosotros dos, su insistencia en salir de veraneo, y tras la partida de los invitados siguió sin dirigirme la palabra.

Por la tarde intento trabajar, a pesar del clima poco propicio. Pienso que toda página retrasada es para mí una culpa ante este futuro tan inseguro. Desde hace por lo menos cinco años, sintiendo sobre nuestras cabezas la espada de Damocles —la inevitable guerra—,

nadie se embarca ya en nada que considere importante, fundamental. Pese a que esto es lo que persigo con mi trabajo, las espinas de la culpa no dejan de lacerarme por dar rienda suelta a mi naturaleza lenta, utópica y puntillosa, en vez de aportar a la cultura un libro que pudiera publicarse rápidamente. O mejor dicho: que hubiera podido. Hasta la cena me quedo en mi estudio, sin el cuidado de responder la correspondencia, cada vez más escasa. Mi estado general es sorprendentemente bueno. Nada importante hasta esta hora, cuando pongo fin a mis anotaciones. Resuelvo conservar a toda costa mi sangre fría; en cuanto al alejamiento afectivo entre Sophie y yo, buscaré una solución en un momento de calma.

23 de agosto de 1916

Todavía hace buen tiempo. De mi aislamiento total me ha sacado el amigo Victor Apostoleanu, quien desde hace mucho amenazaba con una visita. Ha pasado hoy por aquí, pues el tribunal permanece cerrado y la prohibición de consumir bebidas alcohólicas ha dado al traste con su hábito de tomar el aperitivo en el Mircea. A las once y media ha llamado a la puerta. No hemos oído el timbre debido al interminable paso de las columnas de artillería. Los cristales vibraban con el trote de los caballos sobre el pavimento y el traqueteo de los furgones. Sin embargo la llegada de Victor no podía pasar inadvertida, pues la cadencia de las botas militares había atraído a las ventanas a toda la servidumbre femenina de la casa. Su idea de ofrecer agua a los soldados ha sido una buena iniciativa que seguiremos practicando en adelante. Victor, como de hecho mucha gente, está preocupado por la presencia de un sinnúmero de informadores y espías infiltrados entre nosotros; prueba de ello son las bombas dirigidas contra la casa de Take Ionescu, en la plaza de Lahovary esquina con la calle de Atenas. Él venía precisamente de allí, donde había escudriñado con atención todos los detalles. La curiosidad del bucarestino había convertido el lugar bombardeado en espectáculo, en objetivo de paseos. El amigo Victor explicó que por allí pasó también Marghiloman, partidario de la alianza con los alemanes, y que fue recibido con francas muestras de

hostilidad por los transeúntes; habrá que ver, sin embargo, hasta qué punto exagera, pues en general es la clase de hombre a quien ciega su parcialidad política.

Hoy mismo ha asistido a otra escena: al pasar el rey en su automóvil por el centro, la gente le ha ofrecido una manifestación espontánea de simpatía. Los viandantes, los dueños de las tiendas y hasta los viejos borrachines que no se despegan de las cantinas y ahora se ven obligados a contentarse con limonadas, todos le han vitoreado y han dado vivas al ejército rumano. Compara este espectáculo con el del pasado Diez de Mayo, cuando el pobre rey Fernando atravesó una multitud muda e impávida. En un momento de grandilocuencia, el amigo Victor confiesa incluso que entonces sus sentimientos coincidían perfectamente con los de la población, pues hasta el último momento estaba convencido de que «el alemán no entraría en guerra». Por lo demás, tenía como siempre un humor de perros, sobre todo a propósito del gobierno y de Bratianu. Sin embargo, no llega, como otros cuyos comentarios ha oído esta mañana, hasta el extremo de sostener que es preferible una derrota de la que saldría gente nueva, a una victoria que mantendría en el poder a los de ayer. (Deliberadamente no apunto aquí los nombres que él ha citado, pues alguna vez publicaré estas notas y no quiero agrandar ni en un ápice la fama de los canallas.)

¡Hasta dónde puede llegar la falta de solidaridad rumana! Se me encoge el corazón recordando aquel discurso *mal à propos* que pronuncié sobre este tema en la agotadora tarde de hace diez días, antes de la velada. No me deprime tanto lo dicho como el público que encontré… ¡Titi Ialomiteanu!

Mirando el mapa instalado en el saloncito, donde por las noches marcamos con banderitas el avance en Transilvania, los dos sentimos angustia al contemplar el larguísimo frente rumano. ¿Qué ejército haría falta para que cubriéramos solos una frontera tan extensa? Solos, porque el general Sarrail no se mueve de Salónica, pese a que nuestra entrada en guerra alivió mucho a los franceses en Verdún, pues los alemanes tuvieron que sacar tropas de allí para enviarlas de este lado. Solos, porque las tropas rusas ni son tantas como se había pedido ni se

dejan sentir demasiado; prueba de ello es Turtucaia, donde parece que la lucha sigue siendo encarnizada.

Solos, con un frente tan extenso, precisamente nosotros, que acabamos de despertar a la vida como nación, con esos defectos de organización que conocemos muy bien. ¿Y si todo lo que Bratianu se ha empeñado en prever, sin dejar resquicios al azar, salta de pronto por los aires por no respetarse lo convenido? ¿Y si los aliados pierden todo interés por nosotros? ¿Y si nos abandonan a merced de un enemigo todopoderoso?

Por la tarde he trabajado con bastante provecho, aunque en mi espíritu se había filtrado cierto desasosiego, tanto por la situación general como por la de casa. La fiebre me ha subido un poco, sin razón aparente. Cuando bajo a las cinco, suena el teléfono y lo atiendo. Era el señor Ialomiteanu, que quería cerciorarse de que el partido de tenis previsto con Margot seguía en pie. Decidido a no comentarle nada a la pequeña (quien de todos modos está inquieta por su nuevo galán, Geblescu, que se encuentra ahora mismo en primera línea de fuego), desaconsejo la salida, que corre el riesgo de parecer una frivolidad. Además, ¿cómo llegar al parque de Cismigiu, cuando los tranvías que circulan son cada vez menos y van abarrotados, en tanto que los automóviles y coches de punto no solo son muy difíciles de conseguir, sino que en cualquier instante pueden ser requisados y enviados a Turtucaia? ¿Cómo puedo yo, su tutor, autorizar a una estudiante de bachillerato a que se aleje de su casa en semejantes condiciones? Ialomiteanu ha mantenido su habitual línea de comportamiento, aunque debe de haber reparado en que no lo he invitado a pasar por casa, lo cual sucede por primera vez. Estaría más aliviado si supiera que ha comprendido mi mensaje más allá de las palabras y que esta ha sido nuestra última conversación, pues, al finalizarla, me doy cuenta del agotamiento nervioso, totalmente desproporcionado, que me ha provocado. Después de la cena me sube la fiebre, un escalofrío muy fuerte me atraviesa los músculos, me viene un horrible dolor de cabeza que hasta este momento, en que estoy escribiendo, no se me ha pasado, tengo mareos y una sensación de debilidad. Sophie, que esta mañana hizo una corta visita a una de

sus amigas (como seguimos *en froid*, no me ha dado detalles), se ha pasado el resto del día en la cama, sin permitir que nadie entre, excepto madame Ana. He insistido en que me recibiera y casi he obligado a madame Ana a que me abriera. No tenía, de hecho, nada que decirle, salvo que había llamado el señor Ialomiteanu, noticia que le he dado, quizá en tono desagradable, fijándome bien en la expresión de su cara. Estaba muy pálida (mejor dicho, con un semblante terroso) y me miraba *comme une bête traquée*, pero con esa obstinación que tanto me enfurece. Me exasperan además esta atmósfera de misterio alrededor de su dolencia (no me cabe la menor duda de que es un mal de mujeres), las pócimas primitivas a las que probablemente recurre por no querer que la vea un médico, mi incapacidad para hacer frente a la situación de otra forma que no sea dando gritos y su egoísmo, que añaden nuevos sufrimientos a los de de mi enfermedad. ¡Hasta el final sin pronunciar una sola palabra! Desde entonces ha pasado ya una hora, yo he puesto término a mis apuntes y he ido a acostarme, pero no he podido conciliar el sueño. De su habitación me llegan ruidos apagados que me hacen sospechar que algo no anda bien: las puertas se abren y se cierran, en un trajín poco habitual a estas horas. Como no puedo fumar siquiera, la espera se me hace insoportable. ¿Por qué, Dios mío, la vida se vuelve de pronto tan agitada? ¿Por qué debo vivir tan sobresaltado, yo, que siempre he anhelado la calma?

27 de agosto de 1916

Los días pasados me fue imposible escribir siquiera una línea, pues la derrota de Turtucaia vino a sumarse a mi propio desastre doméstico. Diría que esta mañana el ministro Athanasiu ha tenido una feliz inspiración al llamarme por teléfono y, dándose cuenta por mi tono de que me hallaba en un estado deplorable, ha sacado su tiempo para pasar a verme en su automóvil. Me ha encontrado solo; Margot se había marchado con madame Ana a la Escuela Central, donde acaba de llegar un gran transporte de heridos; de la hospitalización de Sophie, Athanasiu, por supuesto, no estaba al tanto, ni yo he querido

darle detalles. Al ministro siempre le ha gustado aparentar que está muy ocupado, pero esta vez no lo finge; me convenzo oyéndolo hablar de los preparativos en curso para una posible evacuación de Bucarest, pues tras la caída de Turtucaia el pánico se propaga vertiginosamente desde Oltenita a la capital. Ayer se desistió de la idea, pero él aún está bajo el efecto de la conmoción: no es nada fácil en estos días pertenecer al gobierno que ha declarado la guerra. Como siempre, mi tensión insoportable disminuye cuando me veo obligado de salir de mí mismo y a mirar hacia fuera. Jorj, por su parte, era presa de un nerviosismo como nunca le había visto en estos treinta años que nos conocemos; suplicándome que no lo comente a nadie, me confiesa que ve la situación con bastante pesimismo. El desastre de Turtucaia ha sido en primer término material; sostiene que ni siquiera ahora se sabe con exactitud cuántos han caído prisioneros, pero con toda probabilidad alcanzan los veinte mil. Además de los cañones, las ametralladoras… Lo más grave es la desmoralización, que ya se sabe adónde puede llevar. Será necesario (era tal su estado de nervios que encendía un cigarrillo tras otro) desplazar hasta aquí tropas de otros frentes, así que me temo que nuestra ofensiva en Transilvania quede en nada. Pero, por favor, he dicho, debe de haber algún responsable de todo esto. Me cuenta que la culpa se la echan mutuamente los generales Aslan y Teodorescu. De hecho ya han sido destituidos. Lo cierto es que nuestro armamento no está a la altura de una guerra moderna. Para empezar, la artillería deja mucho que desear en comparación con la del enemigo, que posee además aviones de reconocimiento y para rectificar el tiro cuenta hasta con un globo cautivo. Sobre todo la falta de resistencia moral pesa mucho. Al comienzo nuestras tropas estaban en inferioridad numérica, luego se envió un refuerzo de dieciséis batallones de infantería de la reserva estratégica de Bucarest y dos baterías de morteros, que sin embargo llegaron tarde y fueron mal utilizados, dado el caos que reinaba allí, con los fallos en la comunicación entre los mandos por sectores y el central de la defensa. Justamente por saberse que los refuerzos se dirigían hacia el frente, desde el cuartel general se dio aquella orden infeliz y nefasta de que la guarnición resistiera hasta el final. Ni al

comprobarse que la situación estaba perdida se tomaron las medidas necesarias para retirar ese ejército, que se encontraba en territorio enemigo, con el Danubio a sus espaldas y sin servicio de transporte. Se ignoró por completo la posibilidad de una retirada hacia Silistra, aunque la solución constaba en las instrucciones para la defensa del sitio. De modo que el pánico cundió en un ejército de instrucción desigual, mal dirigido, que apenas había recibido su bautizo de fuego; presa de idéntico terror, su comandante lo condenó a muerte y al cautiverio, pues abandonó su puesto y pasó al otro lado del Danubio en una chalupa.

Esta es en líneas generales la situación, que, según ha vuelto a repetirme Jorj, no debo comentar a nadie. Por mi lado, le he dicho que no vale la pena que Lisette vaya al hospital para ver a So phie, porque en pocos días será dada de alta. Pese a los acontecimientos trágicos de los que hablamos y a la incertidumbre que flotaba en el ambiente, me hizo bien conversar con él. Estábamos casi tan cerca el uno del otro como en nuestra juventud. A veces, desde que está en el gobierno, escucho comentarios negativos o mordaces sobre él; normalmente no intento averiguar cuánta verdad hay en ellos. ¿De qué me serviría? Si he logrado conservar durante tantos años esta amistad, intento no juzgar a este hombre, así como trato de no juzgar a la familia. Dudo que hoy nos hiciéramos amigos; sospecho que, como hombre maduro, no me gustaría. Pero para mí Jorj será siempre el mismo de hace treinta o veintiséis años…

Como estos son apuntes del presente, no memorias del pasado, desisto de los recuerdos. De todos modos, tampoco tendría fuerzas. Ya van tres tardes que sufro de fiebres altas, más de treinta y ocho de temperatura, y conozco muy bien la causa. Solo hoy, en algunas horas de indiferencia, he logrado comer según lo que me ha aconsejado el médico. El desayuno lo he tomado solo y estaba increíblemente sosegado. Margot muestra un entusiasmo exagerado por los heridos; se lo comenté a madame Ana cuando volvió con ella a casa. Es asombroso lo resistentes que son estas delicadas *jeunes filles*, que ayer se desmayaban por nada y hoy se arremolinan entre mutilados y heridas abiertas. Por supuesto que estaba exaltada, envuelta en una

aureola romántica, y mientras tomábamos los dos el café en la terraza (desde que he abierto la puerta, salimos ahí por las tardes) me ha hablado de un tal capitán Feraru o Heraru (comandante de un escuadrón, he supuesto) que luchó en Turtucaia hasta el último momento y después se suicidó, junto a otros tenientes, para no ser hechos prisioneros. Estaba muy afectada y afirmaba que a uno de ellos, llamado Ioachimescu, lo había conocido el invierno pasado en las pistas de patinaje. Dejando a un lado la emotividad de esta chica, parece ser que en Turtucaia no solo reinó el pavor, sino que también hubo conmovedoras acciones heroicas. Considero, sin embargo, que su lugar no está entre tanto sufrimiento, pues la vida le muestra de improviso su cara más vulgar y absurda, que una joven de su edad no puede aún ni concebir. En este mismo sentido habló madame Nicolaid, que vino más tarde a vernos junto a su esposo. Son personas afectuosas, tal vez algo solitarias, como nosotros, por eso tratan de cultivar nuestra amistad. Estaban también terriblemente impresionados por lo que habían visto y oído, especialmente Lucia Nicolaid, que había estado entre los heridos traídos en un tranvía desde la estación de Obor y luego abandonados en un descampado hasta que terminaron los preparativos para acogerlos. Todo lo que se cuenta sobre Turtucaia es infernal, por ejemplo, aquella historia alucinante sobre la gabarra llena de heridos; justo en el momento en que comenzaba a alejarse de la orilla, quienes habían quedado en territorio búlgaro recibieron ráfagas de fuego del enemigo despiadado y, como solo tenían delante el gran río, corrieron a subirse a la gabarra, sobre los heridos, empujándolos, pisoteándolos, aplastándolos. Me estremecí imaginando los gritos de dolor, los chillidos, en esa orilla infernal plagada de hombres desesperados, unos tirándose al agua, otros luchando entre sí por una triste lancha agujereada, otros intentando mantenerse a flote sobre un madero, una caja, y mientras los enemigos los acribillaban. ¡Qué pérdida! ¡Qué destrucción! Por otro lado, también circulan los nombres, de algunos oficiales, verdaderos héroes, que intentaron resistir en medio del pánico generalizado y de una multitud que no vislumbraba ninguna escapatoria y solo quería salvar la piel. ¡Qué ejemplos de entereza

tenemos! ¡Y con qué facilidad los sacrificamos! ¡Y cómo se pierde hasta su recuerdo, pi so teado por la multitud bestial! ¿Qué pasa con nosotros? ¿Quién es el culpable de esta maldición? ¿Qué será de Rumanía?

Noto el conocido nudo en la garganta mientras el señor Nicolaid me hace estas preguntas, una tras otra.

7 de septiembre de 1916

Hacía más de una semana que no escribía, pues estoy viviendo una especie de entumecimiento espiritual, y solo de tarde en tarde me siento azuzado por los aguijones de la vergüenza y la amargura. Por paradójico que parezca, en esta época de agitación y de tantas alarmas, he tenido un buen rendimiento en mi trabajo. En esos momentos (¡qué extraña utopía!) imaginaba que mi vida transcurría siempre en esta tranquilidad largo tiempo anhelada y que Sophie permanecería en el hospital. Puede que a alguien le parezca mezquino y cruel este pensamiento mío, pero debido al mal que ella me ha causado, y por el que ha recibido su merecido castigo divino, yo no deseaba sino saberla (*pendant des mois*) lejos de mí. De pronto me he dado cuenta del martirio que había padecido mi espíritu, y me he admirado de haber podido soportarlo casi sin advertir la magnitud del mal. Y de sentir su ausencia simplemente como un alivio. ¡Increíble! ¡Ni sombra de pena ni de añoranza! Pero ¿cómo es posible que uno sufra tanto a causa de una persona cuya ausencia en el fondo le hace bien y que, por lo tanto, nada le aporta con su presencia? No quiero ir más lejos por el terreno resbaladizo de las preguntas, que sería, lo intuyo, peligroso. Durante este lapso he salido de casa varias veces, aceptando invitaciones que en otras ocasiones habría rechazado. Pese a que la ciudad estaba desierta y oscura, lo pasé inesperadamente bien. *J'avais le coeur léger*, y hasta la vaga esperanza (que había alimentado más de una vez) de un nuevo inicio, luchando contra la vergonzosa pesadumbre de mi alma. He llegado una vez más a la conclusión de que, si mi naturaleza conservadora no me hubiera llevado, a una edad que, aun así, consideraba algo tardía, a formar

una familia, a respetarla, etcétera, entregándome de ese modo a un sentimiento que al comienzo era bastante tibio, habría podido llevar una vida más adecuada, libre de obligaciones de índole sentimental! ¡Oh, mi tan soñada impasibilidad!

Al releer esta página me pregunto si acaso tal alivio se debía a una verdadera impasibilidad o, por el contrario, al hecho de saber por fin a Sophie aislada en un lugar seguro, viéndome así eximido de la necesidad de vigilarla. Una vez concebida esta idea, ignoro si es certera o no. Y desde hace tiempo he observado, en mí mismo y en otros, la impureza de los afectos, que se entretejen de inmediato con la hostilidad, el aburrimiento, el deseo de evasión, o la reaparición de emociones relacionadas con sentimientos hace mucho olvidados; sin hablar de las apetencias (a veces violentas) que a menudo lo empujan a uno hacia fuera, o de la necesidad que sienten los soñadores de tener hermosos idilios. Pocas veces se habla de tal enredo sentimental, al que damos el mismo tratamiento reservado a las cosas indecentes, que todos sabemos que existen pero nunca mencionamos.

Hoy vuelvo a mi diario porque, dada de alta Sophie, apenas ha regresado a casa, adiós tranquilidad: *mais c'était à prevoir*, aunque al principio las cosas parecían ir bastante bien. Mientras la ayudaba gentilmente a subir al automóvil, etcétera, me cuidé mucho de que, por la expresión de mi rostro, nadie pudiese adivinar lo que en realidad sentía: porque abrigaba contra ella un odio y una repugnancia terribles, que sin embargo no me impedían sufrir igual de terriblemente. El mero hecho de verla me había provocado un dolor físico, como si una vieja herida sin curar destilara su veneno por todo el cuerpo. Me esforzaba por no preguntarme siquiera de quién podía ser el hijo que había estado a punto de matarla, y desde luego no iba a preguntárselo a ella. Normalmente, tras un episodio semejante, Dios deshace cualquier matrimonio. Pero ¿era esto lo que realmente deseaba? Entramos los dos en casa y ella pidió que no abrieran sus maletas, porque tenía pensado irse a Buzau con madame Ana. *Pas possible*, le dije lacónicamente. En circunstancias normales yo mismo la habría llevado, igual que antaño se llevaba al convento a las princesas que habían cometido algún desliz. Pero ahora, ¿cómo?

Cuando es casi imposible viajar fuera de Bucarest en condiciones medianamente apropiadas, y además se corre el riesgo de quedar separado para siempre del que se marcha. Su insistencia me supo a chantaje estúpido y de mal gusto. En tono de fingida alegría siguió porfiando, y madame Ana con sus ayes incesantes, todo lo cual me puso en la posición de verdugo y de loco. Irritado por esa situación falsa, me retiré enseguida con el pretexto de que ella debía descansar. Estuve dando vueltas por mi despacho durante dos horas, incapaz de entregarme al trabajo. Quizá de haberme sentado a escribir habría conseguido hacer algo, pero ¿cómo sentarme cuando estaba vibrando de nerviosismo y mentalmente seguía empecinado en la discusión? ¡No, no va a salirse con la suya!, mascullé unas cuantas veces entre dientes. Para colmo, no podía fumar. Me llamaron a la mesa, y así logré desistir de encender un cigarrillo. ¡Después de cinco semanas de haberlo dejado! Ya en el pasillo, antes de encontrármela en el comedor, decicí no visitarla nunca más en su habitación ni entablar conversación con ella, salvo, claro está, en presencia de otros. Hay que guardar las apariencias, por lo menos en adelante, porque nada me molesta más que el cotilleo de los sirvientes. ¡Qué humillación saber que madame Ana está enterada, si no de toda la verdad (¿toda?), sí de muchos más detalles que yo! La mañana que la llevé al hospital, cuando regresé y me apeé del coche, al ver que a la vieja había salido a mi encuentro sollozando, no pude contenerme y le solté: «Casi la matas». Durante los días siguientes reflexioné si acaso no estaba culpando a la pobre vieja (al fin y al cabo, una criatura ignorante) solo para exculpar a Sophie, que en ocasiones (como ahora mismo) me parece inocente. Y lo que hace que todo resulte aún más insoportable es la insoslayable vulgaridad de la situación y de la gente, vulgaridad que cae sobre mí como las aguas de una bacinilla vaciada desde la ventana de una buhardilla sobre la cabeza de un pobre transeúnte. Sufro por el asco que me tengo a mí mismo, más que a los demás, y soy consciente, por otro lado, de alimentar este vil conflicto debido a mi debilidad. Y he aquí la prueba: después del almuerzo, cuando ella me ha pedido con timidez que la acompañe a dar un paseo por el jardín, yo he aceptado sin más, pese a mi anterior decisión en sentido

contrario. La única excusa es que Margot estaba presente. La verdad es que la afición de Sophie por la jardinería es quizá el único de sus sentimientos que no pongo en duda. Mientras caminábamos por los senderos y yo me agachaba de vez en cuando para cortar las rosas que ella me indicaba que habían empezado a marchitarse y las colocaba en el cestillo, hacía grandes esfuerzos por llevar una conversación banal, sin tocar nunca temas espinosos. Desgraciadamente no he sido capaz de mantener esta conducta hasta el final. Ella se había acercado tanto que nuestras manos casi se rozaban, sin que yo sintiera el menor deseo (a causa de su retraimiento y frialdad virginal, nunca me ha satisfecho carnalmente). Sin embargo, su cercanía me turbó y rompí mi promesa. Al instante me pasó por la mente la idea de que las respuestas a las preguntas que me martirizaban (aunque me había esforzado por apartarlas durante este mes tan desgraciado) estaban a solo un paso de distancia, en la persona que se apoyaba en mi brazo. Y entonces, torturado por la curiosidad, le dije: Quisiera entender por qué tanto misterio entre nosotros, después de haber llegado a ser tan cercanos… No creo que se pueda invocar un pudor exagerado, ni… Para poder perdonar lo que ha pasado, tengo que comprenderlo…

¿Cómo habría reaccionado cualquier ser racional ante una pregunta tan delicada? Hubiese respondido, sin duda: *voilà de quoi il s'agit*, y todo habría quedado (dentro de lo que cabe) bien. En cambio, sus ojos empezaron a lanzar chispas de furia. Y en un tono displicente afirmó que ya se esperaba «agresión» semejante. *Qu'est-ce que cela veut dire*?, balbucí estupefacto, desagradablemente impresionado por oírla utilizar la palabra predilecta del granuja de Ialomiteanu. Luego repetí mis palabras más despacio y en voz más alta, pues estaba casi convencido de que ella en realidad no las había comprendido. *C'en est trop*, exclamó con esa desmesura que siempre me exaspera en ella, y tiró el cesto con las rosas, que quedaron desperdigadas por el suelo, sin importarle que alguien pudiera estar viéndonos desde las ventanas de la casa, a nuestras espaldas. *C'en est trop. C'en est trop*, gritaba gesticulando, de manera que en vano intentaba yo guardar las apariencias agachándome para recoger las rosas del suelo, como si el cesto se le hubiese caído de las manos sin querer. Confiaba en que

nuestras voces no pudieran oírse debido a la distancia. Pero al pincharme varias veces renuncié a la tarea. Molesto, saqué mi pañuelo para enjugar las gotas de sangre; me estorbaba el cesto colgado del brazo y me irritaba el barro que había en los senderos del jardín, pues la noche anterior había llovido muchísimo (eso explica por qué no tuvimos alarmas aéreas), pero lo que más me sacaba de quicio era su histeria, que, de no ser mero teatro, era pura locura, así como lo absurdo de sus acusaciones: que adrede la había sacado del hospital para tenerla secuestrada en casa, y que le impedía viajar a Buzau a fin de someterla día y noche a interrogatorios hasta que que perdiera el juicio. Por eso prefería marcharse a Buzau, aun a riesgo de pasar hambre y de perder la vida… *À votre aise*, la interrumpí, y le advertí una vez más de que estábamos exponiéndonos a los comentarios de los sirvientes. Al parecer mi celo por guardar las apariencias la llevó a ensañarse aún más. De modo que, con gritos y sollozos, se lanzó a reprocharme mi egoísmo y frialdad, que lo habían arruinado todo y le habían herido el alma aun antes del matrimonio, etcétera, etcétera. Entonces, ¿por qué había insistido tanto en que nos casáramos, en que tuviéramos hijos? No me espantó tanto la infinidad de fechorías que según ella había cometido (casi todas fruto de su interpretación malintencionada, aunque en otras circunstancias me habría reconocido culpable de algunas, por repugnancia a las peleas y por debilidad de carácter) como observar que sus reproches no se habían desgastado a pesar de habérmelos hecho tantas veces. Como si de una panoplia sacara sus armas y, una vez utilizadas, las guardara cuidadosamente para volverlas a usar una vez más, y otra, y otra, y otra… La furia la había descompuesto tanto que parecía diez años mayor; su rostro había adquirido un color terroso y, al abrir tanto la boca, se le notaba la falta del diente que había perdido tras dar a luz y que, por negligencia, no había reemplazado aún con uno postizo. Su falta de coquetería para conmigo fue un motivo más de enojo, así que le pedí por favor que se calmara, lo cual la soliviantó aún más; pese a sus aires de dama refinada, su mala educación era más que evidente. Gritaba que ahora ya era demasiado tarde, que podía haberlo evitado, pero no exigírselo ahora… Su estúpida crisis de histeria y sobre todo

su rostro tumefacto, la expresión de maldad de sus labios delgados y su nariz puntiaguda, la mueca grotesca de su llanto, que me inspiraba compasión, rabia, remordimiento y asco a la vez, todo esto resultaba tan insoportable que me hizo perder el control. Como si una sombra roja se deslizase por mi cara. Sentí que me hervía el cerebro y, *fou de rage*, ofreciendo probablemente un aspecto terrible, la agarré de los hombros y empecé a sacudirla. Cállate, cállate, cállate de una vez, creo que le gritaba, sintiendo una necesidad tan imperiosa de golpearla que incluso temblaba. No llegué a ese punto (pues considero una bajeza pegar a una mujer), solo la zarandeé, asombrado yo mismo de mi violento deseo de abofetearla y convencido de que si empezaba difícilmente me detendría. En mi imaginación la veía incluso *terrassée*, implorándome con su mirada, y su debilidad me hacía ensañarme aún más con ella. ¡Qué crueldad habita en mí!, y yo casi ignorándola, excepto los primeros años de infancia, cuando recuerdo que martirizaba sin la menor emoción a las lombrices de tierra. Más me habría valido no confesárselo a ella, pues desde entonces no perdía ocasión de atosigarme con las más disparatadas acusaciones.

Fue como si, a través de una puerta entreabierta, hubiese vislumbrado algo que de hecho no quería ver, así que la cerré enseguida. ¿Será que tales abismos de salvajismo habitan en cualquier hombre cultivado e inofensivo como yo, o estoy viviendo la humillación de descubrir en mí mismo un ejemplar degenerado de la humanidad? No supe responderme. Sin embargo, tengo la fuerza de dominar mis impulsos; así lo demuestra este mismo momento en que, sin esbozar el menor gesto (me afligiría sobremanera no ser capaz de contenerme) contemplo pasmado el espectáculo de mi crueldad imaginaria.

Pero su reacción animal me desconcertó por completo, así que desisto de seguir describiéndola ¿por repulsiva? No teniendo mis escrúpulos, se abalanzó sobre mí sin parar mientes en que, si bien es lícito que un hombre le ponga la mano encima, una mujer que hiciera lo mismo sería la negación de su sexo. Por añadidura, empezó a decir a gritos que yo la había golpeado, de manera que las palabras asqueadas que le espeté, más fuertes de las que suelo pronunciar,

estuvieron completamente justificadas.

Ya no tengo fuerzas para seguir escribiendo, ni ganas de añadir los detalles restantes de esta abyecta escena. Corrió hacia la casa, presa de una crisis de nervios, llorando a mares y gritando que me prohibía acompañarla, lo cual, de hecho, no tenía la intención de hacer. Me encaminé hacia al quiosco y comprendí que estar a su lado solo significaría en adelante sufrimiento y vejación. Lo que sentía por ambos, casi sin discernir entre ella y yo, era solo asco. En cambio ella, con su mente obtusa, se empecina en creerse víctima y en ver en mí a su verdugo. Tan retorcido y obcecado es su juicio que ni siquiera puedo acusarla de astucia. Si hiciera un mínimo esfuerzo, quizá las cosas se enderezarían, pero no quiere. Con una ceguera incomprensible, avanza hacia la destrucción, de manera que he empezado a pensar seriamente si no estará loca de verdad. Analizando esta hipótesis, concluyo que ha heredado una forma de neurastenia. Pero ¿qué otra cosa se puede esperar, cuando nos tratamos uno a otro de neurasténicos?

En el quiosco la atmósfera era desagradable. Olor a moho por la humedad de esos días de otoño, telas de araña pegajosas por todos lados, mucho polvo y hojas secas. Un pájaro había defecado sobre mi cabeza, quizá cuando pasé bajo el nogal, y yo seguía limpiándome con el pañuelo. Me acordé de cúanto nos divertían de niños semejantes incidentes, que según se decía traían buena suerte. Acto seguido me dio un terrible ataque de tos y, para mi estupor y vergüenza, me sorprendí lamentando que me hubiera sobrevenido cuando estaba solo, no en presencia de ella, durante el almuerzo o la cena… Conque aun sufriendo, aun asqueado de ella a más no poder, sigo empeñado en chantajearla con mi enfermedad, ¿para obtener qué?

En resumidas cuentas, el resultado de este cuarto de hora de paseo juntos ha sido un día malogrado para ambos. Después de calmarme un poco volví a mi despacho y, hasta la hora de la cena, el *Papierkorb* se llenó de hojas desechadas. El único rato agradable en este día infernal fue la media hora antes de la cena, cuando, aún con algo de luz, salí a pasear con Yvonne de la mano hacia la avenida Kiseleff, por las callejuelas aledañas que, cuando tenía su edad, solía recorrer con mi

padre. Debía de ser un año o dos antes de su muerte, y él estaba más contento que nunca, sobre todo por la casa recién acabada, no solo por haberla construido según sus planos modestos, sino también por la decoración interior. Se estaba bien en esos momentos, reinaba la calma, los faroles pintados de azul no estaban aún encendidos, así que por un instante llegué a pensar que no existían la guerra ni, por supuesto, mi drama personal.

Sophie no bajó a cenar, sino que mandó recado de que se sentía mal. Tuve la impresión de que también Margot mostraba cierta frialdad hacia mí, pero puede ser que me engañara mi hipersensibilidad. Sin embargo, después de la cena pasamos los dos al saloncito, yo con el ánimo aplacado por el corto paseo, para cambiar como siempre en el mapa las banderitas que marcaban el frente; suspirando dejamos al enemigo la ciudad de Petrosani, que había caído. La falta de movimiento delante de Sibiu resulta incomprensible, a menos que hayan enviado parte de las tropas necesarias al sur. La ofensiva de Mackensen sobre la línea Rasova-Cobadin-Tuzla, al parecer, se ha estancado en una suerte de victoria. Los minutos que pasé examinando la situación, entre orgulloso y preocupado, transcurrieron normalmente. La fiebre me ha subido, pero menos de lo que cabía esperar en un día semejante.

En este momento, antes de cerrar mi diario, me asalta de nuevo la duda que me atormenta sobre todo por las noches, cuando mi nerviosismo disminuye: ¿y si el niño que ha perdido fuese mío?, ¿y si Sophie fuese inocente? Si es culpable, las cosas se corresponden en gran parte con mi descripción. Pero ¿si es inocente?

11 de septiembre de 1916

Hoy dan de alta del hospital a Spiridon. Tendrá pues que regresar a su regimiento, lo que desde hace una semana tiene a madame Ana hecha una Magdalena. A sus lloros se añaden las súplicas de Margot. Hasta Sophie viene a verme después del almuerzo para preguntarme qué se puede hacer… Aunque ella lo niega, estoy convencido de que la enfermedad de Spiridon ha sido una artimaña urdida por el señor

Ialomiteanu, igual que el permiso de tres días, que debió de costar mucho conseguir una vez declarada la movilización. De hecho, ha confesado que la concesión del permiso fue obra del señor Ialomiteanu y que por eso lo atendió tan deferentemente aquella famosa tarde, antes de la velada. Ahora, empero, los médicos, desbordados por heridos y enfermos de verdad, tienen miedo (supongo) de mantener a Spiridon en el hospital. No hay más remedio que acudir una vez más al señor Ialomiteanu. Pero Sophie, que ha prometido no volver a tener entrevista alguna con el susodicho señor, se niega a hablar con él, a pesar de que le he dado permiso, e insiste en que lo haga yo.

¿Y por qué debo estar yo más dispuesto que ella a pedirle este favor? Propongo que el asunto se gestione con el ministro Jorj Athanasiu. Ella aduce un argumento incuestionable: ¡no te hará caso, como no te lo ha hecho en situaciones menos complicadas! Entonces no acudiré a nadie, alego, incapaz de contenerme. Sigue un día de frialdad entre ambos. Noto con cuánta incomprensión se me mira, como a un hombre sumamente egoísta, sin corazón, y encima vengativo. ¿Alguien se ha parado a pensar en lo difícil que es para mí realizar tal diligencia? En primer lugar, la idea misma de la intervención, que a ellas les parece tan natural como la vida y que para mí resulta degradante y humillante; además, ¿solicitárselo a quién? ¡A su presunto amante! Tras inclinarme decididamente por el no, siguieron los momentos de duda, sobre todo hoy, cuando he visto al pobre grandullón, que no tenía precisamente aspecto de convaleciente, pero estaba, eso sí, bastante tristón. Aunque joven y robusto, odia el ejército y la guerra, pero ¿acaso los aprecio yo? Recordé que había crecido entre nosotros, como un animalito doméstico, me enterneció rememorar sus travesuras… Negarme a interceder por él sería como firmar su orden de movilización. Al fin y al cabo, solo se me pide que lo intente. Margot trae a colación un argumento que me parece lleno de sentido común: desde que fue movilizado Grigore, no hay ningún hombre en esta casa, salvo yo, que estoy cada vez más débil, y la vida se está poniendo cada día más difícil. *Bref*, me encuentro de pronto telefoneando al señor Ialomiteanu a una hora en que me parece que hay más posibilidades

de dar con él. En mi gesto hay una mezcla de desazón y de vil atracción, una especie de curiosidad malsana disuelta dentro de mi rechazo a tener nada que ver con él. Sin embargo, no era más que una atracción muy tenue y, de no haber sido por los anteriores argumentos sentimentales y positivos, habría desistido sin la menor dificultad. Seguir analizando semejantes pamplinas me parece un sinsentido.

El susodicho no se encontraba en la oficina, pero dejé mi nombre y al poco me devolvió la llamada. Se deshizo en excusas por su largo silencio, etcétera, alegando el exceso de trabajo. Me contó que trabajaba en la censura, cosa que ignoraba y que me extrañó, pero no tanto. Los encendidos discursos que pronunciaba en nuestra casa criticando a los gobernantes por las ocasiones perdidas de entrar en la guerra lo señalaban como oposicionista, de modo que era lógico sorprenderse de verlo convertido de la noche a la mañana en «hombre del gobierno», ocupando un puesto clave, de los que suponen la plena confianza de los tan vilipendiados liberales. ¿Cómo puede ser que un pequeño opositor de salón como el señor Ialomiteanu se encuentre colocado ahora en la censura, lugar donde se ventilan todos los secretos políticos? Pensé de pronto, *à propos de notre ami*, ¿y si sus pequeñas preguntas estúpidas, que se empeñaba en plantear en todas las reuniones mundanas, no fueran tan gratuitas? Para hablar sin tapujos, puede que hayamos tenido a nuestro lado a un *mouchard*. ¿Para quién estaría espiando? (A no ser que esté cargando ahora mi conciencia con sospechas injustas, alimentadas por mi rencor.) Para mí todo flota en la vaguedad y se resume en suposiciones. ¿Para quién? ¡El futuro lo dirá! Para su propio beneficio, en todo caso.

No le hice ningún comentario sobre su nuevo cargo de censor, sino que me limité a transmitirle el favor que le pedían las señoras de la casa, que intercediera por Spiridon. Siempre servicial, me promete que hará todo lo posible, aunque, como los dos sabemos, el asunto es peliagudo, dada la coyuntura. Dice que debo de haber oído hablar de las redadas que, desde hace unos días, tienen lugar en la ciudad para localizar a los insumisos, quienes se sustraen a la movilización, a veces sin justificación legal alguna, aprovechando nuestro consabido caos y desorden. Sintiendo el placer de gastarle una broma pesada, le

pregunto si a él no le afectan dichas redadas, si no ha de presentar en cualquier momento documentos probatorios… Por lo poco que se puede intuir en una conversación telefónica, tengo la impresión de que la pregunta no le hizo mucha gracia. Se apresuró a afirmar que ciertas responsabilidades absolutamente casuales lo obligaban a quedarse en la capital, pero eso era algo provisional y no duraría mucho tiempo. La vaguedad de sus explicaciones acentuó mis sospechas de que había algo *louche* de por medio, al igual que la rapidez con que pasó, con su mecánica habilidad, a comentar los rumores más recientes. A pesar de la afrenta que le había hecho, nada cambió ni en su tono de voz ni en sus palabras. A primera vista parece tímido, pero en el fondo es capaz de endurecer su rostro hasta límites inimaginables, tragándose cualquier cosa y en cualquier dosis, como si una táctica superior lo obligase a reprimir toda reacción humana de dignidad. He aquí un arma eficiente contra personas como yo, que en tales casos consideran ridículo el intento de humillar al adversario. En cuanto a él, ya no lo considero un buen hombre, como había creído durante un tiempo (perdonándole por eso su inteligencia más bien modesta), sino un ser diabólicamente capaz de disimular sus resentimientos. ¡Pero dejemos el tema! Acordamos los detalles prácticos para iniciar los trámites en el asunto de Spiridon y opté por llevar personalmente el expediente al ministerio (pese a que él insistió en pasar por casa para recoger la carpeta, rechacé su oferta, pues estoy harto de dejarme siempre manipular). Al parecer, no sabe nada de la enfermedad de Sophie.

12 de septiembre de 1916

Este día infernal parecía empezar con buenos auspicios. La indiferencia que reina actualmente en nuestra relación puede transformarse en cualquier momento en hostilidad. Esta es por lo menos mi sensación, que es posible que proyecte artificialmente sobre Sophie, quien, aún convaleciente, dedica la mayor parte del tiempo a quehaceres domésticos. Tal vez agradecida por mi intento de ayudar a Spiridon, me trata con mayor amabilidad y me da incluso muestras de

afecto. Se la ve de nuevo preocupada, y hoy (voy a contarlo) me ha demostrado su preocupación por mí. No es la primera vez que observo que personas que guardan a alguien un profundo rencor, hasta el punto de mostrarse desagradables con él, son capaces de hacer borrón y cuenta nueva al día siguiente, pasando con ligereza por encima de sus graves acciones, para reiterarlas el tercer día, sin que tal actitud caótica les pese en absoluto. No solo en las mujeres (de quienes no cabe esperar lógica ni coherencia), sino también entre hombres he notado semejante actitud, que me disgusta en grado sumo.

Algunas veces me digo que puede que la vida también sea así (¡Sophie se me aparece a ratos como una alegoría de la vida!) y que mis deseos de pureza y orden sean rígidos y artificiales. Por esto yo también pongo cara de circunstancias, pero el grado de desorden e impureza que ha alcanzado nuestra relación no deja de carcomerme por dentro. Temo que haya sucedido lo irreparable, pues tras acontecimientos demasiado graves la voluntad y la lógica pierden toda influencia sobre los sentimientos alterados. Temo, lo repito, que esta vez haya pasado algo semejante. Por suerte, «ella» no intuye en absoluto mi estado de ánimo, lo que en última instancia me conviene. Sin embargo, insistir demasiado sobre este asunto, en circunstancias como las que estamos viviendo, con alertas y bombardeos continuos, incesantemente *en danger de mort* y con noticias sobre el fallecimiento de seres cercanos, es una imperdonable frivolidad.

Había acordado con el señor Ialomiteanu que cuando pasara por el ministerio haría uso de su nombre para facilitar las cosas. Salí de casa con cierto retraso, que al final resultó incluso mayor de lo que esperaba, pues desplazarse hasta el centro se ha convertido en una verdadera aventura. De lo hablado con Ialomiteanu había entendido que la audiencia con el ministro sería confidencial. Sin embargo, ya fuera porque él había exagerado, o porque, como la mayoría de las veces en este país, las excepciones superan la regla y las intervenciones abundan, encuentro la antesala llena de gente. Aunque habíamos convenido que no haría cola como los demás y que entraría apenas viese abierta la puerta, soy incapaz de tener semejante cara dura. Mi timidez natural y mis principios me lo impiden, así que tomo

asiento en un canapé aún desocupado, dejo el bastón, los guantes y el sombrero a mi lado, y me pongo a esperar. Pero, una vez que entran, todos se eternizan en el despacho, así que empiezo a angustiarme, pues hoy también he de ir a encargar la leña. Los demás, al parecer, no tienen tanta prisa, puesto que se complacen en conversar a media voz, contándose las razones que los han traído hasta aquí, las mismas para todos, es decir, pedir excedencias temporales del frente. Unos argumentan su caso confusa y detalladamente, otros gesticulan y miran temerosos alrededor, sabedores de que entre nosotros pululan los espías de toda índole. Yo, cada vez más nervioso, saco del chaleco mi reloj del bolsillo y me dedico a contar los minutos que pasa cada uno dentro para hacer un cálculo aproximado del tiempo que habré de esperar; esfuerzo, por cierto, inútil. Además, muchos se cuelan como si tal cosa o son introducidos por algún funcionario (como también a mí se me había aconsejado proceder), sin que nadie proteste, porque, si a alguien le da por rezongar, ¿cómo esperar luego que le concedan el favor solicitado? ¡Con lo difícil que resulta obtenerlo, y con lo importante que es para cada solicitante!

Con la intención de sosegarme un poco, intento prestar atención a las conversaciones de los demás, pensando que quizá oiga algo de interés para apuntar en mi diario. Por desgracia, las conversaciones ajenas siempre me han aburrido sobremanera, de modo que también esta vez hubiese preferido no oírlas, pues su banalidad me irrita. Me sorprende hasta qué punto han cambiado las relaciones sociales para que una audiencia «confidencial» sea accesible a gente tan variopinta. ¿O me había mentido el señor Ialomiteanu? Los que me rodean mencionan, con todo lujo de detalles y tono reivindicativo excepciones que se han hecho con el hijo de X, el sobrino de Y o el yerno de Z. Todos llevan razón, X, Y y Z son nombres conocidos, personas que propugnaron con insistencia la entrada en la guerra (no transcribo sus nombres porque algún día estas páginas verán la luz y no tengo en absoluto el espíritu de un Saint-Just) y ahora ponen a salvo a toda su parentela. Pero ¿y nosotros? ¿Para qué hemos acudido a esta antesala, con nuestros documentos probatorios? Para lo mismo, quizá con mayor razón y con menos posibilidades, y por eso mismo con más

veneno. Es natural que una excepción arrastre tras de sí diez más, y así sucesivamente; es cierto que había que hacer esta guerra de reunificación nacional, pero igual de cierto es el derecho de cada uno a proteger del peligro a sus seres queridos. No puedo dejar de advertir esa falta de lógica, así como no puedo dejar de consultar de vez en cuando mi reloj, aunque de nada me sirve.

Entretanto se ha sentado a mi lado un joven con aspecto de copista de tribunal, los dedos manchados de tinta violeta, las uñas sucias, la cara de rasgos toscos, desproporcionados, los ojos de tonto soñador y la cabeza algo torcida, ladeada hacia el hombro izquierdo. Podría ser un estudiante universitario que trabaja de copista para ganarse el sustento, porque de un bolsillo abultado y desgastado de la chaqueta, que tiene algunas manchas de grasa en las solapas, saca algunos periódicos doblados de forma que se pueda leer el nombre —*Adevarul*, *Steagul*— y un libro, *Thaïs*.

Deja los periódicos sobre el canapé y se pone a leer *Thaïs*,ladeando aún más la cabeza hacia la izquierda, es decir, hacia mí, y percibo el olor desagradable del aliento que sale de sus labios de un rojo amoratado y que se mezcla, increíblemente, con un perfume, el Héliotrope Blanc, con que se ha empapado el pañuelo y las solapas. Lo reconozco de inmediato, porque en mi juventud, *hélas*, tan lejana, ese perfume hacía las delicias de los colegiales.

De vez en cuando sacude la cabeza para devolver a su sitio los mechones caídos de una cabellera morenísima y brillante, que derrama caspa sobre sus hombros. La repugnancia que me inspira me produce a la vez un placer sádico y, sin embargo, me lleva a preguntarme si no debería mirar con mayor condescendencia a este joven cultivado y de indudables buenas maneras. Decido zanjar el dilema apartándome de él, con la justificación de que el joven, absorto como está en la lectura, no puede observarme. Pero en este mismo instante oigo un perdón, ¿está libre? El educado joven recoge los periódicos y los coloca sobre las rodillas de su pantalón arrugado, y yo no tengo más remedio que acercarme a él para dejar espacio a una señora corpulenta, ya entrada en años, que se sienta a mi izquierda, asfixiándome con un fuerte perfume que no consigo reconocer.

Durante unos minutos se entretiene con su enorme sombrero, que se le ha ladeado; para enderezarlo saca el largo alfiler que lo sostiene y lo hinca en su abultado moño, con un gesto tan decidido que yo, con mi hipersensibilidad, me estremezco al parecerme, en un instante de alucinación, que se lo está clavando en el cerebro… Su abundante pecho, que casi desborda el corsé que lo mantiene apretado, ejerce presión sobre la hilera de botoncillos de su vestido. Bajo los rizos canosos de la nuca, sobre una espalda redondeada por una giba de grasa, lleva una estola de pieles (de todo punto inadecuada en un día como este, con ese cielo azul casi estival que se divisa entre las cortinas descorridas de la ventana). Cuando acaba de arreglarse el sombrero, se pone a charlar con un señor de perilla sobre lo mucho que ha tenido que luchar para obtener la concesión del quiosco de periódicos después de que su esposo, que en paz descanse, falleciera en febrero, pues había muchos al acecho, dispuestos a pisotear el derecho de una viuda, y ahora que lo ha conseguido la gente dice que pronto ya no valdrá la pena tenerlo, y lo peor es que el chico no ha podido librarse de la movilización, pese a que la vez anterior lo declararon incapacitado. De modo que de nuevo ha tenido que devanarse los sesos para encontrar una solución, ve tú, mamita, le ha pedido el pobre muchacho, que yo no sé desenvolverme. ¿Y ella? Con lo tímida que es, que está a punto de desmayarse solo de pensar en cruzar el umbral para la audiencia… Pero qué remedio, con tantas obligaciones en casa, una hija casadera, otra mayor, dada en adopción desde muy joven y hoy casada con uno de Oltenia, viviendo en el barrio de Pantelimon, que últimamente está pasando grandes apuros, con la caterva de hijos que tiene…

Al borde de la crisis de nervios vuelvo a sacar el reloj. ¿Cómo amar al género humano, sumergido en semejante compañía sin posibilidad de evadirte? Levantarme para librarme de mis pobres vecinos significaría quedarme de pie, quién sabe durante cuánto tiempo, lo que mi salud no me permite. Para colmo, otra espina se me clava en la mente, pues me doy cuenta de la razón que tenía el señor Ialomiteanu al aconsejarme que no hiciera la cola. Y no puedo sino observar que, a pesar de mis principios, he venido a lo mismo que los demás, aunque

mis argumentos sean algo más sutiles y, por lo tanto, dirija a los otros una mirada «distante y fría», como si no estuviésemos todos a bordo del mismo maldito barco. ¿Qué diferencia hay entre un detractor teórico del trato de favor como yo y los practicantes empíricos y convencidos del enchufe? Todos sentados en los mismos sofás de forro bien cuidado, acechando la misma puerta cubierta de arriba abajo de espejitos cuadrados con el canto dorado, mirándonos entre nosotros con desasosiego. Ante tal espectáculo, intento justificarme con el argumento de que yo no busco saltarme la ley en beneficio propio, sino en favor de otro: del hijo de una viuda, que lo tuvo a edad ya avanzada…, y así sucesivamente. Pero ¿no es acaso más excusable la intercesión de una madre, aun de apariencia ridícula, como mi vecina —pues ninguna madre puede comprender una ley que pone en peligro la vida de su hijo—, que la discutible generosidad de un altruista como yo? ¿Y no es más comprensible el miedo a la muerte de un joven, aun cuando su rostro sea repugnante, lleve ropa desaliñada y su aliento huela mal?

Tenía los ojos clavados con desesperación en la puerta de espejitos cuadrados, que se empecinaba en seguir cerrada, tratando de ignorar mi deseo, casi permanente, de verme bajo una luz favorable. ¡En realidad no quería verme en absoluto, ni tener delante de mí a nadie! Ya no necesito mirar el reloj para saber que, si no resuelvo el asunto en quince minutos, no lograré hacerlo en todo el día; y de ir a por la leña, ¡ni hablar! Al ver de pronto que sigo sentado como un pusilánime y un inválido al que todos los vivillos pasan por delante, me pongo de pie con tanto ímpetu que desarreglo el sombrero de mi vecina, quien tanto tiempo ha dedicado a enderezarlo sacando y volviendo a clavar el bendito alfiler en su mollera. Le pido disculpas a toda prisa, cojo el bastón, los guantes, el sombrero y, con una determinación inesperada (incluso para mí), detengo con aplomo al segundo secretario, quien —¡oh, Fortuna!— acaba de salir y está atravesando la sala de espera.

Resultado: en cinco minutos la solicitud ya estaba entregada, junto con los certificados médicos, y tenía la promesa de que sería tomada en consideración. Contento de lo bien que me había desenvuelto (yo

que desprecio tales vivezas), como una dama virtuosa que ha logrado hacer una conquista en un baile, salí rumbo al depósito de leña en un coche de punto que apareció por milagro. La suerte empezaba a sonreírme y me sentía con el ánimo más ligero. Los arrabales suelen deprimirme con su monótona pobreza, pero hoy no. Incluso las chabolas de ventanas minúsculas, con los patios llenos de lodo donde se revuelcan cerdos y merodean perros, gallinas y niños mocosos y harapientos, entre los gritos de alguna mujer ajada por el trabajo, con el pelo recogido de cualquier modo en un moño pringoso, que agita las faldas junto a un fogón donde hierve tomates o el jabón de la colada, hasta esta vista vulgar despertaba en mi alma una profunda ternura. Pobres mujeres, solas con una sarta de hijos, esperando a los maridos, llamados a filas quién sabe cuándo, algunas sin tener ya a nadie a quien esperar. ¡Y quizá sin saberlo!

Nos acercamos al depósito de leña lo suficiente para ver la interminable cola, formada sobre todo por mujeres. De vez en cuando, una silueta más encorvada. Un gentío más numeroso y más desesperado que el de la antesala del ministerio, de modo que sé que no me atreveré a colarme por la puerta de atrás. Esta gente que espera tan resignada se transformaría en el acto en una hidra que me despedazaría, y con mayor placer por no ser yo uno de ellos. Trato de recordar el nombre de un empleado que se mostró servicial en otra ocasión. *Je lui donnerai sa pièce* enseguida, pero ¿cómo se llama? Recuerdo las circunstancias, su cara, pero no su nombre. Mientras me devanaba los sesos, respiraba con agrado el aire fresco, como de campo (con un olorcillo a basura), la capota del coche estaba recogida y la suave luz del mediodía brillaba en los árboles rojos y amarillos, inclinados sobre las dispares cercas de madera. Las casas quedaron atrás. A lo largo del camino había una hilera desigual de álamos, y un vientecillo agradable los despojaba de sus hojas, que flotaban secas en el aire, sin descanso. Me quedo mirando una de ellas, que no acaba de caer y se balancea en el aire luminoso, suspendida de un hilo de telaraña. Y de pronto tengo la impresión de que, detrás de la hoja, el cielo de un azul intenso de septiembre está cambiando: levanto la vista y observo que, en efecto, ha empezado a llenarse de nubecillas

blancas; pasan unos instantes antes de que me dé cuenta de que ese celaje, que se hincha como burbujas de un blanco verdoso, aterciopelado e intenso, es totalmente distinto de las inofensivas nubes de buen tiempo. Y en la cola, cada vez más próxima, la gente ha notado que algo está pasando y se agita, señalan hacia el cielo y levantan la cabeza, protegiéndose los ojos con la mano, de los patios que han quedado atrás me llegan los gritos alegres de los niños, y la euforia general aumenta con la aparición de cinco juguetes plateados que brillan en el cielo festivo, cinco aeroplanos Taube.

Antes de que tenga tiempo de pensar siquiera en la eventual amenaza, la tierra se estremece con un trueno ensordecedor. Aún sin entender dónde está el peligro, solo me asusta el galope enloquecido del caballo, que, lanzándose a campo traviesa en dirección opuesta a la explosión —como he comprobado después—, está a punto de volcar el coche, cuyos bandazos son tan violentos que es de extrañar que no haya salido despedido del vehículo. Había oído decir que en semejantes situaciones hay que coger firmemente las riendas para refrenar al caballo; pese a la gravedad de la situación, recuerdo haberlo pensado, con la desesperación de saber que no había nadie allí para hacerlo. Una humareda negra llena el aire, se oyen gritos horrorizados y aullidos de dolor, creo estar en el infierno.

¿Cuánto ha durado todo? No lo sé. El instinto del cochero o del caballo han logrado detener el vehículo, casi destrozado. Ha perdido una rueda. El cochero tiembla de pies a cabeza, igual que yo. Además, noto que estoy lleno de chichones y moretones, y un hilillo de sangre se me escurre por la mejilla, pero no hago caso. El caballo está cubierto de espuma; el cochero le da palmaditas en la grupa para calmarlo y luego lo tapa con una manta deshilachada, pues ya ha empezado a refrescar.

Yo hacía preguntas y conjeturas, trataba inútilmente de ayudarlo, me agitaba y hablaba sin cesar, presa de un extraño nerviosismo: estaba conmocionado, pero este día infernal aún no había llegado a su fin. En ese estado, pensé que debía buscar a alguien que echase una mano al cochero. Escudriñé el cielo y, tras cerciorarme de que los juguetes asesinos habían desaparecido, eché a andar, cojeando, hacia

las callejuelas de la barriada, pero al acercarme me di cuenta de que era inútil: todos, mujeres, niños y viejos, corrían hacia el depósito de leña, donde (solo entonces me percaté) había caído la bomba. Los patios desiertos. Los seguí, con la cabeza descubierta, sin importarme ya mi aspecto, renqueando cada vez más, arrastrado por esa llamada irresistible, que no es ni curiosidad ni lástima, sino la estremecedora fascinación de la catástrofe, que nos atrae como un abismo. Durante largo rato no vi gran cosa, pues la gente arremolinada tapaba el triste espectáculo. *Tout à coup, j'ai demeuré pétrifié* al pensar en el peligro que habría corrido de haber llegado a tiempo, así como en la crueldad del destino, que había elegido a sus víctimas entre los allí presentes, mezclando casualidad y fatalidad, como en una rifa, en que se extraen de una urna los números ganadores.

Una parte del edificio se había desplomado; la onda expansiva había roto los cristales, había varios empleados heridos. Uno de ellos, la primera víctima que alcancé a ver, había recibido un golpe en plena cara y perdido un ojo, de cuya cuenca manaba sangre nueva que cubría la vieja, ya seca en el rostro; andaba a tientas en la dolorosa oscuridad que lo rodeaba, conducido por unas mujeres hacia el lugar donde otras víctimas, lanzando gemidos escalofriantes, aguardaban a que los llevaran al hospital.

Las piernas me flaqueaban, me arrimé a un pobre ciruelo raquítico, me habría marchado de haber sido capaz, y ¿qué podía taparme con las manos: los ojos o los oídos?

De las barriadas vecinas llegan a todo correr viejos, niños y mujeres que llaman desesperadamente a los suyos y cuyas voces se pierden en la inquietante extensión del campo. Es un hormiguero incontenible, unos avanzan y otros vuelven sobre sus pasos; rara vez se oyen los gritos de reconocimiento de quienes se abrazan con lágrimas en los ojos. Las miradas de todos se detienen, magnetizadas, en los infelices que reconocen a sus familiares entre las víctimas que sacan de los escombros y colocan a un lado para trasladarlas al hospital. Por no hablar del espectáculo que ofrece el lado opuesto, donde se amontona a los muertos que aún nadie ha recogido, gente procedente de toda la ciudad; lado hacia el que prefiero no mirar. Muchos son los que no

logran dar con los suyos y corren enloquecidos, avanzan a empujones, ciegos y temblorosos, volviendo una y otra vez al sitio donde ha caído la bomba, no lejos de donde me he detenido yo. En la tierra removida, negra de sangre y con salpicaduras blancuzcas de sesos, quedan miembros dispersos aún no recogidos; veo, como en una terrible alucinación, una pierna de hombre cuyo pie calza una bota militar, una mano, un tronco de mujer cortado en diagonal y con los senos al descubierto, una masa sanguinolenta que puede ser un bebé, un muchacho cuyo cuerpo flacucho ha quedado entero, pero con la cabeza aplastada, sin dientes y manchada de sesos.

¡Ay, y cómo se culpa la pobre madre por haberlo mandado a guardar cola, en lugar de ir ella…! Los más infortunados, las primeras víctimas, se hallaban al principio de la fila, junto a la pared que la bomba ha derrumbado. Algunos intentan retirar los escombros con palas o con las manos, los otros les gritan que lo hagan despacio, con cuidado, pues puede haber muchos debajo. En efecto, al poco rato he visto con mis propios ojos cómo dos manos salían de entre los cascotes. Sacudido por convulsiones, empiezo a vomitar, sin importarme quién soy ni quién pueda verme: todas las convenciones de la existencia civilizada han desaparecido y solo tenemos ante nosotros la mueca desnuda y cínica de la vida.

Con este pensamiento —que la vida cotidiana no es más que una ilusión artificial—, empiezo a alejarme con paso vacilante, pues han aparecido un camión y dos carros con *scouts* para recoger a los heridos y transportar los cadáveres no identificados a la morgue. Doy la espalda a ese panorama y me llevo las manos a la cara: con restos de lágrimas, sangre coagulada, suciedad, moratones, tengo sin duda un aspecto lamentable, de manera que, creyéndome una de las víctimas, pero con mayor suerte, una mujer que carga un cubo con agua se detiene a mi lado.

Es una de las muchas que han acudido en ayuda de los infelices, trayendo agua, trapos limpios para vendas y velas para los muertos, que ya se ven encendidas por doquier. Me tiende la taza de latón y yo me lavo, me enjuago la boca y bebo con ansia. Luego, titubeante, echo a andar, pero a los pocos pasos me detengo aterrorizado: una mujer

que al principio creo que está muerta yace inerte en el suelo, aparentemente sin heridas, sin quejarse; observo que tiene la respiración agitada y los ojos desorbitados. Una anciana, que podría bien ser un familiar o simplemente un alma caritativa, la vigila; tiene en el regazo un niñito con churretes de lágrimas y mocos en la cara que, chupándose dos dedos, se ha quedado dormido. Dos *scouts* que llegan justo después que yo intentan levantar a la mujer, pero se apartan espantados al ver el chorro de sangre que brota de debajo de la falda, o al oír su inhumano aullido de dolor. Esforzándose por encender una vela que el viento vuelve a apagar, la vieja ha despertado al pobre pequeño, quien, mirando intimidado alrededor, rompe a llorar. Sigo adelante, con el alma desgarrada.

¿Por qué, Dios mío? ¿Por qué?, tengo ganas de gritar a ese cielo de un azul espléndido. Llego junto al coche. El cochero se las ha apañado sin mi ayuda, ha encontrado un ayudante quién sabe dónde y entre los dos están arreglando la rueda, lo que al parecer les llevará bastante tiempo. Sin embargo, no me muevo de allí y espero a que terminen, porque, si no me voy con él, tendré que irme en alguno de los carros con cadáveres. ¿Qué otro coche de alquiler iba a perderse por aquí? Aunque el día ha sido cálido como en verano, el frescor de la tarde ha caído más temprano. Al otro lado del descampado, en el almacén de leña, la agitación continúa, pero algo disminuida, la gente de las barriadas poco a poco se retira a sus casas; cuando el cochero acabe la reparación y ponga el coche en marcha, las huellas de la desgracia solo quedarán en las paredes y en la tierra. ¡Triste desolación del campo baldío…!

Ya en el coche, sacudido por los escalofríos de la emoción y el cansancio, mientras recorría las calles de la ciudad que el bombardeo había dejado intactas, sentí de repente cómo volvía a tejerse la telaraña del mundo convencional e ilusorio. ¡Ay! No sé, no logro expresar el tremendo sentimiento que experimento ante las grandes desgracias, al comprender que, en medio de todo lo que vivimos, justamente esa es la única gran verdad. Anochecía, eran pasadas las cinco, cuando bajé aturdido del coche; oí el abrir y cerrar de puertas, el griterío, y en la terraza de las clématides, entre las hojas de bellos

colores, rojas mezcladas con el verde de la hiedra, vi que el rostro de Sophie se iluminaba. *Elle bondit de joie, comme un enfant*. Sabían que la ciudad había sido cruelmente bombardeada: en casa se había oído dos veces la alarma. Y ella había estado esperándome en la terraza, con un bordado en la mano, como antaño. Salió a mi encuentro casi corriendo. *Quand on s'y attend le moins*, dijo entre risas, lanzándose a mis brazos sin importarle los testigos que nos rodeaban.

Le acaricié las mejillas, por primera vez después de un mes entero de alejamiento, pero en mi espíritu aún quedaba, como ya he dicho al ponerme a escribir, una extraña frialdad. Cenamos todos juntos, más temprano que de costumbre, yo hablé mucho, creo que sin demasiada coherencia, saltando de un tema a otro, acuciado por un ardiente deseo de contarlo todo. Sin duda, el efecto de la conmoción, ¡y no era para menos!

Después de la cena pasamos todos al saloncito, hojeamos los periódicos y, como de costumbre, comentamos la situación, desplazando las banderitas sobre el inmenso mapa militar que Sandu Geblescu había regalado a Margot antes de partir hacia el frente. Debo confesar que, mientras leía los diarios, me esforzaba por interesarme por otra cosa que no fueran los bombardeos. Se dice que hay quinientos muertos y mil heridos de gravedad que, con toda probabilidad, engrosarán el número de bajas. Han caído bombas en muchos otros sitios, en Covaci, en el mercado de flores, en la plaza Sfântu Anton. Al ver la perturbación que me provocaban estas noticias, Sophie insistió en que fuera a descansar, pues no se sabía qué nos depararía la noche. Se quedó un rato conmigo y me obligó a tomarme la temperatura. Mientras conversábamos me hizo notar que había vuelto sin sombrero ni bastón. Se acordaba muy bien de que no los llevaba al bajar del coche, mas la emoción la hizo olvidar de momento ese detalle. Aunque estaba tan conmocionado, no creo que me los dejara en el coche, sino más bien que me los robó el ayudante del cochero, que apareció en pleno campo. Sophie lo sentía por la empuñadura de carey, y yo intenté consolarla. Cuando se marchó, me puse a escribir en este diario, más detalladamente que nunca. El temor a lo que tenía que contar al final me ha hecho explayarme en detalles.

En este momento, habiendo acabado ya mis apuntes, oigo las campanadas de la catedral metropolitana y el corazón me salta en el pecho de una manera totalmente distinta que antes.

15 de septiembre de 1916

Aturdidos por tres días de alarmas continuas, por la noche nos bombardea el zepelín, es decir, el «cepelique», y durante el día los aviones. Bajar al sótano ya no me da seguridad, el amigo Victor me ha contado que hay bombas que atraviesan hasta tres pisos de cemento armado. En tales condiciones, ni siquiera cuando la sirena del Arsenal anuncia el fin del peligro, logramos sosegarnos, sino que permanecemos alerta, por si vuelve. Porque ahora sí sabemos qué es un bombardeo.

Por otro lado, el enemigo conoce todos los datos sobre la capital: que no posee medios de defensa, que los cañones son de corto alcance, que los aviones están en estos momentos en Sibiu, donde al parecer las cosas no marchan nada bien. Los espías que pululan entre nosotros propagan rumores sobre las bombas que han caído cerca de la casas de Filipescu, de Take Ionescu, de Bratianu, etcétera. Marie-Liliane (lo sabe por boca de la señora del general Averescu) me ha contado hoy que el general tiene intención de escribir una carta personal a Mackensen para protestar por los bombardeos: una prueba de la lógica militar, que no distingue entre el escenario de operaciones y el escenario político, basado en intervenciones.

Hoy, al verme un poco menos demacrado, he salido a la ciudad. Decido sin mayor entusiasmo averiguar cómo va el tema de Spiridon. Aparte de la orden de presentarse en un lapso de cuarenta y ocho horas a su regimiento, no ha recibido otro papel. Aunque todos en casa están convencidos de que he hecho cuanto estaba en mi mano, la conciencia me recuerda que no tuve la suficiente paciencia para entregar debidamente la solicitud. Resuelvo, pues, ver si hay alguna solución, aunque tenga que *graisser la patte de quelqu'un*, dado el caso. El señor Ialomiteanu se deshace en su habitual amabilidad, pero me asegura que ninguna de las solicitudes presentadas en aquella

audiencia fue aprobada, pese a las grandes presiones que se hicieron en algunos casos, como el de Spiridon, cuya causa, según dice, defendió él mismo. Me confieso absolutamente escéptico en cuanto a dicha intervención, pues me da la impresión de que, por uno u otro motivo, nuestra casa ha dejado de interesarle; quizá para su misión tiene que cultivar otras relaciones. Por otro lado, confirmó mi sospecha de que el estado mayor está desbordado, pues no dispone de tropas suficientes y, como los rusos siguen boicoteándonos, si se rompe el frente en un punto, se llevan refuerzos de otro, razón por la cual es normal que se den muy pocas excedencias.

El señor Ialomiteanu tenía la expresión alegre que siempre muestra al hacer los presagios más sombríos. Le pregunté con cierta dosis de malicia qué motivos especiales encontraba estos días para estar de buen humor, y él se justificó diciendo que era por nerviosismo. Después me dijo que con toda seguridad la situación reventará por doquier, poniéndose cada vez más crítica. *Bref*, empezará la retirada, seremos poco a poco ocupados por los alemanes y llegaremos a buscar refugio en Rusia, lo que significará nuestro fin. Como siempre, no tiene paciencia para permanecer largo rato sentado en su silla, camina por la oficina vacía hablando en voz baja y mirando inquieto en derredor. Pero ¿por qué se empeña en proseguir con esta conversación tan peligrosa? Me ha llevado fuera del despacho: *Savez-vous ce qu'on m'a raconté? Quelqu'un très haut placé*…. Y me explica que la mayor parte de los heridos de estos días han sido víctimas de nuestros propios proyectiles. Los obuses que estamos disparando a los aviones alemanes son tan malos, como todos sabemos, que explotan al poco de ser arrojados y caen al suelo, hiriendo a los nuestros. ¡Qué disgusto me he llevado con esta noticia que, según me temo, no dista mucho de la verdad!

Durante todo el tiempo que hablé con él, tuve la sensación de que *il y a là du louche*, sin poder comprender con exactitud cuál era su juego, pero seguro de que lo había… Si antes parecía interesado en sonsacarme alguna cosa, tengo la impresión de que ahora me ofrece informaciones, todas ellas desmoralizadoras y catastróficas, para que eventualmente yo las difunda. De no ser así, ¿qué sentido tiene que él,

que es la prudencia personificada, arriesgue su posición actual, de devoto al gobierno, solo por una pequeña cháchara?

La noticia de que ninguna de las solicitudes presentadas se había aprobado aplacó mi conciencia. Sin embargo, no salí de allí *le coeur léger, pauvre Spiridion, il n'a d'autre à faire que plier l'épaule*. No me hacía ninguna gracia volver a casa con tal noticia. Podía prever cómo se lamentaría madame Ana, *qu'elle allait pleurer toutes les larmes de son corps*, y para aplazar esa triste perspectiva decidí dar una vuelta por el centro.

Hoy nos hemos librado de las alarmas. El aspecto de la ciudad ha cambiado: los huecos muestran dónde han caído las bombas; alrededor se siente la especial energía que sigue a toda catástrofe, la cual infunde miedo a los supervivientes, pero también la alegría de saber que, al menos de momento, han salido con vida. Los camiones y los carros cargan los cascotes. Para apropiarse de lo que ha quedado, gente de mala calaña y vagabundos hurgan entre los escombros. Flotan trapos, restos de telas, por todas partes se oye ruido de martillos y sierras, con la tranquilizante impresión de estabilidad que crea un trabajo normal.

Caminaba melancólico bajo la luz, nuevamente suave y cálida, del mediodía. Alguna pared caída exponía, indecentemente, la intimidad desgarrada de las viviendas. Al torcer hacia Covaci me detuve en seco: entre dos casas que estaban en pie, un espacio vacío, limpio de cascotes, como una boca mellada tras la extracción de una muela. Y en ese solar, en el suelo recién aplanado, ardían velas clavadas en la tierra formando una cruz. Aquí y allí, macetas de barro con dalias y zinnias. Los transeúntes adoptaban de pronto una expresión obtusa y horrorizada a la vez, igual que la mía, supongo; permanecí inmóvil, como petrificado, al comprender que no estaba delante de un baldío, sino de tumbas. En ese momento se detuvo un coche, una dama elegante bajó y se acercó caminando con donaire: la ayudé a colocar el ramo de camelias blancas que traía en una vasija que había allí, tras sacar las flores que había dentro, ya mustias. La señora me dio las gracias con una voz *rauque*; tenía la cara velada, y quizá se habría quedado más rato allí, pero un señor de cierta edad (su rostro me

sonaba de algo, pero no logré recordar de dónde) se apeó del mismo coche y, acercándose, le ofreció el brazo y la hizo alejarse. La señora se dejó arrastrar sin el menor gesto y yo me marché también, tratando con un placer morboso de reconstruir el drama en mi imaginación.

Al llegar a casa, gran revuelo. Aprovechando mi ausencia, Margot había salido en bicicleta para dar una vuelta por la avenida de Kisselef. Lo indecoroso de su iniciativa iguala al peligro que entraña, pues, en caso de alerta en la ciudad, los tenderos cierran de inmediato los postigos para proteger los cristales, de modo que uno queda en la calle completamente indefenso. Además, en la avenida, la ametralladora instalada en la azotea del nuevo museo, con su tableteo incesante, representa otra amenaza. Por otro lado, ¡una señorita paseando sin acompañante! ¡Y en bicicleta! No se puede hacer caso omiso de las normas de urbanidad, por modernas que sean nuestras ideas. Así pues, le anuncio el castigo: dos días de encierro en su habitación, lo peor para ella, ya que anímicamente no está preparada para soportar la soledad.

Al anochecer, visita del señor Ioachim, un antiguo alumno mío, tímido y leal, todavía no llamado a filas debido a su peligrosa miopía. Trabaja en la Cruz Roja, con Marghiloman (yo lo había recomendado a través de Marie-Liliane).

Nos trae noticias de los círculos germanófilos, las cuales coinciden en parte con la información que me ha facilitado esta mañana el señor Ialomiteanu. Lo que este me había contado (¡que las víctimas del bombardeo son en realidad víctimas de nuestro propio fuego!) el señor Ioachim lo sabía por el señor Marghiloman, que a su vez se había enterado a través de Petre Ghica; por su lado, Ioachim se mostraba más bien escéptico. Cuanto más lacónicos se vuelven los periódicos, más prosperan los rumores: algunos demuestran ser veraces, pero sospecho que otros se propagan adrede para inducir ciertas reacciones y actitudes colectivas: de pánico, de excesiva angustia, etcétera. Incluso en el caso de los rumores que mi espíritu crítico tiende a rechazar, analizo a quién le conviene difundirlos y cómo pueden cundir, dada nuestra consabida tendencia al autodesprecio. Puesto que de rumores se trata, en cualquier mente equilibrada queda siempre

una duda: ¿y si, al fin y al cabo, hubiera algo de verdad en ellos? Cuando comento a Sophie mi interpretación sobre el rumor que me ha contado, en primer lugar, el señor Ialomiteanu, ella formula una explicación que me deja perplejo y turbado: que Titi Ialomiteanu sería *au mieux* con el señor Marghiloman gracias a sus antiguos vínculos en Buzau. Quizá hasta esté a sueldo de la embajada alemana, se me ocurrió de repente, sin ton ni son. Pero ni su actitud de antaño, de partidario acérrimo de la intervención en la guerra al lado de los aliados, ni su actual posición, de funcionario de confianza del gobierno, sustentan tal hipótesis. Juzgando luego las cosas fríamente, concluyo que en ese ensañamiento de Sophie contra él pesan, más que nada, su imaginación y resentimiento. Muestra una actitud despectiva en todo lo referente a nuestro antiguo amigo. Semejante cambio radical revela que entre ellos hubo algo más que una simple amistad. En todo caso, lo que resulta claro es que: *ils ont rompu l'amitié* y, si mi alma fuera dada al perdón, eso debería bastarme. Pero ¿lo es?

Sin ganas de perderme otra vez en sospechas difíciles de comprobar, me obligo a pensar que su nueva actitud hacia él nace del descontento debido a que Ialomiteanu no intervino debidamente en el caso de Spiridon. ¡Era lo mínimo que podía hacer, ya que se lo pediste por favor!, me dijo Sophie, mientras el pobre chaval se desprendía de los brazos de su madre y caminaba hacia la puerta de la calle, con el macuto a cuestas, arrastrando pesadamente los pies en sus botas militares. Pese a las diligencias hechas, no pudimos evitar su marcha.

Atmósfera *maussade* en la cena, por la falta de Margot, castigada. No puedo privarla del placer de jugar con las banderitas sobre el mapa, así que la indulto. Hojea febrilmente los periódicos, no solo los nuestros, sino también los extranjeros, buscando detalles sobre el joven teniente Geblescu, quien se encuentra en la zona de Sibiu. El mando supremo de las operaciones en Transilvania lo tiene, del lado alemán, el célebre Falkenhayn, ex jefe del estado mayor, reemplazado hace poco por Hindenburg. Durante las dos semanas que los nuestros permanecieron delante de Sibiu (que se libró tanto de bombardeos como de la ocupación), Falkenhayn, al parecer, preparó una verdadera ofensiva, trayendo tropas de todos los frentes de Europa, para

lanzarlas contra la traicionera Rumanía: una guerra de castigo que, me temo, será *sans pitié*.

Comparando nuestra prensa con la alemana, resulta evidente que la situación es más que dramática; se sabe, además, que no estamos preparados para una guerra de montaña, hacia Austro-Hungría, pues nos faltan tanto el armamento como los pertrechos necesarios, desde la artillería de montaña hasta la aviación, de manera que no nos queda más remedio que contemplar, con el alma en un hilo, ese sitio del mapa donde se dice que los nuestros luchan con desesperado heroísmo para romper el cerco. Circulan ya rumores de que estamos ante una segunda Turtucaia y, por supuesto, se critica la tardanza ante Sibiu. De parte de los aliados, nada. El señor Ioachim decía hoy que Bratianu está tan enojado por la pasividad y el desinterés de los rusos que amenaza con firmar un acuerdo de paz por separado, si no se nos envia ayuda de una vez.

18 de septiembre de 1916

Muchas víctimas hoy en el bombardeo de Filaret. Me entristece sobremanera la noticia de que entre los muertos se cuenta la hijita de once años del poeta St. O. Iosif, autor de la popular marcha «¡A las armas!». El final de la batalla de Sibiu y la dramática retirada acrecientan el pesimismo general, pese a que se ha roto el cerco alemán y la mayor parte del ejército rumano se ha salvado, ciertamente con inevitables pérdidas humanas y materiales.

Por los heridos hemos sabido lo valerosa que ha sido la resistencia; por lo demás, las mismas quejas sobre la falta de armamento adecuado para hacer frente a las terribles ametralladoras, los aviones, los proyectiles, etcétera, de los alemanes; que a falta de teléfonos, usamos jinetes, con lo que las órdenes llegan tarde. Si a todo eso sumamos nuestro conocido desorden, nada más natural que el resultado de los reconocimientos no llegue a su destino, como tampoco las peticiones de refuerzo. Por añadidura, los mismos comentarios, formulados con asombro, de que los alpinos bavareses (¡todo un ejército!) fueron capaces de colarse en nuestro flanco, preparando el rodeo a las tropas rumanas de la zona del río Olt, sin que nadie se enterase de ello hasta

el último momento. Claro que, en una situación semejante, a lo máximo que se podía aspirar era a salvarse emprendiendo la retirada.

Hay una esperanza que todavía anima a algunos: la ofensiva de Averescu hacia el sur. Si el golpe sale bien, todo el escenario de la guerra (decía el amigo Víctor, por ejemplo) puede cambiar: Dobruja despejada, el ejército de Mackensen empujado siempre hacia el sur, nosotros pisándole los talones, hasta lograr la tan deseada unión con el ejército de Salónica. De este modo abriríamos de verdad el frente de los Balcanes, largo tiempo esperado. ¡Qué sueños tan locos! Por superstición, temo que al haberlos puesto ahora sobre el papel no se cumplan.

19 de septiembre de 1916

Una fecha destacada en el calendario de la guerra. Aunque el tiempo ha empeorado, por la mañana me veo obligado a salir para iniciar humillantes gestiones en aras del avituallamiento. Es el primer año que me ocupo personalmente de semejantes tareas, porque de lo contrario corremos el riesgo de quedarnos sin leña durante este invierno que se anuncia (¡quién lo duda!) como uno de los más rigurosos que hayamos conocido. La inquietud general hace más difíciles las diligencias. Al mediodía, alentado por algunas promesas y harto de correr de un lado para otro (no había coches) mientras llovía a cántaros, caminaba por Mihai Voda, decidido a volver a casa, cuando de pronto percibí en la otra acera el barullo que se había formado alrededor de un vendedor de diarios. No distinguí qué gritaba, absorto como siempre en mis pensamientos. Me encontraba exactamente delante del Café de París. Vacilé un segundo, temblando bajo el paraguas, con miedo a mojarme los zapatos, pues la humedad no me sienta bien, en las cunetas desbordantes de agua, antes de decidirme a cruzar la calle.

El alboroto aumentaba, la gente casi arrancaba de las manos los periódicos al vendedor. Risas, griterío, dos amigos abrazándose. Aunque intuía ya de qué se trataba, sospecha que confirmaban los comentarios y exclamaciones de quienes me circundaban, me refugié

en un portal, saqué mi *pince-nez*, me lo puse en la nariz y leí con mis propios ojos:

«Nuestras tropas han atravesado el Danubio entre Ruschuk y Turtucaia».

¡Nada más! Lo suficiente para que nuestra imaginación se suelte… ¡Por fin la muy cacareada ofensiva de Averescu hacia el sur! ¡Ojalá sigamos adelante!

Eran pasadas las dos de la tarde cuando por fin llegué a casa, mojado y temblando. Sophie no estaba, se había marchado por la mañana a la Sociedad de Damas Ortodoxas. Mientras la esperaba, tenía escalofríos y estornudaba sin parar. Preocupado por mi salud, que tan imprudentemente había puesto en peligro con mi salida en un día semejante, dispuse que se sirviera el almuerzo solo para mí y Margot. Después de la siesta me sentí animado por el descanso; Sophie aún no había vuelto. Estaba más relajado y, bien abrigado con ropa gruesa, salí a la terraza: el aire tenía una fragancia tan dulce y saludable que pensé que debía disfrutarlo. Pedí que me trajeran la mesita y las sillas de mimbre para tomar allí el café. La lluvia había cesado y las gotas brillaban sobre los rosales, que en estos días han florecido por segunda vez. Pero la vista más sublime no la ofrecía el jardín —con su alfombra de hojas amarillas verdosas, arrancadas por la lluvia—, sino nuestra modesta cortina de hiedra, que revestía toda la pared de la casa con matices realmente divinos: rosas, naranjas, verdes con estrías amarillas. ¿Cómo pensar que semejante belleza ha nacido de la reciente caída y muerte de las hojas? ¿O que en cualquier momento, en el cielo límpido, pueden aparecer los Taube, con su carga mortal?

Margot ha venido a sentarse junto a mí, con esa nueva expresión de melancólica resignación que se ha dibujado en su semblante desde los desastres que se oyen sobre la batalla de Sibiu, convencida de que allí ha caído aquel a quien, sin mucha razón, ha comenzado a considerar *son fiancé*, o sea, Sandu Geblescu.

Estábamos comentando los asuntos del día, cuando vimos un automóvil detenerse en la puerta: una delicada mano enguantada de un blanco inmaculado nos hacía señas desde la portezuela abierta.

Después percibimos una silueta corpulenta pero de graciosísimo andar, los bucles rojizos asomando bajo el sombrero, y su famosa sonrisa cordial e irónica a la vez: era Marie-Liliane. En ese mismo instante se abre la segunda portezuela y, radiante, agitando el diario doblado, aparece Sophie.

Y heme aquí rodeado del bello sexo, que solo acepta café y dulces y entabla, sin más, una conversación de lo más animada sobre la guerra, con detalles estratégicos y descripciones excesivamente realistas de horrendas heridas, que solo se interrumpen cuando las interlocutoras se acuerdan de la existencia de la bombonera de Meissen: un momento de silencio, en que se llevan a la boca los pequeños confites, transformándose de pronto en niñas golosas. Por supuesto, no tardan en darme ante todo los detalles que conocen por la señora del general Averescu sobre el cruce del Danubio: nuestras tropas se acercaron al río por un camino construido por nosotros mismos en la vega (algo pantanosa) de Flamânda, y lo cruzaron en lanchas y pontones. Parece ser que el puente está acabado, solo que, según se oye, lo han bombardeado; a nosotros, como es sabido, sigue faltándonos la aviación… Al escucharlas me percato de lo frívolo de la situación, en que yo tengo asignado, por supuesto, un papel cómico, de personaje impotente y grotesco que, al margen de la verdadera tragedia, agrega detalles sobre el mapa de la guerra siguiendo la cháchara de las damas.

Trastornado por mi propio espíritu autocrítico, lanzo mis sarcasmos hacia las dos señoras de mi corazón, invitándolas de nuevo a almorzar, aunque sea tan tarde. Por lo visto ya habéis almorzado en el comedor de oficiales, y pronto os vestirán de uniforme, rezongo tras su negativa. Sin hacerme caso, Sophie sigue con su *récit* bélico, muy favorable al general Popovici, quien al parecer ha organizado con sumo cuidado la retirada desde Sibiu por el desfiladero del río Olt. Escuchándola, me irritan otra vez su ciega entrega, su tono entusiasta, que he aprendido a reconocer desde la época en que hablaba de Meyer-Lübke, Grigorescu, Kimon Loghi, Anatole France, Paul Bourget, Wagner, el sufragio universal, los debates en el Senado, la enmienda de la Constitución. Ahora habla de los morteros austríacos a motor, de

la guerra de movimiento, de monitores: ¡cuánto desperdicio de energía otra vez! Me asaltan mezquinos celos y me pregunto quién le habrá inducido este nuevo interés… militar. Se me ocurre por un momento que podría ser Jorj Ioaniu, pero me cuesta creer que un personaje tan falto de imaginación haya llamado la atención de Sophie. Hago un breve comentario diciendo que, en mi opinión de hombre no del todo anticuado, el espectáculo que ofrecen los heridos es demasiado desagradable e indecente para los ojos inocentes de unas damas; en cuanto a su actividad, me parece de poca utilidad, pues señoras y señoritas distinguidas como ellas no pueden (*et Dieu nous en préserve*) cumplir con tareas tan humildes y repulsivas como las que de verdad reclama la miseria humana de unos pobres individuos, la mayoría de extracción baja, y en un estado tan calamitoso… Por lo tanto, no deja de ser un juego mundano que da pie a contactos con gente de la alta sociedad.

¿Sería un egoísta acceso de celos? Quién sabe cómo se lo tomó Marie-Liliane; tengo la impresión de que, al ponerse en pie para marcharse, una sombra de tristeza velaba su mirada. Sophie, menos sutil pero sumamente atractiva (está tan bien después de su convalescencia), *fut celle qui me répondit, et pas un moment n'entra en colère, comme elle avait l'habitude*. La diferencia solo consistía en su tono gentil. Por lo demás, evitó hacer cualquier comentario sobre mis argumentos. Si vieses el terrible espectáculo que ofrecen, tú mismo nos mandarías allí. Luego, sonriendo a Marie-Liliane, confesó que las acusaciones de incumplimiento de sus obligaciones de *femme de foyer*, las había oído de mí en más de una ocasión, solo que esta vez, *hélas*, razón no me faltaba.

Y así siguió la conversación, yo sintiéndome en una postura cada vez más ridícula. Pensé que Sophie es en verdad incapaz de entender cualquier reproche. A continuación refirió detalles aburridísimos sobre cómo las damas dispusieron que se instalase un puesto sanitario en una pobre escuela de la zona de Bariera Vergului, pues los hospitales ya no daban abasto con tantos heridos. De modo que comprendí dónde y cómo se encontraron las dos, y por qué habían tardado tanto en llegar a casa; únicamente no me quedó claro quién había tenido la

iniciativa de la visita…

Conversábamos con cierta desgana. Solo nos animó una noticia preocupante, confirmada por los diarios de hoy: de que por las calles se habían tirado objetos infectados con cultivos de microbios o venenos. Marie-Liliane me preguntó qué pensaba yo al respecto: ¿quién los había diseminado, los aviones enemigos o manos criminales infiltradas entre nosotros? Le confesé que no podía dejar de sospechar que estábamos invadidos de espías y traidores. Viéndolas a las dos juntas, comenzó a embargarme una inquietud que casi me producía calambres, y sin embargo estaba más que seguro de que no había peligro alguno. Era tan solo un oscuro temor, que nacía de mi naturaleza apegada a las convenciones, pues por lo demás, al escudriñar mi alma, no descubrí la menor sombra de culpabilidad. De hecho, el mal consistía únicamente en el allegamiento de esas dos mujeres, que solo yo sabía a ciencia cierta qué significaba. De pronto me acordé de un suceso desagradable, en mi temprana juventud, cuando una excesiva inocencia me empujó a cierta alcoba, famosa en su día en toda Bucarest. Años enteros rehusé el recuerdo de las penosas ternuras, de las gracias ya mustias que no llegaban a inspirarme y del semiadulterio forzado que manchó la estima moral e intelectual que profesaba a su esposo. Temía terriblemente que ese hecho execrable pudiera salir a la luz. En cambio (¡qué inocencia!), me asombraba descubrir que un hecho vergonzoso y reprobable desde cualquier punto de vista no me había causado remordimientos (salvo el pavor cobarde de que llegase a saberse). Ni siquiera el cielo daba muestras de querer castigarme: los días pasaban monótonos uno tras otro, y la tierra no parecía tener prisa por tragarme. A mí, ¡el terrible donjuán…!

Pocos minutos antes de su partida, Marie-Liliane estuvo aún más callada. Cuando se marchó, lancé a Sophie el reproche que le tenía preparado (¡oh, los pérfidos vínculos domésticos!): que, al saberse culpable por su retraso, llegó a casa acompañada por una amiga. Mezquina astucia, que concebí solo para entender la razón de esta visita, y que tuvo como respuesta que Marie-Liliane había expresado su deseo de celebrar conmigo este día en que el destino de nuestra

guerra ha dado un vuelco. La respuesta me halagó, aunque en el momento de su partida no había podido dejar de notar con cierta tristeza las mejillas ajadas de Marie-Liliane y su talle cada día más grueso.

23 de septiembre de 1916

¡El desánimo reina en todos los corazones! El panorama del desastre de Sibiu aparece cada vez más completo, conforme nos enteramos de los detalles del caso a través de quienes lograron escapar del cerco, unos cruzando las montañas de Fagaras, en marchas agotadoras, arrastrando consigo a los heridos; otros, el grueso del ejército, con equipo pesado, caballos, pertrechos, con el riesgo de despeñarse por el desfiladero del río Olt, donde había enemigos emboscados.

Sobre esa noche atroz hemos tenido hoy el relato de un testigo presencial: el travieso Sandu Geblescu, ahora novio oficial de Margot, quien fue enviado al estado mayor con las banderas destrozadas de unos regimientos diezmados y disueltos; tuvo que esperar muchas horas antes de poder entregarlas y recibir un sobre, lo cual le permitió visitar a algunos amigos cercanos (pues su casa solariega está en Craiova). Asisto al conmovedor reencuentro de los dos jóvenes; luego Sandu, que ha cursado estudios de derecho y economía en Inglaterra, nos describe la pesadilla de hace una semana, cuando, exhaustos después de días de combates continuos, con la ropa sucia y trastabillando por el cansancio, marchaban en la oscuridad acompañados por el rumor de las aguas del Olt, interrumpido por gritos salvajes y estertores de agonía, el espantoso estrépito de los carros que se precipitaban por el barranco y el mugir de las pobres bestias (tanto los cañones como los arcones de artillería eran arrastrados por bueyes, con tiros formados por hasta ocho pares de animales), y el tronar de las armas de fuego. Las altas paredes del rocoso desfiladero multiplicaban el fragor en aquella noche infernal, de la que el joven teniente pensó que no saldría con vida. Sin pegar ojo durante tres noches, salvo en breves lapsos, caminaba dormido con los ojos abiertos, llevado por el único pensamiento de dar con algún

lugar donde el desfiladero se ensanchara. Al encontrar semejantes ensanches, más de una vez se sentó sobre una piedra a la orilla del camino para descabezar un sueño siquiera de media hora. Ese habría sido quizá su final, pero nada le importaba ya y lo habría dado todo por un rato de sueño. ¿Todo?, le reprocha la pequeña coqueta, y sigue un intermedio de *marivaudage* en que, con la osadía de las últimas generaciones, intercambian miradas tiernas y sonrisas de complicidad, haciendo caso omiso de mi presencia. ¿Y cómo es que no te quedaste dormido?, le pregunto, con tacto. Mi ordenanza, el fiel Ion, me levantó a la fuerza, y yo reaccioné con extrema brutalidad, enloquecido al ver contrariado mi instinto de dormir; al día siguiente, al darme cuenta, me arrepentí sinceramente de mi conducta.

En este punto la conversación se interrumpió porque retumbaron las sirenas de alerta y bajamos al sótano. Sandu Geblescu nos habló también de los desgraciados refugiados rumanos de Transilvania, quienes habían tomado el camino azaroso del exilio; la zona de Câineni está ahora invadida por estos pobres desarraigados, que en tiempos tan dramáticos han abandonado sus pertenencias y haciendas y corren el peligro de morir aquí de hambre…

Apenas pasada la alarma, nuestro invitado se marcha pretextando diligencias urgentes que le quedan por hacer; de hecho va a almorzar en Enescu con un buen amigo que ha conocido en el estado mayor (como me confiesa confidencialmente cuando lo acompaño a la salida). Su gesto me parece de una gran ligereza (ha rechazado la invitación a almorzar con nosotros); además, en el caso de alguien que acaba de salir de tal horror, también me choca la voracidad de vivir que exuda toda su persona. Luego recapacito y me doy cuenta de que he sido injusto, como a menudo me sucede: ¿no se merece acaso disfrutar, quizá por última vez, de un *jambon de Prague sauce madère* o de un *dindon veau truffé*, manjares con que soñaba los días en que comía solo las galletas secas de la soldadesca? Un pequeño festín, regado con champán Pommery y acompañado por una *chanteuse* picante, ¿era acaso un pecado tan tremendo en un teniente que había dado pruebas inequívocas de bravura, al ser el único oficial que quedó con vida de todo su batallón y verse obligado a asumir todas las

difíciles responsabilidades del mando, con unos hombres desgastados física y moralmente?

Lo de Enescu, claro está, no lo mencionó delante de Margot, pero ¿no es esta la esencia del amor: el placer de ver idealizada tu propia figura en el alma enamorada de ti, a la que, por lo tanto, has que esconder todos los asuntos prosaicos?

Después de su partida, las sombrías imágenes de su narración llegaron a obsesionarme, y más aún el sentido pleno de esta batalla perdida. Tras ella empieza la evacuación de Transilvania. Hace tres días iniciamos la retirada; cedimos un territorio cuya conquista costó mucho sufrimiento. Se oye hablar de represalias contra nuestros hermanos de Transilvania que recibieron con júbilo al ejército rumano. ¿Cómo no sentirse descorazonado? ¡Solo nos quedan la depresión, las esperanzas frustradas y las víctimas!

Se me parte el corazón al pensar en la sangre derramada en vano. Hubo algunas pequeñas pero admirables victorias, en que se cargó a bayoneta contra una artillería dirigida desde aviones, o se sacó la caballería a un campo despejado, exponiéndola, pues, a los cañonazos. En resumidas cuentas, se vertió con prodigalidad tanta sangre para ocupar posiciones que de hecho se debía abandonar, y esto a causa del retraso en el envío de las órdenes y la constante falta del sentido de la realidad. Al no llegar la orden a su debido tiempo, se lanzaron ofensivas completamente inútiles. Y cuando al final llega la orden correcta, ya es demasiado tarde: hemos dejado atrás cadáveres inútiles, corazones de madres y esposas inútilmente desconsoladas durante siglos, y, apenas alcanzada la victoria, agotados, diezmados, empezamos de inmediato a retirarnos.

Cómo levantar cabeza, enmarañados en semejante red fatal, y cómo culpar al cielo, cuando la culpa recae de nuevo sobre nosotros. Por lo que he oído, eso mismo ocurrió en Porumbacu y en Barcut, posiciones conquistadas con mucha dificultad y abandonadas por iniciativa propia.

El temor de Bratianu a un ataque búlgaro y sus peticiones (tachadas por nosotros de regateos mezquinos y de falta de decisión) de refuerzos a los rusos para asegurar la defensa de Dobruja han

demostrado ser juiciosos. Los rusos enviaron muchas menos tropas de las que habían prometido y manifestaron una inercia más que sospechosa. Quedamos entonces desprotegidos por el sur, pues nuestro ejército era escaso y no de los mejores. Ahí veo yo el comienzo de la derrota. Las acusaciones llueven sobre Bratianu, más encarnizadas que antes, cuando no quería salir de la neutralidad. Mi amigo Victor se preguntaba ayer por qué entró en la guerra si sabía que Rumanía no era capaz de resistir. ¿Tiene él la culpa de todos los defectos de los rumanos?, le dije. ¿Y también de los defectos de los aliados?

Me cuento entre los pocos que aún lo defienden, mientras llueven las maldiciones y los sarcasmos contra él. Cuántas bajezas ha soportado por parte de la prensa y en todas las alocuciones de sus adversarios: un verdadero martirio por la burla que aquí se inflige sin distinción tanto al que lo merece como al que no. Oh, la obtusa mentalidad de un país provinciano, que no puede ni sabe distinguir entre el político demagogo, incapaz e ignorante, y el que sopesa diez veces cada paso por el bien del país… A riesgo de quedarme solo en esta posición, no voy a atribuirle a él la responsibilidad de una posible catástrofe.

Quizá, por otro lado, mi pesimismo me lleva a exagerar, como en tantas otras ocasiones. Quizá nuestra retirada se detenga en la línea de los Cárpatos, donde esta noche Margot acaba de clavar sus banderitas. Tal vez nuestras pobres y precarias fortificaciones resistan y por fin comience la ofensiva de los aliados, tantas veces prometida, que nos permita avanzar nuevamente sobre Transilvania. ¿Qué otra cosa podemos esperar, ahora que nos hemos quedado solos para defender una frontera tan extensa? Atacados por todos lados por fuerzas más poderosas, nos vemos siempre obligados a trasladar tropas del norte hacia el sur y viceversa, con lo que las agotamos y los refuerzos llegan cuando ya es demasiado tarde. ¿Cómo no mirar desesperadamente hacia los aliados, de quienes hasta ahora hemos recibido solo exhortaciones desmesuradas o críticas hirientes, y sobre todo promesas que no se cumplen? ¿Qué hacen los aliados?, nos preguntamos al ver que no parecen tener la intención de ayudarnos, como han prometido. Nuestra entrada en la guerra los alivió en la

batalla de Verdún y en tantos otros frentes, de donde el enemigo sacó tropas para enviarlas contra los pobres rumanos. ¿Y qué hacen los aliados a cambio? ¿Qué pasa con la ofensiva rusa?, ¿y con el frente oriental de los Balcanes?

Desde hace dos días corren rumores sobre un posible repliegue hacia Moldavia, un pánico alimentado por los acaudalados que, al disponer de medios para hacerlo, no dejan de cargar sus bienes en trenes y automóviles. Lo que es seguro es que los bancos ya están liando sus bártulos.

Cuarta parte

Geblescu

1

—¡…Pobre Niki! ¡Qué contento se pone cuando sale a dar una vuelta por la ciudad y se le ofrece la oportunidad de encontrarse con algún conocido! Un hombre aún joven, desbordante de energía como él… Es realmente terrible, madame Delca, verlo sufrir por la inactividad… En otros tiempos, a su edad, ya contaría con una clientenla estable…, tendría su fama en el Colegio de Abogados y una posición ya consolidada en la política… Diputado, subsecretario de Estado, hasta ministro quizá; se acordará usted de que algo significaba eso en aquella época. Era un título que luego se podía ostentar en la tarjeta de visita para el resto de la vida: ¡fulano de tal, ex ministro! La verdad es que tampoco entonces era fácil llegar a tal posición. ¡Para nada! Hay que ser justos… Pero de otra manera medraba la gente en aquellos tiempos. No había nadie que te pusiera la zancadilla a cada paso hasta descorazonarte… Nadie al acecho para acuchillarte por la espalda… ¡Como al pobre Tudor, por ejemplo! ¡Y al pobre Niki…! O al pobre señor Delca, obligado a trabajar a su edad como un negro para obtener una jubilación miserable. ¡Pobres de nosotros! Muchas veces lo pienso, madame Delca, al echar cuenta de todo lo que nos tocado padecer en esta vida… Hay que ver lo optimista que era yo por naturaleza, y cómo ahora he perdido toda esperanza. ¡No me queda ninguna! De joven me hacía mucha ilusión viajar, obtuve una beca que al final perdí por la guerra. Muti se opuso categóricamente a que me fuera del país. Y yo cedí, pues había empezado a salir con Niki. Estaba segura de que disponía de todo el tiempo del mundo. ¿Qué significan un año o dos cuando eres joven y te crees eterno? Estaba convencida de que podría viajar en cuanto quisiera; eso creíamos todos, ya lo sabe usted. Igual de segura estaba de que Niki iba a hacer

carrera, por su facilidad de palabra, por su don de gentes. Probablemente habríamos podido contar además con los contactos que tenía mi tío Sandu Geblescu. Sí, créame, Niki reunía todas las condiciones, y de no haber llegado los tiempos que llegaron… Y ahora hubiese sido el momento de co-se-char. ¡De co-se-char dignamente los frutos de sus esfuerzos! Y en cambio tiene que conformarse con una jubilación humillante tras haber bregado toda la vida, sin satisfacción alguna, ni la más mínima, y encima todos lo ven como un hombre acabado… Tampoco las mujeres lo tenemos fácil después de jubilarnos, pero para los hombres es una verdadera desdicha… Pero, *à propos* de Niki, ya que al parecer se ha entretenido con su conocido, ¿qué le parece si nos tomamos las dos un cafetito? No, no, por favor, no se moleste, bien sabe que en eso de preparar el café puedo competir con el que más. Niki dice incluso que como el café de casa no lo hay en ningún lugar. Y no será que Niki no haya andado por todas partes. Claro que muchos viajes no ha hecho, como hubiera sido lo normal, nunca viajamos juntos, pero no cabe duda de que es un hombre del mundo.

¡Anda ya! ¡Bonita faena estar dando tumbos por ahí! Y la boba de Ivona esperándolo con la mesa puesta desde hace una hora, y además sin parar de hablar de él: que si Niki por aquí, que si Niki por allá… ¡Solo oyéndola me hago cruces! Y qué tiempos serían aquellos en que Niki habría podido ser ministro. Parece ser que, tratándose de él, el mismísimo Dios del cielo le quita a Ivona todo el entendimiento. ¡Y esto basta y sobra para darse cuenta de lo chiflada que está! Mal corazón, eso sí que no tiene: hay que ver el trabajo que se está dando para quedar bien conmigo… Pero de los cincuenta leis, ni pío. Bueno, cuando acabe el café, quizá se le ocurra la feliz idea. ¡Pobre Ivona! Turulata como ella sola, pero mírala, ahí viene con las tazas de café puestas en una bandeja, como para invitados… ¡Hala, si hasta galletas trae…! ¡De dónde las habrá sacado!

—¡Deje, madame Ivona, deje! Ya voy yo, no venga cargada con esas tazas. Ay, Ivona, querida, ¡cómo la recuerdo yo a usted desde que era cría! Y monísima, ¡para comérsela…! Ya había muerto su padre y madame Geblescu, es decir, su tía Margo, me mandó aquí para que le

arreglara un vestidito. Le cosí unas pinzas, le metí el dobladillo. Estábamos las dos solas, con su aya alemana; usted no decía ni pío, solo miraba de reojo, con unos ojitos colorados e hinchados. Hay que ver, pensé yo, la pobrecita. Qué casa tiene, sin nada que le falte, todo un palacio, pero mira lo triste que está. ¡Cómo no iba a entender yo la amargura de quedarse huérfana!

Y apenas lo digo, me parece estar viendo el invierno en que murió mamá. Oigo soplar fuera el viento y dentro hace frío, muchísimo frío, y todo está oscuro, sin petróleo para las lámparas, sin velas, sin nada, solo con un candil encendido; no había pasado ni un mes desde la muerte de mi pobre madre. Y cómo salto del sueño al oír los golpes en la ventana. ¡Venga, Vica, levántate, muchacha, que es hora de ir a la escuela! Y yo, medio atontada, caminando a tientas, voy a la cocina, quito la tapa del cubo, rompo la costra de hielo con un mango de cuchara, lo levanto como puedo con una sola mano y echo el agua en un aguamanil, pues pase lo que pase tú no sales de casa por la mañana sin lavarte los ojos, como me ha enseñado la pobre mamá. Incluso ahora siento cómo esa agua helada me quema la cara y la palma de las manos. ¡Muévete, Vica, venga, no remolonees tanto!, la pobre vecina Tincuta, hay que ver qué miedo le daba salir sola a la calle por la noche. Era ella quien llamaba a la ventana. A oscuras me arropaba con las prendas que habían quedado de mamá. Por último me agachaba para envolverme las botas con trapos, que las suelas se habían gastado, y yo era muy pequeña, pero aun así ya sabía cuidarme solita, que no había quien más se preocupara de mí. Y me veo cerrando despacio, muy despacio la puerta, para no despertar a la caterva de hermanos que dormían, y tiritando, con los dientes castañeteando, iba a la panadería. Allí era peor, aún más frío y más oscuro; estaban todos en cuclillas, los que podían, descabezaban un sueñecito, los que no, dale que dale al parloteo, que si fulano se ha muerto, que si zutano está en cama, que si a mengano lo entierran hoy y a aquel otro mañana, que si esa de la esquina está amancebada con un alemán, ella sí que te puede ayudar a conseguir el permiso para vender aguardiente, esa sabe dónde encontrar leña para el fuego y por una

propina te echa una mano en lo que sea menester, y qué de cosas no murmuraban los cotillas… Y yo tiemblo de frío y me pego lo más que puedo a la vecina Tincuta. Me llevo las manos al pecho y las meto entre la ropa, pero siguen entumecidas, son dos témpanos de hielo, y hace tantísimo frío que se me saltan las lágrimas y parece que esté llorando de verdad. Por eso, cuando digo que sé muy bien lo amargo que es el pan de los huérfanos, estoy diciendo la pura verdad. Me veo siempre en la cola del pan, en las tinieblas, en el frío, en invierno. Y, válgame Dios, cuántas y cuántas colas no habré hecho yo desde entonces, que solo en colas me ha tocado estar toda la vida… Y hasta que rompe el día no me hago con el pan, y qué pan más malo, lleno de salvado, mazacote, eso no es pan, congelado también por el frío lo llevo como una piedra bajo el brazo. Al amanecer camino hacia casa, con el pan, sabiendo la que me espera allí, que se han despertado todos los hermanos, vociferan, se zurran, me chillan, uno peor que otro, que ni sé por dónde empezar. Y ponte a lavarlos, a darles de comer a todos; después abre la puerta para que salga la hediondez de la casa y entre un poco de aire fresco, después carga la leña del sótano para encender el fuego, todo con mis dos manos, parece que las estoy viendo: ¿acaso eran manos de niña, tan rojas y agrietadas? Sola, tú, con todo el peso de la casa encima, sola a los once años, ocupándote de la leña, que ha empezado temprano el invierno y hay cellisca y nieve. Voy contando las filas de troncos en el sótano y veo que ya se ha acabado otra, y se me para el corazón porque hay tormenta y nieva. Y las vecinas, hoy una y mañana otra, han empezado a desmantelar alguna cerca vieja, algún corral, una palizada, acabarán cortando hasta los árboles frutales. Luego corre el rumor de que leña sí hay, y en abundancia, en los andamios de las casas en construcción, que han quedado a medio terminar, pues los albañiles y los otros operarios se han hecho humo. ¡Vengaaa!, todos a por ella, unos hacia Mihai-Voda, otros hacia Vama-Postii, y yo también tras ellos. Y veo delante de mí a dos señoras, todas encopetadas, con sus pieles de astracán y su sombrerito, que llevan una mano metida en el abrigo y con la otra arrastran una viga atada a una cuerda. Tiraban las dos de la cuerda arrastrando por los baches de la calle Iancului la dichosa

viga, que solo Dios sabe de dónde la sacarían. Y tras ellas, un señor algo mayor, bien vestido y con patillas, tambaleándose sobre la nieve con una estaca en los brazos. Y al verlos me paro en seco y me pongo a pensar que si ellos apenas pueden con esos palos, yo menos, conque ¿pa' qué hacer el camino con ese frío?

Sí, me veo en la esquina de Iancului, cavilando y recordando cómo me gustaba pasar por aquí en invierno con padre y madre, y cómo sacaba ella unas monedas y me las daba y yo corría a comprarme castañas asadas. Pero ya ni brasero ni castañas había, y madre ya no estaba, solo había un hombre arrimado a una verja, debía de haber tenido su caudal antaño, pues ahora estaba con la mano extendida pero le daba vergüenza abrir la boca para mendigar.

De modo que dejo que vayan todos al centro y yo me vuelvo volando a casa; ahora mismo me veo correr, jadeando, queriendo llegar antes de que anochezca; me daba miedo pasar a oscuras cerca de la iglesia de Capra, pues todo el tiempo sacaban de allí ataúdes o colgaban en la puerta unos crespones negros, y al lado de la iglesia estaba el cementerio, lleno, ¡ay, qué susto!, de cruces nuevas. Camino pegada al muro con los ojos cerrados, y me persigno con la lengua en la boca, tengo pavor al cementerio, pese a que ha pasado, ¿cuánto?, solo un mes o dos, o quizá menos, desde se llevaron a mamá, y desde entonces a tantos otros que nadie sabe ya dónde está cada cual… Así que cuando volvió padre del frente no supimos decirle dónde estaba enterrada, pobrecita, ni si tenía o no una cruz en la tumba…

—Así es, nadie puede devolverte los padres, y tampoco la salud, que si los pierdes ¡no hay forma de recobrarlos! Y una se queda sola, sin un alma que la ampare, la consuele, la escuche y la crea. Incluso ahora, vieja como soy, al recordarlo se me llenan los ojos de lágrimas… ¿Qué te pasa, Vica, que estás lloriqueando?, pregunta mi marido si se da cuenta. Por eso, Ivona, yo la recuerdo a usted muy bien; ve, Vica, me dijo madame Geblescu, ve tú y trata de arreglarle un vestidito a mi sobrina, que de repente le ha caído encima una desgracia, su padre, mi pobre cuñado Stefan Mironescu, ha muerto y ni tiempo hemos tenido de preparar el atuendo…

—¿Acaso algien puede prever los infortunios? Ay, pobre Margot, ¿quién le hubiese anunciado sus desgracias? A la Margot de aquel entonces me parece estar viendo ahora, con su pelo cortado *à la garçonne*, con su picardía y esa pizca de excentricidad que se estilaba después de la guerra… ¡La quería una barbaridad, lo mismo que al tío Sandu! El tío Sandu Geblescu era el perfecto *homme du monde*, pero también tenía paciencia para jugar conmigo. Apenas oía yo el motor de su automóvil, corría a su encuentro y le saltaba al cuello. ¡Qué bien olía su rostro, liso, fresco, recién afeitado! ¡Y su pelo crespo, ondulado bajo la brillantina! Subía por la escalera, siempre cargado con una caja de pasteles, chocolates Suchard y frutas confitadas. Yo le pisaba los talones, era como su sombra, y me reía con sus chistes, que según Muti no tenían mucha gracia. Muti siempre fue poco sensible al tipo de hombre *chic*, y a este respecto, hay que reconocerlo, no tenía mucho tacto…

—¡Qué va! Jamás oí a madame Ioaniu hablar mal del señor Geblescu. Es más, no hablaba nunca de él. Ni de cómo se separaron él y madame Margo, jamás me dijo nada…

—¡Es que no se separaron, madame Delca! O sea, sí, pero no en el sentido en que lo entiende usted. El tío Sandu tuvo que huir «al otro lado». Se había enterado de que estaban a punto de detenerlo y logró escapar a Occidente. ¿No lo sabía?

—Si lo sabía o no, ¿cómo voy a acordarme a estas alturas? A lo mejor madame Ioaniu no me lo contó y, si no me lo contó, yo de preguntas, nada.

—¿Le apetece un poco de coñac, madame Delca? ¿Qué me dice? Una copita con este café nos sentará bien.

—¡Vaya pregunta! ¡Venga!

—Mire, madame Delca, al pensar en todo aquello ahora, como una mujer ya madura, veo las cosas de otro modo… Por ejemplo, por qué a Muti no le impresionaba el tío Sandu, que allá adonde fuera ejercía su poder de seducción. Un Clark Gable, algo así era Alexandru Geblescu… Todas las mujeres sentían ante él la irresistible fascinación que despierta el hombre de verdad…

—¡Rediós! A mí también me gustaba el Clark Gaby ese, y el Yan

Maré, pero, vamos, ¡no para meterlos en mi casa…!

—Que no, madame Delca, créame, no todas las mujeres piensan como usted. Existe también el *sex-appeal*, el poder de seducción… ¡Qué atractivo era mi tío Alexandru Geblescu! ¡Todas las mujeres quedaban fascinadas por él! Y sobre todo *tante* Margot, que por él renunció al cariño constante que le tenía el señor Ialomiteanu, quien la pidió en matrimonio, pero se vio rechazado. ¡Qué dolido se quedó! ¡Nunca se consoló! ¡De modo muy distinto amaban los hombres en aquellos tiempos! ¡Amaban a una sola mujer hasta la muerte! Por supuesto, llevaban su vida de hombres, y tenían sus amistades en el *café chantant*, y sus coqueteos en los salones, en algunas ocasiones se celebraban matrimonios de conveniencia, pero si entregaban su corazón a una mujer, era para toda la vida. Eso se ve clarísimo en las novelas. Y si volvían a encontrarse mucho tiempo después, él la seguía queriendo igual que el primer día, como el señor Ialomiteanu a *tante* Margot. En cuanto a ella, para mí que solo quiso a su marido. Ya de casada, ¡cuántas cosas le perdonó! ¡Tantos banquetes, de los que hablaba toda Bucarest! Si querías encontrar al tío Sandu tenías que ir al hotel Boulevard (le pirraba la comida francesa), no a su casa. Cuando se trataba de pasarlo bien, o de mujeres, no tenía miramientos. Podía enfrascarse hasta en una juerga de los bajos fondos, con bandas de gitanos que le susurraban al oído canciones melancólicas, y él pegándoles los billetes de cien en la frente.

—Lo que yo digo… Chulo hideputa, y encima figurón. ¡Con uno de esos no hay que liarse! ¡Que se vaya cantando y bailando con su atractivo!

—*Tante* Margot se lo consentía todo. Sus jaranas, sus amantes… Tiene razón Niki cuando dice que los dos eran algo especiales… En algunos aspectos se parecían. Ella era tan botarate que, sin los consejos de Muti, no habría hecho inversión alguna, a pesar del dinero que pasaba por sus manos… A instancias de Muti compró el chalé en Otopeni, aunque ojalá no lo hubiese hecho… Pero cada uno tiene su destino; aparentemente nos lo labramos con nuestra propia mano, actuando a la ligera, pero yo creo que es el Señor quien permite que sigamos a ciegas por un camino ya trazado…

La verdad —pero a Vica no pienso decírselo— es que probablemente llegó un día en que ya no le importaba lo que hacía el tío Sandu, que ella, por su lado, tenía sus compensaciones. A Margot le gustaba el dinero; si no, ¿cómo explicarse que una mujer de su condición se dedicara a un oficio? Claro, su casa de modas era un negocio selecto, de clientela muy exclusiva, pero aun así, ¡qué ocurrencia! Otro marido se lo hubiera prohibido. ¿Acaso tío Sandu tenía ideas más liberales que otros hombres? La indiferencia que reinaba en su relación de pareja dejaba a ambos completa libertad de acción: eso era lo que les pasaba, según Muti. Pero yo soy más bien de la opinión de Niki. He llegado a la conclusión de que la dichosa casa de modas le servía a tío Sandu de pantalla para sus propios negocios, nunca del todo claros. Demasiado frecuentes los viajes de *tante* Margot, demasiado numerosos sus vínculos con casas de modas extranjeras… Y él, ¿cómo es que la acompañaba en todos sus viajes? ¿Cómo es que de pronto se comportaba como un esposo modelo, cuando en todo lo demás hacía tiempo que se había olvidado de serlo? Esto no se lo he confesado jamás a nadie, y por supuesto no a Vica, pues sería la última persona a quien confiaría yo semejantes sospechas… Con los tiempos que corren, cuanto menos se sepa de uno, mejor.

—Dígame, madame Delca, con toda confianza: ¿le pongo un dedito más de coñac?

—Pues sí, no dejo de mirar el reloj porque esta tarde debemos ir a una boda. Cuando se ha marchado Niki, le he advertido: ¡No se te vaya a olvidar que tenemos que ir hoy a la iglesia! Pero por su cara me ha parecido que anda muy liado. Después de pasar toda la vida con un hombre, con solo mirarlo adivinas sus pensamientos.

—¡Así es, así es! Apenas empiezo a aviarme, el bicho viejo comienza a revolverse en la cama y ¡porras!, cómo se me queda mirando. Pobre carcamal, de un tiempo a esta parte poca gracia le hace verme salir. Ya vas a largarte, ya vas a dejarme solo, repite. Cuidado con llegar tarde, que me pones los nervios… Para que vea: regresaba yo un buen día de casa de Niculae, arrastrando mis pies de vieja, y ya eran las

tantas. De pronto, en la esquina de casa, me doy de narices con el bicho viejo: ¡había salido a buscarme! Es que ya no aguantaba esperarte de brazos cruzados, pues me dio por pensar si no te habría arrollado un tranvía. ¡Madre mía, qué cosas se te ocurren!, le digo. Si vuelves a llegar tan tarde, me responde, no te dejo salir nunca más. ¿No ves cómo me late el corazón? ¡Anda ya, bicho viejo!, le digo yo. Pero no era mentira, menudos martillazos le daba el corazón. ¡Qué miedoso se ha vuelto de mayor! ¡Venga, hombre, ahora te mueres del susto, pero llevas toda la vida machacándome, que a gruñón no te gana nadie! Deja, que los hay peores, me dice, que si no, cómo hubiéramos aguantado cuarenta y nueve años juntos. Que Dios os dé otros tantos a usted y al señor Niki. Tiene razón, no quita usted la vista del reloj, ya la estoy viendo desde hace rato; se está poniendo igual que mi viejo…

—Es que estoy pensando que no tendré tiempo de descansar un rato. Bueno, no tenemos por qué ir a la fiesta, solo a la iglesia. Clementa, ¿la conoce?, Clementa Vrabiescu, la suegra, se ha empeñado en que se celebre la ceremonia religiosa en Boteanu. La fiesta tendrá lugar en casa, solo un círculo restringido, mucha juventud y mucho jaleo. Los gastos corren a cargo de los padres de la novia, de modo que Clementa no ha podido repartir invitaciones. Al menos, esa excusa ha puesto para justificarse. Yo, por mi parte, la entiendo perfectamente y estoy de acuerdo. Niki, menos, ya sabe usted cómo son los hombres, nunca hacen ascos a una juerga… De modo que, hasta que llegue Niki, no tiene por qué darse prisa, madame Delca…

¡No te preocupes, que prisa, ninguna! No pienso ahuecar el ala. Además, con este endemoniado coñac, tengo las piernas como un flan; así que ni aunque quisiera podría moverme. Y tú no te dignas pasarme esos cincuenta leis… De modo que yo de aquí no me muevo, a ver si te vuelve el juicio, te dejas de chaladuras y me los das antes de salir a la calle. ¿Por qué no me los das ahora, si solo falta una semana, y así no tendrás que ir a Correos? Y de paso yo me ahorro la propina del cartero, que vive con la mano extendida. ¡Uf!, cómo me arde la cara, me estoy asando y me zumban los oídos. Mejor será que me tome un

hiposerpil, no vaya a darme un patatús, hay que ver cómo me zumban los oídos, que no sé ni dónde estoy y esa dale que dale con su cháchara. Por qué no se callará de una vez, que por eso el hideputa de Niki no aguanta estar en casa. ¡Con tal de no oírla, sale pitando!

—No, si preocupada no estoy… ¿Qué otra cosa le queda al pobre que los partidos de tenis y unos pocos momentos, como hoy, para una tertulia con los amigos? Imagínese lo que significa encontrarse de un día para otro jubilado, cuando se está en plena forma…

—¡Bah! El mío dio gracias a Dios cuando se libró del empleo. Ya me dirá usted qué ganas iba a tener de seguir levantándose a las cuatro y media de la madrugada, que a las seis comenzaba su turno, y luego, de estar congelándose en la parada de autobús. Ahora su único cuidado es esperar al cartero que trae la pensión; es mi única preocupación, dice él…

—¡Claro!, cualquiera en su lugar pensaría lo mismo, madame Delca, pero, si me permite, hay que entender que la situación no es la misma, para nada. No me cabe duda de que el señor Delca contaría los días para jubilarse, y razón no le faltaba al pobre hombre. A una cosa se había dedicado en su vida, y otra se vio obligado a hacer, no de viejo, pero sí ya bastante maduro… No es el caso de Niki. Y tampoco el del ingeniero Cristide… Desde hace treinta años lo veo salir a la misma hora, podría yo saber si mi reloj se atrasa o adelanta según su programa. Qué quiere, madame Delca: estudios de ingeniería y doctorado en Alemania, incluso creo que trabajó allí un tiempo, de ahí buena parte de los entuertos que padeció… Él no cuenta nada de esto, le basta y le sobra con lo que ha sufrido. Años enteros, después de salir de la cárcel, estuvo vigilado, esto me ha dado a entender. Trataron de engancharlo para soplón en la Securitate, pero él, hombre de honor, no se prestó a tal juego. Esto lo ha mantenido muy en secreto. Solo se lo ha confesado a ella, que se ha puesto a contárselo a medio mundo. Sí, ella es más simpática, pero él es i-rre-pro-cha-ble… Yo soy la única a quien dirige el saludo, cuando alguna vez nos topamos por la calle: tiene la impresión de que entre nosotros dos hay cierta comunicación… Eh, esto sí que tiene gracia, madame Delca. Qué idea, por favor. ¡Qué ocurrencia! No, Niki no tiene razón alguna

para tener celos, nunca la ha tenido. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué graciosa que es usted, madame Delca! ¿Un poco más de coñac? Un poquitín. Bueno, me pongo yo también una gota, ¿de acuerdo? ¿De qué hablábamos? ¡Ah, sí! Del ingeniero Cristide. Me confesó que se vio obligado a jubilarse, que a él le hubiese gustado seguir trabajando, pero con todas esas reducciones de personal… Usted no lo sabe, madame Delca, porque nunca ha sido lo que se llama empleada. Meses antes de su jubilación los otros ya estaban haciendo cábalas sobre quién iría a sucederle en el cargo… ¿Cómo que quiénes? Los compañeros, la dirección de la empresa, los que estaban al acecho de ese puesto. De modo que el pobre, aun en contra de su voluntad, tuvo que retirarse. Y me confió un día que, pese a que se esperaba que la adaptación psíquica sería difícil, comparada con la realidad cualquier predicción se queda corta.

—¡Rediós! Pues que le pase a mi marido su jubilación, y ya verá como se las apaña. Ya verá como da las gracias y menea la cola. Pues, lo que es él, hasta sería capaz de perderse el partido de su equipo en la tele con tal de dar buena cuenta del dinero. Volaría a la pastelería de la esquina, a empacharse de empanadas y refrescos, y luego volvería a casa cargado de Dios sabe qué pamplinas de regalos, que esto me ha hecho toda la vida. De no tener yo mano firme, toda la pensión se evaporaría. Lo malo es que he sentado cabeza demasiado tarde. Razón no le falta a la fisgona de mi cuñada. Vica, me dice, ¿cómo es que, con tanto dinero como ha pasado por vuestras manos, no tenéis ni una casita propia, una seguridad para la vejez…? ¡Y es la pura verdad! Él, manirroto, gastando a espuertas para presumir de generoso; yo, por mi lado, repartiéndolo a medio mundo, que si a los hermanos, que si a los sobrinos, con la mesa puesta para el que entrara en casa, ¡y ay de él si se le ocurría criticármelo, que le sacaba los ojos! Es un refunfuñón, pero en este punto, nunca rechistó. Así es como seguimos en esa barraca, para castigo de mis pecados, acarreando leña o carbón, ya sea invierno o verano, desde el extremo del patio, y encima teniendo que tragarme las chabacanerías de esa desagraciada de la dueña de la casa…

—¡Déjelo, madame Delca, no se me ponga así! No le ha ido mejor

porque así han sido los tiempos, y también su hado. Yo pienso, querida, como le he dicho hace un momento, que cada uno tiene su destino. ¡Cuántos no han tenido terrenos y propiedades, y se los ha quitado el Estado! ¡Cuántos no murieron en la calle, mientras en sus casas se refocilaban los advenedizos! ¡Cuánta gente no ha tenido que ahorrar para poder comprar su propia vivienda por segunda vez! ¡Deje de darle vueltas a lo que pudo haber sido y no fue, que bastante hemos tenido que aguantar todos, madame Delca, todos sin excepción… Bueno, exceptuando a los canallas, ¿quién de nuestra edad no ha sufrido? Somos una generación del sacrificio, diría yo… ¡Dos guerras, fortunas malogradas, terremotos, arrestos, cárceles llenas, terror y miseria…! Cuando pienso en el invierno del cincuenta y dos, ¿se acuerda de ese invierno terrible? Nos pilló sin combustible para el fuego… Y ese invierno espantoso fuimos con Muti al depósito de leña. Nos dejaron recoger virutas y astillas, lo que pudimos cargar en un trineo. Escarbamos en la nieve hasta que se nos entumecieron las manos, días enteros las tuve agarrotadas, hinchadas y doloridas… Pero Muti, la querida y sabia Muti, como la madre de los Gracos, nos daba ánimos: estamos viviendo para apoyarnos unos a otros, no se cansaba de repetir, y no tenemos derecho a pensar en la muerte. Aunque para nosotros eso sería lo más fácil, tenemos que pensar en el dolor que causaríamos a los que nos perdieran… De modo que, madame Delca, Dios le dé larga vida, que tiene para quien vivir. Sepa que los sentimientos cuentan más que las posesiones, ¡créame! Así que su generosidad no ha caído en saco roto. ¿Dice que ha pasado mucho dinero por su bolsillo, que hubiera podido comprarse una casita? Muy bien, pero, sin ir más lejos, ¡cuánto no tuvo Margot! Y acabó en un sótano…

¡Pobrecilla, en qué estado se hallaba al final! Llevaba una gorrita afelpada de niña, rosa sucio, calada hasta las cejas! ¡Con el terrible bochorno de aquel julio, y ella con su gorrita en la cabeza! Menos mal que no metí la pata insistiendo en que se la quitara. Ah, sí, Muti me lo había advertido… Muti me previno que no me sorprendiera de verla tan desmejorada, o del color de su rostro… Tenía un color blancuzco

amarillento, como de parafina… ¡Dios mío! ¡Qué enfermedad más espantosa…! Pero ella, ¡cómo pudo haberse descuidado tanto! Una mujer inteligente, culta, que no fuera al médico sino hasta el último momento… Cuando cualquier gota de sangre después de la menopausia es sospechosa… ¿Cómo pudo dejarse así, hasta que empezaron los dolores? Y las radiaciones la acabaron de rematar, le quemaron la piel, se le cayeron los dientes, el pelo… ¡Pobre *tante* Margot! Puede ser que algo hubiera sospechado, pero no quiso pasar de la cárcel directamente al hospital… Puede ser, ¿no? ¡Sería incomprensible…!

—¿Qué ha preguntado, madame Delca? ¿Que cuándo se marchó el marido de Margot? Antes del cuarenta y siete. ¿Por qué las abandonó a ellas aquí, a Margot y a Riri? A partir del cuarenta y siete ya no pudo sacarlas. No, Margot no lo supo hasta el último momento. Créame, es la pura verdad. ¡Margot nunca lo supo!

Mírala, no se lo cree. Nadie cree, nadie ha creído jamás que Margot no estaba al tanto de los planes de evasión de su marido, salvo quienes suponen que él no le contó nada por temor a que ella lo denunciara. Y eso no es verdad. Tenía la costumbre de no darle las malas noticias hasta el último momento. A lo mejor sucede algo imprevisto, a lo mejor las cosas dan un vuelco inesperado y todo se arregla; ¿para qué amargarte entonces con malas noticias anunciadas de antemano? Así se excusaba. Sí, bien podían valer esas disculpas en el caso de alguien con una profesión tan estresante como la suya. Estoy convencida de que no fue por temor a que Margot lo denunciara por lo que mantuvo la boca cerrada hasta el último momento.

—La última noche que pasó en casa, le soltó sin más ni más que iban a separarse para siempre. Le dejó claro que no iba a escribirle, porque eso más bien la perjudicaría. Así se despidió y, en efecto, no volvieron a verse nunca más. Alguna que otra vez daba señales de vida, a través de alguien, pero enviar cartas o paquetes como otros, nunca. ¿Que si le guardaba ella algún resentimiento? No, ni se le pasó por la cabeza, madame Delca. ¡Nunca le culpó Margot por haberla abandonado! Demasiado había cavilado él hasta decidirse, demasiado, dado el riesgo que corría aquí… me parece estar oyéndola. Y si

alguien intentaba criticarlo, Margot adoptaba un aire molesto y cortaba en seco cualquier discusión sobre el tema…

¡Pobre Margot! La gente tiene la costumbre de herirte cuando estás viviendo una situación difícil… Y qué sentido tendría contarle ahora a alguien como Vica lo que tuvo que padecer Margot, todos aquellos interrogatorios en la Securitate, donde convocaban también a Riri, tratando de sonsacarles algo… Por supuesto que no pudieron sacarles nada, pues nada sabían.

—Margot se trasladó a Otopeni. Nosotros creíamos que quería cambiar de casa, pues la que ocupaba era demasiado grande, demasiado cara… Muti la hubiese reprendido duramente de haberse sabido que su verdadera intención era esconder al señor Ialomiteanu. Sí, es ese señor de la foto. Por supuesto, Muti lo conocía desde su juventud, y no le caía en gracia. Como le he dicho, él había pedido la mano de Margot, pero le fue negada. Después de la guerra Alexandru Geblescu, el diputado más joven del Parlamento, era un partido mucho más atractivo que el señor Ialomiteanu, al que rodeaba una atmósfera bastante negativa porque durante la ocupación alemana había sido colaboracionista, uno de esos *filoboches*, como los llamábamos en aquel entonces… Los rusos nos habían abandonado como aliados, y entonces el gobierno, la familia real y todos cuantos pudieron, se refugiaron en Moldavia, en el otoño de mil novecientos dieciséis…

—¿Otoño? No, fue en invierno, ¡se lo digo yo! Se ve que usted se ha enterado de eso en los libros, pero lo que es yo, con estos mismos ojos lo vi todo. Me acordaré bien o no de las cosas, pero lo que viví de pequeña lo tengo clarito en mi memoria, como si fuera ayer… ¿Sabe usted lo cerca que se oían los cañonazos? ¡Diríase que estaban a dos manzanas como mucho! Mamá se quejaba todo el tiempo de que no podía pegar ojo a causa del estruendo y la preocupación por lo que aún nos esperaba. Tronaban los cañones también de día, pero una cosa es oírlos con luz, y otra a oscuras. A nosotros los críos, como andábamos haciendo barrabasadas todo el santo día, nos vencía el sueño apenas poníamos la cabeza en la almohada, pero madre se quedaba de palique con las vecinas hasta la madrugada… Y unas

veces decían que los nuestros habían dado una paliza a los alemanes y que al fin habría la paz, y al poco rato, que al revés, que ya están llegando los alemanes. ¿Que quién lo decía? Pues la gente, las mujeres del barrio, pero ¿qué iban a saber ellas? ¡Lo que sabían ellas también lo sabía yo, una niña de once años! En aquel entonces, de haber sospechado los pocos días de vida que le quedaban a mamá, no me habría despegado de su lado ni un instante, que no le faltara mi compañía, pero, como no lo sospechaba, pues a correr con los otros chavales todo el día por los descampados. Y una vez, con el loco de Niculae, llegamos hasta la estación de Obor, por eso me acuerdo de que era invierno, porque el viento aullaba, y hacía un frío que pelaba y caía aguanieve. Al salir de la estación, ya no caía aguanieve, sino nieve de verdad. ¿Quién sabe cuánto tiempo nos quedamos en la estación? Seguro que un buen rato. Los trenes reventaban de llenos como iban, nunca había visto nada igual. Un mogollón de gente, en las escaleras, en las cubiertas de los vagones; a unos se les veía solo la mano, a otros solo una pierna, algunos sacaban la cabeza por las ventanillas porque dentro se asfixiaban. ¡Cuántos no morirían espachurrados! Eso decía luego la gente, que habían fallecido mujeres y niños, de calor, de frío, de tifus, quién sabe de qué murieron antes de llegar a donde querían llegar. Y si estiraban la pata, ¿quién iba a bajarse para enterrarlos? Cuentan que los arrimaban a la ventanilla y los arrojaban al campo. Cierto o no, yo así lo compré y así se lo vendo. Yo solo pongo la mano en el fuego por lo que vieron estos ojos: amontonados unos sobre otros en el tren, y en el andén un gentío desesperado, personas que lo habían dejado todo para huir a Moldavia, y no había dónde poner un pie… Y mojados hasta el tuétano, pobrecitos, y nosotros pululando entre todos, de acá para allá. Y de repente damos con un tren de mercancías: los vagones abiertos, y en ellos no puede imaginar lo que había, solo cosas de lujo, que nos quedamos boquiabiertos. Sofás de terciopelo, sillones, mesitas apiladas unas sobre otras, barriles de vino, espejos, jaulas de pájaros, utensilios de cocina, sombrereras, alfombras enrolladas, ¡qué de tesoros! ¡Qué de cosas caras, tiradas a la buena de Dios! ¡Cuánto dinero desperdiciado! ¿Quién lo aprovecharía? Y qué sería de todo

eso, si en la misma estación ya había un palmo de nieve encima. ¡Qué desperdicio, qué despilfarro, madame Scarlat! Solo ahora lo pienso, con mi cabeza de mujer que ya ha vivido bastante. Entonces simplemente me quedé patitiesa, que nunca había visto cosas tan buenas. Y mientras estamos allí se oye un estruendo tan brutal que pensé yo que había llegado el fin del mundo. Porque a las bombas ya estábamos acostumbrados, pero aquello era otra cosa, algo mucho peor. Al poco tiempo corrió la voz de que habían volado el polvorín, de ahí el horrible estruendo que llegaba desde Dudesti. ¿Qué sé yo quién fue? Los nuestros, los alemanes, ellos sabrán quién lo hizo volar, pero me acuerdo de que iban pregonando que el arsenal había explotado. Y nosotros, qué voy a decirle, corriendo a casa. La pobre mamá nos buscaba por todo el barrio, con Sile en brazos y los gemelos agarrados a sus faldas. Y cuando llegamos sanos y salvos, ni le cuento la tunda que nos dio. A lo mejor por eso tengo tan presente hasta hoy los ríos de gente en la estación… ¡Y todos enloquecidos…!

—Claro, vivirlo es diferente, no cabe duda. La forma más rápida de salir de Bucarest era que te enviaran oficialmente, porque, al partir el gobierno, también se trasladaron las instituciones. Se necesitaban allí funcionarios de apoyo. Bien, solo quienes tenían contactos en las altas esferas podían ponerse a salvo e irse a trabajar en Moldavia. Pero ¿quién gozaba de tales privilegios? Incluso nuestra familia se quedó aquí, como la suya, y tantos otros que tuvieron que aguantar la ocupación… ¿Durante cuánto tiempo? Creo que un par de años. Y en el dieciséis el señor Ialomiteanu entró en la nueva administración. Debió de creer, como tantos, que los alemanes se quedarían aquí para siempre. Lo cierto es que después del dieciocho, cuando volvieron los nuestros, durante un tiempo todos lo miraban con mucho recelo. ¡Pero pronto se rehabilitó! ¿De qué se le podía acusar? Se contaba entre los sospechosos de ser uno de los primeros confidentes a sueldo de los alemanes. Pero nunca se hicieron públicos los nombres de quienes se decía que se habían vendido al enemigo, todo se limitaba a rumores. ¡Aunque pruebas sí había! Mire, por ejemplo en Iasi, durante el éxodo de los refugiados, se descubrieron por casualidad en una cajafuerte los documentos secretos de un agente alemán llamado Günter… Sí, creo

que Günter… ¿Y qué ponía en ellos? Pues los nombres de los que habían colaborado con él y las sumas abonadas a cada uno… ¡Por supuesto, todos rumanos! Y algunos nombres muy ilustres, sí señor… ¿Cómo no creer en algo así, madame Delca? ¿Por qué iban a ser invenciones? ¿Le parece que cosas como esas no suceden en la vida real, que solo se ven en las películas? Pues no. Permítame decirle que está equivocada. Lo lamentable es que esos documentos secretos no se dieran a conocer, aunque, claro, es lo que suele ocurrir. De modo que toda esta historia quedó en simples rumores… ¿Y cómo acusar a alguien solo a base de rumores? Lo que sí recuerdo es que ese tal Ialomiteanu tras la guerra dejó de ser recibido en nuestra casa, por haber sido un alto funcionario y diputado bajo la ocupación. Papá contaba que, después de que el gobierno y el rey se refugiaran en Iasi, cuando de un momento a otro se esperaba la entrada de los alemanes en Bucarest, el señor Marghiloman,[28] debe de haber oído hablar de él, es el que estuvo a la cabeza de los que defendían que participáramos en la guerra al lado de los alemanes. Pues si nunca ha oído su nombre, lo está oyendo ahora. Marghiloman, digo, se vio súbitamente asaltado por toda clase de gente. Tenía la sala de espera siempre llena. ¡Los que en los últimos años lo habían evitado, los que ni ocasión habían tenido de conocerlo, los que lo habían calumniado o incluso atacado directamente se apiñaban para pedirle ayuda! Papá se indignaba al contarnos esto. El señor Ialomiteanu provenía de una familia de Buzau, influyente en su día, y de allí conocía a la señora del político. ¿Por qué no iba a acudir él también a Marghiloman, como otros tantos, en un momento tan crucial? Según la opinión de Margot, así se explicaba que hubiera hecho carrera bajo la ocupación. Lo que no necesariamente quiere decir que fuese una persona dudosa… Pero no parece muy interesada en la política, madame Delca.

—¡Bah! ¡A la porra la política! Cuando vemos las noticias, le digo a mi viejo: Por qué no la apagas de una vez, vaya ganas de gastar las lámparas de la tele y tener que soltar otra vez cien leis al ladrón del técnico. ¡No me diga que a ese Ialomiteanu lo tuvo Margot escondido en Otopeni! Cuando su señora madre me mandó a casa de Margot cargada de damajuanas para el vino, no sabía con quién podía

toparme. ¿Dice usted que madame Ioaniu no estaba enterada de nada? ¡Y yo que la maldije porque podía haberme metido en un buen lío!

—No, Muti ni sospechaba que Margot hubiera amparado al señor Ialomiteanu tras la partida del tío Sandu. ¡Se llevó un gran disgusto cuando lo supo! ¡En su opinión Margot había cometido un error imperdonable! A él, por otro lado, no le tenía confianza ni estima, pues ya le he contado cómo actuó durante la guerra. Y Muti era patriota, como papá, y no deseaba la alianza con Alemania, sino con Francia, para que recuperásemos Transilvania. Durante la ocupación Muti trabajó en los hospitales como enfermera. Hubo muchas damas que asumieron esa tarea, pero pocas se la tomaron tan en serio como Muti. Salía de casa a las cinco de la madrugada, aún a oscuras, acompañada de madame Ana, para estar presente en el hospital a la hora que se pesaba el azúcar y las raciones para los heridos. ¡Bien sabía ella cómo se robaba! Durante un tiempo fue a las residencias de ancianos, donde habían instalado a los enfermos de tifus exantemático. Contaba que llegaban los pobres soldados con piojos hasta en las pestañas y las cejas. ¿Qué podía hacer? Les mandaba a lavarse. Utilizaban unas tinas de madera llenas de agua con pesticidas que luego arrojaban con los piojos a los albañales. ¡Como que no iba a ser peligroso! ¡Pues claro que lo era! ¿No murió acaso una amiga de Muti, una señorita de muy buena familia, Marie-Liliane Botescu? Contrajo el tifus y falleció. Igual que su madre, Vica. Muti contaba que se habían hecho unas cofias de seda, porque por la seda no suben los piojos… En los hospitales faltaba de todo: petróleo para la calefacción, gasolina para los generadores eléctricos, algodón, vendas, todo… Hacía tanto frío que los médicos operaban con los abrigos puestos, a la luz de las velas… Por eso papá le prohibió a Muti que siguiera yendo al hospital, sobre todo después de la muerte de la señorita Botescu. Pero Muti, aunque muy afectada por la pérdida de su amiga, no quiso renunciar a su labor social. A papá no le quedó más remedio que aceptar; de todos modos, casi enseguida los alemanes lo tomaron como rehén. Alguien, no se sabe quién, denunció que era amigo de Jorj Athanasiu, el ministro liberal. En sus arranques de ira, Muti culpaba de la delación al señor Ialomiteanu. Porque, la verdad, papá

nunca estuvo muy metido en política. ¡En cambio otros, que se daban golpes con el puño en el pecho gritando a tomar Transilvania, a tomar Transilvania, y hasta habían publicado en la prensa libelos ofensivos contra los alemanes, ahora declaraban que siempre se habían opuesto a la entrada en la guerra y se paseaban orondos por las calles! Como ve, eso sucede desde siempre. En cambio papá, a causa de su enfermedad y de su propio carácter, apenas se había manifestado…

—¡Y justo él tuvo que pagar los platos rotos!

—Por eso creo que alguien lo delató. Pero ¿quién pudo ser?

—Gente mala, ¿quién si no? Como esos que denunciaron al Lavaberzas, el hermano de padre. Llegaron los alemanes y fueron directos al cobertizo que se había hecho él en el patio. Sacaron la leña y empezaron a cavar hasta que dieron con una bóveda de ladrillos, una suerte de sótano que el mismo Lavaberzas había construido para esconder los sacos con todo lo que tenía en la tienda: panes de azúcar, arroz y lo que quisiera que tuviera metido en aquella cueva. ¿Que quiénes corrieron la voz? Los vecinos, si no, ¿quiénes? Los vecinos que se enteraron de que la había construido. Los alemanes se llevaron los sacos y todo lo demás, y a Lavaberzas preso… Y lo soltaron solo después de año y medio…

—Me acuerdo de un episodio que solía contar papá… Fue en el dieciocho, cuando los alemanes se preparaban para retirarse a toda prisa y la gente esperaba a los nuestros y a los franceses. Papá fue un día, no recuerdo exactamente por qué motivo, a la Kommandantur; tal vez acudió para presentar alguno de esos certificados médicos por los que se le permitía permanecer en casa, bajo arresto domiciliario, porque su enfermedad se iba agravando. Papá hablaba muy bien el alemán, pues había hecho parte de sus estudios de filología romance en Alemania, y se puso a conversar con un oficial germano al que probablemente presentaba siempre los certificados. Mientras conversaban, el oficial clasificaba unos documentos. De pronto empezó a sacar los cajones de los archivadores, uno tras otro. Desbordaban de papeles. Luego los vació en medio de la habitación. Mire, le dijo al fin, señalando con la punta de la bota el montón de cuartillas escritas con toda clase de caligrafía. Mire, le dijo a papá,

todos estos papeles son denuncias. ¿Cómo no tomar rehenes, con tantas denuncias recibidas de los vuestros, de los mismos rumanos? Y sepa usted que la mayor parte ni siquiera se ha tomado en consideración. Esto le confesó el oficial. Papá no vivió lo suficiente para ver cómo la situación del señor Ialomiteanu mejoraba poco a poco, hasta que al final ya nada se le reprochaba… Más tarde se casó con una feúcha, de una familia de baja extracción pero adinerada. La fortuna y las relaciones que tenía la esposa al parecer lo ayudaron a recobrar de algún modo cierta influencia. Desconozco qué tipo de política practicó. Creo que pro alemana. De modo que con Antonescu[29] su posición no sufrió retroceso alguno… Más bien al contrario, estoy convencida de que hasta progresó. Por lo menos de Antonescu se acordará, digo yo. ¿Recuerda que estaba usted con nosotros, durante la rebelión de la Legión?

—Ah, sí. Me acuerdo de esos a los que fusilaron y dejaron tirados en la colina de Tacalie, y estaba prohibido levantarlos… Y al marido de la Chata lo detuvieron y lo mandaron al campo de concentración, y hay que ver la angustia que pasó la Chata hasta que lo vio volver. Pero él me contó luego que en el campo hacía tableros y figuras de ajedrez, de madera, de pan, el diablo sabrá de qué, y los cambiaba por cigarrillos y otras cosas que los otros recibían en sus paquetes. La Chata también le mandaba algo, y gracias a eso no le fue tan mal. Pero luego volvió a caer preso, y por lo mismo; cuando lo descubrieron los comunistas, eso más tarde, y lo mandaron un tiempo a cortar juncos en el Delta del Danubio… Esta segunda vez sí que las pasó canutas, según decía…

—Sí, a muchos les ocurrió lo mismo. Incluso a inocentes… Como a Margot… Estoy convencida de que escondió al señor Ialomiteanu solo porque se había quedado sola y desorientada…

Sus ojos se habían vuelto enormes en un rostro del tamaño de un puño…

«¡Por favor, no te molestes», le grité al ver con qué dificultad abría la puerta del aparador… Y luego ese bol de *lokum*… Me parece estar viendo los cubos verdes, rojos, anaranjados de gelatina de frutas,

duros como piedras y espolvoreados de azúcar también endurecida… Era evidente que los tenía guardados solo para los invitados… Guardados quién sabe desde cuándo… Con solo hacer ese mínimo esfuerzo se quedó rendida. Se sentó en la mecedora, que ni siquiera se movió, tan poco pesaba. Después me pidió que sacara los vasos del aparador y el agua fría de la nevera.

«Tenemos agua fría. Cada dos días Riri trae hielo», me dijo. Y era verdad: mi prima lo compraba porque Margot usaba siempre bolsas de hielo para detener sus hemorragias… Quién sabe qué efecto desastroso le causaron esas bolsas. Pero no quiso renunciar a ellas mientras estuvo consciente…

Busqué en el aparador y saqué unos vasos cubiertos de polvo; comprendí entonces que ninguna visita había puesto el pie en esa casa. Desde que se habían instalado allí no habían tenido ocasión de usarlos… Los limpié con unas servilletas amarillentas y, no sin dificultad, mordí un trocito de gelatina tiesa… Me dolieron los dientes… Ella se disculpó por no poder acompañarme, pues no tenía pizca de apetito… Yo sabía por Muti que hacía tiempo que no probaba bocado, de modo que no insistí… Para alegrarla me puse a hablar del tío Sandu, qué guapo era y qué hombre tan encantador, y ella pareció animarse… Me contó que en la primera guerra, cuando él era un joven teniente, le dejó un mapa militar, que colgaron en el saloncito y en el que marcaban con banderitas primero el avance del ejército rumano y luego la retirada. Respecto a la huida de Geblescu, me di cuenta de que su versión se había modificado levemente: él había arriesgado la vida al marcharse tan tarde, en el cuarenta y siete, porque no soportaba la idea de separarse de su esposa y su hija. ¿Sería verdad? No puedo entender, sin embargo, cómo una persona tan sagaz y precavida como él no salió del país a tiempo, cuando las fronteras aún estaban abiertas, llevándose a su familia…

Como hicieron tantos otros…

¡Pobre Margot! A todo hecho un tanto turbio encontraba una explicación poco convincente pero con un tinte sentimental. Porque ¿a qué se debió que tío Sandu escapara tan tarde? Quién sabe. Una sola cosa es cierta: se había percatado a tiempo de que Alemania iba a

perder la guerra, a cuyo término él desempeñó un papel por el que esperaba ser recompensado. He aquí una posible explicación de su demora, pues, por otro lado, no faltaron las ocasiones propicias para sacar de Rumanía a Riri y a *tante* Margot. ¿Confió hasta el último momento en que las cosas tomarían un rumbo menos desfavorable? ¡De un tiempo a esta parte me inclino a pensar que cada uno de sus gestos era premeditado! Es posible que hasta su imagen de manirroto fuese falsa, ya que un día Margot dio con un cuaderno donde él había apuntado todos los gastos. Evidentemente, en clave, solo con iniciales… No en vano había sido durante un tiempo ministro del Interior.

—Pero ¿qué está haciendo, madame Delca? ¿Busca algo?

—Es que no sé dónde he dejado mi talega, necesito tomar un hiposerpil, que estoy como abrasada y la cabeza me da vueltas…

—No se preocupe, que las bebidas fuertes no son malas para la tensión. Y si está mareada, aguarde un momento, que voy a preparar otro café… Para usted uno corto y para mí uno largo, y me fumo otro pitillo. Venga, tomemos el cafetito y ya verá como se siente mejor, y entretanto seguro que aparece Niki.

—¡Deje, madame Delca! ¡Deje, que ya traigo yo la bandeja…! Creo haberle contado que, mientras vivió papá, este era el salón donde se servía el té… ¡Ahora ya no se parece en nada! El viejo salón lo dividieron en dos habitaciones. Con su espíritu práctico, Muti decidió que, después de casarme yo, las dos familias siguieran aquí, los unos en el primer piso, los otros en la planta baja. Sus ingresos no eran suficientes para considerar la compra de una casa nueva. Lo que hizo fue habilitar esta para los famosos inquilinos, que también contribuyeron en gran medida a los desperfectos. Mire allí, sí. Y también al otro lado. En vano trató Muti durante mucho tiempo de negociar con Petruta, en vano la invitaba a conversar y a tomar un café, cuando conseguía algunas cucharillas. Entre nosotras, eso no tenía ningún sentido, porque Petruta no sabía valorar un buen café. No había empezado la moda de beber café en tazas grandes en las oficinas… Me parece ver a Muti, que decía con mucho tacto: la mesita

con las ruedas y ese aparador que está en su habitación son recuerdos de mucho valor para mí… Si pudiera tratarlos con un poco de cuidado… De hecho quería pedirle que no vuelva a colocar encima las botellas de aceite, los platos chorreando agua y las cacerolas recién sacadas del fuego.

—Esa Petruta debía de ser como la mona que, aun vestida de seda, mona se queda…

—Pues sí… ¡Pero no crea que se mordía la lengua! Usté es como mi madre; la de veces que le aconsejo yo: tírelos madre, al diablo con todo, ¿no ve que son inservibles y ni limpiar se puede con tanto cacharro? Está bien, está bien, dice mi madre, pero al final siempre se sale con la suya. Verá usté, así son los viejos, pegados a todo lo que tienen en casa, que si esto les trae recuerdos de no sé qué, que si lo otro de no sé quién… Se podía pensar que soltaba ese discurso por falta de educación, pero no, ¡qué va! Es que saben cómo cerrarle la boca a uno, haciéndose los tontos, fingiendo ser más brutos de lo que son. Tienen una suerte de astucia que hace las veces de inteligencia. Lo mismo su marido, a quien, de todos nosotros, solo Muti parecía caerle bien; se hacían sus bromitas los dos, él la llamaba «mamá grande». Puede ser que Muti se le impusiera cuando tuvo aquel acceso de desesperación al enterarse de la muerte del tío Jorj… Por otro lado, vaya usted a saber si de verdad le caía bien o simplemente cumplía con su obligación. ¡Tal vez imaginaba que quedaba alguna información por averiguar e intentaba sonsacársela! Y, sin embargo, al final se marcharon y aquí estamos nosotras en el viejo salón, donde al parecer yo, de pequeña, hacía todo tipo de trastadas. Decían que iba corriendo a empujar la mesita con ruedas que traía madame Ana para servir el té. No sé si llegó usted a conocerla… Había envejecido y estaba destrozada. ¿Sabe cuál fue su tragedia? Que su hijo Spiridon fue hecho prisionero por los rusos en el cuarenta y dos. Y ella nunca dejó de esperar que volviera… En la primera guerra, qué suerte, había caído prisionero de los búlgaros. Pasó hambre, frío, tuvo fiebre tifoidea, disentería, estuvo en un lazareto… Y pese a todo salió con vida…

—Claro, uno se salva si no le ha llegado la hora…

—A él, pues, no le había llegado la suya. Cuando regresó, al principio pensaron que era un mendigo: estaba escuálido, harapiento, una sombra del que había sido. Reinaba entonces el caos, la guerra se estaba acabando y los alemanes se marchaban, en tanto que las tropas aliadas se acercaban, ¡una fiesta extraodinaria! La gente invadía las calles, día y noche, con flores y banderas, ardían los pertrechos almacenados, que los alemanes incendiaban al partir, por doquier se vendían por cuatro chavos objetos robados de las casas. La gente cantaba, gritaba de alegría, pues estábamos esperando a los nuestros… Por supuesto, todo esto lo sé de oídas…

—En cambio yo sí lo viví y lo recuerdo muy bien. ¡Qué locura hubo en el barrio…! Una noche entraron a robar en la tienda del Lavaberzas. ¿Quiénes serían…? Se llevaron todo y, antes de largarse, le prendieron fuego. ¡Ni le cuento la que se armó! La gente salió con sus cubos para apagarlo, echaban agua y más agua, y las llamas se extendían y eran cada vez más altas, como si le tiraran gasolina en lugar de agua. Temíamos que ardiera todo el vecindario y que muriésemos achicharrados como ratas. ¡Qué susto nos llevamos, pobres huérfanos! Que nos había amparado una vecina…

—Sí, recuerdo que me contaron que fueron muy agitados aquellos días. Policía no había, ejército tampoco, por todos lados jolgorio… La gente se echaba a las calles muy temprano ondeando la bandera tricolor, cantando… Papá salió también, no podía, siendo tan patriota, no compartir la alegría y el entusiasmo de la población. Mirad, ha llegado al fin el amanecer de Rumanía, gritaba a voz en cuello, y de la emoción le subió la fiebre. Aun así, cogió su bastón y su sombrero y se marchó. Se rumoreaba que los franceses ya habían llegado y que nuestro ejército estaba a punto de entrar en la ciudad. El pobre papá volvió tarde, todo desaliñado, sin sombrero ni bastón… Es que habían aparecido unos alemanes, hubo una escaramuza y papá (¡el héroe!) se escondió en un portal. Y en casa solo había mujeres, y vieron a un andrajoso rondando por ahí. ¿Qué hacer? Darle una limosna, pero ¿así se marcharía? Que nadie se mueva, que piense el mendigo que la casa está abandonada. Es que en esos días, como bien ha dicho, madame Delca, todo el mundo vivía con el temor a los saqueos, y a que la

gente de las barriadas invadiera las casas más acomodadas. A los tumultos. Pero nada de eso sucedió. Pues bien, ellas, angustiadas, estaban cavilando si convenía o no correr a echar el cerrojo de la puerta de la calle. El otro, por su lado, temía entrar, pues bien podía dar con alemanes alojados en casa. Después de la guerra Spiridon se puso a trabajar de funcionario, porque había acabado sus estudios en la Escuela Comercial. Se casó con una señorita que trabajaba en la compañía de teléfonos y tuvieron un hijo… El pobre crío murió cuando los americanos bombardearon Bucarest, en abril del cuarenta y cuatro, y este fue otro duro golpe para madame Ana. Ella vivía con nosotros, era una más de la familia. Spiridon, al parecer, ni se enteró de la muerte del niño, porque ya había caído prisionero por segunda vez. ¿O lo supo? Sí, me parece que sí se enteró… Sí, sí, haciendo cuentas, el bombardeo fue el cuatro de abril, en tanto que la guarnición de Iasi fue apresada el veinticinco de agosto o incluso a comienzos de septiembre… Sí, madame Delca, se había firmado ya el armisticio con los rusos… ¿Y qué? ¿No ha oído hablar de casos de personas a las que detenían los rusos cuando iban tranquilamente por la calle y no volvían a aparecer sino después de muchos años? ¿No sabe lo que pasó cuando entraron los rusos, en el cuarenta y cuatro?

—¡Rediós! ¡Cómo no iba a saberlo! Todas las mozuelas se embadurnaban la cara con hollín y se arrebozaban para parecer viejas, pues ya sabían lo que les esperaba si caían en manos de los rusos. ¡Y yo misma! Tuve que cerrar el postigo de la tienda y apagar todas las luces para que los rusos esos pensaran que en casa no había nadie. ¿Y usted cree que se lo tragaron? ¡Íbamos listos! ¡La noche entera estuvieron golpeando la puerta con la culata del fusil y dando gritos en su lengua! ¡Qué follón! ¡Qué jaleo! No pegamos ojo hasta el amanecer, y por la mañana me arrodillé ante todos los iconos y di gracias a Dios por habernos librado del mal. Pero, qué va, seguían allí plantados, y al verlos decidimos abrir. Dijo mi marido: ¡Ábreles y dales de beber! Paguen o no paguen, déjalos pasar y ponles algo de beber, y que nos dejen en paz. Y yo abrí, después de esconder todos los relojes, no fuera a meterse alguno en la sala y los encontrase. Al final no se metió ninguno, pero en buen apuro nos vimos. Mi marido

llevaba siempre reloj de pulsera y, como era verano, le había quedado la señal por el sol. Estaba todo moreno, negro como el carbón, pero le quedaba esa huella blancuzca. Y no se lo va a creer, pero el ruso se plantó a su lado, pistola en mano, y no se movió durante un par de horas. Apuntándole y repitiendo sin parar *davai chas, davai chas*.[30] Yo, por mí, se lo hubiera dado, y que se fuera por donde había venido. Pero mi marido, cabezota, ¡más terco que una mula! ¡No daba su brazo a torcer! Con señas le explicaba que ya lo había vendido, regalado, y el ruso, nanay. A su rollo: *davai chas*… ¡Y blandiendo la pistola! Y yo, que por aquí y que por allá, y que este mundo y que el otro…, y a hinchar de bebida al ruso, y a rondar a su lado, y a engatusarlo, pero el ruso nada, ¡requeteporfiado el hombre: *Davai chas*! Y, quién iba a decirlo, en el momento menos pensado vienen dos sujetos armados, con su jefe delante. Traían fusiles, metralletas, ellos sabrían qué más traían, y de repente el ruso se pone blanco como la cera. Suelta la pistola, mientras el ogro del jefe se abalanza sobre él, le dice algo en su lengua, se lo llevan y desaparecen; y si usted los volvió a ver, yo también…

—¿Quiere decir que lo trincaron los suyos?

—¡Pues sí! ¡Con estos mismos ojos los vi! Pero a esos otros, ¿quién les habría avisado? Puede que los nuestros, la gente del vecindario, que todos me querían, todos me apreciaban, y a cuántos no fié yo… Eso sí lo sé, pero qué le pasó al ladrón, ni idea, él lo sabrá mejor. Unos decían que los fusilaban, otros que los azotaban con las correas de los fusiles…

—Lo de los relojes bajo la ocupación rusa… Han quedado tantas anécdotas… ¿Se acuerda del pobre Tanase,[31] Salió al escenario con un montón de relojes en las muñecas y colgadas del cuello, y él: *Tic Tac*, llevándose el dedo a los labios. Y luego el cuplé: *Duro fue con «derdiedas» y peor con «davai chas»*.[32] ¡Qué de dramas trajo la guerra! Y el tiempo ha pasado y se han ido olvidando…

—Así es. La vida sigue y el tiempo todo lo arregla. Esto se lo decía yo también a madame Ioaniu…

—Sí, el tiempo no se detiene y luego nadie se acuerda de lo sucedido, salvo el pequeño círculo de amigos y conocidos. Así nos

enteramos de algunas cosas sobre madame Ana. Cuando terminó la guerra, todos volvieron a sus casas, menos su hijo. Ella empezó a desmejorar, iba de mal en peor. De pronto se derrumbó. Se volvió como una criatura.

—Sí, sí, de eso cómo no me voy a acordar… Dormía en la salita de arriba, en la buhardilla, y por todos lados hedor de meadas Pues el pipí de los niños huele a leche, mientras que el de los viejos apesta más que las meadas de gato. De nada servía el hule que le puso debajo madame Ioaniu, que el tufo lo había calado todo. Lo que es yo, ni por todo el oro del mundo la hubiera tenido en casa. Cuando menos te lo esperabas, aparecía ella en camisón, con los tres mechones desgreñados en la cabeza (solo eso le quedaba) y sus ojos de sapo… ¡Dios mío, si te topas de noche con semejante espantajo, te quedas tieso! ¡Sofiíca, Sofiíca!, llamaba a madame Ioaniu, ven a cambiarme, que estoy to'a cagada… Pero, por el amor de Dios, cómo es que siguen teniéndola aquí, por qué, si ni para ella ni para usted esto es vida, le dije una vez a madame Ioaniu. Llévenla a la residencia, donde sea, pero sáquenla de aquí. ¡Pobrecilla!, me respondió. No puedo, que ella me crió. Yo en su lugar hubiera salido pitando. Una día, cuando volví a pasar por aquí, estaba Leana, la lavandera, y me contó que madame Ana había estirado la pata, la enterraron y sanseacabó. De modo que al final, no lo sé, ¿la llevaron o no al asilo de ancianos?

—No, no la llevamos. ¿Cómo íbamos a dejarla tirada? Muti siempre decía: uno nunca sabe qué fin le espera. Y qué mujer más hacendosa era madame Ana, que había cuidado de siete casas, y hay que ver cómo quedó al final. Muti era quien más se preocupaba por ella, y yo, por supuesto, la apoyaba, sobre todo ante Niki, pues ya sabe usted que los hombres son más cómodos. Él era de su mismo parecer, pensaba en términos prácticos, pero nosotras la tuvimos aquí, y aquí murió la pobre madame Ana. Y, aunque trastornada, qué se cree, hasta el último momento siguió esperando a su hijo. Decía que estaba segura de que vivía, que lo sentía… Por supuesto, nadie le hacía caso. Sin embargo, desmáyese, como al año de morir madame Ana recibimos una visita. Un hombre que, al verlo por la ventana (bajo, robusto, entrado en años), nos intrigó, porque miraba a hurtadillas a derecha e

izquierda, sin atreverse a tocar el timbre. Seguía en la misma actitud misteriosa cuando lo invitamos a subir. En esa época vivíamos apelotonados en la buhardilla y no nos hacía ninguna gracia recibir gente en tales condiciones; encima él nos tuvo en ascuas sin aclararnos quién era y qué quería, se limitaba a preguntar detalles sobre madame Ana. Era un teniente del ejército de Iasi. Él y Spiridon habían estado en el mismo campo de prisioneros y también coincidieron en trabajos forzados, en la misma mina. Antes de separarse, destinado cada uno a otro campo, a otra mina, intercambiaron señas y se prometieron que el que recuperase la libertad y volviese al país iría a llevar noticias a la familia del otro. Solo entonces nos sentimos más aliviadas, pues estábamos muy tensas. Porque en aquellos tiempos, diga usted si no es verdad, madame Delca, había quienes, al saber que alguien tenía a uno de los suyos en la cárcel, intentaban aprovecharse: un almuerzo, alguna prenda, hasta dinero les pasaban algunos, pues habrían dado cualquier cosa por una buena noticia. Otros eran agentes de la Securitate, enviados a sonsacarte cosas; eso pensamos de ese señor, y por ello Muti y yo nos mostramos muy desconfiadas al principio… Luego, como le decía, nos quedamos más tranquilas, y él nos contó que en la dirección que le había dado Spiridon, la de su familia, no había encontrado a nadie. En efecto, la mujer de Spiridon se había vuelto a casar…

—¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Estar sola como una lechuza? Como si estando así fuera a conseguir que él volviera. Casándose tendría al menos un marido, una familia…

—Sí, usted siempre tan práctica… Pero no crea que todo el mundo es así…

—Y si hubiera muerto ella, ¿no se habría vuelto a casar él? Los hombres muy deprisa vuelven a rejuntarse. Sin ir más lejos, el hermano de mi vecina Reli vivió treinta años con su mujer, y a los tres meses de enterrarla se trajo otra. ¿Qué otra cosa podía hacer, madame Delca?, le daba la razón Reli. ¿Acaso no le hace falta quien le lave y le planche? ¿Puedo hacerme cargo yo de él? Apenas puedo conmigo misma; ¿no ve que ya tengo mis añitos?

—Eso pensó también la mujer de Spiridon. Razón quizá no le falte,

pero por lo que a mí se refiere, madame Delca, estoy convencida de que no tendría fuerzas para hacerlo… ¡Otro marido, otro hijo! ¡Dios me libre, no! Pero ella sí que fue capaz. Escuchando a aquel hombre sentimos algo más de confianza y lo invitamos a almorzar con nosotras. Tuvimos que insistir mucho para convencerlo de que se quedase. Hablaba en voz muy baja y miraba inquieto a un lado y a otro. Sabiendo que estábamos vigilados en nuestra propia casa, no le hicimos preguntas. Durante la comida contó lo que él quiso; ¿quién se atrevía a preguntarle, cuando por una palabra que se escapaba daba uno con sus huesos en la cárcel, y durante muchos años? No queríamos meter al pobre hombre en quién sabe qué líos. Y, en efecto, sobre la vida en cautivero guardó silencio. Algo nos refirió de los campos por donde había pasado: primero el de Roman, donde, tras los prisioneros de guerra, metieron a unos campesinos. Los campesinos contaron que el cura del pueblo los había convocado a una asamblea política, y de allí los llevaron a todos derechos al campo. Los trasladaron luego a un campo donde había alemanes y húngaros, al principio unos mil trescientos, pero cuando llegaron los rumanos solo quedaban trescientos cincuenta, los demás habían muerto. Él y Spiridon hicieron buenas migas con un húngaro, un arquitecto ya mayor, de unos sesenta años, alto, con bocio. Había ido con su mujer al teatro y a la salida los cogieron los rusos y les dijeron: señoras casa, señores *siudá*.[33] A menudo me lo imaginaba: alto, bien afeitado, con su abrigo de cuello de pieles, sombrero elegante y en los dedos, un habano… Los hombres… *siudá*…

—¡Eh, eh! Que de cosas así yo también he oído hablar. En nuestra calle hubo también uno que volvió de allí en el cuarenta y nueve o el cincuenta y uno, bastante tarde. Decía que más de uno se había quedado en Rusia. Casados con una rusa, con otros hijos, ¿para qué iban a regresar ya…? Por eso digo que fueron tontas las que esperaban, mientras ellos… ¡Que así son los hombres…!

—¡Pobre gente, madame Delca! Como si por gusto estuvieran allí… Creo que Spiridon es uno de esos… Yo he oído de uno que no apareció hasta el sesenta y nueve… Trabajaba en una mina, cerca de la frontera con China. Y allí creían que la guerra no había acabado. Pues, como

sabe, hubo ciertas escaramuzas fronterizas, los chinos entraron en Rusia, y entonces ellos decidieron volver a casa. Esta historia la sé de otra fuente, no del amigo de Spiridon. Nuestro visitante se iba relajando, se reía solo. Tenía un poco de barriga, era, como quien dice, *trapu*; sentado en la silla con las piernas separadas, reía y se arreglaba el cabello, un solo mechón, los cuatro pelos que le quedaban, y los pasaba de un lado a otro para cubrir su calva. Los mejores años de su vida ya se habían ido, había regresado hecho casi un viejo…

—¡Le digo que ya he oído hablar yo de esas cosas! ¿Y sabe de quién? De la Cristide… Qué manera de rogarme, pásese por casa, que tiene que venir sin falta, madame Delca, que me gusta su compañía, como cuando está con Ivona y con la señora Ioaniu. Yo no me decidía, que clientas tenía bastantes. Solo fui un par de veces, nada más. Llegaba yo, llamaba al timbre de la puerta, una, dos, diez veces… Llama que te llama; como hoy, aquí, dale al timbre, y nada. Al final, cuando ya estaba a punto de marcharme, de pronto oigo: ¡Entre, por favor, y disculpe, madame Delca! ¡Pues que te disculpe Satanás! Que estabas, so gandula, pedorreando en la cama hasta el mediodía. Pues entro, y ¡todo en tinieblas…! A tientas, iba tropezando con todo, con mesas y sillas; iba tanteando las paredes para encender la luz, pero entonces ella lanzó un alarido de endemoniada. ¡Noo!, grita la loca. ¡Ni se le ocurra, por el amor de Dios, madame Delca!

—¡Ah, sí! Madame Cristide tiene la costumbre de dormir hasta el mediodía. Tiene insomnio por la noche, desde la menopausia, pero no quiere tomar ningún remedio, y solo al amanecer logra conciliar el sueño. Por eso cierra todas las ventanas. La oscuridad es buena para los nervios, para el insomnio…

—¡Ya sé para qué es buena! ¡Para la haraganería! Ese cuento se lo tragará usted; para mí, esa está oscuras para que no vean lo desaliñada que anda… No la habré visto yo por casa con unos zapatos que daban lástima y con un camisón que más bien parecía un trapo, tan sucio que ni para fregar suelos servía… ¡Vamos, madame Cristide, abra de una vez esa máquina de coser!, le digo yo. Hala, tráigame lo que hay para remendar. Y ella hace un poco de luz en su dormitorio y

empieza a empolvarse la cara. Al verme detrás de ella, deja de pintarrajearse y se pone a rebuscar en armarios y cajones. ¡Tenía unos nervios! Estaba que estallaba, que no le había dejado tiempo para pintarse. Reapareció con un montón de harapos en los brazos y me los colocó en los míos. Viendo lo endiablada que estaba, me callé la boca y ya no dije nada más. Tenía la cara tan empolvada que ya no se veía mortecina, pero sí parecía un payaso de circo. ¡Cómo le colgaba la piel del cuello! Y cejas ya no le quedaban… Luego corre de nuevo al tocador para seguir retocándose. Y empieza a hacer muecas frente al espejo, mire, así: se torcía y se retorcía…

—¡Ja, ja, ja! ¿Qué cree usted? Intentaba saber cómo estaba mejor…

—¡Ni se figura lo que me trajo para remendar! Solo trapos podridos, telas gastadísimas, que apenas tirabas de ellas se deshilachaban. Yo las hilvané y zurcí lo mejor que pude, pero seguro que a la primera lavada todo reventó. ¡Lástima tanto trabajo! Entonces me dije para mis adentros: ¡hasta ahí podíamos llegar! ¡No, madame, no me volverá a engatusar! Por no hablar de la comida, ¡huy! una miseria, pero eso sí, para el palique no hay dos como ella, la muy cotilla, que cuando salí de allí me zumbaba la cabeza, los oídos, todo… Y qué de cosas, no dejó títere con cabeza, habló de todo el mundo…

—No me diga, madame Delca. ¿Le contó algo de nosotros?

—Me habló del cuñado de los de la esquina, que fue un jefe legionario[34] y huyó del país cuando se retiraron los alemanes, pero cayó en manos de los americanos, y esos, por su lado, lo entregaron a los rusos, y los rusos lo llevaron a su tierra, y terminó deportado en Siberia. Ah, ¡vaya película, *La balada de Siberia*! ¡Cómo me hizo llorar! Estaba yo traca, traca en la máquina de coser y tarareaba la dichosa balada. Cristide dijo que en Siberia a ese cuñado lo ataron a la yunta para tirar del arado. Y que en el cincuenta y cuatro, cuando regresó, ella misma le vio las marcas que le había dejado la yunta. A mí que me maten, madame Cristide, pero esto no me lo creo, y ella que sí, que sí, que ese le había enseñado las señales que traía en la espalda. ¡Vete a hacer puñetas!, rezongué para mis adentros. ¿Y tú qué le enseñaste? ¿El conejo?

Ivona abre la puerta y el sonido del reloj de péndulo atraviesa la semioscuridad del vestíbulo. Ambas cuentan las campanadas, Vica desde su silla e Ivona de pie, con los ojos puestos en el viejo reloj del aparador. Un reloj con la esfera esmaltada de azul, bordeado de un encaje dorado. Doradas son también las manecillas y los números romanos de las horas.

—¡Las dos!

—¿Las dos? ¡Imposible! No puede ser que sean tan solo las dos, no ha contado bien…

Ivona sale, se oyen sus pasos presurosos por la escalera. Al volver, coloca sobre el aparador un despertador ruso, cuyo sobresaltado tic tac inunda de pronto el aposento.

—¡Ah, este sí que es un señor reloj! Uno de estos tengo yo también en casa. ¡Cuando suena, te levanta hasta de la tumba! El otro solo sirve de adorno.

—No, madame Delca, que todavía funciona. Pero a veces se para sin motivo aparente, o se atrasa aunque se le dé cuerda.

—Un reloj antiguo, qué más se le puede pedir. Puede que siga siendo precioso por fuera, pero por dentro apuesto a que es una chatarra. Esas máquinas duran lo que duran, pero al final, para la basura.

—¿Cómo que para la basura? Los relojes antiguos valen tanto como las joyas, madame Delca.

—Bueno, para la basura es un decir. Mejor llevarlo a una tienda de antigüedades por si alguien lo quiere comprar. Que si no, ¿de qué sirve? ¡Ocupa espacio y nada más!

Ivona da cuerda al reloj de péndulo, con los labios apretados por la concentración y el disgusto. No tiene las gafas puestas. Al dejarlo sobre el aparador ve las marcas que han dejado sus dedos en el polvo. Se dirige a la cocina, regresa con un paño en la mano y empieza a limpiar el mueble. Clava de nuevo la mirada en el reloj.

—¡El reloj de mi infancia…!

—Mire, sigue quedando polvo ahí, en esa esquina, y más allá. A mí me pasa igual, si no me pongo las gafas, estoy como ciega y dejo la mugre sin limpiar cuando paso la escoba. ¡Quedan los bigotes de la

suegra…! ¿No lo sabe? Así se dice, que las pelusas sin barrer en los rincones son las barbas y los bigotes de la suegra…

—¡Estoy hasta la coronilla del bendito polvo! ¡Cada día me cuesta más, créame, hacer frente a todo…! La casa es grande, madame Delca, y sobre todo vieja; no se ha hecho ninguna obra desde hace años y hoy día es dificilísimo mantener algo así.

—¡Mándela al cuerno y múdese a un edificio de viviendas!

—¡No me salga con la misma cantinela que Niki! No crea que no me ha dicho ya que vendamos la casa y, con el dinero, compremos un pisito de dos habitaciones…

Ivona coge un cigarrillo de la cajetilla y enciende el mechero con una sonrisa forzada: el recuerdo le desagrada.

—De un tiempo a esta parte —le había silbado entre los labios, para que Muti no se enterara de que estaban discutiendo—, de un tiempo a esta parte pareces dispuesto a liquidarlo todo en unas horas. Casa, familia, pasado…

—Así son los tiempos, ¿qué quieres?

Su risa inquieta, la mirada esquiva, como siempre que se hace una alusión a esa persona, cuyo comportamiento parece imitar cada vez más…

—Así son los tiempos que nos ha tocado en suerte vivir, y ya deberíamos empezar a adaptarnos. ¡Por Dios! ¡Que debamos discutir siempre por lo mismo…!

Lo único que ha conseguido ella con la alusión y su estallido es que él se dirija hacia la puerta. Pronto se oirán sus pasos por el vestíbulo. Extenderá la mano para coger la bolsa de deporte y la raqueta de tenis colgadas del perchero. Y ella se quedará sola luchando contra el conocido sentimiento de ira y humillación; después de haberte impuesto durante años una conducta discreta, no puedes dejar que te venza ahora la desazón.

Inmóvil, trata de resistir el inexplicable pánico que la domina. Los sofocos le encienden las mejillas y, mecánicamente, comienza a rascarse los brazos, el cuello, sin importarle agravar así su extraña alergia. Desde hace más de un año atraviesa una etapa difícil, y él, que se da perfecta cuenta y debería ayudarla, se muestra indiferente como

siempre. Nunca la ha protegido; por el contrario, durante los años más duros para ella, tuvo a bien abandonarla. Y ahora le propone que vendan la casa, en la que se han invertido años de vida y de anhelos. No puede ser sino idea de esa eminencia gris, que desde hace mucho desea un automóvil: con la diferencia de dinero él atendería su capricho, y entonces se le vería en casa aún menos que ahora…

—De hecho, no estoy pensando solo en mí, sino en Muti y en ti, que estáis martirizándoos con la leña para calentar la casa… Quiero que tengáis una vida más cómoda. Todo el mundo ha optado ya por una mayor comodidad…

—¿Llevar a Muti a vivir en un edificio? Si es lo que más detesta. Que nos pongamos en manos de esos, a su merced, pendientes de si quieren encender la calefacción o no…

—Bueno, bueno, hay ventajas y desventajas…

Su risita irónica, al tiempo que, palpándose los bolsillos, comprueba si tiene las llaves. Y la exasperación de ella, que la vuelve patética. Ridícula.

Su voz socarrona. Las manos hundidas con indolencia en los bolsillos de la chaqueta, mientra adelanta un pie; solamente fuera se notarán los ojos congestionados de Niki, que de pronto empiezan a lagrimearle.

—¡Acabar con todo el pasado en veinticuatro horas! Como si no supieras de los fuertes vínculos sentimentales que tenemos con todo esto… ¡Enterrarse en uno de esos barrios donde uno ni puede decir que vive en Bucarest! ¡Que vayan a vivir allí los advenedizos, que acaban de instalarse en la ciudad! Pero nosotros hemos vivido en esta calle, en esta misma casa, desde hace cien años, y cien años algo significan para… Pero para ti, qué va, no significan nada. ¡A ti solo te oigo decir que hay que adaptarse!

—Vamos, no te pongas así. ¡Montas un dramón por cualquier cosa! Qué manía la tuya de exagerar… Renunciamos a la idea, ¡y en paz! O seguimos hablando de ella en otro momento.

Y, segundos antes de que ella encuentre la réplica adecuada, antes de que empiece a echárselo todo en cara, él cruzará el vestíbulo y tenderá la mano para coger la bolsa de deporte del perchero… Justo

ahora, cuando ella ha logrado dejar a un lado toda su reserva, llevada por este brusco enfado que ha vuelto su voz estridente y ha puesto lágrimas en sus ojos, justo ahora él se niega a discutir y se larga. Lo conoce muy bien y sabe que esperará otro momento, más propicio, para volver a la carga. ¿Habrá hablado antes del tema con Muti? ¿Habrá dado Muti su consentimiento a semejante proyecto? Irá a preguntárselo, pero no ahora, sino más tarde, cuando haya recobrado la calma.

«Por favor, ¡a mí no me vengas a hacer escenas! ¡Tus pataletas, a otro lado!»

No quiere oír su voz autoritaria y despectiva, interrumpida por un ataque de tos ronca de fumador. Sin dejar de toser, Muti continuará quitándose con acetona el esmalte de las uñas; cogerá su cigarrillo, a punto de apagarse en el cenicero, dará una calada y desenroscará el tapón del frasquito de esmalte rumano, rojo y barato. Se pintará las uñas con esmero, una y otra vez, limpiando con rapidez la pintura que no ha quedado bien con un poco de algodón que tiene a mano. Sus movimientos son precisos, medidos, aunque no lleva gafas: últimamente su vista ha mejorado.

Luego, para que se le seque el esmalte, empezará a agitar las manos nudosas, de piel fina, amoratada y pecosa sobre unas venas hinchadas, en algún momento levantará la cabeza y mirará a su hija con su habitual expresión sin pizca de asombro, discretamente reprobadora.

Se pasea con pasos veloces, cada vez más veloces, por el comedor que un día fuera el salón. Está tan irritada que un tic nervioso le contrae la comisura de los labios y siente que le palpitan las sienes. Querría gritar, golpear las puertas, llorar a gritos, azuzada por la ira que está creciendo en su interior, junto a este bochorno sin motivo. ¡Qué bochorno tan insoportable! En cambio tiene los pies fríos como el hielo. Niki se ha marchado, se oyen sus pasos, tan conocidos, por el adoquinado del patio y a ella le dan ganas de abrir la ventana y llamarlo. Que vuelva inmediatamente para aclarar de una vez por todas las cosas. Pero no lo hace, continúa paseando por el comedor, rascándose con sus uñas duras, afiladas, de corte ovalado. Por la puerta abierta llega desde el vestíbulo el tictac del reloj de péndulo, y

ella se rasca aún más deprisa, hinca las uñas con creciente placer doloroso. Marcas rojizas, sangrantes aquí y allá, sobre la piel blanda y blanca de los brazos, en las piernas largas, lechosas y resecas, que aún conservan su elegancia a pesar de las venillas rotas que salpican la blancura de una piel que no ha visto sol desde hace mucho. Sus piernas largas, impecables, de antigua patinadora, de antigua jugadora de tenis, de antigua… El inexplicable sofoco se le ha pasado, ahora hasta tiene frío y oye el castañeteo de sus dientes. Se detiene, empuja una silla de respaldo forrado en cuero, se sienta, enciende un cigarrillo y aspira el humo con impaciencia. De pronto, desde lo hondo de su ser vislumbra lo que va a suceder. Es tan desagradable lo que ve —lo que ya sabe— que seguramente no es ella quien lo ha pensado, sino una mirada omnipotente y omnisciente que ha descendido en su interior. Palpa la certidumbre de lo que ha querido rechazar tras la partida de Tudor: que en adelante deberá asumir ella la tarea de Muti. Estará obligada a cuidar de la casa y los enseres, del mismo modo que de su propia persona también ella sola habrá de cuidar.

La vida junto a Niki será cada vez más difícil, su tendencia a abandonarla se acentuará y cada vez se mostrará menos dispuesto a asumir responsabilidades. No estará siquiera Tudor, cuya mera presencia contribuía a mantener cierto equilibrio. Al cabo de un tiempo tampoco estará Muti, quien ha ejercido su ascendiente con mucho tacto. Quedará ella sola con este hombre esquivo, egoísta, junto a quien, por desgracia, tendrá no solo que vivir, sino también que morir.

Tranquila, pues, tranquila subirá por la escalera de madera, llamará con cuidado a la puerta y se acercará al gran sillón de cuero, donde a esta hora, seguramentre, Muti se pinta las uñas.

—¡No sabe usted, madame Delca, la de veces que tuve que luchar contra ellos! Digo ellos porque, para mi sorpresa, Muti estaba de acuerdo. Sí, figúrese, que vendiéramos la casa y comprásemos un piso. O, mejor dicho, no se opuso a la propuesta de Niki, lo que venía a ser lo mismo: ¡dos contra uno!

—¿Qué debió de pensar madame Ioaniu, que era mujer con sal en la mollera? A lo mejor se dijo: como el chaval ya no vive aquí y vete tú a

saber a qué manos irá a parar la casa, ¿de qué sirve atormentarse por ella? Como nosotros: de haber tenido hijos, a lo mejor habríamos juntado algún dinerillo, que si hubiéramos tenido herederos no viviríamos ahora en esa barraca, aguantando las indirectas de la Chata, yendo a buscar leña, en pleno invierno, al otro lado del patio. Eso pensaría madame Ioaniu: que vivir en un edificio, como mi cuñada, es estar en el paraíso…

—Puede que eso pensara, la verdad es que no lo sé… Lo cierto es que Niki supo ganarse su apoyo. Poco a poco la convenció de que era por el bien de todos. Que yo tendría menos trabajo, lo que ablandó a Muti, que sabía de sobra que detesto la cocina y las demás tareas domésticas. Y ahora aguanto todas estas cargas, que cada día aumentan, pero no puedo separarme de esta casa. Le tengo apego, así como se lo tuvo Muti. Ya le digo, hube de enfrentarme a los dos, y no fue fácil. Me dolió tanto que Muti se pusiese del lado de Niki que, cuando nos quedamos las dos a solas, por primera vez en la vida le levanté la voz… Después me arrepentí; a la pobrecilla ya le rondaba la neumonía, pero ¿cómo iba yo a saberlo?

No lo supe hasta que llegó el médico, e incluso entonces me enfurecí con ella, como quien se enfada con un niño travieso…

—La neumonía es enfermedad de los viejos, te he dicho más de una vez que te cuides del frío. ¡Que vistas ropa de abrigo, que evites a la gente acatarrada, que tomes vitamina C, que bebas limonadas…

En su cara enrojecida por la fiebre, rodeada de su cabellera blanca sin peinar, sus ojos me parecieron de pronto de un azul aún más intenso… Tenía la mirada del que se siente culpable, porque en lugar de hacerme la vida más fácil, como cualquier madre que se precie, ella me la complicaba más de la cuenta…

—Durante su enfermedad, deliraba, se quedaba inconsciente. Una vez hasta la hicimos comulgar creyendo que se nos iba. Niki no estaba en ese momento y yo la sujeté con fuerza para que el padre pudiera darle el cuerpo y la sangre del Señor, pues hacía mucho que no podía tragar nada…

… ese momento de confusión en que, con las manos agarrotadas

sobre sus hombros delgados, sentí que había renunciado a oponerse. Ya no era la autoritaria Muti, sino una pobre niña a la que obligaban a tomarse un jarabe amargo… Y aquella escena, incluso hoy, me causa vértigo y me produce cierta impresión de artificialidad, pues ya la había vivido varias veces. El mismo sonido de la cucharilla contra los dientes apretados, las mismas palabras dulces, «venga, abre la boca, ni cuenta te darás y ya habrá pasado», como en las numerosas enfermedades infantiles de Tudor. ¿Quién era acaso esa criatura inocente, desvalida, más esmirriada e indefensa que un niño? En todo caso, no menos Muti. Se había convertido en otra persona… Y luego, esos momentos en que su mirada —extrañamente rejuvenecida, distante, misteriosa— me hacía vislumbrar un rostro joven, soñador, al que una mano todopoderosa, con extrema crueldad, había desfigurado…

—¡Pobre Muti! Tengo la certeza de que en esos días intuía que no iba a durar mucho, porque, al igual que los animales, la gente presiente a veces su fin… Yo no soy superticiosa, pero tras la muerte de Muti sucedieron un sinfín de cosas raras… En primer lugar, la puerta de su habitación se salió de los goznes. Luego este reloj se paró sin más. La cocina se llenó de cucarachas rojizas, que nunca habían asomado por aquí…

—¡Malditos bichos inmundos! Yo solo con queroseno las mantengo a raya, que si no ya invadidos estaríamos. Con la botella gorgoteando, voy regando en los rincones, pues conozco sus escondites. Solo la pava de mi cuñada frunce la nariz, que no y que no, que el queroseno huele. Bah, ¿y a qué te huele?, le pregunto. ¿A qué? ¡A queroseno! Deja que huela, le digo, que el olor del queroseno se va, y en él confío yo porque no deja ni rastro de esos bichos repugnantes. Que si no, ¿qué sería de mí en esa casa podrida de la Chata? Que toda la madera se desagaja de podrida como está…

—¿Queroseno, dice? Yo usaba los insecticidas del mercado, pero… ¡uf! Por el contrario, parecía que les sentaba de maravilla… Pero ¿qué está mirando alrededor? Parece que busque algo… ¿Qué se le ha perdido, madame Delca?

—¡Mi talega! Estoy buscando dónde la he dejado; quiero tomar un hiposerpil y un carbaxin, que con tantos cafés no vaya a darme algo… Deje, no se moleste, voy a la cocina a por un vaso de agua…

Vica deja la talega en la silla y camina hacia la cocina, encorvada, apretando en el puño las pastillas. Se oye el tintinear de un vaso, luego la puerta de la nevera. Vica vuelve, masticando.

—¿Ha tomado sus pastillas? ¿Ya está más tranquila? ¿Qué íbamos diciendo? Ah, sí, las cucarachas rojizas que aparecieron cuando Muti se nos fue. Estaba tan desesperada que aquel verano viajé para ver a Tudor, y cuando volví no había ni una sola. ¡Habían desaparecido! Este reloj se detuvo también poco antes de la muerte de Muti… Intenté ponerlo en marcha, ¡ni hablar! Luego no volvimos a pensar en él. Una vez, sin embargo, estábamos en el comedor Niki y yo tomando el café, como solemos hacer, y le di cuerda. ¿A que no sabe lo que sucedió? Empezó a funcionar normalmente. Desde entonces me inquieto cuando se para. Por otro lado, cuando lo miro revivo mi niñez. Tengo grabada especialmente en la memoria una tarde en que hubiese dado cualquier cosa por poder ver la hora. Me habían castigado a estar encerrada hasta las seis en mi habitación, que antes había sido el *boudoir* de Margot, una habitación atestada de cosas: un sofá cama cubierto de almohadones, taburetes, floreros grandes y pequeños, lámparas con pantallas de flecos, que a medida que oscurecía me parecían cada vez más sobrecogedoras… Y el espejo, ya sabe cuál digo, el del marco con incrustaciones de marfil… Un espejo en la penumbra es extraño, amenazador, ¿no le parece? Eso pensaba yo, que era una niña muy sensible. En el mismo momento en que la llave giró en la cerradura la habitación se volvió fantasmagórica. Habría dado cualquier cosa por poder ver la hora y saber cuánto me faltaba para salir. Y no me sacaron hasta que cumplí el castigo, porque en verdad era culpable…

—La verdad es que ya no sé qué actitud tomar con ella. Y la conducta que ha tenido hoy… ¡completamente anormal! Hasta anormal es su forma de jugar, la he observado: con tantas muñecas como tiene, prefiere jugar con las hojas, las mueve y no sé qué les

dice… De hecho habla sola…

Eran campanillas que formaban una cortina ante la ventana, y yo jugaba con sus hojas: en cada una distinguía caras de personas… Aquel día subí lentamente por la escalera y entré en el gabinete de papá, era la única que podía hacerlo sin llamar a la puerta, ¡y era consciente de ese privilegio! Apenas me hubo tomado en sus brazos, entró Muti, presurosa, sin llamar… ¡Me molestó que no la regañara! Espera un momento, por favor, me dijo papá dejándome en el suelo. Esperé, pero no un momento, sino largo rato, y empecé a perder la paciencia… Papá se había acercado rápidamente a Muti, la besó en la frente y luego se quedaron de pie, frente a frente, hablando. Estaba claro que se habían olvidado de mí. Yo daba vueltas alrededor de ellos, pero ni se percataban de mi deseo de que me hicieran caso. Muti tenía las manos enlazadas a la espalda mientras le contaba algo, muy inclinada hacia delante, muerta de risa. Miré largamente sus manos juntas, las palmas rosadas, los dedos de uñas hermosas, y de repente le clavé los dientes en el meñique, que estaba un poco separado de los otros. ¡Qué escándalo! ¡Muti llorando de vergüenza por tener semejante hija! ¡Todo el mundo se enteró y hacía comentarios! Y el pobre papá, que siempre estaba pálido, se puso colorado; la voz le temblaba. Se encontraba, por supuesto, en una situación muy embarazosa. ¡Un hombre tan inteligente, y no entendió que había sido un pequeño ataque de celos por él mismo…! Con la esperanza, probablemente, de restar importancia al incidente, daba vueltas alrededor de Muti consolándola, dándole la razón… Sí, hay que castigarla…, por supuesto, decía, y lanzaba alrededor miradas desesperadas, como si el culpable fuese él.

¡Qué abandonada me sentí! ¡Y qué vergüenza, difícil de borrar! Probablemente por eso seguí portándome muy mal, dirigiendo miradas malévolas alrededor, y no hubo forma de convencerme de que pidiera perdón.

—¡Caramba! ¡Mire, otra vez se ha parado!

¡Ya ha encontrado en qué entretenerse! ¡Cómo perder mejor el tiempo, con tal de no ir a buscar el dinero! Con lo inútil que es, que le

resbalan todas las cosas de la mano, dice que va arreglar ese reloj. Y mírala qué empeño pone. ¿Hasta cuándo seguirá ronceando?

—¡Deje el bendito reloj, madame Ivona! ¡No se devane más los sesos! Pronto llegará el señor Niki y se ocupará él… O el relojero…

No, si es como hablar con las paredes. ¡Dice que sí con la cabeza, pero sigue entretenida! Voy a esperar un poco más y luego se lo suelto de sopetón. Que bien sabe que falta una semana pa' lo del dinero y se hace la desentendida… Uf, y las tripas están que me lloran de hambre, están que trinan… Mira que no voy a estropear yo un mar de tripas sanas por una agarrada y avarienta que se pasa el día hinchándose de café y fumando pitillo tras pitillo, ¡y para colmo ahí sigue, vivita y coleando!

—¡Deje el dichoso cigarrillo, madame Ivona, que hace un momento ha apagado el otro! Tiene el demonio en el cuerpo porque no aparece don Niki. Le dé o no le dé al tabaco, los nervios no se irán, no.

—¡Vaya! Madame Delca, ¿cree que estoy hecha un manojo de nervios por la tardanza de Niki? ¡Pues se equivoca! En esta casa no nos impacientamos por el retraso del otro. Detesto esas familias donde el uno aterroriza al otro. Todo el mundo necesita tomar un poco de aire, respirar a sus anchas. No íbamos a estar como pichones, piquito con piquito, a estas alturas sería una aberración. No me dirá que no tengo razón, madame Delca.

—¡Eso mismo le reprocho yo a mi bicho viejo! Sal un poco por ahí, date una vuelta hasta el parque Cismigiu, a ver a los ajedrecistas, no te quedes empollando delante de la tele, todo el rato quejándote y gruñendo, pinchándome. Yo en su lugar, reventaría de estar todo el día metida en casa. Estoy lo que estoy, y luego me largo: un día a casa de uno, al siguiente a la de otro, a charlar un ratito, a enterarme de alguna que otra cosa…

—Hace bien, madame Delca, muy bien. De alguna manera tenemos que consumir la energía, porque todavía nos sobran fuerzas. Tenemos vigor suficiente, pero no hay muchas posibilidades de gastarlo: en las colas, en la compra y poco más. ¡Qué lástima! ¡No puede ser! Por eso pienso que al menos con el marido hay que mostrarse comprensiva, si el gobierno no lo es. Después de estrujado durante años y años, sin

ninguna satisfacción a cambio, ¿que no goce de un poco de comprensión al menos en casa? ¿Al menos de su esposa?

—¿Qué comprensión ni que ocho cuartos? ¿Acaso entienden ellos lo que es la comprensión? Los hombres, como los críos, solo entienden el miedo…

—Que no, madame Delca, un hombre, nos guste o no, tiene su personalidad. Yo, incluso de joven, así pensaba. Siempre he tratado de ser razonable y ponerme en el lugar del otro. Por ejemplo, intento adivinar lo que piensa Niki: aquí estoy, marginado, en la plenitud de la vida, reducido a la triste condición de jubilado. ¡Triste en sí misma, y peor aún en este país, madame Delca! Hasta ayer, para bien o para mal, aún eras alguien, la gente te buscaba, te pedía consejo. ¡Hoy no cuentas para nadie! Hasta los hijos te faltan al respeto, se avergüenzan si te quedas mucho tiempo con ellos cuando traen a sus amigos; están pendientes de lo que vas a soltar cuando abres la boca, no les vayas a hacer quedar mal… No había chico más gentil que Tudor, y sin embargo él también… En el ambulatorio esperas horas enteras, y cuando te llega el turno apenas te atienden, aunque en los análisis acaban de descubrirte una enfermedad que deberían tratarte… En los hospitales ni siquiera te miran, esa es la orden que tienen desde arriba. Los conocidos que antes no paraban de llamarte si necesitaban que les resolvieras algo ahora han olvidado tu número; ni en las fiestas, ni en las onomásticas se acuerdan de ti… Si ya no puedes hacer alarde de tu posición, ¡al menos que tuvieras fortuna! Antes la gente era más sabia, las herencias se repartían solo cuando el anciano moría. De modo que hasta el final mantenía su dignidad, estaba cuidado, velaban por él… Porque el dinero siempre impone…

—Pobre señora Ioaniu, ¡que en paz descanse! La de veces que me aconsejó: Tú, Vica, te sobren o no, pon unos cuartos aparte. Y por eso tengo ahorrados esos siete mil… Pero desde que vivimos solo de la jubilación, como bien dice usted, no hemos echado ni una moneda a la hucha…

—Bueno, con sus ingresos, ¡ahorrar siete mil es una verdadera proeza! Pero no crea que nosotros tenemos ahorrado mucho más para cualquier imprevisto. Y eso que tampoco es que tengamos muchas

diversiones que digamos. Ya estamos de vuelta de todo, antes de tiempo… En cambio en Occidente, cuando la gente se jubila, sigue teniendo muchas ganas de vivir. ¡Muchísimas! Decididos a desquitarse de todo lo que no pudieron disfrutar en la juventud por las limitaciones que impone el trabajo. Aquí también se trabaja, no lo niego, pero hay que reconocer que a un ritmo mucho más relajado. Allí están bien pagados, pero se esfuerzan de verdad; quienes han conseguido un empleo no se arriesgan por nada del mundo a perderlo. No es propaganda, madame Delca. Sin embargo, una vez jubilados pueden descansar, viajar por todo el mundo, porque no hay restricciones de ningún tipo…

—¡Bah! ¿Y de qué sirve dar vueltas por ahí? Para malgastar el dinero.

—¡Vaya, madame Delca! ¿Cómo que de qué sirve? Conocen cosas nuevas, adquieren cultura, se divierten…

—Ser un trotamundos de viejo no tiene ninguna gracia. ¡Aunque ni de joven me moría yo por andar de peregrina! ¿Pa' qué moverme, si todo se ve en la tele…?

—No nos confundamos, madame Delca. ¡Verlo por la televisión es una cosa, y verlo realmente, otra! ¡Además, moverse es bueno, nos rejuvenece! Es bueno para la salud física y mental. La gente de nuestra edad, en otros sitios, va a bailes, a verbenas…

—¡Solo faltaría eso! ¡Y que mi viejo perdiera la cabeza por una pelandusca! ¡Claro que fue un gran bailarín, y qué de valses bailábamos los dos de jóvenes! Todo el mundo hacía corro para vernos. Pero ahora, ¿cómo mover el esqueleto? Si lo que hacen los jóvenes, tú, un carcamal, ya no lo puedes hacer. Solo a la loca de Reli le encantaría ir de juerga, a coquetear con los hombres, pues, como dice ella, le hace falta un hombre, que el suyo a los cincuenta dejó de funcionar…

—No me refiero necesariamente a la vida sexual, madame Delca, aunque también en eso tienen en Occidente ideas muy distintas de las nuestras. ¡Increíblemente libres! Incluso a mí, a pesar de ser tan tolerante, a veces me chocan ciertas cosas…

—¡Pues que con su pan se lo coman! ¡Que lo que es diversión, no le

falta a la gente!

—Entiendo su reticencia, pero no me refería solo a ese aspecto. Pensaba en la vida de un hombre aún joven, que hace deporte, porque allí todos juegan al tenis, nadan, hacen montañismo… Sí, sí, ¿por qué no?, ¿qué hay de malo en eso? Permítame que disienta, madame Delca. O sea, que cree que es mejor vestir de negro, como un cuervo, ir a misas de difuntos y cuidar de los nietos, y que nadie te lo agradezca siquiera. ¿Por qué se ha de preferir ese modo de vida? ¿Por qué? Justamente en la vejez, cuando una se vuelve más fea, ¿no tiene derecho, acaso, a vestirse de una forma más coqueta, a ir a que le hagan unos masajes, un tratamiento de belleza? ¿Por qué no intentar mantenerse en forma, practicar un deporte suave…?

—¡Acabáramos! A mi marido, con sus ciento veinte kilos, ¡lo único que le falta es el deporte! ¡Qué mejor ejercicio que acarrear leña y carbón desde el fondo del patio o bajarlos al sótano! ¿Hay deporte más deporte que este? ¡Mi marido, por otro lado, no es capaz de atarse siquiera los cordones de los zapatos! ¡Así que lo que es yo, de mover el cuerpo tengo bastante! Otros no sabrán en qué entretenerse, pero a mí, si es por el ejercicio, ¡menuda falta me hace…!

¡Al demonio con tus chifladuras! ¿No ves acaso lo amarillenta que estás y cómo te has quedado en los huesos? ¡Vete al diablo con tus cosméticos y tus entretenimientos! ¡Deja en paz ese cacharro de reloj y corre arriba de una vez a por los cuartos! ¡Trae ese dinerillo, que me va a dar un desmayo por las punzadas que siento en la boca del estómago! Se me nubla la vista del hambre que tengo… Que yo, sosegada soy, pero cuando se me acabe la paciencia se lo suelto. Y si se lo suelto, ¿qué? ¿Quién sale perdiendo? Yo, ¿verdad? ¿Entonces?

—No, madame Delca, ¡que no y que no! ¡Está llena de prejuicios! Porque ¿dónde está escrito que el señor Delca deba pesar ciento veinte kilos a su edad? Perdóneme, ¡pero en esto se ha descuidado! La de veces que le repetíamos, tanto Muti como yo: nada de frituras, solo ave y carne hervida. Y el cerdo, a la parrilla, no frito en la sartén. No se lo tome a mal, por favor, le aconsejo como a una hermana: una dieta equilibrada y ejercicio. Nada de pasta, nada de pan, nada de sopa. Carne asada, fruta, ejercicio, que la vida sedentaria…

—Pero ¿qué está diciendo, madame Ivona? ¡Eso está por encima de mis posibilidades! ¡Le juro que hace tres meses que no probamos la carne! Si fuera por los ayunos que hacemos mi marido y yo, deberían ponernos en el calendario con los santos. Si comiéramos como dice usted, humo se haría la pensión en un par de días. Sin sopas, sin pasta, sin un guiso de patatas, de legumbres… esa es nuestra alimentación básica, y de otra forma no puede ser. ¡No puede ser y punto! Pues vivir dos almas con seiscientos cincuenta al mes, y encima el alquiler, la luz y el televisor…

—Sí, si me pongo en su lugar, ya veo que es más difícil, sí. No dejo de reconocerlo, por eso muchas veces le he dicho cuánto la admiro, madame Delca, por lo bien que sabe llevar su casa, con los modestos ingresos que tiene… Aun así, si al menos evitara las frituras, si…

—Pues vea usted que yo siempre he comido así y aún sigo viva. Y así le doy de comer a mi marido, y fíjese que no ha tenido nunca ninguna enfermedad. ¡Que ya se sabe que los flacuchos son nerviosos y enfermizos, y se les pegan todas las plagas y todos los males del mundo! Y ese régimen será para gente con dinero. Así se lo decía a madame Ioaniu y ella me daba la razón. Tienes razón, Vica, me decía. Que si dos tienen unos cuatro o cinco mil de pensión juntos pueden empacharse con lo que quieran, pero con seiscientos o comes patatas y pan o te mueres de hambre. Con unos cuatro mil puedes comprar carne, refrescos, fresas, empanadas, lo que te venga en gana…

—Sí, madame Delca, sí… Comparando la pobre pensión de su marido con la nuestra, puede tener la impresión de que nosotros… Pero en realidad la diferencia no es tanta como parece a primera vista…

Mira cómo son los patanes: les tiendes un dedo y te cogen todo el brazo. Yo la trato de igual a igual y me porto bien con ella, y se permite juzgarnos, calcular nuestros ingresos, porque así es la gentuza: anteponen el interés práctico a todo lo demás. No se pierden como nosotros en ideales, están siempre con los pies en la tierra y, les des lo que les des, nunca están conformes: encuentran normal que se les regale, como si fuese un deber, y les parece anormal que otro tenga alguna posesión. Está comparando tu jubilación con la de su marido,

como si debieras sentirte culpable por haber hecho estudios universitarios y tener más años de servicio. Nadie sabe mejor que yo lo que tuve que aguantar para conseguir esta triste jubilación. Yo no me permití el lujo de quedarme en casa, aunque hubiese encontrado algo en que ocuparme, y ella declarando a voz en cuello: que a mí no me ha gustado nunca que me manden. Pues bien, si no te ha gustado, ¡ahora con tu pan te lo comas!

—… Eh, madame Delca, coja nuestros ingresos y vaya apuntando en un papel los gastos y las obligaciones, y ya verá cuánto queda. Eche la cuenta: calefacción y mantenimiento de una casa tan grande; añada las llamadas telefónicas a Tudor y los paquetes, que cuestan una fortuna, porque por ahora seguimos ayudándolo; ponga los gastos de medicinas, y algún que otro arreglo (un par de zapatos, una prenda de ropa), alguna compra… Luego los compromisos, que a ningún sitio se puede ir sin una flor, un detalle, unos bombones… No, madame Delca, no vaya a creer que son pequeñeces, cualquier visita te cuesta alrededor de cincuenta leis. Claro que los damos con gusto, a los que apreciamos se lo ofrecemos de buen grado, pero, ya ve, los gastos se juntan. ¡Sumándolo todo, sale un buen pico! Pero, *à propos*, ya que ha venido, le daré hoy mismo los cincuenta leis para el mes que viene.

—¡Déjelo! ¡Déjelo! ¡Que a usted tampoco le sobra! Con esa retahíla de gastos que ha contado… Me los manda, cuando pueda, por correo…

—La verdad, me pilla un poco corta de dinero, ¿y sabe por qué? Porque hasta mañana no cobro la pensión, y en vísperas estoy siempre un poco apurada… Sabe que yo tengo mi dinero y Niki el suyo. Es lo más sano, para evitar discusiones. Compartimos, eso sí, los gastos comunes. De todos modos, podría coger los cincuenta de lo que tenemos ahorrado para la caldera del agua y, en cuanto cobre la pensión lo repongo. Niki ni se enterará…

—¡Deje, madame Ivona! ¡Ya le he dicho que lo deje! Si ya me iba, estoy recogiendo mi talega. Pa' qué tocar ese dinero, y luego tener que devolverlo, ¡menudo lío!… Me lo envía usted por correo, cuando pueda…

—¡No es ningún lío! Desde hace tiempo intentamos ahorrar para

comprar la caldera; todos los meses cada uno pone lo que le viene bien. El verano pasado Niki casi liquida todo lo que habíamos reunido con los gastos del viaje para ver a Tudor. En otoño empezamos a ahorrar de nuevo, y yo se lo dejé bien claro: es la última vez que lo guardas tú, porque siempre tienes la tentación de echarle mano. Y mira por dónde voy a ser la primera que …

—¡Déjelo, madame Scarlat, no lo quiero! ¡Ya me voy! Me lo manda cuando sea, cuando pueda…

—¡Vamos, por favor, madame Delca! Espere un momento, que le doy de una vez el dinero. Ahora mismo se lo traigo; después, si quiere, puede marcharse. Pero, por favor, mientras subo no deje de mirar el reloj… Compruebe si sigue funcionando…

Eso es, hay que cortarle un poco las alas, para que se dé cuenta de que se ha pasado de la raya. Para ponerla en su sitio y que entienda que tú haces un sacrificio a fin de darle ese dinero. Un pequeño sacrificio, pero que nadie más está dispuesto a hacer. Porque te ha colocado en la penosa situación de tener que excusarte ante ella. ¡A ti, que por pura filantropía te prestas a entregarle una pequeña paga mensual! Tiene razón Niki cuando dice: Esto que haces tú no es filantropía… *Tu te laisses faire*…

¡Y qué diría Niki si supiera que he llegado a justificar nuestros ingresos ante ella! Lo cierto es que he cometido un error, y no es la primera vez. Sí, eso me pasa por ingenua, por crédula. En esto Niki lleva toda la razón al afirmar que hasta una criatura podría engañarme. Ya hace una hora que vengo cavilando: ¿le daré el dinero hoy, antes de cobrar la pensión? ¿Lo sacaré del fondo para la caldera? ¿Se lo doy con una semana de antelación, a riesgo de que se acostumbre a venir todos los meses una semana antes? Pero si no se lo doy dentro de una semana tendré que ir a Correos… otra carga, otra tarea más. Al oír sus insolencias me he decidido: se lo doy de una vez, pero dejaré muy claro que no es un dinero fácil. ¡Que nos entendamos! ¡Que con este follón he perdido toda la mañana por su culpa! ¡Una mañana perdida! ¡Que se dé cuenta de que se le han subido los humos! ¡Porque yo le hablo de igual a igual, y ella me

responde como una bestia! Tantas groserías, y Muti se las soportaba; creo incluso que algunas veces hasta le divertían su manera de hablar y su modo de pensar, las ordinarieces que soltaba, pero no es mi caso, no puedo decir que eso me guste, más bien al contrario.

Ivona deja de nuevo el reloj en el aparador y sale de la habitación con el destornillador en la mano. Vica espera hasta que oye crujir el parquet del piso de arriba, luego rebusca en su talega, saca un carbaxin y va a la cocina. Regresa masticando. En una esquina de la mesa ve el viejo álbum forrado en cuero granate, se coloca las gafas y mira con desgana las primeras páginas. Se oye arriba una puerta que se cierra, después el crujido de la escalera bajo los pies de Ivona. Esta aparece y, sin pronunciar una palabra, le tiende un billete de cien. Vica se quita a toda prisa las gafas, deja el álbum abierto sobre la mesa y se acerca pesadamente a ella para coger el billete.

—¿Y esto? ¿Cien leis? Ah, pero yo cambio no tengo, ¿sabe? Voy a mirar en la talega, pero nunca me ha sucedido que tenga más de lo que guardo contado. Nunca me ha pasado olvidarme del dinero que tengo…

Coge la talega y saca su contenido, bolsas de plástico vacías, y después la cartera. Ivona tantea distraída con la mano en busca del paquete de cigarrillos; saca uno y lo enciende…

—Veeeinte leis, yo sé lo que traigo, veeeinte y algo suelto, nada más que eso… Pero ¿por qué está tan callada, madame Scarlat? ¿Está molesta por algo?

—¡Qué idea! ¿Por qué voy a estar molesta?

Ivona se levanta y mira los dos relojes: el viejo marcha, pero se ha atrasado cinco minutos. Con el cigarrillo en la boca lo pone en hora.

—Veeintitreés, veeinticuatroo… No, como le he dicho, no tengo cambio. Esto es todo lo que traigo. Que no sepa yo cuánto llevo conmigo, ¡imposible! Puedo olvidar cualquier cosa, menos esto. Deje, madame Scarlat, ya me lo mandará usted por correo; deje, que usted tampoco tiene, que ha tenido que cogerlo de los ahorros para la caldera…

—No, no ha sido del fondo para la caldera… Es del dinero de Niki…

¡Quién sabe cuánto tiempo pasará hasta que instalemos la caldera!… Cójalo, madame Delca.

—¿Por qué no van a instalar la caldera? ¿Cómo voy a coger yo un billete de cien, madame Scarlat? Espere, que voy a cambiarlo…

—¿Adónde va a ir?

—¿Cómo que adónde? Al hipermercado…

—Está cerrado hasta el lunes, hacen el inventario. No puede ir a ningún lado.

—¿Cómo no va a haber donde cambiarlo? No ha de estar todo cerrado. Voy al estanco…

—Son más de las cuatro, como puede ver, y a esta hora está cerrado. No le quepa duda de que si hubiera donde cambiarlo ya se lo habría dicho. Tome el billete de cien y en paz. Que sea para los próximos meses.

—Entonces le dejo estos veinticuatro y… cuando sea, vuelvo por aquí y me da el resto, y así se ahorra el giro postal… Vengo yo a buscarlo y…

—¡Ande, madame Delca, no deje nada! ¡Tome los cien! No me haga enfadar. Si le digo yo que lo coja, ¡cójalo de una vez! ¿Quién sabe qué puede pasarnos mañana?

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Por qué se ha puesto así? ¡No estaba así antes de subir!

—¿Cómo que no estaba así?

—¡Ande, que a mí no me puede engañar! ¡Si no la conoceré yo desde cría! ¡A mí no me venga con cuentos! Vamos, dígame qué le pasa. Que ya me voy, he cogido mi talega, pero ¿cómo me voy a largar dejándola así? ¡Al infierno con estos hombres del carajo! ¡Al infierno con ellos, que solo para guarradas sirven…!

Niki

—Aunque Niki hubiese prestado a alguien el dinero de la caldera sin consultarme, no pondría yo el grito en el cielo.

—Sabe que a los hombres no les gusta salir con los bolsillos vacíos. Ya verá, si se ha llevado el dinero, volverá con él. En el momento menos pensado oirá la llave en la cerradura… Y será don Niki. ¡Don Niki con el dinero!

—¿A quién se le ocurriría andar por la ciudad con miles de leis en el bolsillo? No, el dinero debe de estar por algún lado, en su habitación. Quizá metido en otro cajón, en un lugar distinto de donde solemos guardarlo. A lo mejor lo ha escondido para que no lo encuentre yo, por si me viene la tentación. No importa, ya he cogido los cien del dinero de bolsillo de Niki. Sé dónde lo guarda, aunque no acostumbro meter la mano allí. Claro que, si hubiera encontrado los ahorros para la caldera, habría preferido cogerlo de ahí, que ese es un fondo común. Aunque soy yo quien aporta la mayor parte porque soy la que menos gasto, que no salgo de casa tanto como él. Por otro lado, debo reconocer que soy la más interesada en comprar la caldera, por friolera. Cuando llega el invierno, ¡estoy que me muero! Otra vez a encender las estufas hasta mayo. ¡Que si la ceniza, que si hay que economizar la leña! ¡Y el carbón arde tan mal! Y lo peor de todo es el frío que hace en el baño…

—Y luego le extraña estar tan pachucha. ¡Y que se le pase ese montón de chorradas por la cabeza! ¡Ha cogido un resfriado, eso es todo! ¡Que entra a lavarse, y el baño está helado!

—¡Ojalá fuera eso, madame Delca! Bueno sería, pero no lo creo…

—Que sí, mujer, ¡en vano se le ha metido el diablo en el cuerpo!

¡Ande, sosiéguese de una vez! ¿Es que no se da cuenta de lo nerviosilla que está? A mí me ha pasado eso mismo un montón de veces, pero ¿quién iba a parar mientes? Que en nuestra casa no hay forma de cuidarse. Y es sabido que eso solo nos viene del resfriado.

—¡Que no, que no puede ser efecto de un simple catarro! Mejor dicho, no es por culpa de un catarro, querida Vica…

—¡Y erre que erre! ¡Si no sabré yo que lo que tiene es que ha cogido frío! Con este caserón tan grande y, veamos, ¿cuántas estufas tiene encendidas? ¿No lo ve? Eso es. Y cada dos por tres en el baño, a lavarse y venga a lavarse, deje, que bien conozco yo sus manías. ¿No siente así como unos picores? ¿No le entran unos escalofríos?

—No, no siento nada. Ni picores ni escalofríos, no tengo nada. Pero la verdad es que tampoco me encuentro del todo bien…

—Que se ha asustado, eso es lo que tiene. Que se le pasan gilipolleces por la cabeza. Que no tiene un buen día. Esta noche se pone un saquito con sal caliente sobre la tripa y una bolsa de agua en los pies, y unas bragas de esas gruesas, que hasta dos puede llevar. Oiga bien lo que le digo, ¡hágame caso! Que eso mismo me ha pasado a mí más de una vez. ¡Que el frío, ese que hiela, es el enemigo del hombre sobre la tierra! ¿No voy a saberlo yo, que apenas puedo dar un paso con estas siete pellizas que traigo? Por eso mi sobrino Gelu me llama abuela friolera. ¡Ay!, qué buen chico mi Gelu, listo, estudioso, tranquilo. Eso lo digo porque hasta hoy no le he conocido ninguna enamorada.

—¿Y cree que no tiene?

—¡Por Dios! Eso creo, pero ¿quién diantres puede estar seguro? Es callado. Su madre también, cerrada, muda, a ella se parece, pero algo tiene de mi hermano Ilie. El chico salió inteligente como él, y de buen corazón. Suerte tuvo el pobre Ilie de que yo, apenas me casé, abriera la tienda en la calle Coriolan. ¡Cuánto dinero manejaba! Metía la mano bajo el mostrador y sacaba para pagar el internado, porque Ilie estaba interno. ¿Para qué iba a hacer el viaje desde la terminal de Pantelimon hasta la Escuela de Comercio? Cogía los cuartos de la tienda, y a pagar los gastos de Ilie. ¡Cuánto me había peleado con papá para que lo mandara a la escuela! ¡Y él, que yo dinero no tengo,

que de dónde voy a sacarlo! Y si te digo que no tengo, ¿qué quieres que haga? Así era el viejo. ¡De Oltenia tenía que ser, avaricioso! Y todo lo que tenía, la casa, la tienda, el dinero, se lo dejó a los hijos que tuvo con la segunda mujer, los de la Cateta; ¡todo lo que tenía se hizo humo! Pero yo a Ilie lo mandé a la Escuela de Comercio. ¡Qué bien, hija, que hayas encontrado esa escuela para Ilie, y sobre todo sin pagar! Así de contento estaba papá. Que yo le había hecho creer que era gratis la escuela, que incluso alguna ayuda le daban. En cambio yo seguía desembolsando, que tenía de dónde sacar la pasta; buen hombre mi hermano Ilie. Lo mismo su hijo, ¡listo como el que más!, ¡todo el día con los libros! Deja un rato de quemarte las pestañas, le digo yo. ¡Sal a dar una vuelta! Cómo lo quieren todos, las muchachas, el director, los profesores, ¡todos locos con él…! Igual pasaba con Tudor… Sí, es como Tudor…

—Por lo visto, no todos apreciaban tanto a Tudor. Que, de ser así, creo que no se habría marchado.

—Será como usted dice. Pero mi Gelu, igual que Tudor. En su mundo, y otra cosa ni ve ni oye. Hoy mismo, cuando estaba a punto de irme y me embutía las pellizas, la cachucha y todos mis envoltorios, ¿a que no sabe qué me soltó? ¡Tía, pareces Napoleón en Rusia!

—¿Cómo, madame Delca? ¿Napoleón en Rusia?

—Sí, señor. Y yo para mis adentros: esto se lo voy a soltar al chiflado de Niculae. Fíjate bien, le diré, y dime, ¿a quién crees que me parezco? ¿A quién dice tu sobrino Gelu que soy igualita? ¡Si te lo cuento, te vas a morir de la risa! Porque Niculae llegó con el frente hasta Stalingrado, que era el infierno en la tierra. ¡Él sí que sabe lo que es Rusia! Un día, cuenta, sacó la mano al frío, que ellos estaban metidos en zanjas, solo ellos saben cómo estaban allí, igual que ratas… Y fuera un frío que pelaba, y Niculae, como siempre ha sido un demonio, fue el único al que se le ocurrió sacar la mano de la trinchera para que se le helara. Pensó que a lo mejor así lo mandaban de vuelta a casa y se libraba de ese lío de padre y muy señor mío. La tuvo así hasta que la mano se le puso tiesa como un palo y blanca. Y al poco de meterla de nuevo al calor ve que se le hincha. ¡No cabía en

sí de contento! Se le hinchó la mano, pero luego se dio cuenta de que podía mover los dedos. Y después se le deshinchó. ¡Hay que ver qué suerte tengo!, dice riendo Niculae, nunca en la vida me han salido las cosas como yo quería. Mentira, también le salieron bien, que tenía un comercio en la calle Brezoianu y buena clientela. O ahora, con lo viejo que es, sigue de jefe de cooperativa. Y qué potra tuvo, ¡volver sano y salvo de Rusia!, cuando otros dejaron sus huesos allí. Pero, madame Ivona, yo hablando con las paredes y usted en las nubes.

—Estaba pensando que ese sobre del dinero de la caldera no lo he buscado como es debido… Me irrité tanto al no encontrarlo que no tuve paciencia de seguir buscando con calma. Pues nada, por ahí debe de estar… Será también porque habíamos estado hablando de la pobre Margot, y encima se paró el reloj…

—Puras pamplinas. Digamos que yo podría creer en esas cosas, pero usted, ¡una mujer tan culta! Fíjese que a madame Ioaniu nunca le oí hablar así. Hasta se dolía porque, no me sale, Vica, creer en Dios, ni en el demonio, ni en el más allá. ¡Vaya, le decía yo, pa' qué creer, que nadie de los que se han ido ha vuelto para contarnos de qué va la cosa al otro lado! Y mi marido tampoco cree en nada. Solo hay que oírlo cuando se larga a hablar de Adán y Eva y el mono, ¡qué boca! ¡A los popes no quiere verlos ni en pintura, que se pone rojo de furia! Figúrese, ni en Semana Santa quiso recibir al párroco, el muy hereje… Se te ha pegado de los comunistas, le echo en cara cuando empieza con las suyas. ¡Faltaba más!, contesta, lo que te estoy diciendo lo digo desde siempre…

—Pues yo sí creo, madame Delca. Desde niña, ¡cuántas velas no le habré encendido yo a la *Sainte-Vierge*, la patrona de Notre Dame, y cuánto no habré rezado para que regresara a casa papá…! Más de una vez en la vida he creído sentir la mano de Dios sobre mí, incluso en períodos de desgracia. Superticiosa no soy, pero el mundo me parece lleno de señales, y por eso, cuando se ha parado el reloj, me he llevado un disgusto…

—¡Mujer! ¿No ve que ahora ya funciona? ¿No ve que acaba de arreglarlo? ¡Venga, Ivona, querida, qué manera de darles vueltas a esas fantasías! La verdad es que me ha dejado lela, no sabía que

tuviera esas manitas, ¡mire cómo lo ha puesto en marcha! Fíjese que ahora funciona. Con tal de que no tenga el mal de ojo. Que estos chismes son como las telas podridas, que cuando uno menos se lo espera se rompen.

—Sí, la verdad, no me falta talento para la técnica. El primero en notarlo fue Tudor. Ivona, me decía, tú te has equivocado de profesión. Y cuando se marchó él, que era quien reparaba todo en casa, esa tarea la asumí yo. De nosotros dos, aunque usted no se lo crea, Niki es el poeta. Él con las ideas, el blablablá, y yo con los arreglos…

—Je, je, ¡claro, mujer! ¿No le ha hecho *poiesías*?

—¡Chist! Calle un momento, madame Delca, que me parece oír pasos por el patio…

—¡Don Niki! Hala, que yo ya me marcho. Me he quedado para que no esté solita. Cojo mis trastos ahora mismo, y a la calle, que me pilla la noche en el camino…

¡Mira qué salto ha dado y cómo corre a abrirle! Pero ¿qué quieres? ¡Bueno o malo, es su marido! ¿No llevan acaso una vida entera juntos? Tienen sus más y sus menos, pero ahí siguen. Y mucha vida ya no les queda, que la muerte a ninguno olvida. Huy, Dios santo, perdóname, ¡no vaya a ser de mal agüero pensar eso! Una ni sabe cómo se le cruzan las cosas por la cabeza y luego se le escapan por la boca. Locuela y todo, pero se nota que, de los dos, Ivona es la base. ¡No será muy mañosa con los quehaceres domésticos, pero lo que se dice mujer de casa sí que es! Mala de corazón tampoco es, que por su cuenta decidió pasarme estos cincuenta leis cada mes. De ella fue la idea, después de morir su madre, en vez de encargar misas y repartir pan de muertos a cuanto gitano ronda los cementerios, a toda la sarta de mugrientos que te salen al paso si te ven con un plato de comida en la mano. Y muy bien que hizo, pues yo no paro de nombrar a la difunta ni de rezar por ella. Esperar tal cosa de madame Ioaniu, ¡jamás de los jamases! ¡La madre era mucho más agarrada, ni punto de comparación! Me metía a veces en la talega un paté, un pastelillo seco, ¡pero de dinero, nada! Por unos veinticinco leis estaba aquí desde la mañana hasta la noche, y me marchaba con el cuerpo dolorido! ¡Vaya con la Ivona! ¡Cómo ha volado al vestíbulo para

abrirle al crápula de Niki! Vale, es su marido, su pareja. Igual va a saltar el mío cuando me oiga por el patio. ¡Pobre viejo! Gruñón, mudo, bocazas, así es, pero sabes que puedes confiar en él. Que se puso a trabajar cuando hubo necesidad; se despertaba con el canto del gallo, a las cuatro de la madrugada, se levantaba y se iba a currar, que si no, ¿qué sería ahora de nuestra vejez…? Y cómo se rascaba las manos de la roña que se le había pegado en esa fábrica; por los venenos de los mil demonios que usaban, pues las tenía en carne viva. Pero el día de la paga, venía con toíto el dinero. Toma, me decía, y me lo ponía en la mano. El calavera de Niki, ¿cuándo? Así que no le falta razón al bicho viejo cuando dice: ¡Lo único que sabes tú, mujer, es quejarte de mí, pero ya te viera yo con otro! Porque, eso sí, llegaba a casa con la paga en la mano. ¡Toma, aquí está todo!, decía. Y yo contaba y hacía mis cálculos, esto para la tele, esto para el alquiler, esto otro para la leña. Y poquito a poquito ahorré los siete mil. Ese consejo de madame Ioaniu fue su buena obra. Por eso se me encoge el corazón viendo la casa hecha un desastre, el quiosco descuidado, el peral seco, plagado de orugas, con el tronco podrido. Y ver a la Ivona toda amarillenta y demacrada, solo hueso y pellejo, me da no sé qué… Me entran ganas de salir pitando, ya no aguanto más aquí, que no puedo entender cómo pasa el tiempo y con él todo desaparece y nada queda… Ahora sí, en marcha, pues se oye rechinar el parquet de la entrada.

—No, no era Niki, madame Delca… Era el cartero, que traía una carta de Tudor. Quédese un rato más, voy arriba a buscar las gafas y luego le cuento qué me dice…

Fíjate, aún no aparece. Mejor para Ivona, que, en vez de volver con el rabo entre las piernas, ha vuelto con la carta de su hijo. ¡Y ya se le ha pasado todo! Se ha olvidado del hideputa, se ha olvidado de sus achaques… Huy, está hecha una ruina la pobre, y a su mamá también acabó de rematarla la partida del muchacho. Se privaban de todo para darle lo mejor, y él, un remilgado, un melindroso…

«… déjenmelo un mes a mi cargo y lo enderezo. ¡Ya se las verá conmigo!»

¡Cuántas veces no se lo repetiría! Y un buen día salieron las dos y no volvieron hasta muy tarde. A la hora de sentarse a la mesa Tudor, como siempre, que no y que no, que no quiero comer ahora, que todavía no tengo hambre, y patatín y patatán. ¡Menudo eres! Muy bien. Recojo todo de la mesa, lo coloco en su lugar y sanseacabó… A la noche regresan ellas y nos sentamos todos a la mesa, y el pequeño, enseguida, coge un mendrugo de pan y empieza a devorarlo como un lobo. No tenía paciencia para esperar. ¡Cómo nos reímos de él! ¡Qué jaleo!

—¡Usted, madame Delca, hace milagros! —dijo la mar de contenta la madre.

—¡Bah! Descuide, que yo sé cómo manejarlo —le dije. ¡Pero esa sola vez lo vi comer como desaforado. No era de esos tragaldabas. ¡Su manía eran los libros! Se sentaban todos a la mesa, y él dale, a engullir todo en un santiamén, y luego gracias y buen provecho. Si se acababa todo el plato, su abuela le daba permiso para irse. Se levantaba y volaba a sus libros. Y venga a leer y escribir, y venga con sabe Dios qué más hacía allí, en la buhardilla; que por aquel entonces les habían devuelto una habitación grande y otra más pequeña, en su propia casa, la segunda en el piso de abajo, y la buhardilla se la dejaron al muchacho, a Tudor. Contentas ellas, que el mozo ya había crecido y ahora tenía su espacio para estudiar. Y por la noche empezaban a llegar amigos, compañeros de clase, quién sabe de dónde salían tantos, un mogollón. Se reunían allí arriba y ponían música, de la de ellos, puros martillazos, ¡una cosa insoportable! Tanto que la abuela no aguantaba más y subía cada dos por tres a pedirles que bajasen el volumen, que los oirían esos de abajo y se iban a meter en líos. Y ellos la quitaban y luego la ponían otra vez. Venían chicas también, una, otra, varias, y entre ellas esa tal Anca, la novia de Tudor con la que al final se casó. Una gatita flaca, en esa época estudiaba todavía bachillerato, me contó la propia madame Ioaniu que su familia tenía no sé qué problemas, parecidos a los que ella misma había tenido, y se preguntaba la Ioaniu si la mamá de la chica sabía adónde iba, es decir, a casa de un muchacho. Pero los chicos estaban revueltos, varones y hembras, y la madre de la moza estaría enterada, pero pensaría:

déjala, que es un buen chico, y su madre y la abuela tienen casa, y les habrá quedado algo de cristalería y alfombras, y a lo mejor lo caza. ¡Dicho y hecho! Al final Tudor se casó con ella. Pero antes del casorio Anca subió muchas veces a la buhardilla. Pasaban el rato allí, charlaban, reían, quién sabe qué otros disparates hacían allí, arriba.

No hacen nada, madame Delca, insistía madame Ioaniu. No hacen nada, solo fuman como descosidos, traen alguna botella de alcohol fuerte, a la moda americana, y charlan un rato, pero sobre todo están callados y escuchan música. ¿Qué clase de música es esa que escucháis?, le pregunté una vez a Tudor, y él se rió y me contestó que la misma que se escuchaba en todo el mundo. Música bárbara, le respondí yo, estamos volviendo a la barbarie. Me figuro que ni a Tudor ni a sus amigos les gustaba de verdad, pues nada tenía que pudiera gustarte, ni melodía, ni otra cosa, solo servía para romperle los tímpanos a la gente. Pero ellos la oían porque estaba de moda…

Esto era lo que madame Ioaniu no soportaba de Tudor: esa música que él ponía, y que se fuera todo el verano con su pandilla a la montaña, con la mochila a la espalda. Ellos sabrían dónde dormían, en casas de campesinos, en tiendas de campaña, ellos sabrían qué comían y qué otras cosas hacían por allí, que se iban con unas talegas atestadas, casi gateando por el peso, y con ropas tan gastadas que daban lástima.

¿Qué gusto le hallarán? Andar con semejante peso, en vez de descansar, vestirse bien, admirar el paisaje…, decía madame Ioaniu.

Y le seguía la corriente: ¡El colmo! ¡A mí no me agarran para eso, ni aunque fueran a cortarme el pescuezo! ¡Yo que esas chiquillas no iría ni aunque me echaran cera hirviendo encima!

En cambio esas bandidas están a la que cae, que si no, ¿cómo iban a cazar a esos bobos?

Lo que es yo, le decía, ni por todo el oro del mundo me rompo el espinazo por ellos.

¡Cómo se reía Tudor! No era mal chico, solo un poco callado, como todos los muchachos. En cambio su Anca, ¡hay que ver qué labia tenía! Que si Ivona para arriba, que si Ivona para abajo, que así se había enseñado a llamarla, tuteándola… solo con eso me di cuenta de

que la cosa iba a mayores. Y al final así fue, que Tudor la llevó al altar. ¡Cómo se cogía de mi falda cuando era pequeñín! Pero también de mayor le sonreían los ojos al verme, tenía unos ojos así, risueños, y no era ni feo ni guapo, había salido a Ivona, a la familia de ella, guapo no era, pero sí despierto, que, por lo demás, ya se sabe: basta con que el hombre sea un poquitín menos feo que el diablo… Pero qué feúcho se puso cuando se dejó la barba. ¡Huuy, qué feo estás con esa barba!, decía madame Ioaniu. Y él, muerto de risa, pero al final se la cortó. No por lo que dijera la abuela, sino para meterse en el Partido. Le iba bien por aquel entonces, todos lo apreciaban, su jefe, todo el mundo, Ivona ahora no quiere reconocerlo, pero así fue durante un tiempo. Le iba bien, y esos hasta le mandaron de misión de trabajo a Francia, a Alemania, él sabrá adónde más. Ya verá que se nos queda allí, pregonaba madame Cristide. ¡Que se queda, seguro que no vuelve del extranjero! Pero no, él volvió. Volvió con su madre y con su abuela, a casa. Y luego de donde había ido le llamaron por segunda vez. Esos u otros que habían oído hablar de él le escribieron que fuera, que tenían asuntos que tratar. Y cuánto se movió para poder viajar, él sabrá cuántas gestiones haría, pero al final no se fue, que mandaron a otro en su lugar, y ese otro era miembro del Partido. Viendo esto pensaría: pues nada, me meto yo también en el Partido; pero cuando se decidió, ¡lo que tuvo que oír de los suyos!

¿A quién se le ocurre?, le dijeron. ¿Cómo vas a entrar tú, con un abuelastro muerto donde bien sabes, y otro abuelo terrateniente y una tía que estuvo en chirona por tener escondido a uno en su armario de Otopeni.

¡Y cuántas cosas más no le dirían! Que esos, los mandamases de ahora, se conocen la vida y milagros de todo el mundo. De cada cual lo saben todo y lo tienen por escrito; de cualquiera, lo que ha hecho, e igual de sus familiares hasta el noveno grado. Y Tudor bregando, y corriendo de aquí para allá, y haciendo todo lo que le dijeron que hiciese, pero en balde.

Pues bien, después de eso, ¿qué podía decir? Tuvo que tragárselo y se quedó callado, pero para sus adentros: ¡deja, que ya me veréis! Y al cabo de un tiempo, cuando tuvo ocasión, se largó. ¿Quién me contó a

mí todo esto? ¿Sería madame Ioaniu o madame Cristide? Que de saberlo, lo sé, pues todo acaba por saberse. Se largó con su mujer, y abandonó la casa, las cristalerías, las alfombras, ¡para que lo herede todo el Estado! Teniendo yo que vivir con seiscientos cincuenta mensuales para dos almas, y semejante fortuna tirada a los perros: ¡es para que se te suba la sangre a la cabeza! De estar yo en el lugar de la boba de Ivona, me lo gastaría todo, todo, que no quedara ni una miaja. Pero, ya ves, no te atreves a gastarlo todo, que no sabes qué suerte te espera, Dios nos ampare, al final de tus días. Esto le pasa a Ivona, y por esto se habrá vuelto más roñosa. Y no deja de mentar a su Niki para cualquier cosa, ¡pero sabe que el muy canalla la está estafando! ¡Tate!, que tú guardas un dinerillo para la caldera, por si acaso viene una enfermedad, Dios no lo quiera, por si viene alguna desgracia, y él se larga con los ahorros a casa de la fulana. ¡Apostaría mi cabeza a que eso pasó! Pero ¿qué andará haciendo Ivona que no vuelve? Quédese un poquitín más que ahora bajo, me ha dicho, y ya lleva un buen rato allí arriba. A mí me da pena por ella, que está asustada, y me quedo solo para no dejarla sola, y ella ni se entera…

—¿Se ha aburrido sola, madame Delca? ¡No se asuste, que soy yo! Perdone que la haya hecho esperar, pero al llegar arriba me ha dado un mareo y me he echado unos minutos para reponerme…

—¡Es por el susto que se ha llevado, hija! Eso es. A mí, cuando me sucede algo así, me tiemblan las piernas y en todo el día no sirvo para nada. Y esta mañana, para que vea, he salido con el estómago vacío por las prisas, y cada dos por tres siento que me viene un desmayo… ¿Y usted? Pondría la mano en el fuego a que no ha probado bocado…

—Podría ser, pero ni hambre tengo… ¡Venga, que le voy a leer la carta…!

—¿Quién dice que le ha escrito?

—Anca. Ella es la encargada de la correspondencia. Bueno, no se la leo desde el principio, que tal vez no le interese… Pero escuche qué pone aquí: «No entiendo cómo nos las arreglamos para no escribirte más a menudo, pero tienes que saber que en nuestro pensamiento estáis siempre presentes. Hablamos de vosotros cada día, y yo, cada

vez que me pongo los pendientes, los de la mamá Linica o los que tú me diste, pienso en vosotras. Por aquí todo va bien, estamos contentos y muy satisfechos. Yo trabajé el noviembre pasado tres días a la semana, pero no me gustó, así que sigo buscando algo mejor y estoy a la espera de una respuesta de una agencia de viajes. Pide a Dios que tenga suerte, porque en verdad estaría muy bien, por el sueldo y todo».

—Pero ella, ¿qué hace? ¿No trabaja de profesora?

—Es difícil entrar en la enseñanza. Ahora intenta cambiar de profesión, espera un poco, ten paciencia, que aquí lo explica: «Tengo que ponerme al día con la correspondencia. Debo carta a todo el mundo, pues cada vez estoy más ocupada con el cursillo de económicas que estoy haciendo y para el cual tengo que estudiar y preparar trabajos. Además, estamos en plena mudanza a un piso ya de nuestra propiedad. El edificio no es alto, tiene solo cinco plantas, bajo y sótano, donde tenemos un trastero, muy amplio, y una plaza en el aparcamiento subterráneo, con puerta de acceso automática. El piso tiene dos habitaciones, un *living* y un balcón grande con vistas a una hilera de árboles que por la noche se alumbran con reflectores. La cocina es luminosa y tiene incineradora de basura. Ya he colo cado las cortinas en el salón comedor. Las he comprado largas porque han de llegar hasta el suelo, pues tenemos puertaventanas. Apenas quede todo arreglado haremos unas fotos del interior para mandároslas. He logrado reparar las sillas de esparto y ahora espero que podamos encargar los marcos para los cuadros. Ya he colgado los iconos en la pared. Por Navidad fuimos a casa de Sandra y Serban. Estuvieron también sus padrinos de Alemania. Nos repartimos regalos y lo pasamos estupendo. Yo preparé los *sarmás*[35] en hojas de col encurtida, que he conseguido en una tienda armenia que trae productos orientales, como legumbres curadas en salmuera, queso de Braila, aceitunas, muchos tipos de *halvá*[36] (buenísima), nueces, pasas. Los *sarmás* me salieron de rechupete. Tudor comentaba que estaban tan ricos como los de Muti. Tu carta, llena de optimismo por el futuro y de cariño para nosotros, nos alegró mucho. Así como la llamada telefónica del 18 de enero, por mi cumpleaños. Y nos dio una enorme

alegría tu tarjeta de Año Nuevo, firmada por todos vuestros invitados, dales las gracias a todos y de séa les de nuestra parte bienestar y felicidad. Pensamos siempre en vosotros y nos apena no estar todos juntos. Te queremos y estimamos enormemente…».

—Pero ¿qué le pasa, madame Scarlat? ¿Qué tiene? ¡Venga, que ellos están bien allí y nosotros estamos bien aquí…! Vamos, ¿qué le ha dado? Claro, que lo que tienen ellos allí, nosotros no lo tenemos, pero hace poco estuvo con ellos y los vio. Y en verano irá otra vez, ¿o cuándo dijo que iría? Vamos, querida Ivona, ¿por qué se ha puesto a lloriquear? ¿No ve que están bien, que le escriben…?

—No lo sé, será la emoción… Es que me da pena por ellos, sobre todo por Tudor, no es fácil, querida mía. Para ella sí, ella estudia, espera, pero para él es más complicado… No crea que es fácil alcanzar allí una posición… Hay que bregar y bregar, no es como aquí. Y mi pobre hijo, cuando llega casa, tiene que ponerse a estudiar, que una cosa es lo que aprendió aquí y otra lo que piden allí… Que nadie da nada gratis, y mire que nosotros tenemos aquí la casa puesta, y ellos deben empezar de cero, desde el principio.

—Pues claro que nadie regala nada, ni allí ni aquí… Quien tiene para repartir dádivas es bueno, y quien no, no vale un ochavo, allí igual que aquí, que así son estos tiempos… Hala, deje de amargarse, que sé por madame Cristide que a Tudor no le dejaron los comunistas meterse en el Partido y por eso tuvo que irse… Pero el tiempo todo lo arregla… ¿Ha visto dónde he dejado mis gafas? Que quisiera mirar yo también qué pone el chico en la carta…

—¿Sus gafas? No… ¿Sabe una cosa? Se ha hecho tan tarde que no tiene sentido guardarle a Niki el almuerzo. Siéntese a picar algo, y yo intentaré hacer lo mismo.

—Los tiempos han cambiado… Madame Cristide se va haciendo vieja, pero no ha cambiado de estilo: vestidos ceñidos que resalten las formas, colores chillones, sombreros de ala ancha, chales largos, *mauve*, bisutería barata y brillante, cuando una sola joya, eso sí, auténtica y llevada discretamente, bastaría. Causa sensación, levanta críticas, pero yo siempre he estado de su parte. Ese es también un

estilo, pienso, ¿por qué no? Si le sienta bien, ¿qué tenéis en contra? Lo que no me agrada de ella es que anda cotilleando por todas partes. Y a cada historia le añade algo de su cosecha, como a eso que cuenta de Tudor. Mire, queda un poco más de sopa, se la sirvo, ¿está bien? Deje, que aún tiene espacio en el estómago… Que sí que puede. ¡No, yo no! Que si no estuviera usted aquí, le aseguro que no probaría bocado. ¡Pero tiene usted una capacidad de convencer…! Su contagiosa alegría de vivir, pese a que no le faltarán tampoco las preocupaciones…

—Cada cual sabe lo suyo, pero yo no me las tomo a pecho. ¡Por las noches es cuando me quitan el sueño! ¡Eh, ya me vais a ver, les digo a las preocupaciones! Y me tomo un carbaxin y un diazepam; me trago las pastillitas que me hacen bien y ¡a dormir como un tronco, hasta el día siguiente! ¿Qué sería de mí si no supiera sosegarme sola? Ya puedes darte de cabezazos contra la pared, que lo que debe pasar igual pasa.

—Tiene razón, querida Vica. ¿Quiere una copita de vino…?

—¡Vale! ¡A su salud! Que disfrute de don Niki, que es hombre guapo, inteligente y juicioso…

—Guapo, lo fue; inteligente, quizá sigue siéndolo como en su juventud, pero juicioso, así, así… Es que, mire, tiene la mala costumbre de llegar siempre tarde… Con lo apacible que soy, porque así es mi carácter, algunas veces me consumen los nervios esperándolo. Hoy, en cambio, no: estoy de lo más relajada. Presiento que no tengo motivos para impacientarme… No le falta razón: lo que tiene que suceder, sucede… Pero volviendo a lo que le contó madame Cristide, no, las cosas no fueron como ella dice. A causa de sus antecedentes familiares Tudor no pudo defender su tesis doctoral. No le dieron el permiso, ¿lo entiende, madame Delca? A pesar de tener la tesis escrita, incluso publicada casi en su totalidad, no pudo defenderla, pues no obtuvo la aprobación política.[37] De manera que, cada vez que se sacaba a concurso un cargo más alto, él quedaba prácticamente eliminado. Qué decepción, sobre todo para una persona de su seriedad y preparación… Ver ascender a toda clase de mediocres, y él esforzándose en vano… Ser siempre la oveja negra, e incluso vivir con la amenaza constante de que se eliminase el puesto

que estaba ocupando, ya que semejantes títulos y exámenes son requisitos obligatorios, y año tras año en la facultad los puestos se iban reduciendo… Aguanta uno lo que aguanta, pero llega un momento en que… Esta es la verdad, y no lo que le chismorreó madame Cristide de que Tudor quisiera meterse en el Partido. Puede que hubiese una pizca de verdad en esa versión de madame Cristide, pero la situación fue distinta, no sé si me he explicado…

—Sí, lo comprendo requetebién. Pero cuénteme qué más le ponen en esa carta…

Buena chica la Ivona, ¡solo que un poco chifladilla! Y su hijo, buen muchacho, ni que decir tiene pero algo guillado también. ¿No es una especie de locura eso de estar todo el santo día metido en los libros? ¿No es para perder la chaveta? ¡Que del mucho leer puedes perder el juicio! Ya se ha visto, por eso ha dejado que se derrumbe la casa, y él dando tumbos por el mundo. ¡Ah, menos mal que no tuve hijos! Más preocupaciones, más sufrimientos, y ¿para qué? ¡Bendito sea Dios que no me dio hijos, Él, que todo lo sabe y todo lo conoce! Quien tiene hijos tiene cuidados… Y ahora peor, que también los hijos las pasan canutas por culpa de los padres, que les toca expiar los pecados de toda la parentela, hasta el noveno grado, esta es la ley de los comunistas… A no ser que tengas algún conocido, un enchufe, que pueda ayudar a que hagan la vista gorda, eso me dijo la Zaharescu. ¿Sabe una cosa, madame Delca?, decía ella. ¡Una mano lava a la otra! Que también ella era un lince de listilla, refinada y materialista cuando se trataba de cuidar sus intereses… Sí, menos mal que no tuve hijos, que ¡quién sabe si me hubieran salido locos de atar! Sacrificarte toda la vida criándolos, desvivirte por ellos, y cuando se presenta alguna necesidad, lo mismo da tenerlos que no… Mira Ivona, ¿qué ha ganado? ¿No ves lo sola que está la pobre? Solita en esta casa desierta, y fuera se hace noche, y todo empieza a chascar, y una piensa: Dios me perdone, que merodean por ahí las almas en pena. ¡Y ella venga y venga a esperar al crápula con la mesa puesta! Mejor dicho, lo esperaba, pues a la postre ya le ha quedado claro. Al final se habrá dicho: ya está bien, bribón, que no te decides a dejar a la fulana y

cada dos por tres corres a su casa, pero luego vuelves a que yo te lave la ropa, te planche, te llene el buche, ya está bien, ojalá revientes y se te salten los ojos… A la mesa, madame Delca, a la mesa, póngase a la cabecera, ¡en el sitio de Niki! ¡Le sirvo su sopa en el plato! Qué bien, al menos una vez en la vida veo a una Ivona racional, que si una se queda un rato más con ella hasta hace caso, y si le cuentas algo, ella también te cuenta cosas, y mira cómo por fin se la ve mejor encarrilada…

—Hala, siéntese aquí, a mi lado, y dígame qué más pone en esa carta.

—«El día de *Sainte Épiphanie* nos invitaron a casa de la hermana de Sandra, la que está casada con Morand, ya te conté todo sobre ella en la otra carta. Sirvieron *fondue*, un plato suizo a base de queso derretido, seguido de la tradicional *galette des rois*, donde se pone una *fève*, o sea, un objeto pequeño, y el que lo encuentra se convierte en rey. Y de todos los presentes, ¿quién crees que dio con la *fève*?¡Por supuesto que Tudor, el afortunado de la familia!»

—Suertudo el chaval, si es para comérselo. Pero la suertuda es ella, que le echó el guante; un chico guapo e inteligente, y allá adonde va todo mundo loco por él. Pero siga, siga.

—«Como puedes ver, distracciones no nos faltan. Con solo salir a la ciudad ya te diviertes, pues no creo que haya ciudad en el mundo más hermosa. Algunas noches salimos a dar una vuelta en el coche, y no nos cansamos de ver las combinaciones de luces y especialmente los edificios de piedra (casas o iglesias) con sistemas de iluminación de alta tecnología. En Navidad, como ya te he contado, la ciudad estuvo espléndida, porque aquí la Navidad se celebra mucho. Fue maravilloso y nosotros, encantados. A Tudor además le comunicaron su nombramiento como personal de plantilla. Estamos en época de rebajas y es fantástico ver cómo todas las tiendas compiten por ofrecer ropa y zapatos tan bonitos a precios irrisorios. He comprado dos blusas y un par de zapatos Bally preciosos.»

—¡Vaya, qué distraída soy, madame Delca! ¡Lleva un rato con el plato vacío y no dice nada! ¡Venga! ¡Que le sirvo el segundo! Pollo con guisantes… Pollo no hay mucho, mire una alita. No corra, que

tiene tiempo de sobra; coma tranquila y luego se va. Empiezo a extrañarme por Niki… Claro, lo esperaré hasta el último momento, pero si no aparece me tocará ir sola. ¡Imposible que faltemos los dos! Tendré que ir sola, lo cual, querida Vica, le confieso que no me apetece nada. Ya sabe cómo es la gente: hace conjeturas por cualquier nimiedad.

—¿Quién pudiera coserle la boca a la gente? Pero los chismes de la gente, ¡mejor pasarlos por el arnero y ponérselos bajo el trasero…! ¿Sabe qué, Ivona querida? Pase al otro lado a tomar su café y déjeme a mí lavar los platos… Estese quieta un rato, que no ha parado en todo el santo día…

Si, esperando a que se enfríe un poco el café, te arrellanas en el sillón y dejas que se te cierren los párpados, te sorprende lo rápido que llega la somnolencia a empañarte la mente… Sí, un cansancio tan grande… Una fatiga sentida en cada fibra de tu ser, mientras los pensamientos se ralentizan: hilos caóticos que aletean atrapados en una garra negra. Los pensamientos se desgarran, se deslizan, se mueven cada vez más despacio hasta que dejas de ser un apretado ovillo y te conviertes en una simple mancha que absorbe, se extiende, crece y une en un nudo todas las fibras. Hilos. Una garra negra se abre y se cierra con un chasquido sordo tirando de las fibras de tu carne agotada. La angustia, rítmica, te electriza. Es tarde, muy tarde, olvida siquiera por un instante que él no ha venido, que es tarde, y el latir sordo de la sangre en las sienes, en los oídos; en medio del ovillo estira los hilos hasta el máximo, electrizándote. Es tarde, es tarde, pero ahora-ahora-ahora-ahora tiene que venir, vas a oír sus pasos en el patio, ¿ahora-ahora-ahora los estás oyendo?, ¿los oyes?, ¿va a venir?, ¿va a llegar ahora mismo? Ahora-ahora vas a oír sus pasos en el patio, por la escalera, ante a la puerta, no, el tictac del reloj de péndulo del vestíbulo, nada más, como un resuello desconocido, algo parecido a una presencia extraña merodeando siempre, siempre invisible, persiguiéndote, le es tan fácil esconderse entre los muebles viejos, en la penumbra polvorienta de la casa y acosarte; el corazón te estalla bajo una oscura presión, las fibras se tensan rítmicamente, te oprimen, la angustia te electriza hasta el borde de las uñas, hasta el fondo de la materia blanda del cerebro. Olvida,

olvida, no pienses, no lo pienses, olvida el tictac monótono del reloj de péndulo del vestíbulo, en medio del ovillo un atormentado jadeo bajo la garra negra, un ahogo angustioso y el palpitar de la sangre. La ventana que da al patio deja intuir la noche, pero ningún movimiento sobre el adoquinado, o por la escalera, solo alguien que está junto a ti, que te persigue invisible, y el teléfono sin sonar siquiera. Un único sonido, el crujido de la madera de la casa, de la escalera, es tarde, es noche, es silencio y él sin volver, y seguramente nunca más volverá…

Los párpados caen pesados hasta juntarse las pestañas ralas. El ojo ligeramente entreabierto, ciego y muerto, observa sin ver el comedor. No obstante, detrás de los párpados continúa viendo el comedor, bordea la hilera solemne de las sillas alrededor de la mesa holandesa de forma redonda, en cuyo centro humea el café del ibric, *aún demasiado caliente. ¿Qué significa esta solemne invitación de las sillas, tan conscientes de su deber que, en ningún caso, permitirán que…? Una espera digna, grave, la impaciencia escondida en su quietud, cuesta imaginar que alguna vez saldremos de aquí, vigilados como estamos por la apretada y solemne hilera de sillas, imbuidas del sentido del orden y del deber; cuesta imaginar que volveremos a pisar el vestíbulo, que nuestros pasos volverán a sonar algún día sobre los adoquines sueltos del patio, en los tres escalones de la entrada, cada uno irá por su lado a la iglesia de Boteanu, vamos a ir a Boteanu, seguro, pero no los dos, no al mismo tiempo, ¡uf!, cuánto tiempo más deberé aguantar el irritante ruido de la vajilla en la cocina, el enervante gorgotear del agua en la pila, el mugido espantoso del animal acuático que lucha en vano por escapar de la tubería donde el agua hirviente le escalda la testa brillante y calva, bajo una gorra de lana, rosa sucio. El gorgoteo sibilante y la obstinada presencia de la garra negra que aprieta los hilos exasperada, hostil, amenazante, alguien friega los platos en la cocina, alguien aclara en la pila las cacerolas y los platos, y en el vestíbulo suena el reloj de péndulo. Muti. Muti, que ha terminado de pelar las patatas, se limpia impaciente los dedos ennegrecidos con una mitad de limón y la deja sobre una pila de platos sucios, el último ya lleno de un montón de huesos con hebras de carne que alimentan a la araña que desciende del nido colgante, grisáceo, que se ha construido sobre el fregadero. Muti se quita con un algodón el esmalte descascarillado de las*

uñas, y en la comisura de los labios sujeta un pitillo apagado, pero ella ni se da cuenta, díselo… No, ¡no se lo digas! ¡No se lo digas! En estos casos, ¡nunca debemos decirle la verdad a la persona implicada!

—Antes de que pintemos en Semana Santa, habrá que ayudarla a extender su tela en todas las habitaciones, bajarla también al primer piso; alguien deberá encargarse de conducirla discretamente por la escalera…

Muti señala con el índice la telaraña, que tiembla levemente. La oscura red ha cubierto todo el techo. Muti aplasta en el cenicero la colilla, que sigue echando humo, ¡mira por dónde sale el humo! ¡Fíjate, se ha despegado el papel! ¿Será señal de mal agüero? ¿Acaso un mal presagio? Tal vez anuncie un grave peligro, ¿alguna… enfermedad?

—… ya que insiste, voy a revelarle mis temores como médico —murmura el doctor—. Pero debe prometerme discreción, porque, si se entera Niki, se enterará madame Cristide, en cuya compañía Niki pasa muchos ratos…

Y es evidente que también hoy Niki está allí: están en la cocina alrededor de la mesa, junto a madame Delca. La cocina es la nuestra, de modo que es verdad: Niki se encuentra, como siempre de hecho, en casa de madame Cristide.

—¡No se preocupe! —la anima el doctor—. Después de la operación iremos juntos en coche a buscar a Niki a casa de madame Cristide. En lo relativo al diagnóstico, por mi experiencia la orina con sangre, el estreñimiento, la hinchazón, todo me parece obedecer a… Pero ¿está usted preparada para oírlo?

Te has encogido en la butaca de dentista, la lámpara redonda está encendida sobre tus ojos, tienes las manos frías por la ansiedad; estás helada. Asientes con un gesto, sí, serás capaz de resistirlo, no es acaso esa la razón de tu visita: que te mande hacer pruebas y te confiese la verdad. ¡Sí!, le grito. ¡Sí!, vocifero con todas mis fuerzas, pero el médico guarda un silencio exasperante. No te oye. Por más que te desgañites, no te oye, porque ahora mismo está taladrándote un diente.

—¿Será ético que le diga toda la verdad, crudamente, a la americana? —se interroga el médico, dando zancadas por el salón—. ¿Es normal, es humano, es correcto, o no? ¡No lo sé! Mejor que lo sepan todos, porque tienen que enterarse a tiempo, no como sucedió con Margot; les daré mi

parecer como médico: estoy casi convencido de que sufre de una inflamación de los ganglios…

¡Qué alivio! Claro que eso es grave, pero vuelves la cabeza, más sosegada. Parece que hay algo que podría ser más grave que esto, pero ¿qué?¡No consigues recordar! Te has vuelto, antes de que él abriera la boca, de modo que ves a Margot haciendo una discreta señal al señor Ialomiteanu, esa es Margot, sí es la mismísima Margot, con su gorra de lana rosa sucio calada hasta los ojos. Bajo la cual distingues claramente su cabeza calva, redondeada, brillante como una bola. Margot dirige al señor Ialomiteanu una mirada pidiéndole discreción, que no se le ocurra revelarlo, pero el señor Ialomiteanu parece despistado.

—Paperas —murmura el señor Ialomiteanu—. Así que debemos prepararnos para…

Te encoges de miedo, de frío, en la silla de respaldo alto, estáis las dos a solas en este sótano repleto de muebles descabalados: un sofá cama sin una pata, el tocador con un hueco negro oval donde debería apoyarse el espejo, unos sillones colocados uno sobre otro, una pesada cómoda arrimada a la puerta para atrancarla bien, pues ahí ves un agujero negro en lugar de cerradura. ¡Qué bric-à-brac*! ¡Qué frío hace! Y si Niki no vuelve pronto, muy pronto, ¿qué será de ti? ¿Cómo escaparás a la operación a que quieren someterte el señor Ialomiteanu y Margot? ¡Si al menos viniera Niki ahora-ahora-ahora-ahora! De espaldas a ti, el médico se afana nervioso sobre la mesita con ruedas, moviendo de un lado a otro las tazas de porcelana y las cucharillas de plata chapadas en oro, ahora lo recuerdas, ¡sí!, ¡conseguiste pasarlas!, ¡pasarlas hacia «el otro lado», para regalárselas a Tudor! ¡Con gran peligro, sí, un inconmensurable esfuerzo! ¡Seguro que por eso has orinado sangre! ¡Esta es una explicación tranquilizadora! De manera que no tiene sentido, pues, someterse a ninguna intervención, ¡hay que contárselo al médico de inmediato!, ¡díselo ya!, ¡ahora mismo!, ¡qué angustia!, ¡no te sale la voz! Los ojos se te salen de las órbitas, la saliva se escurre por el cuellito del uniforme escolar, que secas discretamente, ¡ansiosa como estás por gritar! En la garganta pugnan las palabras, pero nada, ni un gruñido, ¡oh qué sentido tiene que te atormentes!, ¡es mejor renunciar! Y renuncias porque te has acordado de algo que es inconcebible que hayas podido olvidar: ¡no tienes voz porque no tienes dientes! A causa*

de las radiaciones se te han caído los dientes, pero ¡qué importancia tiene! Pasas, resignada, la lengua por las encías melladas y blandas, ¡lo importante es que estás viva! ¡Que vas a vivir muchos, muchos años! ¡Un año y medio, gracias a Dios! Gracias a Dios, se puede vivir también sin voz, ¡qué fácil y qué bien te has acostumbrado! Pero el doctor sigue trasegando sobre la mesita mientras oyes toda suerte de tintineos aguzados, y Niki, ¡ay! ¡Niki! ¡Si se abriera la puerta y entrara Niki! El médico ha encontrado lo que buscaba: una caja niquelada, brillante; ahora la abre y empieza a sacar legras, bisturíes, pinzas, tenedores, saleros, bolas de algodón, fijas desesperada la mirada en la puerta atrancada con la pesada cómoda. ¡Tienes frío y tienes miedo! En el fregadero, el señor Ialomiteanu, con guantes glacés, lava las cacerolas manchadas de salsa y sangre, y sobre su cabeza tiembla el nido grisáceo de la araña. Y de repente el señor Ialomiteanu, vocifera:

—¡Hasta cuándo tenemos que esperar aquí, en este sótano tan desagradable y frío! ¿Hasta que ya sea demasiado tarde, como para Margot?

—Un momento nada más —le gritas desesperada. Brotan de tu pobre garganta apenas unos sonidos entrecortados, forzados—. ¡Un poco más! ¡Que ya es hora de que vuelva Niki! Tiene la mala costumbre de retrasarse, pero regresa, siempre regresa…

—Listo —exclama el doctor caminando hacia ti con un cuchillo barato, de latón.

Intentas bajar del alto sillón, pero tus piernas apenas sobrepasan el borde. ¡Qué diminuta eres! Te han puesto tres almohadones bajo las nalgas para que te llegue el mentón a la mesa, ¡ah! ¡Niki, si viniera ahora! En la penumbra del vestíbulo Muti, con el mantón sobre los hombros, se lleva las manos a los oídos para no oír tus alaridos.

—¿Por qué chillas si no te duele? ¿Te duele algo, eh? —pregunta el médico con tono severo.

No te duele nada y te sientes avergonzada por llevar un camisón de dormir, aquí, bajo la mirada severa y acusadora de los invitados. Todos los invitados sentados, serios y solemnes, alrededor de la mesa holandesa. ¡Qué frío! ¡Qué inquietud! ¡Qué luz más desagradable! No tienes hambre, pero te esfuerzas por comer, masticas con desgana el pastel sin perder de

vista al señor Ialomiteanu. ¿Por qué le habrás escondido aquí, cuando bien sabes que Niki está a punto de volver y le molesta encontrarlo en casa? No, Niki no le tiene ningún aprecio, ¡y no le falta razón! Porque hay que ver cómo se comporta este señor, que se mete el dedo en la boca, hurga con la uña entre los dientes y saca una hebra de carne. ¡Espantoso! ¡Qué falta de urbanidad! ¡Qué mala educación! Pero no podrás decírselo a nadie, ¡porque tú misma lo tienes escondido aquí! Esto no es filantropía, tú te laisses faire*, insiste Niki, ¡que siempre lleva razón*!

Estás inmóvil y apoyas la nuca en el alto respaldo, la piel desgastada del forro ha reventado por el roce y los años, y el serrín mohoso de dentro se escurre en tu pelo, pero ¡quieta!, ¡no te muevas!, los invitados que friegan la vajilla en la cocina podrían oírte. Masticar el pastel te resulta cada vez más difícil, sin embargo continúas, más que nada por tu acostumbrada escrupulosidad, pues de ninguna manera podrás escapar, vigilada como estás por las sillas que rodean la mesa. Mascas desesperadamente esa especie de chicle que se te pega a los dientes, a la lengua, sintiendo un espasmo en la garganta; mascas luchando contra las lágrimas que nacen de las arcadas; una mueca parece petrificar tu rostro, un breve eructo arroja sobre la mesa un salivazo viscoso de una blancura cegadora en que se refleja el brillo de la cristalería y de la plata. Gimes, lloras y devuelves sobre los platos, y las lágrimas y el vómito agrio te aprietan la cara como una máscara astringente…

—¡Sacadla de aquí! ¡De inmediato! ¡Ahora mismo! —vocifera Muti estirando su blanco dedo que conserva, aún húmedas, las huellas frescas de tus dientes.

¿Qué es esto? ¡Qué vértigo!, ¡qué confusión! Ha pasado tanto tiempo desde que mordiste a Muti, ¿no será que estás soñando?, ¿acaso estás dormitando?, ¡despierta! ¡Gracias a Dios, ya has despertado! Gracias a Dios, ya vais en coche a buscar a Niki, el coche avanza lentamente y tú, desde tu asiento, no puedes apremiar al cochero, pero ¡ahora-ahora-ahora vais a llegar! A tus pies yacen los encargos hechos para toda la semana: el chocolate Suchard, el caviar, donde sin querer has hundido el pie, ¡chis!, ¡chis!, ¡que no se entere Muti de que has pisado con la sandalia el caviar!, ¡que no vea Muti tu media calada manchada de excremento de perro! El pobre pequinés de Margot vive escondido en el coche desde que quedó

abandonado, desde que Margot se refugió en el viñedo de Otopeni para que Ialomiteanu no notase que se había quedado calva; por eso llevaba día y noche una gorra rosa sucio afelpada.

—¿Yvonne viene con nosotros al teatro? —pregunta el tío Jorj, como si tú no estuvieras presente.

—¡Es día de relâche*! —responde Muti distraídamente.*

Y luego, cambiando el tono de voz, se dirige a ti:

—¡Estate quieta de una vez y deja de mirar de ese modo! ¡Cuando mira así, tengo la impresión de que se está volviendo bizca!

—Entonces, ¡hacia el teatro! —exclama el tío Jorj y clava en el caftán del cochero la punta de su bastón.

Pero ¿y Niki? ¿Qué hacemos con Niki? ¿No iremos a buscar a Niki a casa de madame Cristide?, quieres gritar tú, desesperada.

Abres la boca, te aproximas hacia ellos… ¿otra vez? Al parecer sí, al parecer esto ya ha pasado antes, pero ¿cuándo? Una vez más no logras arrancar ningún sonido de la garganta. En cambio, alrededor hay un bullicio tremendo, bocinas de automóviles, balanceos de péndulos, el trote de los caballos de los otros carruajes.

—¡Cuatro roscas a un duro! —pregona el vendedor de diarios, que corre con el paquete de periódicos bajo el brazo.

El coche da media vuelta. Y tú, inmóvil en la banqueta, abres la boca, tratas de chillar, pero no te sale ningún sonido por la boca; el lazo negro de terciopelo te aprieta la frente, las horquillas negras puntiagudas penetran tus sesos a través de la piel del cráneo. ¡Niki! ¡Niki! Sin embargo, todo es silencio, una niña pálida, con la nariz demasiado larga, con las piernas demasiado largas, está en la banqueta de un coche y sobre ella cae toda la melancolía de un domingo…

—Quédese ahí quieta un rato más, hija, no se mueva. Ande, vuelva a cerrar los ojos y quédese como estaba, que tiempo tiene de sobra. Ay, Ivona, Ivona, niña mía, que también ella se cansa, pobrecilla… Si es una cría, pequeña y fatigada. ¡Vamos!, acomódese de nuevo, que la voy a tapar con mi abrigo; habrase visto, acurrucada, con esas corrientes de aire que se cuelan por todos lados, y si se duerme, pues claro, coge frío…

—¿Me he quedado dormida? Sí, creo que sí… Pero ¿cuánto tiempo?, ¿unos cinco minutos? Imposible que fuera más, que no me ha dado tiempo ni de soñar. La verdad es que frío sí tenía, de esto me acuerdo. Gracias, Vica, por taparme, ¡estoy helada! ¡Huy, qué bueno estará ese café! ¡Tráigase usted también una tacita! ¡No se preocupe, que no le pondré más que un sorbo!

¡Dios mío, qué olor más asqueroso! A moho, a queroseno. Pobre, su intención es buena, pero toda su ropa huele así y cuando se marcha debo abrir puertas y ventanas para que entre el aire. Pobre vieja, no ha encontrado mejor solución para luchar contra la miseria: para la limpieza, el queroseno; para la salud, el carbaxin, y ya está. Pero si te paras a pensar, es una persona especial, quizá por eso me tiene cariño; a Muti también la quería; no se puede negar que siempre nos ha guardado cierto afecto. A saber si por eso viene más a menudo de la cuenta; además, ¿quién sabe si le quedan muchas ocasiones de volver por aquí? Nunca se sabe qué nos tiene reservado el destino, y en su caso no gran cosa, pues ¿acaso se puede esperar algo bueno a esa edad? Se habría merecido, como otros tantos, algo mejor de la vida, pues no le faltan lealtad ni entrega…

—… Con mis gafas ya no puedo ver nada; estas son del bicho viejo… ¡Ahora mismo estará como diablo embotellado, buscándolas por todos lados! Me estaba preparando para salir, recogiendo mis cosas, y ¿qué andas hurgando por ahí?, me dice. ¿Otra vez de vagabunda? ¡No se te ocurra, dice, llevarte mis gafas! Y no me quita los ojos de encima. ¿Qué mosca te ha picado?, le pregunto, ¿qué voy a hacer yo con tus gafas? ¿Acaso no tengo las mías?, digo. ¿Para qué voy a necesitar yo esas antiparras atadas con cordones? Al ver que no le dejo pasar una, se calla y, apenas se da la vuelta, yo, ¡zas!, meto esas gafas en la talega. Bueno, cogerlas las he cogido, pero gran cosa no veo con ellas, son demasiado fuertes para mí. ¡Ah! En esta fotografía pequeña, ni idea de quiénes están… Un poco… La que está en el sillón parece madame Ioaniu…

—¡Eso es! ¡Y ese señor fornido de al lado es el tío Jorj! ¡Y estas piernas espléndidas son de *tante* Margot! ¡Míreme a mí! ¡Qué joven que era! Me parece imposible que haya sido tan joven… Está toda la

familia en esta fotografía… Solo la familia… No, miento, hay una mujer en el rincón, pero no la distingo… Oiga, madame Delca, sobre el aparador, allí, sí, a la derecha, un poco más allá, está la lupa del tío Jorj, esa, sí, tráigamela, por favor. Ahora la veo mejor. Estoy más que segura de que es Larisa Pesel, ¡Larisa Geblescu! Se la mostraré en otras fotos, para que la vea mejor… Con sus bucles teñidos de rojo caoba, la piel blanca y los ojos negros, ¡llamaba la atención! Me acuerdo muy bien de esta blusa con volantes, tenía volantes en las mangas, de los que salían unas manos con las uñas pintadas de un rojo intenso y larguísimas, sin adorno alguno… ¡Ni sortijas, ni pulseras, ni siquiera el anillo de casada! Decía que lo había dejado en Besarabia y no se lo habían devuelto. Se arrepentía de no haberlo llevado consigo cuando huyeron con el resto de refugiados.

—¿Refugiados? ¿Qué refugiados?

—Los que llegaron en tren desde Besarabia, ¿no se acuerda? La primera vez.

—¿Qué sabía yo de esas cosas entonces? Ya se lo he dicho.

—¡En cambio yo recuerdo muy bien aquel verano terrible! El verano del cuarenta… Y la sensación de que estábamos viviendo un momento difícil… Era una idealista, como todos los jóvenes, patriota como papá, de hecho en esta casa estábamos todos afectados por lo que sucedía. Un buen día, el tío Sandu vino a recogerme en su automóvil y me llevó a la estación del Norte. Empezaban a llegar los trenes con los refugiados, y le habían anunciado que entre ellos estaría su primo, el magistrado Geblescu, procedente de Chisinau. ¡Qué impresión me causó ver aquel trajín en la estación! Esos rostros desconcertados, desamparados… Tuve entonces una corazonada, el presentimiento de que algo muy malo iba a ocurrir. ¿Qué será de nosotros?, me pregunté entre aquella multitud, y ya no quería saber quién era quién… Y, como si adivinara mis pensamientos, el tío Sandu se inclinó hacia mí y me dijo: ¡De la guerra no nos libramos, esto es seguro!

»El pobre Geblescu, ese familiar nuestro, se sentía fatal al bajar del tren. Sufría del corazón, y las emociones, la incomodidad del viaje, el calor no habían hecho sino empeorar su estado… Yo lo veía por primera vez y, para serle sincera, lo encontré muy aburrido. En

cambio su esposa, Larisa, la que ve aquí, tenía mucho encanto y éxito con medio mundo, mucho más que él…

Se ganó la simpatía de todos, excepto de Muti, a quien le cayó mal desde el principio, sin motivo aparente. Cada dos por tres la castigaba con pequeñas maldades, que ella fingía no advertir. Recuerdo que un día Larisa se lamentó porque no les habían restituido todos sus objetos de valor —joyas, alfombras, plata—, abandonados a causa de su huida precipitada. Sin embargo, nosotros habíamos oído decir al tío Sandu que, en el momento oportuno, él se había ocupado de que su primo recuperase todas sus pertenencias. Yo, de acuerdo con mi carácter, callé y preferí mirar a otro lado. Muti, por el contrario, le espetó secamente: Deja, que igual se te ha devuelto todo con creces. O algo por el estilo.

—Al poco de poner el pie en el andén de la estación del Norte, Larisa se adaptó perfectamente al nuevo ambiente. En cambio su esposo rechazaba cualquier invitación con el pretexto que su mala salud no le permitía excesos. De modo que los tíos Sandu y Margot la llevaban consigo a todas partes: a fiestas, a restaurantes, a las terrazas en verano, a las partidas de póquer, a casas solariegas de las afueras de Bucarest donde estaban invitados… Nos habíamos convencido de que el pobre magistrado era un hipocondríaco y un personaje muy cómico cuando, inesperadamente, falleció. Creo que era invierno cuando murió porque recuerdo que Larisa llevaba un estupendo abrigo de astracán y sombrero, estaba muy elegante. Vaya, no paro de hablar, querida Vica, ¡me estoy pasando esta tarde! Durante un rato lo he hecho por placer, pero ahora estoy hablando más de la cuenta a causa de los nervios. Porque, dígame usted, con tanto esperar y esperar, ¿cómo no iba a estar nerviosa? ¿Es normal que un hombre como Niki se comporte como un mozalbete? ¡Qué digo un mozalbete! Ni siquiera Tudor se ha permitido tantas barrabasadas como su padre. No me hace ninguna gracia tocar este tema, pero quiero que sepa que es el nerviosismo el que me hace darle a la lengua… No, inquieta no estoy, pero sí disgustada. ¿De qué estábamos hablando? Ah, sí, de la muerte de Geblescu. Para serle sincera, creo que todos fuimos injustos con él… Fíjese, a veces en las familias suceden cosas como estas… ¿En la

suya no?

—Pues, pensándolo bien, solo yo sé cuántas noches no he pegado ojo preocupada por los míos… Pero ¿cree que ellos hacen lo mismo? ¿Cree que se desviven por mí? Ay, Ivona, Ivona, si cada uno va a lo suyo. Razón no le falta a mi viejo que, cuando ve que voy a salir, me dice: Ya te vas, otra vez te vas, protesta, solo tú, tú y tú… Y ellos, de pasar por aquí, nunca, ninguno… Venga, cállate ya, le reprendo yo, pero en el fondo le doy la razón. Así son: si vas a verlos, bien, y si no, mejor.

—No exagere, querida Vica. Si sus hermanos y sobrinos la aprecian, lo he notado por lo que me cuenta. Pero la gente vive hoy día tan ocupada que descuida las relaciones familiares, ya no es como antes… Sin ir más lejos, la de atenciones que le prodigamos a Larisa tras la muerte del magistrado. Yo, por ejemplo, pero especialmente Margot, que salía con ella a todas partes… Iban juntas de visita, a los espectáculos… Se volvieron inseparables… Hay que reconocer que Larisa poseía el don de gustar a todo el mundo. Se notaba que había recibido una excelente educación, que era de buena familia. Atractiva, línea perfecta, piernas bonitas, un figurín, siempre… ¡Además, una voz espléndida! Era el alma de las fiestas.

—¿De las fiestas? ¿Cantaba? Pero, hija, ¿no ha dicho que se le había muerto el marido?

—Ya había muerto, sí… ¿Y qué? Larisa nos había deleitado con su voz ya antes del duelo… ¿Cuánto tiempo había pasado desde que llegó en el tren de refugiados? A lo mejor un año… Tal vez unos meses… Espera… Geblescu y Larisa llegaron en junio, al poco tiempo nosotros nos fuimos a Balcic y volvimos precipitadamente de las vacaciones a causa de los rumores alarmantes… Que luego se confirmaron… Fue, sí, el último verano que pasamos en Balcic… Cuando se cedió Transilvania, nosotros estábamos en Bucarest, y entonces no nos cupo la menor duda de que estallaría la guerra… ¡No puede ser que usted lo haya olvidado!

Aquí, en Bucarest, sí… Quizá en esta misma habitación… El tío Jorj se paseaba nerviosamente, con las manos a la espalda, con sus pasos firmes, de militar de carrera… ¡Y cómo saltábamos al oír sonar el

teléfono! Y él seguía caminando de un lado a otro, aún más inquieto porque no le comunicaban la orden. «¡Nunca ha tenido nuestro ejército un ímpetu semejante… ¡Todos aguardan una señal para defender el territorio que nos quieren robar!» Y poco después, cuando entonamos el «Despierta, oh, rumano»,[38] nos echamos todos a llorar, también Muti… Pero quien más lloró fue Larisa, que al rato fue a preparar un ponche bien fuerte. ¡Pobre tío Jorj! «Nunca ha tenido nuestro ejército un ímpetu semejante…» Era lo único que sabía decir, y era tal su tensión que nos la contagiaba a todos… ¡La señal esperada nunca llegó, el gobierno y el rey aceptaron cobardemente el atropello dictado desde Viena![39] Entonces, por primera vez, en ese hombre corpulento, huraño, que en toda mi niñez nunca se había acercado a mí, vislumbré al general Ioaniu, del que se hablaba con tanto respeto en los círculos militares.

—No puede ser, querida Vica, que ni siquiera de esto se acuerde. ¡Una fecha de duelo nacional, que el país entero recuerda!

—Ni siquiera sé de qué me está hablando, hija. ¿Duelo? Duelo sé que se mandó poner cuando murió el rey Fernando… Luego, que pusieron morado en vez de negro por la muerte de la reina María… ¡Qué chiflada esa también, que en paz descanse, toda su vida fue una floja de bragas…! Esos fueron los días de duelo que viví yo… Y más después, cuando murieron Stalin y Gheorghiu-Dej.[40] Del que más me acuerdo es de Gheorghiu-Dej, que vi el entierro por la tele. ¡Pobrecillo, y cómo le lloramos! Yo no puedo ver un finado, porque me agarra el llanto… ¿Qué tienes Vica? ¿Ya estás lloriqueando otra vez?, rezonga mi marido. Es duro, el muy animal, duro como una piedra. ¡En estos cuarenta y nueve años nunca le he visto soltar una lágrima! Bueno, esos sí me acuerdo que fueron días de duelo… Si dice que también entonces hubo duelo, así sería, pero yo no me enteré…

—¿Cómo, madame Delca? ¡Si hasta los que eran niños entonces se acuerdan de que en aquel verano nos arrebataron un cuarto del país!

—Y le he dicho, hija, que yo jamás he querido oír ni saber de política… Ni de esta ni de la otra, lo que es yo, no quiero saber nada. Que si no me cuido yo sola, no hay quien me cuide… No voy a buscarme más líos, que para mí la política es eso, un señor lío. Si te

metes en política te arriesgas a perder clientes; que si uno va con este y el otro con los otros, tú ni caso, solo tienes que velar por tu propio interés. ¡Estar con todos y con ninguno! Se lo tengo dicho a mi bicho viejo: Tú no tienes que estar con nadie, que estén ellos con quien quieran. Tú con quien tienes que estar es conmigo ¡y sanseacabó! Si a alguno se le escapa algo porque la bebida le suelta la lengua, tú no lo has visto ni lo has oído. Si no se emborrachan y arman follón, si no se pelean, si no vomitan como cerdos y pagan como es debido, tú, chitón, ¡que nada tienen que ver contigo, ni tú con ellos! ¡Déjate de política si no quieres que te dejen los clientes!, se las cantaba yo al hombretón de mi marido, porque hubo un tiempo en que empezó a pasarse, y luego se achicaba y no sabía dónde esconderse…

No, ni idea tiene de las desgracias que ha sufrido este país. Y qué disparates suelta, ¡para morirse de risa…! ¡Aunque, para ser justa, debo reconocer que hay mucha gente cultivada que no va más allá! Lo que cuenta es el carácter que heredas y la educación que te han dado… En cuanto a mi interés por la política, eso se lo debo al tío Sandu… Que casi dos años antes de ese espantoso verano venía profetizando a cada momento: ahora, después de Checoslovaquia, le toca a Rumanía… Ahora, después de Polonia, será nuestro turno… Recuerdo el timbre de su voz, sus manos cuidadas y una serie de detalles nimios, pues en lo fondo no sé gran cosa de él… Durante la última parte de la guerra estoy casi convencida de que, aprovechando los viajes de Margot, llevó y trajo mensajes de Maniu para los ingleses. Porque, ¿qué necesidad tenía Margot de viajar a Egipto, a Suecia? Su casa de modas no era para tanto que digamos…

Ivona echa una mirada al reloj ruso y enciende un cigarrillo:

—¡Qué tarde se ha hecho! ¡Tardísimo, qué horror!… Seré muy comprensiva, pero esta vez Niki se ha pasado de la raya. Tendría que subir a arreglarme, para estar lista cuando venga, pero ¡malditas ganas tengo!

—Déjelo, quédese un rato más conmigo contándome cosillas, y ya mismo lo tenemos aquí, llamando a la puerta. Vamos, dígame qué pasó con esa a la que se le murió el marido…

—El tío Sandu se encargó de que cobrara una pensión decente, pero

con el giro que dieron los acontecimientos después de la guerra, con la devaluación de la moneda y todo lo que ya sabe, Larisa pensó que no le vendría mal trabajar… Al principio estuvo empleada en el economato de una institución, pero por algún motivo no le gustó. Entonces Sandu la ayudó a entrar en el Banco Nacional… Mientras trabajaba allí Larisa conoció a un suizo que se enamoró perdidamente de ella. Por supuesto que no era un jovenzuelo, tenía en Suiza hijos ya crecidos, casados y acomodados… Él era un hombre serio, divorciado o viudo, un partido de lo más conveniente… Se casaron enseguida… Y entonces salió una orden de que los extranjeros tenían que abandonar el país. No podían acompañarlos sus esposas o esposos rumanos a menos que llevaran casados un mínimo de cinco años… Todos los trámites que hizo el suizo cayeron en saco roto, y como último recurso acudió al tío Sandu ofreciéndole una suma fabulosa de dinero si conseguía la salida de Larisa mediante sus relaciones en el Ministerio del Interior… Quién sabe si para entonces el tío Sandu ya estaba enterado del comienzo de los arrestos masivos y se sentía amenazado…

—¿Y?

—Cogió el pasaporte del suizo y cambió la foto por una suya, de perfil (no fuera a ser que por cualquier casualidad lo reconociesen en la frontera), y salió de la forma más cómoda y legal posible, con Larisa. Como marido y mujer.

—Pero hija, ¿no decía que ella no podía? ¿No era eso lo que estaba explicando…?

—¡Eso daba igual! Aún conservaba el tío Sandu suficientes contactos en Interior para que pudiese cruzar la frontera con ella, y la cruzó.

—¿Y el otro?

—¿Qué otro?

—¡Su marido, el suizo!

—El suizo, al día siguiente, se presentó ante las autoridades y denunció que su esposa le había robado el pasaporte y había huido con otro hombre. Quizá así lo habían convenido. O tal vez el tío Sandu no le había dicho una palabra sobre tal maniobra… No sé más

detalles, pero, como era ciudadano extranjero y personalmente no estaba implicado en nada, le dieron permiso para salir… Llegó a su destino y se reunió con Larisa, y quizá pagó la suma fabulosa que le había prometido al tío Sandu.

—O sea que no se casó… ¿El marido de madame Margo no hizo a la otra su mujer, ya que se había fugado con él?

—¡Qué va! Larisa siguió en Suiza con su marido, lo sé por las cartas que escribió a su madre. Pocas. La madre de Larisa murió casi un año después, sin poder moverse y en la peor de las miserias…

Ivona se levanta y, con el cigarrillo en la comisura de los labios, se acerca al aparador y pone en hora el viejo reloj de péndulo, que otra vez va atrasado…

—¿Y madame Margo?

—Margot se mudó a Otopeni, donde, como ya sabe, tenía escondido al señor Ialomiteanu. La denunció su mujer y la procesaron…

—¿Y él?

—¿Quién?

—¡Geblescu, su marido!

—¿Qué pasa con él?

—¿Qué hace por allí? ¿Se casó? ¿A qué se dedica?

—Qué hacía, mejor dicho, porque murió. ¿Que a qué se dedicaba? No sabe, querida Vica, cuántas veces me han hecho esta pregunta. ¡Absurda! Porque desde aquí es imposible saber qué hace alguien al otro lado, igual que desconocemos lo que está pasando en la luna…

—Es verdad, no podemos saberlo desde aquí, pero ¿y Tudor? Tudor puede ir a ver qué es de él… y usted, cuando salió el año pasado, en verano…

—Querida, ¿no le estoy diciendo que ha muerto? ¡Murió hace mucho! Ninguno de nosotros volvió a verlo con vida, y en cuanto a cartas, ¿se acuerda? ¡Ni siquiera a Margot escribía!

No le voy a contar a ella que la primera vez que Tudor salió al extranjero sí fue a buscarlo, ¡así fue como nos enteramos de que había muerto! La portera del tío Sandu le contó que había fallecido de un infarto un par de meses antes, y que de él no se había conservado nada… Ni documentos, ni papeles, ni sus memorias, que se sabe con

seguridad que existieron. Unos pocos amigos estaban al corriente y tuvieron la ocasión de leer unas páginas brillantes con, al parecer, detalles sensacionales acerca del quehacer diplomático durante los años de la guerra. Lástima que se perdieran esas páginas, y sigo sin comprender cómo no las dejó en custodia a sus amigos, como solía hacerse en tales situaciones. A medida que pasa el tiempo, la hipótesis de Tudor de que el tío Sandu fue un agente doble, lo cual al principio me pareció descabellado, una mera fantasía de un chaval obsesionado con las novelas policíacas, me resulta cada vez más verosímil… Lo único que supimos es que vivía en París, en el distrito XIV, que tenía un coche y un perro enorme; que vivía con una amante de extracción humilde a la que había ordenado que no abriera la boca. Que se conservaba muy bien para su edad, que allí nadie lo conocía y que estuvo bien hasta sus últimos días. Con semejantes datos no cabe hacer muchas conjeturas…

La suposición de Tudor sobre el doble juego, que explicaría sus frecuentes viajes, así como la desaparición de sus documentos, sus memorias, el perro y la amante de baja condición, con coche y todo, me parece cada vez más creíble…

—¡Oiga! ¡Están llamando a la puerta!

—¡Niki, por fin! ¿Qué le parece lo cómodo que es? Nunca se molesta en buscar sus llaves en los bolsillos… ¿Es que no llevas llave?, le riño siempre, pero en vano… Disculpe un momento, madame Delca, voy a abrir a Niki…

¡Qué Niki ni qué ocho cuartos! ¡Cómo va a ser Niki, si es voz de mujer! Mira que si entra yo me largo. ¿De quién diablos será esa voz ronca, que me suena de algo? Y qué le habrá dado a Ivona, que no para de insistir en que pase: pero ¡pasaaa! ¡Pasaaa! ¡Hazme el favor de pasar! ¡Vaya, vaya, mira quién entra! ¡Hablando del rey de Roma, por la puerta asoma! ¡Madame Cristide! Con el viejo *demisesón* que yo le volví del revés y el echarpe ese que también le hice yo. ¿No estuvo ella dándome la lata con que, por favor, madame Delca, hágame un echarpe, que a mí siempre me han quedado bien corbatas y echarpes? Hala, añada un poco aquí, remiende allá, haga lo que mejor sepa, con

tal de sacarme un echarpe para este *demi*. Y se lo saqué de nada, que si no, ¿cómo iba a librarme de la loca? Anda siempre con su echarpe, con su sombrero grande y redondo como rueda de carro, desde que la conozco con los mismos harapos, y pintarrajeada como en Carnaval. ¡Y su manía de besar a la gente en el hocico!

—¡Buenas tardes, querida Vica! Vica la llamaba madame Ioaniu, ¿verdad? ¡La estoy viendo como entonces, cuando hacía compañía a madame Ioaniu!

—¡Y yo! Que no hay día de Dios que no me acuerde de ella. Al envejecer se volvió chiquitita, pero sin ella la casa parece vacía. ¿Qué se cuenta usted, madame Cristide? ¿Cómo está el señor Puiu?

—Cuidado, que le ha manchado con lápiz de labios. No ahí…, más a la derecha, Vica, un poco más…

—¡Discúlpeme! Para que vea lo malos que son los cosméticos de la Niculescu, la de la calle Brezoianu, claro que la conoces, Ivona, cariño. Esa con la cara de muñeca de porcelana y un cutis de ensueño, blanquísimo y sin una arruga. Tendrá más de cuarenta años. No puede ser que no la conozcas. Vende polvos de cara, barras de labios, esmaltes de uñas, cremas, a precios módicos… ¡Y yo, que toda la vida he cuidado del bolsillo de mi marido! A veces se lo digo: Querido Puiu, ¡no sabes cómo se gastan otras el dinero de sus esposos! Solo Helena Rubinstein usan, y Elizabeth Arden, y Max Factor. Se maquillan con cosméticos enviados de fuera. Yo, en cambio, con mis fruslerías baratas y los lapicitos de labios de la Niculescu. Me contento con poco porque así soy yo, modesta y sencilla. ¡Tendrías que haberme visto a mis dieciséis años! Si alguien me hubiese dicho entonces que iba a cargar bolsas de diez kilos en cada mano, a hacer colas y a sacar brillo yo misma al parquet… Por eso ahora apenas me reconozco en el espejo. Hay mujeres que mandan al marido a comer en el economato de la empresa y a los chicos a la guardería, y sanseacabó. ¡No voy a perder mi tiempo en semejantes tareas!, les dicen. ¡Tengo derecho a vivir mi vida! ¡Así son las mujeres inteligentes! ¡Así debe ser una mujer! No como yo, que me he sacrificado por la familia… Porque otra era mi vocación, pero después de estar encerrada en mi torre de marfil la tuve que traicionar. Y fue

Puiu quien me encerró. Él, con su estilo metódico y su perseverancia, me creó nuevos hábitos. Una naturaleza diferente, que no era la mía. Con Puiu siempre detrás de mí, qué remedio, me plegué y él se salió con la suya. Sistemáticamente, desde la sombra, Puiu alejó a mis otros pretendientes, hasta que logró encerrarme en una torre de marfil. Me hizo abandonar los estudios en segundo curso de letras y me convirtió en su esposa. Y así, viviendo juntos, poco a poco empecé a quererlo, ¡que ya era mi marido! Empecé a acarrear las bolsas, a ahorrar, a conformarme con las barras de labios de la Niculescu. Pero… Ivona, por favor, ve a arreglarte. Para que lleguemos a tiempo a la iglesia y podamos ver algo de la ceremonia… Disculpe, querida Vica, me ha preguntado algo y no recuerdo qué…

—No era nada, que cómo le va, le decía, y cómo está el señor…

—Bien, gracias… Ya sabe lo quejica y enfermizo que es Puiu. Ahora se está cambiando la dentadura postiza y no quiere por nada del mundo que lo vean desdentado… Yo me dije que no podía quedar mal con Clementa. Y luego se me ocurrió que podía ir con Niki e Ivona. Por eso he venido, pero él no está y ella no acaba de decidirse… No perdamos la ocasión, le digo a Ivona, aprovechemos para librarnos alguna vez de ellos. ¡Para respirar un poco a nuestras anchas! ¡Vámonos las dos solas! Pero hay que ver cómo se resiste. ¡Venga, hija! No sigas cavilando, que no llegaremos nunca a la iglesia. Y Clementa no se merece el plantón. Y tampoco el querido Tutu, que lo conozco desde crío. A ti también te cae bien Tutu, ¿verdad, Ivona?

—¡Desde luego! ¡Un buen chico y tan cariñoso con su madre! Me alegré cuando Clementa le dio su bendición para casarse… A lo mejor logré yo influirla, porque al principio tenía sus reservas y yo intercedí por el muchacho… Tratándose de hijos, le aconsejé, tienes que pensar en su felicidad, no en qué te conviene más a ti…

—Tú, Ivona, piensas igual que yo. ¡A sacrificarse por los otros! Aunque has tenido tu trabajo y tu vida personal, por lo visto comulgas con lo que yo he hecho toda la vida: olvidarme de mi persona en aras de la familia… Por otro lado, habiéndome privado de todo como me he privado, ¡cuántas veces no le habré comentado a Clementa: lamento no tener un empleo, ganar mi dinero, hacer mi propia vida…!

La verdad es que entiendo las reservas de Clementa cuando Tutu fue a presentarle a su novia… Yo le di la razón y estoy de acuerdo en lo que les dijo: Queridos, os veo decididos a casaros, aun sin habérmelo consultado. Solo me lo habéis anunciado. Si hubieseis pedido mi parecer, os habría contestado que esperaseis un poco más. Me diréis que cómo os planteo tal cosa cuando yo me casé con dieciocho años. Pero en mis tiempos era distinto, algunas situaciones eran casi inaceptables. En cambio hoy día las mozas primero conviven con sus novios y luego se casan… Lo cual, por otro lado, me parece normal, porque han dejado de existir esas casas adonde antaño los hombres iban a desahogarse. Además ha cambiado también la mentalidad, los chicos en general son correctos y llevan al altar a la chica con la que han convivido. Y si no es así y ellas se casan con otros, que imagino que ellos no se lo echan en cara, porque eso ya no es motivo de escándalo, como antaño… No os lo toméis a mal, no critico a las muchachas de hoy, al contrario, si yo fuese joven haría lo mismo. Es más, ¡ni se me ocurriría casarme…! El matrimonio es una carga, luego vienen los hijos, así que, pese a que no me habéis pedido mi opinión, yo os aconsejo que os lo penséis mejor.

—Sí, lo sé, lo sé. También a mí me ha contado esa conversación, y por eso me sentí obligada a darle mi parecer.

—Aunque Clementa se pasara contigo, Ivona querida, tú tienes que desarmarla. Yo, por ejemplo, cojo algunas veces el tranvía, donde sube gente de la peor especie, y como soy coqueta, ya lo sabéis, hay momentos en que de veras me siento ofendida… Pues bien, finjo no oír sus insultos, me muestro amable y sencilla con ellos, y eso los desarma.

—Me parece que no me he explicado bien. ¿Desarmar qué? ¡Ni hablar!

—¡Lo sé, hija, lo sé! Hacía una simple comparación, tú, que eres una chica culta, me entiendes. Por eso insisto en que pases por alto las insinuaciones de Clementa y vayamos a la iglesia de una vez.

—Me has interpretado mal… No hubo motivo para desarmarla…

—¡Ya lo sé, cariño, ya lo sé! Solo he hecho una comparación, y tú, que eres una chica culta, seguro que lo has captado. Por eso insisto en

que no hagas caso de las indirectas de Clementa y vayamos…

—Te repito que no me has entendido. Yo no me he enfadado con ella. Si Clementa y yo nos conocemos desde hace muchísimos años…

—¡Por supuesto! Eres una chica demasiado inteligente para hacer aspavientos por tan poca cosa. Pero se te nota en la voz un leve disgusto cuando hablas de Clementa. Justificado, por otro lado. A que sí, ¡sincérate conmigo y reconócelo! Pero ahora sabes que bajo ningún pretexto puedes faltar… Anda, sube a arreglarte un poquitín. ¡Ante Niki me hago yo responsable de todo! Que se enfade conmigo, le contaré cuánto tuve que insistir y tirar de ti, porque no eres tan independiente que digamos, y con este programa tuyo, que es lo mismo que opina Clementa, y por eso estás disgustada…

—¿Disgustada, yo? Cuántas veces tengo que decirte que no lo estoy, ¡en absoluto…!

—Bueno, si no disgustada, al menos incómoda. ¡Clementa te importunó, reconócelo! Y no entiendo por qué, pues de hecho no dijo nada malo. ¡Simplemente te dio su parecer, te dijo cómo te ve ella a ti! Clementa no es mala chica, pero es incapaz de entender algunas cosas. Le choca especialmente tu modo de afrontar tu separación de Tudor, me lo confesó y acabamos discutiendo. ¡Ni muerta aguantaría yo, me decía, que Tutu viviese lejos de mí, como Tudor de Ivona! ¡Verlo solo una vez al año o cada dos, temblar cada vez a ver si me dan o no permiso para viajar! ¡Ivona, le expliqué yo, es una mujer moderna! Se consuela pensando que a Tudor le va mejor en Occidente, mucho mejor de lo que le iría aquí. Está contenta de ver que le va bien; detalles, no conozco, solo lo poco que cuenta Niki, porque de ellos dos él es más hablador. Supongo que tiene una buena posición, que de ninguna manera habría alcanzado aquí… Esto traté de explicarle…

—Bueno… Si venía al caso… No sabía que hubiera tanto interés por…

—¿Ves como te lo tomas? Tú, Ivona, eres una mujer inteligente, muy inteligente, pero, en mi opinión, algo difícil. Di-fí-cil. Nadie se atreve a abrir la boca delante de ti por temor a los malentendidos. Porque te fijas en cada detalle, en cada… Y encima eres suspicaz, ¡que

sí que lo eres, no puedes negarlo! ¿Ves como te has tomado lo que he dicho? Como si nos metiéramos en tu vida. ¡Ni por asomo, créeme, ni hablar! Pero debes reconocer que las fugas y la emigración están en boca de todo el mundo. Es un tema que… Y se saca a colación casi sin querer. Yo, por ejemplo, le he confesado a Clementa que no quiero marcharme, a no ser que nos vayamos todos juntos. Después de sacrificarme como me he sacrificado por la familia, al menos que saque un provecho… Pero marcharnos todos juntos es muy complicado. Si alguna vez me rondaba la idea, ahora ya he desistido… Con cincuenta años cumplidos, imposible pensar en que vaya a encontrar un empleo por allí… Prefieren a los jóvenes… Y fue así, hablando de este tema, como sin proponérnoslo saliste a relucir… Yo que Ivona, aseguró Clementa, ¡hace mucho que me habría muerto! Y yo: ¡No olvides que Ivona es una chica lista! Ha tenido siempre su propia vida, no ha vivido como nosotras, solo a disposición de la familia. Si Tutu se hubiese marchado, con el paso del tiempo también tú te habrías conformado. ¿Yo?, me soltó Clementa. Yo, que he conseguido aplazar su mili, que le hice volver de las vacaciones con solo enviarle un telegrama, porque ni una semana puedo estar sin él. Y en este punto, querida Ivona, para que veas lo poco que me conoces, te doy la razón a ti. ¡La verdad es que Tutu es un mártir! Víctimas fueron también los maridos de Clementa, aquel Nanu, que no tuve ocasión de conocer, y Barbu Vrabiescu… Todo tiene su explicación, creo que estarás de acuerdo conmigo: ¡Clementa sigue siendo tan mimada y egoísta como cuando era una jovencita de dieciocho años…! Con la diferencia de que entonces le rondaba más de un chaval, mientras que ahora se ha quedado sola, con el infeliz de su hijito. Pero no lo hace por maldad. Es incapaz de ver el daño que causa a su propio hijo chantajeándolo para que no se case; eso creo que tú no lo sabes. Yo sí sé que lo presionó y qué hubo un sinfín de peleas entre ellos. Por su egoísmo también se ha hecho daño a sí misma. Porque, a fin de cuentas, se quedó sola y con un vástago por criar. Pero la culpa es de ella y de nadie más.

—Pues sí, que si el marido se larga, seguro que es culpa de la mujer, ¡que nadie huye de lo bueno!

—¡Exacto, madame Delca, así es! Yo a Nanu no lo conocí, pero sí a Barbu Vrabiescu, el padre de Tutu, que fue amigo de Puiu de toda la vida. Clementa y yo nos conocimos a través de los maridos. Durante un tiempo salíamos los cuatro juntos. A mí, por supuesto, me encantaba bailar: foxtrot, conga, charlestón, tango argentino… Todos los bailes nuevos los aprendía volando. Para esto, la pareja ideal era Barbu Vrabiescu. Clementa, por el contrario, tiene habilidades artísticas, se le nota a la legua. Incluso para adornar una ensalada. Una ensaladilla rusa o un pastel de chocolate decorados por Clementa eran algo fuera de serie. ¡Qué blusas y qué vestidos diseñaba, nada más que por afición! De haberse dedicado, se habría convertido en una gran pintora; del renombre, digamos, de Grigorescu o de Luchian.[41] Que yo sepa, no hemos tenido una pintora tan grande como hubiese podido ser Clementa, de no ser tan perezosa… Yo también me despierto muy tarde por las mañanas, porque me paso las noches en vela, pero ni una sola vez ha vuelto Puiu y se ha encontrado la casa desordenada y la mesa sin poner. En cambio Clementa no sé cómo puede vivir en semejante caos, ¡todo patas arriba! Y su pobre marido, por no incomodarla, comiendo siempre en los restaurantitos de barrio… No es de extrañar que terminara liándose con su secretaria, pues de tanto salir a comer juntos y de tanto… Pobre Barbu, nada más conocerlo me percaté de que ejercía de criada y de niñera del muchacho, los días de descanso de la servidumbre… Me parece verlo con el platito en la mano, puesto a cuatro patas y ladrando para hacer reír al pequeñín. Por modestas que sean las pretensiones de un hombre, si no le satisfaces ninguna, ¡no tienes derecho a quejarte el día en que te abandona! La misma Clementa cuenta que a Nanu lo apodaron El Rústico porque procedía de una familia muy humilde. Se entiende que hubiera podido incomodarla su falta de buenas maneras, pero entonces, ¿por qué narices se casó con él? Un buen día Nanu y Vrabiescu hicieron las maletas y adiós, como bien dices tú, querida Ivona…

—¿Yo? ¿He dicho yo tal cosa? ¿Cuándo he hablado de hombres y maletas? No es el género de…

—No así de claro, pero se sobrentendía… O, si no se sobrentendía,

da igual, lo digo yo ahora. Y lo digo porque es la pura verdad, no por criticar a Clementa. Puiu sabe que yo no critico nunca a mis amigas y que, pase lo que pase, las quiero. ¡Pero la verdad es la verdad! Los maridos de Clementa recogieron un buen día sus bártulos y se marcharon, y el pobre Tutu se quedó solito.

Suena el teléfono, Ivona se incorpora de un salto, pero se contiene para no ir corriendo a atender la llamada, y avanza con paso normal.

—Si es Niki, dile que vaya directo a la iglesia. ¿Qué es esta foto que hay sobre la mesa? ¿Quién es este? ¿El profesor Mironescu? He oído hablar muchas veces de él, pero es la primera vez que lo veo en fotografía… Las tenía escondidas madame Ioaniu para que no las viera su segundo marido, el general… Entre ellos hubo una rivalidad… ¡Si no lo sabré yo, madame Delca! Media Bucarest estaba enterada de que madame Mironescu estaba liada con Ioaniu, quién sabe desde cuándo… Cosas del pasado… Le diré algo más, pero, por favor, que no salga de aquí… Se rumorea que Ivona no es… Que de hecho sería de Ioaniu…

—¡Esto sí que no me lo creo! Mire a madame Ivona y mire a su padre: flaco, calvo, de nariz larga, ¿ve? Se le parece como una gota de agua a otra. Son clavados.

—Sí, el parecido es innegable… Ioaniu tenía otra planta… Vaya a saber… Al fin y al cabo, ¿quién estuvo presente cuando la engendraron? Yo solo creo lo que ven mis ojos, como quien dice… Ja, ja, ja… Vaya, conque así era madame Ioaniu de joven… Tenía buen tipo, sí, pero lo que se dice guapa, hmm, hmm… No era para tanto, pero algo tenía, un no sé qué. Lástima que Ivona no saliera a ella. Ah, y esta es la hermana, con su historia. Y el joven de la silla… Un momento, no me lo diga, ya lo tengo, extraordinario: ¡es Titi Ialomiteanu! ¡Lo que me contaba mi suegra sobre él! El matrimonio Ialomiteanu fue un día de visita a su casa. Imagínese, ¿cómo iba a reconocer yo a Titi Ialomiteanu joven, como en esta foto? Piense que en aquella época yo ni siquiera había nacido. Sin embargo, algo me evocaba esta foto, porque mi suegra más de una vez me había enseñado unas suyas. Al conocerlo personalmente me impresionó el cambio. En las fotos de joven se le veía delgado, rubio; en cambio yo

me encontré con un hombre corpulento, canoso, nada que ver, ¡totalmente distinto! Se estará preguntando, madame Delca, por qué aparecía siempre en las fotos con mi suegra, si hubo algo entre ellos… No es imposible, pero solo a usted se lo cuento, porque es discreta… Mi pobre suegra era un poco ligera de cascos, aunque, por supuesto, Puiu no quiere oír semejantes comentarios…

»Tengo la impresión de que durante toda la vida le puso los cuernos a mi suegro… Se los pusiera o no, el caso es que no le hizo ninguna mella. La prueba es que todavía vive… Por cierto, ¡qué hombre más encantador era Titi Ialomiteanu! ¡Qué cumplidos sabía hacer! Oh, madame Delca, los jóvenes de hoy no valen nada. ¿Acaso saben lo que es el amor? ¡Ni siquiera nuestros hombres se parecen a los de antaño! Esos sí sabían valorar a la mujer. ¡Y qué hábiles! Te rondaban, te envolvían, te mareaban, te… Ja, ja, ja, qué graciosa es usted, madame Delca. ¡Pásese también por mi casa cuando tenga tiempo! Para que charlemos como hoy, un poquitín más… ¿Por qué dice que Ivona ha dejado esta foto aquí?

—¡Cómo voy a saberlo! La encontraría en algún lado y…

—Vaya coincidencia… Dar con Ialomiteanu. Me acuerdo de cuando trabajaba en Explora, se ganaba muy bien la vida, tenía una excelente posición, hasta que subieron los comunistas… Entonces vivió momentos de confusión y se escondió en casa de la amante… ¡Como lo oye, madame Delca, con la amante! Ivona no quiere reconocerlo, porque tiene ese carácter… Una persona difícil, ya me ha oído decírselo también a ella. Difícil y poco compatible con Niki. ¡Así es la vida, te junta con quien no encajas! ¡Niki, en cambio, la mar de dulce y cariñoso! Espiritual, temperamental, Niki y yo nos entendemos de maravilla. Lo mismo me pasaba con Titi Ialomiteanu, aunque, claro era de otra generación, otro carácter. Me lo encontraba a menudo en un parque donde paseaba a su perro pequinés, pequeño, viejo y muy nervioso, que te mordía en cuanto te descuidabas. Yo procuraba no acercarme demasiado, y por eso nos resultaba muy difícil charlar. Aun así, hablábamos bastante. Había estado en la cárcel, pero salió al poco tiempo. Aprovechó algunas circunstancias y volvió con su mujer. Se puso a trabajar. Por aquel entonces cobraba la jubilación, pero, por

modestia, no le gustaba hablar de sí mismo. Pero ¡cuánto sabía!, ¡cuántas cosas había visto! ¡Un hombre de una inteligencia fuera de lo común! Escucharle hablar era una maravilla, una ocasión única. Yo solía ponérselo de ejemplo a Puiu, pero reconozco que no era lo más acertado. Ves, le decía, él también estuvo preso y, aunque te saca veinte años, no anda quejándose como tú. Puede que por eso a Puiu no le agradara ni oírlo nombrar. Para evitarlo, era capaz de inventarse toda clase de historias sobre el pobre Titi. Es que Puiu toda su vida ha sido un celoso de tomo y lomo… Durante un tiempo se le metió entre ceja y ceja que el señor Ialomiteanu era un falso, que hasta con los comunistas se había avenido, que a ver si no cómo les habían dado permiso para viajar a él y a su mujer…, ya sabe, lo que suele decir la gente envidiosa… Por favor, a mí no me vengas con esas maledicencias, ¡nada más que para tenerme encerrada en una torre de marfil!, le repliqué. Si yo lo conozco a través de vosotros, de casa de tu madre, ¿y qué hay de malo en que paseemos juntos por el parque? Tomamos un poco de aire, intercambiamos unas palabras. Porque eso era todo lo que hacíamos, madame Delca. ¿Qué otra cosa podía hacer a su edad? Pero me gustaba porque estaba bien informado, de todos y de todo, una cualidad que yo siempre he apreciado. Solo un exagerado como Puiu podía hacer tales aspavientos. Te prohíbo, me espetaba, que le cuentes nada sobre nosotros. Más que nada porque tú eres muy parlanchina y él no ha hecho otra cosa en su vida que tirar de la lengua a la gente y engañarlos… Memeces de Puiu, eran los celos que lo cegaban…

En el piso de arriba, se oye de nuevo el timbre del teléfono.

—Ya ve, madame Delca, usted me conoce bien, sabe cómo soy, comprensiva, agradable y cercana. ¡Y qué paciencia he tenido hoy con Ivona! Ella no hace más que escurrir el bulto… ¡Y hay que ver cómo se te queda mirando! Anda, será mejor que cambiemos de tema, no se vaya a imaginar que estoy murmurando a sus espaldas… Como le decía, el señor Ialomiteanu es el hombre con más conocidos que he encontrado jamás. No había persona con quien no tratara y de cuya vida no quisiera saber algo más. Era su forma de ser; era un hombre con curiosidad, de temperamento afectivo…, tierno… No había

perdido el contacto con los que se marcharon del país. Mantenía correspondencia con todos, me enseñó las cartas y pilas de fotos en color. Sabía muy bien qué hacían todos ellos, dónde se encontraban. En el pequeño automóvil que se compró con sus ahorros, recorrió con su mujercita toda Europa. En uno de los últimos viajes los acompañó un sobrino, porque ellos ya tenían cierta edad. Cuando yo lo conocí rondaría los setenta años, conque ya ve qué absurdos eran los celos de Puiu. Últimamente no se deja ver, ¿estará enfermo? Ah, gracias a Dios, por fin vuelve Ivona. ¿No la oye? Está bajando por la escalera. Yo creo que todavía vive, pues no he visto su nombre en las necrológicas de *România Libera*… Hija, Ivona, estábamos hablando de Titi Ialomiteanu, que aparece en la foto que tienes sobre la mesa. Mira, si no salimos dentro de cinco minutos, será mejor renunciar…

—No quiero liarte, pero ¿y si Niki se presenta a los cinco minutos de habernos marchado? Será mejor que te adelantes. Perdona, siento haberte hecho esperar en vano…

—No te preocupes, hija, no pasa nada. En serio. ¡Lo que quiero es que todo vaya bien! Por eso, permíteme que te repita que justamente por esa desavenencia que tuviste con Clementa en vuestra última conversación, siendo tú una chica culta…

—Por favor, ¡me estás exasperando! Me esfuerzo por explicarte que sus palabras no me afectaron en absoluto, y tú, venga a magnificar las cosas…

—Mira, precisamente es lo contrario. No quiero magnificarlas. Sé que desconfías de mí, sé desde cuándo, y también sé por qué, ¡pero haces mal! Porque yo siempre te alabo y te defiendo de los infundios de esos que dicen que no es fácil entenderse contigo. Tú no quieres venir ahora porque estás esperando a Niki, pero, aparte de mí, ¿quién más lo sabe? ¡Absolutamente nadie! Los demás solo se percatarán de tu ausencia y empezarán a hacer comentarios…

Ivona sale nuevamente a toda prisa porque el teléfono está sonando.

—¡Si es Niki, dile que vaya directamente! Nosotras debemos marcharnos ya, madame Delca. Deberíais haber puesto el teléfono más cerca, Ivona, para no tener que correr tanto… ¿Tampoco era Niki esta vez?

—Sí, era él… Viene para casa, y me ha dicho que esté lista.

—¡Estupendo! En cuanto llegue Niki, nos vamos.

—No, querida Ortansa… No vale la pena que sigas esperando. Nosotros seguramente aún tardaremos en salir…

—A propósito, ¿qué hora es? Bueno, tienes razón… De todos modos, puedo quedarme un rato más, pero solo si Niki llega en cinco minutos…

—¡No! ¡Lo único que conseguirás es ponerte nerviosa! Y no has salido de casa para acabar de mal humor…

—Que no, hija, que no me hago mala sangre, por tener que esperar en balde… O por ser simpática con quien no me paga con la misma moneda. O con quien ni siquiera comprende lo que trato de explicarle… ¡Con la edad me he vuelto comprensiva y ya no me tomo las cosas a pecho!

En el vestíbulo suena el reloj de péndulo. Ortansa Cristide salta de la silla y se abotona el abrigo.

—¡Bueno, ahora sí os dejo, queridas! Lástima, hija, que no vayamos juntas, con lo que me gusta a mí que charlemos las dos. Tienes que prometerme que tomaréis un taxi para llegar a tiempo. El pobre Tutu se lo merece, que no le ha sido fácil alcanzar una posición. A él le costaba pasar los exámenes, no como a tu Tudor, lo que hasta cierto punto es comprensible.

Ortansa abre el bolso, saca de él un estuche astroso y se repasa los labios.

—No hay por qué extrañarse, querida Ivona, de que a Tutu no le fuera en la escuela igual de bien que a Tudor. Ni de que tuviera que repetir alguna que otra asignatura, ni de que no sacara una de las notas más altas en el examen de acceso a la universidad…

—¡Por Dios, Ortansa! ¡No creo que me haya puesto nunca a hacer comparaciones!

—No lo has hecho porque no venía al caso. Y si lo hubieras hecho no habrías dicho más que la verdad…

—Pero si ni siquiera se me ha pasado por la cabeza.

—Por supuesto. ¡Nadie ha dicho lo contrario! La comparación la he hecho yo. Y cómo no hacerla, si sale automáticamente. Es una

comparación, y punto. Por lo demás, a favor de tu hijo; así que no veo por qué debe molestarte…

—¡Lo que me faltaba!

—¿Por qué, Ivona? La verdad…

Ortansa Cristide, con gestos nerviosos, vuelve a guardar los cosméticos en el estuche, se cuelga el bolso del hombro, se pone los guantes, se endereza la copa del sombrero con la mano enguantada… un poquitín hacia arriba, un poquitín hacia abajo.

—Tú no te preocupes, que la naturaleza, objetiva como es, se encarga de compensaciones: a la feúcha le da inteligencia, mientras que la hermosa y temperamental, pero modesta, sale perdiendo… Y así sucesivamente… Tutu no tendrá la cabeza y la capacidad de trabajo de Tudor, pero hay que admirar el apego que le tiene a la madre. ¡Cómo la trata, qué atento y qué tierno es con ella! De hecho, he observado que esos hijos que no han sido superprotegidos por sus padres son mejores y más cariñosos que los nuestros, a pesar de los sacrificios que hemos hecho por ellos durante toda la vida. La gran mayoría no tiene ni pizca de respeto, ni sentimientos. ¿Ni esto quieres creer, Ivona? ¿Tampoco en este punto me das la razón? Mira, piénsalo bien… Tú también te sacrificaste por Tudor y él, en el momento que consideró más oportuno, en lo primero que pensó fue en su propio bien… En su persona y en su mujercita…

—Bueno, así lo interpretas tú… Nadie puede impedirte que elucubres…

—Ya te has enfadado de nuevo. Te juro que acabaré por no pronunciar ni una palabra delante de ti… ¡Nada, absolutamente nada! Todos sabemos que es un chaval extraordinario, muy preparado… Pero yo hablaba de sentimientos. Que los padres que se muestran más egoístas con sus hijos reciben de ellos mucho más… Es una simple constatación científica, y en adelante deberías ser más observadora. ¡Sí, sí, aprende a fijarte, a observar! Puede que entonces cambies de opinión y al fin me des la razón… ¡Hala! Buenas tardes, querida Vica, que así la llamaba madame Ioaniu, ¿no? Deje que le dé un beso, venga, un beso, si le mancho un poquito no pasa nada. ¡Qué bien le sienta! Con esa piel…, espléndida para la edad que tiene…

—Así que me ha puesto usted más guapetona y vistosa… Que a lo mejor me encuentro algún vejete por el tranvía y me lo llevo a casa…

Ríen las tres…

—Es increíble. ¡Habrase visto algo semejante!

—¿Acaso es la primera vez? ¡Como si no supiera yo lo chalada y locuela que es!

—A usted le da risa. Sí, puede tomarlo a broma, pero yo estoy temblando de furia… Quién me iba a decir a mí que justo en este día tan horrible tendría que aguantar tanta tensión. Ay, me ha entrado un dolor de cabeza espantoso…

Ivona se deja caer en una silla y se aprieta las sienes con la palma de las manos.

Vica hurga en su talega, entre las bolsas de plástico vacías. Camina arrastrando los pies hasta la cocina y regresa con un vaso de agua.

—¡Hala! ¡Tómeselo, vamos! Ya verá que en media hora se le pasa… Venga, Ivona, hágame caso, que le saco bastantes años…

Con los ojos cerrados, Ivona se frota las sienes.

—¡Qué día tan estúpido! ¡Horrendo! Lo tengo comprobado: si el día empieza mal, hagas lo que hagas, no puedes enderezarlo…

—¡Hay días así! Si te levantas con el pie izquierdo, luego todo te sale mal…

—Ni que lo diga. ¡Seré yo tolerante, pero hoy Niki se ha pasado! ¡Lo ha arruinado todo, mi plan y el suyo, todo! ¡Teníamos la obligación de ir a la iglesia! Y en cambio me ha expuesto a todas las afrentas que usted ha visto y oído… ¿Cómo? ¿Que no se ha dado cuenta? Solo pullazos venenosos…

—Tranquila, mujer ¿Qué saca con levantarse y sentarse y levantarse otra vez? ¡Estese quieta de una vez! ¡Y no se lo tome todo tan a pecho! De haberme yo tomado así las contrariedades, tantas como he tenido, hace años que estaría en el cementerio de la iglesia de Capra al lado de mamá. Si noto que estoy que hiervo, me trago una o dos de estas píldoras y ya está… Usted, una mujer tan juiciosa, ¿cómo puede amargarse por una chiflada?

—Si solo fuera una chiflada… Pero lo único que quiere es enterarse

de todo. Tantas indirectas como le lancé y no se iba ni a la de tres.

—Pues en las mismas estoy yo, ¡y desde la mañana! ¡Qué tarde se ha hecho, mire que ya está anocheciendo y me tocará ir a trompicones por los baches de Puisor…! ¡Y ay de mi joroba cuando llegue a casa! Estará el bicho viejo esperándome en la esquina con un garrote.

Vica empieza a recoger sus trastos para marcharse.

—Con la ayuda de Dios, me pondré en camino, que ya mismo está aquí don Niki…

—¡De Niki no quiero ni oír hablar! Ya le he dicho que hoy se ha pasado; Bucarest está lleno de teléfonos y, si hubiera querido llamar, habría dado con uno que funcionase…

—Pero si la ha llamado, el pobre hombre. Y hace un ratito también, antes de que se fuera la loca…

—¿Cuándo me ha llamado Niki en toda la tarde?

—¿Qué le pasa, hija? ¡No me asuste! Cuando estaba aquí la loca, ¿no entró usted diciendo que había llamado don Niki…?

Ivona la mira con expresión enigmática, algo teatral, tanteando en busca de la cajetilla, y enciende un cigarrillo.

—¡Niki no ha llamado! Han llamado dos amigas mías a las que despaché enseguida, y un señor que preguntaba por Niki y no quiso dar su nombre… Eso es todo…

—Pero… ¿no ha dicho que…?

—Usted es una persona más sencilla, sin tapujos… Lo he dicho solo porque esa no daba señales de querer irse…

—¿La Cristide?

—¿Quién si no?

—¡Ya, ya! Y le dijo eso solo para…

—Por fin lo entiende. ¡Para quitármela de encima! ¡Con lo mal que me sabe a mí decir mentiras! Y lo que más me molesta es que ni siquiera sirvió de nada, porque tampoco entonces se dio prisa en marcharse.

—¡Bah! Ni a tiros se decidía a largarse, estaba pegada al asiento…

—Desde luego. ¿Acaso no le dije nada más abrirle la puerta que estaba esperando a Niki? Podía haber desistido, pero qué va. También por la calle, si me ve, me para y se invita sola a casa, sin la menor

vergüenza, porque ella es así: le gusta meterse en todas partes, mirar, escuchar, espiar… Encima se complace en ponerme de mal humor, pues sabe perfectamente que le tengo antipatía, sentimiento que, de hecho, es mutuo…

—¿Quiere decir que usted no le cae bien? Nooo, no me parece eso a mí. ¡Hay que ver cómo la alababa y los cumplidos que le hacía…!

—¿Adularme con esos pullazos? ¡Qué ingenua es usted, querida Vica! ¡Ingenua o despistada! ¿No ha oído todo lo que me ha soltado? A propósito de Tudor, a propósito de mi carácter… Y qué cara, con sus alusiones a Niki, al que no dejaba de sacar a colación sin ton ni son.

—¡Sandeces! ¡Cómo iba a fijarse don Niki en una como esa…!

—Allá él si se fija o no, querida Vica. ¡Allá él! Lo que me pudre a mí es que alentara a esa mujer a meter las narices en mi casa y ahora no haya forma de librarse de ella. Porque ya hace tiempo que le tira los tejos a Niki y aún no se decide a desistir… Cualquiera en su lugar ya se habría cansado, renunciado, pero ella, qué va, sigue en sus trece…

Ivone apaga con saña el cigarrillo y mira el cenicero frunciendo el ceño.

Vica se levanta de la silla y se acerca.

—Y yo que me figuraba que le caía usted simpática. Casi, casi sigo pensándolo… De todas formas, no puede ser que don Niki se fije en semejante…. ¿No ve que va pintarrajeada como en Carnaval? Un hombre serio no tiene ojos para…

—No sé, mujer, no lo sé… Nosotras los creemos capaces de resistir las tentaciones, nos hacemos esa ilusión, pero ante tales coqueteos son muy pocos los que resisten… Poquísimos, por no decir ninguno…

—Por mí, que hagan lo que les venga en gana. Pero no son gilipollas… Y don Niki es un hombre educado…

—Claro que lo es, pero, no crea, él también tiene sus flaquezas… Mejor no hablar de esto, Vica, que no está enterada de ciertos detalles, aunque lleva años visitando esta casa, pues yo soy discreta, y por eso hay algunas que se aprovechan… Que no, Vica, cómo se le ocurre, no estaba pensando en usted, ¡qué idea! Con «algunas» me refiero a madame Cristide. ¿Cree que se hubiese atrevido a meterse en esta casa

si no fuera yo como soy? No sabe cuántas veces me han llamado para advertirme… Como lo oye, sobre ella y Niki, ¿sobre quién si no? No, no últimamente, sino hace años, pero ya ve que ella todavía no se ha calmado… Si hubo o no algo entre ellos, no lo sé con certeza, madame Delca, y, créame, tampoco me interesa. Nunca he hablado de esto con nadie, es usted la primera persona, porque nos conocemos desde hace años y porque, en este día tan difícil para mí, hemos congeniado muy bien las dos… Nunca he hecho comentarios al respecto ni he intentado sonsacar nada a nadie, y encima es ella la que… Es ella la que se permite lanzar indirectas que me ofenden, pero el verdadero culpable de todo es Niki. A él le divierte verla, darle conversación, aunque yo le advertí de que se cuidara de esa mujer, que es peligrosa, pero él, nada, ya lo conoce. A él le gusta galantear en son de guasa, pero las mujeres se lo toman en serio… Así están las cosas. Niki no me hace el menor caso, sigue contándole todo lo que se le pasa por la cabeza, y ella, si se entera de cualquier cosa personal, no pierde la ocasión de venir corriendo a insinuármela… ¡Ay, qué avispero! Justo lo que más detesto.

—¡Pamplinas! ¿Vale la pena hacerse mala sangre por dimes y diretes? Yo también me la hacía con la víbora de la Chata, que andaba con intrigas de mi casa a la de Reli, y siempre espiándome. Me revolvía el hígado, me hacía llorar, se me subía la sangre a la cabeza, hasta que un buen día me dije: ¡Ya está bien! Desde entonces, si la veo acercarse desde lejos, cruzo a la acera de enfrente. Si mete el hocico en casa, enseguida le muestro dónde está la puerta. Y nada más. Ni darle los buenos días ni mentarle la madre… Y, si te he visto, no me acuerdo. Así recobré la calma y me libré de la víbora. ¡Habrase visto! ¿Que no tenga una paz entre sus cuatro paredes, no sea que asome la otra…? Eso debía hacer usted con la Cristide, nada de pasa por favor, entra, toma asiento, y patatín y patatán… ¡Que no!

—¡Mira a la querida Vica! Tiene toda la razón del mundo. La culpa la tengo yo por ser tan indecisa. Soy incapaz de soltarle una insolencia a alguien en la cara. ¿Y sabe de lo que más me arrepiento?

Ivona coge el paquete de cigarrillos, saca uno y lo enciende.

—De haberle hablado sobre Clementa. No puedo entender qué me

dio. Si sabía a quién tenía delante, pero era como si se me hubiese olvidado. Y así le he dado abundante materia prima para sus cotilleos. Ya verá qué lío se monta, a no ser que suceda un milagro. Si Niki no aparece dentro de quince minutos, ya no podemos ir a la iglesia. Y entonces se armará la gorda… Por supuesto que podría ir sola, pero no me da la gana. Primero porque durante todo el día me he encontrado mal y estoy con el ánimo por los suelos. Estoy hecha un manojo de nervios. Tantos años guardando las apariencias, deshaciendo las meteduras de pata de Niki…, ya me he can-sa-do. Y él, tan campante, sin preocuparse, porque sabe que siempre estoy al pie del cañón. Pues bien, hoy se va a llevar una sorpresa… Pase lo que pase, no iré a la iglesia, a sabiendas del riesgo que corremos… No, en serio, si Niki estuviese aquí haría un esfuerzo por ir…

—¡El teléfono! Deprisa… Vamos, corra a atenderlo. Y mientras tanto recojo mis cosas, que se me ha hecho muy tarde…

Vica amontona en su talega las bolsas de plástico vacías, se pone el abrigo, los pañolones, la boina y la bufanda por encima, se la anuda, comprueba que lleva los cien leis de Ivona en la cartera. Luego, arropada como está, entra en la cocina, se oye la puerta de la nevera y Vica vuelve sobre sus pasos masticando algo. En el salón se topa con Ivona, a la que no ha oído volver del teléfono.

—Ivona, por Dios, ¿qué tiene? ¡Hable, hija! Que no estaba así hace un minuto… Venga, dígamelo, que se me ha hecho tardísimo pero no puedo irme y dejarla así. ¡Hable, Ivona, mire que me flaquean las piernas, aguante un poco, voy a sacar un carbaxin… uno para usted y otro para mí. Tráguelo, tráguelo sin agua, y dígame de una vez qué pasa. ¿Le ha pasado algo a don Niki? Tranquila, nena, tranquila. Que si está en el hospital seguro que se ha librado de lo peor. ¿Más grave que el que conducía? ¡Es el mal agüero, quienquiera que haya sido! ¡Hombre o mujer, es el mal agüero…!

Epílogo

Gelu

¡Qué estrecho es este patio! Tan estrecho que, si extiendo los brazos, con la mano derecha toco la valla grasienta, como pringada con aceite de motor, de la vecina Reli, y con la izquierda, la pared, de donde se desprenden costras de encalado. Sin embargo, a ellos la estrechez les venía bien los días de helada, porque apoyándose en la pared llegaban hasta el escusado, en el otro extremo del patio. Y el suelo resbala desde noviembre hasta marzo… Basta con que llueva, con que se derrita la nieve amontonada junto a la cerca, para que el agua se escurra y se estanque entre los ladrillos gastados y desiguales del patio, y en cuanto arrecia el frío todo se cubre de hielo. Es lo que pasó la noche en que Vica se rompió la mano. Era a finales del invierno, por la noche había llovido, al día siguiente, al volver ella a casa, ya muy tarde, el suelo estaba helado, parecía un espejo. Ese día fue castigada por su tardanza… Cómo padeció, y para colmo, era la mano derecha. ¡Además se la enyesaron mal! Los dedos se le hincharon y amorataron y el dolor no paraba; no hubo más remedio que desencajársela y enyesarla de nuevo. Desde entonces se ha vuelto más cuidadosa y echa sal y ceniza sobre el hielo. Lo malo es que se pegan en la suela del zapato y luego toda la suciedad se lleva a la sala, que, atiborrada como está de trastos —la cocina de gas, la vieja lámpara de petróleo, el sofá, la máquina de coser Singer, las sillas, el aparador, el lavamanos, la caja de cremas y cepillos—, cuesta una barbaridad limpiarla. Pensándolo bien, es comprensible que quisiera librarse de una vez de los chismes.

«¡Cuánto cacharro! ¿Pa' qué tropezar a cada paso?»

Hizo un lote con todos y los vendió por unos pocos billetes. Algunos cientos de leis, y pagados a plazos. Se los quedó Oita, una prima

segunda de Delca. No para ella, que tampoco estaba para llenar su casa con los trastos de Vica, sino para la familia del pueblo. Llegó su marido y se lo llevó todo en su coche. Lo último que se llevó fue el televisor. Tenía ya trece años, pero funcionar, funcionaba.

—¡Quédate al menos la tele, mujer! —le aconsejaba todo el mundo—. La pones por la noche, ves alguna película, te enteras de lo que pasa en el mundo… Vendrá alguien a visitarte y la verá contigo y te hará compañía…

—Por mí, jamás hubiera tirado los cuartos por este cacharro. Pero un bendito día apareció él con el aparato bajo el brazo. Trece años lo he aguantado… Alguna chaladura había de tener el bicho viejo, que todos las tienen… Y a él eso le encantaba: estar tendido en la cama viendo la tele, arrebujado pa' que no le pille el frío, y que vengan los vecinos a sentarse a su lado, eso sí, sin reír ni hablar alto… Solo sentarse a ver la tele… También venían los parientes, había que ofrecerles algo, pues a pesar de la pobreza algo se encuentra para llevarse a la boca, y todos contentos ante el televisor… Pa' que vean los vecinos que hay quien pone el pie en esta casa.

Ahora, comentan las vecinas, a Vica le ha dado por deshacerse de todo, aunque poca cosa le queda ya. Da vueltas por la habitación, y de todo lo que ve trata de desprenderse. Se pasea por la casa, coge cualquier chisme y pregunta al que se tercie: «¿Cuánto me das por esto?».

Regatean hasta que Vica baja el precio. E incluso se pone condescendiente: «Me pagas cuando puedas. Tú verás cuánto me puedes dar más adelante…».

Cuando se va Oita, de pronto Vica se arrepiente de haberlo vendido todo por cuatro perras. A la primera ocasión se lo echa en la cara:

—Tú esto te lo llevaste por nada…

—¿Cómo, tía?, ¿yo? —dice Oita.

Regatean de nuevo y alguna vez se ponen de acuerdo en el precio que fija Vica. Pero, hasta que llegue el día del pago de la cuota del mes siguiente, lo convenido se olvida…

Esto murmuran las vecinas…

Y yo, ¿qué puedo hacer yo?

Miro indeciso los rastros ennegrecidos, empolvados, descoloridos, llenos de polvo, que han dejado en la pared o el suelo los muebles que no cambiaron de sitio durante diez años.

Como después de una mudanza.

La pared de la izquierda está agrietada de arriba abajo: así quedó tras el terremoto. Y del techo de la sala ha caído un buen pedazo del encalado, dejando al descubierto los ladrillos y las vigas de madera.

El tío Delca no tuvo tiempo de repararlo, Vica tampoco… Si ni siquiera puede limpiar las telas de araña que hay en las esquinas…

Se despierta muy de mañana (eso dice), pero se queda en la cama mirando fijamente el techo. El techo es alto y está ennegrecido. Hay huellas de que alguna vez le dieron una mano de pintura y encima lo espolvorearon con polvo de seda; se nota en algún rincón donde, por milagro, no se ha ido. Solo ella se acuerda, de hecho no olvida nada, sabe cómo sucedieron las cosas (eso dice). Por lo demás, en vano se despierta temprano, porque sigue en la cama, entre sus sábanas verdes. Sí, verdes, así es mejor, porque no se ensucian tanto y no hay que cambiarlas cada dos por tres, ¿pa' que matarse? Ni después de la enfermedad del tío Delca las cambió de inmediato, sino al mes…

—¡… no pego ojo en toda la noche! ¿Qué andan diciendo esas?, ¿que no paro de dormir? He oído por ahí a la chismosa de la Chata diciendo que sí, que la Vica duerme todo el día, dice, toma sus pastillitas y a roncar a lo bestia. Pero yo, en toda la noche, si duermo dos horas, es mucho. Me echo en la cama, me pongo a pensar, de todo me acuerdo, y me preocupo de todo. Así me funciona la mollera, yo todo lo sé, y estoy así hasta que amanece… Entrado ya del todo el día, me levanto, voy a la sala, me lavo y hago lo que he hecho toda la vida, luego me marcho… Voy al mercado… Hago alguna llamada, compro algún que otro tomate…

—Pero, por Dios, ¿por qué compras tantos? Aquí habrá unos cinco kilos… Cinco kilos con este calor y sin nevera… Mira ya han empezado a estropearse y tienen moscas… Como vives sola, puedes ir cada día a comprar un poquito, solo lo que realmente necesites, y de paso también haces algo de ejercicio…

—¡Yo toda mi vida he comprado al por mayor!

Se ríe de su propio chiste enseñando las encías desdentadas (ha renunciado a ponerse la dentadura postiza, como hacía antaño por el qué dirán). Gotas redondas de sudor resbalan por su frente blanca, por las mejillas inesperadamente carnosas, hace calor aunque ha bajado las persianas sobre las ventanas. Alguien, quizá una vecina, le ha cortado el pelo; ya no lleva moño en la nuca y, en lugar de los rizos que enmarcaban sus sienes, ahora le cuelgan algunos mechones inexplicablemente lisos y ralos junto al lóbulo de las orejas. La raya, justo en el medio, deja a la vista el cuero cabelludo, de un rosado marchito.

—¿También la palangana blanca de loza la has vendido? Había aquí una palangana blanca, con flores grandes, rojas, y un jarro alto, igual… Los tenías de aguamanil en la sala… ¿Ya los has vendido? ¿Los dos? ¿Por qué, tía Vica?

—¡Uff! Ya no servían, estaban rotos, así que ¿pa' qué diablos los iba a tener? Pero de saber que te gustaban no los habría vendido… Las veces que le dije a tu madre cuando pasaba por aquí: Cógelos, mujer… Anda, llévatelos a casa, para el chaval… Cógete esto y lo otro, y eso y lo de más allá, para los chicos… Dáselos a ellos… ¿Para qué llevármelos?, contestaba tu madre. A los chavales no les gustan los trastos viejos, solo quieren cosas nuevas… Se compraron lo que quisieron y ahora están la mar de endeudados, pero eso es cosa suya, yo no tengo arte ni parte. No quiero entrometerme… Están ahogados en deudas, y ahora van a repartírselas. ¿Cómo? Ellos sabrán. Yo no me meto a decirle a él o a ella toma esto y toma lo otro. Lamento que les haya ido mal, Vica, y no puedo liarme, además, con tus cosas. Así refunfuñaba tu madre cada vez que quería yo darle alguna cosilla para vosotros… Al final, ¿sabes qué me contó? Que de ahora en adelante todo lo que entra en casa se reparte, por si ella sale con exigencias. Al oírlo me puse a pensar. No voy a regalarle yo mis cosas a esa fanfarrona. Con la suerte que ha tenido de encontrar una maravilla de marido como tú, ¡y lo echa todo por la borda…! ¿Qué andas murmurando? ¿Por qué resoplas? ¿Por qué te me pones así? ¿Es que no tengo razón? ¡A ver si encuentra otro que la mire!

Silencio. Me veo reflejado en la luna del armario, rodeado por las

motas de polvo que flotan en los haces de luz dorada, agobiante, que se cuela por las persianas de cartón. Me miro con desagrado en el espejo…

—… pero apenas venga la ladronzuela de Oita, que tiene que pasar hoy porque aún me debe ochenta leis y le está dando largas al asunto…, apenas venga, pues, esa pilla, le dejaré bien claro que más vale que me traiga de vuelta eso que dices…, la palangana con el jarro… Que no crea que le ha puesto la garra encima, que bien haría en traérmelos de vuelta. Dime qué otra cosa quieres y yo le mando que la devuelva… Venga, hijo, dímelo…

—Que no, que no quiero nada, en serio. En tu casa me gustaba verlos, no en la mía. ¡Ni se te ocurra! No, no voy a llevarme nada; si te digo que no, es que no. ¡Se acabó…!

Sigo moviendo la cabeza con obstinación, mientras mi mirada se detiene en la mancha verde cenicienta que ha dejado la tele en el encalado a fuerza de rozar, durante trece años, la pared. ¡Qué extraña es la vida!, digo para mis adentros, sin saber a ciencia cierta qué estoy diciendo, y luego miro la alfombra hecha de retales, de dudosa pulcritud… ¡Qué extraña es la vida!, me digo, tratando de no aspirar demasiado profundamente el olor a carbón, a queroseno, a tomates a punto de fermentar; incluso lucho conmigo mismo para olvidar que lo que percibo es el propio hedor de la casa, donde también se distingue un leve tufo de patatas almacenadas, de la leña apilada en torno al aparador, de lavazas… ¡Qué extraño!, y dejo que mi mirada resbale por la salita vacía y por el rostro interrogante, como de perro fiel, de Vica…

—Vamos, siéntate y come algo. ¿A que no sabes qué tengo? Patatas estofadas, era tu plato preferido. Anda, que te pongo el plato aquí, en la esquina del escritorio… Que sé que en la tienda ahora no te gusta.

—No, es que no puedo, de veras, no te enfades conmigo, pero estoy lleno. He comido antes de venir…

Y realmente no puedo. No podría probar ni un bocado. Sin embargo, ¿cómo podía hacerlo hace quince años? ¿Sería menos intenso el olor de la casa? Ni siquiera lo recuerdo; me acuerdo del mantel de hule rojo, con cortes de cuchillo aquí y allá, la leña apilada

en torno a la alacena, el balde de lavazas tapado y colocado discretamente en un rincón.

Por lo demás, estanterías, carbón, trastos y más trastos.

Entonces, ¿qué? ¿Sería más leve el olor? ¿Sería yo otra persona?

—Pues si no, ven al menos a ver lo bonitas que se han puesto mis flores. Y mis frambuesas… Luego nos sentamos en el patio, bajo el árbol… Yo eso hago por las tardes, voy allí y me siento en la banca… ¡Dios mío, qué bien se está! ¡Qué maravilla! ¡Es el paraíso terrenal, palabra!

—Vale, vamos…

El patio es estrecho, sí pero hay que ver cómo ha conseguido Vica sembrar sus flores. Entre los ladrillos desnivelados, con los bordes gastados, brotan tallos blanquecinos de rupícolas. Flores lila-rosáceas, amarillas, hojas aserradas. Las flores multicolores se extienden como una extraña hiedra sobre los escalones de piedra resquebrajada que llevan a la puerta de Vica. Qué orgullosa está Vica de las frambuesas que crecieron al lado de la valla grasienta color marrón, y de su árbol al fondo del patio, un alcornoque enorme que al final de la primavera, como ahora, cubre el adoquinado con su lanosidad.

—Vete a saludar a la Negulescu…

Vica me da un empujoncito, igual que cuando era niño. Al fondo del pequeño patio, la puerta contigua es la de la Negulescu, la casera. Como siempre, está sentada en una silla, apoyada en su cayado, y tengo la impresión de que parece cada vez más un alto prelado. La ropa negra y ancha flota alrededor de su enorme cuerpo; su larga cabellera cana y lisa no logra suavizar su cara hombruna. Me inclino a besar la mano apergaminada que me tiende, y que luego acaricia indulgente mi cabeza, mientras la otra permanece apoyada en la empuñadura del bastón.

—Venga, un beso a mi chaval. ¡Cómo ha crecido! ¡Qué guapo se ha puesto! Ay, ¡que no vaya a echarte el mal de ojo! ¡Miradlo qué apuesto! ¡Y qué bien le quedan estas canitas que le han salido en las sienes! Así pasa hoy en día, a los mozos les nace el pelo blanco muy pronto, igual a mis sobrinos. Pero les sienta muy bien. ¿Verdad, madrecita?

Suena lisonjera la voz de la Chata. Cuando acerca a mi mejilla su cara de dogo, de nariz chata y bigotes canos, siento un leve pinchazo y un pequeño vacío en el centro del cuerpo, donde ha de encontrarse el estómago.

Por la puerta abierta de par en par se distinguen dentro los muebles del comedor, lustrosos como nuevos, sin gota de polvo. Tapetitos de encaje almidonados bajo los floreros atestados de flores, los aparadores abarrotados de objetos de adorno. Parece increíble que apenas a un paso, en esta casa adosada a la de Vica, huela a flores. Nunca he cruzado el umbral. Se ve muy limpia, una de esas donde para entrar hay que ponerse trapos en los zapatos. Nunca he entrado y probablemente nunca entraré, aunque la Chata se apresura a traerme una confitura y, con su voz dulzona, me invita como tantas otras veces:

—Pasa, pasa, por favor, adelante…

No lo hago… Me excuso, balbuceo, me retuerzo, sonrío por obligación, alego que justamente hoy… (¡La verdad es que no te dejas ver muy a menudo!, me replica, con una sonrisa que no suaviza el reproche.) Explico que he pasado solo un momento para ver a la tía y, con los ojos puestos en el interior de esta casa adosada a la de Vica, percibo de pronto el mismo olor disperso entre el aroma de las peonías. Algo vibra en mi garganta y me llena de lágrimas los ojos, al tiempo que todo mi ser se contrae para resistir a la náusea.

—¡Qué fea era la Chata de joven! ¡Fea y pelotillera! Cómo adulaba a la vieja Negulescu para ver si lograba atrapar al hijo, a Misu Negulescu… Y mira por dónde lo atrapó. Y desde entonces lo único que hace es andarse con intrigas. ¡Habrase visto, meter cizaña y hacerme pelear con la Negulescu madre!

—Pero ¿qué tienes contra ella, tía Vica?

—¡Que se la carguen los demonios!

Pero si no se lleva bien con la Chata, por lo menos hace buenas migas con Reli, la vecina que vive al otro lado de la valla marrón. Los años no parecen pasar por ella, sigue llevando el pelo teñido de rubio. Tiene la piel blanca, con las patas de gallo brillantes por la crema, las cejas bien arregladas, la boca marchita pintada en forma de corazón y

los rulos escondidos coquetamente bajo el pañuelo atado a la cabeza con dos nudos. Los ojos siempre tristes. Así tiene la mirada la vecina Reli desde que la dejó Don Negulescu para casarse con la Chata. De modo que los dos patios, que debían estar unidos, ahora están separados por una valla muy alta, de estacas bien pegadas una a la otra, para que no quede ni una rendija por la que pueda verse qué sucede al otro lado. Y, además, embadurnada con una suerte de queroseno aceitoso…

—Pues esta tampoco es mejor… ¡Que se la lleve el demonio! ¡Menuda fulana! —murmura Vica—. ¡Pedazo de puta, y encima mosquita muerta! Está liada con su primo, un solterón empedernido. Él tiene un estudio y allí se citan, porque, según dice, ella no puede vivir sin eso… y su marido desde los cincuenta años ya no funciona… ¡Que se vaya al infierno! Ven, siéntate, descansa un rato en el jardín… Como solías hacer antes cuando…

Vica merodea a mi alrededor caminando de puntillas, pesada, dándose importancia. Me siento como en aquella época en que toda la familia vivíamos en una sola habitación y yo venía a su casa a estudiar, sentado en esta banca, a la sombra del enorme alcornoque del fondo del patio.

—Deja de dar vueltas y siéntate un rato tú también —le digo.

Sobre nuestras cabezas se oye el rumor de las hojas brillantes y duras del alcornoque al rozarse entre sí y al tocar el muro. Delante de la banca, la misma mesa de cocina donde, en su día, ponía mis libros y el cuaderno, y donde ahora solo apoyo los codos. Descanso el mentón sobre los puños. El muro alto, blanquísimo y rugoso rodea el patio por tres lados, y por encima de él apenas se divisa, en una esquina, un pedazo de cielo descolorido. Como siempre, está recién pintado, y el patio, acabado de barrer. Todo ordenado y limpio. El patio del fondo es de hecho dominio de la Chata, pese a que en este momento Vica y yo estamos sentados en la banca, cegados por la blancura de las tres paredes que nos rodean. Al otro lado hay un corral alto, con las tejas deterioradas. Delante, la leñera de la Chata, y al lado los dos retretes: el de los Negulescu y el de los Delca, hechos de la misma madera cepillada, con el mismo símbolo *OO* escrito en las puertas de color

marrón. Cerrojos idénticos cierran bien las dos puertas. En el suelo, un felpudo de retales y, colgados en la pared, trozos cuadrados de papel de periódico.

Cada uno con su llave.

Seguimos sentados en la banca, descansando. Intentando divisar el pedazo de cielo; luego miramos el suelo barrido. El patio está pelado, sin una brizna de hierba. Me levanto yo primero y los guijarros crujen bajo mis pies. Regresamos, pasamos delante de la puerta de la Negulescu, fuera ya no hay nadie, la puerta ha quedado abierta de par en par.

—… así la tiene siempre, para ver quién pasa, quién entra, quién viene a verme… Para enterarse de todo, así es la Chata, espía e intrigante…

Así, con toda certeza, vio a los que vinieron a llevarse al tío Delca. Llegaron puntuales, a la hora establecida, y trajeron el ataúd, amplio, lustroso, con adornos bañados en bronce y una tapa de laca brillante. Intentaron meterlo en la habitación, pero no fue posible por la estrechez del pasillo. Por más maniobras que hicieron, no consiguieron hacerlo pasar, ni inclinado ni de lado. Tampoco se podía ensanchar la puerta, ni doblar el ataúd…

«… una frazada…», pidieron entonces.

Dos de ellos lo bajaron de la cama, mientras los otros y yo sosteníamos cuidadosamente la frazada por las cuatro esquinas. Una frazada normal y corriente que, por supuesto, olía a queroseno, a carbón, a lavazas… De la cama lo bajaron con la sábana. Fue complicado levantarlo y arrastrarlo con aquella sábana verde. Al fin lo colocaron sobre la frazada que sosteníamos por las cuatro esquinas, luego sacaron con cuidado la sábana de debajo de su cuerpo. Yo sujetaba la frazada, igual que en otros tiempos la tía Vica y el tío Delca me levantaban a mí con una manta y me lanzaban por los aires cantando:

Una mosca puñetera
se cayó a la carretera.
¡*Pim, pam, pum, fuera*!

¿Cómo sostener la frazada por las cuatro esquinas y volcar sobre ella a un hombre? ¿Y cómo acomodarlo en medio, con gestos naturales, si sus párpados ya se han cerrado, suaves, igual que sus labios…?

«Con tal de que resista», dice uno.

No solo ellos, todos tememos que el tejido ceda bajo el cuerpo enorme y pesado mientras lo arrastran con la sábana hacia el canto de la cama y luego lo dejan caer sobre la frazada. Siento en el pecho un nudo extraño que impide que las lágrimas suban a mis ojos. Miro de soslayo a Vica a ver si llora o no llora. El cuerpo gigante se ha doblado dentro de la frazada, blandamente; la impresión de que la muerte produce rigidez es falsa, todas las impresiones son falsas, y detrás de las apariencias que veo (o creo ver) con estos ojos, el mundo es totalmente distinto.

Más simple, más natural, por supuesto…

Soy yo el que no se acostumbra a su naturalidad, solamente a mí, entre todos, me aterroriza lo natural… Con qué naturalidad cuelga el cuello grueso, blando, torcido del tío Delca sobre la frazada que los sepultureros trasladan doblegados bajo su peso. Atraviesan la sala con cuidado de no tropezar con las puertas abiertas, acarreando aquel cuerpo flácido, encogido que, pese a los temores, está aguantando bien.

Vergonzosamente encogido (susurra dentro de mí una voz extraña), una última humillación… ¿Sentirá él esta última humillación de estar desprovisto de la rigidez de la muerte, de aquella digna y estremecedora rigidez?

Y así lo llevan a través del patio pavimentado con ladrillos gastados, entre los cuales brotan tallos sagaces y pálidos de rupícolas. Sobre los ladrillos carcomidos del patio y las flores color moradoamarillento-rosa se encuentra el ataúd brillante, donde lo depositan. Igual que antes con la sábana, ahora sacan de debajo de su cuerpo la frazada. Su cabeza vacila, queda torcida, la enderezan decentemente en el féretro prestado, levantan el ataúd sobre sus hombros y lo llevan al camión revestido de tela negra, cuyo motor hace rato que está ronroneando frente a la puerta de la calle.

—¡Vaya con usté! ¿Que de dónde lo tengo visto? ¿Que si lo conozco yo a él…? ¡Faltaría más! ¡Anda, díselo tú también! Dile desde cuándo nos conocemos y nos queremos. Pues, ¿quién si no lo bañaba a él en la tinaja? Por la tarde, temprano, bajábamos las persianas, llevábamos la jofaina a la sala y ¡hala! A bañarlo y a volverle en el agua de un lado y del otro, ¡y cómo berreaba! ¿Que cuánto hace que nos conocemos? ¡Qué Dios le dé tantos años de salud! ¡Y a mí, y a usted, y a todo el mundo! Que nadie se enferme, que nadie vaya al hospital. Y tú…, ¿por qué te preocupas…? Sí, estoy murmurando, ¿y qué? Él no puede oírme, que ya ha llegado a aquella cama de la esquina. Ese no es, es otro… No, no es ese el jefe. El mandamás llega con todo un rebaño de hombres y mujeres, y él siempre el primero, que es el general. Y los demás, venga a dar vueltas a su alrededor, a cual más pelotillero… Y no creas que viene cada día, ¡qué va!, solo cuando le da la real gana… Del otro, el de hace un rato, ese loco, no puedo librarme, todo el día pisándome los talones… ¡No puedo librarme de él! Quizá se ha enganchado al dinerillo que le paso… ¿Por qué me mandas callar? Déjame en paz, que yo no hablo alto, son tus nervios. Y además, ¿qué he dicho? Que no hace más que venir aquí, ¿qué de malo hay en eso? Entra y sale durante todo el día y apenas aparece: ¿Cómo le va? ¿Cómo está? ¿Alguna novedad? ¿Cómo se encuentra? Es como el de la farmacia: Es usted mi paciente número uno. Yo creo que está un poco chalado… Deja, estate tranquilo. ¿Acaso nos vigila alguien? Nadie se ocupa de nosotros, todo el mundo está en sus cosas, ¿no oyes la bullanga? Así pasa los días de visita. Al principio me puse al lado de la puerta, para salir al encuentro del que viniera a verme, no te esperaba a ti, que ya sé que andas muy liado. De los otros, pienso, alguno vendrá a preguntar por mí… Estuve allí un buen rato, mientras seguía el desfile de la gente, una visita para el uno, otra para el otro. Pa’ mí, nadie… ¿Pa’ qué quedarse aquí plantada como una estaca? Mejor salir…

—¿Por qué sales? ¡Cuántas veces tengo que advertirte de que tengas cuidado! Los pabellones del hospital son todos idénticos y puedes perderte…

—Sí, se me ha pasado por la cabeza que puede que me pierda…

Estos caminitos te llevan pa' todas partes, ¡diantre! ¿Y si al final no doy con el de vuelta? Bueno, hasta el quiosco puedo ir, a comprar un pastelillo, que ese camino sí que lo conozco bien, voy y vuelvo sin problema… Pero cuando salía me di cuenta de que no traía dinero, y ¿qué comprar entonces? Yo solo quería salir a recibir al que viniera a verme, pero no venía nadie. En fin… Mejor así, que por suerte tú me has traído unos dulces que están pa' chuparse los dedos. Pero, hijo, otra vez no se te ocurra hacer gasto, deja, que a ti tampoco te sobra, que no nadas en dinero… Yo, de lo que dejaste la última vez, habré gastado, como mucho, unos dos cincuenta. En qué gastar, si aquí hay de todo. A la comida yo no le hago ascos: mala o buena, igual da… ¡Bah! Mojo migas de pan en la salsa y a tragar… Pan hay lo que quiera, si no te has llenado la tripa te pasan más. Si pides pan, te lo dan… Incluso una vez hasta me dejaron repetir el mondongo. Menos mal que no traía dinero, que en balde lo habría tirado, pues tú me has traído esos dulces… Como no tienes dinero, me dije, olvídate de ir al quiosco, que encima está llegando un montón de gente y no vayas a perderte por ahí, ¡Dios no quiera! ¡Venía un montón de gente, no puedes imaginarte! Llegaban hasta cuatro y cinco visitas, si no más, para uno solo… A todos venían a visitarlos, pero a mí, nadie… Luego me entró la preocupación: ¿y si él viene por el otro lado del patio? Y después: ¿y si va a otra sala, por otra puerta, y no me encuentra? Porque no veas cuántas puertas hay, cuántos pasillos, la mar de gente… Pongamos que entra en un salón, ¿qué hará si no me encuentra? ¿Qué hará entonces? ¡Pues marcharse! Y habrá hecho todo este camino en balde. ¿Cómo que quién? ¿Es que no lo entiendes? El que viniera, ya te lo he dicho. No sabía que ibas a ser tú, no sabía que vendrías, pero para mis adentros me decía: No puede ser que no venga nadie. Así que vuelve al corral, madame Delca, pensé, métete en el corral, ja, ja… Me vuelvo, me voy a mi sitio, me siento en la cama, sentada, siempre sentada… Todos con los suyos, algunos ni cabían, ni donde sentarse tenían, se sentaban en la cama, se quedaban de pie. Todos con los suyos, solo yo, sola, sin compañía… Al final me cogió la inquietud… Qué será de tu madre, pensaba, que no viene… Y yo aquí, abandonada. ¿Qué será de Niculae? ¿Por qué será que no viene nadie?

Y de pronto, no sé cómo miro la puerta y te me apareces tú. Y ese doctor medio chiflado enseguida se mete en la conversación. ¿Lo conoce? ¡Qué pregunta! Desde cuándo, cómo… ¡Menos mal que se ha largado y podemos charlar en paz de nuestras cosas! ¿De qué? Pues de lo que hay que hablar. Cuéntame cómo va por vuestra casa. Tu madre, ¿igual? Desde que la conozco le digo que no ande así, desarropada. Pero ¿cómo te vas a entender con una mula? ¡Ya se le pasará! Pero, cuando le des las pastillitas, quédate junto a ella, que bien sé la mala costumbre que tiene: apenas ve que vuelves la cabeza, las esconde debajo de la almohada. Y a ti, ¿cómo te va? ¿Y en el trabajo? No te preocupes, que esos no te van a echar precisamente a ti. ¿Cómo que por qué no? ¿De dónde crees que van a sacar a otro chaval igual de inteligente? ¡Anda ya! ¿Que si lo digo yo qué? ¿Te he hecho algún mal? Bueno, pues cuéntame cómo están los demás. ¿Hace tiempo que no los ves? No los habrás visto, pero por lo menos habréis hablado por teléfono, ¿verdad…? ¿Y Niculae? ¿Y la chula de su hija? Me decías que se estaba separando de ese. ¿No? ¿Ni hablar? ¿Que esperan otro hijo? Entonces, ¿quién me lo contaría? ¿No fuiste tú? Entonces, ¿quién? ¿Niculae? Pero ¿cuándo…? Que a Niculae hará ya un año que no le veo el pelo. ¡Te lo digo yo! ¡Que no, que no estoy mezclando las cosas! ¿Cuántos meses van desde la muerte de tu pobre tío? ¿Solo ocho, dices? Solo ocho meses…, pa' que veas… Pues nada, después de todo se está mejor aquí. En casa, como no probaba bocado, en el momento menos pensado me daba la desesperación… ¿Qué se le va a hacer? Si al menos estuviera él en casa, para intercambiar una palabra, para… Y tú metiéndote con mis pastillas… ¿Por qué? Ni que fueras tu madre: otra que dale que dale con que no me las tomara. ¡Qué habría hecho yo sin ellas! Que le da a una el patatús y no sabe qué hacer. Se te acaban las fuerzas y ya no puedes aguantar más. Y tampoco puedes, siendo ya una mujer vieja, ponerte a aullar como un lobo… Por esto te digo que si no fuera por mis pastillas ya habría reventado yo hace tiempo… En cambio así me tomaba las pastillitas, una, dos, las que fueran, y en paz… Después ni me enteraba… Que si no, echaba de menos a tu tío, tenerlo en casa, intercambiar una palabra con él, oírle refunfuñar, pincharle yo. Ay, Dios, qué no daría

por tenerlo en casa… Pero ¿qué se puede hacer? Na' de na', está por encima de una… ¿Y a quién decírselo?, ¿y pa' qué? A ti, pa' qué contártelo… Tú eres joven, y bastante tienes con tus asuntos. Y luego a lo mejor te quejabas a tu madre y ella se ponía a regañarme: ¡Qué tienes que sufres tanto por él, con la mala vida que te daba! Ahora que te has librado de él ya puedes estar tranquila. Mira, no me gustaba oírle esas palabras. Por eso no me explayaba con ella, que empezaba a sermonearme como todas: Que te estés quieta, Vica. Pero ¿cómo estarme quieta? Y la casa vacía, ¡qué miedo! Y encima esos que saltaban la valla todas las noches y me entraban en casa… ¡Que sí, que sí venían! Qué sabrás tú. No lo sabes todo. Tú solo sabes decirme que no era nadie, que me lo imaginaba yo por el miedo que tenía. Pues no. Calla, que no todo es como tú piensas, oye lo que te dice esta vieja que sabe más, porque ha pasado mucho apuro en la vida… ¿Ves? Ni tú quieres creerme, ni a ti puedo contarte nada. ¿Ves? Eso es lo que pasa, que no hay con quien hablar, que una no puede tener confianza en nadie… Y la Reli y la Negulescu, cálmate me decían, vuelve en ti. Que él bastante te hizo padecer en esta vida. Qué iban a saber ellas. El pobre jamás de los jamases echó una cana al aire. Y cómo nos miraba la gente cuando bailamos el vals el día que Niculae nos presentó a la fresca de su mujer. No, no esta con la que está ahora, la primera. Cómo bailábamos, qué bien lo pasábamos, cómo nos divertíamos. Y cuando tu tío me sacaba a bailar el vals, todo el mundo se nos quedaba mirando. Era alto, todo un hombretón, pero qué ágil era para el vals, que dejaba a todos boquiabiertos. Haber pasado tantos años juntos, y ahora ¡no poder verlo nunca más! Dime tú… Estaba sola en la casa vacía, y me venía una tristeza… ¡Qué no hubiera dado porque estuviera en casa! Suerte que yo toda la vida he sido de hierro. Cuando presentía que me iba a dar algo, volaba a tomarme mis pastillitas. Luego, si me daba o no, yo tranquila, ni me enteraba. Porque ¿qué se puede hacer? Nada puedes hacer, ni cuentas con nadie para nada en este mundo. Tampoco puedes, siendo ya una mujer vieja, ponerte a aullar como los lobos… No tienes a quién acudir ni a quién quejarte, esto lo sé por la pobre Ivona. Querida Vica, me decía cuando falleció su marido, una viuda no tiene dónde arrimarse. Y no cuenta

con nadie, porque nadie puede entenderla. ¿Cómo que qué Ivona? Pues la Scarlat, Ivona, la hija de madame Ioaniu. No la conoces, pero ella sí te conocía a ti. ¡Cuánto no habremos hablado las dos de ti y de su hijo, que se marchó al extranjero! Se marchó con su mujer, ¿cuántos años hará? ¿Diez? ¿Solo cinco? Ellos sabrán mejor cuántos, que no me voy a poner yo a contar los años que hace que faltan de aquí. Pero hablar de ellos, eso sí, siempre hablábamos Ivona y yo. La de cafés que tomábamos cuando estábamos de palique las dos. ¡Qué chica más buena la Ivona! Y una mujer culta e inteligente. Montones de libros se leyó en su vida. ¡Y cómo me quería, cómo me apreciaba y me estimaba! Tiene manos de oro, madame Delca, me decía. Usted, Vica, con su optimismo, me da ánimos, eso me decía. Y cada vez le prometía yo que iba a llevarte a su casa, y ella, enseguida: Vamos, Vica, tráigame a su famoso Gelu. Vamos, traiga una vez a su famoso Gelu. Tráigalo para conocerlo, decía siempre que hablábamos de ti y de su hijo... El hijo y la nuera querían que se fuera a vivir con ellos, pero antes de arreglar lo de la casa, antes de que le dieran el permiso de salida, se murió la pobre... Porque ella quería llevarse algunas de sus cosas; le dolía en el alma abandonarlo todo, la casa con sus enseres. ¡La de antiguallas que había allí! Ella sufría, no se decidía a dejar ni una hebra siquiera. Y, como no se decidía, se quedaron aquí las cosas con ella; ¡no te imaginas cómo se volvió al final! Pero, bueno, ¿qué te ha dado ahora con mi dentadura? ¡El diablo sabrá dónde está! Se la habrá llevado ese que llega por las noches, salta la valla y se me mete en casa. Como lo oyes, ¡te lo digo yo! Qué manía la tuya de no creer lo que te dicen. Todas las noches aparece ese y, si la puerta está cerrada, salta la valla. Vale, está bien, déjalo. Hablemos de otra cosa, hablemos de lo que debemos hablar... Que dentro de poco te dirán que te vayas y no hemos tenido tiempo ni de charlar. Y la alegría de verte aquí me ha durado poco. Ah, y mira tú qué mosca le picaría a ese para salirme con otra pregunta. ¿Quién? A ver, ¿de quién estábamos hablando? Del Loco. Estaba sola, más sola que la una, todos con sus visitas, con su gente. En mi rincón, al lado de mi cama, ni un alma. Y yo empiezo a preocuparme... ¿Qué les habrá pasado?, ¿por qué no viene nadie? Y de pronto apareces tú. Y el Loco, dando la lata.

Hala, Loco, déjame en paz. ¿Cómo llamarle sino Loco? ¿Acaso esas preguntas que hace son de persona con dos dedos de frente? La otra vez que te vio conmigo, igual: ¿Ve a ese señor? ¿Lo conoce? ¿Quién es? ¿Desde cuándo? ¡Acabáramos con sus chifladuras! Y desde entonces le tengo dicho que eres mi sobrino. Mire, le dije, este es mi sobrino, y chavales tan listos, guapos y buenos como él no hay muchos hoy en día. Demasiado bueno, hay que decirlo, y los buenos ya se sabe que no alcanzan a subirse al tren. ¡No tienen suerte! Suerte tienen esos que saben meter el morro en todas partes. ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? ¿Por qué te pones así? Escucha, tienes que aprender a escuchar a los demás, a no interrumpirles… Bueno, déjalo ya, vamos a hablar de lo nuestro, que ya mismo llega la hora de marcharte. Hablemos de lo que hay que hablar, que si no estoy toda la noche nerviosa y como en ascuas. ¿Qué pasará?, pienso. ¿Me seguirá teniendo aquí ese Loco? ¿Me dará el alta?

—¿Por qué te preocupas? Cálmate de una vez. ¿Por qué no va a seguir teniéndote aquí?

—El sobre… ¿has logrado pasárselo? A ese, al Loco, ¿ya le has pasado el sobre? El sobre con el dinero, como habíamos quedado. Por favor, deja de dar la lata con que me calle, con que no hable a gritos. Deja, que de sobras sé yo cómo hay que comportarse entre la gente… ¿No ves que bajo hablo? Pero preguntar tengo que preguntártelo, para que se me quite la preocupación del sobre del dinero… Por eso me desvelo y en toda la noche no pego ojo… ¿Habrá logrado el chico pasarle el sobre?, me digo. Quizá sí, quizá no…

—¡Válgame Dios! ¿Cuántas veces tengo que decirte que ya se lo he dado? Te lo dije la vez pasada… Es que ya no te acuerdas, ¿te das cuenta? Te lo conté con detalles, cómo se lo entregué y qué le pedí, y te conté además qué dijo él… ¿A qué viene eso de pasarse la noche en vela por la preocupación? Ya se lo di, te digo, le di el sobre y sanseacabó.

—¿Se lo diste? ¿De veras?

—Que sí, que sí.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? Y ¿qué?

—¿Qué dijo? Tú se lo pasaste, pero ¿dijo él que me tendría aquí?

—Seguirás en el hospital, deja de preocuparte. Lo sabes desde la vez pasada, pero si quieres te lo repito… Bueno, puede que se te haya olvidado, no es el fin del mundo. Si vieras cómo me olvido yo de las cosas y los líos que me hago. Para empezar, tranquila, que te tendrán aquí. ¿Después? Después ya veremos… Lo que es yo, he desistido de hacer planes a largo plazo. ¿Que por qué? Te voy a explicar por qué. Porque nunca se sabe qué va a pasar mañana. Así que te tendrán aquí una temporadita, hasta que mejore el tiempo y no tengas necesidad de encender la estufa ni de acarrear leña, pues los médicos te han prohibido levantar pesos, cansarte demasiado, agacharte y hacer esfuerzos. Venga, quédate tranquila. Yo le expliqué cuál es tu situación, que vives sola, que el invierno se ha adelantado y te has quedado sin leña ni de carbón, que tu pensión es la que es… Él está al tanto de todo, está más enterado que yo; sabe que aún estás débil y que no puede darte de alta… Se lo conté todo y además le pasé el sobre, pero no fue fácil, tuve que estar al acecho, seguirle por todas partes… Menos mal que al fin se me presentó la ocasión… Porque siempre estaba con gente y no había forma…

—¡Es que no tienes arrojo!, eso es lo que te pasa. Hay otros que, ¡zas! Pero a ti te consintieron demasiado… Hay otros que vienen del quinto pino ¡y la labia que gastan…! ¡Anda que no son atrevidos…! Pero a ti te tenían demasiado consentido: tu madre, tu padre, todos…, desde pequeño…

—¡Lo que hay que aguantar! Luego te extraña que me enfade. Después de arreglarlo todo… Y ella me sale con que me falta arrojo. Pues bien, ¿quieres saber de una vez por todas qué pienso yo? ¡Odio a los atrevidos! Hay que ver qué cosas dices, que me han mimado demasiado… No me gusta ser atrevido, ¡eso es todo! Y si no quieres sacarme de quicio, no lo olvides y no me vuelvas a soltar esos discursos… Y no estoy hablando alto, hablo normalmente, y si me oyen, me da lo mismo. No me gustan los lanzados, eso es todo…

—¡Menudo eres! ¿Qué te ha dado para ponerte a vociferar? Que si te gusta, que si no te gusta…, ¿a quién le importa lo que te gusta a ti? ¿Acaso la vida es para el gusto? A ti puede que no te guste pero la

vida no es como uno quiere… Qué daría por verte sentar la cabeza de una vez. Por que vivieras tranquilo, como tantos otros, sin sobresaltos, sin contrariedades… Que por eso saltas siempre a las primeras de cambio. Espabila, hijo, porque veo que sigues siendo un crío… Piensas aún como un chavalín, no como un hombre hecho y derecho… Sé más lanzado, que así debe ser, te lo digo por tu propio bien…

—Ni caso me haces… ¿Para eso hago yo un hueco? ¿Para venir aquí a oír sermones?

—Sermones, sí, y consejos… ¡Porque he vivido yo muchos años! Y si tú has pasado por varias escuelas, yo he pasado por la de la vida. La escuela de la vida, cursos vespertinos, como le decía a la madame Ioaniu… ¡Cómo nos reíamos las dos de esta ocurrencia! Pero… ¿por qué estás tan enfurruñado? La gente conversa de esto y lo otro, ¿qué tiene de malo? ¡Estamos charlando! Para eso nos ha dado Dios el habla. Bueno, olvídalo, vamos a hablar de lo que hay que hablar, que ya mismo vienen a decirte que tienes que irte y yo todavía no… Mi jubilación…, ¿qué ha hecho el cartero? ¿Está de acuerdo en dejarla en casa de Reli? Ya no sé si la vez pasada me lo dijiste o no… Y si me lo repites otra vez, ¿pasa algo? Y esos de la demolición, ¿han vuelto? ¿No han vuelto o no te has enterado tú? Si no han vuelto hasta hoy, vendrán apenas pase el frío… ¡Vamos! Quédate un poco más, deja que se marchen los otros, que ellos han llegado antes…

—No te preocupes, que todavía no me voy… Y ten paciencia, que volveré el próximo jueves… Mira, ya casi se ha ido todo el mundo… La próxima vez haré lo posible por llegar más temprano… Quédate tranquila hasta entonces, preocúpate de tu salud, duerme…

—Que duerma… ¿Cómo voy a dormir si no me entra sueño? Son mis cuitas. Me preocupa Niculae, que ya es mayor; me preocupa tu madre, que está siempre enferma; me preocupas tú, que tienes problemas, ahora dices que hasta en el trabajo… Dices que te van a echar…

—¿Eso he dicho yo? Lo que te he dicho es que han despedido a algunos y que a mí puede pasarme lo mismo… No se te puede contar nada, que tú, enseguida: ¡ay, estoy preocupada! ¿Qué haces con ese papel higiénico? ¿Por qué lo tienes bajo la almohada? Está bien, pero

¿tanto…? Déjame abrir tu cajón para guardar los pastelillos… Y aquí también, ¿habrase visto?

—¡Chitón! Que te pueden oír esos. No ves como están con las orejas aguzadas, para oír lo que estamos hablando…, y se fijan en todo lo que hacemos. Deja el papel donde estaba, déjalo. ¿Cómo que para qué acumular tanto? Quiero tenerlo a mano para cuando tenga necesidad. ¿Y si cuando lo necesito no lo encuentro? ¿Que estoy haciendo el ridículo? Y qué saben ellos lo que hago yo. El pan lo tengo guardado aquí, en el cajón. Pan, ¿qué más? ¿Y dónde quieres que lo meta? ¿Qué estás haciendo? ¿Por qué estás vaciando el cajón? ¡Deja ese cajón como está! ¡Déjalo todo como lo he puesto yo! ¡Déjalo que yo bien sé lo que hago! Y si el pan sobra en la mesa, ¿por qué voy a dejar que lo tiren? ¿O que lo cojan ellos? ¿Por qué se lo voy a devolver? Dime, ¿por qué dejar que se eche a perder? ¿Las cucarachas? ¿Qué cucarachas? No hay ni una sola… No hay ni rastro de esos bichos inmundos… ¿Cómo van a aparecer, si yo echo queroseno por todos los rincones donde sé que anidan? Echo queroseno en casa y aquí también, y esos bichos no se atreven a salir… Echo en casa, echo también aquí, sí, sí. ¿Por qué te sorprendes…? Echo aquí también, pues, si no, estaría llena la sala de cucarachas. ¡Qué te has creído tú! Conque deja mis cosas como yo las tenía, deja el papel ese donde estaba, deja ese pan, ¡que bien me ha de servir! Una nunca sabe qué le traerá el día de mañana. Cálmate, que no te haré quedar mal, ni quedaré yo tampoco, pierde cuidado… Mira la Chata qué suerte tuvo con las hermanas, con los sobrinos, qué de cosas le traen, a cual mejor: uvas y vino y aves, y todo de la finca que tienen, hay que ver cómo llegan de cargados… Y luego, en las fiestas, tendrías que ver cómo se juntan todos y se divierten. ¿Que si lo roban? No lo roban, lo cogen. De la finca donde trabajan. Y la Chata a todos los mueve como títeres y a todos los manda, fue ella quien les mandó meterse en mi casa en plena noche… ¿Cómo que nadie se ha metido? Que sí, que se metieron, ¡si no lo sabré yo! Por la noche saltaron la valla, porque la puerta estaba cerrada, yo misma le había corrido el cerrojo y echado llave, y la guardaba conmigo, pero ellos saltaron la valla, se metieron en casa y se llevaron mi picadora de carne. ¿Que cómo pudieron

entrar en casa? ¡Qué pregunta! Entraron, que por eso son ladrones. Tienen llaves maestras, tienen… Los mandó la intrigante de la Chata, es ella quien los incita, id, les dice, ahora es el momento de entrar en casa de madame Delca. Quitadle la picadora de carne, así les mandó. Y ellos saltaron la valla por la noche y abrieron con la llave maestra, y se metieron en mi casa y se la llevaron… ¡Sí, te lo digo yo! ¿Cómo que está en su sitio? No puede ser que esté la picadora donde siempre. Bueno, déjalo, hablemos mejor de lo que tenemos que hablar. Hablemos de lo importante, de nuestras cosas, que ya mismo vienen esos y te echan… Y yo no he podido disfrutar de ti…

1. Diminutivo de *Muter* («madre» en alemán), utilizado en las familias aristocráticas y burguesas de Rumanía, cuyos vástagos se criaban con gobernantas alemanas.

2. Grupo escultórico que representa a la Loba Capitolina amamantando a Rómulo y a Remo, uno de los monumentos emblemáticos de Bucarest. A lo largo del siglo pasado se cambió varias veces de lugar.

3. Marca de nevera eléctrica, de fabricación soviética.

4. Chorizo de carne de oveja, seco y condimentado según recetas orientales.

5. 4 de abril de 1944: fecha del mayor bombardeo de Bucarest, realizado por la aviación angloamericana. En aquella época, Rumanía era aliada del Eje.

6. Famosos comerciantes de *delicatessen* en la Bucarest de entreguerras.

7. Localidad de Moldavia donde, en la Primera Guerra Mundial, tras el abandono de la capital y de todo el sur del país, el ejército rumano libró luchas encarnizadas por la defensa del territorio aún no ocupado por las tropas germanoaustríacas.

8. Tras la ruptura con la Alemania nazi (agosto de 1944), Rumanía se adhiere a la alianza anti-Eje y participa en la liberación de Hungría y Checoslovaquia. El macizo montañoso de Tatra (Eslovaquia) fue el escenario de las batallas más encarnizadas libradas por el ejército rumano contra las fuerzas alemanas.

9. Los Bratianu: «dinastía» de políticos rumanos, fundada por Ion C. Bratianu (1821-1891), participante en la revolución de 1848, crea dor del Partido Liberal y varias veces primer ministro, bajo el reinado de Carlos I de Hohenzollern. Aquí se refiere a uno de sus descendientes.

10. Iuliu Maniu (1873-1951), político rumano de Transilvania, militante nacionalista bajo el Imperio austro-húngaro. Después de la Gran Unión (1918) y la constitución de la Gran Rumanía, fue cofundador del Partido Nacional-Campesino y, en los años treinta, ejerció la jefatura del gobierno del país. Detenido por los comunistas pese a su avanzada edad, falleció en la terrible cárcel de Sighet, conocida como la «Bastilla rumana».

11. Jilava, uno de los fuertes subterráneos que componían el cinturón de defensa de la capital rumana, fue convertido por los comunistas en una de las temibles cárceles para presos políticos.

12. Canal Danubio-mar Negro, obra faraónica de tipo estalinista, funcionó en la década de los cincuenta como gulag y campo de exterminio, sobre todo, para la clase política del régimen anterior.

13. «Parques» se llamaron las urbanizaciones modernas y lujosas construidas en Bucarest después de la Primera Guerra Mundial.

14. Aldea, a unos veinte kilómetros de Bucarest. Hoy allí se encuentra el aeropuerto internacional de la capital rumana.

15. Recuerdo de la antigua Venus (Venera), que en la mitología popular rumana se convierte en la viejecita (hada) que alimenta a los animales del bosque.

16. Celebración del día Nacional de Rumanía (o día del Rey), el 10 de mayo. En recuerdo al 10 de mayo de 1883, cuando, tras el Congreso de Berlín, los Principados Unidos fueron proclamados Reino de Rumanía.

17. Diario oficial del Partido Comunista desde los años treinta.

18. Ion Mirea (1912-1985), poeta, pintor y escultor rumano. Participó en más de veintiséis exposiciones individuales y colectivas en su país, así como en Francia, adonde emigró en 1965, Holanda, Alemania, Italia, Venezuela, etc. Recibió varios premios por su labor de escultor. Murió en Francia.

19. Durante el siglo XVIII, Moldovalaquia estuvo gobernada por príncipes griegos de

Constantinopla, allegados al Patriarcado Ecuménico que se encuentra en el barrio de Fanar. Este período destaca por la gran corrupción de los gobernantes y su sumisión absoluta al Imperio otomano.

20. Ion I. C. (Ionel) Bratianu (1864-1927), político rumano, presidente del Partido Nacional-Liberal e hijo del fundador de este partido, Ion C. Bratianu (1821-1891). Primer ministro del país en distintas ocasiones, bajo su liderazgo Rumanía interviene, en 1916, en la Primera Guerra Mundial.

21. Zona elegante del norte de Bucarest por donde se daban paseos en carruajes.

22. Día nacional de Rumanía en la época de la monarquía.

23. *Verweile doch, du bist so schön*: «Espera un poco más. ¡Eres tan hermoso!» (J. W. Goethe, *Faust*, II). Así se dirige el anciano Fausto al instante fugaz.

24. Florica: dominio de la familia Bratianu, en la zona subcarpática del río Arges.

25. Famosa novela de Anatole France.

25. Mateo 25, 29.

26. Constantin Stere (1865-1936), político y escritor rumano, oriundo de Besarabia. En su juventud fue deportado a Siberia por participar en el movimiento revolucionario ruso. En el momento en que se desarrolla esta escena, C. Stere era partidario de la intervención en la Primera Guerra Mundial al lado de las potencias centrales.

27. Miguel el Bravo (1558-1601), príncipe de Valaquia, héroe de la historia rumana, cuya estatua se encuentra frente a la Universidad de Bucarest.

28. Alexandru Marghiloman (1854-1925), político rumano, miembro del Partido Conservador. De tendencia pro alemana, al comienzo de la Primera Guerra Mundial fue partidario de la neutralidad de Rumanía. Tras la entrada del país en la guerra al lado de la Entente y su derrota, que llevó a la caída de la capital, desempeñó, durante un breve período, el cargo de primer ministro y negoció con la Triple Alianza la Paz de Bucarest (mayo de 1918), muy dura para Rumanía. A finales del mismo año, el país la denunció (de hecho el rey nunca la había ratificado) y volvió a tomar las armas contra Alemania y Austro-Hungría. Dicha decisión conllevó asimismo el reemplazo del gabinete de Marghiloman por uno pro aliado. Después de la guerra mundial, Alexandru Marghiloman se retiró de la vida pública.

29. Ion Antonescu (1882-1946), mariscal rumano, que entre 1940 y 1944 encabezó un gobierno militar pro alemán y participó en la Segunda Guerra Mundial al lado del Eje. Detenido tras el golpe de Estado promovido por el rey de Rumanía, el 23 de agosto de 1944, que puso fin a la alianza con la Alemania nazi, I. Antonescu fue juzgado, condenado a muerte y ejecutado.

30. «Dame el reloj», en ruso.

31. Constantin Tanase (1880-1945), actor cómico rumano, muy popular por sus espectáculos de revista. A raíz del episodio narrado a continuación fue detenido y torturado, lo cual, al parecer, le causó la muerte.

32. *Tac* (de tictac), en rumano, también quiere decir «¡chitón!» *Der, die, das* son los artículos definidos en alemán; por tanto, *derdiedas* alude a la ocupación nazi, y *davai chas*, a la soviética.

33. «Aquí», en ruso.

34. Miembro de la Legión del Arcángel Miguel, partido fascista llamado también la Guardia de Hierro, que en el período de entreguerras cometió asesinatos políticos y perpetró pogromos.

35. *Sarmá* o *dolmá*: plato típico que consiste en carne picada mezclada con arroz y envuelta en hojas de col o de vid. Según las costumbres rumanas, no puede faltar en la mesa navideña.

36. *Halvá*: tipo de turrón oriental.

37. En las últimas décadas de la dictadura de Ceausescu, para la defensa de las tesis doctorales se requería el visto bueno del Departamento de Personal del Comité Central del Partido Comunista Rumano.

38. Canción patriótica, compuesta durante las revoluciones de 1848. Actualmente Himno Nacional de Rumanía.

39. En 1940, tras el pacto Ribbentropp-Molotov, Rumanía tuvo que ceder una serie de provincias a sus vecinos, aliados de la Alemania nazi: Besarabia (Moldavia Oriental), a la Unión Soviética; Dobruja del Sur, a Bulgaria, y Transilvania del Norte, a Hungría. Esta última cesión fue impuesta mediante el «arbitraje» conocido en la historiografía rumana como el *Diktat* (dictado) de Viena.

40. Gheorghe Gheorghiu-Dej (1901-1965), líder comunista rumano y dictador de Rumanía entre 1948 y 1965. En los últimos años de su gobierno inició cierta emancipación de la tutela soviética.

41. Ion Grigorescu (1843-1907), pintor rumano moderno, formado en la Escuela de Barbizon. Stefan Luchian (1868-1916), discípulo del anterior, conocido como «pintor de las flores».

Título original: *Dimineata pierduta*

Edición en formato digital: febrero de 2011

Revisión de Victor Ivanovici

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN: 978-84-264-1914-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com